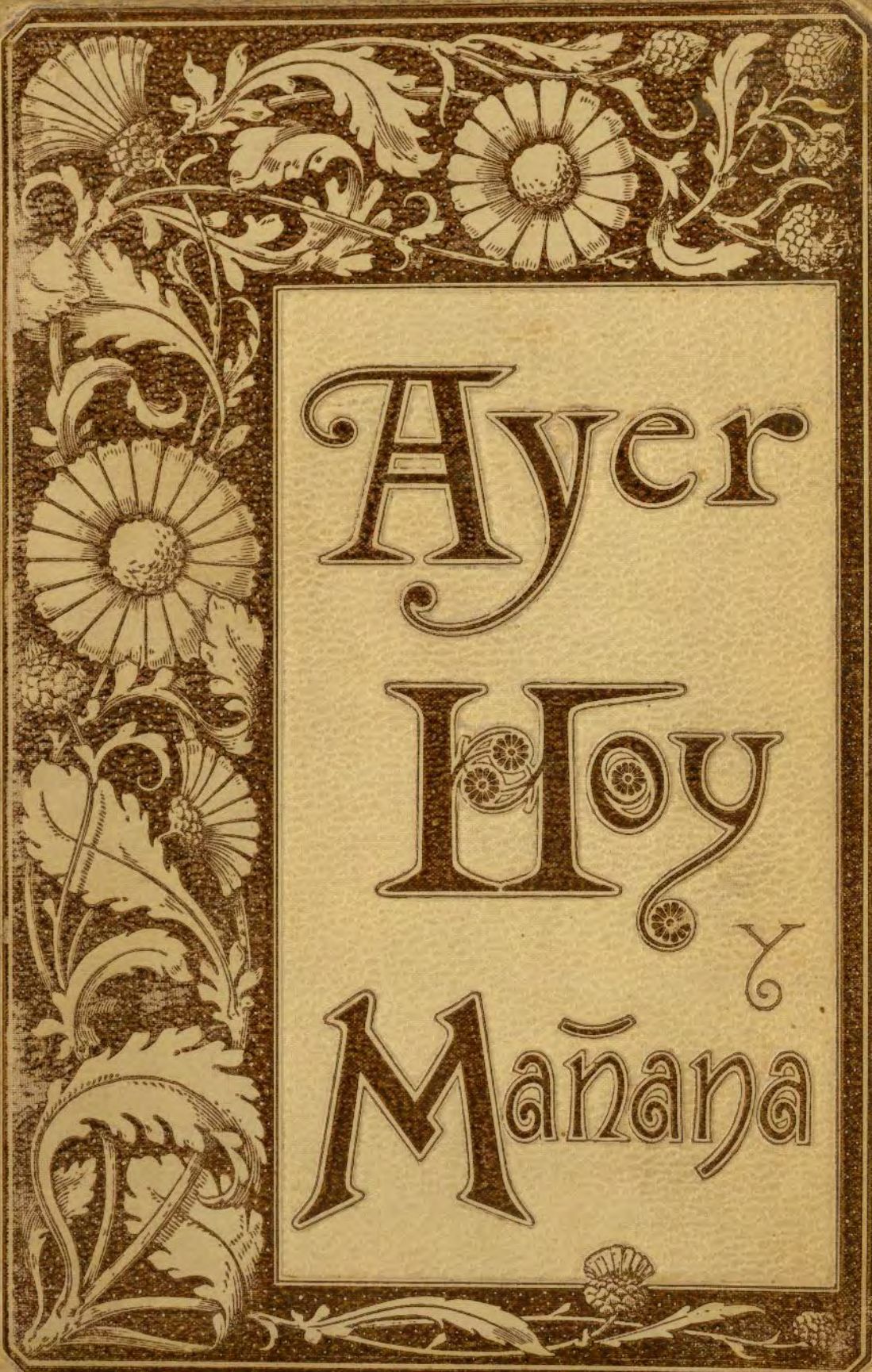




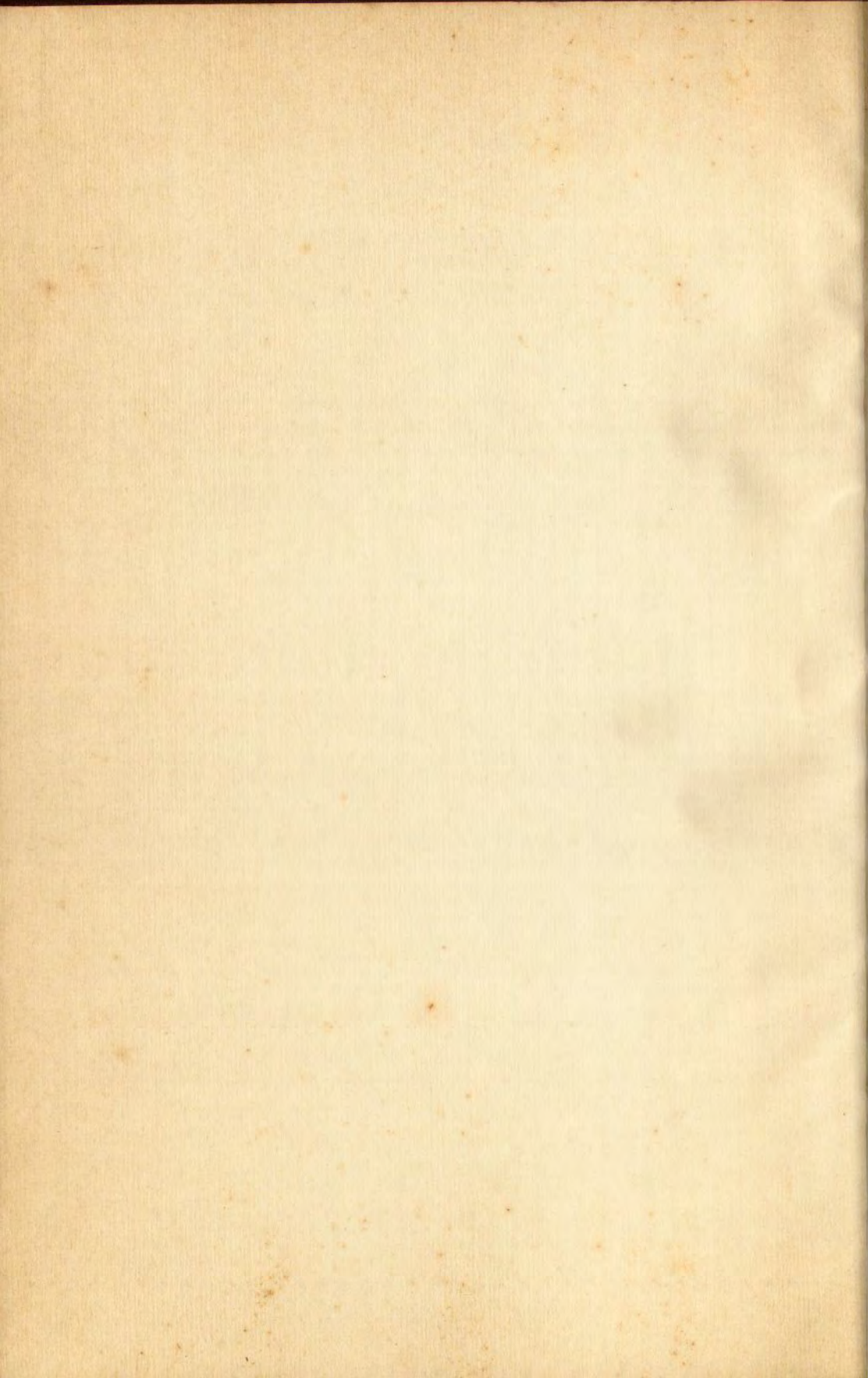
A. FLORES
AYER, HOY
Y
MAÑANA



TOMO II.



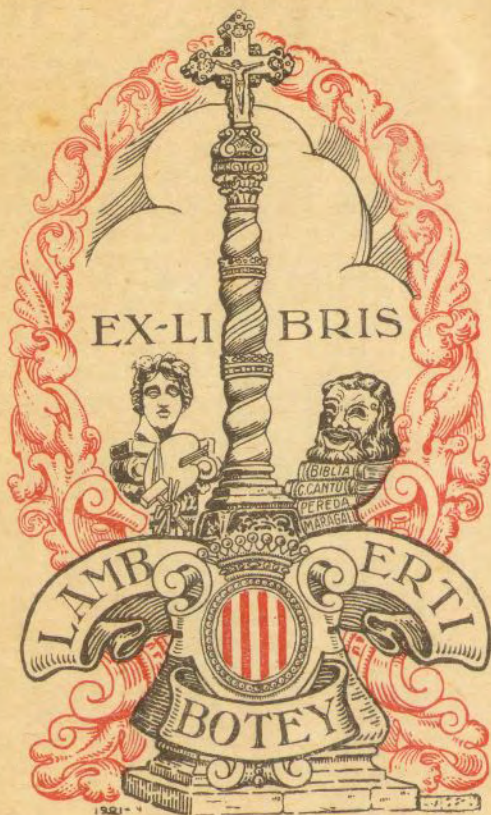
Ayer Hoy y Mañana



AYER

HOY Y MAÑANA

Orrius



AYER
HOY Y MAÑANA

ó

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

CUADROS SOCIALES DE 1800, 1850 Y 1899

DIBUJADOS Á LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES

TOMO II

NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

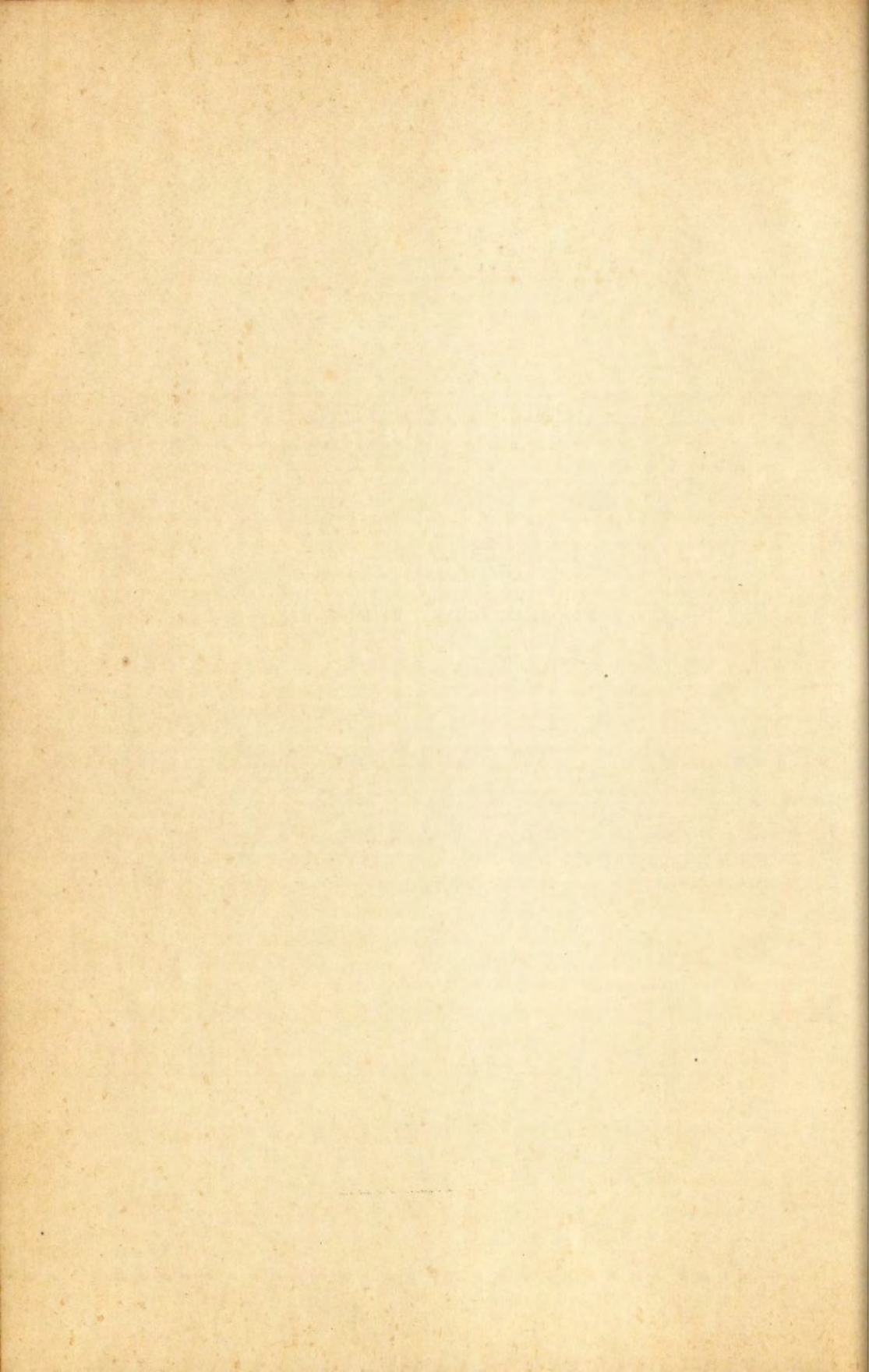
1893

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PARTE SEGUNDA

HOY

Ó LA SOCIEDAD DEL VAPOR EN 1850



UN PRÓLOGO

Cuando Dios quiera que la industria literaria dé un paso más hacia donde ya ha dado tantos otros, ningún autor se verá obligado á perder el tiempo y la paciencia discurriendo el modo y la manera de escribir un prólogo, introducción ó cosa semejante, que sirva de preámbulo á sus libros. Una vez hechos éstos á mano y pluma, como ahora se hacen, y no á máquina, como es posible que se hagan con el tiempo (cuando el libro sea tan digno de protección como la camisa), se enviará el manuscrito á la fábrica de prólogos, notas y comentarios, como ahora se envía un par de botas para que las echen medias suelas y tapas. Entonces habrá en esa misma fábrica ó en otras análogas gran surtido de sinfonías para toda clase de óperas y fondos para todo género de cuadros, y aun es posible que en estas obras de arte y en las literarias se llegue á mucho más. Es posible que esas fábricas se encarguen también de rellenar las obras ó de estirarlas en el martinete, y que con un pensamiento literario ó artístico, que en cuatro líneas transmitirá el telégrafo, se haga una novela en cuatro tomos ó una ópera en cuatro actos.

Pero todo esto, que será posible con el tiempo, es imposible ahora, y el autor de un libro se ve como me estoy viendo yo en este momento, con la pluma en la derecha y en la frente la izquierda, sin saber cómo empezar este prólogo, ni cómo le he de decir al público que me permita presentarle mi libro. Y no porque me falte resolución para hacerlo, sino porque no tengo autoridad bastante para romper con la costumbre establecida por todos los autores modernos en materia de prólogos.

Como la sociedad presente ya el día en que el echar un prefacio y unas notas á un libro ha de ser cosa tan mecánica como la de echarle tapas de pergamino ó de tafilete, ya se desdeñan los escritores de hacer los prólogos á sus propios libros, y otro del oficio ó un amigo ó cualquier ciudadano que no sea ni amigo ni escritor hace lo que con el tiempo hará el maquinista: escribe el prólogo.

Por otra parte, esta moda tiene también su explicación en el ritual de la galantería, y no está reñida, sino muy en armonía con las demás costumbres de la época presente. Así como no basta tener corazón para salir á pelear, ni razón y benevolencia para asistir á un juicio conciliatorio, sino que en ambos casos se necesita un *hombre bueno* que haga las veces de padrino, así es natural que el libro que sale á pelear contra los abusos y á conciliar los ánimos y las opiniones de los lectores necesite un padrino que le sirva de hombre bueno.

Es, pues, indispensable un prologuista, y yo que presumo de venir á retratar las costumbres de estos tiempos, he sido un menguado en no haberlo advertido antes de ahora, para buscar con la anticipación debida un amigo que me hubiera sacado del apuro antes de que las gentes hubieran echado de ver que me hallaba apurado, y antes también de que, apremiando la necesidad de dar el libro á la estampa, no pueda disponer del manuscrito el tiempo necesario para que el autor del prólogo lo examine con la detención que el caso exige. Pero sea como quiera, yo no puedo dispensarme de hacer lo que hacen otros, y puesto que una casualidad, que no creo del caso referir ahora, me ha proporcionado un prologuista más ó menos literato que me saque del compromiso, suplico al lector que espere dos horas, que es el plazo que me ha pedido para hojear el libro y escribir el prólogo que le daré á continuación.

Y en cumplimiento de lo ofrecido, y no sin pasarme la mano por la cara para limpiarme el rubor que me causan los elogios que yo mismo me veo obligado á publicar de mí mismo, allá va ese pelotón de líneas sueltas, especie de prosa vestida de verso, que ahora se usa en este carnaval sintáctico, en que á su vez los versos se disfrazan de prosa.



PRÓLOGO

Ardet, inflat, jugulat.

(J. SCALIGERO.)

Satira quæ ridendo corrigit mores.

(HORACIO.)

*Lassus Amyclea poteris requiescere pluma
Interior cycni quam tibi lana dedit.*

(MARTIAL.)

Un libro nuevo es cuando menos un libro más.

Esto ya es algo.

En España faltan muchas cosas.

Por eso no sobran los libros.

Diez años hemos aguardado el presente.

Nunca es tarde si la dicha es buena.

Nosotros somos muy amigos de su autor.

Quisiéramos no serlo para elogiar su libro.

Pero *amicus platus, sed magis amica veritas*, que dijo el latino.

Recomendamos su lectura.

La obra del Sr. Flores será la maravilla de los tiempos venideros.

El nombre de su autor irá unido á los de Ennio, Nevio y Pacuvio.

Éstos fueron los primeros satíricos del mundo.

También Cayo Lucilo hizo grandes sátiras.

No le fué en zaga Juvenal.

Pero Marcial es el gran epigramático latino.

En tiempos posteriores tenemos á Quevedo.

Mateo Alemán, Mendoza y otros han escrito obras de costumbres.

Las costumbres de un siglo son su historia.

La historia de los pueblos es la vida de la humanidad.
La humanidad es la fuente de toda filosofía.
La filosofía es la ciencia de la vida.
Así lo afirman varios filósofos.
Los que no lo afirman, no lo niegan.
Por no parecer pedantes omitimos nombres propios.
Los sabios de todos los siglos robustecerían nuestra opinión.
Pero haríamos interminable este trabajo.
Le daremos fin con estas palabras.
Resumamos:
Un libro nuevo es un libro más.
El del Sr. Flores se echaba de menos.
Esto es incuestionable.
Felicitamos á su autor.
Ha adquirido una envidiable fama.
Dios se la prospere.
Así lo desea su afectísimo amigo,

El Barón de la Taravilla,

ACADÉMICO DE SU LENGUA.





INTRODUCCIÓN

De prisa y corriendo, lector, porque este siglo de las carreras de caballos quiere que todo se haga corriendo y de prisa, vengo á saludarte y á pedirte permiso para continuar mi obra. No extrañes, por lo tanto, que no me detenga á darte gracias por la favorable acogida que has dispensado á la primera parte, y si eres igualmente benévolo con la segunda, antes de dar principio á la última aprovecharé un momento para rogarte que hagas lo mismo con ella.

Por ahora sólo tengo tiempo para decirte: que los inquisidores tomaron las de Villadiego; que en pos de ellos se fueron los alcaldes de Casa y Corte, y que alumbrados por el faro de la civilización, con viento de libertad por la popa y con bogadores románticos, hemos perdido de vista el pasado y venido á las playas del presente, que están á media milla del porvenir.

El cañón de los invasores nos hizo brincar sobre el lecho en que dormíamos con el sueño de los inocentes la siesta de los cándidos; desde la cama, y sin más ropa que la puesta, pasamos al carro de la revolución, y arrastrados de precipicio en precipicio hicimos en pocas horas las jornadas que debimos haber hecho en muchos años.

El *carbón de piedra* nos hizo luz en el camino, y al resplandor del *gas* nos pareció horrible el esqueleto del AYER; y apretando el paso, gracias al descubrimiento del *vapor*, pudimos llegar al HOY, desde donde vemos brillar en lontananza la *chispa eléctrica* que anuncia el MAÑANA.

Escamoteados por los extranjeros; apaleados por nosotros mismos;

tan pronto vencidos como vencedores; ora huyendo y haciendo huir más tarde; trocando la coguya por la casaca de dos colores, el crucifijo por el sable y las rogativas y los sermones por la insurrección y los discursos patrióticos, hemos vivido la mitad del siglo XIX en una sociedad de perseguidos y perseguidores, emigrando por tandas al extranjero para que el mundo no ignorara nuestras fraternales disensiones.

Avergonzados, vergüenza muy natural, de haber sido tanto tiempo ignorantes, quisimos hacernos de un golpe sabios, y sabios completos. El español que salió peor librado resultó doctor *in utroque*, pero no *in utroque jure*, sino *in utroque mundo*. De cada café salía una espuerta diaria de sabios; los corrillos de la Puerta del Sol rebosaban sabiduría á todas horas, y hubiéramos muerto de plétora de inteligencia á no haber tenido la suerte de dar colocación á los sabios de más empuje en las plazas que dejó vacantes el absolutismo y en las muchas nuevas que trajo consigo la Constitución.

Como no había tiempo que perder, porque todos estaban conformes en que se había perdido demasiado, ni siquiera pudimos detenernos á sortear los destinos, ni menos las reputaciones, y la que de éstas se hizo más de prisa fué la mejor de todas.

Era urgente poner en escena la obra nueva, y se repartieron de cualquier modo los papeles.

Así, cuando hubieron pasado los primeros ensayos empezó á conocer el público que eran demasiado malos los actores para una representación formal y seria.

Entonces se pensó en sacar á oposición en el Parlamento la plaza de director de escena y las de los primeros galanes, y aun se creyó que no sería malo llamar á concurso para proveer las de los otros actores de escalera abajo. Pero ya era tarde.

El hombre de Estado había hecho profesión de serlo toda su vida; el tribuno monopolizaba la elocuencia; el militar no soltaba el sable de la mano; el literato juraba que moriría siendo el más distinguido; el artista se declaró inimitable, y todos se hicieron inamovibles.

Así, más ó menos silbadas, continuaron las primeras representaciones del sistema representativo, y aunque no dejamos de probar en ellas nuestro amor á la patria independencia, nuestro valor cívico y otras virtudes patrióticas que habrían puesto muy alto el nombre español, como el líquido había estado fermentando mucho tiempo en el frasco, tenía algunas heces, que al derramarse por el suelo viciaron un tanto la atmósfera.

La libertad no había tenido tiempo para sacudirse el polvo de la servidumbre, y en vez de darnos una tabla de derechos civiles nos dió una

panoplia de arreos militares; en vez de sacar la lengua desenvainó el sable, y encargó á los cañones que repartieran sin violencia la igualdad y que difundieran á cañonazos la civilización.

El cuadro de esas pacíficas predicaciones que no pueden gloriarse de haber hecho gran número de convertidos debería ser el asunto principal de esta segunda parte, si nos propusiéramos seguir paso á paso los de la civilización y la libertad; pero no tenemos fuerza para tanto. La pluma con que contamos para escribir estos cuadros, aunque es de hierro, tiene los puntos harto blandos, y no nos atrevemos á llevarla adonde acaso no le fuera fácil salir.

La asomaremos breves momentos á la testamentaria de D. Cándido Retroceso, cuya última voluntad hemos transcrito en el final de la parte primera, y eso será todo lo más que nos entremetamos en tan delicada materia.

Allí oirá, aunque no tenga el oído muy fino, los discursos solfeados de los patriotas y las palizas purificadoras de los realistas, y verá, sin esforzar mucho la vista, cómo se reparten los primeros la herencia y cómo deshacen los segundos las partijas en nombre de un menor de edad que se hallaba entre los herederos, y sobre todo porque habían echado la cuenta sin la huésped.

Pero esto lo haremos más tarde: cuando tengamos más confianza con el lector para darle una paliza y cantarle el *trágala*, ó para encerrarle en un calabozo y entonarle la *pitita* desde la calle.

Por ahora nos limitaremos á copiar las cosas tal cual se hallan, sin meternos á averiguar quién las ha puesto así ni por qué no están de otro modo.

Conque, amigo lector, que amigo y muy amigo te necesitamos en estos momentos, si al empezar esta obra te suplicamos que cerrases los ojos y suspendieses el habla, ahora te decimos que sueltes la lengua, porque una más donde funcionan tantas es *peccata minuta*, y puedes abrir los ojos sin miedo para ver á la luz del *gas* las maravillas del *vapor*.

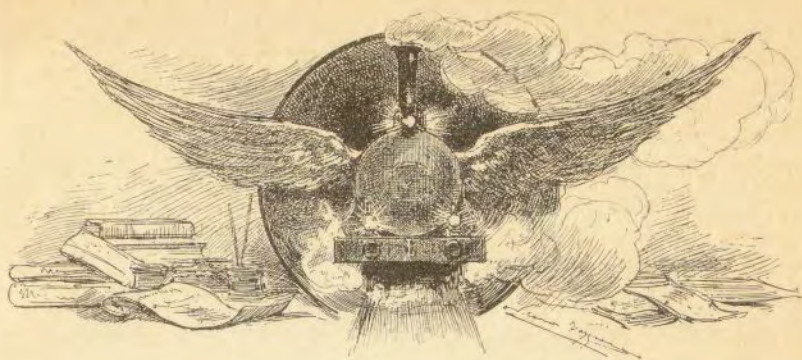
También AYER te rogamos que no replicaras ni discutieras, y HOY te encargamos y aun te exigimos que hagas todo lo contrario. Y esto, que te parecerá una contradicción, consiste en que la privación es causa del apetito, y no hay nadie más hablador que el que ha pasado mucho tiempo por mudo.

¡Quién ha de extrañar que los hijos del *silencio* sean los padres del *charlatanismo*!

Pasa, lector, la vista por el cuadro que sigue y por los demás que tenemos preparados para retratar esta sociedad de las cerillas fosfóricas, y verás cómo no hay nada más cierto que lo que acabamos de decir.

Y mientras tanto, Dios te guarde y á nosotros nos tenga de su mano para que no se escapen de entre las nuestras los objetos que hemos de examinar, si nos lo permiten el magnetismo, que hace bailar las mesas y los veladores; el ferrocarril, que nos roba los parroquianos llevándolos á escape por esos mundos de Dios, y el telégrafo eléctrico, que nos quita los pensamientos como un verdadero jugador de manos.





EPIDEMIA REINANTE

6

FLUJO DE HABLAR PERMANENTE

Primer cuadro crónico de la escuela del Vapor, en este museo
de «Ayer, Hoy y Mañana»

¡Gracias á Dios que tenemos papel continuo, y plumas de acero, y tinta permanente, y goma elástica para borrar la permanencia, y tinteros de presión, y obleas de pistón, y papel secante!

¡Gracias á Dios que ya podemos hacer los cuadros cortos ó largos, según convenga al asunto, sin que el mezquino tamaño del papel de tina corte el vuelo á nuestra fantasía!

¡Gracias á Dios, repetimos, gracias á Dios que ya podremos decir sendas claridades y dibujar toda clase de figuras sin que se doblen ni se cansen los puntos de nuestra pluma metálica!

¡Gracias á Dios, y después de Dios á la industria inglesa, que ya el papel ha sacado los pies de la tina y, emparejado con el más gigante de los lienzos, anda, anda, Dios sabe hasta dónde!

¡Gracias á Dios, decimos por última vez, gracias á Dios que hemos atravesado el desierto arenal de la ignorancia y venido á este florido vergel de la inteligencia; á este paraíso perdido por nuestros padres, y que nosotros hemos hallado para gloria del presente siglo y regalo del venidero!

La época que corre, que no la que ha corrido ni la que ha de correr más tarde, es la madre de la sabiduría, la patria de la inteligencia, la cuna de la ilustración, el manantial de la abundancia, el *non plus ultra* de la prosperidad y de la perfección humana.

La época presente es ni más ni menos que aquella piedra filosofal que tantas veces buscaron en vano los alquimistas de la antigüedad.

Para nosotros estaba reservada la grande empresa de hacer la felicidad del género humano.

Nosotros somos los buenos; nosotros, ni más ni menos.

Nosotros somos los que hemos extinguido la pobreza, inventando la palabra *filantropía*;

Nosotros somos los que hemos cegado los manantiales de la miseria con sólo decir que ya estaban abiertas las *fuentes de la riqueza pública*;

Nosotros somos los que hemos suprimido el diezmo, para establecer el diezmo y el décimoquinto y hasta el décimonono;

Nosotros somos los que hemos quitado las contribuciones, sin hacer otra cosa que llamarlas *donativos forzosos*.

Nuestra es la gloria de haber creado el *papel moneda*, para que el oro del Perú no nos asustara, diciendo que ya no quería venir á visitarnos;

A nosotros nos deberán las generaciones futuras el haber cavado la tierra hasta llegar á percibir el olor de la plata, que debe de estar en la quinta entraña del globo;

Nosotros somos los que hemos descubierto que los *talones* del Banco valen cien millones de veces más que el de Aquiles;

Nosotros somos los buenos; nosotros, ni más ni menos.

Tú y yo, lector, tú y yo, que hemos tenido la dicha de nacer después que nuestros padres, somos los maravillosos autores de las infinitas maravillas que encierra este mundo *maravillero* en que vivimos;

Nosotros somos los que peleando á la luz del fósforo hemos derrotado al pedernal y puesto en vergonzosa fuga al acero y á la yesca de chopo;

Nosotros somos los que cansados de que el talento estuviera siempre encerrado en la cabeza le hemos bajado á las piernas, y en vez de ligas ceñimos laureles á los pies de las bailarinas;

Nosotros hemos mejorado las artes sin más que hacer uso continuo de la palabra *artista*; hemos perfeccionado las ciencias abaratando las borlas de los doctores, y hemos hecho tantos injertos en el árbol de la sabiduría humana, que ya tocan las ramas en lo divino.

En suma, tanto hemos hecho los hombres de HOY, que es posible que por no tener nada que hacer se mueran de tedio los de MAÑANA.

Porque no creas, lector, que todos nuestros trabajos están á la vista, ni que hay comenzada sino una pequeña parte; porque nuestra riqueza

no consiste en lo que contamos de presente, sino en lo que esperamos contar más adelante.

Los hombres de AYER tuvieron un gran caudal de fe y nosotros le tenemos de esperanzas.

El arsenal de nuestros *propósitos* está tan provisto de todo, que no deja nada que desear.

Nos *proponemos* que el hombre sea libre, cosa que le sorprenderá sobre manera cuando llegue el caso; *pensamos* darle derecho á todo cuanto ve y aun enseñarle lo que jamás ha visto; *tratamos* de igualarle á todo lo criado para que todo lo criado sea igual á él, y *haremos* lo posible y mucho más para instruirle y civilizarle.

Proyectamos toda clase de mejoras materiales, no para que nos llamen materialistas, sino para espiritualizar la materia hasta ponerla más sutil que el espíritu.

Hemos pensado también en que sería bueno dar una mano, y aunque fueran las dos, á la administración de justicia, para que los magistrados sepan á qué atenerse y los ciudadanos á qué palo quedarse.

También *se nos ha ocurrido*, y algo tenemos *proyectado*, acerca de la libertad del pensamiento y la del comercio y la de la industria; pero son muchas libertades para dejarlas ir juntas, y las tenemos en observación en la censura y en el arancel hasta más adelante.

Ultimamente, no hay nada sobre que no hayamos hecho un *propósito*, incluso el de arrepentirnos de lo que HOY estamos haciendo y el de la enmienda para lo sucesivo.

No habrá cosa que inventen los hombres de MAÑANA que ya no hubiésemos *proyectado* nosotros. Y si tratan de asustarnos con decir que ellos van á volar, no podrán llevarnos de ventaja sino la mitad del invento; porque si ellos descubren la manera de ir hacia arriba, nosotros sabemos ir hacia abajo, y estamos pata.

Pero es inútil que nos cansemos en enumerar todas las habilidades de la generación presente. Si lo dicho no basta para comprender lo mucho que valemos por lo que ya somos y lo que podremos valer por lo que proyectamos, quede sentado que hasta las cosas más nimias han fijado la atención de nuestros más grandes hombres.

Nadie, amigo lector, nadie nos gana á previsores ni á proyectistas. Bien haya la discusión y la charla que hemos tenido desde que se nos cayó de la boca la santa mordaza que nos puso la santidad del Santo Oficio.

¡Imposible parece que sin detenernos á echar en la alforja un poco de prudencia y algo de ilustración y algo y aun algo de moralidad, hayamos emprendido con tanta fortuna el camino de las reformas!

¡Y de qué manera le hemos andado! ¡Y cuánto en poco tiempo hemos corrido!

Abre bien los oídos, lector, ábrelos de par en par, que no quisiera que se te escapara ninguna palabra, porque aquí las palabras valen mucho más que las obras.

Y te encargo que si algún hombre de AYER comete la imprudencia de venir á este museo del *vapor*, le cojas del brazo para que no caiga al suelo, mareado por el torbellino de los siguientes cuadros.





CUADRO II

LOS GRITOS DE MADRID Ó LA PUBLICIDAD EN 1850

Aquella voz débil, enfermiza y escasa con que la España de 1800 anunciaba su existencia en el mundo industrial y mercantil, se ha convertido con el transecurso de medio siglo, no ya en una voz fuerte y robusta, sino en una gritería descompuesta y atronadora.

El primer grito de esa orquesta diabólica es el que lanza la tierra, herida en sus entrañas por el incansable pico de los mineros, á cuyo eco lúgubre responde el atronador rodar de los carruajes, el látigo de los cocheros, las imprecaciones de los mayores, el silbido de la locomotora, los chillidos de la gente que huye atropellada y los ladridos de los perros que se apartan por no dejarse atropellar.

A ese grito constante que ensordece la atmósfera se junta el murmullo de los logreros, las confidencias de los bolsistas, el continuo y desesperado vocear de los vendedores ambulantes, la campanilla chillona de los carros de la basura, la trompeta de las diligencias, el espeluznante arañar de las arpas, el chirrido de los organillos y cien ecos distintos que lanzan al aire el martinete de los herreros, el tableteo de los molinos de chocolate y el áspero galopar de las incansables máquinas de vapor.

La autoridad municipal no supo lo que se hizo al mandar que los infelices vendedores no pudiesen pregonar sus mercancías después de las diez de la mañana. Semejante disposición es inútil; no alivió en nada la agresión que la industria y el comercio cometen con nuestro pobre tím-

pano, criado con tanto regalo y tanto silencio en los calabozos del Santo Oficio.

El vendedor de más pulmones no logra otra cosa sino arrojar un eco débil, tísico, que rasga entre sus ruedas la diligencia que pasa volando y que apaga por completo el eco sordo que la va siguiendo.

¡Qué importa una voz más ó menos ni qué vale medio millón de gritos humanos junto al bostezo de una locomotora, que parece encerrar en sus pulmones de hierro todo el aliento de la humanidad!

Si queréis calmar el estremecimiento nervioso en que nos hace vivir la diabólica vibración de la atmósfera; si pensáis que el espíritu necesita algunas horas de reposo, mandad que cada mes haya una Semana Santa, y así tendremos cuarenta y ocho horas de descanso, sin las campanas que atruenan y los coches que aturden y el ruido de los obreros que hace insoportable la vida en las grandes poblaciones.

¡Qué vale el enfermizo pregón de la verdulera junto al continuo martillar del arquitecto, que á fuerza de clavos se afana por terminar en marzo la jaula que empezó en febrero y que ha de estar alquilada en abril!

Y si al ruido del clavo y al de la viga que se deja caer en tierra y al del picapedrero que labra los sillares añadís los gritos del carretero que canta los pares de ladrillos que entrega y los del guarda que los recibe contados, veréis que no vale la pena de suprimir un grito en una atmósfera de gritería, de confusión y de espanto.

Pero dispensadme, queridos concejales; perdón una y mil veces, señor corregidor, por haberos dicho que veréis tal ó cual cosa, sin acordarme de que la bulla de la atmósfera no deja ver nada. Los gritos de la cal, cuyos autos de fe se hacen en medio de la calle; los del yeso que salta al sacudir los costales en el arroyo, y finalmente los que arranca el pavimento al sentirse arañado por las escobas de la villa, llenan el aire de una nube de polvo, que mal año para los físicos que dijeron que el aire es inodoro, incoloro é insípido. Hubiéranle ensayado en la corte y tendríanle por muy sávido, de mucho color y de olor tanto, que no tendrían nada que pedirle.

Los pozos de aguas inmundas ponen también el grito en los cielos, rasgando la mordaza de piedra que les cubre la boca; ¡tan llenos de razón están los infelices!

El empedrado no grita ni dice esta boca es mía, á pesar de que tiene tantas como piedras le faltan; pero se encarga de hacer gritar á los transeúntes, divirtiéndose en romperles primero el calzado y luego el mejor conservado de sus callos.

Los carruajes le arrancan sin compasión todos los huesos de la boca;

pero cuando él logra coger una rueda en alguna de sus mellas ó baches, tiene función completa y el público uno de sus más gratos y más económicos divertimientos.

No son, sin embargo, ninguno de los que quedan dichos los verdaderos gritos del Madrid de 1850.

Que hoy se pregonaran por las calles un millón de artículos en vez de ciento que se vendían antes, nada tendría de particular, ni habríamos intentado el escribir este cuadro para añadir en él las voces con que HOY se anuncian las mercancías de AYER ni las que se han inventado para las nuevas mercancías que salen á la plaza.

Hemos dicho que ha sido tal el ensanche que ha recibido el arte de gritar, que ya nadie sabe lo que grita, y esto se ha convertido en una verdadera Babilonia.

Así pues, querido lector, te aconsejo que abras los ojos y cierres los oídos, porque el dios Mercurio, que ha debido quedar sordo-mudo en fuerza de gritar, se ha puesto de acuerdo con Gutenberg y para todas sus necesidades se vale de la imprenta.

Acércase el comerciante á una máquina de imprimir, refiérela su cuita, y en cinco segundos le entrega la máquina cinco mil gritos, que pegados en las esquinas, repartidos en los cafés y arrojados á domicilio por debajo de las puertas, anuncian la cosa en venta á satisfacción del vendedor.

Las esquinas han protestado diferentes veces al ver que las bizmaban y las entablillaban sin tener en cuenta su robustez, y hasta pensaron años atrás en nombrar un procurador que las defendiera de la invasión de los industriales; pero éstos gritaron tan alto, que las esquinas quedaron convencidas de que no tenían razón para quejarse. Porque una de las cosas, y esto lo digo al paño, que se han logrado con los adelantamientos de la gritería, ha sido probar que el que más grita es el que tiene más razón.

Pero ya se ve, las esquinas, á pesar del flamante descubrimiento del magnetismo animal (cuyas propiedades giratorias, aunque animales, las ha descubierto un ser racional y las han propagado otros seres *ejusdem furfuris*), las esquinas no se mueven, y no era cosa de obligar al comprador á que pasase por delante del anuncio. Parecía natural que el anuncio se tomase la pena de ir en busca del comprador; era preciso que la esquina girase y anduviese; y con efecto, pásmate, lector y ten cuidado de que no me oigan los inquisidores de AYER, las esquinas se mueven y andan.

¿No ves alzarse sobre ese mar de cabezas que invade la calle un estandarte que sigue el movimiento de la gente y anda de un lado para otro haciendo alto de vez en cuando? Pues no esperes que le sigan frailes fran-

ciscanos, ni los niños de la doctrina, ni las mangas de la parroquia. Ese estandarte no anuncia una procesión; anuncia un periódico, ó un libro, ó un diorama, ó la rifa de alguna tienda ó cosa de menos valor, como por ejemplo, la aparición de un gigante ó de un enano ó de un feto de siete cabezas y cuatro pares de brazos.

Ese estandarte no es otra cosa que un cartel, que aburrido de estar en la esquina sin llevar parroquianos á su dueño, se dejó enclavar en la punta de un palo, y en brazos de un pobre de San Bernardino anda gritando por las calles de la corte.

De noche le verás tomar la forma de los antiguos faroles de retreta, aclarando su voz con un sorbo de aceite y con una vela de sebo, pero siempre gritando y siempre sus gritos al alcance de las gentes que saben leer, que aún no son todas.

Pero tú dirás, y en tu vida habrás dicho cosa más acertada, que el movimiento de ese cartel no es el de la esquina en que estaba pegado, y que si el magnetismo animal no ha hecho mejores pruebas de sus facultades *se-movientes*, el magnetismo animal es una farsa. Y aunque si esto dices tampoco te falta razón para decirlo, no por eso has de creer que los esquinzos están quietos y siguen haciendo el poste, como en tiempo de tus abuelos. Sería un gran disparate pensar que la industria, que ha sabido darse trazas para arrastrar como una sola máquina toda una población, se habría de detener ante la dificultad de mover un esquinzazo.

Asómate al balcón, y si vives en piso principal te ahorras la pena de asomarte, y mira esa esquina llena de anuncios y carteles que anda por en medio de la calle pregonando todo género de mercancías.

Un pequeño cuadrúpedo basta para darla impulso, y es admirable la inteligente paciencia con que el buen animal detiene el paso cada vez que algún curioso quiere leer un anuncio.

Excusado es decir que los gritos de esa esquina ambulante son tan elocuentes, tan iniciativos y tan apetitosos como todos los que adornan los guardacantones y los que forran los pisos bajos de las casas; subiéndose ya, por falta de terreno, hasta los pisos cuartos y los quintos, con ánimo sin duda de ver si bajan á comprar alguna cosa los habitantes de la luna.

Citaría, sin embargo, algunos de los más notables, si no pensara á renglón seguido ó á capítulo inmediato dar un cuadro especial de todos ellos; cosa que me será en extremo fácil con sólo retratar el *Diario oficial de Avisos*, que ha tenido la complacencia de venir á mi gabinete para que dé al público su importante y amena caricatura.

De las muestras de las tiendas diré únicamente cuatro palabras, que bien las merecen sus dueños, siquiera por los grandes gastos que van ha-

ciendo en ellas, anunciando sus nombres con letras de oro y transmitiendo á la posteridad sus apellidos en láminas de bronce; sus apellidos, no los de los géneros que venden, cosa que al parecer les importa callar, sino los suyos propios, de lo cual maldito si debe importarle nada al comprador.

Crucificado entre dos guarismos, que suelen ser el número de la casa repetido, se ve un *Pedro Fernández*, ó un *Juan Gutiérrez*; personas ambas que deben saber de sí mismas todo lo que el público ignora, y cuya tienda pasa en blanco el que no busca Pedros ni Juanes, sino que va á comprar lisa y llanamente zapatos ó pantalones, y no entra allí porque ignora lo que vende aquel señor que á guisa de lápida mortuoria pone sobre la puerta de su vivienda el número del nicho y el nombre y apellido del difunto.

Esta costumbre se ha ido poniendo en tanta boga, que las calles de Madrid más parecen hoy un índice de sangre de la Inquisición ó un empadronamiento vecinal que un repertorio de anuncios.

Y es indudable que la vanidad de los comerciantes quedará con esto más satisfecha, pero no lo estará tanto el libro de caja.

Andando el tiempo, y á costa de su dinero, lograrán que el círculo de sus parroquianos sepa que donde dice *Rodríguez* se debe leer *Almacén de curtidos ó Tienda de comestibles*; pero el forastero que necesita comprar una libra de queso ó media de garbanzos no entrará á buscarla allí donde dice: *N.º Dorados 13*.

Por absurdo que le parezca creer que hay un almacén de números treces dorados, ¿no le será más fácil creerlo así, que no pensar que el dueño de la tienda se llama Dorados, que vive en el número 13 y que vende aceite, jabón y velas?

Si al menos tuviera los géneros por de tan buena condición como su apellido, ya se le podría perdonar que sacase al aire su cacho de genealogía; pero decir cómo se llama cuando nadie se lo pregunta, y no decir lo que vende, que es lo que todos le han de preguntar, es una cosa imperdonable.

¡Y cuando les da por callar el apellido y revelan el parentesco, anunciándose con el título de *Los dos hermanos* ó *El padre y el hijo*, ó *Los sobrinos*, sin añadir una sola palabra más, á pesar de las muchas que caben en la muestra!

¡Y qué diremos del otro que no vende alfabetos ni ovejas merinas, y sin embargo se contenta con decir: *Á las 25 Bes*, y las pone una tras otra todas en hilera, ó de su vecino el *Cetro de oro*, que si vende alguna cosa de metal es cobre, plaqué ú hoja de lata!

A la villa de Pekín, dice una muestra, y es el anuncio de loza de Tala-

vera; *A los Estados Unidos*, se lee en otra tienda, donde todos los géneros son catalanes; *La Providencia* vende papalinas y encajes; *La Cruz de Malta* es un almacén de navajas y alfanjes moriscos; *El Anacoreta* vende objetos de lujo para el tocador de las señoras, y en suma, amén de la concepción de los rótulos, éstos no están nunca en consonancia con los géneros cuya venta pregonan.

Altisonantes lo son todos, desde la más hiperbólica de las hinchazones hasta la más hinchada de las hipérboles.

Recientemente les ha entrado á muchos la manía de las *especialidades*, y no parece sino que la serpiente de Iriarte les ha dicho como al pato de la fábula:

«que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.»

Tal es el afán con que el uno procura ser diestro en el corte de pantalones, y anuncia en letras grandes, como piernas de hombre de siete pies, *especialidad en pantalones*; el otro dice, *especialidad en cuellos de camisa*, ó en *tacones de botas*, ó en *conteras para bastones*, ó en otra cosa cualquiera, hasta el punto de haber salido á relucir la *especialidad en pastillas de goma*; hallazgo de gran consecuencia cuando el termómetro anuncia su *especialidad en 8 bajo cero*, y empieza la especialidad de los catarros á buscar la especialidad de las pastillas.

La primera de esas especialidades, y la que aún sigue á la cabeza de todas, es la que de la noche á la mañana apareció á la puerta de un francés, que noche y mañana se tomaba la pena de *calzarnos la mano*. A este guantero, que á decir de los elegantes es maravilloso en su oficio, no le dimos el pie de manera que pudiera decirse que le habíamos dado el pie y él se tomaba la mano, sino que le dimos ésta y él nos tomó todo el cuerpo. Metióse lo que se llama en camisa de once varas, y como si toda la vida hubiésemos andado en cueros, se descolgó con una gran muestra que decía: *Al regenerador de la camisa*.

Semejante especialidad ha tenido diferentes especialísimas maneras de ser vista; y como la mayor parte de las gentes tienen necesidad de llevar la camisa zurcida, son pocos los que han podido llevar alguna á regenerar.

¡Con cuánta más razón pudo haberse llamado regenerador de la camisa el que inventó la manera de convertirla en papel de fumar ó de escribir!

¡Es poca la regeneración que sufre la camisa en poder del modesto trapero que la vende á una fábrica de papel para que la convierta en

billete de 4.000 reales ó en título del 3 por 100 y finalmente en un talón ó en muchos talones de Banco! Porque de una camisa (y allá va este problema á los que la mudan con tanta facilidad), de una camisa bien podrán salir una docena de talones de Banco. ¡Y sin embargo, el trapero la compra por seis maravedíes y la vende por seis ochavos! ¡Oh pasmoso desprendimiento del dueño de la camisa y sublime abnegación del trapero! ¡Y ninguno de ellos se atreve á llamarse regenerador de la camisa!

No hay que desconfiar por nada, querido lector; aún hay modestia trapera en este siglo de los cambiantes de ropa.

Aún hay.....; pero volvamos á nuestro asunto y sigamos examinando los gritos de la corte, aunque sin entrar de lleno en el examen crítico-ortográfico y crítico-racional de las muestras, porque esta tarea requiere grande solemnidad y no puede ir separada de la de los escaparates ó exposición perpetua de artes, industria y comestibles.

Cuando destinemos un cuadro especial á esa tarea favorita de las señoras; cuando *vayamos* de tiendas, mientras las damas que nos acompañan se franquean con el tendero, nosotros examinaremos la conciencia de su escaparate y de sus anuncios.

Ahora nos interesa dar principio al retrato del *Diario*, que ya nos está aguardando en el gabinete, y no es cosa de darle chasco.

Por conclusión á este primer artículo de gritos, y ya que hemos hablado algo de las muestras, daremos noticia de una que hemos visto recientemente, y dice así: *Gran fábrica y despacho de no velas*. 3.

Como que los negocios del vecino Imperio no se oponen á que emigren algunos franceses, lo primero que nos ocurrió fué pensar si estaría en Madrid el famoso abastecedor Alejandro Dumas, y trayendo consigo su máquina de cien volúmenes por segundo, le habría dado la gana de establecer una fábrica de novelas. También pensamos que aquella sería la imprenta de alguno de los editores castellanos que tienen en la corte los escritores franceses, y por último nos decidimos á entrar en la fábrica de novelas á pedir una cualquiera.

—¿Quiere usted de las de seis ó de las de cinco en libra?—nos preguntó el hombre que estaba en el despacho.

—Pues qué, ¿ya se dan al peso?—le preguntamos sorprendidos.

—Siempre se han vendido así—contestó el hombre;—por arrobas, medias arrobas y cuartillas.

—Saqué usted de las de á seis en libra—le dijimos, por salir del paso.

¡Y qué dirás, lector, qué dirás que nos sacaron!... ¡Un manojo de velas de sebo!

Salimos avergonzados de nuestra torpeza en no haber adivinado la del pintor que hizo la muestra; pero compadecidos del fabricante volvimos

á hacerle notar el disparate que pesaba sobre su establecimiento, y él nos dijo sonriendo:

—Usted ha leído mal, caballero; ahí dice bien claro: *Gran fábrica y despacho de velas, número 3*.

—Eso quiso poner el pintor—le replicamos;—pero no lo ha puesto. Vea usted cómo está escrito.

—Sí, lo sé—me dijo el fabricante de *novelas* de sebo;—si yo mismo le dí el modelo.

—Usted perdone—le replicamos.

—No hay de qué—nos dijo;—hay muchos como usted que ignoran que una *n* y una *o* son la abreviatura de la palabra número.

Figúrate, lector, á lo que nos expusimos por no entender de abreviaturas. Lo que hicimos fué abreviar el paso de tal modo que no dejamos de correr en todo el día.

Y sin embargo, en todo lo que anduvimos no había otra cosa que abreviaturas por el estilo de las del fabricante de velas.

Por todas partes gritos de rabia, causados por el hambre de los unos y la hidrofobia metálica de los otros.

Hasta en la mansión del silencio gritan las lápidas sepulcrales, y andan por allí el dolor, la ortografía y el sentido común tapándose los oídos por no escuchar aquellos lamentos, de los cuales también habremos de ocuparnos en estos cuadros contemporáneos.





CUADRO III

RETRATO AL DAGUERROTIPO DEL «DIARIO OFICIAL DE AVISOS DE MADRID»

Una de las grandes empresas que la época actual tiene abonada en su cuenta corriente con la civilización, es el invento del daguerrotipo.

En la hoja de servicios de la luz se lee la partida siguiente:

«Año de 1838.—Monsieur Daguerre ha descubierto que la luz en sus ratos de ocio se entretiene en pintar cuadros sobre láminas de cobre, plateadas. Su caballete es la cámara oscura, no se vale de otros pinceles que de sus propios rayos, prepara el cuadro con un vapor de yodo y le barniza después de acabado con uno de mercurio.»

Desde que los franceses en 1832 compraron el secreto al Sr. Daguerre, dándole una pensión de 6.000 francos anuales, todos los pintores de fama arrojan los pinceles, y subidos á los desvanes y á las azoteas, salimos en busca de una luz pura que nos ahorrase la pena de andar haciendo cuadrículas y educando la vista para copiar la naturaleza.

La luz ha correspondido á nuestra invitación, y el lápiz ha quedado en las carteras, sin otro oficio que el de apuntar las señas de una casa ó alguna operación mercantil.

Todos nos valemus ya del moderno artista, y los retratos que antes costaban veinticinco duros y solían parecerse al retratado tanto como el

gallo de la pasión, ahora cuestan doce reales y se parecen como una gota de agua á otra.

Es por lo tanto expuesto pararse en la calle frente á la casa de algún discípulo de Mr. Daguerre, porque cuando uno menos se cata halla reproducida su imagen con una perfección envidiable.

Hoy nadie puede hacerlo impunemente delante de mi laboratorio; y te lo advierto, lector, para que si no quieres pasar á la posteridad en aleluya te ahorres de cruzar por delante de mi daguerrotipo.

Por no haberlo hecho así el *Diario de Avisos*, te voy á dar su retrato.

Mírale bien: ni es alto ni bajo, y puede decirse que tiene una estatura regular entre los individuos de la familia periodística.

Cuando nació parecía un gigante, y sin embargo, me ha traído un retrato que le hicieron siendo niño, otro de cuando era adulto y otro de edad madura, y siempre ha sido un enano.

Pero no era mengua suya el no estar más medrado, sino de las gentes con quienes vivía, que le tenían por tan enfermizo y de tan pocas fuerzas digestivas, que no le daban á comer otra cosa sino alguna fábula de Esopo y unas cuantas efemérides, tal cual anécdota los domingos, y de postres las pérdidas y los anuncios del teatro.

Desde que le mejoraron y le añadieron la comida empezó á crecer, y ya rayaba en los cincuenta y tres años de edad cuando llegó á la estatura que hoy tiene.

Sale todas las madrugadas de su casa y va de visita á las de sus amigos, que no bajarán de cuatro mil, sin que haya faltado nunca ni por enfermedad ni por fiesta solemne, incluso las del Jueves y Viernes Santo.

Espéranle con ansia los contratistas para ver si anuncia alguna subasta, los prenderos para informarse de las almonedas, las amas de cría para ver si se ha dado por entendido de la leche fresca de dos meses que tienen hace ya un año; míranle de reojo los criminales porque los pregona en nombre del juez que entiende en la causa; los quintos procuran hacerse los distraídos cuando él los llama amenazándoles con declararlos prófugos; el que se ha encontrado alguna alhaja le mira para esconderla si su dueño la busca; el que ha robado algún perro se informa del hallazgo que ofrecen al que le entregue en tal ó cual parte, y por último los aficionados al teatro le preguntan la función que se hace por la noche y el *Diario* tiene obligación de contestarles cumplidamente.

Es reputado por la gente machucha como uno de los mejores digestivos para el chocolate, y no ha faltado quien le haya dicho que no volviera á su casa si no acertaba á ponerse de acuerdo con la cocinera para llegar allí al mismo tiempo que estuviese el chocolate á punto de sorberse.

Tiéndenle todos por muy embustero, casi más que la señora de sus pensamientos, la respetable *Gaceta*; pero esto no es enteramente exacto, y sus mentiras son siempre veniales y ajenas á su voluntad, porque él no puede añadir ni quitar un solo comino á la salsa con que le dan aderezada la comida sus numerosos cocineros, y traga toda clase de venenos con la mayor resignación.

El personal de su redacción es infinito: apenas hay un solo español, del rey abajo é incluso algunas veces el mismo rey, que no contribuya con sus escritos á ilustrar la opinión de los suscriptores del *Diario*.

Pero los redactores de planta son los siguientes:

Redactor en jefe: el gobernador militar, que como el periódico es civil y la época es seglar, ocupa, acaso por cuestión de buena crianza, el lugar de preferencia.

Redactores primeros: los ministros, los directores, los subdirectores, etcétera; el capitán general, el gobernador civil, el corregidor, el ayuntamiento, los jueces de primera instancia, el clero y los sacristanes.

Idem segundos: los cambiantes de ropa, los artistas, los caleseros, los prestamistas, los mineros, los tenderos y las prenderas.

Redactores de escalera abajo: las patronas de huéspedes, los sirvientes, las nodrizas y todos los distraídos que vuelven á su casa con una ó dos prendas de menos.

Los empresarios de los teatros y el observador meteorológico son los encargados de la amena literatura.

Todos los redactores, sin distinción, escriben en el género serio y en el festivo y aun en el caricato.

Rara vez tiene folletín, y en una ocasión se ocupó en proponer al ayuntamiento una reforma que consistía en demoler la población; lo cual dió gran susto á los propietarios de fincas en la corte; pero la cosa quedó por fin como estaba.

Ya anteriormente había propuesto otras reformas más moderadas en deliciosísimos versos, y algunas de ellas fueron atendidas.

El café de Canosa y la casa del duque de Tamames cayeron al suelo apenas les hizo mal de ojo esta redondilla, que compuso el poeta al pasar con su lira al hombro por la Carrera de San Jerónimo:

«Y ya que tan cerca estamos
de la casa de Tamames,
bueno es que la atención llares,
lira, por si la *mermamos*.»

Por aquel entonces se habían plantado los árboles de la calle de Alcalá á disgusto del poeta; el cual, como en su ardiente fantasía no cono-

cía el invierno ni el verano, sino una vegetación permanente, *infería* afligido,

«por un discurrir muy sano,
que si dan sombra en verano,
la darán en el invierno.»

En esto, á Dios gracias, no fué tan afortunado como en la *merma* de la casa de Tamames, y los árboles siguen creciendo, aunque sin dar sombra en invierno, porque no habiéndose suprimido el Otoño, éste les lleva la hoja y con ella la sombra que tanto temía el poeta.

Pero dejemos esas sombras y esas mermas que harían interminable este cuadro, y hagamos el retrato del héroe en cuestión, sin detenernos en más accesorios ni dibujos.



DIARIO OFICIAL DE AVISOS DE MADRID

Las once mil vírgenes.—Cuarenta horas en las Maravillas

SECCIÓN OFICIAL

Orden de la plaza

Parada. — Asia, Africa y América.

Jefe de día. — Teniente coronel, alférez de gascadores de Mallorca.

Visita de hospitales. — Mahón.

EL GENERAL GOBERNADOR

Corregimiento de Madrid

Ayer han entrado por las puertas de la capital: 100 vacas, que componen 50.999 y media libras de peso, y

700 carneros, que hacen 20.698 y tres cuartos libras.

Lo que se hace saber al público para su inteligencia. — EL SECRETARIO.

BANDO

D. N. N., caballero del hábito de San Hermógenes, y condecorado con la cruz de Mayo, etcétera, etc., alcalde corregidor de esta muy heroica villa, etc., etc. Hago saber:

Que habiendo observado que por los dependientes de mi autoridad no se cumple con lo prevenido y expresamente dispuesto en diferentes bandos y en los artículos 1.001, 1.002 y 1.100 del Reglamento de policía urbana, y pareciéndome que ya es hora de que los dependientes de este corregimiento observen lo que se les tiene mandado, he dispuesto lo siguiente:

1.º Que ningún vecino dé lugar á que se salga el pozo de aguas inmundas, rebosando sobre las aceras con perjuicio de los transeuntes y de la salubridad pública.

2.º Que no ensucien las calles, fiados en el barrido, que podrá hacerse más tarde ó más temprano y nunca con el esmero que exige la cultura del vecindario.

3.º Que en las fuentes públicas no se promuevan disputas en averiguación de á *quién le toca* la vez para llenar, sino que cada cual llene *cuan-do le toque*.

4.º Que ningún vecino se embriague con ánimo deliberado de insultar á los habitantes pacíficos de la población, ni con el de tenderse sobre la acera obstruyendo el libre paso de ella.

5.º y último. Que *no se permitan* tiestos de flores en las ventanas ni balcones, *ni regarlos*

fuera de las horas en que no se pueda cansar molestia al vecindario.

Los contraventores á las anteriores disposiciones quedan obligados á dejarse llevar por los dependientes de mi autoridad ante los alcaldes de sus respectivos distritos.

Gobierno civil

D. N. N., brigadier de los reales ejércitos y gobernador civil, etc.

Habiendo observado que varias disposiciones y reglamentos de policía no se cumplen con la puntualidad que se requiere, y estando decidido á no tolerar por más tiempo la inobservancia de ciertas medidas, he tenido á bien dictar lo siguiente:

Se prohíbe el uso de las navajas aun sin muebles si exceden de un palmo estando abiertas; *para venderlas* se necesita licencia de mi autoridad.

Beneficencia

Se saca á pública subasta, por término de tres años, el cortado de las plumas para las escuelas de párvulos de los acogidos en los establecimientos de Beneficencia de esta corte, bajo las condiciones siguientes:

1.ª Las proposiciones se harán en pliego cerrado, literalmente ajustado al modelo que se inserta á continuación.

2.ª Para presentarse á hacer postura será preciso depositar previamente cien cuartos, ó sea el valor de igual número de plumas, que se devolverán en el acto de terminarse la subasta; debiendo el que resultare agraciado aumentar dicha suma hasta doscientos cuartos por vía de fianza, que se le abonará al expirar los tres años de la contrata.

3.ª Los gastos de escritura y demás que ocurran serán de cuenta del contratista. Madrid, etc.

Modelo de proposición

Conforme con el pliego de condiciones publicado en la *Gaceta* oficial de _____ de _____ el abajo firmado ofrece cortar todas las plumas que se necesiten en las escuelas de los establecimientos de Beneficencia por el término de tres años.

(Lugar de la fecha.)

(Firma del proponente.)

Judicial

En virtud de providencia del Sr. D. N., juez de primera instancia, etc., se cita, llama y emplaza por tercera y última vez al caballero que hará poco más de cuatro meses pasó por la Red de San Luis y cuyo nombre y apellido, señas y habitación se ignora, para que en término de tercero día se presente en este juzgado á prestar declaración en la causa criminal que se sigue por este juzgado y escribanía de.....; apercibido que de no hacerlo así, le parará el perjuicio que haya lugar.

SECCIÓN RELIGIOSA

La Real y más inmemorial y más ilustre antigua archicofradía de las Benditas Animas del

Purgatorio celebra su acostumbrada fiesta semanal con panegirico y reserva, todo á gran orquesta y con voces escogidas. Las personas que tengan papeleta de convite entran por la puerta del costado. Las señoras que vayan á silla numerada, por la espalda.



D. N. P. de J. I. ha fallecido.

Respetando, como es justo, la expresa voluntad del difunto, no se avisa á nadie que mañana á las 4 de la tarde se trasladan sus restos mortales, sin aparato alguno, al cementerio de S. I.



El Excmo. é Ilmo. Sr. D. J. P., marqués de H., Caballero gran Cruz de J., condecorado con otras de varios países, etc., etc., etc., ha fallecido á las ocho y tres minutos de la mañana de ayer.

La Ezcmo. é Ilma. señora doña M. Z., viuda; la señora doña N. P., hermana; D. H. Z., hermano político; D. F. R., primo; D. I. Z., sobrino, y los demás parientes y amigos, suplican á todas las personas que por un olvido involuntario no hayan recibido convite especial, se sirvan asistir á la traslación del cadáver, desde la casa mortuoria, calle de la Salud, núm. tantos, al cementerio de la sacramental de S. B., mañana á las tres de la tarde.

El duelo se despidе en el cementerio.

Se suplica encarecidamente el coche.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

La primera sociedad *Malicia*, explotadora de la *Cándida*, en el término llamado del Nuevo Perú, avisa á sus accionistas que si no acuden á entregar el cuarto veinticinco por ciento de los capitales por que se hallen inscritos, se darán por caducadas sus acciones y no tendrán opción á las grandes utilidades que tiene realizadas. (Es décimonono aviso.)

La «Superabundante»

Esta mina, que se halla en el rico y argentífero término de la *Poderosa* y la *Floreciente*, ha descubierto un nuevo filón de potencia tan extraordinaria que tiene asombrados á los inteligentes. En cuanto á la riqueza del mineral, la junta de gobierno ha creído un deber dar publicidad al siguiente análisis que ha hecho un céle-

bre ingeniero francés, gran físico-químico-mineralógico, que casualmente se halla de paso en esta capital.

He aquí la carta con que acompaña el ensayo:

«Señor presidente de la *Superabundante*.

»Vengo de hacer el ensayo docimástico de los minerales de plomo que usted, señor, me ha enviado á mi, y puedo asegurarle á usted, señor, que son tanto ricos como más no he visto en mi vida. Cada quintal del mineral de usted, señor, dará una arroba, doce libras, siete onzas y seis adarmes de plata.

»Y para que conste lo firmo,» etc.

Interesante, interesantísimo

Consultando el decoro y el bienestar de los interesados, sin otro móvil que un principio de humanidad y de filantropía, se anticipa dinero sobre sueldos de cesantes, antiguos, jubilados,

viudas y demás clases menesterosas. Es de advertir que se exceptúan los militares, y asimismo que no se tratará con corredores. La oficina de anticipos está establecida en la calle de la Garduña, núm. 99. También hay entrada a los préstamos por el 101.

Caridad pública

Una familia desgraciada, que ha agotado todos los recursos de subsistencia y que por razón de las circunstancias políticas se vió hace más de diez años reducida á la indigencia, acude hoy á la generosidad del vecindario para salir de las garras de la más horrorosa de las muertes..... *el hambre*. Recibe toda clase de socorros en metálico y ropas, usadas ó nuevas, en la calle de la Misericordia, núm. 3, cuarto buhardilla.

Jornal para 25 años

Se sacan á pública subasta 50.000 varas de galería, que según el cálculo de los ingenieros se necesitan para hallar el rico filón de la *Boyante*, que se perdió entre las minas *Pompeya* y *Troya*, abandonadas por los romanos. Dirigirse al picapedrero que vive en la calle de San Buenaventura, núm. 3.

Permuta

Un propietario de fincas rústicas situadas á las inmediaciones de la corte, y cuyo valor asciende á tres millones de reales, desea permutar sus rentas con la cesantía de cualquier ministro; debiendo advertir que le es igual el ramo en que haya servido S. E. Se darán 30.000 reales de prima, y se advierte que el pago de la contribución es de cuenta del que tome las fincas. En la calle del Azotado, núm. 25 triplicado, darán razón.

Aviso á los taberneros

En cumplimiento de lo que previene el artículo 26 de la ley de 3 de septiembre de 1847, los individuos pertenecientes á esta clase que quieran saber la cuota que por los peritos clasificadores les ha sido asignada, pueden pasar á casa del síndico *señor don N. N.*, taberna del Rincón.

Buena ocasión para hacer dinero

La persona que necesite 80.000 duros puede dirigirse al que los tiene, que es el portero de la casa núm. 1 de la calle de Enhoramala-vayas, esquina á la de Sal-si-puedes, el que da razón.

Se necesita dinero sobre garantías de buena especie y se pagará un interés crecido. En la calle de la Amargura darán razón.

TOMO II

Filantropía

En la calle de la Morería, núm. 13, se compran todos los atrasos de fallecidos y vivos y se facilita dinero sobre papel del Estado.

Modo de vestir sin gastar dinero

Mr. Simeón Levigabán, cambiante de ropas viejas por nuevas en corte, viene de recibir una estupenda remesa de géneros de moda, y se hace un deber de anunciarlo á los señores de la aristocracia que tanto le favorecen. Vive en la calle de la Pingarrona, núm. 1.

NOTA. — Los cambios sólo se hacen en casa de los parroquianos.

Traspaso

Se hace el de madama Caderas, corsetera de SS. MM. el rey de Stokolmo y el emperador de Marruecos. Tiene el taller provisto de toda clase de ballenas, arrancadas en vivo del cetáceo y premiadas en la exposición pública del Indostán.

Las 499.999 operaciones tan brillantes como rápidas, tan sorprendentes como infalibles, que lleva conseguidas en sujetos desahuciados por los primeros profesores de Europa, es la mejor garantía que puede ofrecer el oculista Jacob á las personas que se dignen honrarle con sus consultas. Lo único que puede añadir es que nació á orillas de la catarata del Niágara y que bate la de los ojos con increíble rapidez y sin que le haya fallado un solo caso. Con igual perfección y esmero cura todas las demás dolencias del cuerpo humano, especialmente la sordera crónica y los defectos de la pronunciación. Dará más informes el sordo-mudo que vive en la cuesta de los Ciegos.

Una señora de circunstancias y antecedentes, que vive sola y sin otro patrimonio que dos hijas jóvenes, desea encontrar dos caballeros solteros á quienes alquilar los muebles de su habitación, siempre que coman por su cuenta, y la asistencia. Se advierte que no es casa de huéspedes ni la señora mujer de esos tratos.

Se vende una gran partida de leña de encina partida, pero sin mojarla ni adulterarla, como se hace en los demás almacenes. En la calle de las Aguas, esquina á la de las Tabernillas, está el despacho.

Cebada

Al sujeto que la necesite granada y limpia se le dará arreglada y sin mezcla de paja. Darán razón en el almacén de jergones de la Cava Baja.

Los jamones dulces y magro del salchichero extremeño se dan por piezas y por libras en los portales de la calle de Toledo.

¡¡¡Por un napoleón!!!

El sombrerero francés de la calle de la Montería viene de hacer un descubrimiento químico, el cual por medio de la *galvano-plástique* le permite dar un sombrero de primera calidad por el ínfimo precio de 19 reales y el sombrero que deseché el parroquiano.

El único y acreditado horno de bollos para chocolate, al estilo de San Juan de Letrán, acaba de hacer una considerable reforma en la elaboración de sus géneros, y el gran despacho que tiene le impide hacer lo que los demás establecimientos de su clase que calientan las pastas, vendiéndolas por recientes y frescas. Semejante superchería no se encuentra en el citado horno, en el que se *asan* toda clase de *asados*, sin tener tampoco la inmoral costumbre de cambiar las aves que llevan los parroquianos por otras tisicas y secas.

Faltaría a su deber el dueño del acreditado establecimiento de peines de concha, titulado La uña de vaca, si no anunciara á sus favorecedores la remesa que acaba de recibir de la India de los tan acreditados batidores de búfalo. Advierte que le durarán pocos días, porque tiene grandes pedidos del extranjero.

Cien visitas por doce reales

Ya en todos los países civilizados se ha suprimido la ridícula costumbre de felicitar en persona los cumpleaños, años, días, etc., y lo que ahora está en boga para esos casos son las tarjetas de relieve en cartulina inglesa y superior y superlina y doble y que resiste sin resquebrajarse. Las hace á doce reales el ciento, sea cualquiera el nombre, el acreditado litógrafo de la calle de los Tintes. Con escudo de armas á catorce reales, con corona de duque á trece, ídem de conde ó marqués á doce y medio, con armas de familia ó atributos profesionales á precios convencionales. Está garantida por doscientos años la permanencia de la tinta y por dos meses la de la cartulina.

Industria española

Con privilegio exclusivo y habiendo obtenido medalla en la exposición pública de la Industria de esta corte y en las de Londres, París, Lisboa y Constantinopla, se vende la tan conocida y acreditada tierra de Segovia á dos cuartos cada cucurucho de polvos. Todo cuanto se diga en elogio de esta tierra, cuyo lema ha sido siempre el de *todo lo limpio*, será excusado; en los ministerios y en todas las oficinas se hace un gran consumo de ella, quedando limpio como una patena cuanto se frota con los dichos polvos.

A los viajeros

Garantida la refrigerabilidad de los polvos para hacer las bebidas de horchata, limón, agraz, etc., con el dictamen del protomedicato de Pekín y el de la academia de ciencias médicas de Turquía, no tenemos nada que decir sino que ya nadie viaja sin comprar un paquete de estos polvos, aun antes de proveerse del pasaporte. El comercio de los zumos ha quedado reducido á la impotencia, y ya son muchos los hortelanos de Valencia y Murcia que arrancan los limoneros y los naranjos por la poca salida que han tenido sus frutos desde que se descubrieron los polvos refrigerantes.

Lápidas y panteones

Al gusto de los interesados, y con equidad de precios, se construyen toda clase de lápidas mortuorias con el rico mármol negro de Jerusalén. Hay toda clase de letras de bronce, alegorias, siemprevivas, figuras llorando en todas las posturas imaginables y cuantos adornos pueda desearse la más refinada melancolía de los parientes. Todo se sujeta con tornillos para evitar que los ladrones profanen la memoria del difunto, robándole el holocausto del parentesco ó de la amistad.

¡¡¡Quemazón!!!

¿Lo queréis más barato?... Pues allá va de balde. El pobrecito demonio patudo, conocido de este respetable público por el baratillero, ha decidido pedir limosna por las calles, y al efecto quiere prender fuego á los géneros de su almacén. Las indianas rayadas de puro hilo que se vendían á 38 y 40 reales vara, las dará á 2 y cuartillo; los pañuelos, de 25 que estaban, á real y medio; y en suma, andar y ver. ¡Vengan ustedes, parroquianos, que el barato se quemal que se abrasan los géneros de su tienda! ¡Quemazón! ¡Quemazón! ¡Quemazón!

Un empleado de corto sueldo, que ha sido destituido fuera de la corte, hace almoneda de todos los efectos de su uso, como son divanes, espejos, mesas, relojes, galería de pinturas, una carretela y un *charavant*, etc. Todo está sin usar, y se dará por la mitad del coste que tuvo hace un mes en los almacenes de lujo de esta corte. No se quiere tratar con prenderos.

La espuma del cielo

No más arrugas, ni pecas, ni manchas, ni paño; no más temores de que el sol tueste los rostros de las hermosas. La espuma del cielo que se vende á tres reales cada frasquito, conserva siempre el cutis fresco, terso y suave, sin que las señoras que lo usan representen nunca más edad que la de quince á veinticinco años.

En liquidación

Procedente de una quiebra se vende un gran surtido de escobas de caña, ruedos de pleita y aventadores para las cocinas, en el portal del valenciano de la calle de la Palma.

Importante y urgente

Habiendo sabido que con la malévolá intención de desacreditar mi industria se esparce la voz de que vendo caro, no puedo menos de asegurar que vendo y venderé más barato que nadie, como lo tengo acreditado á mis numerosos parroquianos, en mi establecimiento central de fósforos, titulada *No más tinieblas*.

Betún cristalográfico

D. Juan Lanas, caballero de la real y distinguida orden de C., comendador de número de la de I., socio corresponsal de la de Amigos del País de Cochinchina, é individuo de varias corporaciones científicas, artísticas, industriales y de comercio, etc., etc., y teniente alcalde del distrito de..... Certifico:

Que habiendo nombrado una comisión, compuesta de un fabricante de curtidos, un callista y un maestro de obra prima, para que examinara el betún cristalográfico de la invención de don Lucio Reluciente, ha resultado, según el informe conteste de dichos artistas, que no sólo es lustroso y negro el betún cristalográfico, sino que es útil y beneficioso para la piel, que la conserva, y que es altamente humanitario, porque preserva los pies de la terrible enfermedad de los callos. Y á instancia del interesado doy la presente, que firmo, etc.

Este betún se vende á 2 reales cada caja.

NOTA. — Se ruega al público que no se fie de las falsificaciones.

Nodriz

Bárbara Cuévanos solicita una cría su edad de diez y ocho años con leche de dos meses y personas que la abonen, en el portal del zapatero de la calle de la Gorguera darán razón.

Sirviente

Un joven bien instruido en el manejo de papeles y que sabe llevar la pluma, desea entrar á servir de pinche de cocina ó de ayuda de cámara de algún señor ó de mayordomo de alguna señora, no tiene reparo en salir fuera de la corte, aunque sea á la India, donde darán razón. Es en la calle del Burro, núm. 1, el trapero que vive en el patio y responde de su buena conducta.

Gran venta de libros al peso

La escasez del género hacía que en el siglo pasado se tuviese por indecorosa esta manera de vender la mercancía que hoy anunciamos. Los

que se acerquen á examinar los títulos de las obras que ponemos á la venta, verán que se les ofrece una brillante ocasión de adquirir por poco precio una biblioteca escogida, en la que se hallan reunidos todos los conocimientos humanos. Los precios son los siguientes:

Novelas, cuentos y anécdotas.	á 80 rs. arroba.
Viajes.	á 60
Historia.	á 40
Poesía.	á 20
Educación.	á 10
Ciencias.	á 5

Los libros en latín se darán gratis á los que compren más de dos arrobas de los otros.

Pérdidas

Una señora sola que vive en la calle de la Pasa, frente al palacio de la Vicaría, ha perdido en la madrugada de ayer un perrito americano que hacía su única delicia. Tiene los ojos grandes y negros, un lunar en el hocico y desiguales las lanas del rabo. Se llama Lindoro y no come sino sopas de leche, hechas con la de vacas y con bizcochos de Valladolid. Se hace esta advertencia por si la persona que lo hubiese recogido tuviera la crueldad de no volvérselo á dicha señora. Y también se advierte que está acostumbrado á peinarse con batidor de búfalo y á lavarse con jabón de almindra y el hocico con agua de rosa. Al que lo entregue á su dueña se le dará un buen hallazgo.

MIL REALES se dan de hallazgo por una perrita de casta americana, joven, ginebra, manchada de color de canela y una ráfaga negra desde el hocico por el cuello hasta la mitad del vientre. Lleva un lazo de raso azul con puntilla del mismo color, y una sortija con un diamante en el nudo del lazo. Se da también la sortija ó su valor además de los mil reales. Ya se ha perdido otras veces, y la inconsolable familia ha tenido siempre la dicha de recobrarla. La señora de quien es la perra está todos los días desde las ocho de la mañana hasta igual hora de la noche en el portal del valenciano de la Puerta del Sol, para dar más señas al que se sirva llevarla su preciosa perrita. Se advierte que es señora que anda mucho por Madrid y tiene muchas relaciones con la policía, por lo que no será difícil encontrar la perrita en el caso de que pretendan ocultarla.

A las doce y treinta y cinco minutos de la mañana, al cruzar desde la iglesia del Buen Suceso á la perfumería de Venus, se extravió un perrito inglés pelado, joven y de color de barro saguntino, con una estrella blanca en la frente. Se suplica á la persona que le haya recogido le entregue en la portería del duque de N., donde darán más señas y el hallazgo. Se sospecha el paradero y se tienen tomadas todas las oportunas precauciones para que no sea infructuoso este anuncio y se perseguirá al criminal.

ESPECTÁCULOS

Teatro andaluz

Gran función extraordinaria á beneficio de un artista desgraciado.

1.º Sinfonía del magnetismo animal.

2.º Se pondrá en escena el drama andaluz en siete actos y doce cuadros, original y en verso, primera producción de un aplaudido escritor dramático, titulado:

LA ZOMBRA E NERON EN EL ZEPURORO
E LOZ NIÑOZ E ESIJA

3.º *Laz entretelaz der corasón*

divertimiento de baile compuesto y dirigido por el tío Tarántula y en el que tomará parte la salerosa bailarina Frasquita Moñitos, conocida por la *Peonza*.

4.º La aplaudida zarzuela en tres actos, original y en verso, titulada:

JASTA ER SIELO YEGA LA ZAL DE MI JA

5.º y último.

Pa zandunga y zoleá, laz jembraz de por ayá

baile dramático y lírico, cuyo argumento está sacado de una novela de *Barter Escó*, y en el que tomarán parte todos los individuos de la compañía.

NOTA. — Se está ensayando para ejecutarse á la mayor brevedad el drama en cinco actos, intitulado *Loz Mosquitos é Jerez*, original de seis aplaudidos escritores; la zarzuela en cuatro actos, titulada: *Una caña é manzaníya ó la balaya de Baterló*; el gran drama trágico en seis cuadros, cuyo título es: *La jambre de Jirlanda ó laz platiquiyaz é Puerta é Tierra*, y el fin de fiesta titulado: *Zoniche ó el a, e, i, o, u*.

Cosmo-engañorama

Gran colección de vistas memopirotécnicas, entre las cuales siguen llamando la atención de los inteligentes la Empleomania, la Minerografía, la Mercachifiería y otras muchas traídas de París y arregladas al español por los más eminentes artistas.

Fenómeno increíble

Los sabios de Tartaria y los de todos los diferentes países que ha recorrido el niño Salomón están sorprendidos de la extraordinaria precocidad de esta criatura, verdadero prodigio de la naturaleza.

El niño Salomón tiene cuatro años, habla con perfección todos los idiomas vivos, incluso el eslavo y el escandinavo y el de los países salvajes que no ha podido descubrir el hombre; contesta á cuantas preguntas se le hacen sobre las ciencias más recónditas y resuelve en el acto y con sólo el auxilio de la memoria los más difíciles problemas de matemáticas.

La entrada á real los hombres y á seis cuartos los sabios.

Los mosquitos filarmónicos

La paciencia con que Mr. Socaliña, individuo de la Academia de los Buscavidas, ha enseñado á esos animales, los más imperceptibles é indóciles de la creación, es una cosa que sorprende. Al lado de estos modernos filarmónicos, las *pulgaz industriosas* son una patarata. Los mosquitos de Mr. Socaliña cantan todas las óperas de Donizetti y las modernas de Verdi con una famosa afinación. Mr. Socaliña los acompaña al órgano.

NOTA. — Como el pecho de los animalitos es de poca cabida, la voz resulta muy débil, y para que el público pueda oírles cómodamente se dan á cada persona un par de trompetillas de corcho, cuya substancia se ha descubierto ser un gran conductor de la voz del mosquito.

Observaciones meteorológicas de ayer

A las seis de la mañana.	Polvo y basura.
A las dos del día.	Basura y polvo.
A las seis de la tarde.	Polvo y basura.

Afecciones astronómicas de hoy

Carros de la basura	Carros de Sabatini
Salen á las siete de la mañana.	Salen á las diez de la noche.
Se ponen á las cuatro de la tarde.	Se ocultan á las ocho de la mañana.



CUADRO IV

LA PUERTA DEL SOL EN 1850

No busques, amigo lector, al dependiente del Resguardo, que dando el *quién vive* á los géneros de nuestra propia familia, más parece un espía de la industria extranjera que un protector de las nacionales; ni al agente de la municipalidad, que cobra un cuarto por lo que puedan ensuciar las calles á los que sólo traen intención de ensuciarnos el estómago; ni busques al portero, ni preguntes por la portería.

No te acerques á examinar si son de madera ó de hierro, ó si están forradas en plata y claveteadas de oro: no pretendas hallar el cerrojo, ni creas que es un misterio el no encontrar la cerradura.

La Puerta del Sol es de la misma familia que la Puerta Otomana, y ambas gozan el privilegio de estar siempre abiertas, sin que nadie acierte á cerrarlas y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.

Pero si algún anticuario, de los infinitos que pretenden poseer un eslabón de la cadena de los mares que circunda el globo, te dice que tiene la llave de la Puerta Otomana, dale las gracias por la noticia, y toma al punto en secreto el camino de Londres si quieres hacer un negocio estupendo ó una jugada redonda, como decimos hoy que todo se ha convertido en un puro juego.

Algunos te aconsejarían que fueses á Rusia á vender la noticia del hallazgo, pero no hagas caso; no ganarías un chavo por ese camino. Tiene el czar una llave maestra para entrar cuando quiera á apagar con sus bayo-

netas el brillo de la media luna, y la usará algún día, no tengas cuidado; ya parece que ha echado su ojo al ídem de la cerradura. Los ingleses, en cambio, no tienen sino un cerrojo diplomático, que para mayor dolor parece estar enmohecido, y si tú les proporcionas la llave y logran cerrar la puerta, te darán cuanto les pidas. Si te preguntan cuánto quieres por el corretaje, date por satisfecho con el uno por mil de lo que á ellos les valga el negocio; son comerciantes y no les asustará tu franqueza.

Todo esto lo haces si la casualidad te proporciona este hallazgo; pero á propio intento no le busques, porque la llave de la Puerta Otomana tengo para mí que está en San Petersburgo, y hace allí demasiado frío para que yo aconseje á mis lectores que vayan á tomar una pulmonía autocrática. Por otra parte, lo que á ti te interesa hallar no es la llave de la Puerta Otomana, sino la de la del Sol, y esa no te canses en buscarla; ha tiempo que los vagos la arrojaron al mar de *il dolce far niente*.

Asimismo te encargo que no pierdas el tiempo en procurarte cartas de recomendación ni billetes de permiso para entrar allí, porque eso supondría que te ocupabas de algo y ya no serías admitido por los guardas de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol es ni más ni menos que la tierra de Jauja, donde, como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

Su arquitectura no es ojival, ni romana, ni árabe, ni siquiera churrigueresca, por más que esto último parezca lo más exacto, atendido el arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es que no hay verdad ninguna, empezando por ella misma, que es una solemne mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol se dejara llamar plaza de la Ociosidad, nadie extrañaría que fuese el verdadero pórtico de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del tesón con que ejercen su oficio llamándola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar mas allá de la puerta.

Ella tiene, sin embargo, su etimología histórica y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI; y si te paras á oirla te dirá que era nada menos que la puerta de un castillo en el que había pintada una imagen del sol. ¡Pero quién hace caso de etimologías, ni de abolengos, ni de tradiciones históricas, HOY que al anochecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada!

¡Medrados estábamos si hubiéramos de perder el tiempo en averiguar el porqué de las cosas, cuando cada cual recibe el título de lo que debe ser con sólo ocultar las pruebas de lo que ha sido y presentar el testimonio de lo que está siendo!

No, amigo lector; dejemos á los archivos acogotados por las enciclopedias, y demos un paseo por la Puerta del Sol de 1850, sin cuidarnos poco ni mucho de la de mil quinientos y tantos.

Obrando así no habrá nadie que nos tache de embusteros ni de encubridores. Si ella tiene una fe de bautismo que acredite su mayor edad, ¿por qué la esconde? ¿Por qué encubre sus canas bajo la rubia peluca del modernísimo asfalto? ¿Por qué no nos dice el año en que ha nacido, así como nos cuenta que el año en que se ha maridado con el asfalto ha sido el de 1848, siendo su padrino de pila un excelentísimo señor conde, alcalde corregidor de esta muy heroica villa?

Pues ¡vive Dios, y no lo digo por jurar, que no hemos de tomarla en cuenta ni un año más de los que ella propia declara! Y debe agradecernos esta conducta, porque nos veríamos obligados á pedirle explicaciones de la que observó en la guerra de la Independencia, abriéndose de par en par á los franceses enemigos, y más tarde á los aliados y siempre á los revolucionarios, á quienes ha recibido sin dificultad de día y de noche dejándoles alborotar la casa con los escándalos que daban en el portal de la misma.

Así nos será fácil perdonarla el orgullo con que insultaba á los vencidos, haciendo pregonar á los vencedores la gloria de haberla tomado. ¡La gloria de haber tomado la Puerta del Sol, que tiene diez mangos por donde agarrarla!

Pues no lo tomes á broma, lector; hubo un tiempo en que se decía que *se tomaba la Puerta del Sol* y en que el tomarla era casi tenido por un milagro. Pero tiempo que no nos pertenece: nosotros vamos á tomarla después que ella ha cubierto sus culpas con el tupido velo del asfalto.

Procura no pisar el epitafio que allí está esculpido en caracteres de bronce, cruza los brazos, abre los ojos y mira.

¿Ves esa mezquina fachada que parece la de una pobre ermita de la más pobre aldea del mundo? Pues es nada menos que la famosa iglesia del Buen Suceso, conocida en toda España y en el extranjero por haber tomado asiento de preferencia en la corte de ambas Castillas. Es un pequeño hospital en el que hoy se curan provisionalmente los infinitos heridos que produce la nueva industria de los carruajes. Y recordando que el día 2 de mayo de 1808, en vez de curar los heridos dejó que los franceses fusilaran dentro de su recinto á algunos españoles, puede aplicársele, con cierta oportunidad, estos cuatro versos:

«El Sr. D. Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital
y también hizo los pobres.»

El adorno más célebre de esta fachada es el reloj, que marcando día y noche las horas, parece ser la voz de mando que obedecen con puntualidad los vagos, girando y contragirando al sol y á la sombra.

Muchas veces habrás leído en los billetes de las diligencias que los carruajes *saldrán con el reloj de la Puerta del Sol*, y sin embargo, van solos, que el reloj no sale con nadie; y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja ó de retraso. También te dirán algunos que *llevan su reloj con el del Buen Suceso*, y esto tampoco es verdad, porque á no ser el gas que alguna noche le suele quitar la luz, no sabemos de ningún otro personaje que se le haya llevado de allí.

Puedes por lo tanto estar tranquilo y volverle la espalda para dar frente á las calles Mayor y del Arenal, amenazadas siempre de tragarse la una á la otra, pero riéndose de los proyectistas que quieren medirles las espaldas para ensanchar el pecho de la una con la joroba de la otra.

La callejuela del Correo no la mires hasta las seis de la tarde; el in-mundo callejón del Cofre no le veas nunca y ganará la vista casi tanto como el olfato; la estrecha calle de los Preciados, especie de cordón acústico que tiene la plazuela de Santo Domingo para comunicarse con la Puerta del Sol, tampoco merece fijar tu vista; á la calle del Carmen puedes echar de vez en cuando una mirada para ver las tiendas y las mujeres que entran y salen y suspiran en derredor de ellas. Así tal vez te ahorrarás de preguntarme por qué no son honrados ni probos todos los hombres que lo parecen.

Donde yo quiero que pongas toda tu atención es en las embocaduras de las calles de Carretas, Montera, Alcalá y Carrera de San Jerónimo. Estas son las cuatro grandes avenidas del torrente; estos son los cuatro puntos por donde hemos de recibir el asalto, las cuatro brechas por donde ha de sitiarnos el enemigo.

A los vagos de profesión, á los verdaderos parroquianos de la casa, no esperes verlos llegar por ninguna parte; entran por todas, ó mejor dicho, están allí sin que nadie sepa por dónde han venido, así como nadie puede asegurar que alguna vez se fueron.

Ellos son el ejército permanente de la ociosidad, que guarnece el castillo de la vagancia.

Son una gran cantidad de sangre doblemente perdida, que aplicada á la locomoción podría representar una fuerza de cinco mil caballos.

¡Considera, lector, si no es una gran lástima que el gobierno deje perder esa fuerza, hoy que estamos en camino de aprovechar hasta el vapor que se escapa del humilde puchero del artesano!

¿Por qué hemos de andar bebiendo los vientos para agarrar el aire, y

estrujándole las entrañas hacerle que sude su cacho de contribución locomotora, sin haber utilizado primero la última gota de sangre perdida?

En buen hora que, por respetos á la especie humana, se guarden al vago ciertas atenciones, y no se le obligue ni á tirar de una carreta, ni á mover los arcaduces de una noria; pero dejar que se pierda su sangre, es un desatino.

En su misma adorada peana de la Puerta del Sol, sin hacerle perder su estatuaria figura, hay un medio de utilizar su sangre, y nosotros no queremos dejar pasar esta ocasión sin proponerlo á la superior inteligencia del gobierno de S. M.

El reciente descubrimiento de la fuerza magnética es la mejor ley de vagos que pudieran haber inventado los más famosos Licurgos de estos tiempos, y vamos á probarlo con el siguiente ejemplo:

Colóquese en medio de la Puerta del Sol una bomba hidráulica de la fuerza de tres mil ó cuatro mil caballos, construída de manera que funcione por un movimiento de rotación parecido al de las norias; encima del eje ó árbol principal fíjese una gran tabla, especie de mesa redonda, en cuyo borde quepan á la vez las dos mil ó dos mil quinientas manos de los asistentes á la puerta del Sol, y ya está hecho el milagro.

¡Oh! ¡Si esto se hubiera pensado antes de pensar en construir el canal de Isabel II! Pero más vale tarde que nunca: colóquese la máquina, que los vagos no se opondrán á darla movimiento. ¿Qué trabajo les ha de costar establecer el contacto de los pulgares y de los índices y girar en cadena magnética alrededor de la máquina? Si les dijeran que era preciso abandonar la Puerta del Sol, el sacrificio sería más costoso; pero nada de eso; pueden seguir allí, y aun siendo magnetizadores seguir pareciendo vagos.

Mientras llega ese día, que llegará apenas llegue mi proposición á noticia de alguna compañía anónima, les dejamos andar cruzando desde el sol á la sombra y viceversa, atentos siempre á contar las campanadas del reloj, no para saber la hora que corre ni las que van corridas, sino para contar las que han de ver correr sin moverse de allí.

Olvidados de ellos y considerando su inamovilidad como la de los edificios que forman la irregular plazuela, vamos por fin á examinar los diferentes grupos en que puede dividirse para el verdadero estudio craneoscópico de sus facultades morales.

Sin movernos un punto del asfalto, especie de muelle del lago, vamos á ver las diversas islas de ese archipiélago y á examinar las distintas razas que las pueblan. Razas degeneradas, de las cuales algunas, aunque pocas, conservan un aire tradicional de los tiempos primitivos.

Es la primera, la más madrugadora de todas, la de los *cofrades* del

comercio, especie de jorobados voluntarios que por no inclinar su cabeza ante el vil metal le llevan á la espalda, sin que se les pueda aplicar aquellos versos de un célebre fabulista:

«En una alforja al hombro
llevo los vicios,
delante los ajenos,
detrás los míos.»

Precisamente nada de cuanto esos honrados isleños llevan á la espalda es suyo. Aquella protuberancia, que á veces no podrían vender en setenta mil reales, es ajena, y más de un ocioso de los que viven en las islas inmediatas abre los ojos y se relame de gusto, pensando en el que tendría si le dejasen reventar aquel tubérculo. Pero cuando se los ve congregados en la Puerta del Sol aún no se les conoce la joroba; la llevan plegada debajo del brazo, y se entretienen en averiguar domicilios, en informarse de si algún golfo mercantil se ha declarado terreno quebrado y en comunicarse las contraseñas para conocer la moneda falsa y el papel ídem.

Al islote de su propiedad y del cual los cobradores no ocupan sino un pequeño espacio, van abordando los agentes de Bolsa, los corredores, los capitalistas, los aficionados á tener capital ó á que por tales los tenga el público, y por último los *zurrupetos*.

Esta especie de la gran familia mercantil, aproximación homeopática del capitalista, átomo invisible del comerciante y pesadilla perpetua del corredor y aun del agente, es numerosísima. La exclaustación, la ley de mayorazgos y las once mil sociedades anónimas crearon esa nueva industria, que recibe sin embargo su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas que ocasionan las reales órdenes no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defunción, y como en el cementerio de las clases pasivas no se depositan previamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros que van á resucitar á la Bolsa.

Allí se entregan..... primero á *ver*, luego á *escuchar*, más tarde á *oler*, y cuando empiezan á *gustar* el sabor de los negocios, *tocan* las ventajas de alguna *prima* que apenas les alcanza en quinto grado de consanguinidad metálica.

Pero el *zurrupeto*, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios.

Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol, ya ha leído los periódicos extranjeros en casa de Monier y enterándose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo, sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé ni quien le

pida un ochavo de hierbabuena. Los artículos de fondo de la prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice que no es buen comerciante el que no observa el rumbo de la opinión pública, para calcular la vida del ministerio y las probabilidades del reemplazo, y todos esos datos sumarlos juntos para ver si dan por resultado el alza ó la baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan poco ni mucho, porque él no juega ni la paga de cesante, que dicho se está que no es moneda corriente.

Un manojo de cartas y otro de papeles doblados á manera de póliza son de rigor en el bolsillo del zurrupeto, y los saca sin cesar en presencia de las gentes para darse un golpe en la frente, como si le pesara haberse dejado en la cartera el más importante de todos. Si un amigo se acerca á darle los buenos días y á informarse de su salud, le contesta al oído y con cierto aire de misterio, ni más ni menos que si le hubiese propuesto alguna jugada.

Bullendo sin cesar y marchando de uno en otro corrillo pasa la mañana hasta las dos de la tarde que se dirige á la Bolsa, donde le veremos en otra ocasión, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.

Hemos de seguir pegados al asfalto hasta que hayamos visto todas las razas, y bien puede decirse que aún no hemos comenzado la tarea.

Prescindiendo de la *isla funeraria*, á la que abordan todos los músicos trashumantes, ansiosos de oír doblar á muerto, y de otras varias islas cuyos habitantes han ido á poblar la plaza Mayor y otros diferentes lugares, aún nos quedan las dos perlas del archipiélago, las dos poblaciones más importantes del lago. Pasarlas en silencio equivaldría á suprimir, á borrar del globo la Puerta del Sol, y no podemos hacerlo en conciencia. El *golfo del oro* y el *apostadero de la silla ministerial* son los asuntos principales del cuadro.

Empecemos por el oro, que á fe que siendo ricos podremos dar más largo plazo á las esperanzas.

Engolfémonos en ese mar de riqueza con que nos brinda la falange de los nuevos descubridores peruanos; convengamos con ellos en que nuestros padres fueron unos babiecas que perdieron el tiempo en contar las siete cabrillas, sin ocurrirles bajar los ojos al suelo, donde habrían visto lo que ya no es posible ocultar por más tiempo.

¡Pobres gentes, que expusieron su vida por buscar en el Perú cuatro migajas de oro, y no vieron que al hacerse á la vela abandonaban una península de plata!

Sombras ilustres de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés y de Pizarro, venid y prosternaos ante nuestra sabiduría minera, ante nuestra potente brújula, que sin mover el pie del pedestal en que la dejasteis aguardando

las flotas de América, ha sabido encontrar los verdaderos tesoros del mundo, y ya puede parodiar vuestro grito de «¡Tierra! ¡Tierra!», gritando «¡Plata! ¡Plata! ¡Ya tenemos plata!»

Ya somos ricos, muy ricos, y no debemos á nadie nuestra riqueza. Ni á los algodones catalanes, ni á los caldos andaluces, ni á los granos de Castilla. No hemos querido ser ni tejedores, ni vinateros, ni menos labriegos; somos mineros.

Mineros, eso sí, y á mucha honra; porque no habrá quien compare el producto que da una fanega de tierra sembrada de trigo ó de alfalfa, con el que puede dar si se cava y se profundiza y allá en lo íntimo de sus entrañas se descubre un filón de plomo argentífero ó de puro argento, que todo puede suceder y sucede, y de menos, de mucho menos aún, nos hizo Dios.

Y una prueba de que esto es verdad es la de que parece imposible que sean mentira todos esos mortales que danzan y bullen en el golfo del oro, teniendo en la mano cada mendrugo de plata mayor que una libreta.

Acércate, lector; quiero que los veas y los oigas por ti propio para que no me taches de exagerado y para que vayas haciendo amistad con ellos, porque no ha de ser esta la única vez que hemos de hallarlos en nuestro camino.

En la época actual, á cualquier punto que vayamos hemos de tropezar con mineros explotadores de mineral, ó con mineros explotadores de la explotación de minas.

Estos últimos forman una inmensa mayoría; ellos son los que hormiguean en derredor del edificio de Correos, llenos los bolsillos de lastre mineral y la cartera de inscripciones anónimas; ellos son los que poseen la verdadera ciencia de hallar siempre el filón, y ellos, en fin, los verdaderos hombres de este siglo minero.

Ya los veremos reunidos en junta general ó en junta de gobierno: los mineros son tan aficionados á juntas y á discusiones y son tan diestros en ellas, que arrancan con un solo discurso quinientos ó más quintales de plata de la más estéril de las rocas; pero no una plata de mala ley ni de naturaleza cuestionable, sino acuñada en pesos duros mejicanos, capaces de convencer y de confundir al más incrédulo de los mortales.

En la misma Puerta del Sol, al aire libre, sin pozos ni galerías subterráneas trabajan á cielo abierto una porción de minas y descubren filones de una potencia enorme sin más trabajo que el de echar un barreno al oído de los incautos.

Las voces más usuales en aquellos círculos son las siguientes:

«*Virgenes de la Zarza* á 12.500.—*San Antonios* á 4.000.—*Esperanzas* á 100 duros.—Un cuarto de *Ilusión* en 20.000 reales.—*Media Santa Clara* en 700.—*La tercera Nicolasa* á 500.....» etc.

Y al recitar de semejante tarifa acompaña el misterioso descubrimiento de un enorme pedrusco recién llegado á la plaza y que viene anunciando un fortunón disparatado.

Se trata de un riquísimo criadero de plata nativa que buscando setas, por ejemplo, descubrió un pobre pastor, al cual cuatro amigos le compraron el secreto en cuatro ó cinco ó diez ó doce mil duros; la cantidad no hace al caso, aunque es el único mineral positivo que se ofrece á la vista del comprador. Por supuesto que no se ha querido dar participación sino á los amigos, ni se han emitido más que cien acciones repartidas como pan bendito entre diez sujetos. Hay pedidos á docenas, y hasta el gobierno quiere tener participación en el negocio; pero todos quedarán iguales, porque ese tesoro se guarda para los amigos.

Si los que escuchan la historia del criadero son capaces de hallar otro pastor que buscando setas se hunda en plata hasta la rodilla, se sonríen y el barreno no da resultados. Pero el verdadero minero no gasta la pólvora en salvas, y cuando agarra la mecha, el golpe es seguro. Dificilmente dejará de oírle algún honrado propietario, de aquellos bienaventurados mortales que el año de 1808 pusieron sus economías dos varas debajo de tierra, y cuatro años después tres varas más hondas, y en 1820 no se hable, y cuando entraron los Angulemas no se diga. A esos inocentes ancianos, que cuando oyeron hablar de donativos patrióticos echaron cinco llaves á la gaveta y al nacimiento del sistema tributario estrenaron un cerrojo de quince pulgadas de grueso, les ha trastornado el cerebro el humo del carbón de piedra, y revoloteando como las mariposas en derredor de la luz del gas, maldicen la crisálida del obscurantismo y abogan por las minas, apenas curados del descalabro de las sociedades anónimas.

Para éstos descubrió la mina el pastor, y éstos son los que tienen la ingratitud de trocar los retratos de á trescientos veinte reales que les dejaron sus amados monarcas Carlos III y Carlos IV por un pedazo de papel continuo, perfectamente litografiado y lleno de rúbricas y jeroglíficos.

A sus casas vuelven todos los días cargados de ilusiones y ricos de esperanzas, con cuatro ó cinco onzas de menos en los bolsillos del chaleco y veinte ó veinticinco libras de más en los de la levita ó la casaca.

De lo que pasa allí dentro nada podemos decir en este cuadro, y lo dejamos para más adelante que pensamos hacer la obra de caridad de escribir una completa historia del minero.

Otro sacrificio no menos meritorio nos falta que hacer antes de terminar el presente retablo. Hemos ofrecido asomar las narices al apostadero de la silla ministerial, y ya no tiene remedio. Es preciso dejarse llevar por las circunstancias y situarse en el esquinazo de la calle del Carmen, ó mejor dicho, en el primer tercio de la calle de la Montera.

Aunque la nave del Estado vaya en bonanza, milagro que rara vez acontece, y esté en calma el siempre proceloso mar de las pasiones políticas, el barómetro del apostadero señala nublado ó vario ó tempestad, y en una palabra, *crisis*. Los habitantes del apostadero no saben vivir fuera de ese elemento; necesitan la crisis como el pez necesita el agua y el pescador las grandes avenidas del río. Y esa necesidad es muy natural; se comprende con sólo saber que ninguno de aquellos isleños es ministro, ni siquiera subsecretario, ni aun director, y si ustedes me apuran, ni escribiente de dirección.

Figúrense ustedes, y se figuran la purísima verdad, que toda la gente que allí se reúne es mayor de edad, y libre por lo tanto para gastar su hacienda como mejor les plazca. Su hacienda es el tiempo, y le emplean en tomar el sol en invierno y la sombra en verano, quitando y poniendo ministros, sublevando provincias, levantando partidas de facciosos y trazando conflictos internacionales.

Al forastero que cruza por entre aquellos grupos se le antoja que son otras tantas cuadrillas de vagos que están allí pasando el tiempo como pudieran pasarlo en presidio ó en cualquier otro entretenimiento parecido, y resulta que el forastero se engaña como un chino, que, á decir de las gentes, casi siempre engañadas por los hijos del Celeste Imperio, son los mayores bobalicones del mundo.

Los vagos del apostadero ministerial son gente tan aplicada, que el menos trabajador se atreve á tomar sobre sus hombros y aun á pechos la presidencia del Consejo de ministros. Todos ellos son como el verdadero aficionado á la caza, que cuando no puede echarse á la cara reses mayores se va al soto á buscar conejos, ó sale á matar perdices, y á falta de éstas va á matar vencejos, y por último, si no hay más que gorriones, á los gorriones tira, que no es cosa de volverse á casa con el morral vacío.

El verdadero habitante del apostadero sale á cazar noticias, y si es tiempo de veda en el campo ministerial, dirige la puntería á las provincias ó al extranjero, y caza lo que se le presenta para no volver á su casa desprovisto de noticias.

Acércase al primer grupo de amigos y les saluda diciéndoles:

—¿Qué tenemos?

—Usted dirá—le responden.

—Yo no sé nada—replica sonriendo.—Anoche á última hora se dijo si había crisis; pero yo no lo creo.

Aún no ha pronunciado la palabra crisis, cuando se destaca del grupo algún amigo, y acercándose á otro corrillo dice con aire de misterio:

—¡Señores, noticia: el ministerio está en crisis!

—¿De veras?—le preguntan.

—Era de esperar—dicen otros.—¿Salen todos?

—Todos.

—¿Y quién entra á reemplazarlos?

—No se sabe.

—Calle usted—replica algún observador.—Yo he visto hace cosa de una hora pasar hacia palacio y muy de prisa el coche del general R.... Tal vez ...

Antes de que el observador acabe de explanar sus conjeturas, ya se ha separado del corro un sujeto que se acerca á otro grupo diciendo:

—¡Conque ya tenemos nuevo ministerio!...

—¡Noticia fresca!—le replican.—¡Si ayer trajo la *Gaceta* los nombramientos!

—Pues está usted tocando el violón; ese ministerio ha caído.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser; acabo yo de ver á....

—A quien usted quiera. Lo que yo aseguro á usted es que está formando gabinete el general R....

—¿Y se sabe con qué personas cuenta?

—Es natural que lleve para Estado al marqués de M....

—¡Valiente calabaza!

—Para Hacienda á J....

—¡Santa Bárbara nos asista!.... No van á quedar ni los ochavos de tanto para el tresillo.

—En Gracia y Justicia entrará L....

—¡Qué disparate!.... Harán renuncia todos los magistrados.

—¿Y por qué? Es de la carrera.

—Tiene usted razón; estudió leyes, y al único reo que defendió como abogado, pedía el fiscal la inmediata y le ahorcaron de resultados de la defensa.

—Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.

—Verdad es. Siga usted diciendo. ¿Quién cree usted que entrará en Guerra?

—El mismo R...., que tendrá esa cartera y la Presidencia.

—¿Y en Marina?

—El general M....

—¿Y en Fomento?

—El general H....

—¿Conque cree usted que habrá tres generales?

—¡Como no sean cuatro ó cinco!

—¡Cáspita!.... Pues entonces ¿harán ministro de Gracia y Justicia á algún general?

—¡No! Pero si el general R.... queda sólo con la Presidencia, y en el ministerio de Estado no entra el marqués....

Tampoco esperan los de este grupo á que acabe el preopinante de discurrir sobre lo que podrá suceder en la formación del ministerio, y acercándose á los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:

—¿Conque saben ustedes ya los nombres de los nuevos ministros?...

—¿Es cosa segura?

—Me acaba de afirmar persona que tiene motivos para saberlo que juran dentro de media hora.

—¿Y quiénes son ellos?... ¡Vengan, vengan!

—Guerra con la Presidencia, R....; Estado, el marqués de M....; Hacienda, J....; Gracia y Justicia, L....; Marina, M...., y Fomento, H....

—¿Y Gobernación?

—No se sabe.

—Pues falta lo mejor.

—Echarán mano de algún general.

—Es probable.

—Pues díglele á usted que será cosa de que todos aprendamos el paso de ataque y la carga á once voces.

—Amigo mío, es preciso andar con las circunstancias.

—¿Y cree usted que esta gente resolverá la cuestión?... ¿Durarán mucho?

—Lo que la sal en el agua.... Este ministerio nace muerto.

—¿Tendrá mayoría en las Cortes?

—¿Que ha de tener!... ¡Ni veinte votos!

—¡Bah!... ¡Como den *turrón*!...

—No sea usted niño.... Aunque den *turrón*.... se lo comerán, y luego.... á buscar otro padrino.

—Pues tendrán que disolver las Cortes.

—¿Quién lo duda? ¡Pues si este Congreso nació muerto!

—En ese caso díglele á usted que para elecciones no nos alcanza el tiempo.

Y así, ni más ni menos, continúan conjeturando los del grupo acerca de la conducta que seguirán en el poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol acaba de elevar á los primeros puestos de la nación.

De una noticia de crisis negativa, de un hombre que llega diciendo que ha oído hablar de crisis, pero que no lo cree, se ha formado un completo y al parecer positivo cambio ministerial. Y lo más chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia se la devuelven tan acabada y completa que le es imposible adivinar su origen y la da entera fe y crédito.

El mismo rumbo lleva cualquier otra noticia sobre aparición de facciosos ó cosa por el estilo. De doce pasan á ser doscientos y acaban en ocho mil, á cuyo número el autor de la noticia añade los doce que á él le constan, y vuelve á su casa con ocho mil facciosos más.

Son las noticias en esos mentideros lo mismo que las bolas de nieve: se sueltan como un garbanzo y cuando acaban de rodar tienen el volumen de una montaña.

Excuso decir á ustedes lo que crecen después que salen del apostadero hasta que llegan á las columnas de los periódicos.

Y mientras los políticos baten el cobre en el apostadero, siguen cruzando el lago y haciendo conversiones de sol y sombra los demás parásitos de las islas inmediatas, mirando al reloj cada vez que repite la hora, esperando que sea la una para ver salir la gente de la misa del Buen Suceso y resignándose á continuar allí hasta las seis de la tarde, á cuya hora parten los correos, siempre favorecidos por una extraordinaria é incansable concurrencia de ociosos, que todos los días parece que ven por primera vez rodar un carruaje.

El negociante perrero, que desde que la célebre Mariblanca se retiró del bullicio del siglo á la soledad de la plazuela de las Descalzas es la figura más importante de la Puerta del Sol, sigue inmóvil, con su alforja llena de habitantes del Nuevo Mundo ó de peninsulares rebajados; que esto de hacer pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense y teñirle la piel hasta dejarle negro como el ébano, es el gato por liebre del comercio canino.

Nunca pregonan su mercancía, y aun hay quien dice que le ha visto enternecerse cuando ha tenido que hacer el sacrificio de cambiar un perro por una onza de oro; pero esto no se sabe de cierto, y no falta quien diga que no llora el perrero, sino el marido de la señora que compra el perro; cosa muy natural, no por el dinero, sino por los pobres animalitos que están sujetos á un tráfico capaz de excitar el día menos pensado la filantropía de los ingleses, gente tan humana y tan compasiva, que por acudir al socorro de los negros tiene la abnegación de ver morir de hambre á sus propios hermanos los blancos de Irlanda y aun á los mismos bretones.

Los demás negociantes de la Puerta del Sol son todos negociantes de poco pelo. Aguadores, fosforeros, bolleros y algún otro vendedor de papel cortado para cartas; industria tan moderna como la de escribir, que en cierta clase de gentes tiene muy poca antigüedad.

Pero cuando en este asunto y en otros comparamos el estado de HOY con el de AYER, nos parece que estamos un paso del MAÑANA.

Y esto es tan cierto, que antes de pasar adelante en estos cuadros del

presente, vamos á echar una mirada retrospectiva para que el lector pueda medir por sí propio el camino que hemos andado en estos últimos años.

Antes de desplegar los grandes lienzos de la colección, bueno será que nos entretengamos en dibujar el cuadro de la transición de lo pasado á lo presente, empezando por abrir el *testamento de D. Cándido Retroceso*, que, como sabe el lector, falleció de una pulmonía francesa el año de 1808.





CUADRO V

UN REALISTA Y UN DOCEAÑISTA

Dos cantidades iguales á una
tercera, son iguales entre sí.

Aún no soñaban los modernos domadores de fieras en degradar la noble alcurnia de los tigres y de los leones hasta el punto de encerrarlos en una misma jaula con las ovejas sin el menor sobresalto de estas últimas, cuando ya se habían llevado á cabo diferentes maridajes entre animales de distintas especies y de diversas inclinaciones.

Las líneas divisorias que Buffon, Cuvier y otros naturalistas de fama habían echado entre los carnívoros y los herbívoros, no valían de nada al pastor que criaba un lobeznillo para acurrucarle y dormirle cuando fuera anciano entre el rebaño de sus queridas ovejas, y la beata que en sus ratos profanos domesticaba los ratones y apaciguaba la fiera del gato, hasta el punto de hacerlos que comiesen en una misma cazuela, se reía de las antipatías de que hablaban los libros y daba un solemne mentís á todos los Buffones del mundo.

Ha mucho tiempo ya que no es cierto aquello de que el perro y el gato no caben en un mismo plato, y es cosa sabida que, como dijo el otro, y el otro era un francés según se ve por la muestra, *il ne faut q' une instant pour unir deux belles ames.*

Sí, amigo lector; es cosa sabida que dos almas nobles se unen en menos que canta un gallo.

La cuestión no estriba en otra cosa que en hallar un corchete; por lo demás, nada es más cierto que lo que te digo. El mundo se compone de quebrados que andan rodando hasta convertirse en enteros: si coges un cuarto y le añades otro, no harás más que medio; pero si le buscas tres cuartos, tendrás un entero.

Esta es la teoría del matrimonio, y ya habrás visto que para que haya una simpatía perfecta no se han de buscar dos genios simpáticos, sino dos genialidades distintas, que á fuerza de estar tirando y aflojando restablezcan el equilibrio.

¿Quién ha visto lucha más encarnizada que la de dos gallos dentro de un mismo gallinero? Y sin embargo, ¿hay nada más igual á un gallo que otro gallo?

Todo esto te lo digo porque supongo lo que estarás diciendo desde que hayas visto el título de este cuadro.

Creo que estarás asustado de que me haya atrevido á bosquejar en un solo lienzo dos enemigos tan irreconciliables como son el realista y el doceañista; pero aún pienso que sea mayor tu asombro al decirte que por ellos he añadido aquel axioma matemático de que «dos cantidades iguales á una tercera, son iguales entre sí.»

Y tan cierto es que á ellos aludo, que este cuadro no tiene otro objeto sino el de probar la identidad de esas dos criaturas, que habiendo nacido gemelas, se han empeñado en andar siempre reñidas, haciendo el Jacob y el Esaú ó más bien el Caín y el Abel de la historia.

No soy yo, sin embargo, quien ha de hacer el paralelo entre ambos pretendidos rivales; procuraré retratar al uno y al otro con la mayor imparcialidad, y tú, lector, serás el juez del campo.

Cuando el trabajo esté concluído tomarás un espejo para que veas si siendo iguales entre sí pueden dejar de ser iguales á un tercero. Lo único que te advierto, y bien pudiera tener esta advertencia por excusada, es que mis retratos no son políticos, por más que lo sean los originales retratados.

También quiero que sepas que no he ido en su busca, sino que ellos me han salido al encuentro.

Los he tropezado en la testamentaría de D. Cándido Retroceso y me han seguido á todas partes.

Sin ellos me sería imposible trazarte un ligero bosquejo de lo que ocurrió para que dejásemos de ser lo que éramos en 1800 y para que seamos lo que somos en 1850.

Para lo que hemos de ser en 1899, ni quita ni pone su presencia. Son

dos guarismos políticos de que vamos á hacer una abstracción completa en la futura revolución matemática.

El primero, D. Plácido Regalías y Privilegios, vino al mundo en el año de 1785; faltábanle veintidós meses no cabales para cumplir veinticinco años antes de la entrada de los franceses en España, y como muchacho menor de edad no supo lo que se hizo al oponerse á cuanto quiso hacer José Bonaparte, y llevó sus calaveradas hasta el punto de apellidarle *Pepe Botellas*.

Tampoco el segundo, D. Restituto Igualdades y Garantías, era mayor de edad cuando estalló la guerra de la Independencia, y cometió el disparate de enamorarse del emperador hasta el punto de seguirle á Francia, riéndose de la nota de afrancesado con que le motejaban sus compatriotas.

Nota injusta en verdad, porque Restituto amaba y aun había defendido la independencia de su patria, y sólo era adicto al intruso monarca porque le creía destinado por la Providencia y hasta llovido para labrar la felicidad de los españoles.

Hasta entonces Plácido y Restituto habían vivido como dos buenos hermanos, mamando la misma leche de dos madres igualmente católicas, apostólicas, romanas, y á mayor honra y gloria de Dios y de su amado monarca, realistas hasta la medula de los huesos; estudiando poco, y en latín para que abultase menos, con los mismos frailes; dejando de leer los mismos libros, y sacando, por consecuencia, de una idéntica educación idénticos resultados.

Aún no habían cumplido quince años de edad, cuando les heló la sangre saber que en Francia, en un país que apenas sabían buscar en el mapa, habían degollado un rey, y que había un tribunal revolucionario, que con razón se les antojó compuesto de antropófagos, que mataba las gentes *como á chinches*.

Entonces alzaron la vista al cielo, rezaron un *Pater noster* por el alma del difunto monarca, le mandaron decir media docena de misas, y salieron á la calle á descubrirse respetuosamente en presencia del suyo y á besar la mano á los frailes inquisidores que hallaron al paso.

D. Cándido Retroceso gozaba en esa época de una perfecta salud, y veía medrar á Plácido y á Restituto á la sombra de los conventos, satisfecho y tranquilo, sin ocurrirle pensar en que pudiera existir Napoleón Bonaparte ni menos que éste supiera la existencia de España.

Tenía D. Cándido trazado á su modo el destino del siglo XIX, que no era por cierto el de los fósforos, ni el del gas, ni el de los caminos de hierro, y pensando seriamente en la suerte de los dos muchachos dedicó á Plácido á la abogacía y á Restituto le hizo médico.

Aquí dió principio la separación de aquellos dos seres, amamantados, criados y latinizados tan de común acuerdo, que ya habían cumplido diez y ocho años de edad y aún eran gemelos en genio y en aspiraciones.

La primera división que se estableció entre ambos fué la de que Restituto al hablar del Criador del mundo le llamaba Ser Supremo, y Plácido le seguía conociendo con el nombre de Dios, en lo cual daba no poco gusto á D. Cándido. Pero aún esa metafísica divergencia, que más tarde tomó, ¡pásmense ustedes!, unas proporciones colosales, hasta el punto de caracterizar y hacer dos grandes escuelas y dos grandes partidos, no tuvo consecuencia alguna en la identidad absoluta de los gemelos.

Plácido sabía más de teología que de jurisprudencia y rociaba con el vinagrillo de los Santos Padres las pestilentes doctrinas del presunto Esculapio, y Restituto, que tenía sus temores de hacerse materialista, se cargaba de fe para ahuyentar la materia, y más aprendía de medicina revelada que de verdadera medicina.

Así las cosas, quedóse D. Cándido, como ya dijimos en el último cuadro de la primera parte, dormido con la ventana abierta, y por el lado de los Pirineos le entró una pulmonía francesa que le quitó la vida por instantes.

Sólo tuvo tiempo para hacer el codicilo de que ya tiene noticia el lector, y sus herederos Plácido y Restituto le lloraron juntos mientras estuvo de cuerpo presente el cadáver; y luego..... luego hicieron lo que todos los que heredan: regañar sobre quién ha de llevarse la mejor parte.

Y he aquí el origen de mis dos personajes.

Hijos de un fanático, cada cual dió distinto rumbo á su fanatismo; pero ninguno dejó de ser consecuente con la educación que había recibido en sus primeros años.

Ambos siguieron siendo honrados, virtuosos y buenos, é intolerantes ambos, que ésta fué la manzana de su discordia, la intolerancia.

Hasta el día de su muerte hubieran podido marchar juntos si hubiesen sabido tolerarse mutuamente sus defectos; pero no lo hicieron así, y por eso andan errantes cada cual por diverso camino, viniéndose á las manos á cada momento.

Hoy están muriéndose de viejos y aún siguen irreconciliables, creyendo que el mundo es pequeño para los dos.

Sus hijos, en cambio, conservan las mismas denominaciones y pretenden estar en distintos bandos; pero el hambre les ha enseñado á ser tolerantes y comen en el mismo plato.

Conservan las mismas banderas, aunque no tan limpias como las tenían sus padres, y se baten cuando llega el caso; pero viven juntos, viajan juntos, y yo tengo para mí que están esperando á que sus padres bajen al sepulcro para darse un abrazo y refundirse en una sola familia, que no será ninguna de las antiguas.

Si lo hicieran HOY, que aún viven los hombres de AYER, sería una imprudencia; sería atentar contra la vida de los pobres ancianos: lo harán MAÑANA, que como época nueva no pertenece á los unos ni á los otros.

Pero volviendo á nuestros personajes, diremos que por el bien parecer y por el qué dirán no rompieron lanzas hasta el año de 1810, en que tras de las juntas supremas había venido la central y luego la regencia y por último las Cortes, á cuyo nombre se entusiasmó D. Restituto y torció el gesto D. Plácido.

Y desde ese día, tirando cada cual por su lado, rompieron los galgos el collar con que habían marchado unidos hasta entonces.

Pero ya eran mayores de edad el uno y el otro, y como el hábito no hace al monje, han conservado siempre los mismos defectos y las mismas virtudes, y sobre todo la misma intolerancia.

La única cualidad que los separa un tanto es la consecuencia del uno y la inconsecuencia del otro.

D. Plácido, forzoso es confesarlo, ha sido más consecuente que su hermano.

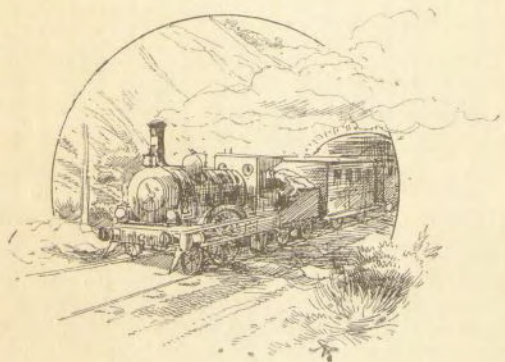
Dijo que no quería alterar ni un punto lo que le había dejado su padre, y que si daba algún paso sería hacia atrás, y con efecto, no ha dado un solo paso hacia adelante. Cuando ve la luz de gas se cubre los ojos y se santigua como si fuera un relámpago; no coge un periódico en la mano ni para envolver especias, y se tapa los oídos cuando oye el silbido de una locomotora, diciendo tres veces «¡Jesús! y haciendo la cruz como si viera al demonio.

D. Restituto, por el contrario, dió libertad á la imprenta, y echó á correr asustado de su obra, como el alguacil que entrega la llave del toril para que suelten el toro; ofreció reformas hasta el punto de comprar su cacho de tela colorada para hacerse el gorro frigio, y aún no había principiado la obra, cuando empezó á refrenar el carro de la revolución, diciendo «¡Jesús me valga!» y haciendo la cruz, deslumbrado con los resplandores de la antorcha de la civilización que él propio había encendido.

De manera que hoy se encuentra de nuevo junto á su hermano, sin saberse explicar si es él quien ha retrocedido ó es el otro el que ha avanzado.

Y á pesar de todo esto, no se hablan ni se miran siquiera y están como verdaderos perros y gatos.

Han tenido sus diferentes alternativas de mandar y de ser mandados; el uno por el otro; han apaleado y se han dejado apalear; han hecho emigrar y han emigrado, y por último..... hace muchos años que vienen jugando á perseguidores y perseguidos, como veremos en los cuadros próximos.





CUADRO VI

EL 12, EL 20, EL 37 Y EL 45.

Voy á aumentar, y lo siento, el producto de una de las rentas más vergonzosas que constituían en 1850 el pingüe mayorazgo de la nación ibera.

Con estos cuatro números que forman el título del presente cuadro harían los suscriptores aficionados cuatrocientas combinaciones, y alguno habría que los jugase mondos y lirondos, á palo seco, ó á terno y ambo, lamentándose y teniéndome por un menguado por haber omitido el quinto; pero se engañan si creen que ha sido olvido lo que ha sido hecho á todo intento.

A la boca del bombo político ha estado una vez la bola; pero como los globos de esta lotería son de cristal, la vieron los jugadores, gritaron, se alborotó el cotarro y la echaron de nuevo al fondo hasta mejor ocasión.

Hoy por hoy, en buen hora lo digamos, aún no han salido más que cuatro extractos:

El de 1812, el de 1820, el de 1837 y el de 1845.

Sí, amigo lector; cuatro veces hemos encantarado los destinos de la patria, y otras tantas hemos sacado á pulso una Constitución hecha y derecha.

Y no creas que vinieron nunca á meter la mano en el bombo los niños

de los Desemparados ni otros angelitos por el estilo, sino hombres granados y talludos, mayor de veinticinco años el que menos, y todos elegidos por sus propios paisanos.

Si en estas loterías tomásemos en cuenta una extracción masculina, por mal nombre llamada el Estatuto, aún podríamos dar gusto á los jugadores, completando el quintero; pero la hemos echado al fondo, como á la otra bola que no ha mucho tiempo quiso salir premiada. Nos sobra y nos basta con las cuatro citadas, de las cuales no hemos de tomar otra cosa que las fechas para ponernos de cuatro brincos en la época presente.

Ellas se han guardado mucho de ponerse en rigurosa práctica, y nosotros tendremos buen cuidado de no decir el porqué no se han observado y cumplido y de callar lo que hubiesen sido si los hombres las hubieran observado.

El autor de estos cuadros no es aficionado á juzgar por intenciones, que á serlo empezaría por rogar á sus lectores que le tuvieran por el hombre de mejor intención en cuanto á desear escribir mucho y bueno; pero como el hombre propone y Dios dispone, resulta que deseando el autor escribir un cuadro cada día, enferma y pasa dos meses sin dar una sola plumada.

Y he aquí lo que podrá muy bien haber sucedido á los autores de las Constituciones; habrán enfermado, y los mejores propósitos y los más bellos programas no han podido realizarse.

Dios mejorará sus horas, si lo creyere justo; mientras tanto daremos cuatro brochazos acerca de los cuatro números premiados:

El 12, el 20, el 37 y el 45.

Ya conocen ustedes á D. Restituto: pues figúrense que siendo su apellido Igualdades, buscó una esposa que se llamaba Libertades patrias, y de este matrimonio le nació una hija que recibió el nombre de *Constitución del año doce*.

Aquí tenemos ya el primer extracto.

¡Ahora díganme ustedes si es posible que haya un padre tan desnaturalizado que deje de amar con delirio, con pasión y hasta con ceguera al fruto primero de unos amores tan castos, nobles y dignos!

Restituto era todo un hombre de bien, y trató lo primero de ser consecuente con su nombre de pila, restituyendo á los pueblos sus antiguas venerandas Cortes, sus fueros y libertades. Casado con estas últimas, pidió fruto de bendición á grandes voces y en no pequeños discursos y amó á la hija de sus entrañas con todo el delirio de un buen padre.

¿Hay en esto nada de particular? ¿Habrà quien diga que semejante amor no es racional y justo? Ustedes responderán que no, y sin embargo se engañan.

D. Plácido, su hermano gemelo, le maldijo, y de Píldes y Orestes ó de Justo y Pastor que habían sido hasta entonces, se convirtieron en dos encarnizados rivales, viniendo á ser un nuevo Caín el uno del otro.

Ya no era Restituto ni virtuoso ni honrado ni buen esposo ni buen amigo, y á pesar de que Plácido le había visto recibir el agua del bautismo, se obcecó hasta el punto de negarle el título de cristiano.

Ambos quemaron las naves para no arrepentirse de su juramento, y lo que juraron fué no volverse á saludar en esta vida. Nada dijeron de la otra, porque cada cual cree que á su contrario le está reservado el infierno y ambos piensan que para sí está guardada la gloria.

Pero al nacimiento de la *niña*, Restituto estaba comiendo el pan de la boda y no se acordaba de la maldición de su hermano.

Embriagado con las dulzuras de la paternidad, no pensaba en otra cosa que en recibir felicitaciones de los amigos y en hacer caricias al orro.

Llevaba un ejemplar del nuevo Código en el bolsillo y le repasaba á todas horas, primero para aprenderle de memoria, y luego para que no se le olvidara lo que había aprendido. Tenía la portada en un cuadro con lazos verdes, y es fama que nunca se quedó dormido sin meter el Código debajo de la almohada.

Despertábase á cada momento sobresaltado y soñando que se le había perdido, y era tanto su amor, que hay quien dice que de tanto guardarle y esconderle le ahogó entre sus brazos.

Indudablemente no murió la *niña* á manos de los contrarios de su padre, sino que la quitó la vida su propia coquetería y su constitución demasiado nerviosa.

Dijo que daba carta blanca á todos los hombres para que la escribiesen cuanto les diese la gana, y apenas recibía unas epístolas poco galantes y aun ciertos requiebros fuertes, se asustaba, perseguía á los amantes y le daba el ataque de nervios.

A pesar de que llevaba el apellido Igualdad, excluyó del número de sus adoradores á *los africanos* porque eran *morenos*, y les mandó que fuesen á hacer méritos y virtudes y que probaran ser hijos de *padres ingenuos*, con otras gollerías por el estilo.

Plácido no se valió de las armas que le daba su propia sobrina, sino que agarró una espada y se lanzó á hacer el Viriato por montes y vericuetos.

La tizona y el crucifijo eran su código fundamental, y tampoco se dormía sin tener la primera junto á la almohada; hasta que por fin murió la *niña* y se acabó la historia del año 12, para resucitar en 1820.

Y he aquí el segundo extracto de la lotería constitucional:

Ya hacía algún tiempo que la *niña* había resucitado, cuando el monarca se acercó á olerla, la reconoció y la declaró hija suya.

A D. Restituto le pareció excelente sujeto el tutor de la chica; dijo muchas veces y á grandes voces «¡Viva el rey constitucional!» y se tendió á dormir á pierna suelta, pero siempre con el Código debajo de la almohada.

No tenía el menor recelo, ni le ocurría pensar en que pudieran robarle nuevamente la criatura; pero trató de evitar un por si acaso, y al efecto no paró hasta que hubo convertido todos los *reales* en *nacionales* (cambio de nombre á que dió gran importancia), y á mayor abundamiento hizo que toda la gente de su casa estrenara vestidos verdes, y aun él mismo se mandó hacer un frac del propio color, que lució á manera de *trágala* por delante de la casa de D. Plácido; el cual, forzoso es decirlo, aunque andaba á salto de mata, siempre que tropezaba á su antiguo amigo estornudaba como para llamarle *negro*, refrendando de este modo su patente de *blanco* y con más fe en su estornudo que en una descarga de metralla.

Restituto le devolvía los estornudos, cantándole el *trágala* todas las noches debajo de los balcones, y el pobre Plácido mordía las sábanas de coraje cada vez que oía aquello de

«Tú que no quieres
Constitución,
trágala y muere,
vil servilón.»

Con esto y con poner cuatro velas de cera delante de los retratos de sus héroes y pasearlos en triunfo por las calles, creía Restituto tan asegurada la libertad, que dió poca importancia á la desamortización de los bienes de los frailes y á las demás leyes económicas, verdadero objeto de su bullanga política.

Con haber añadido á la gracia de Dios la gracia de la Constitución, haber suprimido los *reales* en las muestras de los estancos del tabaco y juegos de billar y vuelto á levantar los edificios que habían sido demolidos el año 14 por el grave delito de encerrar en sus cimientos un ejemplar de la Constitución del año 12, ya no tenía cuidado ni temor alguno.

Y si algún recelo pudiera quedarle, el establecimiento de las sociedades secretas vino á llenarle de paz y de tranquilidad.

A la garantía constitucional de su frac verde añadió un martillo de marfil por puño de su bastón, y formando *triángulo* con otros dos amigos, el *compás* de la secta masónica le daba la medida de su felicidad.

Si á esto añaden ustedes el fusil que le dió la patria para que la defendiera en casos urgentes y la sirviese á todas horas en cosas de ninguna urgencia, se convencerán de que tenía razón para estar tranquilo y sosegado y para seguir echando la siesta con su adorado Código por almohada.

Si seguía persiguiendo sin tregua á D. Plácido, era una gollería hija de la idea que tenían ambos de que ó el uno ó el otro estaban de sobra en el mundo.

Pero esa persecución y ese encono eran su sueño dorado, y en vez de llamar á cuentas al amigo, haciéndole gozar, para que se aficionara, las dulzuras de la libertad, le seguía cantando el *trágala* y le llamaba *palo-mo*; y por último, el otro, que á decir verdad lo estaba deseando, volvió á empuñar el Cristo en la izquierda y la Santa Bárbara en la derecha y se lanzó á la segunda jornada.

El rey, que seguía siendo constitucional de muy buen grado, se equivocó al guiñar el ojo, y en vez de dirigirse á Restituto, le hizo la seña á Plácido, y éste á los suyos, que como eran pocos se trajeron unos cuantos de Francia, y cayó enferma la *niña*.

Hubo junta de médicos; estuvieron, como de costumbre, discordes, y prevaleció el dictamen de que la chica fuese á tomar los aires de Cádiz.

Allí se declaró la enfermedad mortal y murió.... ¡Vaya si murió!... Pregúntenselo ustedes á los muchachos de entonces, á quienes Restituto había redimido de la pena de azotes, que cantaban desconsolados aquello de

«Compañero, no alborotes,
estudia sin dilación,
que ya no hay Constitución
y volverán los azotes.»

D. Plácido, que fué el enterrador, podría darnos mejores informes; pero ya nos los dará en el cuadro próximo.

Ahora seguiremos jugando los extractos de la lotería constitucional.

Allá va el 37, que aunque ya desde el año 30 andaban metiendo la mano en el bombo, no le atraparon sino siete años después.

A este número no había jugado D. Restituto, el cual han de saber ustedes que seguía apuntando el 12, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran cambiar la cédula.

Ni porque se le dijo que su Código era malo para aquella época, cosa que le hizo poner el grito en el cielo, ni porque se trató de consolarle volviéndole la oración por pasiva y diciéndole que el Código era demasiado bueno para una época tan mala, de ninguna manera pudo lograrse que desistiera de su empeño.

Un solo medio había, y ese fué el que se puso en juego para que transigiera con la reforma de la que él quería conservar *pura y neta*. Ese medio es el que se usa vulgarmente para que se duerman los niños: darles miedo con el coco.

El coco de D. Restituto era D. Plácido, que andaba de monte en monte y de pueblo en pueblo atronando el valle y la selva con sus gritos de ¡*Viva el rey!* y ¡*Muera la nación!*!, sin ocurrirle al dar esta sentencia de muerte rezar un *Pater noster* por su alma, que no por ser realista dejaba de ser nacional y ciudadana.

El temor de que las discordias del partido liberal diesen el triunfo al servil, hizo que Restituto saliera de sus trece, desistiendo por fin del año 12; y aunque de dientes adentro jamás reconoció por hija suya la Constitución del 37, juró guardarla y observarla, y así lo hizo, pero sin dejar de dormir sobre el Código adorado.

Su edad por una parte, que sin ser decrepita era avanzada, y por otra el no ser exclusivamente suya la nueva jugada, le colocó en una posición harto secundaria, en la que, sin embargo, hacía muchas veces el principal papel, comunicando con sus peroratas una gran fe en los principios á los nuevos liberales. Pero éstos, que ya habían olido al nacer el carbón de piedra y cuya madre no necesitó pajuela para encender la vela de San Ramón, deslumbrados con la luz del fósforo no vieron otra cosa que el tanto por ciento, y en vez de adorar el Código fundamental adoraron las cotizaciones de la Bolsa, fundamento de su riqueza.

Creyeron que á Restituto, su padre legítimo, no podían darle mejor oficio que el de hacerle guardián de la Fe, y se la entregaron por completo, nombrándole patriarca y santón del gremio constitucional y permitiéndole que fundase una sociedad de veteranos y que comprase un carro fúnebre. La indirecta no podía ser menos disimulada, y mientras Restituto iba llevando al compás del himno de Riego todos sus antiguos compañeros al campo santo, ellos iban labrando con los materiales de la incredulidad y del egoísmo, que les suministraba el tanto por ciento, el cementerio de la fe y del entusiasmo.

Cuando D. Restituto les daba la voz de alerta, diciéndoles que no enterraran lo que habrían de querer resucitar más tarde, le llamaban *flamasón* y exaltado y por último republicano; epíteto horrible que le hacía temblar de arriba abajo, y recordando con miedo el noventa y tantos de Francia, rezaba por el rey que fué á la guillotina, y no volvía á despegar sus labios.

Lo único que hizo fué mordérselos de coraje al encontrarse mano á mano y por una serie de convenios y transacciones que él reprochaba altamente con su irreconciliable enemigo D. Plácido.

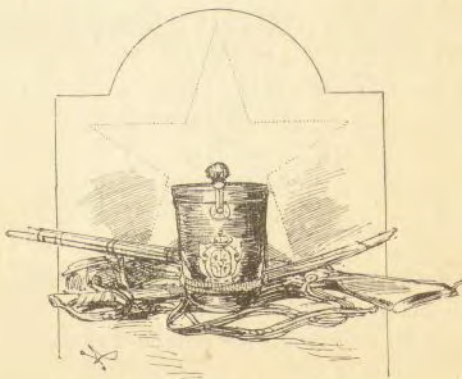
Este golpe fué mortal para el pobre D. Restituto. Quiso pararle en 1840, y volvió á sacar el Código de debajo de la almohada; pero ya era tarde. Sus hijos le hicieron burla, y se prepararon á jugar de nuevo á la lotería constitucional, sacando premiado cinco años después el número 45. Desde entonces acá, mi pobre doceañista no ha hecho otra cosa que encerrarse en su casa, arreglar sus asuntos domésticos y hacer testamento, encargando que le entierren con un ejemplar del Código del año 12.

A este último extracto no ha querido jugar ni poco ni mucho, y sólo cuando oye decir que va á salir otro del bombo, se incorpora y tose fuerte con ánimo de asustar á los muchachos, para que, cuando menos, dejen el juego conforme se halla.

Y el autor de este cuadro, imitando el ejemplo de D. Restituto, no se atreve á tocar el número 45, porque está tan delicado y tan enfermo que teme que se le quede entre las manos.

Han hecho demasiadas enmiendas en la lápida constitucional, y es fácil que al cogerla para asegurar el 45 se caiga y se rompa. Y una vez hecha pedazos, es posible que no se encuentren artistas que la recompongan. Al compás del himno de Riego se los ha ido llevando uno á uno el carro fúnebre de los veteranos.

La generación moderna, que los ve conducir al cementerio sin verter una lágrima, tiene otro modo de ver las cosas, y de otro modo también las veremos en muchos de los cuadros próximos.





CUADRO VII

EL 14, EL 24, EL 33 Y..... EL ¡DIOS SABE CUÁNTOS!

También D. Plácido jugaba á la lotería, y también metió la mano en el bombo y acertó dos números y medio, y aún no ha perdido la esperanza de acertar el otro medio y el cuarto; pero se ha encariñado con un *quinto*, y aunque sus hijos le ofrecen un *sexto*, no quiere salir de sus trece, ni más ni menos que D. Restituto, que se ha empeñado en morir abrazado al 12. Se ríe de la obstinación de su antiguo camarada, y al renegar de la fe con que éste guarda su Código del año 12, conserva la suya incólume y cree y espera la venida del Mesías prometido, sin importarle nada de que el tal Mesías haya abdicado.

Hablarle á D. Plácido del conde de Molina y del conde de Montemolín es lo mismo que referirle un cuento de las *Mil y una noches*. Para él no ha pasado nada, absolutamente nada, ni aun el tiempo, desde la víspera del Convenio de Vergara, y el hermano del difunto monarca Fernando VII es ni más ni menos que el rey de las Españas y de las Indias, D. Carlos V de Borbón, y su primogénito el verdadero y el único y valeroso príncipe de Asturias. Todo lo demás es patarata y cuentos de brujas y armas que emplean para seducirle los pícaros de los *negros*, á los cuales odia HOY tan cordialmente como los odiaba AYER y como los odiará MAÑANA, si Dios le deja llegar allá.

Murió (Dios le tenga en su santa gloria) el rey Carlos III, y aclamó y juró y rindió homenaje y vasallaje á su hijo el Sr. D. Carlos IV (q. D. h). Antojósele á este buen rey abdicar ó aparentar que abdicaba

la corona en su hijo D. Fernando, y también D. Plácido gritó de todo corazón «¡Viva el rey!» y de todo corazón se hizo realista. Pero murió Fernando *el Deseado*, y antes de morir tuvo la feliz idea de instituir heredera del trono á su hija, y D. Plácido torció el gesto y se hizo carlista. Y aunque parezca repentina esta resolución, no por eso dejó de ser muy pensada. Desde 1828 tuvo intenciones de jugarle una mala pasada al rey en favor de su hermano. Vió que los liberales apuntaban al ambo, y él se empeñó en ganarles con un quintero. Hasta la hora presente aún no le ha salido premiado el número 5, y sus hijos, como hemos dicho antes, quieren saltar una bola y darle *un seato*; pero no precipitemos las jugadas; examinemos la primera: la del año 1814.

En esta época D. Plácido creyó que había conquistado el mundo con sólo haber desterrado el Código de 1812, y después de quemar por mano del verdugo todos los ejemplares que cayeron en las suyas, se dió á perseguir con encono y con ahinco al pobre D. Restituto.

Si le veía pasar por la calle con los ojos bajos y cariacontecido, era señal..... de lo que no podía dejar de suceder: de que no le gustaba aquel régimen de cosas ni mucho menos el régimen de las personas, y este inofensivo mal humor le valía un insulto ó una amenaza cuando menos, y ¡figúrense ustedes lo que sería lo más! Una paliza, un destierro y á veces la horca. Si, por el contrario, estaba alegre, ya se le antojaba á D. Plácido que le había soplado la dama, esto es, que le ganaba la partida, y le mandaba á un calabozo ordinario ó á los del Santo Oficio, y de allí al tormento para que cantara y dijera lo que en manera alguna podía decir porque lo ignoraba.

La puerta de Toledo, por ejemplo, y quien ese monumento cita quiere que por citados se tengan todos los que se construyeron en la época de la Constitución, cayó al suelo á los gritos de *¡Muera la nación!* y *¡Viva el rey!*, creyéndose D. Plácido el más feliz del mundo después que hubo sacado de la piedra angular del edificio el pícaro Código que hacía dos años que estaba pudriendo tierra.

Estas y otras jornadas famosas produjeron una gran fiesta nacional (con perdón sea dicho de la palabra realista), y el pobre D. Restituto, que, como ustedes saben, era entonces un pícaro negro, no sabía qué hacer para no incurrir en el desagrado de su intolerante Caín.

Si salía á la calle le corrían y le silbaban sacudiéndole el polvo porque no vitoreaba de corazón al monarca; si no salía y tenía cerrados los balcones, se los abrían á pedradas, y por último, dicen las gentes que lo vieron, que habiéndose vestido en cierta ocasión una casaca negra se acercó á olerla D. Plácido, y sobre si era teñida y antes había sido verde, le molió las costillas de tal modo que en mucho tiempo no pudo vestir casaca verde ni colorada.

Semejante tolerancia hizo que D. Restituto saliese de su abatimiento, y convencido de que en la mesa redonda del absolutismo no le permitían ni la inofensiva distracción de ver comer á los realistas, pensó seriamente en el restablecimiento del comederó constitucional.

No había prensa pública donde condimentar los manjares, y se encerró en las cuevas, asociándose en secreto con sus amigos políticos, estableciendo con ellos el *comunismo* y la *francmasonería*; palabra esta última que se le atragantó de tal manera á D. Plácido, que jamás pudo pronunciarla de otro modo que llamando á los sectarios de ella *flemasones*.

Pero no contento con estos clubs y á pesar de su entrañable amor á la discusión pacífica, también se largó Restituto á los montes, y

«Viriato guerrero,
pasando de orador á guerrillero
y de aquí á capitán cantrafaccioso,
jefe fué á los realistas ominoso.»

Lo fué tanto, que D. Plácido se hizo cruces y creyó que soñaba, cuando le quitó el sueño el restablecimiento de la *niña*, en el segundo extracto constitucional del año 1820, de que ya hemos hablado en el cuadro anterior. Lo que nos pertenece en el presente es decir diez palabras de los famosos diez años de la segunda contradanza realista; de esa *ominosa década*, según la llaman los santos padres del partido liberal.

Es probable que les parezca á ustedes un poco más fuerte que la primera, y esto no tiene nada de particular; todas las segundas nupcias son terribles, y está probado entre las mujeres que no hay marido tan insufrible como el que después de haber sufrido á una mujer se dispone á aguantar la segunda.

Cogió D. Plácido tan á deseo el año 24 y estaba tan harto ya de la palabra Constitución y del apellido constitucional, que le ofendía gravemente el que por decirle que estaba sano le dijese que tenía una *constitución* robusta (1), y se pasaba los días enteros gritando «¡Viva el rey á secas!» y «¡Viva la Inquisición sin telarañas!» aunque no era todo lo único que hacía, sino que desde luego se entretuvo en arrancar todas las lápidas de la Constitución y en devolver á los estancos el apellido de *reales* (lo cual no mejoró gran cosa la calidad del tabaco) y en atarse al som-

(1) En Milán, el año de 1845, un censor de imprenta, austriaco por más señas, suprimió en un periódico de teatros titulado *El Pirata* la palabra *constitución*, tratándose de un caso de longevidad, en el que decía el periodista que el individuo en cuestión tenía una *constitución de bronce*. A lo cual debió decir el tudesco: „Si las constituciones de papel se nos indigestan y atragantan, ¡qué no sucederá con las de bronce!”

brero una cinta blanca con el consabido rótulo de *¡Viva el rey y la religión!* y en otras cosas por el estilo.

Lo que hizo de más positivo y de mayor substancia, y esto bien sabe Dios que no fué por él ni por sus hijos, sino por los pobrecitos frailes, sus hermanos en Cristo, fué amortizar de nuevo los bienes de las comunidades, sin cuidarse de devolver á los compradores el dinero que habían soltado por las fincas y aun exigiéndoles las rentas cobradas en los tres años, pero teniendo la generosidad de perdonarles la vida.

Si él hubiera sabido que habían de pagarle con la ingratitud de llamar *ominosa década* á los diez años de su pacífico despotismo, ¡quién sabe si habría usado tanta generosidad!; pero lo hizo porque la nobleza sienta bien en todas las almas y porque tenía otras cosas más que hacer, que no todo era pensar en perseguir á Restituto. Tenía que derribar de nuevo los monumentos que se habían vuelto á reedificar, aunque esta vez, como más práctico en la materia, ya no demolió toda la puerta de Toledo, sino que trajo la aguja realista, y siguiendo la dirección del imán sólo arrancó las piedras necesarias para atrapar la que se había engullido el Código.

Asimismo debía pensar en disponer comparsas de danzantes para que bailaran y divirtieran al soberano, y en buscar matronas que se encargasen de hacer el papel de España á los gritos de *¡Muera la nación!*; y por último, tenía que pensar en hacer versos para los arcos de triunfos, y no versos de tres al cuarto; que D. Plácido, aunque realista, era poeta. Dígalo, si no, la siguiente décima que le inspiró el gozo de restablecer en su nicho al San Bruno de la calle de Alcalá:

«Al modelo de las artes,
á ti, Bruno de los Brunos,
al perseguido de tunos,
al que admiro en todas partes,
al que ¡oh mi Dios! no me apartes
de tenerle devoción;
al que dos veces balcón
vió este nicho convertido.
¡Gracias á Dios que ha caído
la infame Constitución!»

Con efecto: dos veces había quitado D. Restituto la efigie del santo para aprovechar el hueco de la fachada en poner un balcón, y Plácido tenía razón para pedir á Dios que no le apartara de tener devoción al que había visto dos veces convertido en balcón el nicho.

Y no le faltaba tampoco, cuando lamentando lo mucho que los negros habían hecho sufrir al monarca, dijo en la siguiente dolorosísima y compungida décima:

«No le dejan tomar baños
 á nuestro rey D. Fernando,
 que lo estaba deseando
 para remediar sus daños.
 ¡Oh funestos desengaños!
 Cuál lo sacan de Sevilla,
 sin pasarlo por la villa,
 en un coche..... ¡pero malo!
 y lo tratan como á un palo
 que lo arrancan de una silla.»

Por supuesto, que esta comparación del modo con que trataron al monarca fué sólo un decir, porque á lo que parece, el poeta no había sido nunca silla ni cosa semejante, ni es de suponer que la silla á que aludía fuese de alcornoque. Eso no pasa de ser una imagen poética mejor ó peor, pero que desde luego tiene la ventaja de la novedad; y en cuanto á la calidad del coche, cuando el poeta se dió tanta prisa y hace tan grande exclamación para decir que era malo, lo sería, porque D. Plácido no era hombre de decir una cosa por otra, ni de callar lo que sabía, que todo lo contaba, viniese ó no á cuento. Y en prueba de esto, sepan ustedes que apenas averiguó que el régimen constitucional era nocivo al *jabón*, compuso la siguiente copla, arreglada á la belicosa música de la *pitita*:

«Las lavanderas del río
 no quieren Constitución,
 porque con ese sistema
 no pega bien el jabón.»

Y aun detrás de ese jabón rebelde le pegaba á Restituto esta otra enjabonadura:

«Españoles aliados,
 clamemos Religión,
 ¡Viva el Rey! ¡Viva la paz!
 Viva la paz y la buena unión.
 Pitita, bonita,
 con el pío, pío, pon,
 viva Fernando
 y la Inquisición.»

Verdad es que estos versos no eran sus primeros ensayos, porque ya había compuesto otros muchos, y fué siempre tan aficionado á la poesía, que hasta á las estatuas que pintaba para los arcos de triunfo les escribía un pareado por lo menos; siendo uno de los que más fama le conquistaron el que escribió en boca de la España cuando puesta en jarras, que así la pintó el artista, decía:

«Aunque cautiva me vi,—tuve amigos y salí.»

Pensamiento que habría envidiado cualquier cigarrera al salir de la cárcel por la recomendación de sus amantes, y que no era peor que este otro que decía la misma matrona dirigiéndose á la figura que representaba la Francia:

«Viniste, viste, venciste—y al rey libre nos trujiste.»

Por lo que hace á composiciones de mayor importancia, como *loas para representadas* y otros contagios poéticos que padecía D. Plácido, ya la fama ha eternizado su memoria; que no en balde sacó á la escena el río Manzanares para que dirigiese la palabra al soberano en nombre de las lavanderas, sin hacerse cargo de que el pobre río tenía la boca seca desde que *sable en boca* le pasaron á nado los hermanos de los Angulemas (1). Andaba, pues, D. Plácido muy atareado, y el poco tiempo que le dejaban libre las musas le gastaba en regatear *escudos de fidelidad* y en hacer lejía para la famosa *purificación* de los negros; preparación diabólica que, como entonces andaba algo atrasada la química, daba unos resultados funestos hasta el punto de que muchos liberales perecieron en la operación. Otros en cambio murieron antes de pensar en purificarse, y váyase lo uno por lo otro.

Tampoco tenía D. Plácido tiempo para pensar en esas desgracias, porque tras de ocuparse en averiguar si Restituto comía carne en días de vigilia y si rezaba el rosario en familia, tenía que hacer centinelas, diciendo «¡Atrás, paisano!» á sus propios vecinos, y tenía sobre todo que ser realista, oficio no tan regalón ni tan descansado como ustedes se figuran.

Si era propietario, que este ha sido siempre uno de los mejores medios de buscarse la vida, le quitaba el sueño pensar en que alguno de sus arrendadores y aun de sus inquilinos tuviese en sus venas una gota de sangre liberal; y si vegetaba mamando de las arcas reales en alguna oficina del Estado, jamás despachaba un expediente sin olerle primero para ver si procedía del bando contrario, en cuyo caso ó le echaba debajo de la mesa ó le resolvía negativamente, y por último, si era artesano ó *arte-podrido* (que realistas y no pocos había en el trasiego de las aguas inmundas) tomaba informes del que le llamaba para darle trabajo, y si resultaba ser algún pícaro negro, tenía la abnegación de renunciar el aco-modo. En suma, amigo lector, D. Plácido y los suyos no vivían ni descan-

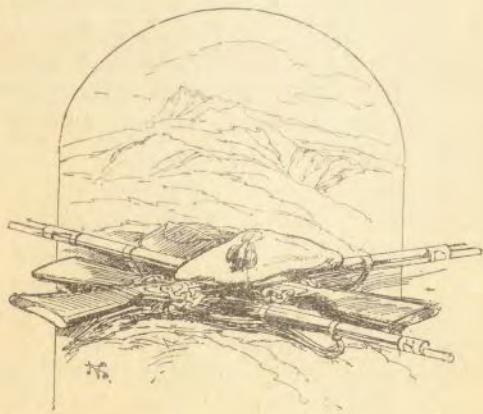
(1) Thiers lo ha dicho en su *Historia del Consulado y del Imperio*, en la seguridad de que el pobre río no ha de ponerle demanda de injuria y de calumnia, porque no leerá la obra, y aunque la lea, es español y no le sentará mal tener tan buena fama en el extranjero. ¡Qué bromas gastan los escritores franceses! Tentados estamos á creer que el ponerse el sable en la boca fué para refrescar los labios, por no hallar en el río una gota de agua con que hacerlo.

saban un solo momento, siempre persiguiendo á sus propios hermanos y sin considerarse seguros á pesar de tenerlos á todos comiendo el pan de la emigración en el extranjero; de cuyo alimento, y sirva esto de aviso, también hemos de decir cuatro palabras en esta obra, porque sería imperdonable que dejásemos de amasar una cochuera del *pan de la emigración*, que tan triste celebridad nos ha dado en el extranjero. No habrá un solo lector que si no ha emigrado haya dejado de tener algún pariente en la emigración, y es preciso que consagremos á todos un ligero recuerdo.

Mientras D. Plácido estuvo en el poder, huyendo de su intolerable realismo y por no ver la cara al padre de los Angulemas, se acogió don Restituto á la Gran Bretaña, donde repuesto del susto que le habían dado los interventores franceses, se dió á pensar en la mejor manera de volver á saludar las playas españolas para embutir otra vez el Código en la Puerta de Toledo y quitar el San Bruno de la calle de Alcalá.

Conspirando y dando treguas á sus esperanzas con una fe envidiable, le llegó por fin la hora de que la madre patria abriese un portillo diciendo que entrasen por él los que por él cupieran, que no fueron muchos, aunque sí los bastantes para poner de mal humor á D. Plácido, hasta el punto de abandonar el realismo de Fernando VII y hacerse realista de Carlos V. Aquí dió principio su última jugada; este extracto es el que tiene jugado hace muchos años con la esperanza de alcanzar el premio.

Acertó el número 14 y el 24; quiso acertar el 33 y el 34 y el 35, y todos los años juega hasta el.... ¡Dios sabe cuántos!





CUADRO VIII

LOS OJALATEROS

Antes de que Fernando VII cerrara el ojo, ya le habían dado á entender los realistas que estaban esperando á que se muriera para proclamar rey de España á su hermano D. Carlos; y este prójimo, que por precaución había sido remitido á Portugal, en una serie de curiosas cartas que dirigía á su *muy amado y muy venerado y muy reverenciado Fernando, hermano de su corazón y de su alma*, andaba declinando la conciencia y la desobediencia en todos sus casos, y conjugaba sin cesar los verbos acatar y resistir, diciendo que Dios sabía cuánto le pesaba, pero que Dios se lo mandaba..... Y en suma, que se resignaba á ser rey por dar gusto á sus muy amados vasallos. Pero estos pícaros desagradecidos correspondieron tan mal al amor del monarca, que aclamaron, juraron y reconocieron por única heredera del trono á la augusta princesa, que aún hoy ocupa el solio, á pesar del desdichado D. Plácido, que se alistó en las banderas del príncipe rebelde. Claváronse éstas en las montañas de Navarra, y allí anduvieron unos cuantos, pocos, carlistas, y otros cuantos, muchos, empujados por la intolerancia del bando liberal, entonces apellidado cristino.

D. Plácido tenía demasiada edad para empuñar de nuevo la tizona, y se quedó á vivir en la corte, entregándose de lleno á la conspiración, mientras sus hijos se batían con denuedo, peleando á la sombra del estandarte carlista contra sus primas carnales las hijas de D. Restituto, quien no menos denodado defendía la causa de su reina y la libertad de su patria.

De las malhadadas proezas de ambos campeones no pienso, sin embargo, decir una sola palabra en este artículo ni en el resto de la obra. Quédese la triste tarea de narrar los hechos de una guerra civil tan desastrosa como la nuestra para otras plumas mejor cortadas, aunque no mejor entretenidas. A mí me sobra con ver á D. Plácido trabajar desde su gabinete en favor del partido realista; y algo más lo han de agradecer los lectores de este cuadro que si les diera el de una de las batallas en que, carlistas ó liberales, los vencidos y los vencedores no dejaban de ser españoles.

Mientras los ingleses, ocupados en reconocer de buena fe á la reina de España, *no veían* que el pretendido rey de la España misma les compraba fusiles y municiones, y cuando la Francia hacía asimismo el *amante corto de vista*, D. Plácido, que no podía manejar esas armas ni fabricar otras por el estilo, tenía en su propia casa el martinete de la fe y en él forjaba toda clase de esperanzas carlistas. Decirle que los servicios que prestaba á su partido no eran activos ni de importancia, sobre ser injusto, le habría sulfurado y aburrido; porque, como él decía, y tenía razón, sin la fe que él fabricaba constantemente, ni se habrían engrosado las filas carlistas, ni hubiese durado tanto tiempo la guerra civil.

En servicio de su rey no omitía diligencia alguna, y todo le parecía conveniente y digno. Era falsificador de pasaportes y de títulos y de reales despachos; inventaba notas diplomáticas; fraguaba correspondencias autógrafas; fingía proclamas; tenía el facsímile de todas las rúbricas y sellos de las autoridades legítimas, y apenas nombraba el gobierno de la reina un nuevo funcionario, cuando ya le había estereotipado el apellido.

Era, en suma, tanta su actividad y su fe tanta, que creemos indispensable copiar *ad pedem litteræ* su laboratorio.

De otro modo, todo cuanto dijéramos sería descolorido y pálido é inexacto quizá; es preciso que el lector le vea en acción un momento.

No hay más remedio sino alzar el telón y que salga de una vez á la escena el verdadero rezago del siglo XVIII, el incansable obrero de la columna realista, el portaestandarte del carlismo. Por no haber tomado las armas en defensa de las ideas que más que nadie adoraba, le han bautizado sus correligionarios políticos con el apodo de *ojalatero*, suponiendo que no hacía otra cosa que suspirar y decir *¡ojalá!*, á imitación de aquella inmensa cohorte de pretendientes que invadían el real de D. Carlos para alojarse los primeros, evitar que comiesen los segundos y pasar la vida diciendo: *¡ojalá* ataquen y *¡ojalá* ganen!

Para que ustedes vean cuán injusta era semejante suposición, allá va el retrato de este mal llamado *ojalatero*, que á pesar de ser fabricante de la fe, tenía por principio que «á Dios rogando y con el mazo dando.»

Quiero empezar por presentarle en la calle, para que una vez hecho el

conocimiento podamos entrar en su casa cuando nos plazca; para lo cual será preciso que el que tenga bigote le suprima, porque si nos toma por *urbanos* será difícil que tenga la urbanidad de abrirnos la puerta, y si lo hace será con recelo y desconfianza. Así se presentaba en la calle receloso y huído, siempre temblándole las piernas, cosa que se adivinaba por el movimiento que hacían los colosales faldones de su levita; sonriéndose, aunque la sonrisa no viniera á cuento, y mirando de reojo á cuantos pasaban por su lado. Vivía en el barrio de Leganitos, porque aquellos vientos no le llevaban tan á menudo el himno de Riego; salía á pasear por la cuesta de Areneros y la Florida, y rara vez se asomaba por el centro de la población, aunque lo hacía algunas obligado por las circunstancias; y he aquí el momento en que yo quiero que ustedes le vean.

Supongamos que ha tropezado con un amigo de los *netos*, cesante, como él, de la famosa contaduría de *expolios y vacantes*, y que éste le saluda preguntándole en voz baja y con aire de reserva y de misterio:

—¿Qué tenemos de cosas? ¿Cuándo viene el amo?

El carlista vuelve la vista, alarga el cuello, y después de convencerse de que no hay quien pueda escucharle, se acerca al oído de su compañero y le dice:

—El día de San Carlos tendrá el amo besamanos en su real palacio de esta corte.

—¿Es posible?

—Lo que usted oye.

—¡Pero hombre, si San Carlos es el día 4 del mes que viene! ¡Si sólo faltan cinco días!

—Pues amiguito, no hay más que lo que usted oye.

A este tiempo suenan pisadas, se acerca alguno que trae bigote, y nuestros carlistas alzando la voz y ambos á la vez se ponen á hablar del tiempo, y aciertan á decir que está raso, precisamente cuando está diluviando, ó viceversa, y á veces callan de repente para mayor disimulo, y ya cuando el otro va lejos tosen y continúan hablando en voz baja.

—¿Y se sabe—dice el incrédulo—quién ha dado esa noticia?

—Sí, señor—replica el noticiero incomodado,—y se sabe más....

—¿Qué se sabe? ¡Venga, venga!—exclama el otro alborozado.

—Pues señor, se sabe—dice el carlista, volviendo á mirar y á toser y á hacer misterios,—se sabe que le apoya el *ruso*.

El ruso, y perdonen ustedes esta advertencia que á guisa de digresión les hago, el ruso no era ningún bandido que llevara ese apodo, sino el czar de Rusia, el emperador Nicolás en cuerpo y en alma. Los carlistas en Dios creían, á su rey adoraban y en el ruso tenían y tienen, ¡por qué no se ha de decir!, tienen aún hoy sus esperanzas.

—¡El ruso!....—repetía extasiado el incrédulo....—¡Conque nos apoya el ruso!

—¿Y usted ha podido dudarlo?

—Y diga usted, ¿se sabe cómo ha sido eso?

—Muy sencillo, diciéndole á la Francia que si ella no pone en el trono de España á nuestro rey D. Carlos, que la deje pasar 400.000 bayonetas.

—¿Rusas?

—Rusas.... Sí, señor; rusas y muy rusas.

—¡Eso se ha dicho ya tantas veces!—dice con desconfianza el incrédulo.

—Y es verdad desde que se dijo.

—¿Pues cómo ha tardado tanto tiempo en venir?

—¡Vaya, usted no entiende una jota de estos asuntos! La diplomacia, amigo mío, no es cosa de hacer buñuelos; se necesitan notas y más notas, y luego ha de saber usted que el amo no quería recibir auxilios extranjeros.

—¡Conque si hubiera querido!....

—Ya estaría en el trono.

—Y diga usted, ¿eso de los rusos se sabe de positivo? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Me jura usted guardar secreto?

—¡Y usted lo duda!

—Pues señor, lo ha dicho doña Transverberación, la esposa del consejero de Indias.

—¿Será verdad?

—Como que ha tenido una revelación y dice que vió en éxtasis estar entrando batallones rusos más de veinte horas.

—Si ella lo ha dicho, lo creo; ¿pero quién se lo ha oído decir?

—Eso es querer saber demasiado.... Conténtese usted con que ya viene el amo, y váyase disponiendo para el besamanos.

—¿El día 4?

—Sí, señor, el día 4.

Así se despedían los dos amigos, volviendo á marchar cada cual por su camino, siempre recelosos, tímidos y desasosegados, pero sin dejar de pensar en el ruso, que era, como hemos dicho, su ídolo adorado.

Si al llegar á su casa veía nuestro hombre parado en el portal algún desconocido, antojábasele que era un espía y daba un paso atrás y no entraba hasta tomar sus precauciones, que no eran las de montar una pistola ni otras parecidas, sino las de acercarse con timidez y sonreírse y saludarle hasta infundirle sospechas. Si el desconocido tenía el capricho de no afeitarse los pelos del bigote ó paseaba dos veces la calle, ya no dormía el carlista en su casa y pronto mudaba de domicilio, pero sin deshacerse de su precioso legajo de proclamas, pasaportes en blanco y facsímiles; si por el contrario entraba en su casa sin tropiezo alguno, preguntaba al punto si

había tenido cartas, y con ellas se encerraba en el gabinete misterioso, en el taller de las noticias, en el famoso laboratorio de la fe carlista.

Era su primer operación mirar el sello de la carta y la letra del sobrescrito y luego examinar con detención la oblea para averiguar si había cedido á la llave maestra del resguardo cristino, que él creía instalado en la administración de correos. Y esto no lo hacía á mal hacer, sino por si el gobierno liberal no tenía más virtud que la de guardar el secreto de la correspondencia, dejarle sin ninguna, que era su obligación á fuer de buen vasallo del señor rey D. Carlos V. Por supuesto que las cartas ya venían amasadas de tal modo que sólo podía aprovechar su contenido á los estómagos realistas, y para entenderlas se necesitaba una clave diabólica y saber algo más que los rudimentos de matemáticas y aun tener mucha práctica en el arte del marqués de Villena. Las más fáciles, las que desde luego estaban al alcance de la policía y por las que el solo delito de recibirlas, ó lo que es menos aún, el de consentir que se las dirigieran, ha costado más de un proceso y un destierro, eran por el estilo de la siguiente:

«Mi querido primo: Me alegraré que al recibo de ésta se te haya pasado el mal humor que tenías por mi tardanza en ir á tu lado. Ya lo hubiese hecho si el amo hubiese querido tomar los baños del Norte; pero se ha empeñado en curarse con las hierbas de su país, y por eso se ha retrasado el viaje. Le haremos sin embargo, Dios mediante, muy pronto, tanto que pienso que comamos juntos el pavo de Navidad. Tomás está cada día más gordo y pasea mucho. Ayer salió á caza y mató trescientos cuervos, haciendo huir los restantes. No acabó con el bando por no pasar el río. Aquí estamos cada día más obsequiados y con mucho dinero; pero dile á la tía que no por eso la hemos de dejar un solo ochavo de nuestra hijuela y que vaya desocupando la casa para el día de Nochebuena.

»En cuanto á lo que me decías de que se aseguraba que el amo había cambiado de costumbres y que ya comía á la francesa, no es cierto; sigue haciendo la vida de siempre, y cuando vaya á esa piensa montar la casa como en tiempo de su bisabuelo, usando todos los muebles que tiene arrinconados la tía y quemando todos los nuevos que no quepan en los sótanos y en las buhardillas.

»Conque adiós, y ya no me escribas, porque estaré en camino para esa.»

Esta carta, que original perdió por un descuido nuestro carlista, le dió tan malos ratos, que se mudó de casa y no volvió á dormir con tranquilidad, temiendo á cada instante que le había de ocasionar algún disgusto grave. Porque han de saber ustedes que el carlista no leía ni creía que se pudiese leer lo que estaba escrito, sino lo siguiente:

«El rey no ha querido el auxilio del ruso ni de las demás potencias del Norte, porque sabe que para triunfar de los cristinos le basta con el apoyo

de sus vasallos. El día de Nochebuena estará sentado en el trono de sus mayores; Zumalacárregui dispersó ayer los batallones cristinos haciéndoles 300 muertos. Hemos recibido mucho dinero y todo el país es nuestro; pero no por eso dejaremos de sacar á los liberales hasta el último ochavo de lo que nos han usurpado, y la reina ya puede ir desocupando el palacio. No creas que el rey se ha liberalizado; es más absoluto que nunca, y cuando vaya á Madrid piensa restablecer el Santo Oficio y tal vez dedicarse á quemar á los negros que no puedan tener cabida en las cárceles.»

El monarca no usaba, sin embargo, este lenguaje en las proclamas, que traducidas al francés en los diarios de París ó directamente de la corte de Oñate recibía el carlista. Decía, por el contrario, en todas ellas que perdonaba á sus muy amados vasallos y que daba un plazo de quince ó más días para que el ejército depusiera las armas, en la seguridad de que ofrecía olvido y perdón. Estos plazos se iban prorrogando constantemente, y no hubiesen tenido término nunca, tanta era la bondad del soberano, á no haberse terminado la cosa de otro modo. Pero como en este pícaro mundo no hay nada eterno, á pesar de las *nieblas* y de lo *quebrado* del terreno y de las noches, que eran todas de invierno y muy largas, según los partes de los generales cristinos, á pesar de todo tuvo fin la guerra.

Lo que no ha tenido fin ni lo tendrá sino con la muerte es la fe del carlista. Ya no la sigue trabajando en el laboratorio; pero tenía tan buen repuesto de ella, que aún hoy confía y aún hoy espera que triunfe su causa.

¡Ay, hace bien en esperar! La esperanza no paga contribución ni pide pan ni consume turno en los sucesos de la vida. La esperanza es el escudo que la Providencia ha dado á la humanidad para que pare los golpes de la fortuna.





CUADRO IX

UN PRONUNCIAMIENTO

Bien pudiéramos salir de dudas, y con sólo tomarnos el trabajo de alargar el brazo sin movernos de la silla atrapar un Diccionario de la Lengua, hojearle hasta tropezar con la palabra *pronunciamiento* y ya estábamos del otro lado.

Sería capaz de decirnos, *auctoritate academicorum*, que «pronunciamiento es el acto de pronunciarse;» con lo cual el Diccionario de la Lengua se quedaría muy satisfecho, y nosotros muy por satisfacer.

Líbrenos Dios de incurrir en semejante torpeza, y antes de acudir á la obra magna del taller que *limpia y fija*, fijemos la vista en cualquiera de esos sables cortos y corvos que tienen de venta los ropavejeros del Rastro, preguntémosle qué cosa es pronunciamiento, y ustedes verán cómo salimos del paso.

Si las diferentes ocasiones en que ha sufrido persecución por la justicia no le han quitado la facultad de suspirar, lo cual sería en extremo injusto tratándose de quien ha hecho suspirar á tantos, dará un suspiro, nos mirará de arriba abajo hasta convencerse de que ni somos de la policía secreta ni lo parecemos, y satisfecho de que todos seamos unos (el sable y nosotros) nos dirá por fin:

«Pronunciamiento era un día y á veces dos y cuatro y ocho de jolgorio, de salvas y de himno de Riego, en que mi amo echaba el bodegón por la ventana y sus quehaceres debajo de la mesa, trocando la obligación de ciudadano por su afición á las faenas del militar.»

Apenas se oía en la calle el primer redoble de las cajas de la Benemérita que venían tocando generala, cuando ya mi amo se estaba abrochando al cuerpo la levita de dos colores, y cruzados sobre el pecho mi tahalí y el de la cartuchera, cogía al hombro la caña hueca, se apretaba las carterillas del morrión y dando una patada al ama y un empujón á los niños si trataban de ponerse delante para que no fuera á exponer su vida, se lanzaba resuelto á la calle, no sin detenerse primero en el portal á cargar el fusil.

El mozo de la compañía, que á mayor abundamiento iba tras de las cajas avisando á domicilio á los académicos del Marte ciudadano, se le encontraba ya camino de la plaza en que de antemano y para casos tales estaba acordado que se reuniera el batallón, y con una familiaridad de todo punto republicana le paraba diciéndole:

—No quieres ser de los últimos.

—En decir que oigo la caja—respondía mi amo,—ya quisiera estar entre las filas. ¿Y qué tenemos?

—Que tratan de mudar el ministerio.

—¡Si son unos bribones!

—¿Quiénes?

—Los ministros.

—No tal; si los que quieren cambiar el ministerio son los soldados.

—¡Ah! ¡Ya!... Pues firme con ellos. ¡Si mientras haya ejército no podemos tener paz!

Y al decir esto, se solía oír á lo lejos una descarga, á cuyo ruido gritaban las gentes y corrían en todas direcciones, sin que nadie acertara á encontrar su casa y sin que fuera posible refugiarse en la ajena, porque de un solo golpe y como si obedecieran á una sola voz se habían cerrado todas las puertas.

Y con esto, mi amo, que no sabía latín ni le hacía falta, pero que sabía cuán *dulce et decorum est pro patria mori*, se plantaba en medio del arroyo, y echándose el fusil á la cara decía: ¡Alto! y ¡Viva la Constitución! y ¡Viva el ministerio! y ¡Atrás, paisano! Y como todos le contestaban amén, seguía adelante en su camino hasta llegar á la plaza donde se reunía su gente.

Estos á su vez, que ya habían tomado las callejuelas contiguas, le gritaban «¡Alto!» y le daban el *quién vive*, y él respondía: «Miliciano nacional,» y le mandaban dar un «Viva á la Constitución,» y daba dos y tres y cuatro y entraba por fin en filas.

Y allí, el comandante, cuando estaba reunido el grueso de la fuerza, les dirigía una breve plática, que interrumpía no pocas veces el ruido de la fusilería inmediata y las voces de ¡Batallón! ¡Firmes! ¡Carguen!, etc.

Y con esto y el ir y venir de los ordenanzas y de los ayudantes y la aparición de algún concejal, especie de pájaro popular, del cual apenas ha quedado otra cosa que los nidos en que se ayuntaba, y por esto se siguen llamando ayuntamientos; con todo eso, repito, se daba por comenzado el motín.

Excuso decir á ustedes que así sabía mi amo ni la mayor parte de sus compañeros el origen de aquella broma, como si le preguntaran lo que en aquellos momentos estaba pensando el Gran Turco.

Decíase, por ejemplo (ejemplo que entonces estaba muy á la mano), que se habían sublevado tres compañías ó dos ó media de un batallón del ejército, y que después de arrestar (nada de faltar al quinto del Decálogo) á sus jefes, se habían hecho fuertes en el cuartel ó en una casa cualquiera.

Era preciso bloquearlos y rendirlos, porque, se añadía, los sublevados tenían un plan muy vasto, y que de no dominar con tiempo la broma, tomarían parte en ella otros muchos cuerpos de la guarnición que á ello estaban comprometidos y juramentados.

Al efecto marchaban hacia la fortaleza tres ó cuatro batallones de milicianos y diez ó doce piezas de batir y caballería por si lograban fugarse y era preciso darles una batida; y por último, solía suceder que comenzaba el tiroteo, con gran detrimento del revoque de las fachadas; que se hacía tregua, no sin tener que lamentar alguna desgracia, y empezaban los parlamentos.

El sitiado decía la del portugués: «Si me sacas del pozo te perdono la vida,» y el sitiador le pedía que depusiera las armas, y las cosas no pasaban á mayores.

Tras de muchas réplicas de una y otra parte, venía á resultar que si el sitiado no tenía prisa y decía nones, salía de allí tambor batiente y con el arma al brazo; si era impaciente y tímido y menudeaba los parlamentos, se le sacaba atado codo con codo y sin armas, fusilándole por ende con las suyas propias.

Pero esto no pasaba de ser una sublevación vencida con más ó menos dignidad y á más ó menos costa; esto no era el pronunciamiento.

El pronunciamiento era lo que ya he dicho á ustedes: «Un día y á veces dos y cuatro y ocho de jolgorio, de salvas y de himno de Riego, en que mi amo echaba el bodegón por la ventana y sus quehaceres debajo de la mesa, trocando la obligación de ciudadano por su afición á las faenas del militar.»

Figúrense ustedes (esto también es fácil de figurar) que el ayuntamiento, jefe supremo de la milicia ciudadana, no se llevaba bien con los ministros, y que cansado de pedirles tal ó cual cosa por los medios suaves, se declaraba en sesión permanente, mandaba dar un redoble por las ca-

lles de la capital, ponía gente en movimiento, se disparaba una docena de tiros y.... ¡Firme, batallón! ¡Viva la reina y mueran los tiranos!, etc.

El capitán general también sacaba su gente de los cuarteles, tomaba el edificio de Correos sin faltar al séptimo mandamiento, porque no tomaba sino lo que era suyo; iba y venía al Consejo de ministros, que también estaba en permanente; recetábale al empedrado el ejercicio de las patrullas, mandaba dar el *quién vive* á los pocos paisanos que en tales momentos se atrevían á vivir fuera de sus casas, y.... ¡Firme, batallón! ¡Viva la reina constitucional!, etc., etc.

Ahí tienen ustedes un pronunciamiento completo, pero no acabado; faltame lo mejor.

Fáltame decir á ustedes lo que hacían el ayuntamiento y la Beneficencia.

El ayuntamiento, declarado en sesión permanente en el afamado y por más de un título famoso salón de Columnas, fraccionábase hasta un punto casi infinitesimal y homeopático, y disputando cinco ó siete ó nueve concejales (siempre números nones) para que fuesen á parlamentar con el ministerio, nombraba una comisión arbitradora y otra revisora de fortificaciones y un comité de salud pública y una junta para inspeccionar los hospitales de sangre; y mientras llegaba el caso de fortificarse y de herirse, daban un redoble de propios y de ordenanzas por todos los pueblos de la provincia para que á marchas forzadas viniese la milicia rural á reforzar á los milicianos de la corte.

Y solía suceder que antes de llegar el aviso ya se conocía el error de haber avisado; pero esta equivocación no valía la pena de expedir una contraorden, y la milicia de los pueblos entraba por fin en la capital á fraternizar y compartir las fatigas con sus llamados compañeros de glorias.

En la plaza Mayor podían alojarse cómodamente dos batallones, y con menos comodidad tres, é incómodos de todo punto cuatro, y el resto y los escuadrones de caballería se desparramaban por el Buen Retiro y la Montaña, y todas las plazas y plazuelas de la corte quedaban convertidas en un campamento.

Campamento que, dicho sea en honor de la verdad, tenía un aspecto tan agradable y tan pintoresco que valía bien la pena de ser visitado, como en efecto lo era por el resto del vecindario.

Había en él más vivanderas que soldados, y era de ver á la elegante esposa del acaudalado banquero apoyarse en el brazo de un cabo de gastadores, mientras que la honrada mujer del artesano hacía lo propio con un alferez, para quien llevaba las más regaladas provisiones en una cesta de mimbres.

El antiguo empleado de loterías, próximo á cumplir los cincuenta, y acaso renegando por no haberlos cumplido ya, sufría con la mayor resignación las reconvenções de su cara costilla, que se desesperaba al verle hacer el Robinsón vestido de ciudadano y con todo el equipo de un militar.

Mas allá otro rehacio se había hecho la levita del uniforme, pero se había olvidado de comprarse el chacó y tenía cubierta la cabeza con un sombrero redondo ó una cachucha de terciopelo.

Los de los pueblos, por el contrario, solían empezar por la cabeza y traían el chacó más ó menos tirado hacia el cogote, y el resto del uniforme le constituían las mangas de la camisa y las polainas.

Pero unos y otros estaban firmes en sus puestos, y todos se entregaban en los momentos de descanso á parlamentar con sus familias, templando los ardores de Marte con el dulce refrigerio de Cupido y de la sangre.

Si estas escenas eran nocturnas, como el ayuntamiento no se había olvidado de nada, una iluminación general hacía mucho más pintoresco el cuadro.

Los cafés estaban abiertos toda la noche, las tiendas de comercio entornadas, las plazas llenas de sillas y de vendedores ambulantes, y por último, las bandas de músicas poblaban el aire de himnos patrióticos, que á la vez que cultivaban el entusiasmo cívico, halagaban y entretenían la ternura del ciudadano.

Pero de repente.... ¡oh repente amargo!... oíase á lo lejos un tiro ó dos ó tres ó un cañonazo, y contestaban las mujeres con un grito, y el tambor con un redoble, y el comandante daba la voz de «¡Firmes!...» y corrían á coger las armas los milicianos; y ya no quedaba otra cosa del cuadro, sino las luces en los balcones, un pelotón de soldados y las mujeres corriendo en todas direcciones sin oír otra voz que la de «¡Atrás, paisano!» que les daban sus propios maridos y el *quién vive* que les preguntaban sus hermanos, y no había un café abierto, ni una tienda entornada, ni un portal en donde guarecerse, ni nada, en fin, sino un silencio horrible, interrumpido de vez en cuando por el escape de un caballo y el incesante *quién vive* y el *¡alto!* y otras voces por el estilo.

Los serenos, partícula no integrante, pero casi constituyente del ayuntamiento en esos casos, iban llamando de nuevo á las casas para que cuidaran de que no se apagasen las luces y de tener abierta la puerta de la calle y de franquear los balcones, si necesario fuese, todo de orden del señor alcalde del barrio, el cual por su parte, aunque miliciano nacional, no podía estar en las filas y andaba recorriendo su demarcación con una ronda de vecinos honrados; oficio, mi querido lector, y perdóname este

paréntesis que á su memoria consagro, oficio el más molesto y peligroso y menos lucrativo de que puedes tener idea.

El oficio de *vecino honrado*, y créeme que era oficio aunque te digan que era un diploma *ad honorem* y un título de confianza que expedían las autoridades á todo el que tenía alguna exención para tomar las armas, le inventaron los realistas y tuvieron la debilidad de acogerle y de aceptarle por suyo los liberales.

Sería un mal muy grande, y yo no me atrevo á suponer que haya desaparecido en la sociedad la honradez, pero puedo asegurarte que me alegro de que haya desaparecido en la matrícula civil el oficio de *vecino honrado*.

Figúrate un hombre, mayor de cincuenta años, por supuesto, retirado del mundo y de sus pompas vanas, sin otra vanidad que la de educar á sus hijos y dejarse cuidar por su mujer, á quien en el agradable momento de reclinar la cabeza en la almohada ó después de haberla reclinado y aun de haberse dormido, le alborotan la casa para decirle que se levante y baje corriendo, que hay un herido en la calle y que el alcalde del barrio necesita dos vecinos honrados para que le acompañen y autoricen su caña de Indias y su puño de plata.

¿Te parece agradable la situación de ese vecino honrado?

Pues figúrate que es de día y que no ha tenido que dejar la cama, pero que apenas se ha sentado á la mesa, le llama el alcalde para decirle que tiene que hacer el padrón general de vecinos, y que ha dispuesto que desde el siguiente día y todos los que dure el empadronamiento le acompañen tres vecinos honrados. En esta ocasión le vale la honradez para andar entrando y saliendo en todas las casas del barrio, haciendo de escribiente de la autoridad é indisponiéndose con sus convecinos, que quisieran que *sin dejar de ser honrado* dejase de matricular al muchacho que va á entrar en la quinta y al otro que tiene ya edad de ser miliciano.

¿Y te parece justo que después de ese trabajo contribuya el honrado vecino con su metálico para que el ayuntamiento pague empleados y agentes investigadores?

Pues ahí tienes las consecuencias de lo que era la honradez cuando se consideraba como un oficio ó carga concejil.

Añade á todo esto el servicio de las rondas de vecinos honrados, y verás cuán terrible y lastimero era ver una docena de hombres, armados de chuzos y de sables, marchar silenciosamente detrás del alcalde de su barrio, guiados todos por el pálido resplandor de una linterna, desahaciendo riñas, mandando cerrar tabernas, registrando portales, sufriendo las maldiciones de los enamorados, y diciendo todos á coro y con una en-

vidiable candidez cuando les daba el *quién vive* el centinela.... *la ronda de vecinos honrados*.

En suma, ya te lo he dicho, también tomaba parte en la escena nocturna del pronunciamiento, siéndole, aunque no siempre, permitido alguna que otra vez el transferir su hombría de bien al criado; el cual era en esa ocasión considerado y tenido por vecino honrado, siquiera al tomar la cesta para ir á la compra, distraído en sisar, se olvidase de la honradez que había ejercido durante la noche.

En cuanto al pronunciamiento, que es el asunto de este cuadro, no adelantaba gran cosa con la venida del alba, y las familias de los milicianos, que habían pasado la noche en la mayor ansiedad, volvían á lanzarse á la calle apenas rayaba el nuevo día, considerándose justamente felices al hallar vivos á sus parientes.

El parto solía ser tan laborioso que duraba un día y dos y tres y una semana, resultando no pocas veces que la patria no se había visto en estado interesante y que todo ello había sido una disculpable ilusión paternal del ayuntamiento; lo cual, como pueden ustedes figurarse, era muy satisfactorio para todos, menos para los campos y los talleres, que en ese tiempo no habían prosperado gran cosa.

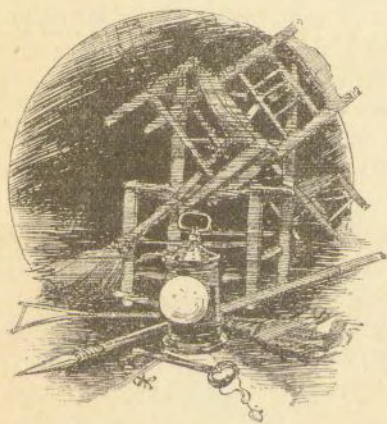
Pero todo se podía dar por bien empleado cuando no había que lamentar ninguna desgracia, salvo sea el susto del imprudente forastero que llevando bigote y no siendo miliciano se había atrevido á salir á la calle, donde le corrieron y algo más, ó los trabajos forzados á que se vió condenado el transeunte que *velis nolis* tuvo que arrancar piedras para hacer barricadas, y algún otro *desahogo patriótico* de poca importancia, hijo unas veces del buen humor de la juventud y otras del fanatismo y de la intolerancia, que abundaban sobre manera entonces.

Los retenes y las guardias dobles solían continuar aun después de pasado el susto; los muchachos parodiaban las escenas del pronunciamiento, convirtiendo las escobas en fusiles y haciendo barricadas con las sillas de la casa, y los loros del barrio remedaban con suma gracia los vivas y las voces de mando que habían oído durante la bullanga; travesura animal que dió más de un susto á los dueños de los loros y que alguna vez hizo reforzar las guardias, poniendo en alarma á las autoridades y aun al ministerio.

Pero todo esto pasaba con el tiempo, y con el tiempo también los milicianos de los pueblos volvían á sus casas y á sus labores y las tropas á sus cuarteles, y todo quedaba en paz..... hasta que volvía á comenzar la guerra; porque la paz no puede ser eterna, y en tiempos de guerra civil la sangre anda alborotada, y la revolución de las ideas no siempre se consuma en las cátedras y en la imprenta.

Un pronunciamiento, se lo he oído decir á uno de los primeros fabricantes del ramo, no es otra cosa que una tribuna al aire libre, donde se grita más ó menos, según lo requiere el caso, y si no alcanzan las razones del sable, se hacen unas cuantas citas de artillería, y *contraria contrariis curantur*, que dijo el otro.

En estos asuntos cada cual dice lo que le parece: á mí, por ejemplo, me parece lo mejor no decir nada más que lo que dejo dicho.





CUADRO X

HUMO ANIMAL Y HUMO MINERAL Ó LOS REFECTORIOS Y LOS TALLERES

«Estos, Fabio, ¡oh dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustios collados,
fueron un tiempo Itálica famosa.»

Si no escribiera el presente capítulo ó dejara de incluirle en el paréntesis retrospectivo que he abierto para anudar el presente con el pasado, quedaría tan incompleto mi trabajo que no le comprenderían los hijos de los hombres de AYER, ni los de HOY podrían incluirle en la herencia que van á legar á los de MAÑANA.

Haber hablado de realistas y doceañistas, de monarquías absolutas y de régimen constitucional, de palizas y de *trágalas*, y no decir nada de la piedra filosofal del negocio, como la llaman los doctores del rito revolucionario, sería una falta imperdonable.

Líbreños Dios de cometerla, y antes de que los economistas políticos nos lancen una excomunión matemática, hagamos el debido arqueó en la caja del positivismo para ver lo que arroja de sí el balance político de las ideas metálicas.

Adoremos de todo corazón el oro que, como ustedes saben, merced á la desaparición de las rancias doctrinas de nuestros abuelos, ha dejado de ser villano, y ya no necesita de pruebas ni de pergaminos para ser noble ni para ennoblecer al que le lleva consigo.

Antiguamente los doblones de á cuatro y los de á ocho y aun las pie-

zas de diez y seis duros hacían su información de limpieza de sangre, y no eran admitidas á la circulación sin sufrir un pesado interrogatorio sobre su procedencia y sus intenciones, hasta que se venía á sacar en limpio que el dueño del oro tenía patente limpia para poseerlo y usarlo.

En la época presente, como que el *vapor* tiene un genio más vivo que la *fe*, no da tiempo á esos requisitos, y se ha suprimido semejante indagatoria.

El oro tiene carta blanca para cambiar libremente de dueño y circular á su antojo por la plaza sin que nadie le pregunte cosa alguna; oblíganle únicamente, y esto consiste en que suprimidos los privilegios el rubicundo metal es una mercancía como otra cualquiera, oblíganle, digo, á dejarse pesar y á sufrir descuento si ha permitido que le cercenen un ochavo, ó á ser suprimido por completo si ha tenido la debilidad de ocultar en su seno el plomo ó la plata.

Pero si se mantiene en sus carnes primitivas; si las vicisitudes no le han enflaquecido ó alguno de sus dueños no le ha pellizcado, anda y corre por donde quiere sin que nadie le pregunte nada ni haya quien deje de saludarle y requerirle de amor.

AYER era un vil metal si no le ennoblecía la persona que le sacaba á la plaza; HOY es tanta su nobleza, que es villano el que no le lleva consigo, y he aquí la obra más grande que ha consumado la revolución: dar al oro derechos de ciudadanía, pergaminos nobiliarios y carta blanca, en suma, para que improvise nobles y sabios, artistas y guerreros y toda clase de hombres grandes.

Decíase antiguamente que «no hay hombre sin hombre,» y hoy puede y debe decirse lo mismo, aunque añadiendo que para estos casos de la fortuna, el oro está competentemente autorizado para hacer de padrino, ni más ni menos que esos ciudadanos que viven de ser *hombres buenos* en los juicios de conciliación.

Pero antiguamente el oro no sabía venir á España de ninguna otra parte del globo sino de la India, y era preciso para poseerlo en abundancia lanzarse al charco y dar una recalada hacia el Perú, de donde venía aquella flota riquísima, fuente y origen de nuestra exquisitísima y proverbial pereza. Los que no tenían valor para pasarse por agua tenían que poner en práctica la laboriosa alquimia de hacer el oro ochavo á ochavo, amasando con el sudor de su cuerpo el metal de las piezas segovianas.

Hoy, día de la fecha, hemos suprimido esos trámites para adquirir el oro, y aunque aún existe (en buen hora lo digamos) algo de aquellas Indias, se han perdido las flotas, y es inútil correr en posta á la Habana en caballo de madera para hacerse rico. En cuanto al otro método de ir formando el caudal un ochavo tras otro, es demasiado lento y no lo permite

la natural vivacidad del presente siglo. Es, pues, indispensable hacerse rico de un golpe ó renunciar á serlo nunca.

La sociedad del *vapor* es el teatro de las grandes peripecias, y no sufre términos medios ni elaboraciones trabajosas y lentas: ó toda la vida sacristán, ó hacerse padre santo desde monaguillo.

El cómo se hacen estos que la Santa Inquisición habría llamado milagros, será asunto de que nos hemos de ocupar más adelante, y no se terminará esta segunda parte de la obra sin que demos al lector recetas para hacer generales, ministros, hombres públicos, y lo que á primera vista parece más difícil, hasta sabios. Y no sabios de poco más ó menos, como si dijéramos, un antiguo doctor de Salamanca, sino sabios capaces de aturdir y anonadar á todo el Pórtico de Atenas.

Ahora nos limitaremos á buscar el oro sin traerlo del Perú y sin ahorrar el ochavo, y al efecto vamos á examinar esa metempsicosis que han sufrido los refectorios monacales; vamos á ver qué nos dice esa altísima y elegante columna que ha reemplazado á la rechoncha y sucia chimenea de cocina.

Antes de que la grasa animal que se evaporaba anunciando un rancho se convirtiese en esa manga de vapor mineral que pregona una industria, ha sucedido algo y aun algos, y he aquí la aguja que nos señala el origen del oro.

Hanos caído la mano en la industria, y ya puede decirse que hemos puesto el dedo en la llaga. Pocos esfuerzos necesitamos hacer para tropezar con esa plancha metálica que la aristocracia del dinero tiene suspendida sobre nuestras cabezas y que ha venido á ser la válvula reguladora de nuestra existencia.

Pero para entrar en materia, en estas de intereses materiales ha de sernos preciso cambiar de pluma y de tono, rogar al lector que nos permita un poco de seriedad y otro poco de mal humor, y tanto por esto como porque el asunto ha de tener algo de conventual invocaremos para esta plática el auxilio de la Divina Gracia; y aunque no nos atrevamos á comenzar el sermón saludando á los oyentes con las palabras del Angel, diremos, sin embargo, *Ave María* y entraremos en materia, que es aquí el alma del negocio.

Ni porque se dijo en 1812 y se repitió en 1820 y se volvió á asegurar en 1837 que había llegado la hora de hacer cada cual lo que le diese la gana, ni porque se rebajó la talla social cuanto se pudo para que todos los hombres fuesen iguales, ni porque se les hizo á todos libres, ni por haber inventado varias cadenas para asegurar esa misma libertad, ni porque se encargó á la artillería que se cuidara de igualar al género humano, de ninguna manera se logró dejar á las gentes contentas y satisfechas. No

les parecían mal estas prerrogativas y estas libertades, ni dejaban de acompañarlas con el himno de Riego para que resultasen mejores; pero en medio de ese bienestar moral hallaban un vacío matemático que no les dejaba ser completamente felices.

Pedir más libertad cuando casi no sabían qué hacer con la que tenían, habría sido un desatino; lo que les hacía falta era la igualdad, y eso fué lo que pidieron, hablando unas veces de la nivelación de las fortunas, tomando por tipo, no la del artesano, sino la del propietario; otras de la desvinculación y de la supresión de los mayorazgos, y por último de la *desamortización* de los bienes de los frailes; que hasta que les ocurrió esta palabra y la pusieron por obra no encontraron la piedra filosofal. Tratóse de repartir esos bienes, que desde luego se declararon *mostrencos*, como pan bendito entre todos los españoles; pero pronto vieron que tocarían á poco aunque la propiedad era mucha, y pensaron en la su-
basta.

Este sistema de venta, que permite al vendedor encogerse de hombros, lavarse las manos y decir, como los jugadores de física recreativa, «aquí se juega limpio,» tiene sus ínfulas de moralidad y de justicia y no podía ser desechado en un país constitucional, que no tenía más Dios ni más Santa María que lo de «mitad más uno, mayoría absoluta.» Con esto los frailes salieron por una puerta y por otra entraron los capitalistas á hacerse cargo de la propiedad que les había tocado en la rifa.

Pero en la primera desamortización de los bienes mostrencos no les salió bien la cuenta á los compradores, porque en pos del año 1821 vino el 1824, y los frailes, que habían salido por la puerta trasera, volvieron á entrar por la principal, y sin más ceremonia se consideraron dueños otra vez de todas sus propiedades, sin que los que les habían desheredado les escribiesen una sola carta desde Londres, donde se hallaban emigrados, ó desde la cárcel en que les habían metido; y los pocos que andaban en libertad estaban tan avergonzados de haber sido compradores de bienes nacionales, que cuando vieron que volvían los frailes hubiesen querido ó tragarse las fincas que habían adquirido ó que á ellos se les hubiese tragado la tierra. La primera desamortización fué por lo tanto un ligero ensayo de la que había de hacerse quince años después.

Esta fué la sabia, la radical, la verdadera.

Mientras la guerra civil diezmaba los españoles y los pueblos de corto vecindario estaban siempre aprontando raciones y repicando campanas, unas veces para celebrar la entrada de los carlistas y otras la de los liberales, en las grandes poblaciones y muy especialmente en la corte se acusaba de traidores á los que vertían su sangre sin alcanzar una victoria completa, se armaban bullangas para derribar ministerios y se entretenía

la gente en cosas por el estilo. El ejército necesitaba víveres y municiones, y no podía andar descalzo ni desnudo, ni trasladarse de un lado á otro sin acémilas, y como el ministro de Hacienda no tenía ninguna de esas cosas ni dinero para comprarlas, acudía á los que no tenían mucho más que él, pero que al menos eran hombres de negocios, y el hombre de negocios es el hombre del mundo, sobre todo en circunstancias extraordinarias.

El contratista de ranchos, el de zapatos, el de acémilas y el provisionista, en suma, de todos los artículos que necesitaba el soldado, eran los verdaderos oficiales de secretaría en el ministerio de Hacienda, cuyo edificio hubiera venido á tierra si no hubiera estado apuntalado con tales apuntes. A su lado crecía el rematante de libranzas del Tesoro, el prestamista ministerial ó banquero del gobierno, y por último el comprador de bienes nacionales, que es el rey de los compradores y el rey de los banqueros.

La Bolsa de Madrid, falso termómetro de los sucesos de la guerra, estaba servida con dulcísima candidez por la imprenta periódica, que con la mayor inocencia insertaba, comentaba, hacía suyos y aun se batía por defender su exactitud los falsos rumores que el bolsista había soltado en el café Nuevo ó en los corrillos de la Puerta del Sol, con deliberado propósito de que fuesen á parar á oídos del periodista, el cual era el único que, habiendo hecho más que todos, cobraba menos que nadie: no cobraba nada, y así se ha visto él, instrumento inocente de la calumnia, atropellado más tarde por la carroza del calumniador.

Los gobiernos de la época á que nos referimos creyeron que malbaratando las propiedades desamortizadas aseguraban mejor el triunfo de la causa liberal, y semejante absurdo hizo que en pocos días se vendiera una inmensa riqueza, con gran satisfacción de los ministros de Hacienda, que sabían de memoria el refrán que dice «donde no hay harina todo es mohina,» pero ignoraban el otro de que «en la casa en que no hay gobierno, á pellizcos se va el pan tierno.»

Y como poco vale lo que poco cuesta y en poco se estima lo que al primer ruego se alcanza, los compradores de los bienes nacionales derribaron los conventos, no para reedificar en aquellos solares, sino para enajenar los materiales del derribo, cuyo importe les reembolsaba con un ciento por ciento y á veces más del coste de la finca. Más tarde, cuando el aumento de la población y el desarrollo de la riqueza pública ha hecho necesarios los grandes edificios, nos hemos pasado sin ellos y hemos entonado un *Tedéum* al encontrar en pie algún convento por pequeño que fuera.

El gobierno por su parte, á última hora y cuando ya no quedaba ni el

polvo siquiera de los verdaderos monumentos del arte, nombró una *comisión conservadora*, que por cumplir su cometido ha recogido algunos escombros, ha pedido la anulación de algunas ventas y aun ha vuelto á comprar algunos de los edificios medio arruinados y sin otra gloria monumental que la de la fecha de su construcción; autoridad parecida á la de los hombres que están faltos de pelo ó le tienen blanco, que no por eso son ni infunden el respeto de los canosos y de los calvos.

Pero á pesar de haber obtenido la venia del lector para tratar este asunto con cierta formalidad, no nos atrevemos á seguir el camino comenzado, que nos llevaría á hacer reflexiones demasiado serias é inútiles de todo punto, y sobre todo ajenas á esta obra y extrañas á este cuadro; el cual no tiene más objeto que copiar la transformación de los conventos de frailes en cárceles ó cuarteles, los refectorios monacales en fábricas de vapor y las chimeneas de sus hornos de bollos en chimeneas de hornos de fundición.

Los frailes y las cofradías religiosas, que pujaban y vendían en pública subasta acericos, palomas, bizcochos y otras chucherías á la puerta de la iglesia, declaraban y tenían por más devoto de la Virgen al que pujaba la torta con más bríos y más dinero, y los liberales declararon y tuvieron por más devoto de la libertad y del régimen constitucional al que tuvo más capital y más empuje para pujar los bienes mostrencos.

La cosa pasaba de la manera siguiente:

El diario de la familia, esto es, el *Boletín oficial de Bienes nacionales*, creado al efecto, como revela su título, publicaba la filiación del neófito mostrenco que iba á recibir el Jordán de la pública licitación, para pasar de la comunidad religiosa á la compañía mercantil, y citaba á los aficionados para un día y hora determinados á las Casas Consistoriales.

No había en el palacio del municipio un gran departamento destinado á la venta de los bienes nacionales, ni siquiera un gabinete aislado donde pudiera instalarse el tribunal, compuesto del pregonero (perdonen ustedes el modo de empezar), del juez de primera instancia, del escribano y del administrador de bienes nacionales ó fincas del Estado; se trataba de un acto público, y á no haberlo celebrado en medio de la calle, no se le podía dar mayor publicidad que la que tenía en una de las antesalas del ayuntamiento, por la que entraban y salían toda clase de personas ajenas á la subasta.

En derredor del tribunal se colocaban unos bancos y en ellos tomaban asiento los licitadores, los *vividores*, los curiosos y algunos *protestantes*.

Entre los primeros veíase siempre á los principales capitalistas de la corte, colgados á la oreja de sus respectivos representantes para inspirarles la voz y el voto de que ellos por cuestión de lujo hacían aristocrática

renunciaba; los segundos, gremio que más tarde conocerá el lector, no iban allí á comprar bienes nacionales, sino á aprovechar aquella nacionalidad que les permitía *ganarse honradamente* la vida. No iban á ofrecer de corazón su blanca mano á ninguna finca cartuja, sino á ver si pescaban en aquella almoneda de familia una *prima* que les hiciese más llevaderas las penalidades del destino y los rigores del hambre. En suma, no iban á rematar, sino á ser rematados.

Lo que hacían los curiosos en aquel sitio, demasiado lo sabe quien los haya visto en cualquier otro: en primer lugar *mataban el tiempo*, que es su único gigante Goliath, y tomaban apuntes acerca del resultado de la función y para poder dar más tarde la noticia de quién se había quedado con el remate.

Otro tanto hacían algunos carlistas trasnochados que iban á protestar en silencio de aquel *despojo*, diciendo entre dientes cuando se adjudicaba alguna finca: «Ya vendrá el amo y devolveréis á los pobrecitos religiosos sus conventos y sus casas de campo.»

El remate daba principio por leer el pregonero la filiación del esclavo y el precio de la tasación, el cual solía ser tan bajo, que á las dos primeras pujas dobló más de una vez el precio. Siguiendo de este modo, los concurrentes pujando y el pregonero repitiendo, hasta que este ternísimo vástago de la magistratura, fija su vista en el juez, repetía tres veces el último lote y pronunciaba estas concluyentes palabras: *A la tercera, que es la legítima y valedera*; oyéndosele siempre añadir entre dientes la sacramental muletilla de *Y que buen provecho le haga*. Y el picaruelo se sonreía y miraba al afortunado postor como si quisiera conocerle para pedirle más tarde los consabidos guantes.

El licitador se acercaba á la mesa provisto de fiador abonado, firmaba el contrato, y negocio concluido.

Pero antes de llegar á este desenlace final, habían ocurrido entre los postores diferentes escenas, que bien valían cada una de ellas por todo el drama junto.

Al llegar á la sala sabíase sobre poco más ó menos quién iba á ser el mejor postor, y si de antemano no había podido ponerse de acuerdo con los demás contrincantes para que no le *hiciesen aire*, se les acercaba al oído en el acto de la subasta, y á condición de no soplar en otro remate obtenía un perfecto reposo de los contrarios abanicados.

El *vividor* era el martinete que solía batir con más fuerza, y aun aparentaba no querer transacciones; pero el capitalista le conocía de sobra y no le tenía miedo. Si la *prima* que le ofrecía se le antojaba pobre con un vestido de diez mil reales, le echaba otro de veinte y estaban despachados; si se obstinaba, que algunos vividores sabían su oficio á las mil maravi-

llas, le dejaba cargar con el remate, seguro de que luego iría á pedir capitulación traspasando el negocio; porque ninguno de esos pequeños negociantes dejaba de pedir que se consignara la cláusula de que adquiriría para *poder ceder* el remate.

En los primeros tiempos de la desamortización, la concurrencia á las subastas fué inmensa, aunque las caras de los rematantes siempre eran las mismas. Más tarde, cuando al decir de los inteligentes ya se *habían acabado las gangas*, disminuyó mucho la afición, pero no varió en nada la escena, que siempre fué poco más ó menos la que acabamos de bosquejar.

Para que esta gran empresa desamortizadora tuviese cumplido efecto, fué preciso que los constitucionales más tibios hiciesen la vista gorda, ínterin la gente de rompe y rasga les daba aderezada y medio comida una cosa tras de la cual se les iban los ojos de gusto y por la que se relamían una y otra vez las manos.

Todos eran partidarios de las leyes que impiden y evitan la amortización, pero no todos querían reconocer el derecho de los desamortizadores. Aplaudían, como era justo, las leyes liberales que se hacían entonces para el día de mañana; pero no querían que los hombres del siglo XIX fuesen legisladores del siglo XVIII, sobre todo en materia tan grave y en asunto de tanta importancia como el de la propiedad particular; y en esto tenían mucha razón.

Andando ese camino, que tiene mucho que andar, pero que una vez dado el primer paso se anda pronto, y suponiendo, suposición fabulosa, que llega un día en que las obras literarias tienen tanto precio como las de albañilería, puede antojársele á un legislador cualquiera desamortizarlas y sacar á pública subasta, hoy *Lo cierto por lo dudoso*, mañana *La Vida es sueño* ó la *Araucana* ó el *Don Quijote*, adjudicando en pública licitación la progenitura literaria de todas esas obras al que más dinero ofrezca por ellas.

Con un decreto ó una ley por la cual se declaren bienes mostrencos (literariamente hablando) las comedias de Calderón, de Lope, de Tirso ó de Moratín ú otras por el estilo, podrá cualquier tonto hacerse gran autor dramático con sólo presentarse á hacer postura á los que en ese caso se llamarían bienes nacionales. Y otro tanto se podría hacer con las obras de arte y con las de ciencias é industria.

Por supuesto que cuando llegase tan mala hora para las obras del entendimiento, ya no habría ni siquiera noción de lo que había sido la propiedad, y tanto valdría ser mano muerta como mano viva.

Antes de que tales cosas ocurran, han de ver nuestros hijos la nueva desamortización de lo que ahora se está amortizando; porque, como ya he-

mos dicho al principio de este artículo, las ventas de los bienes nacionales no se han hecho de manera que salgan de las manos muertas á las vivas, sino para echarse el muerto de un mostrenco á otro más mostrenco aún. Esto es, para pasar de la comunidad de los frailes á la comunidad de los bolsistas.

Así lo han querido las exigencias políticas, verdaderas madrastras de los principios económicos y de toda buena administración.

Cierto es que aquellas inmensas riquezas, aglomeradas en una sola mano; aquellas fuentes de prosperidad pública, que sólo apagaban la sed de unos cuantos hombres, han vuelto al dominio de la nación, y que con la continua sucesión de las generaciones y las leyes desvinculadoras, irán llevando sus ricos caudales á todas las familias; pero harán los siglos lo que debieron haber hecho los años, y esto, si hay alguien á quien no le parezca un mal, nadie de seguro lo tendrá por un bien.

¿Qué granjas modelos han reemplazado á aquellas deliciosas y fértiles cartujas, donde los monjes, encerrados con todos los prodigios de la naturaleza, se resignaban á renunciar todas las penalidades y miserias de la vida?

¿Dónde están las grandes escuelas, los grandes talleres que para la educación del pueblo se han planteado en aquellos sólidos edificios que tanto codiciaba la masa común cuando se los negaba la codicia de una comunidad?

En aquellos magníficos palacios de piedra, ¿qué pobres acuden á curarse de sus enfermedades?

La desamortización, amén de una oficina del ramo en cada provincia y de algunos cuartos que produjo al Tesoro público, lo que hizo principalmente fué procurar negocios á los banqueros y trabajo á los jornaleros que se ocuparon de los derribos.

El derribo fué la última sopa que se repartió en los conventos.

El ornato público, seamos justos, también sacó su provecho de la venta de los bienes nacionales, hermoseando con nuevos edificios algunas poblaciones, y hasta hubo barrios que aprovecharon la ocasión, falta les hacía, de pescar una plazuela.

Consolémonos, por lo tanto, y dejemos este tono plañidero que parece inspirado por alguno de los antiguos habitantes de esos edificios vendidos; consolémonos y echemos una cana fuera, dando por bien empleado lo sucedido al ver lo mucho que ha prosperado la industria con la desamortización.

Hemos dicho que los refectorios monacales se han convertido en talleres industriales, y así ha sido en efecto.

Testigos son de esta verdad, que no nos dejarán mentir por tan poca

cosa, más de una fábrica de harinas y algunas de papel y tal cual taller de coches y otras varias industrias, que aunque es cierto que no han podido alojarse en la parte principal de los edificios, eso consiste en que son modestas y se avienen á todo.

La industria hace poco tiempo que vive entre nosotros y aún no tiene confianza para hacerlo con comodidad y con holgura. Lejos de arreglarse para su uso aquellos magníficos palacios de mármoles que el siglo la brindaba como á su reina y señora, se ha metido á vivir en los zaguanes de los conventos, y merced á una modesta chimenea que la han construído para que no la ahogue el humo del carbón de piedra, puede decir á los extranjeros que aquí también nos industrialamos para llegar á tener industria. Y la tendremos cuando nos demos á buscarla y á traerla por su verdadero camino. Entonces no la entregaremos á los braceros, sino que haremos que se encargue de ella esa generación que hoy se cría para invadir los talleres de los expedientes y los hornos de fundición de las oficinas del Estado, y ya verán ustedes cómo se desarrolla y crece y pierde ese rubor que hoy tiene y esa modestia con que huye de los palacios.

Pero hasta entonces....., hasta entonces y mientras ustedes no resuelvan cosa más acertada, resuelvo yo dar aquí por terminado el presente cuadro, siquiera haya quien diga que no está completo.

¿Lo está por ventura la desamortización? ¿Han acabado las *manos vivas* de rebuscar las migajas de pan entre las mostrencas? Pues cuando acaben, si alguna vez acaban, terminaremos este cuadro.





CUADRO XI

EL GRAN RELOJ DEL SIGLO XIX

A cada paso de los que demos en esta segunda parte de la obra me voy á ver obligado á mortificar tu orgullo, querido lector. En viaje eres un bulto, en la fonda eres un número, en el hospital te llaman caso y en todas partes y á todas horas te suman ó te restan como una cosa ó un objeto cualquiera. Satanás te ha engañado cuando te ha dicho que había llegado el día de tu emancipación y de tu independencia. A medida que vas conquistando libertades, vas añadiendo eslabones á las cadenas de tu esclavitud. Eres muy rico, eres muy sabio, estás casi á punto de ser omnipotente, pero has perdido tu personalidad.

Fuiste una unidad en la lista de los nacidos, y serás otra unidad en la de los muertos, pasando mientras tanto por varias clases y condiciones, sin que sirvas de otra cosa que de aumentar ó disminuir el guarismo total de cada una de ellas.

Al nacer, un hombre más; al morir, un hombre menos; cuando enfermas, un caso; cuando viajas, un viajero; cuando te bañas, un bañista. Si alguien te maltrata eres el número cuatro ó el cinco de los heridos que hubo aquel día; si vas á paseo, si compras algo, si trabajas, si vagas, si te prenden, si te escapas ó si te destierran, no eres tú, el orgulloso D. Fulano de Tal, el que pasea, ni el que compra, ni el que se escapa; tu nombre no hace al caso para nada, tu personalidad ha desaparecido; te hallas en la casilla de los paseantes, de los compradores, de los jornaleros, de los vagos, de los presos, de los desertores y de los desterrados; pero te hallas

como una unidad más, que se suma con las demás unidades, y punto concluido.

La estadística, el gran cuadrante nivelador de la sociedad presente, se ocupa á todas horas de ti, pero no se ocupa para nada de tu personalidad.

¡Qué le importa á ella de tu nombre ni del orgullo satánico de tu individuo!

Si eres sabio, no se olvida de ti al sumar los sabios; si pagas mucha contribución, aunque tú no te veas allí, estás en la casilla de los mayores contribuyentes. Así, cuando oigas decir que en Madrid hay tantos ó cuantos (nunca muchos) que saben leer y escribir, si tú sabes lo uno y lo otro ten seguridad de que eres uno de ellos.

Si tienes una tierra, ó una casa, ó un árbol, ó un caballo, ó un perro dogo, en las casillas de los perros dogos, de los caballos, de los árboles, de las casas y de las tierras estarán los tuyos. A esta moderna inquisición se le escapan menos cosas que á la antigua.

No le importa que te bautices ó dejes de bautizarte, ni que te cases ó permanezcas soltero, ni que seas militar ó paisano; de todos modos, para esta ó la otra casilla tu individualidad le da un número, y eso es lo que le hace falta.

La estadística vive de los números.

El siglo XIX es el siglo de los matemáticos.

Su primer trabajo ha sido triangularnos; esto es, partir en triángulos geodésicos la tierra en que vivimos; después medir las hectáreas y las fanegas de cada triángulo; luego averiguar de quién son las tierras, operación más fácil de emprender que de llevar á cabo; y divididas y subdivididas las tierras, contadas y recontadas las hectáreas, sumadas las casas y los árboles y las plantas, hecho el recuento de los hombres y de los animales, divididos aquéllos en cien clases y éstos en otras tantas, cada cien divisiones en cada una de las especies, y llevando todo á cada casilla respectiva, ha formado el gran reloj del siglo.

Con ese reloj en la mano, como no te ocurra dudar de la exactitud con que ha sido hecho, no puedes dudar de nada más.

Es un reloj monstruo, un reloj completo, un reloj digno en todo y por todo del siglo XIX.

No señala la hora en que vives, pero marca las horas que has vivido, las que has empleado en comer y en dormir y en trabajar y en hacer el vago, las de los malos y los buenos pensamientos y las de las malas palabras y las malas obras. No tiene música, pero tiene músicos y cantores; no es reloj de sol, pero allí constan las horas á que sale y se pone en todas las estaciones del año y en todas las regiones del mundo; tampoco es de arena, pero marca el número de arenas que tiene el mar; no es de bolsillo,

y sin embargo dice el dinero que hay en todas las bolsas de España; no es de oro, y cuenta todo el que hay acuñado; y por último, no es reloj de pared ni de sobremesa, y sin embargo tiene un número para marcar las varas de pared maestra y otro para hacer constar las mesas que hay en España.

Consúltanle con frecuencia toda clase de personas, y cada una de ellas va en busca de una cifra distinta. Para todos tiene un dato y todos le atrapan un número.

Ha despertado la curiosidad de muchas gentes que sin la invención del reloj estadístico jamás habrían pensado en averiguar cosa alguna, y acósanle á preguntas por todo y para todo. Afortunadamente él no se cansa ni se rinde, porque como no usa palabras, sino números, sale del paso con un guarismo.

Como el mono de Maese Pedro, el titiritero de la venta, de lo pasado sabe algo, de lo presente algún tanto y nada de lo porvenir. Pero aquí de los calculistas y de los matemáticos. En el siglo de los problemas, en que cada hombre es un enigma y cada cosa un misterio, sería imperdonable con los datos de un problema no averiguar el resultado. Para esto y para otras muchas cosas más sirven las matemáticas.

La estadística no puede decirnos cuánta gente se constipará el año próximo, pero sabe fijamente la que se ha constipado este año y los anteriores, y sin más que prestarnos esos datos, hacemos con ellos un quinquenio, y $a+b=x$, tenemos resuelta la cuestión.

Ejemplo al canto:

—¿En qué estará pensando la humanidad á estas horas?—dice un filósofo á las tres ó á las cuatro de la mañana, que para cierta clase de filosofías todas las horas son buenas.

Ni por lo intempestivo de la hora ni por lo extraño de la pregunta espera el filósofo que haya quien le conteste, y acude al reloj del siglo. Coge los últimos *Anuarios estadísticos*, hace un quinquenio con los datos que arrojan las distintas casillas de los estados, y dice:

—99 por 100 durmiendo, 1 por 1.000.000 resolviendo problemas sociales, 1 por 10.000 trabajando para trastornar la sociedad.

Y así continúa averiguándolo todo, hasta encontrar su propia casilla, la de los que están pensando en saber lo que piensa el prójimo.

Por supuesto que averiguar por medio de la estadística y de las matemáticas cuántos suicidios se estarán cometiendo á tal cual hora del día, y cuáles serán con arma blanca ó en el mar Negro, y con una caja de fósforos ó ahorcándose á obscuras, es facilísimo. Eso se sabe al momento.

También se sabe con toda exactitud, con la precisión matemática del siglo, el número de niños rubios ó morenos que han de nacer en un día

dado, y cuántos serán varones ó hembras, y si habrá entre ellos algún lisiado, y en qué parte del cuerpo será la lesión, y los que serán legítimos ó ilegítimos, y en suma, todo lo que se quiere averiguar se averigua.

En cuanto á los datos absolutos, los que no tienen relación con una fecha dada, esos son infalibles. Esos los contesta el reloj por sí propio con admirable precisión.

Magistralmente y sin que permita que se le replique, asegura que los naturales de tal país son propensos á la demencia exaltada, y que los del otro lo son á la tranquila, ó que los de cierto pueblo son homicidas, mientras que los del inmediato son incapaces de hacer daño á un mosquito.

A todo eso responde, y para eso y para mucho más sirve la estadística; pero el gobierno es el que saca de ella el verdadero provecho. Como que bien mirado, ese gran reloj es el reloj de bolsillo del ministerio.

Si el ministro de Hacienda no lo tuviera en su faltriquera, no sabría el dinero que tienen en las suyas los españoles. Y no sabiendo lo que tienen, no podría saber cuánto les ha de pedir. El reloj no le dice lo que les ha de sacar, pero le da cuenta de lo que el labrador saca de sus tierras, el industrial de sus fábricas, el propietario de sus fincas, el ganadero de sus rebaños y el comerciante de sus capitales, y esto le basta. Con menos tuvieron suficiente los recaudadores del diezmo para diezmar la propiedad antigua. ¡Conque figúrate, lector, si con los trabajos estadísticos tendremos ahora de sobra para que no quede nada sobrante! Sabe el ministro que el reloj no ha de descubrirle un nuevo mundo, pero tiene seguridad de que los Colones que han salido á registrar colonos habrán repetido el milagro de los panes y de los peces y que la tierra se habrá ensanchado á su vista. Si en el libro de la estadística hay más fanegas de tierra que fanegas de ochavos en las cajas del Tesoro, toma sus apuntes, apunta hacia la tierra de promisión nuevamente descubierta, lanza sobre ella una nube de recaudadores, y al año siguiente ya no queda nada por recaudar.

Si ciertos pueblos que parecían inapetentes y que consumían pocas carnes y poco vino han dejado de ser morigerados y resultan grandes consumidores, se les aumenta la contribución de consumos y queda todo consumado y consumido.

De este modo y consultando con frecuencia el reloj sabe el ministro si ha de aumentar las contribuciones directas ó las indirectas, llevando el producto de todas ellas directamente á las arcas del Tesoro público.

El ministro de la Guerra también le pregunta al reloj cuántos mozos sorteables hay en cada provincia, y el reloj le declara todos los que él conoce, indicándole los que el año anterior resultaron cortos de talla y

exentos del servicio de las armas por imposibilidad física ú otras causas.

Para los ministros de Fomento, de Marina, de Gracia y Justicia y de Gobernación, el reloj es también un gran oficial de secretaría, pero es á la vez un remordimiento.

El primero sabe los árboles que tiene, y aunque son pocos, se alegra de tenerlos; pero sabe los que le faltan, que son muchos más, y este número le entristece. Tampoco le alegra saber el número de kilómetros que están por hacer en las principales carreteras y ferrocarriles, y el estado de los puertos y el guarismo de los canales de riego y el cero que ocupa la casilla de los ríos navegables le desesperan.

El de Marina cree que ha hecho mucho; pero ve que es poco, muy poco, comparado con lo que le queda por hacer, y le entra el desaliento.

El de Gracia y Justicia, que no puede dar un paso sin llevar el reloj consigo, aunque parece que está mirando el número de criminales y la clase de crímenes que hay en cada pueblo y las reincidencias y los escalamientos de las cárceles, lo que hace es mirarse al espejo y asustarse de su propia imagen. Aquellas cifras le dan á entender, y si no lo entendiera daría muestras de ser poco entendido, que los criminales saben el Código penal mejor que los magistrados, y que muchos de ellos parece que al delinquir tenían en una mano el instrumento del crimen y en la otra un ejemplar del Código.

El ministro de la Gobernación, que tiene en el reloj el estado de los hospitales y de los manicomios y otra porción de curiosidades por el estilo, parece que no encuentra lo que busca. Saca la llave, porque para dar cuerda á la máquina de la estadística él tiene una llave y el ministro de Hacienda otra, y adelanta y atrasa el minuterio, y aun suele hacer esta operación con la uña y nunca queda satisfecho. Sabe el número de electores y el de elegibles, pero no sabe cómo piensa cada uno de ellos, y esto le aburre con razón. Bueno es que se diga que se respetan, y hasta que se respeten si es posible, todas las opiniones; pero bueno es también que se sepa cuáles son éstas. Y no complicaría gran cosa la máquina añadir veinte ó treinta casillas, que no son muchos más los principales bandos políticos, para que se supiese cómo pensaba cada ciudadano; es decir, cada ciudadano elector, porque los demás ciudadanos pueden pensar como les acomode. Con éstos ajusta la cuenta el ministro de la Guerra ó el director de Artillería; al de la Gobernación sólo le interesan los otros.

El ministro de Estado es el único que no mira el reloj, porque no señala las horas que él necesita. Como ministro de Negocios extranjeros tiene diferentes meridianos, y el de su país no le hace falta para nada. El sol no se pone jamás en los dominios del ministerio de Estado.

Por supuesto que el reloj no es todo lo perfecto que ha de ser con el tiempo, porque las gentes han creído que aunque los relojeros que recorren sus campos no les piden más que números, averiguados éstos les han de pedir alguna cosa más. Ven en esta cuestión una cuestión numeradora, pero se les figura que van á dejar de ver algo de numerario. Así los pobres soldados de la estadística, que andan sufriendo los rigores de las estaciones por medir con exactitud las tierras y recontar los árboles y averiguar el número de los animales que hay matriculados en cada aldea, son recibidos con poca amabilidad por los vecinos de los pueblos.

Pero hacen mal en obrar así y en hacer ocultaciones para que no se sepa lo que tienen, porque la estadística lo ha de saber más tarde ó más temprano. Ya hemos dicho que á esta inquisición se le escapa menos que á la otra.

Tan cierto es que no se le escapa nada, que te has de asombrar, lector, cuando en la última parte de esta obra te digamos todo lo que se ha de averiguar por medio de ella.





CUADRO XII

ALMACÉN DE LÁGRIMAS

Exceptuando el Espíritu divino, que es el verdadero espíritu reconocido por todos los filósofos, menos los epicúreos y los demócritos, el mejor espíritu que yo conozco, incluso el espíritu de vino, es el espíritu de asociación.

La humanidad se ha hecho un gran bien á sí propia suprimiendo el individuo y creando la sociedad. El concurso de los espíritus humanos para formar y robustecer el espíritu de asociación es la gran obra civilizadora del presente siglo. Las casas de párvulos, los colegios, las universidades, los casinos, las mesas redondas, las orquestas monstruos y los grandes trenes de viaje han disuelto los grupos heterogéneos de las antiguas pequeñas familias para formar las grandes y homogéneas familias nacionales. La unión da la fuerza, y la unión no puede prescindir de la ley de las afinidades. En el cuadro que expresamente hemos pintado para retratar las sociedades mercantiles verá el lector los grandes resultados del espíritu de asociación. El presente no tiene un objeto tan vasto; trátase únicamente de demostrar una de las grandes ventajas de ese gran principio.

El siglo XIX, confeccionador de canastillas de ropa blanca para los hombres que van á nacer, no podía olvidarse de tejer coronas fúnebres para ornar las sienes de los que van á morir. Asociarse para reir y separarse para llorar habría sido indigno. Sacar las risas de las tertulias públi-

cas y no hacer lo mismo con las lágrimas hubiera sido una inhumanidad. El lujo de los teatros exigía el lujo de los cementerios; los grandes almacenes de juguetes reclamaban grandes fábricas de coronas fúnebres.

La sociedad presente ha atendido á esta necesidad con preferencia á muchas otras. Desde que los placeres perdieron el pudor y salían á la calle sin ruborizarse, los dolores no podían conservar la vergüenza ni tener rubor de salir en público. El siglo XIX ha obrado con la sabiduría que le caracteriza al publicar las alegrías y las tristezas del prójimo. Para algo hemos inventado los fósforos y el alumbrado de gas.

¡Pues bueno fuera que después de haber hecho un mundo de luz tuviéramos dentro de él rincones oscuros! Nada de eso, lector; vengan las risas y las lágrimas á la plaza pública, que no porque estemos ocupados en cotizar efectos de Bolsa, hemos de dejar de vender los afectos del alma.

Hagamos almoneda general de todo, aunque haya quien diga que estamos próximos á la bancarrota.

—¡Aquí hay un muerto!—dice el médico que pretendía hacerle inmortal.—¿Quién se encarga del cadáver?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!—gritan á la vez quince ó veinte sociedades mortuorias.

—Yo me encargo de embalsamarle en dos horas sin que se desfigure y dándole mayor belleza de la que tuvo en vida, y anuncio su muerte en veinte mil ejemplares de periódicos, y le llevo á enterrar en una carroza fúnebre de gran lujo y buen movimiento, con seis ángeles llorando y la estatua de la Religión y la de la Fe y cien atributos y trofeos sentimentales y seis caballos enlutados también, y le pondré en un panteón holgado y cómodo con lápida de mármol y adornos de bronce.

—Yo hago todo eso y mucho más en menos tiempo y por menos precio.

—Y yo ofrezco mayor perpetuidad que todos, porque mi cementerio está al otro lado del río. Desconfiad, señores, de lo que os prometen esas otras sociedades, porque sus campos santos no están seguros. El ensanche de Madrid los va empujando y los hará desaparecer muy pronto.

Y la familia atribulada tiene precisión de elegir entre todas aquellas sociedades una á quien entregar el cadáver querido, cuidando de expresar toda la extensión del dolor que siente ó del que su fortuna metálica le permite sentir, para que aquellos solícitos plañidores puedan representar con toda propiedad el desconsuelo, la aflicción y el llanto de sus poderdantes.

La primera diligencia es privar al dolor de la vergüenza con que huye de la sociedad, apartándose á deshacerse en lágrimas en el rincón más solitario de la casa. A la viuda desconsolada, al hijo afligido, á la madre

transida de dolor, lo primero que les preguntan es el precio y el tamaño de las papeletas y de los anuncios en que se ha de hacer público su desconsuelo. Al siglo de la publicidad le sería imposible guardar ningún secreto.

El muerto no es simplemente un esposo ni una madre ni un hijo de familia, es un individuo de la gran familia nacional, y lo primero que hace falta es que el público que constituye su parentela sepa que ha fallecido.

Los interesados, como todo lo miden en aquellos momentos por su dolor, y su dolor es grande, piden que sean grandes también los anuncios, y en el *Diario de Avisos* y en las esquelas que se reparten á domicilio, tras de un niño llorando sobre un sepulcro ó un bosque de cipreses ú otra alegoría por el estilo, se anuncia el fallecimiento y se señala la hora de la traslación del cadáver, rogando casi siempre que encomienden á Dios al difunto y *suplicando* siempre *el coche*.

Para refrendar la jerarquía social del muerto y hasta el grado de dolor de la familia, es preciso tener en cuenta el número de coches que siguen al carro fúnebre. Las gentes que oyen al pasar un entierro, no el ruido de los responsos, que se han suprimido, sino el lento rodar de los carruajes, salen á contar el número de éstos, y este número es una gaceta para los periódicos del día siguiente. Rezan ó no un *Pater noster* por el alma del difunto, pero observan si la caja va forrada de paño ó de terciopelo, y si los caballos llevan penachos y los criados van vestidos de riguroso luto, y se retiran á sus ocupaciones, esperando, porque tienen derecho á ello, á que el periódico les diga al día siguiente el nombre del difunto y sus cualidades y si se pronunciaron discursos en el cementerio y hasta el juicio crítico de éstos.

Después que la familia ha dado sus instrucciones acerca del grado de pena que quiere ostentar en público, ó si por abreviar este penoso interrogatorio de los enterradores ha dicho el dinero que quiere gastar ó autorizado para que se gaste todo el que se crea necesario, el cadáver no les pertenece; el muerto es de la propiedad de los socios. Inscríbenle en la cofradía como si lo hubiera hecho en vida, y le dan todos los honores de la muerte.

El lecho del dolor desaparece cuando empieza el verdadero dolor, y alzan en su lugar una gran cama imperial, en cuya colocación trabajan por espacio de dos ó tres horas diez ó doce artistas. El cadáver se expone al público entre cortinas de terciopelo negro y flecos de oro con adornos de bronce y alumbrado por multitud de hachas de cera. Al pie de ese lecho mortuario y cuando cerrada la caja y embutida en el carro fúnebre va camino del campo santo, nadie llora; en el cementerio le entierran á

secas también, y no parece sino que el espíritu de asociación, fácil de asociar las alegrías, ha sido impotente para llorar en sociedad las desgracias.

A pesar de la publicidad del suceso, cualquiera diría que el dolor se había quedado en el seno de la familia, temeroso de perder el pudor si salía á la calle.

Acaso habría pensado que si la familia desconsolada y afligida hubiese pedido consuelos y lágrimas en vez de *suplicar coches*, la sociedad la hubiera acompañado en el llanto, y el luto habría pasado más allá de los arreos de los caballos y de las libreas del alquilador de carros fúnebres; pero no es así ciertamente: la sociedad llora y acompaña en el sentimiento y aun se encarga de sentir por los interesados.

Ahí están, que no me dejarán mentir, los lapidarios, las floristas, los grandes almacenes de objetos fúnebres y los cementerios mismos.

Aunque te parezca, lector, que el público ve pasar con indiferencia un cadáver, no creas que deja de llorar y de sentir y de ocuparse en llorar la muerte de aquella persona. Verdad es que canta la joven que está encerrada en su modesta buhardilla y que ni siquiera ha tenido la curiosidad de levantarse para ir á ver pasar el entierro, pero en cambio redobra su trabajo y dice á su compañera de labores:

—Date prisa á acabar esa corona, porque ayer me dijo el comerciante que ya no le quedaba más que una docena, y ya ves que pasa un entierro, y de gente rica, porque se oyen muchos coches.

—Me incomoda mucho hacer estas coronas, sobre todo con este rótulo tan largo.

—Pues ya ves que son de las que más se venden.

—Sí, ya lo sé; pero mira tú que poner dentro de una corona pequeña *¡Ay, hijo del alma mía, tu madre muere día por día!*, es un fastidio.

—Sin embargo, yo comprendo que á las madres les guste este rótulo más que aquellos otros que sólo dicen: *¡Hijo mío!* ó *¡Angel de amor!* ó *¡A mi hijo!* ó *¡Pobre madre!*

—Pues y aquellos de *¡Laura!*, *¡Hortensia!*, *¡Luisa!*, *¡Adelaida!* Y por cierto que, según el comerciante, tenemos que deshacer algunas de las que hicimos con el nombre de *Pepa*, porque dice que hace mucho tiempo que ha observado que no se muere ninguna de ese nombre, y le hace falta el material empleado en ellas para otras.

—Las de más salida son las que dicen: *¡Amor filial!*, *¡Ternura fraternal!*, *¡Tu afligida madre!*, *¡Tu inconsolable hijo!* Todas esas tienen más aplicación y hasta son más bonitas; pero dicen que los trabajos de pelo son los que ahora están más en moda.

—Sí, pero esos son cuadros para las casas, no para el cementerio.

—Ya lo sé, y yo no gastaría en ellos mi dinero, porque ahí sí que dan

gato por liebre. ¿Quién te dice á ti que aquel pelo es el mismo que tú has dado?

—¡Toma, eso lo mismo sucede con las coronas que hacemos nosotras!

—No lo creas, porque la familia no nos da ni las flores ni las letras ni las cintas de luto.

—Pero nos las traen del cementerio, que es lo mismo ó peor. Estoy segura de que con las mismas letras hemos hecho algunas veces tres nombres distintos. ¡Tendría gracia que la segunda corona que hicimos con ellas se la hubiesen puesto al que pagó la primera!

—Yo me ahorraría de todas esas equivocaciones si tuviera que ir á llorar alguna persona querida, porque no le pondría más coronas que las que yo misma hiciera.

—¡Ya, pero como las demás gentes no saben hacerlas!

—Que cojan las flores y las echen sobre la sepultura. Y si no tienen flores, que viertan lágrimas, que es mucho mejor.

—¡Buena cuenta nos tendría eso á nosotras! Si no fuera por las coronas fúnebres no sé de qué viviríamos. En los platos de dulce no se ponen ya flores de mano, y las que usan las señoras para las bodas y los bailes las traen de París.

En los almacenes de objetos fúnebres no suele haber nunca semejante conversación. La corona de siemprevivas, el corazón de pelo, los ángeles que lloran, la lámpara funeral y la estatua funeraria son otras tantas mercancías que pagan su contribución, que tienen su época de más ó menos consumo y que exigen por lo tanto amabilidad en el vendedor, exposición variada para excitar el apetito de los compradores y grandes anuncios para llamar parroquianos; tener de su parte al alquilador de carros fúnebres, y sobre todo al conserje y al jardinero de los cementerios, para que den razón de dónde se venden las figuras más sentimentales, las coronas más expresivas, los lazos más melancólicos y los adornos más fúnebres.

Mientras el vendedor de lágrimas está á solas con ellas, las trata como si fueran objeto de risa y hace su balance mercantil con la mayor indiferencia: ¡como si la estadística de su casa no ofreciera un gran dato para la estadística de los dolores de la humanidad! Hasta que entre un parroquiano no debe compungirse ni manifestar repugnancia hacia aquellos atributos de la muerte que á él y á su familia le dan la vida.

Pero si de repente (repente felicísimo para el comerciante de suspiros póstumos) llega á la puerta de su tienda un coche negro, con libreas negras y atalaje negro también, y baja de él una señora envuelta en negros crespones y soltando gasas negras por todos los ángulos de su cuerpo, el vendedor debe arquear las cejas, doblar el cuerpo sobre el mostrador de

sus mercancías, y sacudiendo la cabeza, como si dijera en voz baja «acompañe á usted en el sentimiento,» decir en voz alta, aunque lúgubre:

—Sírvase usted sentarse y decirme en qué puedo servirla.

La señora, que por más que venga anunciando penas y afligiendo corazones, puede no estar apesadumbrada ni tener su corazón afligido, se sienta, y alzándose el velo que enluta el semblante, dice con voz clara, sonora y hasta alegre:

—Saque usted coronas.

El comerciante debe cambiar su aspecto lúgubre, y tomando un aire más jovial preguntar:

—¿De qué clase?

—De las mejores—contestará la señora.

—¿Para párvulos, para adultos ó para personas de edad? Sírvase usted decirme la edad, el sexo y el estado del difunto.

—Son para mi esposo.

—En ese género tengo cuanto usted apetezca, porque acabo de recibir de París un gran surtido.

—Yo creía que se fabricaban en Madrid.

—Sí, señora; las hay también, pero son mucho más ordinarias, para gentes de poco más ó menos. Las francesas son mucho mejores, porque para estas cosas de sentimiento no hay otro París. Aquellos artistas comprenden de tal modo los afectos y las pasiones del corazón humano, se identifican tanto con las desgracias del prójimo, que parece que lloran las suyas propias.

—Pues sáqueme usted de las francesas: una grande que abraza todo el nicho, dos más pequeñas y un corazón para el centro.

—¿Y no quiere usted también lámparas? Las tengo tan elegantes y de una luz tan melancólica y tan lúgubre que da miedo verlas encendidas.

—No, señor, porque de todo eso tengo, y ya como no sean las coronas no cabe nada más en el nicho.

—¿No necesita usted tampoco un amor llorando sobre una urna ó algún lacrimatorio de biscuit ó estatuas ó alegorías de alabastro?

—Vaya, enséñeme usted los amores á ver si me gusta la figura que tienen, porque los que he visto el otro día en el sepulcro que hay al lado del de mi esposo no me llenan. Tienen una actitud tan poco espiritual y tan tosca, que no dicen nada. Y al mismo tiempo, si tiene usted coronas para niños sáqueme usted una, porque hace tiempo que no he llevado nada al nicho de mi hijo.

El comerciante presenta á la vista de la enlutada señora cien objetos de luto, capaces de entristecer al mismo dios Momo, y elogiándolos y ponderando el sentimentalismo y la propiedad de todos ellos, cambia la ma-

yor parte de aquellas lágrimas francesas por unos cuantos duros españoles, ofrece á la señora si quiere que los dependientes de su casa vayan á clavar los objetos al cementerio, y ella dice que sí y da las señas y el número del panteón para que la esperen allí mientras da un paseo por el Retiro y unas vueltas por la Fuente Castellana.

Al anochecer, que es la hora de las grandes lágrimas, como que la atmósfera se está estregando los ojos para verter las suyas sobre las flores, entra la desconsolada esposa en el cementerio y riñe con el conserje porque no ha arrancado la hierba que crece delante del panteón de su marido y se ocupa con prolijo cuidado de la colocación de las coronas, y goza al ver que no hay ningunas mayores ni de más gusto que las suyas, y reza ó no reza un Padre nuestro, que eso ella lo sabrá y el alma de su esposo también.

Yo no lo sé ni me quiero quedar allí para averiguarlo. He escrito este cuadro para probar lo que es el espíritu de asociación aplicado á llorar las desgracias de las familias, y éstas no se sienten á la vista de los cementerios; ni aquellas anaquelarias convertidas hoy en escaparates de chucherías de niños y de coronas de rosas y siemprevivas, ni la clase de flores que crece en aquellos jardines, ni el lujo de las lápidas, ni menos las inscripciones de ellas dan idea alguna de la muerte.

Aquellas paredes son otras tantas hojas de la estadística del siglo, donde no se ve nada más que números y unas grandes letras que dicen: *¡Luisa!!!, ¡Fernández!, ¡Adelaida!!!, ¡Adiós para siempre!, ¡Sin ti me muero!* y otras inscripciones por el estilo.

Los poetas ayudan también á sentir á las familias, y cuando les encargan algún epitafio hacen poco más ó menos las mismas preguntas que el vendedor de coronas y amores fúnebres.

Por respetos que el lector me sabrá agradecer, no copio muchos de los dolores en verso que en este momento acuden á mi memoria. Las penas rimadas y medidas me afligen mucho más que las penas desmedidas y en completa libertad.

De todos los gritos que da la sociedad cuando se le muere algún socio y de los lutos que arrastra, me quedo con el *Diario de Avisos* y con los caballos del carro fúnebre.

Verdad es que el primero *suplica el coche*, pero al menos dice algo. Los versos y las coronas no dicen nada. Y en cuanto á los caballos fúnebres, como dependientes de un alquilador de coches, es posible que en cuanto suelten las bayetas de haber llevado un muerto, se pongan el corraje de gala para arrastrar el coche de un bautizo, y acaso lleven á enterrar al mismo á quien llevaron á la boda; pero esto no obsta para que el paso reposado, la bayeta que arrastran y la cabeza inclinada por el peso

de los penachos produzcan un gran efecto funerario, sentimental y lúgubre.

En cuanto al duelo, ya no se *despide en la casa mortuoria; se despide en el cementerio* para ahorrarle la incomodidad de volver á la casa.

Después que ha salido el cadáver, á la casa mortuoria sólo van las cuentas de las lágrimas que ha vertido el alquilador de los coches, el de las bayetas, el marmolista y el fabricante de coronas fúnebres.

Estos industriales vuelven á emplear el dinero que reciben en nuevas lágrimas que guardan fiambres para recalentarlas y verterlas en sufragio de los parroquianos que vayan cayendo.





CUADRO XIII

¡YA NO HAY DISTANCIAS!

Lector, ¿eres aficionado á viajar?

Si no me contestas con una pregunta, es señal de que no sabes lo que te he preguntado.

Para ponerte en camino de comprender el que vamos á andar en este cuadro, es preciso que me contestes preguntándome lo que yo entiendo por viajar. Si así lo hicieres, y quiero suponer que así lo has hecho, verás cómo yo te respondo que viajar no es dejarse trasladar de un punto á otro.

Y si esta respuesta negativa no te parece digna de la pregunta, te daré otra más categórica y más llana. Te diré que el viaje y el transporte son dos cosas enteramente distintas, como lo son el alimento y el medicamento. El primero es una necesidad y un placer; el segundo es una necesidad y un tormento.

Pero de todos modos, y aunque esto que digo sea una verdad, tampoco es mentira que los verdaderos viajes pertenecen ya á la historia y que lo que ahora se usa es el transporte. Las personas han venido á ser cosas que se llevan de un lado á otro, sin que ellas intervengan en su propio movimiento, y que una vez entregadas á la máquina que ha de arrastrarlas en su camino, no les cumple ni les conviene hacer nada mejor que cerrar los ojos para abrirlos en el otro mundo si el locomotor ha hecho la calaverada de echarse con la carga por un derrumbadero, ó en el término del viaje si éste ha sido feliz.

Así, lector, aunque te he preguntado si eres aficionado á viajar, no es para proponerte que viajemos, sino para decirte que los viajes se han acabado. Aquella tranquilidad andariega con que la mula de paso iba uno tras otro llevando los frailes al capítulo, los estudiantes á las universidades, los canónigos á la catedral y los corregidores al pueblo de su corregimiento ha desaparecido. El siglo de los destajistas ha suprimido las jornadas en los viajes, y haciendo apuestas de celeridad con el aire, aunque transporta á los hombres por tierra, los lleva en volandas de un lado para otro sin dejarles descansar en parte alguna. Pero como las distancias que separan unas poblaciones de otras se llaman caminos, siquiera sean caminos de hierro, y las gentes que por ellos transitan se apellidan viajeros, fuerza nos ha de ser llamar viaje á lo siguiente:

La escena pasa en una calle ó en muchas á la vez. Quien hace un cesto hace ciento, y visto un transportado puedes figurarte los demás. Una señora sola, enteramente sola, sale de su casa en traje de camino; el traje de camino no es hoy como ayer el más viejo y el más remendado, sino el más nuevo y el más por remendar. Del brazo izquierdo le cuelga lo que siempre se ha llamado esportillo y ahora se llama *cabás*, y con la mano derecha sostiene un gran talego de color, cerrado con un candado. Este envoltorio, que se conoce con el nombre de *saco de noche*, no porque sea la funda de las personas mientras duermen, ni porque haya de servir de almohada para tenderse á dormir durante el viaje, es la prenda característica del viajero. Hoy día cualquiera puede lanzarse á viajar sin más ropa blanca que la puesta, y gracias si está completa y recién lavada, y puede omitirse y se omite el pasaporte; pero lo que no puede dispensarse es el saco de noche. Dicen que estas prendas se inventaron para guardar en ellas la ropa sucia, y esto no es posible, puesto que van llenas al empezar el viaje, ó como suplemento de los bultos del equipaje, y esto tampoco puede ser cierto, porque la mayor parte de los viajeros no llevan más bulto que el suyo y el del saco de noche.

De todos modos, ¿quién es capaz de saber lo que una señora puede llevar en un saco de noche? Si es una costurera, que no porque la veas con traje de princesa has de creer que lo es ni lo ha sido sino de algún teatro casero, guárdate de pedirle una aguja ni una hebra de hilo; no lleva ella en el saco ninguno de esos remordimientos. Un vestido, por si se le rompe el que lleva puesto; una manteleta de dos caras, para hacer varias según los tiempos vengan; un par de botas nuevas, por si conviene saber dónde aprieta el zapato; un estuche de pomadas y barnices, por si le ocurriera ruborizarse ó perder el color con los lances el viaje; algún abanico con el que pueda darse el aire que más le convenga, y tres ó cuatro libros de novelas y un devocionario de lujo, no por lujo de devoción, sino por

ser lujosamente devota: he ahí el contenido probable de un saco de noche. En el *cabás* no lleva fiambres, porque harto fía ella en que la suya le hará comer cuanto encuentre al paso, y sólo una *Guía del viajero*, un espejito á quien poderle preguntar de vez en cuando lo que hace el cabello, un peine para que éste se contenga á raya, unos cuantos caramelos por si hubiera necesidad de enseñar los dientes y un frasquito de éter para los accidentes previstos, aunque indeterminados, es todo lo más que suele encerrar el esportillo. Alguna vez, no todas, se suele llevar un velo de repuesto por si las tintas de la atmósfera hicieran preferible el velo verde al negro, ó éste al blanco ó al morado; pero este es un verdadero refinamiento de equipaje; esto sólo lo hacen las que tienen el viaje como una profesión. Dejemos, por lo tanto, de escudriñar la conciencia de los sacos de noche y de los esportillos y sigamos á la viajera.

Acércase á un coche de alquiler, de los que el vulgo llama *tres por ciento*, no porque haya tres buenos en cada centenar de ellos, que todos son malos, ni porque los cuadrúpedos que los mueven den tres pasos mientras debieran dar ciento, sino porque estos carruajes fueron uno de los primeros productos del crédito nacional; acércase, digo, á un coche, abre por sí propia la portezuela, mira al cochero, y mientras éste, sin mirarla, quita la tablilla en que se lee el consabido *se alquila* para que no parezca que se alquila el coche con lo que lleva dentro, le dice: «Al Mediterráneo.» El cochero no pregunta nada, y por toda contestación sacude el látigo tres ó cuatro veces sobre las orejas del caballo, echa el cuerpo hacia adelante, como para ayudar y dar ejemplo al animalito, y le encamina hacia el Mediterráneo. Pero ya puedes figurarte, lector, que aunque el lacónico lenguaje de la viajera se presta á toda clase de interpretaciones y lo enjuto del caballo no haría de todo punto inútiles los baños de mar, el Mediterráneo adonde se dirigen no es otro que el embarcadero del ferrocarril de M. A. Z., ó sea la primera estación del viacrucis moderno que va desde Madrid á Alicante y á Zaragoza.

Aunque el caballo no ha corrido, porque si alguna vez tuvo esas mañas ya las ha olvidado, el servicio que acaba de hacer se llama carrera de real orden, y de real orden también se manda que por cada una de ellas, corta ó larga, se pague una peseta. Así lo hace la viajera al saltar del carruaje; pero el cochero se niega á recibir los cuatro reales y pide ocho, porque á la mitad del camino había parado el coche para contestar á una pregunta que la señora tuvo la indiscreción de dirigirle. Disputa en vano, porque el cochero prueba que el caballo ha arrancado dos veces y han de pagarle dos carreras, y la viajera tiene que dar dos pesetas y las gracias en su interior, porque á tan poco precio se va acostumbrando á la tiranía que en adelante le espera.

Cien carruajes de plaza y diligencias y ómnibus llegan á la vez á la estación, y multitud de gentes de todas clases se agolpan delante de un ventanillo de una cuarta en cuadro, dejándose ordenar por un agente de policía que los enfila en un enverjado de madera, donde pacientemente aguardan, primero á que se abra la ventana y luego á que vayan pasando uno á uno los que estén delante, y aflojando los cuartos recojan un pedacito de cartulina del tamaño de una tarjeta.

Dos, Alicante, primera.—Albacete, una segunda.—Tres, Getafe, tercera son las únicas palabras que se escuchan en la rejilla de aquel confesonario, sin que se oigan más voces que las de los penitentes, que después de haber facturado sus personas, corren á otro departamento á facturar sus equipajes.

—*¡Una mala!*—gritan en voz alta los encargados de aquella sección, al pesar un baúl de cuero, que podrá estar malo por dentro, pero que por fuera está flamante y nuevo.

—Mía—contesta un viajero.

Y mientras la mala que reclama sale en un carretón por la derecha, él se acerca á otro ventanillo á la izquierda, donde le dan un papelito en que apenas podría liarse un cigarro, lleno de misteriosos jeroglíficos. Guárdale cuidadosamente, porque se trata de un billete al portador, y si le pierde, como que al llegar allí ha trocado su personalidad por el número del billete y la propiedad de su mala por el del papelito, no podrá reclamar su equipaje.

—*¿Qué busca usted, señora*—preguntan los factores á una viajera que corre desalada de un lado para otro.

—*¡Un mundo!*—contesta recorriendo aquel inmenso almacén de efectos de viaje con más avidez que Cristóbal Colón cuando buscaba el suyo en el mapa.—*¡Busco un mundo!*

—*¿Es este?*—le dicen, enseñándole un cofre más grande que el arca de Noé.

—No, señor—replica afligida;—mi mundo es más grande. ¡Ah! ¡Ya le veo! Aquí está—dice poniendo la mano sobre una caja mayor que la de los antiguos coches de viaje.

Y mientras los factores continúan pesando camas, colchones, sillerías, armarios y toda clase de efectos por cientos de cientos de quintales, en otro departamento admiten y facturan rebaños de ovejas y de cabras, vacas, mulas, caballos y toda clase de animales, á los cuales acomodan en sus carruajes antes que á los viajeros, sin que de esta preferencia haya derecho á formar queja, porque sobre haber pagado todos su dinero, allí se sirve al que primero llega, y como las personas, los animales y los bultos, todos son objetos numerados, se establece igualdad perfecta.

A toque de campana se abre y se cierra el despacho de billetes, y ya los viajeros, encerrados en tres departamentos distintos, sin más preferencias que las del dinero que han pagado por el asiento, aguardan en la primera ó la segunda ó la tercera jaula á que se abran las puertas del andén para tomar los carruajes, que, como las jaulas, tienen también sus tres distintas denominaciones, sus tres diferentes pelajes y sus tres diversas temperaturas. En los coches de primera sólo tiene el viajero á la vista siete caras desconocidas; en los de segunda, treinta y nueve; en los de tercera, todas. En los unos descansa el cuerpo sobre muelles, los pies en alfombras y la cabeza en almohadones; persianas y cortinas libran del sol; cristales, del viento, y caloríferos, del frío. En los de segunda apenas alcanza el respaldo para reclinar la cabeza; pero tienen derecho á cerrar los cristales si les molesta el viento ó el frío. Los viajeros de tercera clase tienen también derecho á recostar la cabeza en la del vecino, y derecho también á usar los cristales; pero es el caso que no los tienen los coches. Ni siquiera hay en ellos rejillas como en las jaulas de los rebaños, ni rejas como en las perreras. También los equipajes van con alguna más comodidad y menos expuestos á los percances del camino.

Porque has de saber, lector, y me alegraré que no lo sepas por experiencia propia, que en estos transportes modernos se han suprimido todas las molestias de los antiguos viajes, menos los vuelcos.

Los almacenes de efectos de viaje, que habrían sido utilísimos cuando el viaje era una peregrinación en la que todos los preparativos parecían pocos, los despachos de diligencias y el continuo rodar de éstas por las calles nos han acostunbrado de tal modo á viajar, que hemos suprimido las despedidas, y con ellas los abrazos, los besos y las lágrimas. Guárdanse éstas para soltarlas cuando por efecto de un descarrilamiento se rompe el viajero la cabeza; los besos se los dan las máquinas cuando chocan unas con otras, y entonces los viajeros, si no se abrazan contra cosa peor, se abrazan entre sí, quebrándose una clavícula ó hueso de mayor cuantía.

Nadie ve partir el tren, sino los mismos que parten y los dependientes de la empresa que recorren los coches contando y recontando las cabezas para ver si hay algún hueco en las fraserías; y encajonados todos, personas, animales y efectos, abre el monstruo sus pulmones de hierro, da un resoplido, y bufando y arrojando aliento de fuego se lanza como una exhalación á través de los campos.

En este momento supremo es cuando el viajero da por bien empleada y bien perdida su dignidad personal. Ya no le pesa de que entre él y su cofre no se haya establecido diferencia alguna y que ambos vayan allí sin nombre ni voluntad propia, esclavos de aquella máquina á quien han hecho dueña y señora de su albedrío y árbitra irresponsable de sus vidas.

El hombre, lo mismo el que se considera capaz de haber inventado la pólvora si hubiese nacido á tiempo de descubrirla, que el que no sirve ni siquiera para usarla, todos sienten un orgullo indecible al recorrer los primeros kilómetros del ferrocarril.

—Preciso es confesar—dice uno de los viajeros, sin que los demás se hayan negado á confesarlo—que el hombre ha hecho grandes conquistas en el campo de la inteligencia.

El hombre á quien se refiere el viajero no es Watt, que viendo hervir el agua en las ollas de su cocina, atrapó el vapor que se escapaba por la chimenea y aplicó su fuerza elástica al movimiento de los telares y de los talleres, ni Stephenson ni ninguno de los perfeccionadores de las máquinas de vapor y de su aplicación á los ferrocarriles. El hombre de que habla es él, él mismo, el propio viajero, que como hijo del siglo XIX cree que le pertenecen y son suyos todos los adelantos de la civilización.

Cuando un pueblo comete un crimen, los mismos que le han aplaudido en secreto, ó que tal vez han impulsado á que se cometa, se apresuran á pronunciar el nombre de los criminales y á dejar á salvo el suyo de la infamia. El plural no se usa sino cuando se trata de algún título de gloria, cuando se disputa una corona de laurel. Entonces se apresuran las gentes á olvidar el nombre del autor del milagro y á procurar que la corona tejida para un solo individuo ciña las sienes de toda una generación. Por eso se dice tan á menudo que los hombres del siglo XIX serán el pasmo de la historia y la admiración de los siglos venideros.

Y mientras los viajeros, llenos de orgullo, van á merced de la máquina, en cuya invención todos reclaman su cacho de gloria, ella, legítimamente altiva, devora con instantánea rapidez las distancias, pasa como el rayo por encima del río que se había tendido en el prado para cortar el camino, rompe y atraviesa la montaña que le sale al paso, salta los barrancos más profundos por invisibles barras de hierro y no encuentra obstáculo que le impida llevar de un lado á otro los millares de almas y los millones de arrobos que arrastra consigo. Y cuando el hombre, el verdadero hombre, no el viajero charlatán, sino el maquinista, la enfrena para hacerla parar en alguna de las estaciones, no está agitada ni rendida; su resuello es igual al que tenía al empezar el viaje; su corazón no late con más ni menos violencia, y da más ó menos pulsaciones por minuto, según la prisa que lleva, pero siempre con la misma regularidad. En el momento en que para la máquina, quedan inmóviles los veinte ó treinta carruajes ó vagones que arrastra consigo; una voz, al parecer humana, penetra por las ventanillas de los coches, diciendo: «Getafe, dos minutos,» ó «Aranjuez, ocho.» Y suben y bajan personas, entran y salen animales, cargan y descargan bultos; y vuelve á chillar la máquina y

vuelve á continuar su interrumpida carrera, pasando con igual rapidez por los desiertos arenales que por los floridos verjeles. Unos y otros los ve el viajero como otras tantas sombras chinescas, y los compañeros de transporte se le van quedando en las estaciones del tránsito, subiendo otros á ocupar el lugar de aquéllos, y sin que los unos le digan «quédese con Dios» ni los otros le saluden con un «Dios le guarde.»

A fe que él se despidió de sus amigos en Madrid con una tarjeta póstuma, en la que se veía una *S* y una *D*, que así podía leerse *se desespera como se despide*, sin decir para dónde ni cómo ni cuándo, y los que no son sus amigos, sino sus compañeros de encierro, con una cabezada cumplen, y aun si tardan en darla se exponen á que el tren marche y los lleve más adelante de donde pensaron ir.

La época presente ha declarado mayores de edad á todos los hombres y aun á todos los niños, y en los viajes el único Mentor es el dinero. Un perro sabio, que los hay en grado heroico á pesar del monopolio que han hecho los hombres de la sabiduría, se presenta en un despacho de billetes con una moneda en la boca y le dan una plaza de perrera hasta donde alcanza el valor de la moneda; si sobra algo se lo ponen en la boca, le enjaulan y le sueltan en el punto hasta donde ha pagado. Un mudo puede hacer otro tanto y un niño de pecho lo mismo. En los Estados Unidos, hacia cuyo bienestar material caminamos todos, los niños de menor edad viajan solos con una bolsita atada al cuello, de la cual les sacan en todas las estaciones el dinero preciso para pagar la comida, y cuando llegan al término del viaje los almacenan hasta que alguien viene á reclamarlos; dándoles de comer y aun cama para dormir, mientras les dura el dinero. Cuando se les acabe.... ¡figúrate, lector, lo que les sucederá! Más vale que no se les acabe nunca.

En las mesas redondas, que ordinariamente son cuadradas, se sirve la comida en quince minutos, de los cuales hay que descontar siquiera uno para bajar del tren y otro para volver á subir, quedando trece para ver otros tantos platos, pescar algo de ellos, comerlo allí mismo, porque está prohibido guardar nada como no sea en el estómago, y pagar la cuenta.

Los viajeros vuelven al coche rumiando; algunos no vuelven porque llegan tarde, y otros no han bajado del coche porque nadie les ha dicho que se trataba de comer. Como mayores de edad, todos tienen obligación de cuidarse á sí propios, oliendo dónde guisan y averiguando dónde dan posada al peregrino. Aunque para esto último no necesitan hacer grandes indagaciones. En cada estación le acosan al viajero multitud de personas, apoderándose cada una de ellas de un bulto del equipaje (para que repartidos entre muchos toque el peso á menos y las propinas á más) y asedian al bulto mayor con papeletas de fondas y asientos en los ómnibus, ofre-

ciéndose á ser sus cicerones gentes que no saben serlo de sí propios. Por supuesto que antes de que el viajero se encamine á la fonda en el pueblo donde da término su viaje, ya le han hecho pasar diferentes humillaciones, identificando de vez en cuando, no su personalidad, porque ya está dicho que la perdió al salir de Madrid, sino su individualidad y la categoría de su billete; multándole, como es justo, si ocupa un asiento superior al que ha pagado, y sin decirle «usted perdone,» como era justo también, cuando ven que tiene su factura en regla y que no se ha extrafacturado. Oblíganle, por último, á pasar por una puerta de una tercia de ancho, sumando su cabeza con la de los demás viajeros, como se acostumbra á hacer con los rebaños, y recogándole el billete, si no le ha perdido, que si esto le aconteciere y no prefiriese pagar otro tardará un buen rato en probar su inocencia.

Aunque sus parientes y sus amigos salen á recibirle, ni él los abraza ni ellos le besan, porque aunque hayan estado ausentes los unos de los otros muchos años, como saben que podrían haberse visto en pocas horas si hubieran querido verse, se figuran que no se han dejado de ver.

Valencia es un arrabal de Madrid; Alicante está á las puertas de la corte; París y las principales capitales de Europa forman un gran barrio.

Esto dicen las gentes, y á fuerza de oírlo decir, el siglo XIX ha formulado el suceso con esta frase un tanto arrogante y un tanto andaluza:

¡YA NO HAY DISTANCIAS!





CUADRO XIV

IMPRESIONES DE VIAJE

Verdad es que aún no se ha descubierto el movimiento continuo; pero también es verdad que ya no tenemos gran interés en descubrirle, porque hemos descubierto la manera de estarnos moviendo continuamente. El viaje es la fórmula del siglo; el saco de noche, el símbolo de la sociedad presente; la *Guía del viajero*, el *Alcorán* de los modernos creyentes. Un mapa y una maleta son dos objetos indispensables hoy en toda casa de buen gobierno. Los viajes son el gran libro de la humanidad.

Así lo han dicho algunos sabios; así lo han repetido otros hombres que no lo eran, y así presagiaban que había de decirse las gentes de los siglos pasados, cuando arrojando al fuego el mejor tronco de leña, desollando el más tierno de sus carneros y escanciando el añejo licor, daban plaza de preferencia en el hogar y trataban á cuerpo de rey al que lo era entonces de los viajes: al soldado que volvía de la guerra ó al peregrino que daba la vuelta de la romería. Estos eran los únicos viajeros oficialmente tenidos por tales, y mientras remojaban su garganta con el jarro del vino, reseocaban las de sus oyentes con la angustiosa relación de sus aventuras, y quedaban tan ufanos cuando alguna vieja de las que formaban el auditorio cerraba la boca diciendo que aquellos hombres eran unos sabios y que hablaban mejor que unos libros.

Los hombres de ayer no conocieron ni aun sospechaban que había de conocerse nunca el comisionista y el *tourista* y el visitador de rentas y el investigador de contribuciones y el bañista y el diputado á Cortes y el

tomador de aires y el bebedor de aguas minerales y otros muchos viajeros universales de los que hoy conocemos. Si hubieran alcanzado estos tiempos locomotores, habríales tocado su cacho de locomotividad en la universal locomoción, y se hubiesen ahorrado de escuchar la relación del soldado y aun de pagarle con tan opíparo banquete.

Además de lo que por sí propios hubiesen aprendido, porque dicho se está que habrían viajado por ocho ó diez reales, que este es el precio ordinario de los libros, hubieran comprado uno en el cual se hiciese la relación de diez ó doce viajes de mil ó mil quinientas leguas cada uno, con tantos pormenores y tales detalles, que mal año para las insulsas relaciones de los soldados y los peregrinos. ¡No sino decirle á un escritor de viajes, sobre todo si es francés y el viaje ha sido por España, que omita el nombre de la criada de la fonda en que estuvo alojado y la *jota* que oyó en la calle mientras estaba durmiendo y otras particularidades tan instructivas como estas, que así lo hará, como dejarse desmentir por nadie! Llamará venta á la fonda, y á la criada Mencía, y dirá que su ama doña Sol tenía una amiga doña Gómez, la cual, enamorada del viajero, despidió á su amante D. Nuño, quien despechado no quiso torear aquella tarde. Y aquí es donde el viajero pondrá una nota en la que diga que en España todos los toreros se niegan á trabajar cuando regañan con sus novias *queridas*, añadirá por vía de paréntesis y alarde de erudición filológica), y otra en que explique y comente él cómo todas las criadas de las ventas friegan con guantes, porque para guantes le han pedido por vía de propina.

Con estos libros apenas hay necesidad de viajar, y por esto se llaman *Impresiones de viaje*, porque todas las emociones del viajero se hallan consignadas en ellos. Y si el editor del libro salpica sus hojas con unas cuantas viñetas, ó al comprarle, y esto es mucho mejor, te provees de un estereoscopio y un centenar de vistas fotográficas de monumentos y de paisajes, entonces, no sólo es inútil viajar, sino que llegas á saber más que los que han hecho el viaje; porque éste ya hemos dicho á lo que está reducido hoy día. Réstanos hablar de sus impresiones.

La primera, la más fuerte de todas, es la que produce el anuncio de la sociedad de *seguros sobre vuelcos, descarrilamientos* y otros percances del camino. Titúlase la *Libertadora*, y la primera impresión que te causa es de placer, de consuelo y de regocijo.

Aunque como buen cristiano no te atrevas á cambiar los estatutos de esa sociedad por la novena de San Rafael, que es el santo á quien se encomendaban tus padres cuando viajaban, te alegra saber que haya quien ha pensado en librarte de un vuelco y asegurarte contra un descarrilamiento. Bendices la filantropía moderna que ha inspirado tan benéficos

seguros, y corres á asegurar tu persona, recibiendo la grata impresión de que por mucho que tú la estimes, la sociedad la tiene en tan poco, que sólo te pide por ella como máximo diez y seis ó veinte reales.

Pero así como en la vida humana no hay un placer que no venga empujado por un dolor, así en las impresiones que recibe la humanidad van mezcladas y revueltas las risas con las lágrimas. Apenas has pagado el seguro, sabes que lo que has asegurado no es tu vida, que queda expuesta como antes al vuelco y al descarrilamiento, sino tu muerte. Lo que has comprado con aquel billete no es un freno para la locomotora ni para las caballerías, sino un pañuelo para enjugar las lágrimas de tu familia; un pañuelo, de batista ó de arpillera, según hayas pagado más ó menos por el seguro, tasando en más ó menos tu brazo ó tu pierna ó todo tu cuerpo.

Si no te hubieras precipitado á tomar el billete habrías podido leer el anuncio en el que está inserta la siguiente tarifa:

Por un vuelco, con susto acreditado..... 5 duros. 10, 15, 25, 50.

Por un arañazo, 25, 35, 50, 60, 80.

Por el brazo derecho, 50, 60, 80, 100 y 120.

Por las dos piernas, 80, 100, 120, 140 y 200.

Por una pierna ó el brazo izquierdo, 20, 30, 40, 50 y 80.

Por cada cadáver, 500, 1.000, 2.000, 3.000 y hasta 5.000 duros.

Todas estas indemnizaciones varían según el número de acciones que haya tomado el individuo; es decir, que no vale más el brazo del *bra-cero*, si éste, como es natural, ha impuesto menos capital que el mayorageo ó el caballero de industria ó el jugador de manos.

Después de esta primera impresión y hasta que no llegue la del vuelco, que no llegará si llegan al cielo las oraciones de los socios de la *Libertadora*, recibes las demás impresiones de que hemos hablado en el cuadro anterior y que no son las del presente. En aquel dijimos cómo se viajaba, y ahora estamos viajando.

La *Libertadora*, que mucho mejor haría en llamarse la consoladora ó la enterradora ó la enjugadora de lágrimas, aplicándose el refrán de que los duelos con pan son menos, nos ha asegurado el bulto; si en otra sociedad análoga hemos asegurado el baúl y los muebles que han quedado en casa, podemos viajar sin cuidado y sin otras impresiones que las del camino.

A los compañeros de carruaje no hay para qué dirigirles la palabra, ni ellos nos contestarían aunque se la dirigiéramos.

Las impresiones del paisaje que cruza fugaz por nuestra vista son siempre las mismas. Todo aparece y desaparece como en una cámara obscura, sin darnos tiempo á examinarlo. Las impresiones deben estar de puertas adentro del coche. Abramos la *Guía del viajero* y leamos. Todos los demás hacen lo mismo. Al entrar allí con su libro debajo del brazo pa-

recían curas protestantes que no querían soltar la Biblia de la mano. Encerrados en el vagón y leyendo parecen niños de escuela, castigados hasta que aprendan la lección. El libro nos dice lo que estamos viendo y no tenemos necesidad de mirarlo.

«Desde este pueblo al inmediato hay 25 kilómetros de vía férrea, con grandes obras de desmonte y de fábrica; un túnel de 800 metros de largo, un puente de hierro, un viaducto de 20 arcos de 12 metros de luz cada uno y tres alcantarillas. En el primer kilómetro á la derecha se ve un gran campo donde el año 1820 fué fusilado un gran guerrillero; más allá se ve un monte célebre por haber servido de guarida á los constitucionales en 1824; á la izquierda del puente se ven los restos de otro magnífico de piedra que destruyeron los facciosos en 1836, y á la salida del túnel se ven las ruinas de una gran cartuja, verdadero monumento del arte que incendiaron los liberales en 1838 para que no volviese á servir de fortaleza á los facciosos. El terreno produce mucha caza menor, y antes de la guerra civil abundaba en reses mayores, pero ya no ha quedado un solo árbol. Hay grandes viñedos y algunos molinos de harina en el río. Hasta hace pocos años la industria del país era el esparto; hoy trabajan en la construcción de carreteras y en el ferrocarril. El carácter de los habitantes es franco y abierto, pero tienen fama de ser muy apegados á sus opiniones. Cuéntase á este propósito una curiosa anécdota de que no queremos privar á nuestros lectores.»

Y la *Guía del viajero*, libro traducido del francés por más señas, refiere la anécdota; y así van los viajeros entretenidos y viendo lo que pasa, según van pasando las hojas del libro. Y aunque esto mismo pudieran hacerlo en sus casas, dejarían de trasladarse de un punto á otro, y esto es lo que no puede dejar de hacerse hoy que el viaje es la gran necesidad y el gran placer del siglo. Pero vamos hablando demasiado de él, y no decimos nada de sus impresiones, que es para lo que hemos tomado la pluma. Nos importan poco ó nada los que viajan por viajar; los héroes de este cuadro son los que viajan para después decirnos que han viajado, clase numerosísima en la estadística de la locomoción.

Desde el escritor, que viaja alrededor de su país y confecciona luego alrededor de su biblioteca un viaje alrededor del mundo, hasta el gacetero, que escribe sus impresiones de viaje desde Valdemoro ó desde una casa de baños poco más distante, hay un mundo de distancia, y ese mundo está lleno de impresiones y de gente impresionable.

La obra del primero, como ordinariamente tiene un tomo y á veces dos ó cuatro, no cabe en este cuadro y la pasamos en silencio. Su autor es libre de decir en ella cuanto se le antoje, porque como el mal de muchos ha sido siempre el consuelo de todos y en la obra no queda un rin-

cón del globo de que no se hable, todos quedan iguales. Esto no obsta para que del libro se vendan muchas ediciones, sin que á nadie le sirva el retrato de su país para juzgar cómo estarán hechos los otros.

—La obra es buena—suelen decir las gentes,—pero en lo que habla de mi provincia no dice una sola palabra de verdad.

En esos libros es donde se hace el verdadero retrato fotográfico de la omniscencia del siglo. El autor de unas *Impresiones de viaje* no puede ignorar nada y debe dar su opinión sobre todo.

Los usos y costumbres del pueblo, el carácter de sus habitantes, el cultivo de los campos, la arquitectura de los monumentos, la conservación de las obras de arte y cuantas cosas y personas le salen al paso y cuantos pensamientos le ocurran al verlas, otro tanto debe consignar en su libro. Y no rápidamente ni de pasada, como se lo ha enseñado el ferrocarril, sino deteniéndose á decidir magistralmente todas las cuestiones sociales, económicas, administrativas y artísticas que le ocurran. La reseña de las costumbres, del cultivo y de los monumentos corresponde al autor de la *Guía*; el de las *Impresiones* debe aspirar á algo más. Decidir de repente y sin vacilaciones ni dudas si una obra de arte es de tal ó cual autor y de los buenos ó los malos tiempos, de esta ó la otra escuela; fallar contra todo lo fallado hasta el día, sobre la época en que se construyó la catedral y el castillo, y señalar el origen de los usos y costumbres de los pueblos, esto es poca cosa para un viajero moderno. Lo que deben hacer y hacen los autores de las *Impresiones de viaje* es mucho más. Ellos conocen las causas de la sequía de una comarca, y dan un remedio infalible para que llueva; saben las clases de enfermedades que allí reinan, y sueltan un precepto sanitario para que todos queden gordos y colorados como una manzana; explican y corrigen las causas de la miseria, y van legislando sobre todo con una sabiduría que encanta.

El escritor bañista, ó simplemente tomador de aires puros; el que sale á veranear (no á *hacer veranos*, sino á huir de ellos), ese da sus impresiones á la menuda en las columnas de un periódico y no puede tener tan altas aspiraciones. Habla muy mal de la carretera, y á veces no le falta razón para ello, aunque haría mejor en dar gracias á Dios si no ha volcado; pone el grito en los cielos (donde se queda hasta el año siguiente) por el abandono en que se encuentran las obras públicas y la reparación de los monumentos artísticos; se asombra de que no haya caminos vecinales, como si no hubiera habido vecinos que se asombraran de ello hasta que el periodista ha ido allí; se queja de la falta de buenas fondas y del mal servicio de las que tácitamente ha calificado de malas, y lanza otra porción de lamentos de que él mismo no se volverá á acordar hasta el verano siguiente. Y tras de esta invocación, que es de rigor en todas las correspondencias veranie-

gas, dice que en aquel pueblo se ha reunido la sociedad más escogida de la corte y los hombres más eminentes de España; porque además de estar él allí, se halla también el digno magistrado, el simpático general y el inimitable artista y el elocuente orador y el entendido jurisconsulto y el distinguido escritor y la hermosa baronesa y las amables señoritas.... Y los nombra á todos haciendo una completa *Guía de forasteros*, que es verdaderamente forastera en el resto del año.

Las autoridades del pueblo desde donde escribe el periodista y el médico de los baños y los bañeros y el sacristán de la iglesia y los mozos de la fonda, todos son distinguidos y entendidos y elocuentes y simpáticos, como los forasteros y los bañistas.

Ni él ni sus compañeros de excursión veraniega olvidarán nunca el espléndido almuerzo que les ha dado á todos el opulento banquero don Fulano, y siempre recordarán con entusiasmo la brillante acogida que les hicieron los alegres bañistas de otro establecimiento inmediato, adonde fueron en una improvisada romería. Tales son las impresiones públicas de los viajes. Las privadas las guarda cada viajero consigo; unas sobre el cuerpo, en forma de cardenal ó lesión de mayor cuantía, y otras en la ropa ó en los efectos del equipaje. La impresión del bolsillo, que es la más dura, es la que menos les dura, porque aunque le sacaron repleto de oro, recibió tantas impresiones que después de haber pagado á los mozos que trajeron los baúles á casa, apenas les quedan dos cuartos para comprar un impreso, que sería la última impresión.





CUADRO XV

EL CASERO DE HOGAÑO

La propiedad es un robo.

Esto dijo Proudhón, y es fama que se quedó tan fresco al decirlo, como los propietarios al oírsele decir.

El propietario de la casa en que vivía entonces el modernísimo regenerador de la sociedad se presentó al día siguiente á verle, le felicitó por su obra, le cobró un trimestre adelantado del inquilinato y le anunció que desde el siguiente le pagaría mayor alquiler por el cuarto que ocupaba.

Proudhón rogó y suplicó al *ladrón*, y cuando más tarde le han querido obligar á que sostenga su extravagante máxima, ha dicho con la misma frescura que antes: «No quiero repetir con necia y cobarde impertinencia la fórmula demasiado conocida y poco comprendida de que *la propiedad es un robo*; esto *se dice una vez* y no se repite. Dejemos esta máquina de guerra, buena para la insurrección, pero que hoy no puede servir ya sino para contristar á *las pobres gentes*.»

Las pobres gentes á quienes Proudhón alude son los propietarios: tu casero, lector; tu casero y el mío, los cuales lejos de contristarse han preferido contristar á sus inquilinos.

Y aunque hay quien cree que todo lo que hacen por estrujarnos es por miedo de que algún día la máxima proudhoniana sea el primer artículo del código fundamental del Estado, esta es otra paradoja, y ya ves

qué trazas tienen de creer que la propiedad es un robo, cuando añaden un piso y otro á las fincas, apilando habitaciones, como el avaro apila onzas de oro.

Aunque Proudhón es el que parece haber hecho la frase, la frase estaba hecha; y con más palabras, porque antiguamente todo se daba más desleído, y estaban los propietarios muy acostumbrados á oirla y muy acostumbrados también á reirse de ella.

Todos los filósofos, desde que á la humanidad le ocurrió inventar la filosofía (que no debió ser ni al vaciar la olla en el plato ni al tender la cabeza sobre la almohada, sino después de haber comido y haber descansado); todos los filósofos, digo, han tratado de pedirle á la propiedad su fe de bautismo, para ver hasta qué punto era hija legítima del derecho y de la equidad y dónde estaban sus padres cuando ella vino al mundo; que es casi lo mismo que preguntarle á éste dónde se hallaba antes de ser lo que hoy está siendo.

Si Dios hubiera empezado por hacer la luz, habría sido fácil ver de dónde venía el mundo; pero como éste se hizo á oscuras, y como tampoco el hombre se hallaba presente cuando el sol hizo su *debut* artístico, es imposible averiguar nada por otro camino que por el de la fe, que afortunadamente no necesita ni papel sellado ni pergaminos ni menos escribanos que legalicen lo que ella afirma, que es la verdadera legalidad cristiana.

Grandes disputas y no pequeñas batallas ha habido en averiguación del tuyo y el mío, y como los hombres creen haberse hallado todos á la vez en el mundo, piensan de vez en cuando que á todos les asiste igualmente el derecho de ser propietarios de la tierra, de los frutos y de las fincas.

Nosotros, ya lo hemos dicho en la primera parte de esta obra, creemos que «eran pocos, llegaron los primeros, vieron el mundo, les pareció hermoso, le partieron en cuarterones, tomó cada cual el suyo, y punto concluído.»

Los comunistas modernos, y aun los antiguos, que ribetes de ello tuvo Moisés y ribetes y aun puntas y collares Platón, siempre quieren que vuelvan al cántaro los títulos de propiedad y que se reparta ésta como pan bendito entre todos y por partes iguales. Las comunidades religiosas no discutieron, pero negaron la propiedad haciéndola prácticamente un bien común, y este ejemplo ha trastornado á muchos filósofos, hasta que ha venido la Economía política, y en nombre de las clases desheredadas ha desheredado á los frailes, á las monjas, á los hospitales y á los municipios, y por medio de la desamortización ha hecho un ligero ensayo de comunismo.

Pero ya hemos dicho en otros capítulos que la propiedad ha pasado así, de la comunidad de los frailes á la comunidad de los capitalistas, y así tejiendo y destejiendo, las cosas han venido á quedar en el fondo lo mismo que estaban.

Quererle quitar al labrador la propiedad de la tierra y no poderle expropiar del sudor con que la ha regado ni de los afanes con que la ha convertido de un erial improductivo en un verjel de grandes productos, es una cosa que pueden pensar á todas horas los filósofos, pero que no saben ejecutar los matemáticos. Estos suman el vuelo y el suelo, y no conciben que la tierra sea una cosa y el fruto que ella ha criado otra.

Pero á tu casero y al nuestro, carísimo lector inquilino, nadie le disputa el suelo ni el vuelo. El terreno es suyo, y la finca que sobre él ha construído también.

Proudhón dirá cuanto quiera y se arrepentirá después de lo que ha dicho; pero nuestro casero hará cuanto le dé la gana sin enmendarse ni arrepentirse.

En el AYER de esta historia, la propiedad era del casero, pero la casa era del inquilino. Él tenía, legalmente hablando, el suelo; pero tú hacías del vuelo lo que te daba la gana. Aquellos polvos han traído estos lodos.

Apartemos de nuestra memoria semejantes recuerdos, que hartas lágrimas vierten los inquilinos cuando lloran en los juicios de conciliación, siempre irreconciliables, su perdida independencia, y veamos al casero de hogaño como si hubiera existido el de antaño. Si te diere, lector, la mala tentación de registrar la primera parte de esta obra, pasa de largo el cuadro XL como si estuviera en la restauración, reza un *Pater noster* por el alma del difunto, y nada más.

El casero de 1850, el propietario urbano, no por su urbanidad sino por la de sus fincas, lo primero que hace es no tratar ni casi conocer al inquilino.

Sabe que el trato engendra simpatías, las simpatías amistad, la amistad cariño, el cariño debilidades, y éstas, su nombre lo dice: las debilidades no son fortalezas, y él quiere ser fuerte contigo.

Hay además otra razón para que no te trate ni aun te conozca, y es la de que tendría que hacer lo mismo con los demás inquilinos, y somos demasiados.

Los de una sola casa serían bastantes, porque desde que la propiedad es un robo, se aprovecha mucho la cosa robada; pero el casero que ahora te enseñamos no tiene una finca, sino varias, y sería imposible que cumplimentara á los inquilinos de todas ellas.

Ya has visto lo que eres cuando viajas: un bulto y un número. Pues como inquilino, eres casi menos.

Tu casero no te tiene en más de lo que tenía el jefe de la estación que te enjauló hasta que llegó la hora de la partida y el maquinista que te arrojó en el lugar donde dió término el viaje. Hasta allí pagaste y hasta allí te llevaron.

El casero hace lo mismo, y á veces menos, porque como le tienes dado algún dinero en fianza, antes de que ésta se acabe procura aburrirte y acabarte la paciencia todo lo posible.

Tiene todo su capital invertido en casas, los intereses en casas los invierte también, y de este modo es un fabricante de fincas, como el constructor de coches ó el de cajas de muerto ó el de pistolas y carabinas, que ninguno de ellos piensa ni en el que irá dentro del coche cuando vuelque ni en el que ha de ocupar el ataúd ni en el que se ha de levantar la tapa de los sesos con la pistola.

El manda hacer la casa; si cuando está concluída hay un inquilino mayúsculo que quiere pasar al bando de los caseros, se la vende toda, siempre que halle ganancia proporcionada; en otro caso arrienda las habitaciones, no por sí propio, sino por medio de su administrador, el cual anota en el gran libro los nombres de los inquilinos, abriendo á cada uno su cuenta corriente, clase de cuentas desconocida hasta que ha llegado este siglo de las carreras.

Pero antes de que pasemos á ser el inquilino número tantos del cuarto numerado también en el piso quinto de la casa número cuantos que tiene algún piso más del sexto, es preciso hacer la casa y aun adquirir un solar para ella, porque ya sabes, lector, que somos aficionados á tomar las cosas desde muy lejos.

No se trata de robar la propiedad á nadie. Ni somos socialistas ni queremos serlo.

Hemos puesto los ojos en un convento que sale á subasta, y el cual, si nos arreglamos con los *primistas* (parientes, lector, á quienes ya conoces), podremos adquirir por poco precio; y como se paga á plazos, y plazos largos, con el derribo de la finca pagaremos los primeros y los inquilinos de la que en su lugar construyamos pagarán los restantes según que vayan venciendo. Dejemos, por lo tanto, de pensar en el suelo; ocupémonos del vuelo.

Es preciso que éste sea alto, muy alto, digno de la altura del siglo. Que no sean los gorrones los únicos que puedan anidar en el tejado; que le encuentren también las águilas digno de ellas; que no puedan pasar las nubes sin besar las chimeneas, y en suma, que tenga toda la elevación que permita el ayuntamiento, que no será poca, porque los concejales tie-

nen miras muy elevadas, y la que resulte de más si nuestro arquitecto se equivoca y el del municipio no conoce que aquél se ha equivocado; sin que por esto se crea que queremos hacer una casa desproporcionada. Nada de eso.

Ya le hemos dicho al arquitecto que nada más que piso principal, segundo, tercero y cuarto; los sotabancos, las buhardillas vivideras y las trasteras, como en las demás casas; el sótano, el piso bajo y el entresuelo, lo mismo.

Nuestro hombre, es decir, el casero que tenemos á la vista (porque ya nos habrá hecho el lector la justicia de creer que no éramos nosotros los que comprábamos el convento ni los que vendíamos los materiales, sacando de ellos lo que el vendedor no sabía que se iba á sacar), nuestro hombre le hace esas advertencias al arquitecto y le echa un cálculo, porque si no fuese calculista no sería casero, de los productos que quiere que le rinda la finca antes de hacerla, y cuando ve el plano le parecen pocas las *crujías* proyectadas. Quiere que crujan más los futuros inquilinos, y para convencer al arquitecto, que no lo necesita, porque está dispuesto á hacer lo que el sastre de la Insula Barataria con el paño de las monteras, le dice que Madrid tiene un clima muy frío y que no convienen las habitaciones grandes.

Acuérdase hacerlas pequeñas, es decir, cortas y estrechas, pero bajas de techo, y si es posible, que lo es muy á menudo, acuchilladas ó de otra forma también irregular y también acuchilladora.

No es indispensable ver construir la casa; con pasar por la calle tres ó cuatro veces al mes veremos levantado en cada semana un piso, y con otra que demos para sacar los cimientos, otra para cubrirla, media para empapelarla y pintarla y dos ó tres días para quitar la andamiada, ya la podemos enviar al registro de la propiedad y correr nosotros á ver si atrapamos un cuarto llevando los que podamos en el bolsillo.

El principal está alquilado y ya suben efectos para amueblarlo; en la tienda trabajan día y noche para abrirla al día siguiente; los demás pisos están todos comprometidos. No queda otra cosa que un cuarto cuarto, ó piso sexto, contando como es justo el piso bajo, y uno de éstos que aún no se ha ocupado porque la señora que fué á verlo dijo que lo quería para usarlo, y como tenía la costumbre de no encender luz sino de noche, echaba de menos la del día, que faltaba en todas las piezas, menos en la mitad de la sala y el gabinete.

Subimos con poca comodidad porque la escalera está llena de escombros, pero también con peligro porque aún no han puesto la barandilla, y por fin llegamos al piso cuarto dudando si la fatiga nos ha hecho sudar ó nos ha mojado el agua que vierten las paredes de la escalera. Las de la

habitación están enfundadas con papeles de color, y no se puede ver la circulación de la savia que ocultan; pero toda la casa está fresca y húmeda.

A primera vista parece un establecimiento de inhalación de gases; después ya se conoce que puede servir de casa de baños de vapor, no precisamente para curar el reuma ni los catarros, sino para adquirir una ú otra ó las dos enfermedades.

Por supuesto que en esto nada tienen que ver los caseros, porque aunque el inquilino pague, como tiene obligación de pagar, desde el día en que ve el cuarto, le queda el derecho de no irse á vivir allí hasta que todo esté perfectamente seco y estucado el portal y terminada la escalera, que para ninguno de esos trabajos estorban los inquilinos.

Nuestra habitación es preciosa; lástima da que para verla haya necesidad de subir ochenta escalones, porque desde la calle ni se distingue el prolijo trabajo de los balcones, que parecen una filigrana de hierro, ni se ve el brillante estucado de las paredes ni los arabescos festones que adornan el voladizo del tejado.

Para todo eso, que aunque pertenece al exterior no deja de tener su encanto para el inquilino, es preciso asomarse á uno de los tres balcones que tiene el cuarto, cuya distribución parece excusado que nos detengamos á explicar porque es ni más ni menos que la de todas las casas de Madrid.

Un pasillo prolongado, que además de la luz que recibe de día cuando se abre la puerta, de noche puede tener toda la que el inquilino quiera; al extremo de esa antesala está la sala con su correspondiente alcoba y dos balcones, y á un lado el gabinete con otra alcoba, una chimenea y otro balcón.

Contramarchando á buscar el otro extremo del pasillo, se ve una puerta muy bonita, que no es la del oratorio, sino la de un aposento que puede servir para criado; enfrente de ella otra, que es el despacho del amo, con su chimenea, su alcoba, su ventana y su patio de vecindad. El pasillo se prolonga por medio de un ángulo, y allí se ven diferentes puertas á derecha é izquierda, que son alcobas para doncellas; el cuarto de tocador para la señora con otra chimenea, otra ventana y otra alcoba; el comedor con dos ventanas y una chimenea y una alcoba, y la cocina con ventana también al mismo patio que el despacho del amo y el tocador de la señora.

En la cocina hay dos puertas juntas y elegantes, charoladas, con herraje dorado ambas. La una es la de la despensa, la otra nadie se dispensa de tenerla aunque la llaman puerta del excusado.

En suma, el cuarto es precioso, la distribución es admirable, los pape-

les que adornan las paredes del mejor gusto, y luego cuatro chimeneas y la de la cocina cinco, que no es posible tener frío habiendo tantos sitios donde encender lumbre, y ocho dormitorios con los cuales puede el inquilino alojarse á sí y á los siete durmientes, y el pavimento del patio asfaltado, y la escalera imitando caoba, y el pasamanos de caoba fina, y luces de gas, y el portal que parece un oratorio, con hornacinas estucadas y vidrieras de colores como en las grandes catedrales, y otra porción de detalles, todos dignos de un palacio.

El cuarto es nuestro, nos falta tiempo para ir á ver al administrador, y casi temblamos verle por si nos dice que ya está comprometido con otra persona.

Pero, á Dios gracias, no sucede semejante cosa. El cuarto está libre. Aunque el administrador de la finca no lo sabe cuando se lo preguntamos, apenas registra un libro pequeño y luego otro más grande nos dice que sí, y entablamos el siguiente diálogo:

—¿Y cuánto renta? (Esta es la pregunta sacramental; pero debería decirse: ¿cuánto quiere usted que le rente?)

—Diez y ocho mil reales anuales y lo de costumbre: veinte reales al mes para el portero y media semana de luz.

—Estamos corrientes, porque nos gusta el cuarto; pero la media semana de luz no nos hace falta; será mejor que se la dé usted al cuarto bajo, que parece que no se alquila porque está oscuro.

—La media semana de luz es que han de pagar ustedes el valor de las cinco luces de gas del portal y de la escalera tres días y medio de cada mes.

—¿Y las condiciones de pago?

—Las corrientes: medio año de fianza y un trimestre adelantado.

—¿Y cómo se entiende el medio año de fianza?

—Nueve mil reales que me entregan ustedes y que quedan á favor de la finca si ustedes se mudan antes de cuatro años, y que después de ese plazo si á ustedes les conviene dejar la casa yo se los devuelvo.

—Duras son las condiciones, pero nos acomoda el cuarto; extienda usted el recibo.

Antes de hacerlo, el administrador nos pregunta si tenemos mucha familia, porque al dueño no le gusta alquilar sus cuartos para mucha gente, y que tampoco quiere que llevemos demasiados muebles, y sobre todo que no permite colgar más cuadros ni poner más clavos en las paredes que los que hay puestos.

Todas nuestras observaciones son inútiles, y por más que protestamos contra cada una de aquellas tiranías, no nos sirve de nada. A cada paso alza la pluma y nos dice:

—Si á ustedes no les conviene, no hay nada perdido. *Nosotros* no sabemos todavía lo que es poner papeles en los balcones; *nos* sobran inquilinos.

Temerosos de perder la proporción que se nos presenta accedemos á todo, y firmamos un papel de compromiso, recibiendo otro igual, firmado por el administrador, que no se compromete á otra cosa que á desalojarnos y apremiarnos á cumplir lo estipulado *sin trámites judiciales* (como si dijéramos, á palos); siendo de nuestra cuenta todos los gastos que se originen hasta *nuestro despojo* (sin perjuicio de los nueve mil reales de la fianza), y á no dejarnos poner tiestos en las ventanas ni criar pájaros ni mantener perros grandes.

Con todo esto, lector, no lo niegues, te lo he oído decir muchas veces, cuando recibes alguna persona de visita, lo primero que haces al despedirla es decir: «Esta casa está á la disposición de usted,» y tú sabes que no puedes disponer ni siquiera del cuarto que al parecer ocupas.

Por supuesto que el encargo que se nos hizo de no llevar muchos muebles era excusado, porque la mitad de los que tenemos no podemos acomodarlos en ninguna parte, y la otra mitad, tras de ser preciso desarmarlos para que pasen por las puertas, no podemos volverlos á armar cuando están dentro de las habitaciones.

Pero preciso es confesar que la casa es lo que se llama una tacita de plata.

La luz que vierten las vidrieras de color, la que se desliza á través de las persianas, los bellos matices de los papeles, el charolado de las puertas, los dorados de las chimeneas, el alabastro del pavimento, todos estos detalles son dignos de un palacio de príncipes. Verdad es que en la despensa caben pocas provisiones, y las que caben se pierden, no porque nadie las coma, sino porque ellas se pudren de estar á oscuras; pero las despenzas se inventaron cuando no se conocían los grandes almacenes de comestibles ni las lonjas de ultramarinos ni los depósitos de embutidos ni otra porción de despensas públicas y dispenseros universales que ha creado el espíritu de asociación del siglo. En el comedor hay que pasar los platos de uno en otro convidado, porque si hay ocho personas sentadas á la mesa, ya no pueden los criados servir la comida; en las alcobas, como las camas sean estrechas, cabe además una silla y á veces un baúl y encima una percha; en el despacho, como es un lugar de estudio y no de paseo ni de baile, aunque no quede espacio para andar por él después de colocada la mesa, cuatro sillas y un armario para cien volúmenes, no importa nada. Pieza en donde lavarse el cuerpo no hay ninguna, pero en todas ellas puede colocarse una jofaina para estregarse los ojos y mojar las uñas. En cambio, la sala y el gabinete, que son las piezas que dan tono á la

casa, son dignas del portal, de la escalera y del revoque del edificio. Ellas solas valen los diez y ocho mil reales y las diez y ocho mil condiciones penales del recibo de inquilinato.

Y que bien mirado, aunque las habitaciones modernas son pequeñas, como hay muchas en cada casa y el espíritu de asociación permite á los hombres tratarse como hermanos, resulta un perfecto comunismo entre los inquilinos de una finca. Cada cuarto tiene una campanilla en la puerta de entrada; pero como cada inquilino oye las de la vecindad lo mismo que la suya, las disfruta todas sin pagar más que por una. Si un vecino enciende la chimenea, el calor y el humo alcanzan á los cuartos contiguos. La conversación es general, aunque cada inquilino crea que está hablando á solas con su familia; con un piano hay bastante para todos; con una criada que cante sobra para muchos, y como cantan todas sobra para muchos más; si deletrea un niño, aprenden á deletrear todos los vecinos; si alguna señorita da lección de solfeo, todos salen profesores de solfa; si en la buhardilla mecen una cuna para arrullar un niño, retiembla toda la casa, y á la media hora duermen profundamente los inquilinos; y si, por el contrario, á deshora de noche hay un sonámbulo que da un grito ó sacude un martillazo ó cierra una puerta de golpe, todos se despiertan asustados.

Generalmente esta comunidad de ruidos no es tan provechosa como la de los olores, sobre todo los de la comida. Cuando un vecino fríe jamón y otro está comiendo patatas, ni el uno sabe lo que come ni el otro lo que guisa; del plato de fresa que comen los del piso bajo disfrutan todas las narices de la vecindad, y cuando una cocinera tiene la desgracia de que se le requeme un asado ó se le agarre un plato de leche, todas las señoras de la vecindad regañan á sus criadas, creyendo que el percance ha sido en su cuarto.

Pero estamos hablando demasiado del inquilino y apenas hemos dicho nada del casero. No parece sino que éste sólo vive para cobrar los alquileres, para echar á la calle al que no los paga con puntualidad y para poner la ley al ayuntamiento cuando en virtud de la de expropiación le compra la finca y la derriba para ensanchar ó estrechar la calle, siempre en nombre del ornato público y de la comodidad del vecindario; lo cual sucede tan á menudo, que las casas de Madrid parecen un regimiento de reclutas que siempre se están moviendo, sin acertar nunca á entrar en línea.

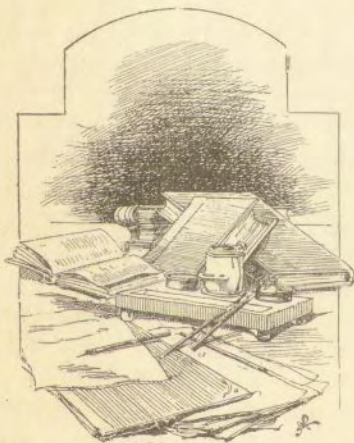
El casero tiene que ocuparse de otras muchas cosas, entre ellas la de ir subiendo cada dos ó tres meses los alquileres, lo cual apenas le deja tiempo para nada más.

El inquilino va pagando el aumento mientras puede; cuando no tiene

de qué, busca otra habitación más barata, y si no la encuentra se arregla como puede. Esa no es cuenta del casero; esa cuenta la lleva el inquilino. Si no la lleva con paciencia, eso más pierde.

Finalmente, porque hora es ya de finalizar este artículo, hemos oído decir que no todos los caseros son como los que acabamos de bosquejar; pero no sabemos si es que los demás son peores. Que cada lector compare el nuestro con el suyo, y si sale ganando, buen provecho le haga y procure conservarle por si se lleva á cabo el establecimiento del Museo de antigüedades.

Para ese caso, un casero que se dé un aire de familia á los caseros de antaño será un hallazgo inestimable. Sin escrúpulo se le podrá recomendar á la Sociedad Económica para que le tenga presente cuando reparta *los premios á la virtud*.





CUADRO XVI

LOS COLEGIOS ELECTORALES

De Senador á Guardián

¿cuántas van?

Las mismas que de Padre presentado
á Diputado.

(Salmo político de autor anónimo)

I

¿Han visto ustedes cosa más natural que las madres de 1824 vistiendo á sus hijos de frailecitos, y las de 1837 de milicianos nacionales, y las de 1850 de caballeretes y de guardias marinas?

En la época de las primeras no había más que procesiones; en tiempo de las segundas todo era retenes, y hoy no tenemos otra cosa que afanes de Parlamento y pujos de Lepanto.

En tiempo de los frailes, el derecho electoral servía para hacer guardianes y definidores; en la época de los milicianos, para nombrar jefes y oficiales, y hoy le usamos haciendo diputados y regidores.

Ahórrense ustedes de preguntarme cuál de las tres épocas es la mejor, porque, aunque supiese decirlo, sé que debo callarlo, y basta.

Digo y repito que hicieron bien las madres de 1824 en vestir á sus hijos de frailecitos; que obraron con acierto las que en 1837 (esposas de los frailecitos de antaño) vistieron á los suyos de milicianos, y en cuanto á las que hoy los visten de caballeros parlamentarios no pueden dejar de hacerlo así.

Decíase, y acaso con razón, que se iba perdiendo la raza de los caballeros de la Edad media y aun la de los hidalgos de edad más crecida, y con sólo encargar á los sastres que hiciesen cuatro millones de *fraques* hemos improvisado otros tantos millones de caballeros.

Más adelante, cuando me tome la libertad de servir á ustedes una *ensalada de pollos de 1850*, comprenderán la influencia que tiene el frac sobre un niño de doce años, que debe al sastre el tutearse y disputar con el catedrático, el decir que está aburrido de vivir antes de haber vivido, y por último el discutir y hablar de todo la víspera de haber aprendido que no sabe hablar de nada.

Y esto no crean ustedes que se debe á otra cosa que al frac y á la levita; prendas ambas que, vestidas antes de tiempo, hacen unos talles parlamentarios que da gozo verlos.

El parlamentarismo está por esta razón tan en la masa de la sangre, que ya no nos le arrancan á dos tirones; y aun si vinieran, que no vendrán, trescientas ó cuatrocientas mil bayonetas rusas, las habíamos de dejar más romas que punta de colchón con medio ciento de discursos.

Pero el parlamentarismo no es un manjar que puede usarse á discreción, y los parlamentarios, como los frailes y los milicianos, se han visto obligados á regimentarse y á dividirse en grupos.

Hay entre ellos sus definidores y sus guardianes y una gran porción de legos, y cada compañía tiene su capitán y su sargento y sus cabos de vara y sus reclutas y su ranchero. No porque todos tengan facultad de hablar, siquiera haya muchos que para el caso tengan pocas facultades, vayan ustedes á creer que hablan todos á un tiempo.... Nada de eso.... ¡Para qué sirve la ley electoral!...

La ley electoral sirve, amigo lector, para dividir á los hombres en tres grandes grupos: el primero, compuesto de los que no tienen voz ni voto, éstos son eternamente mudos; el segundo se compone de los que tienen voto y no tienen voz, éstos son tartamudos; y el tercero, de los que tienen, amén de su voz y de su voto, los votos y las voces de todos sus conciudadanos.

Más claro, y esta es la última vez que voy á usar de la claridad en este artículo, los primeros son los que no tienen derecho para elegir al que más tarde ha de llamarse su elegido; los segundos son los que pueden nombrar apoderado sin poderle residenciar por el uso que haga de los poderes, y los últimos son los representantes de los primeros y de los segundos y de sí propios; son los padres de la madre que los trajo al mundo, la garganta universal del pueblo, la lengua de todas las lenguas, el verdadero corazón parlamentario.

El representante del pueblo, el que antiguamente llamaron procura-

dor y hoy llaman diputado, es la bocina común del vecindario, el cordón acústico que tienen los pueblos para elevar sus ayes hasta el poder supremo.

El diputado es una trompeta que si la cogen los contribuyentes se te antoja la del juicio final, y si la agarran los empleados no has oído nada más seductor ni más bello que sus tocatas.

El labrador suele aplicársela á los labios para decir que le hagan caminos, porque no tiene medio de acarrear sus granos, y cuanto más sopla tanto más muda está la trompeta. Esto consiste en que el labriego no sabe tocarla ó en que las gentes no saben oirla.

Las viudas no tienen aliento ni para decir que les va faltando, y pocas son las clases menesterosas que saben hacer sonar el instrumento; advirtiéndolo, y esto es muy de advertir, que á veces no consiste la falta de voz en el que sopla, sino en la trompeta, que es muda; porque de cada cien bocinas que el pueblo cree perfectamente sonoras y acústicas, las noventa y siete son de madera y están siempre roncadas y hasta mudas.

Pero de esos parlamentarios que no parlamentan, de esos hombres que hacen profecía de hablar y no hablan, de esos que se encargan de contar lo suyo y lo ajeno y no dicen nada ni de lo ajeno ni de lo suyo, ya nos ocuparemos en el fondo de este cuadro; por ahora ni de la trompeta de latón ni de la de hoja de lata ni de la de madera podemos decir nada.

Demos tiempo al tiempo y no atropellemos el cuadro.

Antes de buscar el apoderadero otorguémosle el poder, y antes de otorgarle el poder busquemos al poderdante.

Ya vendrá el elegido; ahora no viene otra cosa que el *elector*.

II

La *ley electoral* ha tomado el paseo á la inversa y va de lo desconocido á la conocido; pero nosotros no tenemos obligación de seguir el mismo camino que esa señora, y antes de tropezar con el efecto hemos hallado la causa.

Antes de encontrar al elegido hemos topado al elector.

Pasa de veinticinco años, uno, dos, tres ó ciento; por la edad prescribe su derecho; ó es individuo de alguna academia científica, ó doctor, ó licenciado, ó cura, ó juez de primera instancia, ó promotor fiscal, ó empleado activo, ó cesante, ó jubilado, siempre que su sueldo anual llegue á 8.000 reales; y si no es ninguna de esas cosas, será capitán retirado, ó abogado, ó médico, ó cirujano, ó boticario, ó arquitecto, ó pintor, ó maestro de escuela; y en suma, si no ejerce ninguna de esas profesiones, ejercerá la de

contribuyente, y siempre que pague más de 400 reales al año de contribución directa, no tengas duda de que es elector.

Lo único que podemos hacer para que pierda ese derecho, es probarle que está procesado criminalmente, ó que ha padecido pena corporal ó afflictiva ó infamatoria sin haberse lavado la honra, ó que tiene interdicto judicial por tonto ó por loco, ó que está fallido ó intervenido ó apremiado por moroso en el pago de las contribuciones. Cualquiera de estas nulidades y principalmente la última son muy fáciles de alcanzar en estos tiempos en que el apremio suele asistir á casa del contribuyente la víspera del día señalado para el pago: tal es la religiosa puntualidad de los recaudadores.

Pero el elector que yo te presento no tiene ninguna de esas tachas, y si malvendió ó no malvendió su cosecha para pagar las contribuciones, no es cuenta tuya ni del comisionado de apremios. Lo que hay de cierto es que ha pagado con puntualidad sus cuotas, que ha reclamado en tiempo oportuno su inscripción en las listas electorales y que es tan elector como el primero de los electores.

Y el primero de los electores es (con la ley en la mano) el ciudadano cuya honradez y buenas costumbres resultan acreditadas por el pago de 400 reales de contribución directa. Pero como la ley no pasa de ser una colección de reglas y de preceptos que están sujetos á varias excepciones, suele suceder y sucede que el primer elector no es el primero ni aun el último de los contribuyentes, sino un ciudadano cualquiera que no contribuye ni poco ni mucho, y que, por el contrario, vive á expensas de lo contribuido y de lo recaudado.

El derecho electoral de estos individuos tiene por padrino al jefe superior de la provincia, y con esto queda dicho que es el más seguro de todos. Reclaman contra su validez muchos electores invalidados; pero las reclamaciones y las protestas son como la limosna, que casi nunca llega á tiempo de ahorrar la vergüenza y el hambre al necesitado.

Dice la ley que el jefe político, *oyendo* (cuestión de urbanidad) á los alcades y ayuntamientos de los pueblos, recogiendo (aquí está el busilis) de las oficinas de Hacienda los datos convenientes y *valiéndose de otros medios* formará las primeras listas de electores.

Excusado nos parece decir que la ley ha tenido siempre el más exacto cumplimiento. Las autoridades civiles han formado siempre las listas *oyendo* á los alcaldes.

Pero como las distracciones son tan naturales y tan frecuentes en la especie humana, y á nadie se le puede obligar á que oiga todo lo que le dicen, los jefes políticos suelen dejar de oír las rectificaciones que les proponen los alcaldes, y aun muchas veces después de oírlas se quedan como

se queda el que oye llover debajo de techado: enjuto y seco sin que se le haya pegado una sola gota del aguacero.

Por otra parte, preciso es confesar que las reclamaciones de los ayuntamientos y de los particulares son chinchorrerías é impertinencias de lugar que no valen la pena de ser atendidas ni aun escuchadas.

¿Qué importa que veinte ó treinta de los primeros contribuyentes no figuren como electores, si hay en cambio doscientos ó trescientos incluidos en las listas que no pagan contribución alguna? Ultimamente, si no se conforman con la sordera de la autoridad, aún les queda el recurso de acudir en queja á la Audiencia, y como la queja no se pierda en el camino y la Audiencia haga justicia al elector y el jefe político atienda la irrevocable sentencia de la superioridad, aún puede el reclamante alcanzar la dicha de verse incluido en las listas.

No se cuentan muchos casos de esta naturaleza, porque es demasiado trabajoso el camino para alcanzar un empleo sin sueldo que no vale la pena de grandes intrigas. Los electores suelen desmayar y curarse de su noble ambición á las primeras diligencias, y la suerte nada próspera de los que llevaron su tenacidad hasta la última trinchera retrae á muchos del asalto.

Ultimadas las listas con la escrupulosidad que dejamos referida, el jefe político se frota las manos como un general que acaba de concebir un gran plan de batalla y que cuenta con triples fuerzas que el enemigo, y despliega por la provincia sus guerrillas estratégicas.

III

El comisionado de apremios, tipo tan antiguo como la morosidad de los contribuyentes, cuyo origen se ha perdido en la noche de los tiempos, sale á campaña mucho antes de que se publique en la *Gaceta* el decreto convocando las Cortes.

Pero el comisionado de apremios, de cuya antigüedad pudiera suministrarnos algunos informes el célebre manco de Lepanto, ha sido una de las ruedas administrativas que más adelantos han merecido y más reformas han logrado en el gran taller de la industria política. La madre que le parió, que fué sin duda alguna la miseria de los contribuyentes, y el padre que le engendrara, que no fué otro sino el desacierto de los gobernantes, difícilmente le reconocerían hoy que ha cambiado su nombre de pila por los de *agente investigador, comisionado de estadística, conservador de montes y encargado especial para hacer las elecciones*.

Este ministro plenipotenciario, del cual no hace mención la ley electoral, es, sin embargo, la primera rueda que funciona en los distritos elec-

torales con el único y exclusivo objeto de *hacer las elecciones*. Frase sacramental de los gobiernos constitucionales, cuya elocuencia histórica podría muy bien ahorrarnos el trabajo de escribir este artículo.

Si los electores de nuestras pequeñas aldeas viesen al comisionado despedirse en un paseo público de sus amigos, diciéndoles á voces que va á *hacer las elecciones* de tal ó cual provincia, no abandonarían sus hogares, sus quehaceres y sus familias para ir á la capital del distrito á cumplir el más importante deber de los ciudadanos. Ó se sublevarían contra esa interpretación de la ley, ó resignarían su derecho en el hombre que va á hacer por sí solo lo que ellos creen que no puede hacerse sino con el general concurso de los electores, ó finalmente, creerían que las palabras del comisionado eran una pura baladronada.

Pero no es tal en efecto, y para que el lector tenga una cabal idea del oficio en cuestión, vamos á ensayar un bosquejo de la gran fábrica electoral.

IV

Pasa la escena en el despacho del ministro del ramo. El ramo de las elecciones pende del árbol administrativo conocido con el nombre de Gobernación del Estado.

El ministro no está solo; le acompaña un oficial de su confianza. Este destino, en tiempo de elecciones, viene á ser otra de las metamorfosis del comisionado de apremios.

Tienen delante de sí un gran estado en papel bristol, y de acuerdo con el jefe el oficial va haciendo diferentes signos al margen y en las casillas de observaciones.

—¿Cuántos nos faltan?—pregunta S. E.

—¿Cuántos nos sobran?—replica con sorna, aunque respetuosamente, el privado del ministro.

—Pues qué, ¿tenemos ya arreglados los trescientos cuarenta y nueve distritos?

—Sí, señor; todos, aunque yo desconfío del jefe político de....

—No tenga usted cuidado, son buenos todos, y como saben lo que les va en ello, ya verán de andar listos. Pero el caso es que yo no quiero ganar todos los distritos; es preciso dejar algunos para la oposición extrema, porque si no hay claroscuro en la Cámara, todo se lo llevó el diablo y moriremos de plétora, que no sería la primera vez.

—Y á la oposición de casa, ¿cuántos les dejamos?—pregunta el oficial sonriendo.

—Ninguno—contesta el jefe incomodado.—Lo primero que ha de en-

cargar usted á los jefes políticos es que á todo trance impidan el triunfo de los candidatos de esa fracción desleal; á todo trance, aun apoyando en último caso y cuando no se pueda pasar por otro punto á los absolutistas y hasta á los demócratas y á los republicanos si hubiese alguno.

—¿Cuántos diputados de oposición quiere usted que vengan al Congreso?

—Doce ó catorce de los menos conocidos y tres ó cuatro notabilidades de esas cuya elección no se puede combatir sin grandes infracciones de ley....

—Pues en ese caso, en el distrito de..... hay que dejar que triunfe el candidato de la oposición.

—De ningún modo, porque se le ha ofrecido ya al general R....

—Vamos á quedar desairados.

—Con el jefe político que había sí, con el que he nombrado para que haga la elección no tenga usted cuidado.

—Tendrá que andar á palos con los electores, porque á pesar de cuanto se ha hecho en las listas, tienen mayoría los contrarios.

—No tenga usted cuidado; ese distrito es seguro, añade el ministro.

Y sacando de la cartera un manojo de cartas dice:

—Ahora vamos á ver si acabamos de dar gusto á los candidatos.

—La mayor parte no saben lo que piden y nos van á echar á perder la elección en algún distrito. El marqués de X.... se ha empeñado en que ha de salir por su provincia, y ya ve usted lo que dice el jefe.

—Bien, yo haré que desista y le acomodaremos en cualquiera otro distrito ó en segundas elecciones. A esta carta, añade S. E., conteste usted que haré lo que se desea, y que se extiendan hoy los nombramientos de esos corregidores.

—Los periódicos van á poner el grito en los cielos cuando sepan que en un solo distrito y para dos pueblos de cuatro casas se crean dos corregidores.

—Digan lo que quieran, no nos han de hacer mucho daño, porque ya anoche interpele al señor N.... para que no anduviera tan parco en las recogidas.

—Y á este otro ¿qué se le dice?—pregunta el oficial, enseñando al jefe una carta.

—Que sí, que sí, que se hará si es necesario. Pero no dé usted la orden por el correo. De palabra se le dirá al comisionado, para que se lo comunique al jefe, que si la cosa anduviese mal parada, la víspera de la elección á última hora cambie el lugar de la cabeza de sección.

—Es un rodeo de siete leguas para la mayor parte de los electores—dice el oficial sonriendo.

—No llegará el caso de hacerse ese cambio—replica el ministro,—como no llegaría nunca el de recurrir á las medidas violentas si los jefes tuviesen habilidad para conquistar á los caciques de los partidos, que en ninguna provincia pasan de tres ó cuatro. La autoridad manda mucha fuerza, y no hay elector que se niegue á seguir sus indicaciones.

—¡El partido avanzado está trabajando mucho!—exclama el oficial de confianza.

—Cuando ellos van, yo vuelvo—contesta el ministro con orgullo,—y por esta vez se llevan chasco, porque lucharé en todos los terrenos.

Renunciamos á copiar la humilísima lisonja con que el privado contesta á la arrogancia del jefe, y dejamos que se abra la mampara para que entre á ver á S. E. el hombre que va á *hacer las elecciones* de la provincia de....

—¿Es la de vámonos?—le dice el ministro.

—Si V. E. no manda otra cosa....—contesta el comisionado.

—Nada, lo dicho; á ponerse de acuerdo con el jefe, y á no dormirse; lo demás corre de mi cuenta. A ver cómo ganamos nueve distritos.

—Los diez son seguros, Excmo. señor—dice el comisionado, y haciendo una profunda cortesía se sale del despacho.

La persona que entra en seguida ni hace reverencia ni da tratamiento al ministro; pero se pone colorado al pasar el umbral de la puerta y se acerca á la mesa con humildad.

—¿Cómo va, marqués? ¿Qué noticias hay de la provincia? Yo ya le hacía á usted camino de su distrito.

—No me he marchado—contesta el marqués—porque aún no lo tengo todo corriente.

—Por mi parte—dice S. E.—no creo que haya nada pendiente.

—No, señor; usted ya me ha dado los nombramientos de esos administradores de correos y el de comisario de policía; pero al de Gracia y Justicia no le puedo arrancar el de un juez de primera instancia que necesito, porque dice que no se atreve á dejar cesante al que hay en la actualidad y que él me responde de su buen comportamiento. ¡Figúrese usted que acaba de sentenciar dos pleitos en contra mía!

—Y al de Estado ¿le sacó usted ya las cruces que le pidió para aquellos electores?

—Todo lo tengo en mi poder; hasta los honores de intendente de marina para un pájaro que dará treinta votos, y también el de Hacienda me ha servido en regla. Si el jefe político nombra los estanqueros que yo le diga, salgo por unanimidad.

—Mucho me alegraré de tenerle á usted por compañero en las Cortes—dice el ministro.

—¿Usted saldrá por más de un distrito?—replica el candidato.

—Supongo que me elegirán por cuatro ó cinco—contesta S. E.

Y despide al marqués para recibir en secreto á un candidato de oposición que va á reconocer en el gobierno el derecho de intervenir oficialmente en las elecciones, rogando al ministro, no que recomiende su candidatura, porque eso sería *indigno de sus principios políticos*, sino que retire la ministerial.

Nosotros corremos el telón, porque ni antes ni después de oír lo que pase en esa pudorosa entrevista podremos comprender la metafísica dignidad de ese candidato independiente.

V

Y abandonando la corte nos trasladaremos á la capital de una provincia cualquiera. En tiempo de elecciones todas son iguales.

Tropezaremos en el camino y aun vendrán con nosotros en el coche algunos candidatos de oposición, de esos que asisten en persona á luchar si hay lucha, ó simplemente á presenciar su derrota.

Seguiremos los pasos á más de uno de ellos para que pueda el lector tener una idea exacta de las distintas especies en que se divide la gran familia del aspirante á la progenitura nacional.

El primero de todos es, á nuestro juicio, el que se propone alcanzar los votos de sus conciudadanos sin que pueda contar ni con el suyo propio porque no es elector, ni con el de su criado porque no existe el sufragio universal.

Dios hizo el mundo de la nada, y nosotros, perdónesenos este orgullo satánico, queremos hacer un diputado de la nada.

Y no hemos de acudir para ese milagro al martinete del ministerio, donde, como sabe el lector, se forjan y se arreglan á gusto del consumidor y á despecho del consumido, sino que lo haremos con nuestras propias fuerzas, contando únicamente con la constancia y el tesón del interesado.

Supongamos un hombre á quien se le antoja ser diputado á Cortes. Este primer síntoma de la enfermedad parlamentaria es indispensable. El destino de padre de la patria no es carga concejil; el país sería capaz de estarse toda la vida sin averiguar quiénes eran sus padres. Es, pues, indispensable acudir con un memorial á las urnas.

Supongamos también que el antojadizo ciudadano no tiene noticia de que haya llegado la de su existencia á ningún rincón de la península. En semejante caso necesita dar por sí propio la noticia de sí mismo y decir que tiene la edad que marca la ley, con los demás requisitos anejos al

caso. Si le faltare alguno, aunque sea el de poder acreditar que contribuye al mantenimiento de la mesa redonda de los empleados, eso importa poco; ya diremos cómo se arreglan esas impertinencias de la ley.

Sigamos las suposiciones.

Hemos dado por cosa segura que el aspirante no tiene ningún distrito electoral que le solicite para darle sus poderes ante la representación nacional, y lo que es más aún, que no tiene patria de quien pueda esperar que le llame padre. Queremos suponer también que no tiene amigos influyentes que hagan su presentación á los electores incluyendo su nombre en alguna candidatura, y decididos como estamos á presuponer dificultades, también se nos antoja que le falta un amigo periodista, un gacetillero conocido, un corresponsal cuando menos de un diario político.

Imposible y hasta fabulosa le parecerá al lector tanta desnudez de amistades, sobre todo la del gacetillero, que son por la necesidad del oficio amigos de todo el mundo; pero es, sin embargo, cierto el aislamiento del candidato. Le falta, no ya un redactor de fondo que anuncie seriamente que «en tal ó cual distrito se piensa votar al muy simpático joven D. N. N.,» sino hasta un gacetillero que le dedique un «*parece* que el apreciable D. N. N. se presenta candidato para la diputación por el distrito de C*** con grandes probabilidades de triunfo.» Y por último, no hay un corresponsal de periódico que al final de una carta sobre elecciones añada esta tan usual como inofensiva línea: «También se cita entre los candidatos á un D. N. N.»

Todo eso le falta, y aun así no desiste de obtener las simpatías de gentes á quienes no conoce para defender intereses que no ha visto y de que nadie le ha hablado.

He ahí lo que se llama un candidato perfectamente *cunero*.

Pero si Dios, de una deleznable porción de barro le hizo hombre, justo es que el ya hombre se haga hombre-diputado. Que si con paciencia, virtud y anhelo se gana el cielo, con arrojo, descaro y *sans-façon* se alcanza la diputación.

Son trescientas cuarenta y nueve las plazas vacantes al publicarse el decreto de convocatoria, y el candidato sería dueño de dirigir un memorial á cada uno de los trescientos cuarenta y nueve colegios electorales, ó de elegir entre todos los que primero se le antojaran, ó de fijarse en uno solo.

Nosotros, que somos los maestros directores de esta empresa, le aconsejamos que adopte el último partido. Que se fije y ponga los puntos á un solo distrito.

¿Y ha de ser el suyo propio, el que le vió nacer, el que produjo el espliego con que le perfumaron los pañales que usaba cuando niño?

No, y mil veces no. ¡Detente, candidato, detente! No malogres tu parlamentario propósito con empresa tan arriesgada. Dios, por tu desgracia, habrá permitido que viva aún aquel maestro de escuela que ahogaba los gritos de su ignorancia zurrándote el pellejo, y dirá á los electores que no te voten porque eres un bárbaro. El cura, persona muy influyente en la materia, se reirá en la tertulia del boticario de que aspire á ser diputado el chiquillo travieso que llevó calabazas en el examen del Catecismo. Y por último, los electores, que son en su mayor parte tus compañeros de escuela, creerán al votarte que eligen diputado al muchacho que les acompañaba á saltar las tapias del huerto para robar las brevas de la higuera de las Bernardas, y no se atreverán á echar tu nombre en las urnas.

Acuérdate del refrán que dice «nadie es profeta en su patria,» y no olvides que el gran Federico aseguraba y el no menos grande Napoleón repetía que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara.»

Huye lejos, muy lejos de la tierra que te mató el hambre infantil con sus doradas espigas, y fíjate en otro distrito cualquiera, seguro de que el que ahora elijas, ese será más tarde tu *distrito natural*, como dicen los parlamentarios.

¿Pero piensas tomar al pie de la letra mi consejo de hacer un memorial ó lo que la ciencia conoce con el nombre de programa? ¿Has determinado ir lisa y llanamente por el camino más corto diciendo á los electores quién eres, quiénes son ellos, cuáles son sus necesidades, cuál es la tuya y cómo te prometes remediarlas todas si ellos te prometen y te cumplen la palabra de hacerte diputado?

Eso es, ni más ni menos, lo que se hace en Inglaterra y en otros países parlamentarios de profesión; pero yo te aconsejo que no lo hagas.

No tomes el camino más corto, que en materia de elecciones suele ser el más largo; vente conmigo y yo te probaré que en cuestiones electorales la práctica ha demostrado que las matemáticas se equivocan al sostener que la recta es más corta que la curva.

Me será difícil, acaso imposible, hacerte desde luego diputado, porque esa receta sólo la tiene el ministerio con privilegio de invención y explotación; pero te haré candidato. Y como tu nombre entre en las urnas, por desairado que salga en las primeras elecciones, ya triunfaremos en las segundas.

Los periódicos no quieren anunciar tu nombre, y no me importa. Por esta razón me opongo á que hagas el programa. Si se ocuparan de él sería para hacer burla y decir que te anunciabas donde no había una sola persona que te conociera, y quiero probarles todo lo contrario.

No vas á pedir, vas á negar; en vez de empezar por el primer acto, vamos á principiar por el segundo.

Con tu dinero en la mano no habrá periódico que se niegue á insertar un remitido, y ese es el primer paso que vas á dar para ser candidato, escribir un remitido.

Te le ajustarán á tanto más cuanto la línea, y le haremos corto para que no te cueste mucho dinero. Coge la pluma y escribe:

«Sr. Director de *El Entendimiento*.

»Muy señor mío y de toda mi consideración: Los numerosos amigos con cuyo aprecio me honro en la provincia de B*** se han empeñado en dispensarme la altísima honra de proponerme como candidato para diputado á Cortes por el distrito de C*** en las próximas elecciones. Ya he contestado particularmente á algunos de ellos, manifestándoles cuán grato sería para mí tener todas las grandes cualidades de que necesita estar revestido el que aspire á merecer tan elevado cargo. No cedo á nadie ni en patriotismo ni en abnegación ni en constancia y valor para defender con los intereses generales de la nación los de esa hermosa cuanto desgraciada provincia, y muy especialmente los del distrito de C***, llamado por su posición geográfica, por la naturaleza del terreno y por la inteligencia de sus habitantes á ocupar otro lugar del que hoy tiene, á ser la más rica porción de nuestra península. En defensa de esos sagrados intereses y de la ley fundamental sabría desafiar contra mí toda la tiranía de los gobiernos despóticos y no expiraría la palabra en mis labios aun cuando viera alzarse sobre mi cabeza la cuchilla del verdugo.

»Pero contra estos deseos, que han sido siempre el bello ideal de mi vida política; contra esas aspiraciones y esa fuerza de voluntad, que tanto he probado en las adversidades de mi carrera constitucional, están las consideraciones que dejo expuestas anteriormente.

»Nadie me ganaría á servir con desinterés y patriotismo el cargo de diputado, pero muchos pueden aventajarme en ilustración y en otros títulos más dignos de la estimación de sus conciudadanos que los escasos que yo tengo.

»Que elijan uno entre tantos nombres ilustres los electores del distrito de C*** y que le honren con sus sufragios.

»Yo permaneceré en la vida privada á que me he condenado hace algún tiempo, aunque considerándome desde este día como el representante, como el amigo de todos los electores, sin distinción de partidos.

»A todos les ruego que me permitan envanecerme con ese título y que me den órdenes, en la seguridad de que no quedarán defraudadas sus esperanzas.

»Y usted, señor director de *El Entendimiento*, me perdonará la mo-

lestia que le he ocasionado con esta carta; pero he querido hacer órgano de mis sentimientos al periódico que tan dignamente dirige, por el talento y el patriotismo con que defiende las cuestiones vitales de este infortunado país.

»Soy de usted, etc., etc., etc.»

—¡Pero semejante carta—dirá el aspirante á la diputación—me cierra la puerta del Parlamento! ¡Esa acción de gracias y esa negativa tan enérgica me inhabilitan para pretender la diputación en otras elecciones! ¡De ese documento se reirán los electores como del manifiesto, porque ninguno me ha escrito nada, porque nadie se ha acordado del santo de mi nombre!

Y si tal dice el aspirante, se engaña.

El director del periódico será el primero que, agradecido al último párrafo, la insertará recomendándola al público y diciendo que semejante abnegación debería tener muchos imitadores; las gentes todas sabrán que hay un D. N. N. en quien se ha pensado para representante del país, y en cuanto á los electores del distrito, ninguno se atreverá á decir que él no le ha propuesto y muchos se figurarán que le habían escrito. Otros le dirigirán cargos porque rehusa la diputación siendo un hombre independiente y de verdadero patriotismo; y empezada la correspondencia, ya está hecho el milagro. Con más ó menos fortuna será candidato.

Hasta que ocurran nuevas elecciones debe conservar una activa correspondencia con *sus electores*, los cuales le honrarán con diferentes encargos, y muchos de los mismos que no le votaron querrán pasar por tales á sus ojos, acudiendo en queja del diputado del distrito, y diciendo aquello de «yo le aseguro que en otra elección no ha de tener ni un voto.»

Por supuesto que nada nos importa que se los den todos, menos la mitad más uno, que son los que necesitamos para sacar airoso á nuestro aspirante.

Y saldrá sin gran trabajo, porque apenas se oiga circular su nombre, y entonces viene de molde el programa, nadie preguntará «¿quién es?,» sino que todos dirán: «este es aquel candidato que en las elecciones pasadas no quiso salir diputado.»

Con semejante receta, es probado, puede cualquier mortal que pase de veinticinco años tomar asiento en la asamblea, y llamar á la patria á boca llena hija suya.

Algunas veces exige mayor constancia, y no se logra hasta la tercera ó cuarta embestida; pero el sistema es infalible, y sólo puede fracasar si se empeña en ello el fabricante universal de elecciones, á cuyos talleres volvemos la cara para ver al maestro de la fragua sucursal de una provincia.

VI

Llegamos a mal tiempo. S. S. ha salido á girar una visita por los pueblos de su mando.

Desde que se encargó de gobernar la provincia pensó en buscar á domicilio los cumplimientos de sus gobernados; se propuso estudiar las necesidades de los pueblos, echar un tanto á la capacidad de los alcaldes y buscar el chichón del magisterio en la cabeza de los profesores de instrucción primaria, con otras averiguaciones de no escasa valía; pero tuvo pereza de montar á caballo, y cuando sonó la trompeta del gobierno llamando á juicio á los electores, aún no había llevado á cabo su paternal pensamiento.

Estaba en descubierto con todos sus feligreses, y era preciso no prolongar la falta por más tiempo.

Salió, pues, á campaña, acompañado del comisario de montes, del investigador de contribuciones y de algunos otros funcionarios, conocedores todos del terreno que pensaba recorrer S. S., cuya persona y las de su comitiva iban suficientemente amparadas contra una mala voluntad, un testigo falso y una mala hora, por el amor de los pueblos..... y una fuerte escolta de la guardia civil.

No tiene la ronda precisión absoluta de visitar todos los distritos, porque ya antes de emprender el viaje les ha marcado la aguja electoral los pueblos en que es indispensable su presencia, y sólo en ellos echan pie á tierra, dirigiendo sus pasos á la vivienda del elector más influyente del distrito.

Si el alcalde es persona independiente, que no por ser muy rara esta fruta en el árbol de las modernas administraciones deja de cogerse alguna en sazón, acude presuroso á felicitar al jefe político, dándose por sentido de que no haya elegido su casa para tomar algún descanso y aparentando no conocer ó desconociendo de buena fe el verdadero y el único objeto de la visita.

Háblale de buenas á primeras del estado en que se encuentra la instrucción primaria, de los caminos vecinales, de los monumentos artísticos que se están deteriorando por falta de fondos para su conservación, y el jefe suele interrumpir la letanía diciéndole:

—Ya nos ocuparemos de todos esos asuntos, y otro día vendré expresamente á visitar la escuela, aunque, vigilada por usted, señor alcalde, y por los dignos individuos del ayuntamiento, creo que es excusada mi intervención.

El alcalde y los demás concejales sacuden la cabeza en acción de gracias, y el jefe añade:

—La visita que hoy hago á ustedes tiene otro objeto más importante, aunque menos grato para mí; pero lo he demorado cuanto me ha sido posible, y ya me veo cada día más estrechado por el gobierno de S. M. la Reina (q. D. g.).

El jefe se alza en pie para dar mayor solemnidad á sus palabras, y continúa diciendo:

—Están ustedes muy atrasados en la recaudación de la territorial, y es preciso que en esta semana quede entregado en caja el completo de esa contribución.

—Pero, señor jefe—replica el alcalde,—ya sabe V. S. en lo que consiste ese retraso, que humanamente no podemos remediar nosotros.

—Ni yo tampoco—responde el jefe;—pero no puedo esperar más tiempo; y usted, señor comisario—añade, dirigiéndose al de montes, que le acompaña,—aproveche usted la estancia aquí para evacuar las citas que falten en ese expediente de la corta de leñas, porque mañana mismo lo hemos de remitir al ministro.

—Está concluído—contesta el comisario—y sólo falta que usted providencie lo que tenga por conveniente.

—Lo que resulte probado en el expediente con arreglo á la ordenanza del ramo.

En vano apelan los concejales protestando de su inocencia y asegurando que la mala fe de los vecinos del pueblo inmediato es la que les ha traído ese compromiso.

El jefe se hace el sordo, y alzándose en pie para volver á tomar los caballos, se dirige al dueño de la casa, no al alcalde, y como quien habla del tiempo ó de cosa más indiferente le dice:

—¿Y cómo vamos de elecciones? ¿Se trabaja mucho?

—Pregúnteselo usted al señor alcalde—replica el candidato electoral ministerial,—que me parece que esta vez vamos á batir un poco el cobre.

—¿No están ustedes de acuerdo en el candidato?—dice el jefe sonriendo.

—Si el gobierno insiste en que se vote al que nos ha recomendado V. S.—interrumpe el alcalde,—será imposible ganar la elección.

—¿Y por qué?—dice el elector influyente.

—Porque está desprestigiado en el país.

—Ustedes se arreglarán como gusten—replica el jefe despidiéndose;—yo en materia de elecciones no hago más que indicar la persona que me parece más á propósito; pero cada uno es dueño de hacer lo que guste en la votación.

—Es decir, que V. S. no tiene empeño ni compromiso con ese candidato?—pregunta inocentísimamente el bienaventurado alcalde.

—Yo no vengo á tratar de elecciones—dice secamente la autoridad superior de la provincia;—vengo á que salgan ustedes del descubierto de la contribución y á avisarles del resultado de la corta de leñas.

Y volviendo á montar á caballo sigue su peregrinación electoral, deteniéndose en algunos pueblos, pasando de largo por otros y llamando no pocas veces al camino á electores determinados con quienes *transige* expedientes gubernativos por ahorrar disgustos á sus gobernados, y si *de paso* gana algunos votos y algunas influencias, eso se tiene para el día de mañana.

Rara vez regresa á la capital descontento de su correría, y antes de vaciar la alforja de la Providencia, que viene repleta de sufragios, escribe una carta al ministro, asegurándole la elección de todos los distritos de la provincia, ó poniéndole algunas dificultades, por aquello de que lo que poco cuesta poco se estima, ó diciéndole, cosa muy frecuente, que tiene seguridad de triunfar, pero que para conseguirlo ha hecho ofertas que no podrá cumplir, y que es indispensable su traslación después de las elecciones.

Instálase acto continuo en la oficina, recibiendo sin distinción y contra costumbre á todas las horas del día y de la noche, hasta que llega el primer día de la elección.

VII

En este momento supremo se declara en sesión permanente, recibiendo por minutos avisos de la marcha que lleva la elección en los distritos de la capital, y no almuerza tranquilo hasta que tiene noticia de haberse ganado las mesas. Y no porque de antemano no tenga la seguridad de que ha de suceder así, sino porque necesita imaginar esa alegría y esa sorpresa para engañarse á sí propio, creyendo que real y verdaderamente se ha consultado la voluntad de los electores y que entre éstos no hay ninguno que no tenga los requisitos legales, siendo así que le consta y sabe que, á falta de otros mejores, se han copiado en las listas dos docenas ó más de lápidas sepulcrales, contra cuyos nombres protestan atemorizados los propios herederos del difunto; el cual no viene á reclamar otra cosa que el derecho electoral, y le usa dejando la guadaña á la puerta del *colegio*, donde no es permitido entrar con armas, y depositando tranquilamente su voto. Cosa en extremo curiosa ver un muerto que demanda sufragios por su alma, alzarse del sepulcro para echar su óbolo de voluntad nacional en el cepillo de las ánimas parlamentarias.

En los distritos rurales, de los que recibe noticias á cada momento la autoridad de la provincia, anda la marimorena si la oposición se obstina

en luchar contra el candidato del ministerio, y allí donde tal cosa acontece puede decirse que hay verdadera elección. Las que se hacen en paz y en gracia de Dios, con arreglo al programa del ministerio, apenas pueden llamarse simulacros.

Redúcense á correr los polizontes de un lado para otro, acarreando sufragios de carne y hueso en locomotoras de hueso y carne si lo requiere la distancia, ó arrastrándolos suavemente por el brazo para que ejerzan libremente el derecho electoral.

Tómanse asimismo el trabajo de escribir las papeletas, y entran y salen en el comicio como los verdaderos amos del cotarro.

Hacen lo mismo, aunque con mayor reserva y más humildad, los jefes del bando contrario, y es cosa de ver los caminos en días de elección llenos de carruajes de todas especies acarreando votos á las urnas.

En cuanto á los candidatos, si asisten en persona á la lucha tienen dispuestos sus respectivos comedores, perfectamente surtidos de apetitosos manjares y de no menos excitantes vinos. Para tener entrada en esos refectorios se necesitan las mismas cualidades que para acercarse á las urnas: estar incluido en las listas y afiliado en alguno de los dos bandos que se disputan la elección. ¡Pero infeliz del elector que habiendo votado por uno, entre distraído en el comedero del contrario! ¡Cara podrá costarle su opinión política, pero más cara le saldrá de seguro su votación gastronómica!

VIII

De las escenas que dejamos referidas, y de otras muchas que de intento y por rubor hemos callado, nacen multitud de episodios que nos sería imposible narrar, no ya en este cuadro monstruo, que sin querer hemos escrito abusando de la paciencia de los lectores, sino en otro de mayores dimensiones.

Las peripecias del sistema electoral, tal cual le practican los gobiernos constitucionales, son infinitas, si bien conducen todas al mismo resultado, aunque por distintos caminos.

Y para que el lector conozca hasta qué punto hemos sido parcos en este cuadro que ya le parecerá eterno, y para que los interesados nos perdonen lo que hemos dicho en gracia de lo que hemos dejado por decir, les recordaremos que hemos pasado en silencio todas las *medidas de gobierno* que suelen ponerse en práctica á última hora.

Ni hemos adelantado el reloj del ayuntamiento para ganar la mesa, ni hemos movido un alboroto para anular el acto por haberla perdido, ni nos hemos ocupado de cortar *in extremis* un puente para que los electo-

res de tal ó cual sección tengan que optar entre ahogarse ó llegar tarde á la votación, ni se nos ha ocurrido hacer que el elector más influyente vaya de buen grado ó por fuerza á la capital el primer día de la elección..... Nada de eso hemos hecho, y á pesar de todo, hemos triunfado en todos los distritos, y en algunos de ellos por *unanimidad*.

Resultado este último tan sospechoso como las cuentas de los mayordomos cuando resultan al maravedí.

Finalmente, el ministro está muy ocupado y no despacha nada en los días que dura la elección, asombrándose como de cosa inesperada cada vez que le dicen haberse ganado algún distrito; y se lo dicen muy á menudo, de día y de noche, los extraordinarios de á pie y de á caballo que llegan de todos los puntos de la península, y *el telégrafo óptico*, que trabaja en tiempo de elecciones con más ardor que los molinos del hidalgo manchego.

Hecho el escrutinio en toda la península, el gobierno se envanece de su obra.

Los *colegios electorales* han sido dóciles á la voz del rector de la universidad electoral.





CUADRO XVII

EL TE Y EL CHOCOLATE

He aquí dos nombres que hoy se escriben juntos en todas las tiendas de ultramarinos y en todos los cafés y en todas las fondas, y que sin embargo han vivido por espacio de muchos años enteramente separados, sirviendo cada uno de ellos de bandera de guerra á dos distintos bandos sociales, á dos grandes partidos políticos y á dos irreconciliables escuelas filosóficas: el te y el chocolate, ó lo que es lo mismo, la filantropía inglesa y la caridad española, el patriota y el fraile, la dama aristocrática y la monja descalza; el te y el chocolate, ó como si dijéramos, la civilización y el obscurantismo, la libertad y la tiranía, la soberanía nacional y el poder absoluto.

La historia del te en España es la historia de nuestra regeneración social y política. Su importación de la China y su uso y su abuso son la historia del uso y el abuso de nuestras libertades. En las hojas del te está escrita la vida y milagros de la mitad de este siglo.

Yo te aseguro, lector, aunque me tengas por demasiado sentimental y romántico, que no puedo sorber una taza de te sin pensar en las conquistas de la civilización, ni aspirar el aroma de sus hojas sin sentir los aromas del árbol de la libertad.

Pero la historia del te, su peregrinación desde las Indias Orientales, su entrada de contrabando, sus cuarentenas en los lazaretos de farmacia y su tránsito desde la anaquelera del boticario á las despensas de todas

las casas, aunque sería muy interesante no merecería fijar mi atención ni excitar la de los lectores. Mientras el te fué un simple ciudadano botánico, sustituto cuando mucho de la salvia ó de la flor de tila, pero siempre avasallado por la amapola y la flor de malva, no tenía otro trato que el de los enfermos de poco más ó menos, ni pisaba otros salones que los del hospital, ni abría sus hojas en otras vasijas que en las de Alcorecón, ni soltaba su esencia en otros vasos que en las tazas de Talavera. Hasta que el sufragio universal ó la libre elección de los españoles no le hubo sacado de las boticas y de los hospitales para llevarle al palacio de los reyes y á los salones de la aristocracia, su historia ofrece poco interés. Cuando dejó de ser un simple ciudadano en el herbario de los naturalistas, y perdiendo su humilde condición de sudorífico adquirió el rango de emperador de las aguas cocidas, rey de las infusiones aromáticas y soberano y señor de todas las bebidas de placer y de salubridad, entonces empezó su historia.

Los mismos que mientras perteneció á la plebe de las hierbas medicinales le cocieron y le abrasaron en pucheros de Alcorecón, prohibieron que se le hirviera y mandaron que se le dejara abrirse á sus anchas en vasijas de plata, que en honra suya se llamaron *teteras*, y que no le vertieran menos que en tazas de china y aun de oro, sobre azafates de plata y usando guante para evitar toda profanación los criados que habían de manejarle y servirle.

Hasta el día del sufragio universal el padre Terreros le trataba de «hoja con la cual se hace un cocimiento muy raro, que dicen, añadía el padre, que cura la gota y el mal de piedra.» Otros, como Simón Paulo, un médico de cámara de Dinamarca, decían que en Europa no tenía los efectos que en Asia, y que pasados los cuarenta años nadie debía usarlo, porque desecaba y abreviaba la vida. D. Tomás Iriarte, que no era médico y debía estar exento de ojeriza, también le echó á reñir con la salvia en una de sus fábulas, suponiendo que ésta se iba á las Indias, donde la compraban á buen precio, mientras aquí la abandonábamos por el te.

Pero todas estas rivalidades eran dentro de los hospitales y las boticas. Los grandes círculos de la sociedad no tomaron parte en la contienda, hasta que el te invadió los comedores y las salas y los gabinetes y quiso hombréar con el chocolate.

Cuando este perezoso americano, que estaba en quieta y pacífica posesión de todos los estómagos y que era árbitro de todos los secretos de las familias, incluso los de las comunidades religiosas y aun los de los inquisidores, vió que un chino venía á arrojarle del trono y del confesionario, en que había estado por espacio de tantos siglos, se echó á reír y siguió entrando y saliendo en las tertulias y en el locutorio y en los tribunales.

Entraba en la celda de la monja, y ésta, en vez de echarse el velo á la cara, se lo alzaba para besar con más comodidad á su amado; la joven soltera recibía el morenillo en la cama, y en suma, por más que el chocolate oía decir (porque ya hemos dicho que para él no había secretos) que el te iba ganando terreno, á él le parecía que no perdía el suyo y volvió á encerrarse en su chocolatera de barro ó de latón, riéndose de que el te para ser algo tuviera necesidad de andar en vasija de plata. Incomodóse algún tanto cuando supo que la leche le había hecho la infidelidad de admitir los requiebros del te y aun de contraer matrimonio con él; pero tampoco esta noticia le hizo perder su pereza americana. Confiaba en que el café le declararía la guerra, y de ese modo creía verse libre de ambos rivales.

Se hizo potencia neutral, diplomacia pancista aprendida en los conventos de frailes, y esta fué la causa de su perdición.

Había oído decir tantas veces que á tal ó cual ministro le habían *engañado como á un chino*, que no creyó que el te viniendo de la China fuera un sabio.

Pero el chocolate fué el engañado, porque el te entrando por las narices se subió pronto á las cabezas, y como éstas andaban trastornadas por los bandos políticos, propuso á los hombres que le parecieron de más acción, á los revolucionarios más calientes, que le tomaran por símbolo de combate, y desde ese momento creyó asegurado el triunfo de su causa.

Inspiró con su aroma los mejores sermones políticos y los más fogosos discursos patrióticos; desveló á los conspiradores, hizo pasar las noches en vela á los periodistas, y cuando los unos estaban inspirados y los otros mal dormidos, les hizo un argumento incontestable. Les dijo que los frailes, las monjas y los inquisidores habían sido siempre los grandes consumidores del chocolate, y que siendo todos ellos los mayores enemigos de la civilización la consecuencia era forzosa: el chocolate era un brebaje absolutista, enemigo de las luces y de la civilización. Trató para mayor disimulo de suponer que el chocolate no era el único reaccionario, sino que estaba unido con los garbanzos y con las sopas de ajo, y dijo que en Inglaterra y en Francia, países clásicos de la libertad, no se usaba el cocido ni el chocolate ni las sopas de ajo, y con esto creyó tan asegurada la suerte de sus hojas como la de las hojas del Código fundamental de la monarquía.

Dejaron muchas gentes de comer garbanzos y otras de decir que los comían; dieron los médicos en opinar que el chocolate era ardiente, y el pobre americano, ardiendo en ira, se retiró á los conventos y á las casas de los carlistas.

Desde entonces el antagonismo de las dos bebidas ha sido profundo y el odio de los bandos irreconciliable; y aunque hoy ha vuelto el chocolate á las tertulias públicas y á las grandes reuniones aristocráticas es porque ha dejado de ser neutral, es porque su mal aconsejada diplomacia de antaño le ha obligado á humillarse transigiendo con el espíritu moderno; buscando á las máquinas para que le muelan el cacao, á la vainilla para que le dé aromas y á los reposteros para que le cuezan en vasijas de plata. Si hubiera continuado firme en sus creencias reaccionarias; si el hombre siguiera labrándole á brazo y empleando dos días en cada tarea, ó habría vencido en la lucha, y en ese caso conservaría la pureza de sus principios americanos, ó habría desaparecido del mundo con honra. No lo ha hecho así, y está tocando los efectos de su reprehensible pereza y de su funesta neutralidad.

Pero él y su antagonista no se mezclaron directamente en nada después que el segundo hubo inflamado los ánimos de los reformistas. Grandes ejércitos de ocupación vinieron de la China, reforzándose á menudo las guarniciones en todos los pueblos de España, y el te es hoy el símbolo de la civilización y del buen tono.

El te negro, el te verde, el te imperial y el te perla han producido una gran porción de tes.

Hay tes políticos y tes literarios y tes artísticos y tes magnéticos y tes sonámbulos y tes parlantes y tes músicos y tes *dansant*, que son la crema de los tes y el refinamiento de la civilización. También los que juegan al tresillo y los que juegan con la tranquilidad pública se reúnen á tomar el te, y así como antiguamente cruzaban las espadas jurando sobre ellas antes de empezar á conspirar, ahora nadie conspira sin beber una taza de la infusión china. Y quien dice una taza es como si dijera una docena, porque el te no es como el chocolate, que se daba á jícara por barba, sino que se tiene por más amigo de la casa y por mayor literato y más distinguido artista al que sorbe mayor número de tazas. Y no hay manera de rehusar el obsequio, porque pareciéndonos que el te estaba poco honrado si le servían los criados aunque lo hicieran con guante blanco, hemos dispuesto que lo sirvan las mismas señoras de la casa; distinción que en tiempo del chocolate sólo alcanzaba algún padre definidor ó guardián, como ha visto el lector en la primera parte de esta obra.

Pero como el siglo, aunque tiene fama de hablador, ahorra todas las palabras que puede, ha inventado una manera de decir, sin abrir la boca para hablar, que no se quiere más te.

Si se deja la cucharilla en el plato, la señora está sirviendo te hasta que se declara la hidropesía; pero si se suelta dentro de la taza, ya no

vuelve á llenarla. En los refectorios de los frailes se hacía una cosa análoga. Cuando no se quería comer más, se volvía boca abajo el plato. Sólo que dice el vulgo, lo cual es posible que no sea verdad, que cuando un fraile volvía el plato ya no podía hablar porque estaba apoplético.

No es para las señoras una ocupación cualquiera la de servir el te á sus amigos y á sus convidados, sino una ciencia espinosa y difícil, que toca tanto en el arte de repostería como en la diplomacia, y aun tiene sus puntas y ribetes de botánica, con algún tanto de medicina y algo y aun algo de higiene. El saber si el te *negro* es más estimulante que el *verde* y éste y cada una de sus distintas especies excita más ó menos el sistema nervioso, y averiguar si el *imperial* es preferible al *perla* ó en qué cantidades se ha de mezclar el uno con el otro y cómo ha de haberse desecado la hoja y en qué clase de vasijas ha de conservarse y si éstas han de perfumarse y cuál ha de ser el perfume, todos estos conocimientos que atañen á cada una de las ciencias que hemos indicado, ha de tenerlos muy presentes la señora de la casa si quiere que sus convidados digan que el te que allí se toma es el mejor que viene de la China. Y si aspira, que es una aspiración muy legítima, á que digan también que ella sabe prepararlo mejor que ninguna otra, no ha de desdeñar el poner por sí propia con tino y medida las hojas en la tetera, caldeándola primero, y verter luego el agua, no sin enterarse de su temperatura. Y si por último, después de hecho el te, quiere que al repartir las tazas se pueda decir con fundamento que es una consumada diplomática, ha de cuidar de aprender mucho de jerarquías sociales y no olvidar nada de los rumores políticos, para saber quién de los convidados va á dejar de ser persona importante ó cuál otro está más en camino de empezar á serlo; que si todo esto no le interesa directamente á ella, puede interesar y de seguro le interesa á su esposo.

La que es hoy verdaderamente señora de su casa ha de procurar no saber nada de lo que le enseñó su madre, y olvidarlo todo, para poder con mayor desembarazo *hacer el te y hacer los honores de la casa y de la mesa*, que son quehaceres hartó más difíciles que el de recoser la ropa blanca y cuidar las demás haciendas menudas.

Hacer los honores de la casa los amos de ella es cosa tan importante en estos tiempos, que la cartilla del buen tono castiga las faltas que en tan grave materia se cometen con mayor rigor que la ordenanza del ejército cuando fusila por no haber hecho los honores á una bandera ó el saludo á un oficial general.

Hacer los honores, hacer ilusión, hacer música y otras haciendas que ha inventado el inventariado y mal vendido idioma castellano constituyen una ciencia que no está al alcance de todas las gentes, pero que bien ó mal todos tienen necesidad de profesar en ella.

Un te político, un te literario ó un te conspirador (que el te no se opone á que cada cual piense y obre como le dé la gana), aunque todos ellos parece que están oliendo á tabaco y que en ninguno habría de sentirse la falta de las señoras, necesita una de éstas por lo menos. Si el que convida á sus amigos á un te es solterón ó no tiene á su esposa en su compañía, lo primero que ha de pensar es en buscar á una señora para que vaya á hacer los honores de la casa, mientras él *hace política*..... ó *hace atmósfera*, que es otro oficio del cual podrá sacarse algún día gran partido para la navegación submarina. Si no tiene una tía ó una prima, no le faltará alguna amiga cotorrona, como él, que le saque del compromiso.

El *te dansant*, que es el verdadero te, no necesita que se alquilen señoras para servirlo ni que se repartan diccionarios para que los danzantes que acuden á beberlo sepan lo que significa. Nadie ignora que *te dansant*, aunque no lo diga la Academia, es un baile donde se sirve á los convidados una ó más tazas de te, y que nunca falta en la casa una señora que haga los honores por derecho propio y el te con su propio te verde y su propia azúcar. A cierta hora de la noche, la más dentro de la madrugada que sea posible, salen los lacayos, colocan una mesa llena de objetos de plata en medio de la sala, y la señora de la casa empieza á hacer su juego de manos con los cubiletes y aparatos de su improvisada repostería. En el mismo mostrador ó en otro inmediato se ponen muchos platos con diferentes bollos y mendruguitos de pan tostado, y las hijas de la casa, si las hubiere, deben ayudar á la mamá en el reparto de las tazas y de los menendrugos.

Algunas veces en los tes musicales y en los magnéticos suele alternar el chocolate con vainilla y con ámbar gris, elaborado á máquina, cocido por un repostero y aun por una criada alcarreña, pero jamás batido por una duquesa ni servido por una dama del gran tono.

El gran tono es el te; ya lo hemos dicho.

La lápida de la Constitución ha caído sobre el sepulcro de la plaza Mayor; los estancos nacionales han sustituido á los estancos reales; la filantropía, á la caridad; las tintas verdes, á las encarnadas; el siglo de las luces y de los fósforos, al siglo del obscurantismo y de las pajuelas; el progreso, á la reacción; el te, al chocolate.

¡Quién se lo hubiera dicho á Hernán Cortés cuando le arrancó ese gran secreto á Motezuma y vino más orgulloso con el descubrimiento que si le hubiesen dado para sí los pueblos que acababa de conquistar!

¡Y qué dirían ahora fray Agustín de Avila y fray Juan de Torquemada y los demás frailes y seglares que han cantado las excelencias del chocolate, incluso D. Antonio Colmenero de Ledesma, autor de un famoso

opúsculo sobre las cualidades y naturaleza del chocolate, en cuya edición latina hay una gran lámina que representa á Neptuno saliendo con su carroza de gala á saludar en medio del mar al *chocolate inda*!

¡Y cuando pensamos que por no haber sabido marchar con el siglo ha estado á punto de perecer al grito de viva el te y viva la libertad, se nos oprime de pena el estómago!

Bendigamos la hora en que le ha ocurrido liberalizarse y ponerse de moda y al alcance de todos los estómagos y de todas las fortunas, hasta el punto de haberse inventado el *chocolate de las familias*; brebaje que debe tener tanto de cacao y de azúcar como de harina de trigo y de almazarrón. Si se hubiese obstinado en su antiguo empirismo y en su dominación absoluta, habría muerto con las gentes de AYER.

Hoy, á Dios gracias, aunque no reina y gobierna, porque el sistema constitucional no consiente estos poderes ambidiestros, reina á medias con los otros dos poderes: el te y el café.

Su nombre ha pasado á la posteridad con los de esos otros dos colegas, y algo es algo.





CUADRO XVIII

LEVANTAOS, MUERTOS, Y VENID Á JUICIO

Cuando la humanidad era menor de edad se divertía con cualquier cosa.

Un juego de prendas, las sentencias de éstas, un rato de gallina ciega, las cuatro esquinas, el soplavivo y otras diversiones menos vivas y menos sopladas que éstas eran los pasatiempos honestos de aquellos bienaventurados mortales, cuya mayor edad ó llegaba tarde ó no llegaba nunca.

Ahora no se ha perdido la honestidad, y el tiempo se pasa honestamente también, porque lo único que ha variado es la moda, y ésta apenas tiene influencia sobre las costumbres.

Dos ó tres pulgadas más de escote en los vestidos, un metro de ensanche en los miriñaques, la polca íntima y cualquiera otra intimidad de las que HOY se usan, no altera en nada, esencialmente hablando, las costumbres de AYER. El pecho no es más noble ni más sensible porque el jubón le cubra más ó menos, ni la libertad y la holgura del miriñaque supone que las piernas hayan de andar en malos pasos. Danse éstos, por el contrario, muy menuditos, y aunque es verdad que se ha inventado la polca íntima, este baile es tan sentado y tan casi dormido, que más bien que despertar los sentidos de nadie, una pareja polcando parece que arrulla y mece á un recién nacido.

De manera, lector, que los pasatiempos de hogaño son tan honestos como los de antaño, y no tengo inconveniente alguno en que vengas á

cualquiera de esas diversiones que cuando no había palabra que les sirviera en el Diccionario de la lengua, las llamaban *saraos*, y ahora que la teníamos hecha las conocemos con el nombre de *soirées*.

Precisamente me acaban de convidar á una que promete ser de las más animadas y divertidas, y aunque no tengo confianza para llevarte desde luego conmigo, porque ya se acabó aquello de que un convidado convidaba á ciento, puedo anunciar tu nombre para que seas invitado, con lo cual tendrás por derecho propio y aunque advenedizo las mismas prerrogativas que yo que he pedido que te convidaran.

Tu esquila de convite será impresa y dirá lo mismo que la mía:

Los señores duques de Nicaragua tienen el honor de anunciar á usted que reciben el lunes, y que aunque en esta soirée se hará música, como de costumbre, habrá sesión magnética y evocación de espíritus. —On danserá.

No me preguntes quiénes son los duques de Nicaragua, porque no sabré decirte otra cosa sino que ninguno de sus infinitos amigos los conoce, aunque todos convienen en que su casa es la más lujosa de la corte, que son muy espléndidos, que sus fiestas son muy brillantes y que *hacen los honores* de su casa como nadie. Así lo confirman los periódicos al anunciar que *abren sus salones* á sus numerosos amigos, y que allí se reunirá la sociedad más escogida de la corte; conque ya que has sido de los llamados, ven á ser de los escogidos.

No vayas demasiado temprano, ó para hablar con más propiedad, demasiado tarde, porque si lo haces una hora después de la que te han citado, ya es en la madrugada del martes la fiesta del lunes. Esto no importa nada; así puedes asistir al teatro y al café y un rato al casino ó á alguna tertulia de confianza, que hoy las hay, aunque no en las casas, como antes, sino en los palcos del coliseo.

Precisamente al entrar en la casa están circulando helados y dulces. Tomamos de ambas cosas con ambas manos, y luego nos dirigimos á estrechar la de la señora de la casa, que nos *hace los honores* de ella con una profunda cortesía y diciendo á los criados que nos aproximen de nuevo las bandejas.

Volvemos á tomar y volvemos á hacer otra cortesía, y si la duquesa se digna dirigirnos la palabra (con aire de distracción, porque ella tiene su pensamiento en las bandejas y en que refresquen todos los convidados) entablamos el siguiente brevísimo diálogo:

—¿Cómo tan tarde?

—Hemos ido al teatro Real.

—¿Y es por eso que ustedes no han venido? Yo también fui en el primer acto; pero *me seca* la música de Bellini, y luego la *prima donna* que

ha *debutado* es tan desafinada que me da horror. Aquí han estado *haciendo música* hasta este momento y *han sido* todos muy bien.

—Sentimos mucho no *haber sido* aquí desde el principio..... y.....

—*Pardón*—nos dice la duquesa, viendo que los criados pasan por delante de un caballero sin que éste tome un helado.

Y ya no la volvemos á ver ni hablar hasta las cinco de la madrugada en que terminará la *soirée*, y daremos otro apretón de manos, otra cabezada y otra cortesía.

Antes de que esto suceda suceden otras muchas cosas que son la parte principal de este cuadro, el cual ya habrá comprendido el lector que está destinado á copiar con el mayor lucimiento posible la lucidez del siglo, sus milagros magnéticos y sus prodigios sonámbulos.

Hemos averiguado que la naturaleza no ha dicho aún su última palabra, y hasta que la diga no hemos de dejar de arrancarla secretos.

El del magnetismo es gordo, el del sonambulismo es mucho más, el de la lucidez magnética no se diga, y en cuanto á la evocación de los espíritus no es ya una revelación de la naturaleza, sino habérsenos entregado ella misma.

¡Pues ahí es una friolera lo que puede hacer el hombre ahora que es dueño de evocar todos los espíritus que moran en la eternidad desde los más remotos siglos! ¿Qué falta nos hace ya la Historia Sagrada ni la profana ni noticia alguna de lo que ha pasado en el mundo desde que él mismo salió del caos? ¿Por qué ha de afligirnos el no saber dónde moran los restos de tal ó cual hombre grande? ¡Hay más que evocar el espíritu de cualquiera de sus enterradores y él nos lo dirá de coro!

Acabáronse ya las disputas históricas y las controversias cronológicas. Que no vengan veinte ó treinta pueblos pretendiendo ser cada uno de ellos la cuna legítima de tal ó cual celebridad histórica. Evocaremos su espíritu y le preguntaremos el lugar de su nacimiento y si tal obra que se le atribuye fué suya ó tal otra que le usurpan es suya también, y así saldremos de dudas.

Gran cosa ha sido la de quitarle al ángel del Apocalipsis la trompeta del juicio final, y anticipándonos á su pensamiento, decir á los muertos: «¡Ea, señores, levantarse y venid á juicio!

Cuando pensamos que si hoy existiera el tribunal del Santo Oficio no habría podido descubrirse semejante milagro, nos estremecemos de espanto. ¡Quién hubiera dicho que el siglo que empezó por demoler los monumentos históricos había de acabar por resucitar y entrar en conversación con los autores de aquellas obras y con los hombres de aquellos tiempos! Bien dice el refrán, que «donde menos se piensa salta la liebre» y que «debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.»

Pero tú y yo, lector, no decimos nada; asistimos en silencio á la *soirée* magnética y sonámbula, y aunque la despreocupación y la incredulidad con que nos hemos amamantado nos darían derecho á reirnos de todo, queremos, por el contrario, pecar de preocupados y de crédulos antes que pasar por supersticiosos y fanáticos.

Vedla, ahí está. ¡Qué hermosa es la joven que han sentado en medio de la sala, cubiertas de rubor las mejillas, sombreada su frente por la transparente aureola de la inocencia y animados sus ojos por la luz fosfórica de la inteligencia!

Otra silla han colocado enfrente de la suya, y el hombre que la ocupa es hermoso también; pero su belleza es enteramente opuesta á la de la joven. No busquéis rubor en sus mejillas, ni carmín en su frente, ni pureza en sus miradas, ni candidez en su figura. Su rostro no tiene la palidez cadavérica, sino la blancura transparente del mármol; el brillo de sus ojos desvanece todas las miradas; su ancha frente, su larga cabellera negra y su luenga barba negra también le dan un aspecto siniestro, pero hermoso.

La de la joven es completamente angelical.

Sin embargo, esa mujer y ese hombre viven estrechamente unidos, y parece que han nacido el uno para el otro. Él es un gran magnetizador que se encuentra de paso en la corte, y ella la joven que le sirve para todos sus experimentos, para sus grandes prodigios, para lo que habría llamado falsos milagros la sociedad de AYER. A él y á ella los habría quemado el Santo Oficio, y la duquesa de Nicaragua no habría podido llevarlos á su casa para que diesen una *soirée* de magnetismo, de sonambulismo, de doble vista y de evocación de espíritus. *Soirée* de brujas completa.

Un silencio profundo reina en el salón, y todas las miradas se fijan en las dos personas que ocupan el centro. La joven ha colocado sus manos sobre las rodillas, y allí ha puesto sus pulgares en contacto con los del magnetizador que la mira fijamente, hasta que no pudiendo ella resistir su mirada, cierra los ojos, deja caer la cabeza sobre el pecho, abandona los brazos y va perdiendo el color del semblante como si estuviera sufriendo un terrible accidente ó hubiera dejado de existir.

El magnetizador se levanta, pone la mano sobre la cabeza de la joven por espacio de algunos segundos, hace igual operación siempre á distancia respetuosa en otras partes del cuerpo, y volviéndose á los señores de la casa les dice:

—La joven *no está ya más sensible*; pueden ustedes pincharla y clavarle alfileres en todo su cuerpo como si ella *estuviera* un acerico, que no despertará ni sentirá más nada.

Y antes de que los circunstantes vuelvan de su asombro, el mismo

magnetizador saca un largo alfiler y le clava despiadadamente en varias partes del cuerpo de la joven sin que ésta se estremezca ni dé la menor señal de sensibilidad. Y á medida que los presentes van llenándose de terror, él va ejecutando diferentes maniobras y vuelve á hacer nuevos pases magnéticos, preguntando qué parte del cuerpo quieren que sea la más dormida, y por último si desean que declare el sonambulismo, y qué sentido quieren que deje despierto, ó si prefieren que lo estén todos, ó si les parece mejor que desarrolle el *sexto*, descubierto por los magnetizadores y que consiste en un refinamiento extraordinario de las facultades intelectuales, superior á todo lo conocido hasta el día por entendimiento humano.

Una sola voz se oye en la sala, y ésta es para pedir el sexto sentido, el cual no se hace esperar mucho tiempo, porque el magnetizador después de unos cuantos pases dice que ya está todo hecho y que la joven se halla en completo sonambulismo.

Advierte á los circunstantes que tiene esa noche mayor grado de *lucidez* que nunca y que pueden preguntarle *por su conducto* cuanto quieren, porque está en relación magnética con todos los seres divinos y humanos, con las generaciones pasadas y las venideras, y que tiene delante de su vista todos los rincones del mundo.

Crece con estas explicaciones el asombro en la reunión y aumenta el terror y el espanto de tal suerte, que la mayor parte creen sentir lo que al parecer no siente la sonámbula, y les parece que se les seca la garganta y que ven chispas en la atmósfera y aun se les representa todo ese mundo de iraígenes y de visiones que finge el miedo.

El magnetizador, por el contrario, cada vez más pálido, pero arrojando cada vez más fuego por los ojos hasta hacer creer á alguna persona que amortigua con el brillo de su mirada las luces del salón, se va apartando lentamente de la joven, y desde lejos, con voz lúgubre y solemne, le dice:

—¿Puedes hablar?

—Sí—contesta con acento sibilítico la joven;—puedo hablar, pero no me preguntes mucho, porque quiero dormir.

—Tú no puedes querer nada más que lo que yo quiera. ¿Olvidas que eres mi esclava?—dice el magnetizador con voz de trueno que horroriza á los circunstantes.

—Lo sé—exclama la joven suspirando.—Pregunta lo que quieras.

—¿Dónde estás?

—En Nicaragua.

—En casa de los duques de Nicaragua querrás decir.

—No, en Nicaragua, en medio de las grandes posesiones que tienen allí los duques.

La mayor parte de los circunstantes fijan la mirada en los duques al oír que el ducado existe y que hay en él grandes posesiones, cosas ambas de que empezaban á dudar.

—¿No ves nada más?

—Veo todo lo que quiero.

—Aquí hay una señorita—dice el magnetizador—que desea saber dónde está su madre: ¿la conoces?

—Sí.

—¿La ves?

—La veo.

—¿Dónde está?

—En el otro mundo.

—Eso ya lo sabe su hija; ¿pero está sufriendo ó gozando?

La joven sonámbula guarda silencio y el magnetizador vuelve á repetir la pregunta aunque inútilmente, hasta que por fin dice:

—Veo que no puedes ó no quieres decirlo.

—Su misma madre se lo dirá y aun le estrechará la mano ahora mismo si ella mete la suya debajo del *trípode* en que estoy sentada.

La joven aludida, que había empezado á palidecer desde que oyó hablar de su madre, quiere hacer la prueba que la ofrecen; pero cae desmayada al acercarse á la sonámbula, y este accidente pone fin á la sesión magnética.

Mientras los unos corren á socorrerla, los otros huyen horrorizados del magnetizador, que permanece inmóvil con una sonrisa satánica al lado de su compañera, la cual no pestaña siquiera.

La duquesa se le acerca con toda familiaridad, y estrechándole la mano le felicita por el buen resultado de sus experimentos y le dice que despierte á la sonámbula y que traerá el *velador parlante* para evocar un rato los espíritus.

El magnetizador vuelve á imponer silencio para recoger el fluido que había depositado en la joven, vuelve á imponer sobre ella las manos y á dar *pases inversos*, hasta que poco á poco se oyen tres profundos suspiros y otros tantos chasquidos de huesos, y abre por fin los ojos y despierta sin que, como dice el magnetizador, *tenga conciencia* de lo que ha dicho ni de lo que por ella ha pasado.

El velador parlante, que no es ni más ni menos que un mueble de pino toscamente labrado, pero tan hablador y tan sabihondo que eriza los cabellos el oírle hablar y el escuchar su profunda sabiduría, viene á ocupar el lugar de la sibila; mientras ésta, que dice sentir la cabeza muy pesada, hace una cortesía y sale del salón, dando gracias á los duques porque han mandado que pongan el coche para llevarla á su casa.

El magnetizador queda á solas con el mueble, cuyas tres patas tienen cada una su número; y con esto y una clave escrita sobre un papel y en la que constan las letras del alfabeto que corresponden á cada una de las patas, impone á los circunstantes del sistema que hay que seguir para averiguar lo que dice el velador por el número de golpes que dé cada pata.

Tres ó cuatro personas rodean el mueble, imponiendo sus manos en el borde y tocando los índices y los pulgares, y el magnetizador les dice que se concentren en sí mismos, que si alguno siente vértigos que se retire y que guarden sobre todo el más profundo silencio.

Obedecen puntualmente todos y aun algunos hacen más de lo que les mandan, porque tiemblan y mueven el velador antes de tiempo.

El magnetizador se llega pausadamente, aumentando con su presencia el temblor de los que rodean el mueble, y dirigiéndose á éste, con toda la gravedad senatorial con que podría hacerlo á una persona, le dice:

—Si tienes algún espíritu presente, haz la señal.

El velador obedece y da un golpe.

—¿Quién eres?

El velador da varios golpes con distintas patas y el magnetizador pregunta:

—¿Qué haces en ese mundo en que vives y qué piensas de nosotros?

Y á cada pregunta que le dirige, el velador contesta con un lenguaje simbólico que va traduciendo en un papel con la clave á la vista cualquiera de los circunstantes, á quienes el magnetizador dicta el número de golpes y las patas que los han dado.

Y así se revela á los circunstantes de quién es el espíritu que ha descendido sobre el velador, lo que hace en el otro mundo, lo que piensa de los que están en éste y cuantas cosas quieren averiguar los circunstantes; á los cuales también les está permitido pedir que venga tal ó cual espíritu, sin que nunca se hagan rogar mucho tiempo, sino que vienen y charlan tanto, que mal año para los sueños del Dante y de Quevedo y de cuantos poetas soñadores ha habido en el mundo.

Y de tal manera se ha familiarizado la sociedad presente con la venida al mundo de los espíritus, que á nadie le quita el sueño ni siquiera el apetito el haber conversado y echado un párrafo mano á mano con Julio César ó con Nerón, ó con el Bobo de Coria, ó con Bernardo el de la espada que ni cortaba ni pinchaba; y ahora mismo ves, lector, en casa de los duques que recogen el velador y lo llevan á un rincón de la casa, donde tal vez los lacayos le conviertan de tripode sibilitico en taburete de juego.

Y vuelven á circular las bandejas de helados y de dulces, y se abre el *buffet*, que es como si dijéramos y decimos que abierto el apetito, puerta

que nunca llevan cerrada los convidados, se abre el comedor y se presentan unas mesas y unos veladores no parlantes, pero que son capaces de hacer hablar en ruso y en escandinavo á los que beben los variados vinos y comen los excelentes manjares que allí se presentan. Y el erudito, que acaba de estar de palique con Cicerón, se agarra á brazo partido con medio pavo trufado ó medio jamón cocido, y con una botella del Rhin y otra de Champagne conjura los espíritus que poco antes ha evocado, y de ahí en adelante lo que venga. Y si no viene por bien, vendrá por fuerza; que cuando un *buffet* se abre, se abren y se rompen todas las etiquetas y todas las consideraciones sociales. ¡No sino andarse con repulgos y con ceremonias, dejando pasar delante á las señoras ó entreteniéndose á servir-las, y ya verán cómo se quedan sin probar bocado!

Entre trozo de jamón y trago de vino, todo comido y bebido de pie para que el estómago pueda ser elástico, se recuerdan los diálogos de los espíritus y aun se discute formalmente sobre lo que han dicho, rectificando la historia si está en contradicción con algunos de ellos.

Y cuando acaban de cenar, ó mejor dicho, cuando se acaba la cena, empieza el baile, porque los billetes de convite decían *on danserá*, y las niñas, que acaban de tener en el trípode una conversación con su bisabuela, no quieren dejar de *echar una polca* con el que está en camino de ser bisnieto político de aquella señora.

Ya ves, lector, con qué poca cosa se divierte la humanidad en 1850 y cuán modestamente practica sus grandes descubrimientos.

¡Cuánto no habrían alborotado los hombres de antaño si alguien se hubiese atrevido á creer en el magnetismo, en el sonambulismo y en las revelaciones de los *extáticos*, de los *videntes*, de los *lúcidos* y de los *médium*! ¡Sobre todo de estos últimos, que tienen la propiedad de coger una pluma, y sin que jamás se les canse el brazo y con la cabeza vuelta escriben obras de ciencia que nunca han visto y en idiomas que nadie les ha enseñado! ¡Qué autos de fe tan exquisitos habría hecho aquel tribunal que andaba siempre con el ascua en una mano para quemar las lenguas que habían hablado y la mordaza en la otra para imponer silencio á los que iban á hablar! Los calabozos del Santo Oficio habrían sido unas grandes prenderías llenas de mesas giratorias, de veladores parlantes, de trípodes sonámbulos y de objetos videntes.

Ahora, por el contrario, gracias sean dadas á la ilustración que nos distingue, podemos hacer eso y mucho más sin que nos tengan por supersticiosos ni por fanáticos ni menos por herejes.

Ya has visto, lector, cómo es verdad el *sonambulismo lúcido y vidente* y la *evocación de los espíritus*. Pues lo mismo que tú lo has visto lo han visto los demás. El que quiere lo cree, y el que no, lo duda ó lo niega; pero

cada uno tiene el derecho de hacer lo que le dé la gana. Aquí no se hace fuerza á nadie para una cosa ni para otra.

Los que no tienen criterio propio van en estos tiempos de las mayorías tras del criterio general; estas son cuestiones de moda. Cuando se descubrió que todos los objetos animados é inanimados giraban, no se podía entrar en un café sin que las mesas, las sillas, los platos y los vasos estuviesen andando á impulsos de los que querían hacerlos girar; los tenderos abandonaban sus quehaceres por ver si giraban los efectos de su tienda, y en los paseos y en las calles se veían grupos de gente pidiendo al que estaba en medio que no tuviese voluntad, que se *hiciese el mueble* á ver si le hacían girar. Pues bien: ¿qué resultó de aquella manía giratoria? Que sin quemar á nadie, todos se han convencido de que no giran, y se están quietos viendo girar el sol, que es el que les mide el tiempo. Lo mismo sucede ahora con los espíritus. No hay nadie que no los vea y no los hable, y á nadie se le quema por eso, y los espíritus acabarán por irse y no volver.

Mientras tanto algunas gentes morirán del susto ó irán á una casa de locos; pero lo mismo se podían morir ó perder el juicio sin eso.

¿Qué culpa tienen los sonámbulos ni los videntes ni los extáticos?

Eso sería llevar las cosas demasiado lejos y tratar á esta sociedad, tan desarrollada y tan crecida, como á la de antaño, que era menor de edad.





CUADRO XIX

LA EMPLEOMANÍA, LOS EMPLEADOS, LOS EMPLEOS Y LOS EMPLEADORES

Ya no llega á Madrid con el pelo de la dehesa, ni para entrar á servir de paje á un grande de España ni á un consejero de Castilla, sino que cepillado, como ha podido, en la capital de su provincia, trae en el cuerpo algo de gramática castellana, rudimentos de ortografía y más de un año de latín y principios de filosofía, en el bolsillo veinticinco ó treinta duros y en la mano una carta de recomendación para el diputado á Cortes de su distrito.

Si su padre no es elector, será amigo de un elector influyente, y éste es el que le ha dado la carta de recomendación para el diputado. En ella no le dice otra cosa sino que le recomienda al joven con interés, porque es hijo de un hombre que, aunque no tiene voto, hace votar á muchos y es un gran agente de elecciones, y añade que el chico es muy despierto y que ha despuntado por la poesía, *sacando* muy buenas cosas de su cabeza, entre otras un drama, que ya conoce y le gustó mucho al administrador de rentas, antiguo gracioso de una de las mejores compañías de la legua.

Añade también que no se le recomienda para que le alcance un gran destino, sino una posición *modesta* que le permita dedicarse *con desahogo* (esto es, sin pedir limosna) al cultivo de las letras.

El diputado tiene tan cansados á los ministros con otras pretensiones

por el estilo y le preocupa tanto su propia colocación, que no hace otra cosa en pro del joven sino darle buenas palabras y contestar á su padrino con evasivas. Pero de repente, porque estos repentinos son como las tormentas de verano, que vienen cuando menos se aguardan, llega la disolución del Parlamento y la convocatoria al cuerpo electoral para que ejerza nuevamente y con toda libertad sus derechos imprescriptibles, y el diputado, que ya está más desocupado, se acuerda, no del elector influyente, sino del joven que le ha recomendado, y le alcanza una plaza de auxiliar con seis mil reales de sueldo en una de las direcciones de rentas. Pero el joven, que mientras el diputado le desairaba frecuentó los cafés y asistió á las lecciones del Ateneo y fué constante espectador, y no pasivo ciertamente, en la vista pública de las denuncias de los periódicos, ha entrado en uno de éstos á manejar la pluma y la tijera y no acepta el destino.

Cuando el diputado le presenta la credencial con aire de protección, dándole la consabida palmada en el hombro y como diciendo «ya está usted hecho hombre,» el joven se sonríe, mira con aire de lástima al protector y le dice que guarde aquel destino para otro, porque él es un escritor de oposición, independiente, que no necesita ni quiere nada del gobierno, y que así lo dirá en *su periódico* al dirigir *su voz* á los colegios electorales para prevenirles y darles el grito de alerta contra los amaños del gobierno y de los diputados de la antigua mayoría.

El efecto que estas palabras producen en el ánimo del diputado es terrible. Los diputados de la oposición, que no han podido hacerle perder el color en el Congreso, y las tribunas, que le han visto alzarse impávido y hasta provocativo cuando contestaba á las terribles alusiones que le lanzaban sus contrarios, no le conocerían al verle palidecer y balbucear ante un joven de veinte años escasos á quien días antes apenas se dignaba recibir. Nadie hubiera dicho quién era allí el protector ni cuál el protegido.

El diputado se acuerda del elector influyente, y cree perdida su reelección; piensa en el periodista, y ve peligrar su destino.

La situación es terrible. Ni siquiera le devuelven la palmada de protección que él acaba de dar. Su juez parece inexorable. El reo traga toda la saliva que puede, que no es poca; se decide á ofrecer una silla al que hasta entonces jamás había hecho sentar en su presencia; le presenta un cigarro; le dice si quiere *honrarle* acompañándole á almorzar, y cuando ve que el joven acepta con verdadero aire de protección el cigarro, el almuerzo y la silla, le dice:

—Por lo demás, yo siento mucho que usted no acepte el destino; porque esto, lejos de impedirle el seguir escribiendo en el periódico, le daría

una posición más desahogada; pero no puedo menos de aplaudir esos arranques de independencia, y creo que su talento de usted le abrirá una brillante carrera en el porvenir.

—Tengo ya un drama presentado en el *Príncipe*, y otro admitido en el *Circo*, dice el joven.

—¡Eso más!...—replica el diputado.—Me alegro mucho que los jóvenes del distrito que yo he tenido la honra de representar se distingan y alcancen un nombre en la república literaria.

—La política me llama más que la literatura. Esos dramas los traje escritos de mi pueblo.

—Pero también se hacen buenas carreras en la literatura.

—No, señor; las letras no sirven de otra cosa que de un pequeño *escalón* para subir á los puestos públicos; son un ligero anuncio que se hace en la plaza de la opinión pública de que hay un hombre más en el mundo, apto para los cargos públicos.

—¿Piensa usted presentarse candidato en su distrito?—pregunta el diputado, temiendo oír una respuesta afirmativa.

—No, señor, porque no tengo la edad.

El diputado no puede disimular su alegría, y respirando con más libertad y ofreciendo otro cigarro al joven, le dice:

—Pero debe usted ir pensando en ello y preparando el terreno para cuando llegue el caso.

—En mi distrito—contesta el periodista—no es posible ni yo quiero, porque allí el diputado natural es usted.

—No lo crea usted—dice el diputado examinando el semblante del joven para ver si le sale á la cara la sinceridad de sus palabras;—yo he debido mi elección á los esfuerzos de su padre de usted y de otros amigos, y ahora....

—Harán como siempre.

—¿Cree usted que no habrá dificultades?

—Me parece que no, á menos que el gobierno no presente otro candidato; porque *nosotros*, los de la oposición, es probable que no luchemos en aquel distrito. La gente de mi pueblo es muy cobarde y está siempre con el que manda.

Cada palabra de las que el joven suelta es un bálsamo para el angustiado corazón del diputado, y por último, después de decirle que le cuente como suscriptor al periódico y de darle de almorzar, le pide que vaya á verle y á comer con él á menudo; le pregunta dónde vive (curiosidad que no había tenido hasta entonces), porque piensa visitarle (atención que no había pensado tener), y concluye con estas palabras:

—Usted es el verdadero diputado natural de su distrito. Si yo soy re-

elegido, cumplo ya tres legislaturas y hago que me nombre el gobierno senador para que le quede á usted el distrito vacante. Esto es lo justo.

El joven, que no siembra para cosechas tan largas, porque vive al día como las gentes de su generación, no da importancia al proyecto del diputado, y se despide y va á la redacción del periódico á recortar noticias, á zureir alguna gacetilla y á ver si logra escribir un suelto de fondo.

Y con el tiempo, tiempo muy corto, se suelta á escribir *artículos de doctrina* y se le reconoce como especial para la polémica y las sostiene diariamente con todos los periódicos y últimamente con sus mismos compañeros de redacción. Lo cual, tras de un duelo ó dos y un par de comidas en la fonda, le da la dirección del periódico y con ella lo que tiene un director de periódico de oposición: mucha gente que le desuelle en privado y le salude en público; ministros, por el contrario, que le denuncien y le hagan multar públicamente, mientras le subvencionan, si él se deja subvencionar, y le dan cruces y empleos para sus amigos, en secreto; correligionarios políticos que vengan peregrinando desde las provincias por conocer al hombre independiente y verdadero patriota, que lejos de ser un déspota y un tirano como el gobierno, está siendo todo lo contrario, porque todo lo hace con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo, y ciudades y provincias enteras que le felicitan porque ofrece, *para cuando sea gobierno*, todas las bienaventuranzas del Catecismo y otras muchas más. En cuanto á libertades, ofrece la individual, esto es, que cada ciudadano pueda comerse una caja de fósforos sin dar cuenta á nadie; la de conciencia, aunque sea para no tenerla; la de enseñanza, que puede servir para enseñar los dientes y la lengua; la de imprenta, es decir, la de imprimir, que tropieza luego con la de no poder publicar lo impreso; la de petición, que deja libre el derecho de pedir limosna, y la de asociación, que dura hasta la muerte si los socios van perpetuamente á presidio. Ofrece también el desestanco de la sal y del tabaco para que todas las mujeres sean saladas y todos los hombres fumadores.

En cuanto á contribuciones las suprime todas, y como ofrece hacer grandes obras públicas, se confía en que ha de tener una varilla mágica para obrar ese milagro. Abolirá la pena de muerte, no la que nos impuso el padre Adán, sino la otra; el sufragio no le tendrán sólo los difuntos, sino que será universal, nos alcanzará á todos, y la descentralización será absoluta; ni siquiera se tolerará que los cuerpos busquen el centro de gravedad.

Los peregrinos le dan una comida y él les corresponde con otra; le ofrecen desafiar todas las iras del gobernador de la provincia, que es mucho ofrecer y demasiado si lo han de cumplir, y por último, no le besan el pie, como hacen los romeros con el Padre Santo, pero echan alguna

limosna en el cepillo de las multas por delitos de imprenta y le estrechan la mano y le prometen, y muchas veces cumplen la promesa, hacerle diputado.

Con la esperanza de no pagar contribución sufren el recargo que les echa el administrador de rentas; sabiendo que el tabaco se va á desestancar, no les importa que les quiten el estanquillo; y á trueque de poner al director del periódico en camino de llegar á ser gobierno, le eligen diputado á despecho del gobernador.

En este trance de la vida política ya le ha visto el lector en otros cuadros, y ahora le perderemos de vista tres ó cuatro años hasta encontrarle á deshora de la noche, camino de palacio, en un coche, con frac negro y corbata blanca.

No hay baile en el alcázar regio ni en la corte hay otra danza que la de San Vito, que ataca á todos los empleados al saber que ha caído el ministerio y que están jurando los nuevos consejeros de la Corona. En todos los cafés, en todos los círculos y en todas las casas no se habla de otra cosa que del nuevo ministerio y de las mudanzas que habrá en el personal de todos los ramos de administración, sin que nadie piense en el desestanco de la sal ni en las libertades y derechos que van á salir del calabozo en que estaban. Los empleados salen á averiguar quién es *influencia* para el ministro de su ramo, y los amigos de éste, á quien todos saludan y dan la enhorabuena, agarran el presupuesto y la *Guía de forasteros* para *ver con tiempo*, y antes que otros se adelanten, lo que mejor puede convenirles.

Nuestro director que, gracias á su talento, preciso es confesarlo, ha derribado al ministerio, no ha sido el primero llamado á formar gabinete, porque como se olvidó de hacerse militar al empezar su carrera política, no ha podido llegar á ser ni teniente general ni siquiera mariscal de campo, y no puede presidir un ministerio. Él será el *pensamiento* del gobierno, pero otro ha de ser el brazo. Verdad es que tiene mucho talento, pero el talento no basta. Lo mismo sucedió antiguamente y no estábamos tan civilizados como ahora: conque siga la rueda y ande el sable.

¿Cuándo se ha visto que el talento y la instrucción sean suficientes para ciertos cargos públicos? ¡Nunca! En los tiempos más remotos ya se morían de hambre los sabios: conque demasiado hacemos ahora que solemos darles de comer. Y esto es tan cierto y tan justo, cuanto que siendo desconocidos los nombres de los demás ministros, nada puede decirse de ellos, y todas las lenguas se desatan contra el director del periódico, escandalizados de que haya llegado á ser ministro.

—Verdad es—dicen sus propios amigos—que es un gran escritor, que tiene mucho talento y que como diputado ha tratado todas las cuestiones

con muchísima instrucción y grande elocuencia; ¡pero de eso á ser ministro!.... ¡Qué país!—añaden, y se quedan tan satisfechos.

De los demás compañeros del periodista, como ya hemos dicho que no eran conocidos y alguno de ellos ha necesitado que le nombraran ministro para que se oyera su nombre de pila, no se puede murmurar ni decir: «¡Qué país!» Esta exclamación la guardan los políticos de café y los ociosos de casino para los que ya han probado su inteligencia en algo, para los conocidos, y si es posible para los amigos. En este siglo de la publicidad y de la discusión, cuanto más oscuros y más callados son los hombres que salen de repente á la luz pública son mejor recibidos. Muchos creen que esta manera de obrar es aconsejada por la envidia; pero nos parece imposible. ¡Qué ganarían los hombres con envidiarse los unos á los otros!

La verdad es, porque la verdad es independiente de la razón, que el nuevo ministerio es bien ó mal recibido, pero que el nombramiento del director del periódico es censurado por casi todos sus compañeros de profesión. El periodismo no conoce aún las ventajas del espíritu de cuerpo. Cada periodista cree que no hay más cuerpo que el suyo. Los frailes y los militares creían lo mismo, aunque los unos cuidaban de la orden y de la comunidad y los otros cuidan del arma y del regimiento.

Pero nuestro director jura y asiste al primer consejo de ministros y va desde allí á su secretaría, donde se le presentan todos los empleados á darle la enhorabuena, sospechando los más que viene en hora mala para ellos; y él los recibe con dulzura, pero con aire de superioridad, y les dice que cuenta con su inteligencia y su lealtad, así como ellos pueden contar con él, considerándole más que como jefe como un amigo.

Los primeros días se pasan en felicitaciones y en cumplimientos y en frecuentes consejos de ministros. Las personas que tienen algún asunto pendiente en los ministerios se cansan de ir y venir á ver al oficial del negociado, el cual les dice siempre que no hay nada, porque el ministro no despacha aún, y como por otra parte *él no sabe cómo quedará.....* no se cuida de nada.

Los agentes de negocios, más experimentados en estas treguas burocráticas, aprovechan la primera semana en irse al campo á cazar ó pescar, y los pretendientes la emplean en ver cómo cazan una dirección ó cómo pescan un gobierno civil ó un juzgado ú otra cosa de menor cuantía.

Mientras tanto en los cafés y en los casinos no se habla de otra cosa que del nuevo ministerio y de sus planes económicos y políticos, y se anuncia, con buena ó mala fe, que tal empleado ha dimitido ó que tal otro va á dimitir, y aun se afirma que hacen *dimisión en masa*, masa que no cuaja nunca, todos los de tal ó cual corporación.

El ministro por su parte no espera semejantes dimisiones, y hace bien en no aguardarlas, porque eso le indicaría que sus días estaban contados y que otro sol de más fuerza divisaban los prácticos en el oriente de la política, y por eso al hacer su arreglo no cuenta con las dimisiones de que hablan los periódicos ni pregunta por ellas, y se encierra en su despacho con un oficial de confianza, que muchas veces es el mismo que tuvo al principio la de su antecesor y le fué abandonando cuando le vió síntomas de ir cayendo. Y á los pocos días de la encerrona se publica el *arreglo* en la *Gaceta* para que los empleados *sepan cómo quedan* y los pretendientes vean la barra de *turrón* que les ha tocado en la natividad del nuevo ministerio.

Ese número del periódico oficial, del cual se venden no pocos ejemplares, es la cebolla que salta á los ojos de los nuevos cesantes, el paño de lágrimas de los que vuelven al servicio activo y el regocijo de las familias cuyo individuo, casi siempre menor de edad, aunque haya perdido el año universitario ha ganado con el cambio de ministerio una plaza de auxiliar ó de oficial de secretaría. Los agentes de negocios ven en el arreglo otro compás de espera para los expedientes, pero no le pasan cazando conejos, sino que le emplean en cazar relaciones para los nuevos empleados.

La imprenta periódica también da treguas al nuevo gobierno hasta que se publica el arreglo de las secretarías; y como si de estas cuestiones de nombres propios dependiera la salvación ó la ruina del Estado, toman acta de ella y les sirve de *fundamento* para hacer la oposición radical los unos y la casera ó de amigos imparciales, que es la peor de las oposiciones, los otros, ó para defender algunos la política ministerial hasta el extremo de ruborizar al mismo ministerio.

Los nuevos consejeros de la Corona, acosados de noche y de día por los pretendientes, amenazados por los periodistas, emplazados ante la representación nacional y sin llegar nunca á saber qué cara tiene un diputado satisfecho, empiezan á conocer que tenían razón sus antecesores cuando decían que era un lecho de espinas lo que ellos desde la oposición llamaban lecho de rosas.

Cerrando con toda clase de inconvenientes y apartando los ojos para no ver arrasados en lágrimas los del pobre cesante, aumentan el panteón de estos infelices con una porción de víctimas diarias; desoyen las quejas de un pueblo para dar gusto al otro en la cuestión de carreteras; llevan el juzgado más acá ó más allá por ceder á la exigencia de un influyente; arquean las cejas y hacen el gesto de los contrariados cuando resuelven algún expediente, y á pesar de todas estas violencias y contrariedades no aciertan á dar gusto al público.

El Parlamento y la imprenta periódica no quedan nunca satisfechos.

Y no es porque en el primero le den mucho que hacer y le hagan hablar á todas horas los que se sientan enfrente del *banco azul*, que es el suyo; porque para éstos, con saber que dicen blanco y replicar negro está despachado, y entre los periódicos ya sabe que los de la oposición no han de aplaudirle nunca; lo que le molesta y le preocupa es el diputado de casa y el periodista de casa también. Los amigos imparciales, los que no quieren nada en fuerza de quererlo todo, las potencias neutras, que pretenden haber sacado de pila al nuevo ministerio y que, según dice el público, le manejan *detrás de la cortina*, estos son los remordimientos perpetuos y los sinsabores del ministerio, estas las verdaderas espinas de las rosas ministeriales.

Cuando el oficial de secretaría encargado de extraer de los periódicos la quinta esencia de los artículos, sobre todo en las cuestiones de personalidad, da cuenta al ministro de que se asegura que el general H. les va á retirar su apoyo, ó que otro diputado les va á dirigir una interpelación, ó finalmente que un orador célebre *va á hablar* (como si su celebridad no consistiese en haber hablado siempre), el ministro se pone pálido y pide el coche y ve á sus compañeros, y una vez reunidos celebran un consejo, y la zozobra es constante y permanente, porque suele suceder que después de estarse anunciando una semana y otra y un mes que va á hablar, que habla, resulta que es una ilusión de la familia y que el niño no rompe á hablar. Si sucede lo contrario, ya verá el lector en otros cuadros lo que hace el ministerio.

En el presente no podemos decir otra cosa sino que muere sin haber podido nivelar los gastos con los ingresos ni desestancar la sal ni dar libertad á la imprenta (porque encarcelada y todo como estaba, le dió muchos disgustos), ni siquiera suprimir las contribuciones, porque se convenció (que *sapientis est mutare consilium*) de que los pueblos, lejos de pagar mucho, pagaban poco.

A su muerte ocurre lo mismo que cuando vino al mundo, sólo que el punto de vista es otro.

Mientras los nuevos consejeros van á jurar, los antiguos están muriendo como buenos cristianos: están haciendo testamento.

El testamento de un ministro ya se sabe á lo que se reduce. Ni tiene olivares de que disponer ni herederos forzosos á quien podrélos dar, porque sus parientes están ya desheredados, y como no puede disponer ni de la casa en que vive ni de los muebles que la adornan, sólo deja unas cuantas mandas, todas pequeñas y todas sobre el presupuesto.

Así como así, no fué posible nivelarle: conque todo ello será una línea de desnivel más ó menos.

La cuestión que *estaba sobre el tapete*, como llaman los políticos á los negocios arduos; el caballo de *batalla* del ministerio, y otros cuantos asuntos *batallones*, todo queda intacto para que lo resuelvan los nuevos ministros. Los que cesan no tienen ya nada que ver con esas cosas ni con otras que interesan á sus cesantes, á los nuevos funcionarios públicos que ellos hicieron y á las gentes que tratan de sentar plaza en las oficinas del Estado.

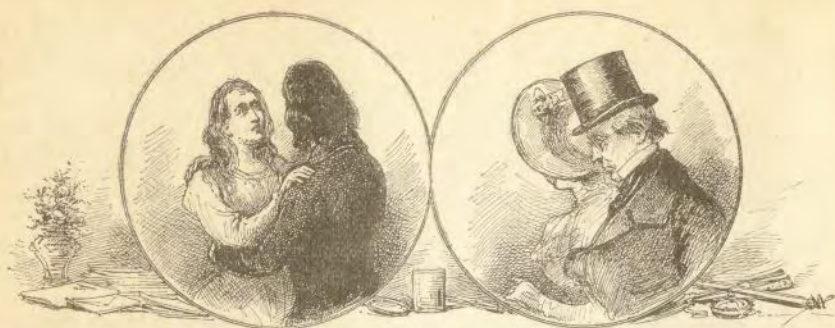
La *Gaceta* vuelve á hacer llorar á los unos, reir á los otros y recordar á todos la inestabilidad de las cosas humanas.

Publica otros nombres y otro arreglo, y andando el tiempo (que en vista de lo mucho que ha andado debe de estar acabando de andar) todos los ciudadanos habrán visto su nombre una vez al menos en el periódico oficial y otra en el padrón de las clases pasivas.

Los agentes de negocios vuelven á tener una semana de caza, los pretendientes un día de pesca y los ex pretendientes unos cuantos compases de espera.

Esperando se gana el cielo.





CUADRO XX

EL SÍ DE LAS MADRES

Cierto es que el Catecismo de la doctrina cristiana encargaba á los padres cristianos de AYER que no diesen á sus hijos estado contrario á su voluntad, esto es, á la voluntad de los hijos; pero aquellas gentes no entendían el Catecismo como nosotros le entendemos, y hacían en este asunto lo que tal vez á muchas les pesó haber hecho á la hora de la muerte. Pero entonces era ya un poco tarde para remediarlo, y así le fué fácil á Moratín encontrar una doña Irene que, educando á su hija Paquita entre sor Trinidad y sor Circuncisión, quisiera casarla con el sexagenario D. Diego, á pesar de la repugnancia natural de la niña y de sus amores secretos con D. Carlos de Urbina. La justa celebridad de que goza la excelente comedia *El sí de las niñas* y el general aplauso con que hoy la recibe el público nos retrajo de hacer un cuadro especial para tratar de este asunto en la primera parte de esta obra, por más que en muchos pasajes de ella hiciéramos sobradas alusiones al efecto.

Las hijas de D. Leandro el consejero de Indias, la de la casa en que honestamente se divertían en juegos de prendas, la hija de D. Hipólito, y la que abrazó el estado religioso, renunciando al mundo, porque sus padres le dijeron que debía renunciarle, todas ellas habrán demostrado al lector lo que valía *El sí de las niñas* en aquella época en que las madres hablaban en su nombre, ó las hacían hablar con un gesto y hasta con un pellizco, y aun en el cuarto obscuro, mantenidas á pan y agua.

Aquellas niñas que, como dice Moratín, leían libros devotos, corrían tras de las mariposas y á los diez y seis años de edad se divertían echando agua en los agujeros de las hormigas son las madres de ahora. El *sí* que dieron antaño como hijas le repiten hogaño como madres, y entre ambos monosílabos afirmativos hay un mundo de negaciones y de inconsecuencias.

Nosotros no queremos filosofar sobre este asunto, ni dar nuestra opinión en materia de tanta importancia y de tanta trascendencia. Acaso nunca con más razón que ahora podríamos decir que aquellos polvos han traído estos lodos; pero no queremos decirlo, y sin hacerle responsable á la educación de AYER de los inconvenientes ó de las ventajas que tiene la de HOY, vamos á dibujar este cuadro.

La madre de estos tiempos no hace nada de lo que hacía la suya: mientras ella, hija de familia honesta, humilde, obediente y callada, para hablar pedía licencia á su señora madre, al sentarse cuidaba de recoger la basquiña, jamás usó el respaldo de las sillas ni alzó los ojos del suelo, ni cruzó las piernas, á pesar de tener muchas veces los brazos cruzados y de ponerse en cruz tres ó cuatro horas cuando alzó la voz para contestar, ó no bajó los ojos al verse reprendida, ó tuvo la desgracia de oír lo que se dijo creyendo que ella no escuchaba; la madre de estos tiempos, que es, como hemos dicho antes, la hija de aquéllos, tiene algo más que hacer que dar de mamar al recién nacido y enseñar á rezar y preparar la labor al párvulo y llevarle á paseo cuando empieza á ser adulto.

Arrebañando el perol de las natillas y corriendo tras de las mariposas dió el *sí* matrimonial en los altares para hacerse madre de familia, como habría dado y daba el *sí* monacal en un coro de monjas al abrazar el estado religioso.

En el segundo caso dejaba la autoridad paterna para someterse á la autoridad abacial de su nueva madre la superiora del convento, y bien puede decirse que no salía de la menor edad; en el primero pasaba desde la infancia más nimia y la tutela más rigurosa á la mayor edad y á una libertad absoluta.

La mujer feliz del «Filósofo Incógnito,» *La perfecta casada* de fray Luis de León y algunos libros devotos formaban su biblioteca, si sabía leer, habilidad que no era muy frecuente en las mujeres de antaño; y si no conocía el *abecé*, repasaba en su memoria los consejos y las amonestaciones de su madre, y con estas doctrinas pensaba destetar, educar y casar á sus hijas; cuidando sobre todo de que no abrieran los ojos antes de tiempo, por más que ya en el suyo se empezaba á decir que los chicos venían al mundo con los ojos abiertos.

Pero desde que la hija de familia se hizo ama de casa y empezó á cor-

tar y á coser por sí propia los pañales y las camisas para su futuro vástago, hasta que éstos han estado en disposición de formar nuevas familias, han ocurrido grandes sucesos y la revolución nos ha hecho perder de vista muchas cosas y no pocas personas.

Hasta que ha cesado el estruendo de las perturbaciones políticas, ó mejor dicho, hasta que nos hemos acostumbrado á oírle y á no hacerle caso, no nos ha ocurrido echar una mirada al seno de las familias para ver lo que pasa en ellas.

Cierto es que la publicidad del siglo ha hecho poco necesaria esta revista de inspección, y que con sólo asistir á los teatros, entrar en los cafés, acudir á los bailes y leer los periódicos podríamos excusarnos de visitar á las gentes en sus casas; pero todavía creemos que ha de pasar en ellas algo digno de nuestro examen, y por eso escribimos el presente capítulo y otros que daremos más adelante.

Para saber que una hija de familia tiene novio, nos basta leer con atención la gacetilla de los periódicos, la cual se cuida de decirnos: «que se habla en tales ó cuales círculos del proyectado enlace de la señorita A.... de G.... con el joven H.... R....» Si los padres se oponen á la boda, también nos lo dirá el periodista; si se aplaza el matrimonio porque está constipado un tío de la novia, lo sabremos por la gacetilla, y no faltará una *revista de salones* que nos cuente minuciosamente los amores de los novios, el dote de la chica y cuantas circunstancias ocurran en el proyectado enlace; hablándonos por fin del desposorio y del lugar en que van á pasar la luna de miel y aun refiriendo ciertos pormenores de ésta.

Si á esta crónica íntima añadimos lo que corre de boca en boca en el café y en los casinos con el título de *crónica escandalosa*, lo sabremos todo y aun algo más de lo que quisiéramos y debiéramos saber. Allí nos dirán por qué se ha hecho la boda antes y con antes, ó por qué se ha negado el novio á firmar la carta de dote, ó qué razones tenía la madre para no dar su consentimiento, ó qué destino le han dado al novio como regalo de boda y muchos otros chismes por el estilo. Pero á pesar de todo, queremos ir á casa de la novia.

No es su alcurnia de las primeras de la corte, y aun hay quien dice que era de las últimas cuando el jefe de ella acudió de los primeros á comprar bienes nacionales, con lo que hizo una fortuna verdaderamente mosenca.

La señora de la casa había sido *criada en el santo temor de Dios* (frase que, como sabe el lector, encierra un curso completo de educación), y así pensaba criar y hubiera criado á sus hijas, si Dios se las hubiese dado cuando su marido tenía un corto sueldo y por necesidad pasaba

en casa ayudando á los quehaceres de ella gran parte del día y toda la noche; pero empezó á parir cuando empezaba á alumbrar el sol de la libertad, y el astro de la civilización por un lado, el tambor de la Milicia por otro y el cañón de la tiranía por ambos la trastornaron de tal modo que no supo lo que se hizo, hasta que vió la gran fortuna que su esposo había hecho al son de los tambores y al rumor de la guerra civil. Hallóse, sin saber cómo, instalada en una gran vivienda, rodeada de muebles de gran lujo, mientras los que le dejaron sus padres habían emigrado á una prendería; cuando trataba de dar de mamar á sus hijos, se encontraba con que ya lo había hecho una ama de cría; al ir á paseo, un lacayo le abría la portezuela del coche; las noches las pasaba en el teatro; los días apenas le alcanzaban para dejarse peinar y vestir, estrechando su pie y su talle á la vez que sus relaciones con el zapatero y la modista, y así era natural que no tuviese tiempo ni para dar un beso á sus hijos. Verdad es que éstos iban creciendo y los colegios se los iban llevando casi desde las brazos de la nodriza; y en cuanto á su esposo, algunas veces le veía á la hora de comer, y solía permitir que la fuese á buscar al teatro ó á las grandes reuniones.

Así se ha hecho la transformación de la hija de 1800 en la madre de 1850. Aquellos tiempos, aquellas gentes y aquellas costumbres produjeron *El sí de las niñas*, y otros tiempos y otras costumbres han producido con las mismas gentes *El sí de las madres*. Allá va el cuadro.

La marquesa del Suministro es feliz desde que puede firmar sus cartas con este título y oirse llamar marquesa en vez de doña Gertrudis ó Gertruditas, como la decían á los cuarenta y cinco sus coetáneos. No ha hecho ella con sus hijas el disparate de bautizarlas con los prosaicos nombres de los antiguos santos españoles, y en vez de condenarlas á que se oigan llamar Domingas ó Anastasias ha puesto á la una Elisa y á la otra Laura. No las dió de mamar cuando niñas ni las amamantó después en la doctrina cristiana, ni las ha enseñado á coser, ni menos á zurcir, ni quiere que sepan lo que es remendar ni nada de lo que constituye el gobierno de una casa. En el colegio han aprendido á rezar en francés, á hacer cortesías á la francesa, geografía universal, algo de historia de España, escrita en francés, y por supuesto, leen de corrido novelas francesas.

Hacen flores artificiales si sus padres les compran todo el artificio francés que se vende para hacerlas, ó mejor dicho, para armarlas; tocan en el piano un nocturno *sobre motivos* franceses; cantan una plegaria con *aire* francés, y son á los ojos de sus padres lo que HOY se entiende por unas niñas bien educadas, y para sus abuelos, héroes del *Dos de mayo*, un perpetuo *trágala*.

Elisa, la mayor de las hijas de la marquesa del Suministro, dejó el tonelete cuando aún no habían dejado el teatro los puñales y los venenos del romanticismo, y aunque ya estaba expirando la escuela de los Borgias dramáticos, se hizo romántica. La primera pasión que ofuscó su mente fué la del amor, y se enamoró ciegamente, aunque sin saber de quién ni cómo ni cuándo. Bebiendo el vinagre á medios cuartillos y aspirando el amor á espuertas, logró ponerse ojerosa y pálida y hasta cadavérica, sin haber tropezado con el Dulcineo de sus amores, ni saber otra cosa del señor de sus pensamientos sino que por fuerza había de ser joven, alto, escuálido, cadáverico, de ojos negros y fuera del cráneo, aunque sin caer al suelo por contenerlos los anteojos, que eran de rigor, como lo era asimismo una espesa, larga, sucia y desgredada cabellera negra. Cuando ya estaba bien cargada de amor y de romanticismo fué cuando halló el amante romántico, que también hasta entonces había estado suspirando por una ingrata desconocida. La primera vez que se vieron adivinaron que hacía largo tiempo que se amaban, y con una mirada melancólica que se dirigieron, juraron vivir eternamente unidos, y alzando después los ojos al cielo, dijeron entre dientes: «Tú amor ó la muerte!»

El se dirigió á un café, donde gratis, como el agua y el periódico del día, le dieron papel y tintero, y allí sacudiendo la melena que le caía sobre los ojos, mordiéndose las uñas y atusándose el bigote, escribió en octavas reales una declaración amorosa, que al día siguiente publicó un periódico de literatura, titulada *No me dejes*, encabezándola con este epígrafe: *A E****.

Elisa acusó recibo de los versos, con una epístola patética y romántica, en que sin atreverse á pedir un rapto, que era su bello ideal, decía que en su casa no la comprendía nadie; que sus padres eran tiranos, como todos; que estaba rodeada de gentes que comían mucho y dormían mucho más, y que no les gustaba ir al teatro sino cuando representaban comedias de gracioso, y que también se reían con los dramas *Antony*, *La Torre de Nesle* y *Angela*, y concluía firmando: *Tuya hasta más allá del sepulcro*, EL ALMA DESTERRADA—ELISA.

La doncella de la niña, que era su verdadera madre, porque la propia tenía hartó que hacer con sus propios galanteos y las exigencias de su posición social, protegía los amores, y no se sorprendió el día en que la autoridad llegó de improviso á la casa y preguntó por el marqués, intimándole la entrega en depósito de su hija por haber dado palabra de casamiento al poeta romántico.

El padre se quedó perplejo y la madre extática, asegurando ambos que era la primera noticia que tenían del caso, y llamaron á Elisa por sí, como pensaban, había alguna equivocación de nombre.

Compareció la niña, y poniéndose desde luego al lado del juez, le dijo con aire de la mayor resolución:

—Vámonos, y que se cumpla mi destino.

Esta salida de juicio, verdaderamente teatral, sorprendió más á los padres que la embajada del juez, y unidos á éste trataron de hacer juiciosas reflexiones á la niña, la cual, arqueando las cejas, ensanchando los ojos y con aire trágico, dijo que su resolución era irrevocable, que no la violentaran porque tomaría un veneno, y aun enseñó un frasco que llevaba en el pecho y apostrofó duramente al juez porque no cumplía recatadamente con la delicada misión que allí le llevaba.

Por fin salió en depósito, y sorda á todos los consejos y á todas las transacciones que la proponía su familia, bebiendo vinagre y escribiendo cartas románticas, con lo cual se iba poniendo cada vez más pálida y más enamorada, llegó el día de la boda, que se verificó sin más ceremonias que las indispensables de la Iglesia, y quedando por fin solas, enteramente solas, aquellas dos almas nacidas la una para la otra y ambas criadas para una hemotisis prematura y una tumba anticipada. Ni siquiera pan y cebolla pensaban comer aquellos dos felicísimos mortales, que nutriendo su espíritu con las novelas románticas se amaban en ayunas, y es de advertir que apenas quebrataban el ayuno en todo el día.

Pero aún no habían cumplido el primer mes de casados, y ya empezaban á mortificarlos con sus prosaicas exigencias metálicas el clásico casero y el clásico almacenista de muebles y la que era peor de todos estos, la clásica tendera de comestibles.

La cuenta de los garbanzos les horripilaba y les ponía los nervios como cuerdas de guitarra, pero era preciso pagarla; y aun esto habría sido lo de menos si hubiese habido algo de más con que hacerlo; pero como los esposos sólo habían pensado en amarse, les había cogido el matrimonio sin un cuarto.

Pronto les vino un hijo, y un poco después otro, y aun les hubiese nacido el tercero á no haber muerto tísica la madre, en cuyo cerebro había echado tan hondas raíces el romanticismo, que aunque murió de hambre, no lo hizo sin exigir á su esposo que la siguiera pronto al otro mundo, y que mientras lo hacía la llevase flores al cementerio, la hiciese versos y que sobre su tumba sólo escribiera estas palabras:

¡Murió de amor «el alma desterrada!»

El trágico fin de esta niña abrió los ojos á la marquesa, según ella decía, y se propuso que la otra hija no saliese violentamente de su poder, aunque se enamorara de una persona de clase inferior á la suya. Pero no

pensaba Laura como su hermana Elisa, y fueron inútiles los cuidados de su madre, que siempre estaba mirando á la cara á cuantos jóvenes se fijaban en la de su hija, y sonreía con todos ellos, buscando por medios indirectos y aun directos y francamente que su hija le dijera cuál era el preferido.

Laura los prefería á todos, y cada uno le servía para distinto pasatiempo; pero estaba decidida á no casarse con ninguno de ellos, y lo que hacía era dejarse galantear de los unos y gozar con las protestas de amor de los otros, mientras echaba sus cuentas, á la vista de las que habrían pagado las damas que brillaban en la corte por sus trajes, sus coches y sus reuniones. Todos los jóvenes que se acercaban á pedirle su mano traían en el corazón amor de sobra para dejarla satisfecha; pero ninguno traía en el bolsillo todo el caudal que Laura creía necesario para brillar en el gran mundo.

El único hombre que ella conocía ser bastante rico para llenar su ambición no era joven, y aun casi pasaba de viejo, y además de esto, ó por esto precisamente, estaba achacoso, y lo que era mucho peor, no había dirigido ni siquiera una galantería á Laura. Si como era natural le había parecido bonita la niña, se lo había callado, y la muchacha se vió obligada, no á pedirle su mano, que aún no se ha llegado en este punto á tan alto grado de perfección, sino á hacerle comprender que le daría la suya si se acercaba á pedírsela. Y salió todo tan á pedir de boca, merced á la intervención de una amiga de aquellas que Dios confunda, aunque parece que Dios las cría para estos casos, que se celebró la boda porque la madre dió el *sí* y aun el *si bemol* en cuanto tuvo noticia del suceso. Y Laura se oyó llamar duquesa, y dió *tes* y comidas y bailes á todos los jóvenes que la galanteaban siendo soltera, y que por no perder la costumbre la siguieron galanteando después de casada. Media docena de jinetes, algunos de ellos plazas montadas á expensas del duque, caracoleaban junto al coche de la duquesa en la Fuente Castellana; otros tantos pollos anidaban en su palco en el teatro de la ópera, y todos á porfía ahorran al marido la incomodidad, perjudicialísima á sus años, de acompañar á la duquesita á los bailes y á las reuniones.

Esta casada no ha muerto aún y no se sabe si morirá tísica como su hermana; pero no tendrá nada de particular que así suceda, porque esa enfermedad no sólo la engendra el amor y el hambre, también se cría en los grandes salones y en el gran mundo.

Para este cuadro no es necesario averiguar el fin de esas bodas, sino que basta conocer el principio de ellas.

En una y otra ha visto el lector lo que significa y lo que vale *el sí de las madres* de hogaño.

La revolución y las costumbres han emancipado á las hijas de la tutela de las madres. Los hombres lo saben así, y no adoran al santo por la peana, sino que como se han de casar con las hijas y no con las madres, recogen el *sí* de aquéllas y les importa poco que éstas digan que *sí* ó que no.

Antiguamente, ya lo ha visto el lector en la primera parte, cuando un joven decía á una señorita que la amaba, ya había amado y se había hecho amar de la madre.

Cada educación ha tenido sus inconvenientes.

Es posible que en la última parte de esta obra digamos cuáles son los que nos parecen más graves.





CUADRO XXI

APERTURA DE CORTES

No hay día más feliz en los gobiernos representativos que aquel en que se abre la representación nacional.

La luna llena del parlamentarismo, el sol que alumbra las esperanzas de los parlamentarios, es el día de la apertura del Parlamento.

Entreguémonos á la alegría, al regocijo, á la expansión, al entusiasmo, á la locura y al delirio.

Olvidemos lo que somos y lo que fuimos, para no pensar en otra cosa sino en lo que vamos á ser más adelante.

Abramos el pecho á la esperanza, que por esperar no ahorcan á nadie, y bien mirado, más vale esperar que tener perdidas las esperanzas.

Si nuestros padres hubiesen sido capaces de establecer una gran fábrica de leyes, no habrían hecho el triste papel de revendedores de las de Solón y Licurgo, guardando como oro en paño las Doce Tablas y las Siete Partidas.

Para nosotros estaba reservada la ciencia de la legislación, y á fe que no diréis sino que es muy fácil, facilísimo, encontrar los Licurgos y los Solones.

El más simple gobernador de provincia manda á la corte media docena de sabios, sin que tengan necesidad de llamarse Alfonsos.

Y ya que todos los legisladores se hallan á la puerta del gran taller de la legislación, alegrémonos, alegrémonos, porque es bien que nos alegremos.

Imposible parece, dice el autor de este gran cuadro del sistema representativo, que aquellos ministros que reciben con cara de pascuas á todos los diputados, acercándose en son de confianza á los unos y estrechando cordialmente la mano á los otros y sonriendo con todos á la vez, hayan hecho tantos y tan costosos esfuerzos por retardar el día de la convocatoria del Parlamento y pasado tantas noches en vela estudiando la manera de presentarse á los diputados y tratando de averiguar cómo corresponderán estos señores á su presentación.

Al verlos descender precipitadamente de sus carruajes en el vestíbulo de la representación nacional, aguardando con aire de verdadera impaciencia la llegada del monarca, nadie osaría dudar que están satisfechos y entusiasmados por haber sonado la hora de comenzar la legislatura.

Parece que no se les cuece el pan en el cuerpo hasta poderle decir al país:

«Aquí nos tienes; júzganos y apláudenos. Grandes cosas hemos hecho, pero más grandes son las que esperamos hacer con el concurso y la sabiduría de tus apoderados.»

Esto debería pensar el que asistiese á la inauguración de una asamblea parlamentaria en esta época de exquisito parlamentarismo.

Colgadas las calles de la carrera que lleva el monarca, izada la bandera nacional en todos los edificios públicos, sueltas las campanas, tronando los cañones, tendidas las tropas, apiñándose la muchedumbre y codeándose todos por penetrar en el gran templo de la legislación, naturalmente el día ha de ser grande, la solemnidad magnífica, la hora suprema, el momento crítico.

Coged en la mano un periódico cualquiera, y veréis cómo en ese día ha engalanado con orlas de oro sus columnas para anunciar la apertura del parlamento.

Desde el momento en que apareció el decreto de convocatoria en la *Gaceta*, empezó á exhortar á sus amigos políticos á que acudiesen á hacer uso del más sagrado de los derechos constitucionales; mientras votaban dijo que confiaba en que el resultado del escrutinio sería la expresión fiel y genuina de la voluntad nacional, y después que vió la lista de los diputados elegidos protestó de la elección, renegó de la voluntad nacional, negó la ley de las mayorías y dijo que aquello, lejos de ser la expresión genuina y fiel de la nación, era el resultado del pandillaje, de los amaños y de las violencias de los partidos.

Pero esos momentos de justo desahogo y de expansión justísima que el gobierno le había permitido por pura condescendencia han pasado al acercarse el día de la apertura, y hoy vuelve el periódico á ser fiel creyente del sistema parlamentario y bate palmas por la apertura del Par-

lamento y exhorta á los elegidos á que *hagan la felicidad del país*; para cuya friolera, el periódico lo dice, no se necesita otra cosa sino que «sean dignos de la España; que vengan resueltos á compartir con el gobierno la ardua y difícil tarea de gobernar el Estado, y que respetando lo que *deba respetarse* de las tradiciones antiguas y enlazándolas con las necesidades de la sociedad presente, *atiendan á los altos intereses* del país, *sin lastimar los de la clase media ni herir los de la baja*.» También les exhorta á que nivelen el presupuesto de gastos con el de ingresos, *rebajando* los impuestos y *aumentando* las obras de pública utilidad, y les dice, por último, que todo lo espera de su reconocida ilustración y patriotismo.

Verdad es que á continuación de esa exquisita é infalible triaca parlamentaria se olvida el periodista de insertar la receta para confeccionarla; pero sus deseos no pueden ser mejores, y ya hemos dicho antes que por esperar no ahorcan á nadie, y la esperanza..... ¿Qué sería del hombre de HOY si no esperara el MAÑANA?

Pero el mañana aún no ha llegado, y hoy por hoy somos completamente felices abriendo el arca santa de la felicidad.

El monarca, seguido de una brillante comitiva y acompañado de sus consejeros responsables, ha entrado en el santuario de las leyes, donde le aguardan reunidos todos los individuos de los dos cuerpos colegisladores.

Álzanse en pie los padres de la patria al ver entrar en el salón la regia comitiva, y el monarca al ocupar el suyo les manda tomar asiento con las siguientes sacramentales palabras:

«Señores senadores y diputados, sentaos.»

É incontinenti recibe de manos del presidente del Consejo de ministros un papel en el que está escrito lo que S. M. lee á los representantes del país, y lo que los ciegos pregonan casi al propio tiempo por las calles de Madrid, diciendo á grito pelado:

El discurso que ha pronunciado S. M. en la apretura de las Cortes que acaban de salir ahora nuevas.

Los ejemplares del discurso son arrebatados de las manos de los ciegos, que suelen vender la primer cochura á doce cuartos, á ocho la segunda y así sucesivamente, hasta que ya de noche, cuando la retirada del sol va resfriando el entusiasmo, se pregonan á dos cuartos los que al día siguiente se venden por dos ochavos.

La puerta principal del santuario de las leyes que, como la de la catedral de Santiago de Galicia, sólo se abre un día en el año santo, se cierra apenas ha salido la regia comitiva para no volverse á abrir hasta que comience otra legislatura.

Retíranse las tropas á los cuarteles, desaparecen las cortinas que adornan los balcones, cesa el estampido del cañón, enmudecen las campanas y acaba por fin la gran fiesta sin que pueda decirse que ha terminado el día parlamentario.

El verdadero templo de la discusión está cerrado; pero en cambio están abiertos de par en par los cafés, las fondas y las tabernas, y no se cierran las calles y las plazas, donde los discutidores y los palabreros de oficio roen el hueso que acaban de arrojarles los ciegos para saciar su hidrofóbico apetito parlamentario.

No queremos entrar en las redacciones de los periódicos, donde ya de antemano por el color de los ministros que discurrieron lo que aparece discurre por el monarca sabían lo que debían aplaudir y lo que debían censurar de ese documento; tampoco iremos á los casinos, donde la discusión tiene un aire formal y casi académico y casi parlamentario; ni entraremos en los cafés, donde no hay un asiento vacío ni orador que no tenga un auditorio inmenso pendiente de sus palabras y de sus arranques patrióticos; pasaremos de largo por las fondas, donde en cada mesa, y todas están llenas, se celebra el gran día y se sirve á los postres el discurso de la Corona, aderezado con los infinitos comentarios que á cada cual le cumple hacerle, y apartando por último la vista de los banquetes patrióticos que celebran los hombres políticos, buscaremos el parlamentarismo en las calles, en las plazas y en las plazuelas.

Los albañiles, olvidándose del yeso que se endurece en la artesa, han bajado de los andamios, y reunidos en numerosos grupos oyen con atención el discurso y los comentarios de boca del capataz ó del maestro de la obra, y la discusión se enreda y se hace preciso ir marchando y discutiendo á remojar la palabra en la más inmediata taberna.

Sobre el banco del carpintero y del herrador y del herrero se reproduce la misma escena, y desde que los ciegos salieron de la Imprenta Nacional vendiendo el papelito hasta que el papel ha sido leído y comentado por todos no se vuelve á oír en la calle un solo martillazo ni un grito ni nada, en fin, que pueda profanar la santidad de la fiesta.

El carbonero, echado de bruces sobre el negro mostrador de su negra mercancía, deletrea el discurso, con grande asombro del zapatero remendón, de la lavandera, del escarolero y de otros varios aficionados que se reúnen á oírle, sin que haya uno solo que logre entenderle; pero tienen fe en que aquello que oyen es bueno, y como buenos creyentes cumplen con oírlo.

Tampoco faltan al cumplimiento de este deber los aguadores. ¡Ni cómo era posible que faltaran cuando los asturianos han sido de los primeros españoles que han sabido leer! ¡Hay nadie que ignore que los descendien-

tes del rey Pelayo son la gente más dada á tirar por la pluma y la lectura y la suma, de cuantos lectores y escribidores encierra España! Y sin embargo (no podemos dejar de hacer este paréntesis), si la lectura y escritura no hubiesen salido de las montañas de Asturias, menos fueran los libros prohibidos en nombre de la moral y del orden público y menores también los sustos que la libertad de imprenta ocasiona á los que quieren la imprenta libre, verdaderamente libre.

Pero abandonemos esa digresión que nos llevaría derecho á una estadística desconsoladora, y oigamos cómo discuten sentados sobre sus amadas cubas los Favilas parlamentarios.

El amor de los astures á la lectura se distingue del de los demás jornaleros y artesanos en que éstos pagan con gusto el importe del papelito nuevo, y aquéllos, después de rascarse y sonreirse, encogiendo el cuerpo como si temieran que el dinero se saliese por sí solo del bolsillo, aguardan á que el tendero haya leído el discurso para pedir que se les deje prestado y llevarle á la fuente y leerle á sus compañeros.

El encargado de este negocio se apoya de bruces sobre una cuba, y pasando el dedo por encima del impreso va deletreando palabra por palabra el documento parlamentario.

Ninguno de los oyentes osa interrumpirle, y para penetrarse bien de lo que escuchan, además de las orejas y de los ojos, que los tienen abiertos de par en par, abren la boca, y apenas pueden cerrarla cuando, seco el gaznate, oyen el *Dios sobre todo* con que, á imitación del *juicio del año* en los calendarios, suelen terminar los discursos de la Corona.

El primero que rompe á hablar no sabe qué decir de lo que ha oído, porque aunque letra por letra lo ha oído todo, no ha comprendido nada, y se contenta con exclamar:

—¡Mi alma, que está guapu el papelucu!

—¡Está mejor notadu que la *Gaceta*!—dice otro de los aguadores.

—¡Mira qué gracia!—replica un nuevo interlocutor.—¡Pues si este papelón no valiera más que la *Gaceta*, habíamos echadu buen año de fabes!.... Este papel vale más que todus los papeles del mundu, porque le escribió la misma reina en persona.

—¿Escribiólu la reina?—pregunta asombrado el primero de los aguadores.—Entonces trae para acá un rato veré el carácter de letra que tiene Su Majestad.

Y pasando de mano en mano el impreso, todos convienen en que la reina tiene una letra clara y hermosa, que parece de molde; hasta que el Farruco que había leído el discurso les dice riendo:

—No seáis bárbarus, esa no es la letra de la reina.

—Pues luego, ¿quién escribiólu?

—El ministro, pero se le notó la reina.

—¿Y traeránnos algún rebullicio estos diputados?—pregunta uno de los aguadores que había callado hasta entonces.

—¡Traerán un demoniu!—grita el lector del discurso.—¡Pues luego tú no hiciste razón de lo que dice el papel!

—Sí que me hice; pero tengo oído hablar mucho de paz y de riqueza des que mandan los constitucioneirus y cada día estamos más arrematados y más pobres. Ellu sí, música y jaranas y diversiones, lleve el diablu si no tienen hasta fartarle á unu los oidus de himnus de Riegu y de muñeiras patrióticas; pero siempre andamus de rebullicios y de trastornus.

—¡Domingu! ¡Domingu!—grita un viejo aguador dirigiéndose al preopinante.

—Qué, ¿no es verdad lo que digu?

—Sí; pero calla, porque si te oyen los alguaciles has de dar que sentir á tus rapaces.

—¿Pues no dicen que hay libertad y que somos libres?

—Dicen.... dicen.... Si á decir vamus, también yo digu que ha de tocarme la lotería y no me toca nunca. Estu de las libertades tengo yo para mí que es á modu del juego de la lotería, que á ellos tócales siempre y á los que jugamus no nos sale nunca cosa de provechu.... Y luego, nosotrus malditu si ganamus nada con esta libertad, porque tan aguadores somos hoy como en tiempo de mi abuela, y aunque ese zapateru de la esquina, que es hombre de chispa y que habla como un libru, dice que todos somos iguales, es lo ciertu que á ti y á mí nos hacen andar por medio de la calle como si fuéramus unos burrus y nos llevan á palus los polizontes á echar agua cuandu tocan á fuegu.

Y por el estilo de lo que dejamos narrado siguen los astures parlamentando y discutiendo mientras sigue la discusión y el parlamentarismo en los cafés, en las fondas, en las tabernas, en las calles y en las plazas, sin que en ninguno de esos círculos discutidores haya sido fácil conocer el motivo de las discusiones: tal andan de extraviados los comentarios y las conjeturas que se hacen sobre el discurso de la Corona.

Pero no queremos resfriar el entusiasmo de los verdaderos creyentes analizando esas discusiones, y les dejamos saborear á sus anchas el trozo de felicidad que acaban de engullirse y que puede considerarse como las *bienaventuranzas* del catecismo parlamentario.

Se les ha dicho que el orden público, primera necesidad de los pueblos, está *casi* asegurado; que se *olviden* los antiguos disturbios y *desaparecerán* las pasadas disensiones; que se *piensa* en establecer una política de olvido, de tolerancia y de libertad; que se *prepara* un plan de enseñanza general; que se *procura* el aumento de las rentas; que se *harán*

al abrigo de la paz grandes economías en el presupuesto de gastos; que se *presentará* la manera de nivelarlos con los ingresos; que se *acortará* la distancia que nos separa de las posesiones de Ultramar; que se *hará* el arreglo y aun la extinción de la deuda pública, etc., etc.

Y por último, después de conjugar en futuro todos los verbos de la familia de las promesas y de las esperanzas, se echa el *Dios sobre todo*, diciendo que para tan grande objeto cuenta el monarca con la sabiduría y el patriotismo, de que tan señalados ejemplos han dado siempre las Cortes, y *sobre todo* con los auxilios de la Divina Providencia, que de tantos conflictos y calamidades ha sacado á España.

No puede quedar en mejores manos el negocio, y aquí damos por terminado el cuadro.





CUADRO XXII

LA ESCUELA DE LAS COSTUMBRES

Si el teatro es la escuela de las costumbres, para saber cuáles son éstas no hay nada mejor que examinar las costumbres del teatro.

En la primera parte de esta obra le teníamos tan obediente á la autoridad, tan humilde, tan honesto y tan morigerado, que por mucho que haya sacado los pies de las alforjas, como dice el vulgo, y aunque haya quitado aquel tablón que cubría los pies de las bailarinas, aún nos parece que hemos de hallarle algunas de las virtudes de antaño.

Verdad es que ahora madruga poco y traspascha mucho; no tiene autoridad que le presida, ni honestidad que peque de exagerada, ni humildad conocida, ni siquiera sayas que cubran las piernas de las bailarinas; pero todo esto no importa nada para lo que hemos de decir en este capítulo. El teatro es la escuela de las costumbres, y si éstas han cambiado, claro está que el maestro no podía quedar rezagado. Marchaba con el siglo, y éste y no él es el que ha cambiado.

Por de pronto, y tratándose de una época de tanta ilustración, no podía consentirse que la escuela de las costumbres estuviera establecida en un *corral*, y cambiamos, no el corral, sino el nombre; le llamamos coliseo y teatro. El *degolladero*, la *cazuela* y el *patio* parecían nombres más propios de una plaza de toros ó de un matadero que de un teatro, y se trocaron por los de *paraíso*, *anfiteatro* y *platea*. También se creyó que las gentes tenían juicio de sobra para andar todas juntas; y sin miedo á los *desórdenes* que, según los antiguos alcaldes de casa y corte, *facilita la*

obscuridad en concurso de ambos sexos, se mezclaron éstos, haciendo neutras y comunes de dos las antiguas localidades masculina y femenina. Con esto y con las luces de gas, que no dejan rincones oscuros, y mucho terciopelo en los asientos, y mucho oro en las paredes, y musas y genios y nubes en el techo, los corrales han quedado convertidos en unos verdaderos templos de la inmortalidad.

Pero las reformas hechas en el local de las escuelas no habrían sido suficientes para mejorar la enseñanza de las costumbres si no hubiésemos pensado también en reformar los profesores. Era una inhumanidad, risible de puro salvaje, el negar sepultura sagrada á los que, representando autos sacramentales, habían contribuído á encaminar á muchas gentes por la senda de la virtud, y desde luego dijimos que se pusieran los campos santos á disposición de los cómicos. Nos pareció asimismo poco respetuoso y poco digno el tratar tú por tú á nuestros maestros, y usando ellos la mitad de su vida el tratamiento de alteza y aun el de majestad en los papeles de príncipes y emperadores, no quisimos regatearles la dignidad y les dimos *don* y aun les dejamos usar *señoría*. Y una vez cambiado el mote con que antiguamente se los conocía á todos por el don y el señorío, creímos, y creímos bien, y ojalá lo creyéramos con más fe, que era preciso sacarlos de otras clases de gentes de las que antes surtían el teatro y educarlos de otro modo también. Aún suele el vulgo llamarles *histriones* y *cómicos* y *comediantes*; pero ellos no contestan, y hacen bien, sino cuando los apellidan *actores*. Y así como hubo un tiempo en que tenían su arte como un oficio de mera imitación, mientras estaba abierta la *escuela del toreo*, ahora que se ha cerrado la universidad de los toreros y que éstos viven de la rutina y del empirismo, los que se dedican al teatro tienen sus cátedras de declamación, sus escuelas de canto y sus academias de baile. ¡Figúrate, lector, si con unas escuelas tan bonitas y unos maestros tan bien educados habrán mejorado las costumbres!

Dicen que entre amigos con verlo basta; pues vamos á verlo.

Aunque podríamos asistir á la función desde un palco, porque tenemos varias amigas que nos han invitado á ello, no queremos hacerlo porque deseamos ser espectadores, y eso sería darnos en espectáculo.

Al que tiene abonado cada tercer día la marquesa de las Batallas no podemos ir porque incomodaríamos á los demás y no estaríamos cómodos nosotros. Le llaman el palco de ánimas porque allí se asoman las de todos los amigos, y unos á otros se quitan la vista del escenario. La duquesa del Desfiladero ha estrenado un traje de tanto lujo y la modista le ha robado tanta tela en el escote, que allí se van á fijar las miradas del público, y estaremos en berlina. En el palco de la condesa de la Emboscada no podemos entrar hasta que ella vaya, y como irá muy vestida no llegará

hasta la mitad de la función, y esto no nos conviene. Últimamente, la baronesa de la Trinchera también nos ha invitado á ir al teatro; pero como ella se asoma tres minutos para ver cómo se han vestido las demás mujeres y que éstas vean cómo ella lo ha hecho, y luego se retira á jugar al tresillo en el interior del palco, no veremos la función.

Lo mismo que nos sucede con la aristocracia militar, que es la gran aristocracia en estos tiempos de libertad civil, nos pasa con los exigüos restos de la aristocracia antigua y con la del dinero ó de la alta banca; y por no oír hablar en estos palcos de tres por ciento y de contratas y de caminos de hierro; en aquéllos de grados, de empleos y de votaciones parlamentarias; en los del medio de etiqueta y de ceremonias palaciegas, y en todos ellos de modas y de política, nos vamos á sentar en una butaca. Si el espectador que tenemos á la derecha nos habla, cortamos su conversación; y si el de la izquierda nos pregunta, no le contestamos. Nosotros somos de aquella gente que iba al café á tomar café, á la iglesia á oír misa y al teatro á ver la comedia. Para hablar, al paseo ó á la calle, y mejor aún en casa y á puerta cerrada. La función que hemos escogido es variada. El cartel la anuncia en los términos siguientes:

«1.º Gran sinfonía del *Romanticismo* á toda orquesta y con melodías clásicas.—2.º El drama nuevo en dos actos, original y en verso, titulado *Un charco de sangre ó la venganza de una madre*.—3.º La zarzuela nueva en un acto, *arreglada del francés*, con el título de *¡Murió de amor el Serafín del valle!*—4.º La comedia nueva en un acto, *tomada del francés*, con el título de *La mujer en malos pasos y el marido en pasos peores*.—5.º 120.^a representación del estrepitosamente aplaudido paso de baile filológico, *sacado del francés* y titulado *¡Por andar en malos pasos!....*—6.º y último. El juguete cómico, *imitado del francés*, titulado *¡Pobre marido!*»

Al alzarse el telón aparece una magnífica decoración de campo, en la que se ven multitud de árboles, flores, cascadas y arroyos. Una luna dulcísima alumbra la escena, los pájaros cantan en la enramada y aun parece que se respiran gratísimos aromas. Si aquella no es la copia del Paraíso, cerca le anda. Bien hace el apuesto galán, que tiene entre sus manos la de una hermosa dama, en sellar con un beso el juramento de amor eterno que pronuncian sus labios, y bien hace ella en poner por testigos de su fidelidad, no sus años, aunque parece de mayor edad, sino las auras que besan su frente, las aves que arrullan sus palabras y el sol que ilumina el cuadro. El público envidia la situación de aquellos felicísimos amantes, aplaude con entusiasmo los versos en que se pintan su amor y pide que se repita y se repite una y otra vez la escena.

¡Qué cuadro más interesante, ni más tierno, ni de mejor enseñanza, ni mayor edificación que el del amor en medio de un paraíso de amores!

Lástima da que aquellos bienaventurados mortales interrumpan su coloquio amoroso y vuelvan la cabeza asustados al oír el rumor de unas ramas, tras de las que aparece un hombre, que asomando á la escena á una joven que trae de la mano, le dice:

«¡Míralos!... ¡Ellos son!... ¡Malditos sean!»

El público se indigna al ver aquella pareja que viene á interrumpir la purísima felicidad de los dos amantes, los cuales, con acento de desesperación y cogiéndose de las manos, exclaman:

ELLA. ¡Mi esposo!... ¡Maldición!... ¡Cielos!... ¡Mi hija!

EL. ¡Mi mujer y su padre!... ¡Ábrete, infierno!

Cae el telón, vuelve á sonar la música, cúbrese los hombres la cabeza y empieza el entreacto.

Antiguamente, cuando el teatro estaba mal alumbrado por unas cuantas luces de aceite, no se hacía otra cosa durante el entreacto sino respirar con trabajo los gases de la aceituna, beber un vaso de *aloja*, vendido por gentes que habían hecho su correspondiente información de *buen a vida y costumbres*, y comentar con respeto las escenas que acababan de representarse; todo con la misma separación de sexos que había existido durante la representación. Los entreactos de hoy son otra cosa muy distinta.

En las localidades baratas, que ahora que hemos suprimido la infamia se llaman asientos de *ignominia*, como las gentes han tenido la lengua pegada al paladar, la boca abierta y los ojos fijos en la escena, hacen bastante con volver en sí y recordar lo que han visto, procurando retener en la memoria algunos de los versos que han escuchado. Los demás espectadores son los que aprovechan el entreacto.

Entran y salen en los palcos y en el salón de descanso á descansar de no haberse cansado, calificando magistralmente de buena ó de mala la obra y á su autor de estúpido ó de sabio y á los actores de inimitables ó de detestables. Si el drama gusta, no falta quien haga coro á los que le elogian, para decir que es lo mejor que se ha escrito en francés; con lo cual todos dicen que «ya les parecía que era demasiado bueno para ser original,» y nadie se cuida de averiguar de qué obra extranjera ha sido tomado, sino que todos acogen gustosos la calumnia. Se critica el plan, las situaciones y los versos; pero nada se dice del fondo de la obra, nada de su argumento ni de su fin moral. En este punto son los espectadores verdaderos niños de escuela que toman sin replicar lo que les da el maestro, el cual dice á su vez que da lo que más les gusta á los chicos; y ¡vaya usted á averiguar quién de los dos tiene razón!

Pero las conversaciones, que giran sobre el acto que se acaba de repre-

sentar, duran en algunos círculos poco y en otros nada. El entreacto se invierte en *hacer política* y en *hacer atmósfera* para la política del siguiente día; porque los teatros son grandes propagandistas de toda clase de rumores. En los casinos, en los cafés, en la Bolsa y hasta en la misma presidencia del Consejo de ministros se ha de preguntar «¿qué se dijo anoche en el teatro?» y es preciso oír hablar y aun inventar alguna cosa para que no se diga que en el teatro no se dijo nada.

Con gran sentimiento de las gentes de la *ignominia*, los de las butacas no abandonan los palcos, ni vuelven á sus asientos hasta que han pasado dos ó tres escenas del acto, y entran con ruido, no para interrumpir á los actores, sino para que á ellos los vean entrar.

En la escena el paraíso ha desaparecido y en su lugar se ve un salón de baile. La luna se ha trocado en una luz vivísima de bujías esteáricas, los arroyos en riquísimas alfombras, los árboles en columnas de pórvido, las flores en colgaduras de terciopelo y oro y los dos amantes en una legión de enmascarados. Damas vestidas con gran lujo, pero con el rostro cubierto, cruzan la escena, y en los salones que se ven en el fondo se oye una armoniosa orquesta y el rumor de gente que baila.

De repente empiezan á desaparecer las máscaras; la música va sonando lejos, como si los salones se fueran retirando á dormir, y del fondo del escenario se destaca un dominó negro, que avanza lentamente hasta encontrarse con otro azul que ha estado oculto detrás de una de las columnas. Pasea el primero la escena como quien registra la casa, y con aire de cazador que escucha para ver dónde está la fiera y cogiendo del brazo al del dominó azul, le arrodilla con violencia, saca un puñal, se le hunde en el seno, y quitándose el antifaz exclama con sardónica sonrisa, á tiempo que se escucha el doblar de una campana entre bastidores:

«¿Oyes ese lamento agonizante,
voz sepulcral de fúnebre agonía?
¡Es la iglesia que dobla por tu amante,
y yo le hice matar; sábelo, impía!»

El dominó azul se incorpora con trabajo, sin apartar la mano izquierda del sitio de la herida, y arrancándose la máscara, cae al suelo gritando:

«¡Es mi padre! ¡Qué horror! ... ¡Yo le maldigo!»

Óyese á ese tiempo una estrepitosa carcajada en el fondo de la escena, y aparece la dama del primer acto cubierta con un dominó azul y con la careta en la mano; el padre se arroja sobre el cadáver de la hija, cae el telón, empieza la música y aplauden los espectadores pidiendo á gritos «¡El autor!» Sale uno de los actores á decir quién es el autor del drama que han tenido el honor de representar, y el público, sin escuchar el nom-

bre, pide que salga para conocerlo si es nuevo en la plaza, ó simplemente para hacerle salir si ya le conoce. El autor no permite que se impaciente el público, y sale y saca consigo á la madre que hizo asesinar á su hija, al padre que la asesinó, á la joven asesinada y al yerno por quien doblaban en la parroquia. Hay coronas para el verdugo y para las víctimas, y el *Charco de sangre* se convierte en una espuerta de flores.

La zarzuela no es del género triste; empieza, por el contrario, con un retozo general de todos los actores, aldeanos sencillísimos que van á la feria del pueblo inmediato, más alegres que las castañuelas que llevan en las manos, y con un gozo tan inocente y tan pastoril que no parece sino que aquella aldea pertenece á un nuevo mundo en el cual no ha querido Dios plantar el árbol del bien y del mal. Retozan con tal sencillez y tienen unas conversaciones tan inocentes y tan cándidas, que todos parecen unos camuesos incapaces de probar nunca la manzana prohibida.

De repente y cuando se cree que tienen más prisa por llegar á la feria, la orquesta da dos ó tres golpes, y uno de los aldeanos, paseando misteriosamente la escena con el dedo índice en la boca, reúne en torno de sí á todos sus compañeros de ambos sexos y les dice:

—¿Sabéis lo que se cuenta de Feliciano, de aquella orgullosa pastora que no quería que ninguno de nosotros la echásemos coplas, ni la rondásemos la casa porque decía que todos éramos unos bárbaros?

—No, no lo sabemos—contestan á una voz todos.

—Pero ¿os acordáis que se escapó con aquel militar que estuvo alojado en el pueblo y se fué á Madrid y no ha escrito á nadie nunca?

—Sí.

—Pues estadme atentos, porque aquí en secreto y sin que nadie nos oiga, os voy á decir lo que se cuenta en el lugar.

Los aldeanos se acercan, alargan la cabeza para escuchar, el chismoso se adelanta hacia el público, y volviendo la espalda á su verdadero auditorio, acompañado de la orquesta, canta en voz alta lo siguiente:

«Sabéis, amigos,
que Feliciano
una mañana
despareció;
pues en silencio
os juro á fe,
que yo os diré
lo que pasó.
El nos dirá
lo que pasó, lo que pasó..... oooó.

ALDEANO. Silencio.

CORO. Silencio.

ALDEANO. Silencio, atención.....

CORO. Silencio... atención..... ooon.»

El aldeano alza la voz cuanto puede, aun á riesgo de desafinar cuanto sea posible, y dice:

- «En la corte
las princesas,
las duquesas
y otras más,
con Feliciano
iban en coche,
á troche y moche
á pasear.
- CORO. A troche y moche
á pasear..... á pasear..... ar, ar, ar.
- ALDEANO. Pero es el caso
que Feliciano,
de una terciana
ó qué sé yo,
cayó malita
y aquí la echaron,
la abandonaron
y aquí llegó.
- CORO. La abandonaron
y aquí llegó..... y aquí llegó..... oooó.»

A ese tiempo asoma por la cima de una montaña, que se ve en el fondo, una joven pálida, ojerosa, con el cabello destrenzado y vestida con una túnica blanca, y el aldeano grita:

- «Vedla, allí viene
con paso lento.
¡Qué macilento
su rostro está!
- CORO. Qué macilento
su rostro está..... su rostro está..... aaaá.
- ALDEANO. Busca las flores
que, siendo niña,
en la campiña
se puso á oler.
- CORO. En la campiña
se puso á oler..... se puso á oler..... er, er, er.»

Cesa la orquesta, óyese un solo de arpa, ábrense en dos filas los aldeanos con rigurosa división de sexos, y alzan todos los ojos y las manos al cielo como en señal de una gran desgracia, mientras la joven, tosiendo á compás del arpa y como si á cada paso fuera á rendir el alma, avanza lentamente hasta el agujero del apuntador, y en vez de sacar un grano de goma ó una pastilla de malvavisco, arranca una hoja de un árbol, la besa, alza los ojos al cielo (cuyo movimiento de cabeza la produce un fuerte golpe de tos, que con las armonías del arpa y los gestos de los co-

ristas produce un efecto desgarrador) y desfallece y cae en los brazos de las aldeanas, que corren á sostenerla y la sostienen, mientras ella, suspirando, tosiendo y agonizando, suelta la siguiente copla:

«¡Ay, que no sabe el mundo
lo que se pesca,
cuando deja en el campo
á las doncellas!
Lirio del valle
es la mujer, y el hombre
viene á secarle.
Zagalas, yo me muero,
estoy muy mala,
la fiebre me devora,
la tos me mata.
A.....di.....ós..... a.....mi.....gos.....
per.....dón..... per.....dón..... á to.....dos.....
per.....dón..... os..... pi.....do.....»

Feliciano cierra los ojos, muere, y caen de rodillas todos los aldeanos, mientras el arpa larga sus últimas notas, que mueren ahogadas por el redoble de un tambor, y aparece en la escena un capitán mandando ocho hombres y una cantinera. El capitán es el militar con quien se escapó Feliciano, y la cantinera es una de las duquesas de Madrid, que por seguir al capitán ha adoptado el disfraz de cantinera. Ambos reconocen el cadáver que las aldeanas están cubriendo de flores sin haber visto llegar la tropa, y cuando se dan cuenta de ello lanza cada una un grito, los soldados se apoderan de ellas, visten con sus uniformes á los novios, que son unos corderos, y les dejan patrullando por si viene el general que anda por aquellos contornos, y cae el telón.

La comedia, como su título lo indica, se reduce á un marido malo, á una mujer perversa y á un amigo malísimo.

No nos detenemos á explicar cómo los segundos engañan al primero, y cómo éste, después que ha sabido que le han engañado, vuelve á quedar tan contento; porque el argumento es demasiado conocido y los personajes están siempre de guardia en el moderno teatro español. Un amigo falso, una mujer infiel, un marido tonto y una colección de gentes que amparan á los primeros y se ríen del segundo, apenas hay comedia que no los tenga. El lector los conoce mejor que nosotros, y habrá visto aplaudir esas obras con verdadero entusiasmo, no por el fondo de ellas, que eso importa poco, sino por los chistes en que abundan. No se puede hacer reír al público sin hacer llorar á la moral pública; pero como esta dama se ha empeñado en no asistir al teatro, llora en su casa y los autores no han podido ver esas lágrimas.

Lo que verdaderamente aflige es un baile serio. Figúrate, lector, una joven modesta y hermosísima, con las piernas al aire, el pecho descubierto, los hombros y los brazos desnudos y un tonelete tan hueco y tan apartado del cuerpo, que más que una prenda del traje parece un salvavidas para arrojarse al mar; figúratela, digo, saliendo de entre bastidores, cabizbaja y pensativa, con los brazos cruzados y marcando el paso, con un compás tan lento y tan dolorido, que parece que va á caer exánime sobre la escena. Mírala cómo de repente llega al medio del escenario, y alzando los ojos al cielo y apretándose el corazón con ambas manos eleva su cuerpo sobre la punta del pie derecho, y extendiendo la pierna izquierda hasta poner el pie un metro más alto que la cabeza, baja éste hacia el suelo, tiende los brazos como si fuera á volar y empieza á dar brincos y saltos, cogiendo puñados de aire y llevándolos al corazón, que parece estarle saltando de pena. Obsérvala cuando lleva una mano hacia la oreja y, en ademán del que escucha, se mantiene cuatro minutos sobre la uña de uno de los dedos del pie izquierdo, y abre sus ojos espantados como si hubiera oído un rumor siniestro, y si todo esto no te aflige ni la situación de esa mujer te hace verter lágrimas, diré que tienes un corazón como el del público que aplaude en estos momentos de supremo dolor y pide que se repitan aquellos retortijones de piernas y de brazos que tan bien expresan los retortijones del amor, de los celos, del miedo y de la ira.

Figúrate que del fondo de la escena sale un hombre no más vestido que la joven, aunque con su tonelete menos voladizo, y corre hacia ella, explicándole con sus ademanes todo el amor que le inspira, y ella huye y le indica que se tirará al mar si da un paso más, y él le pregunta también por señas «¿por qué?» y ella le impone silencio indicándole que se lo va á contar al momento, y recorre la escena con los brazos extendidos y de puntillas para ver si están solos, y rompe por fin á hablar con pies y con manos, hasta que cae rendida y desmayada en los brazos del galán que la contempla, y éste le da un beso y la deja tendida en un banco de piedra. Y tras de esto alza los ojos al cielo para expresar su alegría, y echa las piernas al aire y da cien saltos y cien brincos, mientras poco á poco va despertando la joven, y se horroriza de encontrarse allí sola y se pasa la mano por la frente como para recordar lo que le ha sucedido. Entonces él, bailando y sin que ella le vea, llega por detrás del banco, le da un beso en la frente y entablan un diálogo de brazos animadísimo, del cual resulta que quedan perdidos de amor y que se lo cuentan al público en un paso á dos, que no hay más que pedir.

El público, que no vierte lágrimas á la vista de aquellos dolores secos y mudos, cubre de flores y palomas la escena, arroja coronas de laurel á los pies de la bailarina, y ésta sale una vez y otra á dar gracias sonriendo

y como si estuviera loca de alegría. Entre bastidores la tienen preparada una cama, en la cual se tiende apretándose de veras el corazón, que se le sale del pecho, mientras el público sigue aplaudiendo y ella quita la mano del corazón y vuelve á sonreír y hasta vuelve á repetir el baile para volverse á revolcar en la cama. Pero esto no lo ve el público; esto lo ven las madres ó los maridos de las bailarinas, los mismos que para que aprendan y puedan ejecutar un paso nuevo les estiran las piernas y les descoyuntan los brazos, y luego para que les pase el susto les ofrecen un vaso de agua de azahar. Lo que el público ve después del baile es el juguete cómico, cuyo protagonista, si no es un marido tonto, es un novio simple y una novia que para ir á la iglesia se empeña en que le ha de dar el brazo su antiguo amante ó cosa por el estilo; lo cual encuentran muy natural los suegros y los demás amigos de la casa, y al público le hace reír sobre manera, porque, como hemos dicho antes, *abunda en chistes* y esta sociedad es muy chistosa. He aquí, lector, las costumbres del teatro. Los que á todas horas se dicen que el teatro es la escuela de las costumbres, te dirán si esas son las costumbres de la sociedad. No podemos decir más, porque nos hemos extendido demasiado; ni siquiera tenemos espacio para hablar de los *alabarderos*, que han reemplazado á los antiguos *mosqueteros*, ni de si á esos aplaudidores de oficio, HOY mejor organizados que AYER, se debe el buen ó mal éxito de algunas obras dramáticas.

Somos creyentes sinceros del sufragio universal; profesamos con toda fe el sistema de las mayorías, y no creemos que éstas puedan ser nunca ficticias. ¡Adónde iríamos á parar si dudáramos en estas materias!





CUADRO XXIII

EL PADRE DE SU MADRE

De cuantas dispensas matrimoniales se solicitan de la corte de Roma por razones de parentesco entre los contrayentes, ninguna nos parece de tanta importancia ni tan indispensable como una que no tenemos noticia se haya demandado jamás.

Seguramente que no habrá autorizado nunca la curia romana un matrimonio del cual resulte que el marido venga á convertirse en padre de la que le dió el ser, y por consecuencia precisa en abuelo de sus propios hermanos.

Y esto, sin embargo, es un hecho. Y no un hecho de HOY ni de AYER, sino de anteayer ó de mucho, de muchísimo antes.

Esa paternidad *a posteriori* que tan intrincada y tan difícil parece, no es, sin embargo, un juego de prendas, sino la prenda del juego electoral.

El ciudadano, que obediente á los preceptos de su madre *Patria* deposita su papeleta en la urna, se halla sin saber cómo ni cuándo con la agradable nueva de que sus propios hermanos la han casado con el voto nacional. Y cuando va á tomar posesión del lecho electoral, cuando se dispone á echar sobre sus hombros la suavísima cruz del matrimonio parlamentario, se encuentra con que tiene una hija mayor de edad y con que su madre ha desaparecido.

Sus hermanos le llaman abuelo y le proclaman á voz en grito *padre de la Patria*, esto es, padre de su propia madre.

Con lo cual queda probado que la *Patria* era inclusera hasta que se levantó el parlamentarismo, y que está huérfana cuando no mandan los parlamentarios.

Los realistas aducirán cuantos derechos se les antoje para probarnos su parentesco con la *Patria*, á quien, en su calvario político, crucifican entre el *Rey* y la *Ley*; pero no nos convencerán de su paternidad interin no presenten entre sus hombres políticos el hombre diputado.

En el AYER de esta historia de la sociedad española habrá visto el lector los diputados de las órdenes religiosas, elegidos poco más ó menos que los diputados á Cortes; y aun si hubiéramos tomado las cosas de más lejos, habría hecho amistad con los diputados de las antiguas Cortes de Castilla. ¡Pero qué tienen que ver los unos ni los otros con estos verdaderos *padres de la Patria*, con estos soberanos *in pártibus* (y no lo digo á mal decir) por quienes he puesto el caballete y á cuyas hazañas destino el lienzo del presente cuadro!

Quitense allá los *discretos* de los conventos y no osen entrar en comparación con nuestros diputados á Cortes. Apártense los ricoshomes, los perlados, los fijosdalgo, los percuradores y los personeros de las antiguas Cortes españolas, y no vengan á reclamar derechos de antigüedad sobre los modernos parlamentarios de nuestra modernísima representación nacional.

El diputado de HOY es una planta recién importada del extranjero; la estamos aclimatando ó queriéndola aclimatar, que acaso no sea lo mismo, y de ella sola nos cumple ocuparnos en el presente cuadro y en los dos que ponemos á continuación.

Ya la vieron los lectores brotar de las urnas electorales, y queremos que la acompañen al examen botánico de la comisión de actas, para que luego admiren la lozanía con que se desarrolla y crece en el invernáculo parlamentario.

No esperen, sin embargo, y esta noticia queremos dársela por anticipado, que á todas las especies de esa familia botánica les sea igualmente provechoso el calor parlamentario de la estufa. No todos los diputados echan flor, ni todas las flores abren sus pétalos oratorios con desembarazo, ni todas, sino muy pocas, tienen fragancia. Hay muchas, muchísimas, el noventa por ciento, y no peco de largo, que encogen su capullo, arrugan las cejas y, más modestas que la recatada sensitiva, sólo abren el cáliz oratorio para pronunciar algún monosílabo.

El aire de las prerrogativas de la Corona les suele ocasionar una muerte instantánea, y cuando en medio de una legislatura se abre la ventana que mira al trono y entra el aire de la disolución, todos los capullos se cierran y quedan las plantas parlamentarias perfectamente secas.

El talento del diputado consiste entonces en acudir al abono que le dió el ser y procurar dar nuevas flores en la próxima legislatura.

Pero no estamos ahora en tan lastimoso momento, y el aire de la prerrogativa real nos es, por el contrario, provechoso y hasta indispensable.

Sin la convocatoria á Cortes no habríamos podido elegir los diputados.

Ya los tenemos, y como son muchos y de distintas especies, nos vemos obligados á clasificarlos y dividirlos en grupos.

Haremos pocos para que estos cuadros no nos resulten largos.

Nos contentaremos con dividirlos en *monosílabos* y en *silabarios*; empezando por los primeros, no tanto por el método cuanto por irnos acostumbrando al ruido parlamentario, cosa no tan fácil como á primera vista parece.





CUADRO XXIV

EL DIPUTADO MONOSÍLABO

BRAS. ¡Oh qué casta tan aguda,
la res muda

sentir el mal de su dueño!

BENITO. Mi ganado, en verme el ceño,
se demuda
como persona sesuda.

(*Juan de la Encina.*)

Puede pasar de los seis pies y no llegar á los cinco y aun exceder pocas líneas de los cuatro; ser gordo como una encina, ó enjuto como una hebra de seda, y tener cien años de edad, con tal que pruebe haber cumplido las primeras veinticinco navidades. Del resto de las prendas personales no hablemos, porque ni más ni menos que se le dispensa la talla, se le dispensa la hermosura, y queda por lo tanto en libertad de ser alto ó bajo, flaco ó gordo, hermoso ó feo y aun hasta tonto ó sabio; que de estas prendas morales sólo cumplió juzgar á los que le votaron.

Trae patente limpia, aunque el acta se haya ensuciado con alguna protesta ó cosa semejante; la acompaña de la fe de bautismo y de los recibos de la contribución, y no necesita más para ser diputado.

Remite esos documentos al Congreso, y en esto conviene notar que el diputado *monosílabo* peca siempre de adelantado, y pide á Dios en sus cortas oraciones que le conserve la salud, siquiera hasta el día de la apertura del Parlamento, día que á él se le antoja que no está en el calendario del tiempo y que, sin embargo, llega y pasa, ni más ni menos que los demás días del año.

Á moderar su impaciencia y á entretener sus ansias vienen las felicitaciones de los amigos, á quienes saluda con toda la gravedad de un senador romano, y se calza el coturno para recibir á sus electores, que al verle tan hosco y tan serio llegan á dudar de que aquel diputado sea el mismo que conocieron cuando era candidato. Pero tiempos que pasan, memorias borran, condiciones cambian y hombres mudan.

El que ayer podía ocuparse de ser padre de familias y esposo y hasta ciudadano, y pertenecía á sus amigos y muy especialmente á sus electores, hoy ya no pertenece á nadie.... Apenas se pertenece á sí mismo. Pertenece en cuerpo y en alma á la Patria.

Ha prohibido, en unión con sus trescientos cuarenta y ocho compañeros, á esa pobre huérfana, que á voz en grito, desnuda, abandonada y llorosa le pidió su paternidad, y sería un malvado si no lo olvidara todo para consagrarse al cuidado de su hija adoptiva.

¡Ay! Hace bien en parodiar al gran poeta Espronceda, diciendo:

«¡Para mí los amigos acabaron,
la casa y la familia se acabó,
los lazos que á la esposa me ligaron
la Patria para siempre desató!»

Por supuesto que esa eternidad tiene su limitación en la prerrogativa de las disoluciones y aun en la terminación de la legislatura. Aunque este fenómeno de longevidad parlamentaria es tan raro, que tiene la rareza de no haberse dejado ver entre nosotros. Puede el diputado cuando deja de serlo hacer uso del *ex*, facultad que ha encarecido considerablemente el precio de las equis, y puede asimismo volver al seno de sus amigos, si alguno le queda, y entonces ya no le llaman abuelo, y vuelve á ser hijo de familia, recobrando la maternidad de su ex hija la Patria.

Pero mientras ejerce el cargo de representante del país disfruta de varias prerrogativas, entre ellas, y es la más importante de todas, la de ser *inviolable*. Así es que ni su esposa le puede hacer violencia para que la acompañe, ni sus hijos para que les dé un beso, ni sus amigos para que los hable, ni sus electores, en fin, para que los reconozca y los trate.

La inviolabilidad es absoluta, y el diputado *monosílabo* la reclama hasta en el uso de la palabra. Nadie puede violentarle para que diga otra cosa más que *sí* ó *no*, permitiéndose algunas veces, pero por su propia voluntad, sin perder su inviolable investidura, algún *¡bravo!* y hasta palabras de tres ó cuatro sílabas, y algunas veces, aunque pocas, exclamaciones y frases de cuatro ó cinco palabras; habiéndose dado más de una vez el caso de que un diputado *monosílabo* pida la palabra con calor para pronunciar el siguiente discurso:

Que se pregunte si está el punto suficientemente discutido.

Verdad es que esa peroración ha solido hacer mal efecto, aunque no por culpa del orador, sino del tiempo, que no había llegado aún para justificar la oportunidad del discurso. Y ahí tienen ustedes el porqué se malogran tantos oradores; por no ponerse de acuerdo con el reloj de la oportunidad. Pero el diputado *monosílabo* cree siempre que va á ser de los primeros *silabarios* del Parlamento, y no se le cuece el pan en el cuerpo, como dicen las viejas, hasta que se abren los debates.

El día de la sesión preparatoria, suponiendo que haya dormido la noche anterior, que es un supuesto arriesgado, madruga y es el primero á entrar en el Congreso. Trata de elegir asiento, y le busca en todos los bancos.

Empieza por sentarse á la derecha, detrás del banco azul, porque imagina que esa vecindad con el ministerio le ahorrará de pisar las antecámaras de las secretarías; pero repara que tiene enfrente la tribuna de los periodistas, y se levanta asustado. Ensaya los bancos del centro, desde donde piensa tomar el pulso á la izquierda y á la derecha antes de tomar asiento inamovible; pero busca la tribuna pública, ve que la tiene á la espalda, y corre á refugiarse en los bancos de la izquierda.

Estremécele la idea de aparecer desde las primeras sesiones como enemigo del ministerio, y no llega á sentarse en los escaños de la oposición. Pero no quiere quedarse en el centro, porque eso de tener el público á la espalda le horripila. ¡Cómo le han de aplaudir los discursos que piensa pronunciar, si por mucho que esfuerce la voz desde aquel sitio se perderán la mayor parte de sus frases! ¡Y la acción! ¡Y el gesto! ¡Y los movimientos oratorios de que piensa sacar tanto partido en sus peroratas!

Vaya, es indispensable renunciar á sentarse en los bancos del centro, en los de la derecha y en los del otro lado de la Cámara, y resulta que llega la hora de abrirse la sesión sin que el *monosílabo* haya encontrado asiento de su gusto, ni más ni menos que Bertoldo cuando elegía un árbol para que le ahorcaran. Pero es preciso no quedarse en pie, y toma por fin asiento frente á frente de la presidencia en el momento de entrar en el salón los diputados. No es el nuestro ni el más cano ni el más calvo de los que allí se reúnen, y no le toca por lo tanto hacer de presidente hasta el nombramiento del interino, que se verificará en la primera sesión, después de la regia, que no consume turno.

Allá en sus adentros le ocurre pensar que no habría hecho mal su madre en parirle cuarenta ó cincuenta años antes, con lo cual podría sacar algún partido de su ancianidad, y cuando ve que ocupan las plazas de secretarios del viejo presidente los cuatro diputados más jóvenes, siente que el embarazo de la que le dió el ser no hubiese durado nueve años en lugar de nueve meses.

Unas veces por carta de más y otras por carta de menos se pasa sin tener baza en el juego. Quédase quieto en el escaño, sin la presidencia y sin la secretaría. Pero se procede al nombramiento de las comisiones que han de recibir á SS. MM. y AA. para la ceremonia de la apertura, y aún tiene esperanza de salir agraciado por la suerte. Y su esperanza se ve cumplida, porque los monosílabos están siempre en una inmensa mayoría y tócales figurar y bullir en todas partes.

No hay para qué decir si el que no durmió la víspera de la sesión preparatoria logrará hacerlo la noche antes de la sesión regia y después de haber sido nombrado individuo de la comisión que ha de cumplimentar al monarca. Es ya uno de los precisos operarios en la ceremonia y no puede dejar de asistir, y aun de asistir temprano.

Salte, pues, de su casa, no porque sea la hora señalada, sino porque teme que su reloj atrase, y no va solo; le acompañan, ó mejor diremos, le escoltan cuatro ó cinco amigos. Esta es la única poligamia que consiente su parlamentario celibatismo. Mientras ejerza el cargo de diputado jamás le verá el lector libre de edecanes. Si pone su elocuencia homeopática á disposición del ministerio y logra por este medio dar colocación á los primeros acompañantes, tendrá en su lugar otros y otros hasta que deje de ser representante del país.

Despide la escolta al llegar al Congreso, y reunido con sus compañeros de comisión sale al vestíbulo á recibir á la familia real, cuidando de colocarse en primer término para que el monarca y los ministros puedan estudiar su fisonomía, y terminada la ceremonia vuelve á su casa á esperar el día siguiente, verdadero principio de su vida parlamentaria.

Los jefes de las diferentes fracciones en que se divide la Cámara le tienen todos alistado en sus filas, y cada uno de ellos le tiende distinto lazo para pescarle el voto. Pero él es un hombre verdaderamente liberal y profesa con ardor el principio de las mayorías.

Ahora le pasa, ó supone que le ha pasado, el aturdimiento de la sala de conferencias y el *cabildeo* de los pasillos, entra en cuentas consigo mismo, averigua que el ministerio tiene una mayoría inmensa y se hace ministerial. Semejante arrojo aclara sobre manera su entendimiento, tranquiliza su espíritu y le permite vivir en la revuelta atmósfera de la Cámara.

El verdadero diputado *monosílabo* es el ministerial.

Cuéstale en las primeras sesiones más trabajo que improvisar un discurso el acertar á levantarse para soltar el *sí* y el *no* sin trocarlos; pero la práctica hace maestros, y pronto la adquiere nuestro joven diputado.

Parecía lo más sencillo, y el *monosílabo* lo haría de buen grado, el prestar atención á las discusiones para saber si lo que se votaba era bueno ó malo para el ministerio; pero eso es más difícil de lo que á primera

vista parece. El neófito no conoce el *christus* de las *conveniencias parlamentarias*, y podría suceder que con la mejor buena fe cometiese cada día veinticinco monosílabas inconveniencias. Le es mucho más fácil clavar la vista en el banco azul y seguir todos los movimientos de los ministros; bostezar cuando S. E.; ponerse en pie si él se levanta, y decir *sí* ó *no*, según hayan dicho que *no* ó que *sí* los consejeros de la Corona. Esta clase de oratoria parlamentaria ha sido siempre muy sencilla, y lo es mucho más desde que se descubrieron los caracoles simpáticos.

Cuando el *monosílabo* empieza á familiarizarse con el oficio, cuando ya sabe toser para interrumpir á los oradores de la oposición y soltar interjecciones irónicas y aplaudir á los amigos del ministerio y lanzarles algún *¡bravo!*, que es el refinamiento del oficio, entonces ya no necesita mirar al ministro, sino á los jefes de la mayoría: á los que llevan la batuta en la orquesta, á los que dan el tono para que el *monosílabo* alcance hasta el *¡oh!* y el *¡ah!* y el *¡eh!* de la sinfonía.

Poco tiempo se necesita para ese aprendizaje, y á tales alturas ya puede permitirse el diputado entrar y salir en el salón, acercarse á la mesa de la presidencia, conversar con los ministros y sentarse detrás del orador ministerial para azucararle y servirle el agua á la mitad del discurso.

El verdadero diputado *monosílabo* debe moverse mucho, yendo sin cesar desde su asiento á la mesa de la presidencia y de ésta á la sala de conferencias, entrando y saliendo por todas las puertas del santuario, recostándose alguna vez en la tribuna y remedando en suma las idas y venidas, las vueltas y revueltas de la ardilla, sin temor de los Iriartes que puedan decirle:

«Conque algunos diputados
ardillas también serán,
si en obras frívolas gastan
el calor electoral.»

Procurará que le entren muchas cartas, que le pasen tarjetas y que le den recados los porteros, escribiendo allí mismo su correspondencia particular, porque todo esto contribuye á bullir en la sala; dando salida de este modo á la fuerza parlamentaria, que de otro modo se escaparía por la boca, lo cual sería faltar á lo tratado.

Si acabada la sesión se reuniese el Congreso en secciones, el *monosílabo* acudirá diligente á la suya, no sin asomar primero las narices á las otras para presentarse á sus compañeros rico de noticias acerca del pensamiento que predomina en cada una de ellas.

Siendo el primero en designar á tal ó cual colega influyente y de los de *primo cartello* para individuo de la comisión de presupuestos ó de caminos de hierro ó de acusación parlamentaria ó cosa por el estilo,

puede estar seguro de haber andado la mitad del camino para que algún día le nombren individuo de la comisión encargada de dar su dictamen sobre una pensión de gracia ó cualquier otro *mochuelo* por el estilo.

Si á tanto llega su valimiento en la cámara, y reunida la comisión le dan á *pelar el ave* nombrándole secretario, á cuyo cargo debe ir aneja la obligación de redactar el dictamen, que no se aflija, que no tome el cielo con las manos por tan poca cosa. Sin tanto estirar los brazos tiene más cerca el remedio. Busque incontinenti, seguro de hallarle, no un memorialista, porque éste, sobre no sacarle del compromiso sin el consabido á *V. S. suplico* y el medio pliego de papel sellado, haría demasiado pública la debilidad parlamentaria; lo que le conviene buscar, y lo que encuentra, es un periodista amigo ó un abogado cesante, que en un abrir y cerrar de ojos cierra con la dificultad y abre un palmo de gozo las orejas del secretario.

Preséntase muy horondo con su dictamen, da papeletas para las tribunas el día en que haya de leerse á las Cortes, y.... ¡qué diablos!.... hasta puede arriesgarse á pedir la palabra después que lo hayan hecho algunos de sus compañeros. Si le alcanza el turno, cosa poco menos que inaudita en asuntos de esa naturaleza, y aún hubiese algún compañero que tenga pedida la palabra, sale del paso con pronunciar el siguiente discurso:

«Señores, renuncio la palabra, de que pensaba haber usado largamente en este debate, para que el Congreso no se prive de oír á mi digno amigo el ilustrado Sr. N., persona tan competente en la materia que se discute.»

La competencia del amigo, en cuestión de pensiones, suele reducirse á que cobra también la suya, puesto que percibe el sueldo de empleado sin poder desempeñar su destino mientras ejerce el cargo de diputado.

Si fuese tal su desgracia que no hubiese ningún diputado que tuviese pedida la palabra, hará uso de la suya en estos términos:

«Señores, después de los luminosos discursos pronunciados por mis dignos compañeros de comisión, está agotado el terreno de la discusión y nada podría yo añadir á lo que con tanta elocuencia acaba de oír el Congreso. En obsequio, pues, á la brevedad, renuncio la palabra, permitiéndome rogar al Congreso que se sirva aprobar el dictamen de la comisión.»

Estos discursos, como ve el lector, son algo sencillos y apenas dan ocasión para beber un vaso de agua; pero el *monosílabo* que acierta á pronunciarlos con elegancia y desembarazo, si no llega á ser un Demóstenes, podrá aspirar algún día á ser tenido por *silabario*.

Y he aquí ya la hora de abandonar al diputado tartamudo para decir algo del hablador. Y no porque la fisiología del primero esté acabada, porque aún no le hemos visto derribando mamparas en las oficinas del Estado ni vaciando copas en los banquetes políticos, sino porque todo

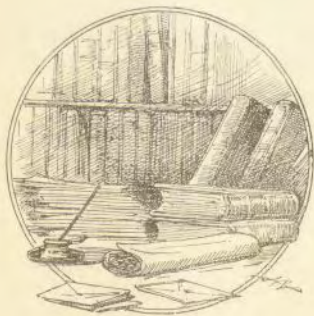
eso vendrá á su tiempo en el trascurso de esta obra. Ya conocerá el lector que en este museo no ha de faltarnos un cuadro de *influencias*, donde salgan á relucir los influídos, los influyentes y los influidores, y nos agravia el que se figure que ha de terminarse la historia del HOY sin que tengamos unas cuantas mesas redondas donde engullir dos docenas siquiera de pavos trufados y vaciar unas botellas de patriotismo *frappé á l' argent*.

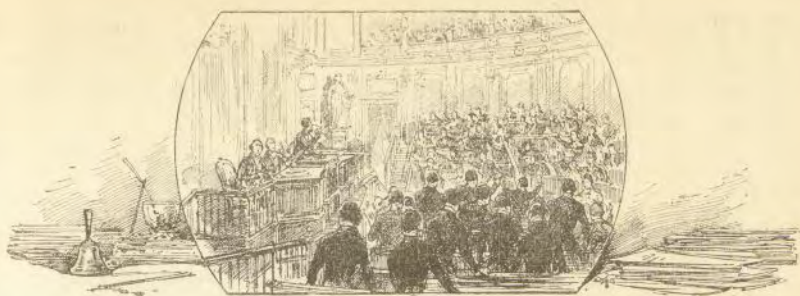
AYER nos fué preciso andar entrando y saliendo en las casas de los particulares para pintar escenas de familia; HOY, por el contrario, *ya no hay familia*; hemos salido á la escena pública y nadie se acuerda de volver á su casa. Hemos instalado el gran teatro de la política, y la compañía es inmensa. *Tutti siamo artisti*. Todos somos hombres políticos.

AYER todo era vida privada; HOY todo se ha vuelto vida pública.

Estamos encerrados en un globo de cristal, y la historia, que nos observa, no podrá prescindir de hablar de nuestras comidas, de nuestros viajes, de nuestras ocupaciones en las altas horas de la noche y de todo lo que pasa en los talleres donde fabricamos lo que se llama política, donde resolvemos la cuadratura de la felicidad social.

Que no espere, pues, el lector vernos como antaño entretenidos en *juegos de prendas*, ni estirando los *trapitos de cristianar*, ni educando á nuestros hijos; para esas operaciones mecánicas tenemos los teatros, los cambiantes de ropa y los colegios. Nosotros nos ocupamos *en hacer política*. Y no se crea que este oficio es regalón y descansado; no nos deja tiempo para hacer ninguna otra cosa, á pesar de lo mucho que está por hacer.





CUADRO XXV

UN DIPUTADO SILABARIO

«Y durando el retozar
volvió dos y aparéselas
y tirómelas y tiréselas
y volviómelas á tirar.»

(*Tirso de Molina.*)

A este caso del hospital parlamentario ya se le advierten más síntomas de la enfermedad oratoria. Puede el país llegarse á reconocerle seguro de encontrarle el pulso.

Hay diputado silabario que da quinientas pulsaciones parlamentarias por minuto, ó lo que es lo mismo, treinta mil palabras por hora. Esta locomoción parlera, naturalmente impide que el médico pueda observarle la lengua; pero es inútil verla, patológicamente hablando.

La enfermedad que en ella se refleja no indica otra cosa que una indigestión de sinónimos, que ni aun pueden convenir á la Academia de la Lengua castellana, porque casi todo lo indigestado suele ser de ilícito comercio en España. En obsequio de alguien ó de algo se padece esa enfermedad en su último grado; nosotros lo ignoramos y aun creemos que es perjudicial á todos.

Pero impensadamente hemos comenzado este artículo hablando del silabario mayúsculo, sin hacer primero la clasificación debida para que no se confunda la locuacidad con la elocuencia ni los habladores de oficio con los verdaderos profesores del habla.

De estos dignísimos oradores, que por su calidad y su número nos

hacen figurar en primer término entre los pueblos parlamentarios, nada sin embargo diremos, porque ni la índole de esta obra ni el tono en que va escrita consienten otros personajes que los ya tullidos para que salgan más ó menos descalabrados.

Pasaremos en silencio los que saben elaborar y disponer las sílabas para producir con ellas bellísimos conceptos, y hablaremos únicamente de los que las vierten sin acertar á hacer otra cosa que palabras y nada más que palabras.

El silabario parlero, no el orador parlamentario, es el personaje del cuadro presente.

Puede tener y de ordinario tiene el mismo origen que el *monosílabo*, aunque su elección ha solido costar mayor trabajo; porque así como del primero se podía pensar que callaba muy buenas cosas, de éste se sabe que «el que mucho habla, mucho yerra,» y como habló mucho y dió muchos programas, pueden ustedes figurarse si tuvo ocasión de errar.

Pero fué electo diputado y llegó á tomar asiento en la Cámara, y de buenas á primeras se encontró nombrado individuo de la comisión de actas.

¡Excelente trago de agenjos para sentarse con buen apetito á la mesa de la discusión y de la palabrería!

Añádase á esto el magnífico invento de la nunca bien ponderada *lejía parlamentaria*, descubrimiento recentísimo, y téngase por sabido que nuestro personaje era uno de los infinitos agregados al laboratorio ministerial.

Aquella lejía, como procedente de la exhumación *ab irato* de todos los partidos políticos, estaba compuesta de unas cenizas tan activas, que con sola una gota, con destapar el frasco, se quedaban sin sombra de mancha original todos los pecados mortales que contenían las actas.

Era la lejía parlamentaria cien veces más eficaz y más purificadora que el fuego que empleaban los egipcios para sacar las manchas en los tejidos del amianto.

De trescientos cuarenta y nueve granos que entraban en la composición de la prodigiosa panacea parlamentaria, eran ministeriales los trescientos veinte, y á mayor abundamiento, todos, menos uno, por el qué dirán de los individuos de la comisión química, pertenecían en cuerpo y en alma al gobierno, y la lejía resultó perfectamente acreditada y probada.

Desde que semejante descubrimiento fué declarado de uso legítimo y obtuvo el gobierno privilegio de invención y explotación, los autores de las protestas electorales se consideraron desahuciados, y sin embargo se les obligaba, y se les obliga, á que el expediente siga todos sus trámites.

A pesar de ser de antemano conocido el desenlace del drama, es indispensable ponerle en escena.

En todos los dictámenes hay un voto particular, que formula, por verdadera fórmula, el individuo de la oposición, y este es el primer caballo de batalla de nuestro silabario.

Aprovéchanse asimismo todos los que llevan al Parlamento vocación de echar á volar la sin hueso; y como la materia de actas es una exquisita goma elástica en los talleres del parlamentarismo, estíranla todos á su antojo y salen de ella tremebundas filípicas de oposición y largas y floridas epopeyas ministeriales; resultando de semejante aluvión de palabras que sólo tiene razón el que no alega ninguna, el que no suelta la voz ni en pro ni en contra del dictamen.

El diputado monosílabo, que *a priori* ha resuelto desenvainar su inmaculada oratoria para decir que *sí*, que aprueba el dictamen, ese es el único que tiene razón.

En el caso, harto frecuente, por cierto, de que el monarca abra en persona la legislatura, la indispensable contestación al *discurso de la Corona* quita gran parte de su importancia á la cuestión de actas. Y también en estas acaloradas y muy elásticas discusiones concluye por tener razón el monosílabo que *a priori* é *in pectore* había votado el dictamen de la comisión.

Pero vamos á pasar en silencio ahora el día de la inauguración parlamentaria y los noventa que le siguen de discusión parlera, en los cuales le es permitido al diputado hacer un viaje alrededor del mundo para arreglar desde su asiento la política nacional y la extranjera y los negocios ajenos y los propios y todo aquello que más le convenga, si no para la salvación de su patria, que no siempre puede pensar en ella quien está pensando en que no se le enrede la lengua, para salvar al menos las dotes oratorias y las conveniencias parlamentarias, que son unas señoras muy exigentes y muy descontentadizas.

Pasemos por alto también la discusión de las *actas graves*, porque difícilmente podríamos mantenernos serios ni continuar siendo fieles creyentes del sistema parlamentario oyendo las edificantes revelaciones que hacen los padres maestros del parlamentarismo al tirar de la manta para que se descubra el pastel electoral.

Dos palabras diremos solamente á propósito de estas discusiones, que suelen ser de las más sabrosas, entretenidas y picantes que ofrece la entretenida, sabrosa y salpimentada mesa parlamentaria.

Desde luego, entre la gente de casa, las actas se dividen, como la ropa blanca, en *limpias* y *sucias*; esto es, concebidas sin pecado y confeccionadas en pleno pecado mortal. Las primeras pasan como la ropa nueva y

limpia, sin jabonarlas ni retorcerlas, sino simplemente almidonadas y dándoles unos cuantos planchazos para sentarles las costuras; porque algunas, aunque libres de pecado mortal, se han hilvanado tan de prisa que llegan al Congreso medio descosidas y rotas. Pero de todos modos, ya lo hemos dicho, esta ropa limpia no da apenas trabajo; la que da que hacer es la ropa sucia. La que necesita jabón y lejía y tierra de quitar manchas y todos los ácidos y todos los álcalis del surtido laboratorio parlamentario es el acta sucia.

Para esas piezas del vestuario electoral se inventó la lejía parlamentaria, y cuando se trata de lavarlas es cuando se ven los puños de las lavanderas parlamentarias.

El acta sucia pertenece de ordinario al ministerio, que es el que la lleva al Jordán del Parlamento para lavarla y hacer que le coma las manchas el sol de la mayoría, que seca y abrasa toda clase de impuridades en los gobiernos representativos. Una vez presentado el dictamen de la comisión y señalado el día para la enjabonadura, agárranse al acta, de un lado los silabarios de la oposición y del otro los del ministerio, y aunque éstos suelen quedar siempre vencidos, sale á relucir la lejía parlamentaria, se vierten sobre el acta doscientas treinta ó doscientas cuarenta gotas del agua del Jordán, y aunque la oposición destape su frasco (que pocas veces contiene en tan supremo instante más de veinticinco gotas de ácido), el acta queda limpia y sin mancha, como si limpiamente hubiese sido concebida.

Verdad es que las manchas no suelen ser de importancia, porque, como dice el diputado del ministerio, todo ello se reduce á que la mayoría de los electores *equivocaron la hora* de dar principio á la elección, y cuando llegaron ya se había elegido la mesa; pero luego todos los electores votaron según su conciencia, y no se presentó ni una sola protesta *en tiempo hábil*. Y la prueba de que tiene razón el defensor del acta, es que cuando llega la hora de votar, doscientos cuarenta contra veinticinco dicen que sí, á pesar de que los oradores del bando contrario han solido probar varias frioleras: entre ellas la de que se adelantó el reloj para votar la mesa; que no se admitió la protesta del acto; que tres cuartas partes de los electores del distrito declaran y juran haber votado al candidato de la oposición, que sólo tuvo en el escrutinio veinte votos; que aseguran que nadie conoce al elegido, y dicen que votaron doscientos y pico de muertos y que se inutilizaron cien papeletas porque el apellido del candidato contrario estaba escrito con *B* en lugar de serlo con *V*, y otras cosas por el estilo. La discusión amplia y libérrima que se permite en el Congreso da de sí esas y otras relaciones parecidas, pero el resultado es siempre el mismo. Antes de que hable el diputado que apoya el dictamen y que replique

el de la oposición y que conteste el uno y vuelva á replicar el otro, se sabe que se ha de aprobar el dictamen y el número de diputados que van á decir que *sí* y que *no* y hasta el de los que van á abstenerse de votar por delicadeza.

La discusión produce en nuestras asambleas unos efectos tan prodigiosos, que diez ó doce días antes de que se hable en pro ó en contra de un asunto cualquiera dicen los periódicos acérrimos defensores de la discusión y del parlamentarismo lo siguiente:

«Dentro de pocos días se va á presentar á las Cortes un proyecto de ley, que será fuertemente combatido con razones y argumentos indestructibles por los dignos oradores de la oposición, pero será aprobado por una inmensa mayoría.»

Con semejantes advertencias parece que no debía inspirar gran interés el drama, cuyo desenlace es tan conocido; pero sucede todo lo contrario, y las gentes andan al morro, como suele decirse, y se atropellan y se matan por lograr un asiento en las tribunas del Congreso; siendo muy interesantes las discusiones de actas, porque en ellas se refieren varios chismes de varias personas y de poblaciones enteras, y no hay nada tan sabroso ni tan divertido como la murmuración.

Asistiendo á esas discusiones es como se sabe que el elegido no paga la contribución que la ley exige para ser diputado, y que aunque aparece como tratante en ganado de lana, no tiene ni la propiedad de la que rellena los colchones de su cama, ó que es falso el título de licenciado, ó que no es legítima la partida de bautismo, ó que está procesado, en cuyo caso se cuentan todos los pormenores del proceso, y se sabe también que los que le votaron lo hicieron con su cuenta y razón, porque al tío Fulanito, y se le nombra, que no sabe leer, le han dado una administración de correos, y al otro que estuvo en presidio le han hecho fiel de puertas, y si el elector tiene hijas, también se dice si son guapas ó feas y si las enamoraba ó no el candidato.

El silabario que toma por su cuenta uno de esos dictámenes, dice cuanto se le viene á la boca, sin importarle un ardite lo que resulte en la votación; y si se tropieza con el héroe de la fiesta, le estrecha cordialmente la mano, le dice que se felicita de tenerle por compañero y que todo lo que ha dicho ha sido «por cumplir con su deber, como hombre de partido, pero que en medio de todo ha cuidado de no herir la parte flaca del dictamen de la comisión.»

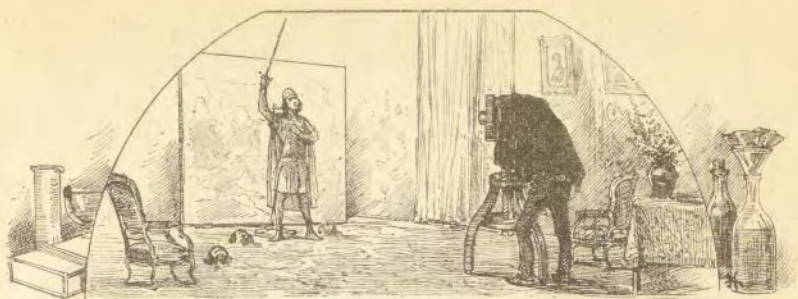
Lo que podría resultar herido y lastimado de veras en estas discusiones es el sistema, porque rara vez deja de decir el orador fogoso, *independiente, incorruptible é indomable* que el triunfo del gobierno se ha debido á que los electores han perdido su *independencia*, dejándose co-

romper y domar por las amenazas y los halagos de la autoridad. Sin hacerse cargo el bueno del patriota de que mientras él, proclamando la igualdad, hace á sus semejantes de peor condición que la suya, hay en la tribuna pública un pícaro realista que está diciendo por lo bajo: «Pues si los electores se dejan intimidar y corromper por el gobierno, haciendo por último lo que éste les manda, no consultéis la voluntad nacional, consultad la voluntad del gobierno, y hasta tanto que hagáis una sociedad de hombres indomables é incorruptibles, nombrad los diputados como se nombran los escribientes de los ministerios, ó no tengáis diputados si os parece que podemos pasar sin ese artículo de lujo.»

Pero el silabario no oye la voz del realista ni la de su propia conciencia, que algo parecido le dice mientras él se afana en hacinar palabras, destruyendo las unas con las otras, y pensando, primero en el efecto artístico que produce en los bancos y en las tribunas, y luego en el que hará en las columnas de los periódicos, cuando su amigo el taquígrafo lo dé á la imprenta barnizado y pulido, como si pulido y barnizado hubiese salido de los labios del orador, el cual apenas acaba su arenga pasea su vista por las tribunas, recibe los apretones de manos de los amigos, se sonríe con la réplica del diputado contrario, pide distraído la palabra para rectificar, y ya no se acuerda ni del sitio en que se halla, ni del lugar de donde ha venido, ni del partido político á que pertenece, ni de la cuestión que acaba de defender, sino del sermón que acaba de echar, y cuya autopsia necesita recomendar con una sonrisa y un apretón de manos al taquígrafo y al periodista que ha de reseñar la sesión.

Uno y otro trabajo verá el lector en uno de los cuadros próximos, donde copiándole una sesión completa, acabará de conocer la fisiología del diputado silabario.





CUADRO XXVI

RETRATOS EN TARJETA

Si la posteridad ha de pagarnos todo lo que nos deberá cuando pertenezcamos á la historia, morirá insolvente.

Hoy apenas hacemos caso de M. Daguerre; pero MAÑANA, si para entonces están de moda las estatuas, le erigirán una en cada plaza, y aun es posible que pongan su busto en todas las esquinas y su nombre en todos los guardacantones.

No es para menos el servicio que ha prestado á la humanidad con la invención del daguerrotipo.

¡Cuántos disgustos se habrían ahorrado los sabios si Noé, por ejemplo, hubiese aplicado su talento á inventar la fotografía en vez de aplicarle á descubrir el vino! A fe que no estaríamos ahora sin una copia exacta del arca y un retrato de cada uno de los animales que entraron en ella.

¡Qué le habría importado á Matusalén perder un minuto cada año y dejarnos novecientos retratos suyos para que los médicos pudieran estudiar ese caso de longevidad con algún provecho de esta humanidad y de este siglo que tanto anhelan prolongarse y alongar la vida! Pero ni Noé ni los que vinieron después de él pensaron en pasar á la posteridad, sino que entregaron su imagen á la inconstante volubilidad de los ríos y su cuerpo á las corruptoras entrañas de la tierra. Semejante pereza y tamaña ignorancia ha sido causa de serios altercados y de graves errores históricos, hasta que ha venido al mundo M. Daguerre y tras de él los ar-

tistas del daguerrotipo y los fotógrafos. Los fabricantes de espejos no hicieron otra cosa que perfeccionar las copias de los ríos y los estanques, pero sin darles mayor estabilidad; los pintores añadieron algo, y no poco, fijando las imágenes ó cosa semejante; pero el verdadero milagro se debe á la fotografía.

La pintura dice que es uno de sus mejores auxiliares; pero la fotografía replica á su vez que ella no necesita el auxilio de la pintura. Así nosotros, que hemos andado hasta aquí con el lápiz en la mano y la cartera en la otra, vamos á prescindir de esos estorbos, y el presente cuadro se le encargamos á un fotógrafo, en la seguridad de que ha de ser el mejor cuadro de la colección.

Los dibujantes, como que aspiran á corregir á la naturaleza, dirán que á esta copia del natural le falta corrección; pero no hacemos caso, y la damos con todas sus incorrecciones.

Desde las primeras horas del día está llena de gente la casa del fotógrafo, porque como desgraciadamente saben todos que no han de vivir tantos años como Matusalén, no quieren morir sin dejar á la posteridad su retrato. Y como ya, gracias á Dios, no tenemos las preocupaciones de antaño, nadie se acuerda del pobre D. Juan de Zavaleta, que allá en el siglo XVII dijo que «una de las cosas que hacen mucho daño en las repúblicas cristianas son los retratos pequeños, porque raras veces se hacen para buenos fines.» Y aun añadió, con toda la formalidad con que entonces se decían las cosas, que «si hallara en su juicio satisfacciones de acertado, suplicara á todos los príncipes que gobiernan repúblicas cristianas que mandasen á los pintores, *bajo de gravísimas penas*, que no retratasen en pequeño.»

Si el bueno de Zavaleta hubiera alcanzado á vivir en este siglo de los retratos de tarjeta y los más pequeños aún de sortija y los de llave de reloj, y antes de saludarle las gentes le hubiesen pedido su retrato de tarjeta, ¿qué habría dicho? ¿Volvería á repetir que «en el silencio de un retrato faltan los desabrimientos de un enojo, y que locas con el amor las damas *regalan con veneno* la memoria?»

En menos tiempo del transcurrido desde 1666 acá se rectifican juicios más radicales y sobre cosas más graves, y Zavaleta habría rectificado el suyo.

Nosotros no tenemos que rectificar el nuestro, porque siempre hemos creído que es mucho peor pedir y dar un original que una copia, sea ésta grande ó pequeña.

Por eso nos parece bien que las gentes madruguen y corran á fijar sus figuras en el gabinete fotográfico.

El primero que se pone á tiro en la máquina es un joven que cuida de

arrugar con coquetería la bota blanca, de ladear el sombrero y de llenar de trapos los morrales que le cuelgan de los hombros, y que por fin se echa la escopeta á la cara y está apuntando inmóvil seis ó siete segundos hasta que el fotógrafo le dice que basta.

Los dependientes del establecimiento quitan la decoración de bosque y tres venados y un jabalí y dos perros, que habían puesto allí para dar mayor verdad al cuadro.

El joven manda que tiren cien ejemplares del retrato para otros tantos amigos, y se va á la cacería descansado. Si le devora una fiera, que no se expondrá á tanto, ya puede morir tranquilo, porque ha dejado á la posteridad su retrato en los últimos momentos de su vida y con el traje que en tal caso le serviría de mortaja.

En lugar de las reses disecadas y del telón de bosque, pone el fotógrafo un altar y un crucifijo y un reclinatorio elegante y varios libros de devoción elegantísimos. Antes de que en este mueble se arrodirle una dama vestida con negra elegancia, hace el artista diferentes ensayos para buscar el mejor efecto del cuadro, cuidando de que aunque parezca que la señora mira al Cristo no aparte la vista de la máquina, y le coloca en una mano un libro de manera que se vean los adornos de oro de las tapas y en la otra un rosario del mayor lujo; la manda que no se mueva, mueve él la máquina y retrato concluido.

La devoción de aquella dama necesita más público que la afición del joven á la caza; encarga trescientas tarjetas para otros tantos amigos, que de ese modo no tendrán derecho á decir que se ha acabado la religión ni menos las santurronas.

La decoración de paz y de recogimiento religioso se cambia en otra de estrépito y de guerra contra infieles. Tres ó cuatro cabezas de moros en el suelo, en el fondo muchas nubes y sobre ellas un jinete, que podrá ser San Jorge ó Santiago, y ya puede venir á retratarse el caballero que mientras se fotografiaba la devota estuvo encapillándose un hábito de las órdenes militares.

El artista le manda poner en situación, como si estuviera peleando de veras, y aunque el caballero cruzado no ha peleado con aquel traje nunca, desenvaina la espada, alza los ojos al cielo y con la izquierda sobre la cruz del pecho y la tizona en la diestra permanece inmóvil dos minutos.

Al fotógrafo le sobra la mitad. El retrato está hecho.

¡Que averigüe la posteridad la época de ese episodio de la guerra de las cruzadas! Quisiéramos nosotros ver á los eruditos de MAÑANA asegurando una de dos cosas: ó que las órdenes militares militaban en 1850, ó que la fotografía se conocía ya en el siglo XVI.

El que va á retratarse después del cruzado no cruza su palabra con la del fotógrafo. Entra serio y seriamente vestido de frac negro con corbata blanca y cuatro ó cinco placas sobre el pecho; se sienta sobre un sillón de gran lujo; apoya el codo en un velador inmediato, sobre el que hay extendidos varios mapas y enrollados otros, y con una mano en la frente, la otra como quien traza un itinerario y la vista alta, pero con entrecejo de penetración y sonrisa maliciosa, espera á que funcione la máquina. Antes de que esto suceda, el fotógrafo le da un mondadientes, encargándole que le ponga bien á la vista, y el interesado queda satisfecho del trabajo.

Encarga que le saquen mil pruebas y aun teme no tener bastantes. El artista le saluda por su nombre, que no es ni Metternich ni Nesselrode ni Talleyrand ni Ofalia, pero cerca le anda.

Después se recogen los mapas, se pone una mesa con tres ó cuatro bustos y sale á retratarse un señor sin escopeta, sin crucifijo, sin manto y sin mondadientes.

Aunque no viste de cartujo, trae una calavera en la mano y se retrata mirándola atentamente y palpándola como se palpan las frutas que se venden á cata y á cala.

No queda satisfecho ni del primer retrato ni del segundo, porque dice que no se ven los números y las cuadrículas del cráneo, y que de ese modo en vez de tenerle por un frenólogo podrán creer simplemente que es un simple alumno de una escuela de disección.

El fotógrafo le pone un compás en la mano izquierda y saca otra prueba, con la que deja satisfecho al discípulo de Gall.

Quitan los bustos de la mesa, colocan sobre ella una porción de piedras, de media arroba la menos pesada, y en el fondo una galería subterránea, muy subterránea.

El héroe de este cuadro no viste con lujo ni ha cuidado de arreglarse el cabello ni de quitarse la barba; asómanle por los bolsillos del gabán papeles de todos colores y está leyendo con atención uno que parece un diploma.

Tras del minero van entrando á retratarse otras muchas gentes que no quieren declarar ni su profesión ni sus nombres, y algunos de ellos, sin consultar previamente la opinión del fotógrafo, se ponen frente á la máquina en la actitud que les parece más conveniente y con los atributos y accesorios que tienen por más característicos ó más edecuada al caso.

Recordamos, entre otros, una señora de edad como de cincuenta años, que no representaba treinta y cinco, mientras se hizo el retrato, con dos perros en el brazo, otro en el suelo y un loro en el hombro; hablaba

correctamente el español, y por esto no se podía creer que era la estatua de la filantropía inglesa.

Vimos también á un caballero serio, muy serio, que en el acto de empezar el retrato se encogió de hombros, y abriendo los brazos enseñó en una mano una petaca y en la otra una lanceta. El fotógrafo se atrevió á preguntarle si era médico homeópata, y el retratado contestó que sí, pero que era también alópata, y que estaba tan seguro de curar con los dos sistemas, que por eso se encogía de hombros cuando daba á escoger á sus enfermos.

El fotógrafo se sonrió, pero le dijo que le parecía más partidario del *similia* que del *contraria*, porque había observado que tenía la petaca en la mano derecha; y á esto replicó el médico que no era cierto, y que si tenía la petaca en la diestra era por estar más de moda los glóbulos que las sangrías.

Después del médico le toca el turno á una joven que se tiende sobre un sofá y deja pacientemente que el artista la quiebre con gracia el cuerpo, la reparta los pliegues del vestido, la deje abandonados los brazos y busque el escorzo de los pies para que no resulten grandes. La cabeza ella la coloca por sí misma y pone los ojos á su capricho, porque de ambas cosas entiende más que el fotógrafo; y aunque éste dejó arreglada y medida la cantidad que debía verse, ella se movió inadvertidamente y enseñó lo que pudo más allá de la bota. Él sabrá lo que es más artístico; pero ella sabe más que él en su arte.

Con menos coquetería que la anterior se sentó después en aquel mismo sofá una joven pálida y ojerosa, desgredada y un tanto mal vestida, aunque no porque la ropa fuese vieja, sino por estar mal prendida y poco aseada. En el mismo sofá pusieron con ordenado desorden algunos libros y no pocos papeles; colocaron en el velador otra porción de los unos y de los otros, y la heroína, con una pluma en la mano y apartando con la otra los cabellos, alzó los ojos al cielo con singular exaltación y permaneció inmóvil.

Vió la prueba y no quedó satisfecha de ella, porque decía, y no le faltaba razón, que aquel retrato más parecía el de una mujer desesperada que está escribiendo una carta póstuma para comerse después doscientos ó trescientos fósforos, que el de una poetisa inspirada, y que ella era esto último.

Entonces el fotógrafo, que es un hombre que para todo tiene recursos, trajo un cesto de ropa blanca y la cuna de un recién nacido, y encargó á la poetisa que se pusiera de modo que expresase estar dando un puntapié al niño y arrojando la labor á la calle, y que con esto y no soltar la pluma de la mano estaría el retrato parecido.

La literata hubiera preferido no poner en sus tarjetas semejantes accesorios; pero transigió, y mandó hacer cien pruebas, y entre ellas veinticinco en papel grande para poderlas dedicar á las academias literarias y científicas de España y del extranjero.

También pertenecía al bello sexo el individuo que siguió á la poetisa, y aunque su tonelete corto, sus piernas al aire y sus brazos desnudos hacían inútiles los accesorios, todavía fué necesario poner algunos, que le dieron no poco que pensar al fotógrafo. Desde luego esparció por el suelo diez ó doce ramilletes de flores y seis coronas de laurel; pero la bailarina no quedó satisfecha, porque dijo que aunque ella se pondría sobre la punta de un pie de manera que nadie dudara que sentía un gran retortijón de amor, y alzaría la pierna derecha hasta expresar de sobra que su pasión no tenía límites, y cogería puñados de aire con los brazos como si quisiera aspirar todo el amor del universo, y cuidaría de llenar los ojos de fuego y la boca de alegría, todavía este paso de baile podría confundirse con otros, y ella quería expresar el momento en que sale del convento loca de alegría y de amor porque la dicen que va por fin á unirse al que ama, á pesar de la oposición de su padre. Esto último contrarió algún tanto al fotógrafo, porque la bailarina no quería que hubiese en la tarjeta ninguna persona más que ella, y no pudiendo estar el padre bailando de ira por la fuga de su hija, era difícil expresar la situación. Lo único que se hizo fué poner en el fondo una capilla del género ojival con una verja como de convento de monjas.

El que se retrató después de la bailarina fué el menos delicado y el menos exigente de todos.

Llevaba consigo todo lo que había menester. Diez grandes botones de esmeraldas y brillantes en el chaleco; un relicario lleno de piedras, prendido en la pechera de la camisa; una placa, de brillantes también, en el frac; encajes en los puños, y gruesos topacios en los botones de éstos; dos cadenas de oro, cruzadas en el chaleco, correspondiente la una á los lentes, también de oro, y la otra al reloj, que tuvo en la mano, deslumbrando al fotógrafo con la pedrería que le adornaba: he aquí todos los accesorios de aquel retrato.

Con esto y un sombrero de jipijapa de extraordinario valor y decirle al fotógrafo que le hiciera dos ó tres mil tarjetas y que en todas ellas le pusiera un escudo de armas y que si era posible estampara los retratos con tinta de oro y sobre vitela, el fotógrafo, que no era torpe, comprendió la casta de pájaro que acababa de retratar, y le preguntó si hacía mucho tiempo que había venido de América y si creía que yendo él allí haría negocio.

El indiano le contestó que si fuera más joven y se dedicara á otra cosa

que á hacer retratos, podría traer algún dinero, siempre que no gastase allí el que ganara. Que él había ido allá de edad de doce años, y que en fuerza de ganar mucho y no gastar nada en cuarenta y seis años, había hecho una fortuna disparatada. Y que ciertamente no tenía en qué ni con quién gastarla, porque mientras él se hacía rico todos sus parientes murieron pobres, y de las personas que habían emigrado con él de Asturias, que fueron doscientas en un buque de vela, sólo habían vuelto cuatro. Que ya había hecho en su pueblo una iglesia y un hospital, y un palacio para él y un mausoleo para su familia, con otras fundaciones piadosas que había ofrecido por librarse del vómito y de la fiebre y del pasmo y de varias enfermedades que le tuvieron á las puertas del sepulcro, y que aún le quedaba mucho dinero.

El fotógrafo le propuso ir á visitarle á su pueblo para copiar todos los edificios de su propiedad, y le enseñó algunos marcos por si quería adornar las tres mil tarjetas. Pero no hizo negocio, porque el indiano los quería de oro y con pedrería, y el lujo en el arte no ha llegado á tanto.

A lo que ha llegado, y pronto llegará á mucho más, es á inventar una máquina, llamada *pistógrafo*, contra la cual Dios sabe lo que diría D. Juan de Zavaleta, ó si se arrepentiría de lo que dijo en sus tiempos contra las personas que se retrataban y las que regalaban sus retratos.

Con esta máquina ya no hay nadie seguro.

La voluntad del retratado no entra para nada en la operación del retrato. Este se hace en un abrir y cerrar de ojos, lo mismo á pie que á caballo y con toda la velocidad del ferrocarril.

Cuando viajéis por uno de éstos y veáis un hombre serio que lleva un saco de goma, en el cual mete y saca las manos, como hacen las señoras para calentárselas en los manguitos, desconfiad, lectores, de aquel compañero de viaje. Si estornudáis, os retrata estornudando; si bostezáis, copia el bostezo; y en suma, el pistógrafo copia el pájaro que pasa volando por la ventanilla del coche, el monte que asoma á lo lejos y hasta el relámpago que brilla en la atmósfera.

No hay manera de librarse de un pistógrafo, ni forma de no pasar á la posteridad en imagen.

Lo único que podría suceder, lo cual sería un gran desengaño póstumo, es que, afligidas las fotografías por la muerte de esta generación, dieran en ponerse amarillas y palidiesen tanto, que al cabo y al fin se quedasen blancas. De este modo, si el papel continuo dura más que ellas, no se habrá perdido más que la mitad.

Hoy no hemos perdido nada aún, y todos tenemos un álbum ó dos ó tres ó los que podemos llenar de retratos de los amigos, y cada uno de ellos tiene á su vez el nuestro. Porque de este cambio recíproco prescin-

den pocas personas. Y el que no tiene amigos, como no puede prescindir de tener álbum de retratos, compra los que quiere ó los que puede, porque ya nos venden á todos en pública almoneda.

Sólo así es posible tener el retrato de todos los reyes, de todos los sabios, de todos los criminales, de todos los artistas y de todos los fenómenos del universo.

Nadie se escapa de ser retratado y de ser vendido.





CUADRO XXVII

PAVO TRUFADO Y CHAMPAGNE HELADO, ENTUSIASMO PROBADO

¡Qué dirían HOY los hombres de AYER si resucitaran y vieran que ellos que hacían gala de comer para vivir, sólo habían vivido para comer!

¡Qué contestarían los consejeros de Castilla y los priores de las comunidades religiosas, que no dejaban pasar el día de Santa Catalina sin comer besugo, el de Pascua de Resurrección sin devorar un cordero, el domingo de Carnaval sin atracarse de pasteles hojaldrados, y en cada solemnidad y para cada fiesta clásica tenían un manjar dispuesto y un plato determinado!

¡Qué dirían cuando les probáramos que para comer el pavo de Navidad y el plato de leche y la torta de mosto, se encerraban en sus casas y en sus refectorios, sin abrir la puerta por nada ni por nadie, y comían en silencio y arrullaban, en silencio también, la digestión del cabrito y la del vino moscatel y Peralta!

¡Pero qué habían de decir sino confesar avergonzados que habían vivido para comer, y que mientras comían no hicieron nada de provecho por miedo de que dejase de aprovecharles la comida!

Pobres gentes, lector, pobres gentes eran las que creyeron que la digestión se hacía con el cerebro, y cuidaban de que éste se hallase en perfecto reposo una hora antes y una hora después de la comida.

Si les sumáramos las horas que perdieron en ese reposo digestivo, nos

sería fácil probarles que esa era la causa de que les hubiera faltado el tiempo para digerir ciertas ideas y labrar con ellas la felicidad y la ventura de su siglo.

Ahora, á Dios gracias, no sólo puede decirse que no vivimos para comer, sino que puede asegurarse que ni aun comemos para vivir.

Comemos para dirigir los destinos del mundo, para mantener nuestras relaciones internacionales, para trastornar el orden de la nación, para derribar un ministerio y formar otro, para descubrir la manera de dar dirección á los globos, para abrir un canal de riego y para regar con nuestra sabiduría los terrenos eriales de la política, del comercio, de la agricultura y de la industria.

No comemos para nutrir nuestros cuerpos, que nos tiene sin cuidado el ser más flacos ó más gordos, sino para alimentar nuestra imaginación con los vapores del estómago, y para que la fermentación de los manjares y de los vinos haga fermentar las ideas y salgan convertidas en torrentes de luz á iluminar el mundo.

El hombre, ordinariamente serio y grave y reflexivo, por meditar demasiado lo que había de decir no decía nada ó decía poco, dando lugar á que se le indigestaran los mejores pensamientos y las más brillantes ideas.

Ha sido preciso alegrarle y hacerle perder la gravedad y la reflexión para que diga grandes cosas y resuelva difíciles problemas.

Y todo se ha hecho y todo se hace en el tiempo que nuestros padres perdían comiendo.

Estrecha cuenta podríamos pedirles por los grandes capitales que derrocharon; pero la partida de los jugos gástricos, la malversación que hicieron de las facultades digestivas, la ninguna participación que dieron al estómago en las cuestiones diplomáticas, políticas é industriales, es enorme. El vicio de la gula les tenía trastornados.

Aquellos trabajos secretos, aquellas notas reservadas y aquellas negociaciones simpáticas que muchas veces las entendía el diplomático que las mandaba y alguna el que las recibía, todo eso ha perdido mucho con el periodismo y está á punto de desaparecer por completo con el telégrafo eléctrico.

Si los diplomáticos de antaño vieran que hogaño, antes de que la diplomacia abra la boca para hablar, ya se cuenta lo que va á decir y aun lo que no dirá nunca, y que cuando el escribiente les trae copiada la nota que han de pasar á un gobierno extranjero, ya insertan los periódicos la contestación que éste ha de darles, ¿qué pensarían de su ciencia?

¿Serían tan torpes que llevaran las manos á la cabeza en vez de aplicárselas al estómago?

¿Serían tan inocentes que no comprendieran que contra las ligerezas y la locuacidad del telégrafo está la gravedad y el aplomo de un pavo asado y la efervescencia de un vino espumoso?

¿Es posible que no les ocurriera, como á nosotros nos ha ocurrido, rellenar un pavo de intenciones políticas, de pensamientos filosóficos y de secretos industriales, y echar en una botella de vino algo de patriotismo y mucho de ciencia y mucho más de entusiasmo artístico?

Pero si semejante cosa les hubiera ocurrido, la habrían echado á perder comiendo el pavo á solas y bebiendo el vino á puerta cerrada. Para esto es preferible que no les ocurriera hacer servir á la gula de agente diplomático, de intrigante político ni de operario industrial.

El pavo trufado y el Champagne helado, comidos y bebidos en familia, valen menos que el capón de Vizcaya y el vino de Jeréz. Sin el pensamiento trascendental del convite diplomático y la intención patriótica del banquete político, las trufas, á pesar de venir de Francia, no serían otra cosa que unas patatas podridas que darían un sabor infernal al pavo, y el Champagne un licor picante que haría saltar las lágrimas al que lo bebiera.

Para que las trufas no se indigesten, á pesar de ser ellas una indigestión de la tierra, y el vino no pique, es preciso comer y beber en público, pensando en otras cosas que en lo que se está comiendo y bebiendo.

Lo que llaman los diplomáticos gastos de representación, los políticos gastos imprevistos y los industriales gastos de instalación no son otra cosa que pavos trufados, jamones en dulce y botellas de Champagne.

El joven que ha de abrazar la carrera diplomática debe probar ante todo su estómago, cargándole hasta la boca, como se cargan los cañones de artillería; y sólo cuando vea que hace una prueba y otra y no revienta, es cuando puede aspirar á ser un Metternich. Algún cólico y tal cual fiebre gástrica no inutilizan para seguir la carrera, pero si se repiten hay que abandonarla al momento.

La nación cuyo representante en el extranjero no pueda asistir á todos los convites diplomáticos, ya puede decir que ha roto sus relaciones internacionales.

Los políticos no tienen tanta necesidad de ensayar las fuerzas digestivas, porque como sus estómagos no están siempre en activo servicio, merced á las cesantías y á otros percances caseros, les limpia la atmósfera de toda clase de cólicos. Y en cuanto á los industriales, como no son ellos los que comen, sino los que dan de comer; como no ponen la mesa para sentarse á ella, sino para que se sienten los que han de sentir y proclamar las ventajas de sus descubrimientos, tanto les da tener estómago de pobre como de rico.

Bueno es, sin embargo, que sepan comer y que aprendan á no reventar para ser buenos ingenieros y buenos industriales, porque ya hemos dicho que no todo se hace con la cabeza; y aunque los médicos de la antigüedad dijeron aquello de que *cum caput dolet caetera membra dolent*, como ahora la cabeza es el estómago, es preciso tener esta oficina á prueba como los cañones rayados.

Pero como ya hemos dicho que no vivimos para comer, lo que menos importa en los convites diplomáticos es el número de platos y la clase de vinos que se sirven á la mesa; lo que interesa saber qué convidado se sienta á la derecha y cuál á la izquierda, y si tal diplomático ha dirigido la palabra á otro y éste se ha sonreído más ó menos maliciosamente al oírle, y por último, si el monarca, que también come en público como cada hijo de vecino, ha hablado más tiempo con Francia que con Inglaterra, ó si mientras dirigía la palabra á Rusia y aparentaba mirar al Austria, tenía la vista fija en Turquía. Todo esto y mucho más se mira y se observa en los grandes convites diplomáticos, y de todo ello se viene á averiguar y á saber con puntualidad el estado de las relaciones internacionales.

Un criado medianamente listo, con sólo servir á la mesa en un convite diplomático puede hacer feliz al escritor que tenga á su cargo la política extranjera en la redacción de un periódico. Porque no basta contar el número de copas que cada uno bebe ni los trozos de carne que come, sino á quién mira, con quién habla y si se sonríe más ó menos ó está menos ó más serio.

Por lo mismo que en la verdadera diplomacia las cortesías son muchas y las palabras pocas, se puede tener cuidado de saber cuáles son éstas.

Y aun antes de empezar la comida se debe observar si algún convidado puso mala cara al ver el puesto que le habían señalado en la mesa, ó si hubo quien se negó á sentarse si no le ponían menos á la izquierda ó más á la derecha del dueño de la casa ó del que preside la mesa, que no siempre es lo mismo.

Aunque los asientos de preferencia diplomática lo son también de preferencia gastronómica, no se mantienen estas etiquetas por comer más pronto ó más tarde el pavo, sino porque aquella mesa se dibujará al día siguiente en los periódicos y se sabrá si Francia comía en sitio preferente á Inglaterra, ó ésta lo hacía con más comodidad que las demás naciones de Europa.

¡Cuántas veces antes de servirse la comida ha estado á punto de romperse, no la vajilla de la mesa, sino la cordial inteligencia de dos naciones, porque el representante de una de ellas (que de antemano había

preguntado, no al repostero ni al jefe del comedor, sino al introductor de embajadores, el puesto que tenía en la mesa) había protestado y aun dirigido una consulta por el telégrafo á su gobierno!

Mientras el pobre pavo está reventando por habérsele hinchado las trufas, y el vino, helado de frío, desea hacer saltar el tapón de la botella, están reventando por reñir y saltando de ira dos gobiernos, amigos y hermanos hasta que llegó la hora de reunirse á comer juntos.

Cuando el diplomático sabe el puesto que le han señalado, pasa una nota al ministro de Estado, diciendo que ha consultado á su gobierno; cuando éste le contesta que no ceda de su derecho y que en último caso pida sus pasaportes y se retire (sin comer, por supuesto), va en persona, porque el caso es grave; y la cosa se arregla y se cambian los puestos, si el que sale perdiendo no reclama y es fuerte como el otro y hace iguales amenazas.

Todo esto produce consejos de ministros y corrillos políticos y artículos en los periódicos y alza y baja en las Bolsas de ambas naciones.

Y mientras tanto el picaro del pavo dejándose tostar con la mayor indiferencia por el cocinero, y el vino helándose en la botella con una sangre fría verdaderamente irritante.

En los banquetes políticos, en los patrióticos y en los industriales hay también sus asientos de preferencia, y asimismo podrían ser excelentes escritores públicos los criados que sirven á esas mesas; pero no es la etiqueta la base principal de ellas.

Las mesas redondas de la política y de la industria son más democráticas, y lo importante en ellas no son los asientos de etiqueta ni los asientos de estómago ni los principios políticos y los culinarios, sino los postres.

Los principales personajes de esos banquetes, no los que asisten para hacer bulto, que éstos sólo van á llenar el suyo, se ocupan menos de comer que de beber, y aun esto sólo lo hacen para poder brindar.

El banquete patriótico no es la comida, sino el brindis.

Al hombre político que está convidado á una de esas solemnidades gastronómicas no le vereis en su casa bebiendo ajenjos ni guardando dieta para abrirse el apetito, sino registrando libros de historia y de economía política, hojeando colecciones de periódicos ó el *Diario de las sesiones de las Cortes* y aprendiendo citas latinas y algunos versos castellanos.

Si algo discurre que tenga relación con la comida, es pensar en lo que podrá comer y beber para inspirarse y estar en disposición de pronunciar un brindis.

Pero no un brindis de aquellos que echaban los antiguos, cuando para

apurar una copa de moscatel se ponían más encarnados que el vino, y no decían otra cosa sino que «de hoy en un año nos veamos buenos y en paz y en gracia de Dios,» sino un discurso que dure media hora, y en el cual se encierre todo un *credo* político ó un *credo* económico, que ahora que dicen que no creemos en nada, siempre estamos con el *credo* en la boca.

Y como los banquetes patrióticos tienen por objeto salvar la patria ó asegurar su salvación ó celebrar un aniversario político, aunque sea la muerte de algún mártir de la libertad, en todos ellos encaja bien un discurso y hasta una docena.

El bien del país, la voluntad nacional, la tiranía, los derechos del hombre, la roca de Sísifo, la espada de Damocles, el lecho de Procusto y otra porción de alegorías políticas, de nombres históricos y de cuentos mitológicos andan mezclados y revueltos en esa clase de discursos, que son calurosamente aplaudidos por los convidados y que al día siguiente reproducen los periódicos, y los considera el público como el programa político y la profesión de fe del que ha brindado.

La libertad, la igualdad y la fraternidad (que á la hora de comer juntas se olvidan de que tienen detrás de sí las tres armas de infantería, caballería y artillería) salen también á buscar unos cuantos aplausos en esos discursos, y dura casi siempre la sobremesa tres ó cuatro horas más que la comida.

En ninguna parte con más impunidad que en esos banquetes se pueden citar fechas y nombres históricos, haciéndolos venir en apoyo de todo lo contrario de lo que ellos significan.

Cada partido político saca de la antigüedad los héroes que más le gustan y los presenta á sus parciales como otros tantos ascendientes de la familia.

En los banquetes industriales también los brindis son el alma del cuadro, y se pronuncian grandes discursos científicos y se improvisan brillantes apóstrofes al compás del estallido de los tapones y del chocar de las copas y de los ecos de la orquesta; porque en todas estas grandes comidas, al par que se sirven grandes cabezas de jabalí y vinos de gran precio, se llena el aire de ecos dulcísimos que embriagan no menos que los vapores del Rhin y del Borgoña y del Chateau Lafite y del Chateau Margaux y de esos otros innumerables vinos extranjeros que forman el lujo y dan el tono á las grandes mesas.

Y estos convites industriales y patrióticos no son escasos; los hay todos los días y por toda clase de sucesos: el día que se pone la primera piedra y la última de una obra pública (que valga la pena, no vayan ustedes á creer que se come un pavo trufado el día en que se pone un ado-

quín ó un guardacantón); el día en que se acaba un pronunciamiento ó empieza otro ó se celebra el aniversario de alguno que ya pertenece á la historia.

Si se proyecta un ferrocarril ó se aprueba el plano del proyecto ó se echa la primera espuesta de tierra ó llega la primera locomotora ó se abre la explotación, también hay *gaudeamus*, como decían los frailes cuando celebraban el día del santo patrón del convento. Y por último, todo se celebra comiendo, no por comer, como ya hemos dicho, sino por afianzar la reforma política ó la mejora industrial con una comida y un pavo trufado y una botella de Champagne.

Las personas que saben hacerse convidar á estas fiestas, que hay quien no falta á ninguna, pueden tener cuatro días de la semana por lo menos el botijo á enfriar en el fogón de su cocina por ser el sitio más fresco de la casa.

La mayor parte de las veces se dan estas comidas á escote y cada cual lleva su contingente para obsequiar al general que va ó viene, al artista que pasa ó al patriota que llega; pero no basta reunir el dinero para ir á la plaza, ni un local alquilado donde extender los manteles, sino que es preciso solicitar la licencia de la autoridad para el banquete, la cual licencia no siempre se alcanza, sino que muchas veces se niega, y de la negativa resulta un pronunciamiento y con él un ciento de banquetes que preside la autoridad.

Semejantes memoriales no se hacen en papel sellado ni se encargan á un memorialista, sino que se elige una persona que, además de tener lista su memoria, tenga también pronto el entendimiento y diga algo por el estilo:

«Señor Gobernador civil:

»Los infrascritos, que abajo firman y suscriben, demasiado conocidos de la patria por su probada adhesión á tales ó cuales principios, han determinado solemnizar el próximo triunfo de sus ideas con un banquete político en el que no se tratará de política ni habrá ningún acto que desdiga del decoro que estos actos exigen; y al efecto ruegan á V. S. que, desoyendo las sugerencias de partido y obrando con imparcialidad, les conceda permiso para llevar á cabo su patriótico y laudable pensamiento.

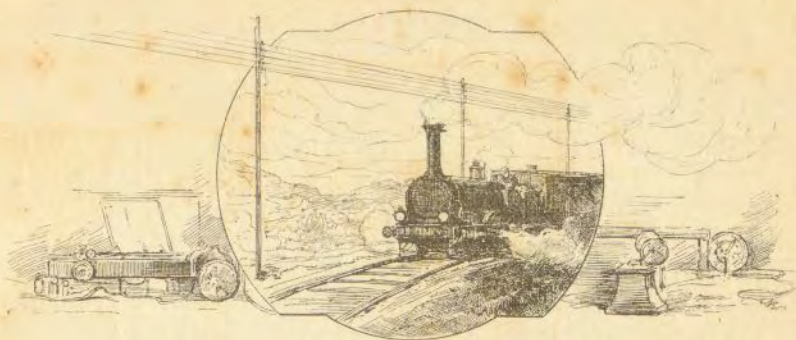
»Dios guarde á V. S. muchos años, etc.»

Se anuncian en un periódico las condiciones de la suscripción, siendo la primera el nombramiento de una comisión de arraigo y honradez para recaudar los cuartos, otra de inteligencia en el ramo para dirigir la comida y otra de buenos modales para recibir á los patricios ilustres que serán invitados al banquete, y se señalan los puntos en que está la exposición para que los que gusten vayan á firmarla; advirtiendo, cosa

importantísima, que las comisiones las compondrán los primeros que firmen.

Sin más que esto, se puede comer un pavo trufado, beber una botella de Champagne helado y dejar que venga después lo que Dios quiera en los postres.





CUADRO XXVIII

FABRICACIÓN DE RUMORES

¡Pobres mentideros, pobres mentidores y pobres mentiras del año 1800, y cuán escasos de alimento andabais en el AYER de esta historia, que el chisme más inocente y la noticia más cándida los rumiabais un mes y dos y tres y aun cuatro, sin atreveros á echarlos de la boca, temerosos de no hallar cosa mejor con que enjuagaros en el resto del año!

¡Pobres é inocentísimas mentiras de la sociedad de antaño, que sembradas en la boca de un peluquero ó en las gradas de San Felipe el Real y trasplantadas cuando mucho al árido y reducido terreno de la *Gaceta*, de *El Diario* y de *El Mercurio*, no supisteis presagiar que el estiércol de Gutenberg y el guano de la discusión y de la palabrería, aplicados á la mentira, habían de producir hogaño una pingüe cosecha de mentideros, de mentidores y de mentiras!

Entonces, aunque ya muchas de vosotras peinabais canas y todas habíais mudado la dentadura, eraís menores de edad, porque las leyes que entonces regían y los hombres que á la sazón mandaban no querían alzaros la tutela y teníais tutores y curadores en todas partes.

Los mentideros de antaño no contaban sino lo que ellos creían, y aunque pecaban de crédulos, pecaban también de callados, y hablando poco no podían mentir mucho.

Los mentideros estaban contruidos contra todos los preceptos de la

acústica, y era perdido más de la mitad de lo que en ellos se contaba, y las mentiras eran todas veniales é inocentísimas y sin trascendencia de ningún género.

Hoy sucede todo lo contrario.

El hombre no cree nada, y sin embargo lo cuenta todo; los mentideros son tan repetidores y tan acústicos y el género se fabrica con tal perfección, que ruedan las mentiras muy á sus anchas por todo el mundo, cometiendo cada pecado mortal que vale un imperio.

La Puerta del Sol, mentidero acreditadísimo en tiempos pasados, apenas sirve ya para forjar un mal cuento de niños; los cafés, los casinos, las tertulias políticas, los círculos mercantiles, los pasillos del Congreso, la Bolsa y los periódicos la han desbancado. Si hoy se atreviera á seguir ejerciendo su oficio, como lo hacía en los primeros años de este siglo, haría reir á las gentes, no tanto por su falta de inventiva, cuanto por carecer de medios de propagación.

Una mentira arrojada hoy en la Puerta del Sol, si no tiene la suerte de ir á parar á oídos de un periodista, muere antes de haber nacido. Nadie la repite ni la comenta, y si logra correr entre unas cuantas personas, anda de boca en boca cada vez más endeble, hasta que muere tísica. No son ya las noticias plantas espontáneas, que nacen y crecen, como en otros tiempos, al aire libre y sin abono de ninguna especie. Hoy es preciso sembrarlas con mucha precaución y llevarlas desde luego á cualquiera de las estufas *charlamentarias* que antes hemos citado.

El propagador de todas ellas es el periódico, que, además de las que le nacen en su propia casa, tiene el derecho y casi la obligación de segar y recoger todas las que nacen y crecen en los otros centros productores, adornándolas y embelleciéndolas para repartirlas á domicilio.

Por supuesto, que ni en los cafés ni en los círculos ni menos aún en los periódicos se dice nunca una cosa por otra, á sabiendas, se entiende. Eso sería una indignidad de que no somos capaces los hombres de este siglo, que precisamente si de algo pecamos es de ser demasiado dignos.

«El digno magistrado....., el digno general....., el digno celador de policía....., el digno maestro de escuela....., el digno Sr. D. N.....» He ahí la letanía perpetua de dignidades en esta modernísima catedral que llamamos siglo XIX.

Lo primero que hicimos apenas desaparecieron del mundo las rancias formalidades del siglo pasado, fué repartir el *don* á toda clase de personas, lo mismo á las que lo usan que á las que no saben ni pueden ni tienen donde usarlo.

La *señoría* la dejamos usar á discreción, y aunque ninguna de estas mercedes está consignada en la Constitución, como derecho concedido á

todos los ciudadanos, consiste en que no es un derecho que la sociedad les da, sino que les está permitido á todos tomarlo en la forma, cantidad y calidad que más les convenga.

La *dignidad* la reparten los periódicos, no á sus suscriptores como regalo de Pascuas ó cosa semejante, sino á las gentes de quienes se ocupan y á quienes tratan con cierta benevolencia. Algunos no son simplemente *dignos*, sino *muy dignos* y hasta *dignísimos*; pero por regla general todos son *dignos*, como ya hemos dicho que todos tienen *don* y hasta *señoría*.

Se espera que muy en breve todos seamos *excelentísimos*, como ya somos hoy todos *simpáticos*, *distinguidos*, *inimitables*, *inapreciables* y otras muchas cosas, que más de una vez nos han hecho creer que era mentira que por el pecado de nuestro padre Adán se había perdido el Paraíso, puesto que nosotros, que creíamos ser unos *adanes*, estábamos siendo unos ángeles.

Por esta razón, ni el digno comerciante ni el muy digno general ni el dignísimo escritor son capaces de mentir á sabiendas en la Bolsa, en el casino y en el periódico. Eso sería una indignidad, y aquí ya hemos dicho que si no todos somos dignísimos, somos cuando menos muy dignos.

Sobre que una cosa es mentir y otra muy distinta no decir la verdad, pésele ó no de esta metafísica distinción moderna al Diccionario de la lengua, en los mentideros de hoy no se siembran mentiras, se siembran rumores. Si éstos crecen luego, ó trasplantados á otro lugar degeneran y echan flores nocivas y consienten injertos monstruosos, cuyos frutos envenenen la atmósfera y corrompan la sociedad y arruinen las familias y deshonren y maten al individuo, ¿qué culpa tiene de esto el que soltó el rumor? ¿Lo hizo él por ventura para que tuviera semejantes consecuencias? ¿No eran mayores de edad, constitucionalmente hablando, los que oyeron el rumor? ¿Pues por qué le escucharon? ¿Por qué le creyeron? ¿Por qué le dejaron crecer y desarrollarse y convertirse de un simple rumor en una gran mentira?

Figúrate, lector, qué cargo se le puede hacer al socio de una tertulia pública que mientras está tendido en una otomana, aguardando la hora de jugar al golfo ó al treinta y cuarenta, se engolfía en una conversación, y por vía de pasatiempo suelta treinta ó cuarenta noticias de las que ha oído, de las que ha creído oír ó de las que espontáneamente le vienen á la imaginación (que no por estar pensando en el juego ha de dejar de ocuparse en otras cosas de más importancia). Si le ocurre un chiste, más ó menos calumnioso, ¿ha de renunciar á decirle? Y si le dice, ¿se le ha de aplicar á un personaje bíblico, histórico ó mitológico? Lo primero le acreditaría de mal cristiano, lo segundo de ignorante y lo último de tonto.

Para no merecer ninguna de estas censuras aplica el chiste á uno de los altos funcionarios del Estado, si no le ocurre persona más elevada, ó á un comerciante ó á un militar ó á una señora cualquiera. Si el héroe del lance es amigo suyo, por lo mismo que esto le da más confianza puede extenderse más en el cuento y darle mayor aire de verdad.

Pero la prueba de que este pasatiempo es inocente, es que después de haber producido con él ó las risas ó el asombro de los oyentes, se dirige á la mesa de juego y ya no se vuelve á acordar de lo que ha dicho. Ni él tiene responsabilidad legal por sus palabras, ni por repetirlas con más ó menos buena memoria los que las han oído se les puede hacer cargo alguno. La responsabilidad es toda del periodista, que bebiendo el rumor en la fuente, ó en cualquiera de las otras vasijas adonde ha sido trasogado con una celeridad digna del siglo del ferrocarril y del telégrafo, le trasplanta y le da cierto aire de verdad en las columnas de su periódico.

Pero el periodista tiene lo que no tenían ni pensaron nunca en tener las gentes de AYER: una cantidad en fianza y un hombre de reserva para responder de lo que dice, siempre que lo diga afirmativamente y de una manera que no dé lugar á dudas y á interpretaciones. Pero si él, lejos de afirmar la noticia, y he aquí otra prueba de buena fe, la encabeza con estas palabras: *Hemos oído decir, pero no podemos creerlo*, ó con estas otras: *No es cierto lo que se ha dicho*, ó con las más usadas y muy sacramentales frases de *parece, se dice y corre el rumor*, su fianza permanece intacta, su editor responsable no responde, y sale del paso probando su buena fe con decir que, *mejor informado, puede asegurar que no tiene el menor fundamento la noticia que dió el día anterior*.

Explicadas así las cosas, porque todo tiene su explicación en este mundo, ¿crees tú, lector, que puede hacerse cargo alguno ni al que soltó el rumor ni al que le acogió y nutrió ni al que le propagó y le repartió á domicilio? ¿Podrá reconvenirse á ninguno de ellos por la baja de los fondos públicos y el consiguiente descrédito nacional, por el tumulto popular y la sangre en él vertida, ó por la deshonra y las muertes que ocasionó la noticia?

Me parece oírte decir que no, porque si el periodista dijo que él no lo creía ó que dudaba que fuese cierto, ¿por qué no dudaron sino que lo creyeron las gentes!

Alégrome sobre manera de que estemos de acuerdo en este punto, y vamos á otra cosa.

Dejemos que hiervan los rumores en los cafés y en los casinos; no nos metamos en si la maledicencia anda más ó menos suelta en los círculos mercantiles y en la Bolsa; olvidémonos de que también ruedan las mentiras en las tertulias patrióticas y en los pasillos del Congreso, y puesto

que, para los casos graves, tienen la sociedad y los individuos de ella asegurada su honra en la caja de depósitos y en la persona de los editores responsables de los periódicos, concluyamos este boceto de la murmuración murmurando á nuestra vez un rato del gran murmurador del siglo, del telégrafo eléctrico.

Este sí que no tiene ni fianza ni editor responsable ni nadie, absolutamente nadie, que responda de sus palabras. Verdad es que él gasta pocas, porque como ha abreviado el andar hasta el punto de correr más que el aire, que nuestros padres murieron creyendo que era el primer andarín del mundo, habla siempre en abreviaturas y en cifras, y á los que le descifran y le desabrevian sería una injusticia hacerles responsables de las noticias.

Y suponiendo que tuviera fianza, la dificultad estaría en alcanzarle para exigírsela.

Cuando el telégrafo hablaba por señas, como los molinos manchegos, y *se interponían las nieblas* entre una torre y otra, había tiempo para todo; pero ahora que su agente de negocios es la electricidad, no hay manera de darle caza. En la quinta parte de un segundo da la vuelta al mundo esa señora: ¡conque dime tú, lector, si es cosa de echarle un galgo!

El mejor andarín que pudiéramos echar á su alcance sería una locomotora, y esa, á todo correr y echando los bofes el que la dirige, sólo anda 100 kilómetros por hora. El viento, á toda rienda y cuando ya no sabe por donde anda, gasta una hora en 104 kilómetros, y la luz, que aún no nos ha dicho cómo nos hemos de servir de ella para los viajes, un millón de kilómetros: ¡conque ayúdame á sentir!

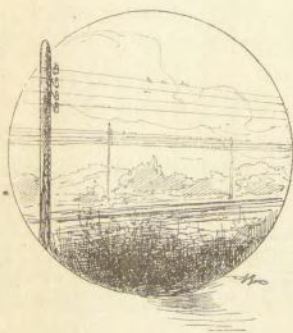
Aunque será mucho mejor que ni tú ni yo sintamos otra cosa sino los efectos de ese gran noticiero moderno, que ni de día ni de noche cierra la boca, y que va y viene por todas partes, lo mismo por el aire que por el agua, con nieves y con fríos, con sol y con luna, reservado como nadie, impávido hasta parecer insensible, ni se entristece ni se alegra, ni ríe ni llora, ni pierde el color ni se ruboriza, y parece, en suma, la imagen satánica del siglo XIX, indiferente á las penas y á las alegrías de la humanidad.

Conmueve y trastorna media Europa anunciando que ha estallado una gran revolución en la otra media, y al día siguiente se rectifica á sí propio diciendo que no ha existido semejante revolución. Asegura que ha habido una gran batalla en la cual han quedado vencedores los blancos y refiere el considerable número que han perdido los negros, y luego repite la noticia enteramente á la inversa. Pero no le mires á la cara cuando dice una cosa ni cuando rectifica afirmando lo contrario, porque en ambos casos le verás lo mismo.

El telégrafo eléctrico es un rey constitucional verdaderamente irresponsable.

Los noticieros se han apoderado de él como de una finca mostrenca, y con lo que dice, con lo que le hacen decir ó con lo que suponen que ha dicho se surten hoy todos los mentidores y se llenan de mentiras todos los mentideros.

En muchos cuadros de este museo verá el lector los casos prácticos del presente.





CUADRO XXIX

LA GRAMÁTICA PARDA Y LA GRAMÁTICA DORADA

Si estuviera en mi mano no ponerla en el asunto de este capítulo, ó buscar entre mis lectores de las aldeas y los de la corte uno que se encargara de escribirle ó de suministrarme datos para que yo pudiera hacerlo, indudablemente este cuadro sería el primero de la colección. Pero la gramática parda y la gramática dorada son dos gramáticas inéditas, de las cuales, muy á mi pesar, declaro que no conozco ni una sola letra. Y no porque me haya faltado el deseo de aprender la una y la otra, sino porque no he hallado quien quiera enseñármelas.

Esta clase de gramáticos no son como los de la Lengua, que tienen en la Real Academia Española una comisión permanente que vela por la pureza de las reglas y pasa la vida discurrendo el modo y forma de simplificarlas poniéndolas al alcance de los más legos.

Los gramáticos pardos y los gramáticos dorados son como los poetas, que sólo con dejarse parir tienen aprendido el oficio. Estas gramáticas son intuitivas, y sin dómynes ni disciplinas ni bandos de Roma y de Cartago brotan por todas partes aventajados discípulos de ellas. El uno por ciento de los mortales, y sentiría quedarme corto, es profesor de la ciencia infusa del *modus vivendi*. Y sin embargo, yo que me hallo entre los noventa y nueve tengo precisión de hablar de lo que nada han dicho los únicos que podían decirlo. Mi situación es parecida á la de aquellos

periodistas que, por llenar un par de columnas, han de escribir de una materia que no entienden, y á la de ciertos diputados que se levantan á pronunciar un discurso de tres horas para defender unos intereses que, tras de no ser los suyos, les son perfectamente desconocidos.

Y pues no hay remedio, sino que por fuerza he de ser el *médico á pa-los* de este gran hospital de gramáticos pardos, empezaré á tomar pulsos dirigiéndome desde luego á las aldeas de poco vecindario, porque como á médico principiante no me está permitido entrar matando gente rica, sino que he de ensayarme con los pobres.

El primer profesor de gramática parda en las aldeas, en las villas y aun en las capitales de provincia es el elector.

Los candidatos para diputados á Cortes, para diputados provinciales y para regidores presumen conocerle, y aun tienen la ridícula pretensión de engañarle; pero le conocen menos que yo y siempre resultan engañados. Los agentes del gobierno creen saber más que él cuando le atropellan, arrancándole su voto; pero aun en este caso se engañan. El verdadero gramático pardo hace su negocio hasta en el atropello, y no pocas veces juega á dos palos, y gana con el agente del gobierno y con el candidato derrotado.

Antiguamente, porque la gramática parda tiene una antigüedad muy remota, no tenía otras aplicaciones que las ordinarias de trampear un año en los arrendamientos, humillándose el colono en presencia del señor del pueblo, y diciéndole con lágrimas en los ojos que «él era la carne y su señoría la cuchilla y que cortase por donde quisiera;» con lo cual el señor, viendo que el labriego no hacía más que rascarse la cabeza y que no comprendía nada de lo que le decía, le dejaba marchar, perdonándole el descubierto y apellidándole bárbaro y tonto y otras cosas por el estilo, quedándose el señor en su casa, diciendo para sus adentros: «qué bestias son estas pobres gentes!» mientras el labriego volvía á su aldea murmurando para su capote aquello de «dame pan y llámame tonto.»

Más adelante vino la revolución y con ella los revolucionarios, entre los cuales vinieron al mundo los autores de la gramática dorada, que establecieron desde luego su industria en las grandes capitales, no sin merodear de vez en cuando por los pueblos para cazar algunos gramáticos pardos. Pero éstos sabían demasiado para caer en las redes y posar en la liga, y apenas les pasó el aturdimiento de los primeros sermones patrióticos, que los llevó como corderos atados al carro de la revolución, se encerraron en sus conchas, que tienen muchas, y echaron sus cuentas de tal modo que aún no les ha salido mal ninguna.

Con un programa del cual sólo les gustaba lo que no entendían, dos

discursos que ocupados en aplaudir no acertaban á comprender, tres vivas á la libertad y el rataplán de la milicia urbana iban á las urnas electorales, echaban un papelito y se retiraban á las labores del campo, ansiando volver al pueblo para oír leer los periódicos, que sentían no comprender, porque era cosa que les gustaba sobre manera.

Pero á fuerza de ir y venir á las urnas llegaron á comprender que aquellas idas y venidas, que no les venían muy bien á los campos, venían perfectamente á algunas personas, y entrando en cuenta consigo propios decidieron ser más estrechos de manga de lo que habían sido hasta entonces. Á abrirles de par en par los ojos parlamentarios vinieron las luchas de los candidatos, y tras de los certámenes políticos de los programas electorales vino la licitación y la subasta de los votos de los electores.

Con esta experiencia y la aplicación de la gramática parda al ejercicio del imprescriptible derecho electoral se han hecho inútiles los programas y los discursos y hasta innecesarias las visitas del candidato á los electores. Pero aún se hacen algunas de éstas, y para que el lector tenga una idea de ellas le daremos á continuación un retazo.

Que se figure, desde luego, una villa de bastante vecindario, cuyo caique, gran propietario de bienes nacionales, se halla al regresar de la capital de provincia, adonde fué llamado por el gobernador civil, con que el ex diputado del distrito acaba de llegar á su casa. Lo primero que hace el elector influyente, después de saludar á su huésped con una cordialidad y un cumplido digno del más consumado diplomático, es hablarle de todo, menos de lo único que el ex diputado viene á buscar allí. En vano habla éste de las elecciones, que están muy próximas, y hace diferentes preguntas electorales, todas encaminadas á buscar la protección del influyente, á quien llena de piropos, lisonjeándole por cuantos medios están á su alcance, y en esta materia el candidato alcanza más que un cañón rayado.

Las indirectas sólo alcanzan una sonrisa; las preguntas directas son contestadas con otras preguntas extrañas al asunto, y de sobra conoce el candidato que está allí sobrando su persona; pero fiado en su elocuencia, espera, ¡esperanza insensata!, triunfar de aquella reserva y alcanzar el apoyo del elector, con quien logra por fin entablar el siguiente diálogo electoral:

—Conque, amigo—le dice,—veo que está usted muy reservado, y esto me indica que debo renunciar á presentarme como candidato en estas elecciones.

—¡Qué aprensiones tiene usted! —replica el elector sonriendo.

—Pero usted ¿qué me aconseja?—dice el ex diputado, temblando que le

aconseje lo que con su silencio le están aconsejando desde que llegó allí.

—¡A buena parte viene usted á pedir consejos! ¡Pobre de mí que los necesito de todo el mundo!

—Pero en esta materia nadie sabe tanto como usted, que es el amo del distrito.

—¡Ya, ya! ¡Bueno está el distrito!

—Es decir, ¿que usted cree que no debo aspirar á la reelección?—pregunta el candidato.

El elector calla, hasta que el otro tiene la candidez de repetir la pregunta, y le dice:

—Mire usted, esto no está ya como estaba antiguamente; estos tíos de capa parda han aprendido mucho y ya no les gobierna nadie. El que más y el que menos sabe que un voto es un voto.... y.... vamos.... la verdad.... no quieren darle así.... al primero que llega.

—¡Conque es decir que este distrito, que era el más independiente de España, se ha vendido al gobierno!—exclama el ex diputado queriendo producir efecto sobre el elector.

Pero éste, embozado en su gramática parda, lejos de incomodarse dice sonriendo:

—No, señor, no se han vendido al gobierno; estos electores son muy liberales; sino que vamos...., es lo que se dice...., cada uno tiene su conciencia, y como ven que los otros distritos de la provincia todos tienen caminos vecinales y fuente en la plaza mayor y no les recargan la contribución ni sufren otras gabelas, no hay quien pueda con ellos; de por fuerza quieren votar un diputado que no esté mal con el gobierno.

—Es decir, que van ustedes á votar el candidato que les mande el gobernador.

—¡Quia! No, señor—replica el influyente sin dejar de sonreír;—aquí no nos manda nadie, sino que estos tíos son muy brutos, y ellos dicen que cuando le eligieron á usted diputado era ministerial, y que luego se pasó á la oposición, sin renunciar el destino que le habían dado...., y en fin, nada.... lo que le digo á usted.... que son muy brutos. Oyen campanas y no saben dónde las tocan.

El candidato no es tan tonto que no vea su causa perdida al oír estas últimas palabras; y aunque no renuncia á hacer un discursito sobre la libertad electoral y los amaños del gobierno, y explica su conducta diciendo que los magistrados, por lo mismo que deben ser inamovibles, no pueden renunciar sus destinos sin sentar un precedente funesto para la buena administración de justicia, se retira de casa del elector, que le despide sonriendo y sin decirle categóricamente lo que él piensa hacer en la elección próxima.

En cuanto á las relaciones del profesor de gramática parda con los demás gramatiquillos del lugar, son tan variadas que habríamos de escribir un infolio si hubiéramos de enumerarlas siquiera. Baste decir que la gramática parda sirve hoy para hacer ayuntamientos *templados* si mandan los conservadores, y *calientes* si gobiernan las gentes de ideas avanzadas; y que así, tirando y aflojando, van los gramáticos haciendo su fortuna cuando el río está revuelto, y conservándola y haciéndola echar raíces cuando se serenán las aguas.

Han aprendido ya mucho, aunque no tanto como les hace falta, y aunque hay en los pueblos gentes que arrancan los árboles para que no quiten el sol á la tierra, ya no se encontrará un lugar por pequeño que sea donde echen á palos al que á sus expensas quiera llevar el agua desde larga distancia, por miedo, y esto es histórico, de que cuando estuviese el agua en la plaza se vendería menos vino en la población.

La gramática dorada, como gramática de corte, tiene más vastas aplicaciones que la parda, y si hubiéramos de tomar el pulso á todos los profesores de ella sería interminable este cuadro. Y tal vez no adelantáramos nada con pulsar á algunos de ellos, porque desgraciadamente las enfermedades del oro no siempre se revelan en el pulso ni menos en la cara. Y para convencernos á nosotros mismos de esta verdad, vamos á hacernos unas cuantas preguntas, dándonos *motu proprio* otras tantas respuestas:

—¿De qué vive ese caballero?

—De lo que come.

—¿Quién le viste?

—El sastre.

—¿Quién paga al sastre?

—Nadie.

—¿Pues qué interés tiene el sastre en mantener un figurín de carne y hueso que vaya á los paseos y á los cafés y á los teatros cada día con un nuevo traje?

—¡Pues ahí verá usted!

—Y á ese otro, que gasta coche y tiene abono en el teatro y da comidas y cada verano le pasa en un punto del globo, visitando las principales casas de baños, sin bañarse en ninguna, ¿quién le paga lo que gasta?

—El mismo.

—¡Pero si él no tiene rentas ni sueldo ni oficio ni beneficio y además juega mucho!

—¡Pues ahí verá usted.

—¿Y de qué vive ese joven tan bonito y tan almibarado, que no ha seguido ninguna carrera ni tiene patrimonio alguno?

—Ese vive de lo que come.

—¿Pero quién le da de comer?

—Su cocinero, que es de los mejores.

—Y esa anciana á cuya casa va de visita todos los días, ¿es su abuela?

—No, señor.

—¿Pues quién es?

—¡Ahí verá usted!

—Y aquella señora que todas las noches recibe espléndidamente en su casa á los hombres políticos y á los altos funcionarios del Estado y ante la cual se inclinan con respeto todos los porteros y aun los escribientes de las oficinas, ¿quién es?

—No se sabe.

—¿Es soltera?

—Dice que no.

—¿Casada?

—Menos.

—¿Viuda?

—Tampoco.

—¿Pues qué estado es el suyo? ¿De qué vive? ¿Quién la sostiene? ¿Cómo sostiene á los demás?

—Es un misterio.

—¿Y por qué no trata de descubrirlo el ministro, ya que la trata tan íntimamente que un simple recado de esa dama le hace abandonar sus más serias ocupaciones?

—¡Ahí verá usted!

—¿Y qué hombre es ese tan extraordinario, que ayer no era conocido de nadie y hoy le ha dado á conocer á todos la *Gaceta* nombrándole para un alto puesto, y aun se dice que no admitirá hasta que le den otro más alto?

—No se sabe.

—Pero ¿cuál es su historia? ¿Qué méritos tiene?

—La *Gaceta* no los publica.

—¿Pero el público los dirá en voz baja!

—Tampoco.

—Pues ¿qué misterio es ese?

—Perdone usted, señora, no lo he podido remediar..... Como llevan ustedes esos vestidos tan largos y esos miriñaques tan orondos la he pisado y.....

—No hay de qué. ¿Pero ese hombre?

—¿Qué hombre?

• —El de la *Gaceta*.

—Son muchos los hombres de que habla la *Gaceta*.

—¡Pero la historia de ese que nadie sabe de dónde ha salido!...

—Perdone usted, señora, ya he vuelto á pisar el miriñaque; todo lo llenan ustedes con esos vestidos tan largos.

—Pues retírese usted y hágeme desde lejos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque si me aparto del miriñaque....

—¿Qué?

—Nada. ¡Ahí verá usted!

De manera que, como dije al empezar este cuadro, ni de gramática parda ni de gramática dorada se me alcanza gran cosa, y si continuara escribiendo sobre esta materia, me sucedería lo que á otros escritores, que cuando presentan en relieve ciertos caballeros de industria, producen con sus obras un efecto casi contrario al que se propusieron al escribirlas.

Si la industria de los vividores estuviera al alcance de los que vivimos contando al público todo lo que sabemos, dejaría de ser industria.

Como no es así, suspendo el interrogatorio que había comenzado, y lo hago precisamente en el momento en que iba á poner el dedo en la verdadera llaga; no en la llaga de la industria, que está demasiado recóndita, sino en la de la verdadera gramática dorada.

Me iba á asomar á la Bolsa, pero tenía algunos cuantos cuartos en mi bolsillo y no me he atrevido; porque ir allí á comprar caro y al contado para vender luego barato y á plazo, no tiene chiste. Lo que tendría gracia sería saber ir allí sin dinero, comprar mucho, barato y á plazo largo, y vender, antes de pagarlo, lo mismo que se había comprado, caro y al contado.

Pero eso sólo saben hacerlo los gramáticos pardos de la corte; y cuando lo que hacen con el papel del Estado lo hacen también con los bienes nacionales, sin dejar de ser capitalistas se hacen propietarios, y ande la rueda.

Hay gentes para quienes la rueda no anda nunca. Tanto peor para ellos. Antiguamente se les dejaba morir en paz, aunque fuera de hambre, en un rincón, pero se les llamaba hombres de bien. Hoy la hombría de bien anda más cara y no la alcanzan ciertas gentes á quienes todos llaman tontos.

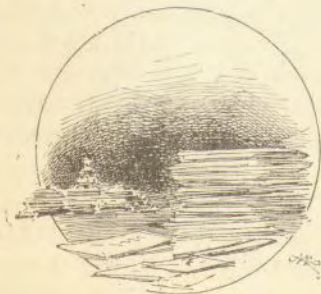
¡Figúrate, lector, lo que sería la sociedad si todos fueran discretos!

Si aún no se oyera decir, bastante á menudo por fortuna: «Bien empleado le está lo que le pasa; *si no hubiese sido tonto* habría hecho su *negocio* y ahora *se reiría* de todos,» ¡qué sería de nosotros!

Lo único que de su ciencia nos han revelado los profesores de la gramática parda y de la dorada, es que para medrar en este mundo se necesitan tres cosas: *ver venir*, *saberse aguantar* y *dejarse ir*. Lo primero tiene una parte muy fácil, pero tiene otra muy difícil; todo el mundo sabe ver venir, pero pocos saben cuándo viene la suya. Lo de saberse aguantar no consiste en otra cosa sino en arrojar los escrúpulos y lo demás que estorbe, y no averiguar dónde anda. Y lo último, en cerrando los ojos para no saber adónde se va, es fácil dejarse llevar adonde quieran.

Pero de todos modos te aseguro, lector, que esa ciencia es muy difícil, porque los que la saben la callan, y si algo dicen es como lo que acabas de oír, ó como aquello otro de que el hombre ha de tener un codo para ceder y otro para resistir. La ciencia consiste en saber cuándo conviene hacerse de goma y reducirse á la última expresión, y cuándo de hierro y reducir á los demás al punto matemático.

Y los que no tienen un codo duro y otro blando, sino que son todo goma ó todo hierro, según las ocasiones, ¡esos sí que son los verdaderos profesores de la gramática parda y de la dorada, los doctores *in utroque* de la gran universidad del siglo, los amos de este claustro académico que vino en pos de la exclaustación monacal!





CUADRO XXX

LOS POLLOS DE 1850

Desde que los niños nacen con los ojos abiertos, que es cosa recentísima, se ha dejado de exigir á los hombres la edad, la talla, la ciencia y la experiencia, que antes eran requisitos indispensables para que un mortal fuese declarado *viable* en el grande y en el pequeño mundo (que antiguamente, aun después del descubrimiento de Colón, no había más mundo que uno). Se han considerado años de abono todos los que antaño se perdían en aprender la doctrina cristiana y en recibir azotes por no saberla de coro, y con esto y alguna rebaja de tiempo en el de la lactancia y haciendo la vista gorda en otras menudencias, puede el hombre *soltar el cascarón*, cuando aún está siendo fruta de cáscara verde, muy agria y muy por madurar. El gran mundo (y he aquí la ventaja de que haya más de uno) se encarga de madurarlo, y al poco tiempo de haberle recibido en su seno le pone más blando que un guante.

Pero no se crea por esto que el pollo de la especie humana se lanza desde luego en el gran mundo y que al abandonar el regazo materno su primer vuelo es á los reñideros de gallos. Nada de eso. El verdadero pollo, el niño graduado de joven de buen tono en la entonada sociedad del gran mundo, no entra de rondón en ella ni pasa á ser hombre desde que da los primeros pasos en los andadores con que le sujeta la nodriza; entre ésta y el colegio hay un par de años de aya, y entre el colegio y el gran mundo hay á veces hasta un par de lustros, en los cuales hasta los chicos

de antaño, que nacían con los ojos cerrados, se hubieran lustrado y pulido más, mucho más de lo que hubieran querido sus padres.

Quince años ha cumplido ya el niño cuando sus padres (padres, por supuesto, del gran tono y del gran mundo) le traen á casa y le instalan en el cuarto que, apartado de las demás habitaciones, le prepararon para cuando fuese hombre. El criado que han puesto á su servicio es tan nuevo en la casa como su señorito, el cual, como queda dicho, la perdió de vista cuando aún se le iban los ojos tras de la nodriza; pero habla en francés como su amo, y esto establece entre ambos una perfecta inteligencia. No son tan cordiales ni tan íntimas las relaciones que el niño conserva con sus papás, con los cuales come alguna vez á la semana y apenas deja de verlos todos los días; unas veces porque expresamente y previo aviso va al cuarto de su madre, que por otra regla de buen tono no es el mismo que el de su padre, y otras porque acerca su caballo á la carretela de la casa para decir un *bon mot* á mamá cuando la encuentra en el paseo, ó porque la saluda por la noche en el teatro subiendo un rato al palco.

En su propia habitación da de almorzar á sus amigos, y esta es la ocasión que elige la mamá, no para ir á ver á su hijo, que esto sería de mal tono, sino para enviarle un plato escogido ó una botella de vino especial y á veces una caja de cigarros, porque el niño no ha olvidado nada de lo que aprendió en el colegio. Cuando se alzan los manteles se descuelgan los floretes, que este adorno es de rigor en las paredes del cuarto del pollo, y se dan ó se reciben unos cuantos botonazos.

Al criado que abre la mampara para anunciar, en francés, por supuesto, que el caballo, extranjero también, está listo, no se le contesta, y acabado el asalto, en traje de *matinée* se sale á cabalgar, verdaderamente á cabalgar, un par de horas por la Fuente Castellana y el Salón del Prado.

El pollo y los que no lo son y quieren parecerlo, todos cabalgan del mismo modo, enclavando los pies en el estribo y botando el cuerpo sobre la silla, como si ésta les quemara ó ellos fueran de goma elástica. Se acercan á los coches y aun hacen algo más que acercarse, porque dejan medio cuerpo sobre el caballo y echan el otro medio dentro de la carretela donde va el objeto de sus ansias, y así pasan el día hasta la hora de la comida, que es una hora ó dos después de la del tocador; porque el pollo verdadero tiene la *toilette* de *negligé* al levantarse, la de *matinée* á la hora de almorzar y la de *soirée*, que es la verdadera, antes de comer.

El criado sabe bien las horas de esas tres revistas de policía interior y exterior y las prendas que conviene alistar para cada una de ellas, y prepara para la primera las pantuflas, el *écharpe*, la *robe de chambre* y el *bonnet*; para la segunda, las botas á la *écuyer*, el *chaquet* y la *fouet*, y para la última el *habit noir*, el pantalón de color y corbatas á *volonté*. Para

cada una de estas tres transformaciones, tres camisas distintas, y si después del teatro hay otra transformación para ir de *soirée-danzante*, una cuarta, y todo presentado en bandeja y todo perfumado.

Pero aunque estos pollos de ahora gastan, como los *petimetres* de antaño, tres horas en vestirse y otras tantas en desnudarse, empleando el resto del día en lucir las operaciones del tocador, se diferencian completamente de aquéllos, no sólo en las prendas que usan, que éstas se las da hechas la moda, sino en la manera de usarlas.

El *pisaverde*, que más tarde se llamó *lechuguino*, se vestía tan á solas consigo mismo, que ni aun permitía que su propia imagen se asomara al espejo hasta que estaba en ropas mayores y se prensaba los pies y se estrujaba el talle y no cesaba de estirar la ropa hasta que se ajustaba perfectamente al cuerpo con una exagerada simetría en todos los detalles.

El elegante de hogaño, el *dandy* de los paseos, conocido en los círculos del gran tono con el terrorífico nombre de *lión*, hace todo lo contrario: se viste en público, ó mejor dicho, se deja vestir por su criado enfrente de un gran espejo llamado de *vestir*; todas las prendas que usa le están holgadas y estudia la manera de llevarlas flojas, y todo su empeño y todo su cuidado le pone en aparentar que se ha vestido con descuido para salir á la calle perfectamente desaliñado.

El público que asiste al vestuario del pollo *lión*, que es el verdadero pollo de esta nueva cría, se compone de otros niños, todos mayores de quince años y todos menores de edad, de los cuales haré un ligero retrato para que el público, á quien me dirijo, los conozca á todos.

El primero, por ser el de mayor edad y el amigo más íntimo del *dandy*, es estudiante y catedrático á un mismo tiempo.

De día aprende derecho romano, y por la noche enseña derecho universal.

Como alumno de la Universidad central es poco asistente á la clase de jurisprudencia: como profesor del Ateneo es más asistente á la cátedra de derecho universal, cuyas lecciones anunció pomposamente en los periódicos que serían semanales; y unas veces por fiestas, otras por indisposiciones y otras por causas menos justificables se redujeron á cuatro en todo el curso académico. Pero cuatro lecciones que valían por cuatrocientas, según probó más tarde el joven autor del prólogo con que salieron á luz elegantemente impresas. Este presunto garnacha, y famoso y en la prensa periódica afamado profesor del Ateneo, es el sabio de más nota en la pollada del *dandy*.

No le va en zaga, y aun corre con él parejas, otro niño de escasos diez y ocho años, que ya ha visto representadas y aplaudidas tres obras dra-

máticas y recogido diez y ocho ó veinte coronas de laurel y llenado con la fama de su nombre las columnas de los principales diarios de la corte. Este joven no ha estudiado nada, porque su misión sobre la tierra no es aprender, sino enseñar, y si empleara el tiempo en ir á las escuelas no le alcanzaría para instruir y moralizar al pueblo, deleintándole con sus obras dramáticas.

También tiene comenzada una novela y terminado un poema y además escribe gacetillas en un periódico político. Pero ninguno de estos trabajos le impide asistir á una secretaría del despacho á desempeñar una plaza de auxiliar con la misma puntualidad que el futuro abogado su plaza de alumno de derecho romano.

El otro joven que se halla en casa del *dandy* es rico como éste, y no estudia leyes ni explica en el Ateneo ni escribe dramas ni extracta expedientes, pero sabe montar á caballo y guiar un carruaje y matar un venado y tirar al florete.

En las carreras de caballos, aunque los suyos no estén inscritos para optar á los premios, es siempre un operario preciso, y de noche no falta á los teatros, compartiendo la función entre la butaca y los bastidores, en la primera para flechar los anteojos gemelos y hablar de política, y en los segundos para enamorar á las bailarinas, cuyo mérito recomienda con toda imparcialidad á su amigo el joven periodista.

Tendidos en sus respectivas butacas, con el cigarro en la boca, asisten á la *toilette* (que así llamamos en castellano al acto de vestirse, que antiguamente se decía tocador ó tocado), y examinando el uno un par de espolines ó un látigo de domar y el otro hojeando un libro y el tercero recorriendo un periódico, arreglan la política extranjera y se avergüenzan de ser españoles, quitan y ponen reputaciones, traen y llevan honras y preparan placeres y diversiones, no sin decir á cada paso que están haziados de la vida.

La de los cuatro reunida, apenas compone una vida ordinaria.

El pollo *dandy* recibe el pollo *gentleman* con estas palabras:

—¿Cómo saliste anoche?

—Perdiendo cinco mil duros—contesta el preguntado, sacudiendo el látigo con la mayor indiferencia.

—Mala semana llevas—replica el otro sonriendo, mientras se desarregla la corbata frente al espejo.—Si lo llega á saber tu futuro suegro, ya no te dice que no te da la chica, sino que la pone donde no vuelvas á verla en toda tu vida.

—Para que no se incomode en hacerlo así, le he tomado la delantera.

—¿Pues qué has hecho?

—La he sacado judicialmente de su casa.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Antes de jugar?

—Por supuesto. ¡Como que al juego no fuí hasta las once de la noche!

—Pero, chico, esa es una calaverada mayúscula—exclama el legista.

—¿Por qué no me has avisado?—interrumpe el escritor dramático.

—¿Para qué? ¿Eres tú de la curia?

—No, pero ya sabes que en mi profesión de novelista necesito ver todas esas escenas dramáticas. De seguro que si yo veo al padre, al juez y á la niña, tengo hecho un drama. El primero estaría furioso, queriendo matar á su hija; el juez alzaría su caña de Indias con su gran puño de oro, diciendo que la ley la amparaba, y la chica fingiría un desmayo y daría cien pataletas.

—No lo creas. Elisa salió tan serena y tan fresca como si tal cosa; y en cuanto al padre, se quedó tan perplejo que no pudo articular una sola palabra: luego fué cuando dijo, según me ha contado la criada que ha intervenido en nuestros amores, que no le daría un cuarto y que hacía cuenta que se le había muerto su hija.

—Lo de siempre—exclamó el dandy;—pero ya se le pasará.

—¡Claro es!—replica el periodista.

—Lo de no darle un cuarto—dice el legista—será lo que tase un sastre. Yo te dirigiré ese negocio, y la legítima de la madre, cuando menos, no te la puede negar.

—En punto á intereses estoy tranquilo—replicó el pollo;—tengo de consejero un pájaro que sabe mucho más que mi suegro, y me ha dicho que no tenga cuidado. Prometo daros buenas comidas con los ochavos que ha ahorrado ese pobre hortera.

—¡Debe tener más de cien mil duros de capital!—dice el *dandy*.

—Con lo que pasa de esa suma pienso formaros una gran biblioteca bucólica de autores del Rhin, de Burdeos y de Holanda.

—¿Cuántos trabajos habrá pasado ese barbero para reunir ese dinero!—exclama el periodista.

—Pues ya ves á lo que llama calaverada mayúscula este sabio profesor del Ateneo, á casarse con cien mil duros.

—No lo decía por eso, sino porque eres aún muy joven para casarte.

—Para casarme como lo hacían nuestros padres, tienes razón; pero yo no pienso renunciar al mundo porque me case, sino que tomo el matrimonio como una remonta de que necesita mi fortuna, gracias á las cuentas que por partida doble me lleva mi tutor.

—Sí, yo creo que haces bien en casarte; pero siento que no hayas cumplido siquiera diez y ocho años.

—No hagas caso, chico—dice el escritor dramático,—no hagas caso de estos defensores de la patria potestad, porque son insufribles. Este leguleyo querría que estuvieses ahora, como estaban nuestros padres á nuestra edad, apedreándose unos á otros, atando, ¡ingeniosa diversión!, las cubas de los pobres aguadores á las ruedas de los coches, corriendo tras de las pasiegas y llamándolas burras de leche, rompiendo los faroles de las calles y haciendo otras salvajadas por el estilo.

—¡Ja, ja, ja!—interrumpe el *dandy*, entregando sus brazos para que el ayuda de cámara le ponga la levita.—Excelente cuadro de costumbres para el autor de AYER, HOY Y MAÑANA, que aunque parece que ridiculiza los usos de antaño, se lamenta de que los hombres quieran serlo antes de cumplir treinta años de edad.

—¡Buena sociedad de inválidos se formaría con esos angelitos!—exclama el periodista.—

«¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!»

como decía Espronceda. Y no se diga que Espronceda era de nuestros tiempos; que si viviera hoy, casi sería un anciano.

—¡Ea! Hablemos de otra cosa—dice el novio,—ó que nos den de almorzar, que ya va siendo hora.

El pollo anfitrión hace una seña á su criado, y volviéndose al escritor dramático le dice:

—¿Conque ya has hecho dimisión de tu destino?

—¡Pues no faltaba más sino que no la hiciera! Y le hablé bien claro al ministro.

—De manera que si cae esta situación te calzas un ascenso.

—No he pensado en eso, sino en que mi posición como escritor público me imponía deberes incompatibles con los de empleado; pero naturalmente, cuando entren en el poder los míos, lo menos que habrán de darme es una plaza de oficial de secretaría.

—¡No es mala breva!—exclama el legista.

—Veintiséis mil reales.... ¡Valiente porquería!

—¿Pues qué querías, que te hiciesen director?

—Otros lo son con menos méritos que yo; y si tuviera edad para ser diputado, no me contentaría con menos.

—En ese caso, yo tendría que ser ministro.

—Tú no puedes ser nada mientras estés estudiando. Si dejaras las malditas leyes, que no te han de servir de nada, porque hay más abogados que litigantes, con tu cátedra del Ateneo y arrimarte á la redacción de algún periódico serías lo que quisieras.

Así siguieron hablando los pollos, hasta que les avisaron que estaba listo el almuerzo; en el cual les abandono para no verme obligado á traducir la conversación que sostienen, mitad en francés y la otra mitad casi en castellano, sobre asuntos varios y principalmente sobre la crónica escandalosa de la corte.

De esto último, aunque los lectores de esta obra digan que está incompleta, ni en este ni en otros cuadros he de decir una sola palabra.





CUADRO XXXI

UN CACHO DE VIDA PRIVADA Y UN MENDRUGO DEL PAN DE LA EMIGRACIÓN

En las primeras páginas de esta segunda parte y en algunos cuadros del AYER hemos dicho al lector una gran mentira que nos apresuramos á rectificar, protestando, sin embargo, de la buena fe con que al engañarnos á nosotros mismos engañamos al público.

Asomando la cabeza á los cafés, á los casinos, á los ateneos y á las sociedades patrióticas, y viendo que todas esas grandes tertulias nacionales estaban compuestas de las pequeñas tertulias privadas, creímos que éstas habían desaparecido, y que la murmuración académica, la banca y otros entretenimientos de esas grandes sociedades habían reemplazado al inocente chismorreó casero y á los honestos pasatiempos del juego de prendas, de la perejila y otras diversiones de antaño.

Los que devoraban con la vista los periódicos en los gabinetes de lectura se nos antojaba que eran aquellos mismos padres de familia que antiguamente congregaban á las gentes de su casa para leerles la vida del santo del día y algún trozo del padre Almeida ó de fray Luis de Granada.

Las mujeres que veíamos en los liceos y en los teatros nos parecían las mismas que antaño se entretenían en enseñar á sus hijos la doctrina cristiana, en deshilar ropa vieja para los hospitales, en hacer calcetas para su marido y en rezar el rosario con sus criados.

Las trescientas personas que comían juntas en una gran mesa redon-

da creíamos que habían de faltar de sus respectivas casas, donde antes comían á solas y á puerta cerrada.

Viendo que los casinos, los círculos y los cafés estaban abiertos y llenos de parroquianos á las dos y á las tres de la madrugada, nos parecía que no habría en las casas quien estuviese durmiendo en sus camas, ó mejor dicho, pensando en que ya se acercaba la hora de levantarse y vestirse para oír la primera misa en la iglesia más inmediata.

Todo esto nos hacía pensar en que las pequeñas familias habían desaparecido, agrupándose en una sola, infinita é incommensurable, conocida con el nombre de familia nacional. Quebrantados hasta parecer de todo punto rotos nos parecía que estaban los lazos del parentesco y los vínculos de la sangre, y teníamos preparados dos grandes lienzos para pintar en ellos dos grandes cuadros: *La apoteosis de la familia* y *El elogio fúnebre de la vida privada*.

Á confirmarnos en esta idea venían las gacetillas de los periódicos, anunciándonos á todas horas que un D. Fulano de Tal se iba á los baños; que otros tales Menganos habían comido juntos; que se había visto en paseo á los señores N. M.; que las señoritas de tales ó cuales familias habían brillado en una tertulia; que el marqués de X estaba ligeramente indispuerto; que el literato H pensaba escribir una novela, y otras muchas particularidades y chismes, no ya de vecindad, sino de familia. Por otra parte, los grandes almacenes de ropas hechas, donde el hombre entra desnudo y sale vestido de príncipe ó de jornalero, de magistrado ó de militar; las tiendas de camisas nuevas, demostrando que no hay quien tenga necesidad de zurcir la que lleva puesta, y otros grandes centros industriales, no nos dejaban duda de que la familia había desaparecido y la vida privada estaba convertida en una de tantas hembras públicas como tenemos en este siglo de la publicidad.

El lujo de las nodrizas por un lado y los biberones por otro tenían medio suprimido el cuidado de las madres, y los colegios le suprimían por completo. Mientras el marido estaba en el casino, la esposa no tenía nada que hacer en su casa por la noche, y como los fabricantes de camisas y los confeccionadores de canastillas para los recién nacidos no les daban ocasión de trabajar, era excusado pasar el día cosiendo ropa blanca. Y si esto sucedía en el invierno, en el verano pasaba lo mismo, aunque trasladando la escena á más larga distancia. Las familias no se diseminaban en los casinos y en los liceos, pero lo hacían en los pueblos y en las casas de baños; y como al marido le convenían los aires del Mediodía, y á su esposa los baños del Pirineo, la familia seguía disuelta, los vínculos de la sangre medio cortados y la vida privada convertida en vida pública.

Así lo creíamos, y así lo seguiríamos creyendo á no haber leído en un periódico la siguiente gaceta: «Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores que el pundonoroso general y distinguido publicista Sr. D. Desiderio Revuelta *se ha retirado á la vida privada*, desde donde *dará al público* varias obras que hace tiempo pensaba publicar.»

A pesar de la demasiada publicidad que había en el fondo y en la forma de la noticia, y de que el solitario que llamaba la atención de las gentes al irse á la soledad nos hacía el efecto de un suicida poniendo carteles para que se supiese cuándo y cómo iba á atender á su vida, todavía nos sorprendió el suceso y nos llamó la atención y nos alegró el saber que la vida privada no había desaparecido.

El deseo de averiguar el paradero de D. Desiderio nos llevó á la redacción del periódico, donde de buenas á primeras nos encontramos con que el anacoreta, el ermitaño, el padre de familias que nosotros creíamos consagrado á la educación de sus hijos y al cuidado de su casa, estaba cuidando de la ajena y educando á todos los españoles y aun dando consejos á los extranjeros.

D. Desiderio era periodista. El que acababa de profesar en la vida privada estaba siendo escritor público.

Estuvimos á punto de desengañarnos, y aun tuvimos tentación de escribir desde luego los cuadros necrológicos que teníamos preparados; pero no quisimos pecar de ligeros, y decidimos seguir escudriñando las operaciones de nuestro personaje en el resto del día.

¡Quién sabe, dijimos, si no tendrá otro medio de sustentar su familia que el de escribir artículos para los periódicos! ¡Acaso estará deseando acabar su tarea para volver á su casa, llevando alguna chuchería para sus hijos ó media libra de fresa para su esposa, y así pasará en el seno de la familia todo el tiempo que le dejen libre sus ocupaciones!

Y así fué, en efecto: D. Desiderio salió de la redacción, llegó á su casa, preguntó si por casualidad estaba su esposa en ella, fuéle contestado que no daba semejante casualidad, y él dejó dicho que no le aguardaran á comer y que si no estaba á la hora de dormir que se acostaran sin cuidarse de él. A los criados no les sorprendió la advertencia, y á nosotros nos pareció que el general periodista llevaba con demasiado rigor su propósito de retirarse á la vida privada, puesto que quería vivir privado hasta de su propia familia.

En este siglo de tanta publicidad y tanto espíritu de asociación nos pareció demasiado heroico el sacrificio, y casi nos alegramos al ver que D. Desiderio entraba en una fonda, porque nos daba pena de que pensara comer solo, ó de que en fuerza de aburrido se dejase morir de hambre. No fué así, á Dios gracias, y ya en el gran salón del establecimiento

le aguardaban impacientes veinticuatro amigos y compañeros de mesa. Comprendimos que aquella comida sería la despedida de la vida pública, y aunque los discursos patrióticos, los brindis y la algazara nos parecieron poco á propósito para despedir á un amigo, de quien iban á privarse acaso para siempre, aguardamos á que se acabara la comida, que duró poco más de cinco horas, y seguimos á D. Desiderio, que nos llevó por calles y callejuelas hasta parar en una de las más estrechas, entrando en una casa de las más sucias, acompañado de un amigo y tropezando en el portal con otros varios.

Saludáronse todos de una manera misteriosa que no pudimos comprender; subieron la escalera; abriéronles en uno de los cuartos sin que ellos llamaran; hicieron lo mismo con otros varios que más tarde fueron llegando, y cuando nosotros quisimos entrar detrás del último, el que abría la puerta nos hizo una seña que no supimos entender, y nos dieron con la puerta en los hocicos.

¡Aquí está la vida privada!, dijimos para nuestro capote (porque es preciso, muy preciso, que sepas, lector, que la escena pasaba en invierno); estos hombres serán todos de una familia, y aquí se retiran á vivir como Dios manda, huyendo de la corrupción, de la inmoralidad y de esa conspiración permanente que hay en los grandes centros políticos contra todos los buenos principios sociales.

Tuvimos un gran pesar en no acertar á comprender la seña que servía de credencial para penetrar en aquella casa, porque habríamos experimentado un gozo especial viendo las distracciones honestas y caseras de aquellas gentes; pero nos resignamos á pasear la calle, saliendo del portal por alejar las sospechas de un embozado que desde la acera opuesta nos espiaba; y apenas habíamos tomado tan sabia resolución, cuando apareció la casa cercada por gente de la policía..... Y no vimos más, que fué bastante ver, pudiendo contarle.

Aunque íbamos de prisa y con sobresalto, no dejamos de pensar en lo que acabábamos de ver, porque tenía todas las trazas de un atropello. Supongamos, decíamos muy para nuestro capote, que aquellos hombres son muchos para hacer vida privada juntos: esto es una verdad; ¿pero qué daño pueden hacer á nadie reuniéndose, hoy que el espíritu de asociación se predica en todas partes como el alma de la felicidad pública? ¿Han de ser tan tontos que para jugar se reúnan con tanto misterio, cuando pueden hacerlo pública y oficialmente en los casinos y en los círculos! Pues pensar en que son conspiradores, mucho menos, porque en los cafés está permitido conspirar á voces, y sería una tontería encerrarse para tan corta cosa.

¡Puedes creer, lector, que llegamos á pensar si los perseguirían por

amigos del obscurantismo y porque desacreditaban el siglo suponiendo que es preciso ocultarse para ciertas cosas, cuando la publicidad, la publicidad absoluta, es el alma de la época!

Sin embargo, era esto último, D. Desiderio se había retirado á la vida privada para conspirar contra el orden público.

El mismo periódico que había dado la noticia de su heroica resolución apenas habló de la gran conspiración que el gobierno había descubierto, ni mucho menos dijo que se habían escapado los principales autores de ella; pero un mes después de este suceso anunció lo siguiente:

«Nuestro querido amigo el simpático y distinguido general y publicista Sr. D. Desiderio Revuelta acaba de llegar á Francia, donde lejos de sus numerosos amigos y apartado de su cariñosa familia, á la que vivía enteramente consagrado, comerá el amargo pan de la emigración mientras rijan los destinos de este desventurado país los procaces tiranuelos que hoy ocupan el poder para mengua de España, y que, como nuestros lectores saben, tienen aherrojado el pensamiento, humillada la dignidad nacional y perdidas hasta las nociones de lo que un tiempo fué la seguridad personal, la inviolabilidad del hogar doméstico y el respeto á la propiedad. ¡Dios querrá que cese pronto la mano de hierro que ahoga nuestras palabras, y que sólo permite escribir á los seides de la cuadrilla que hoy nos manda! Entonces diremos todo lo que hoy no nos dejan decir.»

Aunque nosotros no participábamos de las opiniones políticas del periódico, ni nos importaba poco ni mucho la caída de aquella situación ni la subida de la otra, todavía llegamos á desear que sucediera esto último para ver qué cosas le habían quedado por decir al periodista después de haber dicho muchas más de las que parecía imposible que le permitieran escribir.

Pero como no estaba en nuestra mano hacer lo que tan mal resultado había tenido á pesar de lo vasto de la conspiración, encariñados ya con D. Desiderio, nos fuimos á Francia á verle comer el pan de la emigración. Y francamente lo decimos, también llevábamos el propósito de procurarle algunas frioleras, algo más que un poco de queso y unas pasas para que no comiese el pan á secas. Y sobre todo, queríamos hacerle compañía; porque cuando él voluntariamente se retiró á la vida privada, el comer sólo con veinticuatro amigos y otras privaciones por el estilo podía llevarlas con paciencia; pero encontrarse á su pesar en un país extranjero, separado de su familia y de sus amigos y comiendo por añadidura el amargo pan de la emigración, era una cosa que nos aterraba.

Recorrimos inútilmente todos los depósitos de emigrados en diferentes partes de Francia, viendo en ellos alguna miseria y muchas barajas; no llegamos á conocer ni de vista el dichoso pan amargo, á pesar de ha-

berlos probado todos, incluso el de flor y el de munición, y lo que más nos desesperaba es que en ninguna parte hallábamos al general. «Indudablemente, decíamos, aquí ha llevado á cabo su propósito; se ha retirado á la vida privada;» y como Francia es algo mayor y más confusa que España, nos parecía imposible encontrarlo, y casi sin esperanzas nos dirigimos á París.

Allí le buscamos en los barrios más humildes y entre la masa general de los emigrados, donde preciso es confesar que, aunque no encontrábamos á D. Desiderio, hallamos el verdadero pan de la emigración. Sin más que ver los semblantes de algunos infelices emigrados, no voluntarios, sino forzosos, y las privaciones que se imponían por mandar á sus casas algunos ahorros de sus pequeñas utilidades, se comprendía cuán amargo debía saberles aquel pan que llevaban á la boca sin poderle partir con su mujer ó con sus hijos y sin reposar la frugal comida en el seno de su familia.

Pero allí no estaba D. Desiderio, y pareciéndonos que si no comía de aquel pan era imposible que para él se cociera otro más amargo, decidimos volver á España, en la seguridad de que no sólo había abrazado la vida privada, sino que había profesado en la eremítica y ya no le encontraríamos jamás.

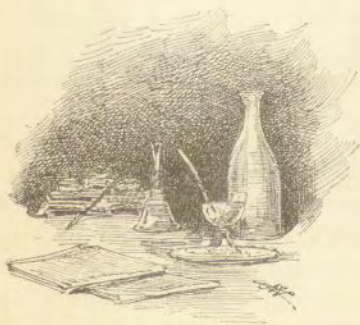
Y cuando nos disponíamos á dejar de disponer de nuestra personalidad, entregando nuestro bulto y el del baúl al primer tren que saliese para Bayona, un periódico (siempre la publicidad persiguiendo al que busca la vida privada), un periódico francés nos hizo variar de rumbo. Con asombro, pero con seguridad de lo que leíamos, leímos el siguiente párrafo:

«El espléndido general y publicista español Sr. D. Desiderio Revuelta, que hace algún tiempo reside entre nosotros por estar emigrado de su país, donde los hombres son tan salvajes que no pueden vivir en paz un solo momento, ha obsequiado ayer á los numerosos amigos que se ha conquistado en la alta sociedad de París por su característica rudeza española y sus chistes con un gran banquete, al que asistieron algunos aunque pocos de sus compatriotas. Esta noche da un te, al que están invitadas algunas señoras.»

Averiguamos dónde vivía D. Desiderio; nos hicimos presentar al te, y en vano buscamos en las mesas del *buffet* (rogamos al lector que no bufe, que otro día le explicaremos esta palabra) el pan de la emigración. Y téngase en cuenta que allí había entre otras muchas pastas toda clase de panes, incluso el de flor, tostado y con manteca, y el de Mallorca y otros, y sólo faltaban el pan de higos, el pan de munición y el pan de la emigración.

La verdad es, porque después de todo, ó mejor dicho, antes de todo, tú, lector, tienes derecho á saberla; la verdad es que D. Desiderio no sólo no comía el pan de la emigración, sino que apenas estaba emigrado. Vivía con comodidad y hasta con lujo; trataba con otros españoles tan emigrados como él, y aunque le preocupaba poco la política de su país, desde el extranjero de vez en cuando para que no olvidaran su nombre escribía alguna carta, recordando á sus correligionarios políticos que no transigieran en manera alguna con el gobierno, aunque se prolongase el martirio de los que como él estaban apartados de la *vida pública* y comiendo el *amargo pan de la emigración*.

Conque ya ves, lector, que hemos quedado como estábamos. ¡Hasta lo que se llama *vida privada* es vida pública! ¡Hasta el ostracismo y la emigración tienen cristales para que el público pueda verlos! No hay medio de estar á solas.





CUADRO XXXII

UN PUÑADO DE GENTE ESCOGIDA

Mírale bien y no me preguntes quién es, porque le conoces lo mismo ó mejor que yo. Le has visto llegar á su casa á las seis de la madrugada, sacudir á su criado un pescozón, ó dos, que otro ha llevado la cuenta, porque tardó en abrirle, y aun creo que sabes que salió de un casino: conque ya ves si tengo razón para decirte que le conoces. También tienes noticia de que al ir á su casa llevaba en el estómago dos platos fuertes, en el corazón muchas emociones fuertes también y en el bolsillo ni siquiera un peso fuerte: conque no sé para qué quieres saber más. El lujo con que viste te dirá el resto.

Si me preguntaras quién es aquel otro que sale de la misma casa y á la misma hora, con unas botas que no servirían ni para muestra de un zapatero remendón, y unos pantalones con más flecos que una bandera, y un sombrero sin sombra de haber sido nuevo nunca, y una capa que hace verdaderamente su oficio á la deserción de la camisa y de la chaqueta, y que aunque no es de mimbre como el esportillo que oculta, se mimbrea y se clarea por completo, ya sería otra cosa. Puedes creer que es un jugador que ha perdido su fortuna y hasta la de su ropa; un conspirador que ha jugado las vidas y haciendas de sus semejantes á tal ó cual albur político, y aun tenerle por un mendigo que ha dormido por caridad y sale á implorar la caridad para la comida. Pero mírale bien á la cara y no tendrás semejantes dudas.

Si fuera un jugador podría parecerse al casinista, y si saliera de conspirar tendría el semblante tan alterado y tan tenebroso como el de los otros. Las emociones del juego de la política y el temor de ver entrar á cada momento al agente de policía le tendrían tan inquieto como al jugador la idea de que venga la carta contraria. Y pensar en que es un pobre de solemnidad tampoco es posible; aquella cara solemnemente noble y resignada y tranquila y tan aseada como la ropa, que aunque rota no tiene una sola mancha, todo te dice que no es un jugador ni un conspirador ni un mendigo. Y como la cara es el espejo del alma, tampoco es posible pensar que aquellos reflejos vengan del alma de un usurero, ni mucho menos de la de un sabio; porque los sabios de hogaño son muy limpios y no temen, como temían los antiguos, que el agua y el cepillo les arranque la erudición, á pesar de que la tienen hoy prendida con los alfileres del homeopático diccionario enciclopédico, y entonces estaba claveada y aun remachada con largos infolios.

Si no has conocido que ese hombre es un cesante, que al cesar de servir al gobierno ha cesado de tener quien le sirva, y va el mismo á la compra, ó á la plaza donde compran los que tienen de qué y para qué, porque él escasea mucho de lo primero y se va acostumbrando á no tener necesidad de lo segundo, compadezco tu ignorancia.

Si no le conoces en este traje, menos le conocerás en el que se pone ó en el que se quita dentro de su casa, para recoser los zapatos de sus hijos y hacer un ciento de palillos para los dientes, entre otros tantos suspiros que lanza, no por las dentaduras que van á necesitar de su industria, sino por la época en que él comía y se mondaba los dientes, y la que espera que vuelva y le permita mondar otra cosa que patatas. Tampoco le conocerás cuando, más entrado el día, salga y entre más aseado, á ver si alcanza á ver entrar y salir en su casa y en el ministerio y en las Cortes y en el teatro al ministro ó al director ó siquiera al oficial de la dirección. Y por supuesto que de noche, cuando le veas correr por las calles, casi con el mismo traje que por la mañana, entrando y saliendo en muchas casas, se te figurará que va á pedir limosna, y no hay semejante cosa: observa el lío que lleva debajo del brazo y conocerás que anda repartiendo periódicos, en los cuales se anuncian nombramientos de todas clases, sin que el pobre repartidor logre ver entre ellos el suyo.

Y si no has conocido al cesante es casi imposible que conozcas al empleado ni al pretendiente.

Vente conmigo, y dando unos cuantos paseos por las calles de Madrid te enseñaré esos tipos y otros más.

Yo tengo tal práctica y tanta costumbre de verlos, que aunque cierre los ojos no los puedo perder de vista.

Voy á demostrártelo dejándomelos vendar, si me ofreces contestar con fidelidad á las preguntas que te dirija.

Pero ahora no me digas nada, porque oigo crujir seda y arrastrar blondas, y desde luego conozco que no le han costado muy caros ni los encajes ni los tafetanes á la persona que así los maltrata. Si alguna duda me quedara para saber quién es el que pasa, el olor del almizcle me dejaría convencido de que no me he engañado.

Es una mujer pequeña, de las que las gentes llaman del gran mundo para que á nadie le pese vivir en el mundo pequeño. Aunque te parezca que arroja sangre por la boca no tengas cuidado; las manchas rojas del pañuelo no son de los labios, sino de las mejillas; ha sudado y se han desteñido. Si parece blanca es morena, si tiene el pelo rubio es porque el suyo es negro, y si el talle es delgado y el abdomen mayúsculo es porque ella vale poco y los aceros y las crinolinas mucho.

No me digas que va sola, porque yo no lo creo ni ella tampoco; por eso vuelve la cabeza tan á menudo. Con la vista la acompañan casi todos los que pasan por la calle; con los pies algún vago, tal cual inexperto mancebo y á veces algún viejo que vuelve á profesar la inexperiencia; con el corazón no la sigue nadie.

Dejémosla que vaya sola y no hagamos caso de ese balcón que he oído cerrar con rabia.

No quiero preguntarte quién estaba allí, porque ya sé que era otra mujer; pero no del gran mundo, sino del gran tono, que está por encima de todos los mundos, incluso el sublunar y el mundo nuevo. Las señas telegráficas que mantenía con el poste de la acera de enfrente han sufrido un eclipse; se han interrumpido por el paso de un cometa entre las corrientes eléctricas. La dama del gran tono se ha incomodado con razón contra la mujer del mundo, porque por mirar á ésta se han perdido las señas que ella hacía.

No ha podido sonrojarse, y tenía motivo para ello, porque la sangre que se le podía subir á la cara es azul y la que le puso la doncella en las mejillas es como la grana; ni menos palidecer de ira, porque aunque es muy blanca, no es más que los polvos que tiene sobre el cutis; ni tampoco adelantaría gran cosa con arquear las cejas, porque desde muy temprano se las puso en el tocador bien arqueadas. Lo de cerrar el balcón ha sido lo mejor que ha podido hacer, hasta la noche en que el teatro, el baile ó su propia casa le ofrezcan ocasiones de expresar lo que no pudo dar á entender de día.

Las coquetas de estos tiempos no tienen más ni menos corazón que las de antaño; pero luchan con una gran desventaja, que es la de la fisonomía.

La mujer sigue siendo originaria de una costilla de Adán, que es por lo que el hombre tiene á cuestras todas las obligaciones de la casa; pero las caras que ahora se usan no son las mismas que antes se usaban. Tienen la ventaja, que no es poca, de estrenar cada día una distinta y aun la de tener varias en un mismo día; pero cada vez que han de cambiarla han de entrar y han de tardar en salir del tocador. Las inflexiones del semblante y la movilidad de la fisonomía han desaparecido. Una mujer, gracias sean dadas á la industria, puede recibir á su amante con la cara que más le acomode; pero una vez arreglada la fisonomía no puede mudarse la decoración. La mascarilla cosmética es perfectamente artística; pero aún no se ha inventado la manera de darla movilidad, cosa que sucederá de un momento á otro.

Por ahora ni se puede palidecer de repente, ni ruborizarse, ni desencajar la vista, ni arrugar la frente, ni erizar el cabello, ni casi agitar el pecho, ni menos aún soltar las lágrimas.

El regar cuando hay polvo, sólo puede hacerlo el ayuntamiento.

Ordinariamente son tres las caras que cada día pueden permitirse usar las señoras: una al levantarse de la cama; esta cara no la ve nadie, ni aun se la asoma al espejo por miedo de que quede allí estampada: otra al vestirse con cuidadoso descuido para ir á las tiendas y á las iglesias; esta cara puede ser una simple preparación para la última, porque no ha de enseñarse sino entre tules y blondas; y otra para el paseo para el teatro ó para los bailes, que aunque parecen una misma trinidad cosmética son tres distintos revoques. En cada uno de ellos han de tenerse presentes la clase y la cantidad de luz, y la distancia á que ha de hacerse la exposición, y la temperatura á que ha de exponerse la preparación, y otros detalles que, como secretos de tocador, si los sé los calló, y si no los conozco no los pregunto.

Si las mujeres no se falsificaran y muchos hombres no se pintaran y se retiñeran, el comercio y la industria recibirían un cruel desengaño. Habría necesidad de cerrar gran número de fábricas y de tiendas en la capital de España y en las de provincias. Siempre se ha dicho que á mal tiempo buena cara, y como no hay tiempo peor que los años que van pasando, hacen bien las mujeres en ponerle buena cara y los hombres no hacen mal en teñirse las canas y lucir las calvas, porque si es verdad que hay muchos burros canos, pero ninguno calvo, así pueden pasar por sabios, y aun por sabios jóvenes, que es la verdadera sabiduría.

Conque ya ves, lector, que aun con los ojos vendados conozco perfectamente los tipos de la sociedad moderna. ¡Figúrate lo que sucedería si los abriera de par en par!

Asusta lo que podría poner delante de tu vista aun sin el auxilio de

la doble antimagnética. Voy nada más que á permitirme entreabrirlos un poco para seguirte enseñando mis gentes.

Esos dos jóvenes que van dentro de ese carruaje, cruzados de brazos y sin pastañear ni mover los labios, no salen á la vergüenza pública por ningún delito que pueda deshonrarlos. La servidumbre no es un padrón de infamia, y ellos son criados del cochero, el cual los da de comer y de vestir y les paga un crecido salario para que se dejen pasear por las calles, llevando el uno el bastón y el otro la petaca del amo.

Ese otro señor y ese lacayo que van juntos dentro de un cesto, no van arrastrados á su pesar, como en otros tiempos iban las gentes, por pena infamatoria, ni han sido sacados del Manzanares, como Moisés lo fué del Nilo en un canastillo de mimbres, ni ese canasto es un cuévano de pasiega, sino un carruaje de los de última moda. Por supuesto que uno de los dos que van dentro, no el criado, sino el que va sirviendo de cochero, no es una persona cualquiera, sino un grande de España y á veces un alto funcionario del Estado; porque hoy día (esta es una de las mayores ventajas que tenemos) cuanto más grandes y más altos somos, más bajos y más pequeños parecemos.

La igualdad nos ha hecho á todos igualmente humildes.

Estoy seguro, lector, de que la primera vez que viste dos señoras solas dentro de uno de esos cestos se te antojó que eran dos costureras que habían tenido la humorada de poner unas ruedas al cesto de la costura. Tú no querrás decirlo, pero yo sé que lo habrás pensado.

¡Como piensas ahora que ese honrado *expendedor* de comestibles, y ese *tratante* en carbón y ese *suministrador* de vasos de vino han jugado juntos á la lotería y que les ha tocado el premio grande! Y no lo piensas porque ya desdennan llamarse tenderos, carboneros y taberneros, sino porque ves que, sombrero en mano, entra y sale en sus tiendas una porción de grandes señores, y que algunos de ellos van hasta allí y dejan á la puerta grandes carruajes, y te figuras que son los vecinos del barrio que acuden á felicitarles por su fortuna. Pero es porque no has pensado que aquellos comerciantes son electores y aquellos caballeros gentes que desean ser elegidos, el uno concejal, el otro diputado provincial y el otro diputado á Cortes. Al tendero le toca ahora recostarse en el mostrador y mirar con desdén al caballero y regatearle el voto que le pide y acaso no dárselo á ningún precio; al caballero, después de elegido, le toca recostarse en la mesa de la alcaldía constitucional ó en la sala de conferencias del Congreso y despreciar y negar al tendero cuanto le pida.

La amistad entre el elector y el elegible, por lo mismo que es demasiado íntima, dura poco tiempo. Se acaba cuando el uno deja de elegir y el otro es elegido.

Elijamos nosotros ahora otro tipo más constante: veamos el pretendiente.

A éste no le cura de su afición ni le priva de su oficio el desaire de un ministro ni el desdén de un director ni la grosería de un portero. La esperanza es una planta perenne, y el pretendiente es el símbolo de la esperanza.

Como su obligación es pretender, cuando consigue una cosa, desde ella pretende otra y no acaba nunca. Pero no hace una solicitud ni echa un memorial, que de este modo ya no se pretenden sino las plazas de secretarios de ayuntamientos y las de maestros de escuela en los pueblos de poco vecindario.

El papel sellado, que hoy se usa para todo, menos para los libritos de fumar y los encuruchos de papel de estraza, es inútil para pretender un destino. Guante blanco, bota de charol, frac negro y otras prendas análogas son el papel sellado de estos tiempos.

Pero estos elegantes no llevan á ver al periodista, al literato, al patriota y al estudiante, y de ese modo habremos de confesar que todos esos son pretendientes, lo cual no es cierto.

El primero no sólo no es pretendiente sino que predica contra la empleomanía y contra los empleados, y dice que el afán de los destinos hace imposible el desarrollo de la industria; y tanto se enfurece y tanto le irrita la idea de servir al ministerio, que éste en castigo le nombra gobernador civil ó director y hasta algunas veces le lleva á su propio seno; con lo cual ya ves que el periodista se resigna y recibe lo que le dan, pero no ha pretendido nada. Es un pretendiente negativo.

El literato, lejos de hacer un memorial pidiendo un destino, escribió una sátira contra los empleados y se la dedicó á su amiga *particular*, no amiga política (y esta distinción es importantísima), la esposa del ministro. ¿Qué culpa tiene él de que á los pocos días de esto le coloquen de oficial de secretaría?

Pues pensar que el patriota salió de su casa á otra cosa que á defender la Constitución y las leyes, sin ocuparse para nada de la ley de empleados, es un disparate. Si al volver á descansar, porque la lucha había sido larga, se encontró nombrado vista de aduana ó cosa menos fácil de ver y menos expuesta á hacer cegar, la verdad es que no lo había pretendido.

Y por último, si el estudiante se cuidaba más de aprender las arias de Verdi que los aforismos de Hipócrates, y en vez de medicina estudiaba música, él llevaría sus calabazas, y esto no es cuenta de nadie. A fe que él no pretendió otra cosa de la mujer del director de rentas sino que no desafinara cuando cantaba con ella una pieza concertante. El destino de oficial de dirección se le dieron porque les dió la gana.

¡Así te diera á tí, lector, ahora la de no encontrar malo del todo este cuadro, que no puedo continuar dibujando porque se me ha acabado el lienzo y no me caben más figuras!

Y el caso es que me quedan muchas más á la vista, por lo cual haré lo que el pintor de las once mil vírgenes, que puso en el fondo una cortina levantada, como si hubieran de salir después las que había dejado de retratar.

No hagas tú conmigo lo que hizo con el artista la persona que le encargó el cuadro; que después de haber ajustado las cabezas de vírgenes, chicas con grandes, á medio duro, ofreció pagárselas á medida que fueran saliendo.

Yo no te he dado vírgenes ni confesores ni mártires, pero tampoco te pido que me pagues ni las figuras que han salido ni las que han dejado de salir. Estas te las daré á conocer en otro cuadro.





CUADRO XXXIII

UNA SESIÓN ANIMADA

Dies iræ, dies illa.....
El día de las iras,
es día de tirarse las sillas.

Lo mucho que han abaratado las telas á consecuencia de los adelantos que han hecho las fábricas de tejidos, es la causa de que se haya encontrado un lienzo donde poder pintar este cuadro.

En tiempo de nuestros padres, en el AYER de esta historia, en que tan atrasada estaba la industria nacional, habría sido imposible hallar un pedazo de tela que sirviese para trazar el presente boceto.

¡Y qué mucho que hubiese tan poca facilidad de obtener un lienzo para semejante clase de pinturas, si hoy, después de pintado y concluído, dice el autor del cuadro que quisiera tener á la mano la esponja de la dignidad y de la vergüenza nacional para borrarlo, y dejar la tela como si nunca hubiera sido maculada! Pero no la ha encontrado ni al intento le ha servido la famosa *lejía parlamentaria*, que limpia, fija y da esplendor á las actas electorales, y convencido (por más doloroso que le sea el convencimiento) de que este cuadro es uno de los más indelebles del sistema, ha resuelto dejarle en la colección.

Nosotros, sin embargo, hemos cogido la brocha del sentido común, y

con unas cuantas gotas de patriotismo hemos borrado algunas figuras, en la confianza de que los verdaderos españoles no han de acusarnos por semejante profanación. Si en algo hemos pecado ha sido en no borrarle todo ó en no retirarle del museo, poniendo en su lugar estas palabras: *Está en la restauración.*

Pero nos hemos convencido de que la restauración es difícil, ya que no imposible, y no queremos mentir á sabiendas.

Dicho esto, digamos lo que desgraciadamente no podemos dejar de decir, si hemos de ir diciendo los dimes y diretes de la dicharachera locuacidad que algunas gentes entienden por parlamentarismo.

Para que el lector no nos acuse ni de exagerados ni de parciales ni de amigos ó enemigos del parlamentarismo, le repetimos lo que tantas veces hemos dicho y lo que terminantemente dejamos consignado en la primera parte de esta obra: «Nuestros cuadros están tomados al daguerrotipo, y cuando es fea la imagen que se reproduce en la plancha, es cosa segura que no fué hermoso el objeto que vino á retratarse.»

Diremos únicamente, con relación al presente cuadro, que la sesión que vamos á retratar no es una sesión ordinaria, de esas en que el número de diputados es tan exiguo que es preciso andar de celda en celda y en el refectorio y en los claustros tañendo el esquilón para que acudan á votar los que debieran asistir á saber lo que se está votando.

No diremos tampoco que es una sesión extraordinaria, porque lo extraordinario es, según el Diccionario de la lengua, lo raro, lo irregular, lo que no es común, y las *sesiones animadas*, como llaman los padres santos de la iglesia parlamentaria á la que es objeto de este artículo, no son sino muy regulares y muy comunes y hasta muy naturales, si posible fuera que la naturalidad fuese la madre de ciertas discusiones.

Lejos de faltar parece que sobran diputados, y no sólo hay gente en las tribunas y en los pasillos y en los corredores, sino que la plaza de las Cortes y todas las avenidas del edificio del Congreso están llenas de curiosos, que aplican el oído á las paredes exteriores del templo para ver si por las alternativas del ruido y del silencio averiguan lo que allá dentro está pasando. Refinamiento de la afición, ensayado con buen éxito desde muy antiguo en la plaza de toros por los que no pueden lograr asiento en los tendidos.

Tú, lector, no tienes que discurrir ni conjeturar desde tan lejos, y sin comprar un puesto de espera en la tribuna pública, ni buscar una papeleta para las reservadas, ni pedir al presidente que te mande acomodar en la *de orden* (pues dicho se está que el orden no puede dejar de tener allí su puesto), puedes entrar á ver la función desde el mejor punto de vista del templo.

Vamos á la tribuna de los periodistas, que allí nos harán un hueco donde, sin dejar de oír los ingeniosos comentarios que hacen los redactores de los periódicos, podrás ver y oír todo lo que pasa en la sesión.

Al principio creerás que no pasa nada, porque apenas hay treinta diputados en el salón, charlando y riendo mientras el secretario lee el acta, donde no se consignan las risas y las charlas del día anterior; pero algo pasa, algo va á pasar y algo está pasando.

Fija la vista en el reloj que para su acusación perpetua colocaron los parlamentarios frente á la mesa de la presidencia, y verás cómo se pasa el tiempo.

Es lo primero que pasa en las asambleas.

También pasa la lectura del acta y viene en pos de ella la fogosa protesta de un orador de provincia, de los que el vulgo llama *diputados de campanario*, porque no constan textualmente en el acta las palabras que dijo en la sesión del día anterior, y pide la lectura de varios artículos del reglamento y hace otras varias peticiones análogas, que todas pasan, hasta que el presidente quiere que se pase á la *orden del día*, y no lo logra porque un señor diputado pide la palabra.

—¿Para qué?—le dice el presidente.

—Para hacer una pregunta al gobierno.

No hay en el banco del ministerio nada más que un ministro, que se levanta y dice:

—Puede V. S. preguntar lo que guste.

Y el diputado preguntón se alza en pie, se arregla la corbata, se atusa el bigote, se limpia las narices con el pañuelo, escupe, tose, saca unos papeles del bolsillo, pone las manos en el respaldo del banco que tiene delante y dice:

—Señores: fiado en la indulgencia de la cámara, en la bondad del señor presidente y en la del ilustrado público que asiste á las sesiones....

El presidente toca la campanilla para advertir al orador que no le es lícito dirigirse para nada al público, y el diputado le interrumpe diciendo:

—Entraré desde luego en la cuestión, señor presidente; iba sólo á reclamar la indulgencia del Congreso, porque tengo gran desconfianza en mis facultades oratorias y porque no estoy acostumbrado á hablar en público.

—Limítese V. S. á hacer la pregunta que tiene anunciada —le dice el presidente.

Y el diputado, aturdido con tan prematuras interrupciones, se pasa el pañuelo por la cara, vuelve á toser y vuelve á escupir, y recorriendo con la vista el papel que no suelta de la mano, dice:

—No quiero ofender la ilustración del ministro de la Corona ni de los señores diputados remontando mi discurso al origen de los correos en España ni siguiendo paso á paso los grandes progresos que se han hecho en este importantísimo ramo de la civilización moderna; pero no puedo dispensarme de hablar un rato sobre lo inviolable y sagrado que ha sido siempre el secreto de la correspondencia. En tiempo de los fenicios....

Los pocos diputados que hay en el salón abandonan los escaños, y casi quedan solos el preguntón, el preguntado y el presidente que ha permitido la pregunta, y que al ver que el diputado no se apresura á hacerla, entabla conversación con los secretarios ó escribe alguna carta ó se distrae en cualquiera otra ocupación por el estilo, hasta que cansado de ver que el orador sigue hablando y citando leyes y recurriendo al papelito, toca la campanilla y maquinalmente dice:

—¡Á la cuestión, señor diputado, á la cuestión!

—Voy á la cuestión, señor presidente—replica el diputado.

Y sigue ensartando citas, y divagando á más no poder; dando lugar á que le aperciban diferentes veces, hasta que por último y cuando el presidente le amenaza con retirarle la palabra si no hace la pregunta, meneá la cabeza como protestando de la tiranía del presidente y dice:

—Pues, señores, el objeto de mi pregunta es saber en qué consiste que recibo con tanto atraso las cartas de mis electores, y algunas de ellas con señales evidentes de haber sido abiertas en la Administración de correos.... Y esto es un escándalo, esto es un mal de gravísimas consecuencias, porque atenta á la inviolabilidad del diputado y porque sienta un precedente funesto.... y....

—Ya ha hecho V. S. la pregunta—interrumpe el presidente.—El gobierno de S. M. contestará lo que crea oportuno.

—Es que deseo añadir algunas reflexiones, porque mañana se leerán mis palabras en España, en mi distrito, en Europa, y se dirá....

—No se dirá nada—replica el presidente;—yo no puedo dejar que V. S. continúe hablando porque me lo impide el reglamento.

—¡Que se lea el reglamento!—dice el diputado gritando.

—¿Todo?... ¡Qué horror!—dice por lo bajo el ministro.

—¡Estoy en mi derecho!—le grita el diputado.

—Yo estoy en el mío—interrumpe el presidente—rogando á V. S. que se siente.

—Pues conste que no se me deja hablar, y que aquí se ahoga la voz de un diputado de la oposición.

—¡Silencio!—grita el presidente agitando la campanilla.

Y tomando un aire más solemne y alzándose en pie, dice:

—Yo no puedo continuar en este honroso sitio, al que he sido elevado

por la confianza del Congreso, después de una acusación tan grave como la que me ha hecho S. S., mientras no se pregunte á los señores diputados si sigo mereciendo su confianza.

—¡Sí, sí!—gritan algunos de los muchos diputados que van entrando en el salón al oír que se trata de un *incidente animado*.

—Que retire las palabras—dice una voz.

—Que se escriban—replican desde otro lado de la cámara.

—¡Orden, señores, orden!—dice el presidente agitando sin cesar la campanilla.

Y los bancos se van poblando de diputados, y las gentes de las tribunas se acomodan bien en sus asientos y estiran el cuello y clavan los ojos en el salón para que no se les escape nada de la tormenta, que aunque no era la que aguardaban al ir allí, es un chubasco interesante, que por fortuna concluye retirando el diputado las palabras y contestando por fin el ministro á la pregunta con las siguientes brevísimas frases:

—No tengo antecedentes del hecho sobre que versa la pregunta; pero procuraré informarme y contestaré cumplidamente al señor diputado, á quién diré de paso que el gobierno tiene completa confianza en todos los empleados de correos.

Siguen á esas preguntas otras varias, sobre si es cierto lo que dice un periódico de que no se dará la paga á los empleados hasta el día 3 en vez del día 1.º y otras curiosidades por el estilo, y se anuncian otras interpellaciones, cuya contestación aplaza el gobierno, hasta que se entra en la orden del día, que es la continuación de la ley de reemplazo del ejército ó la de presupuestos ó la de enjuiciamiento civil.

Empieza á hablar el orador á quien le toca el uso de la palabra, y vuelven á quedarse los bancos desiertos, comenzando el cabildeo en los pasillos y en la sala de conferencias.

Gran parte del público empieza á disgustarse creyendo que no ha de tener lugar la sesión anunciada; pero los verdaderos inteligentes, los prácticos en el sistema y en los ardides parlamentarios, observan que el presidente habla con unos y otros, y que llama á un vicepresidente para que le sustituya en la presidencia, ó ven que no abandona el salón tal ó cual diputado de los primeros espadas, y se fijan en otras varias señales infalibles, y aguardan confiados la hora del tremendo juicio final.

Á mantener la esperanza llegan á las tribunas algunos pájaros de buen agüero en materia de tempestades parlamentarias, y pronto se sabe que están á la puerta del Congreso los coches de todos los ministros y el del gobernador civil y el del capitán general, y que hay mucha policía en la plaza de las Cortes, y por último que el jefe de la oposición está decidido á dar la batalla y el gobierno lo está no menos á arrostrarla.

Sucede muchas veces que el diputado que está en el uso de la palabra no oye rugir la tempestad, y sigue hablando sin saber el servicio que está haciendo á la oposición y al gobierno, dándoles tiempo para que revisten sus gentes y hagan prosélitos y templen las armas.

Otras, y es lo más frecuente, sucede todo lo contrario, y el orador habla y estira su discurso hasta que ve entrar en el salón á los ministros y á los diputados, decididos á que comience el *dies iræ*.

En este segundo caso todo está hecho; en el primero las conversaciones, las toses, las risas y otros recursos parlamentarios cortan el hilo al orador, y dice por fin el presidente:

—Tiene la palabra el señor ministro de Estado.

Y el ministro la usa para decir que el gobierno está dispuesto á contestar á la interpelación que anunció días pasados el señor diputado N.

El breve rumor que sigue á estas palabras es parecido al que produce la ráfaga de viento que arrastra el seco follaje de la pradera.

Es el movimiento de atención que hacen simultáneamente los diputados y los asistentes á las tribunas, mientras el jefe de la oposición pasea su vista por la Asamblea, anticipándose con una sonrisa la mitad del triunfo que espera alcanzar sobre el gobierno; y en medio de un profundo silencio da principio á su discurso con las formas más templadas y las palabras más benévolas y con las mayores protestas de que no quisiera tener que atacar al gobierno, de que todos los ministros son personas de su mayor estimación y de que ha luchado mucho tiempo antes de decidirse á cumplir con el penoso deber que le impone su cargo de diputado y los compromisos de partido.

Los ministros le devuelven afectuosos aunque un tanto irónicos movimientos de cabeza, y terminado el gratulatorio exordio, que es como si dijéramos llegada el *Avemaría* del sermón, el orador sorbe el primer trago de agua, vuelve á pasear la vista por los bancos, tose y escupe, dando lugar á que escupan y tosan todos los circunstantes, y entra por fin en materia.

Es el objeto de su discurso interpelar al gobierno por no haber publicado en la *Gaceta* ni dado cuenta á las Cortes de tres ó cuatro gracias concedidas á otros tantos diputados ministeriales, que deberían quedar sujetos á reelección por este motivo; pero esta es la quinta esencia de la peroración, que comienza por combatir el sistema de Hacienda y la amovilidad de los magistrados y el ejército permanente y la policía y los amaños electorales y todo el cuadro, en suma, de administración, todo el programa del gobierno.

El presidente toca diferentes veces la campanilla y llama al orador á la cuestión; y el orador, como hombre ducho y experimentado en las lides

del parlamento, pide perdón al presidente cada vez que éste le aperebe, y alude á la cuestión y vuelve á extraviarse y cita veintinueve nombres de otros tantos diputados presentes, que piden la palabra para alusiones personales, y la mayoría, la inmensa mayoría ministerial, se ríe constantemente y tose y hace mil esfuerzos por ahogar la voz del orador, que cada vez va siendo más potente y más atronadora.

—¡Conozco la táctica—exclama el diputado, dirigiéndose á los bancos de la mayoría,—pero nada me arredra ni me hará faltar á mis deberes! Reíd, señores diputados, cuanto queráis; pero tened presente que aún no se sabe quién será el último á reír. No lo seréis seguramente vosotros los que devoráis el presupuesto de gastos, mientras los pobres labradores y los contribuyentes todos llenan con su sudor las arcas del Tesoro.... Ni vosotros los que....

—¡Pido la palabra! ¡Pido la palabra!—gritan á la vez varios individuos de la mayoría.

—¡Orden, señores, orden!....—dicen varias voces á la vez, entre ellas la del presidente, que á ser el orden posible debería ser la única que resonara en la Cámara.

Y el orador, que se cruza de brazos mientras pasa la tormenta, vuelve á continuar su discurso á instancia del presidente, que le ofrece mantenerle en el uso de la palabra.

Oferta sumamente fácil de cumplir, porque el diputado puede usar de la palabra tan extensamente como le convenga; pero no les sucede lo mismo á los espectadores, que tienen derecho á oír y no oyen nada, sino un ruido infernal de voces, de risas y de campanillazos.

—¡Pido la palabra!—dicen los unos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones y como si pidieran cosa de más importancia.

—No hay palabra—replica el presidente.

—¡Pido la palabra!—vuelven á gritar con más fuerza.

—¿Para qué?—pregunta el presidente.

—Para una alusión personal.

—No hay alusiones personales.

—He sido aludido.

—No lo ha sido V. S.

—Sí tal.

—No tal.

—¡Silencio! ¡Orden!—grita el presidente, sacudiendo la campanilla sobre la mesa.

—Pues pido la palabra para una cuestión de orden.

—No hay orden—replica el presidente.

Y dirigiéndose al orador le manda que continúe, y éste lo hace desen-

cadenando á fuerza de alusiones picantes todos los sentimientos de los diputados; llegando el caso de pedirse que se *escriban tales ó cuales palabras*, como si todas ellas no hubieran de ser escritas, reescritas é impresas en cien periódicos.

Las tribunas, y con especialidad la pública, suelen tomar parte en la discusión, aplaudiendo ó significando por el contrario su desaprobación por medio de murmullos y de risas, y el presidente, convencido de que el orden debe venir de arriba á abajo, encarga á los celadores que conserven el orden aunque sea necesario despejar las tribunas; sistema un tanto radical y un tanto absolutista y un tanto contrario al axioma capital del parlamentarismo.

—A mí no me envanecen los aplausos ni me intimidan los murmullos —dice el orador,—y aun cuando viera suspendida sobre mi cabeza la cuchilla del verdugo diría la verdad, toda la verdad de lo que está pasando en España. Yo se lo debo al país y á mis amigos políticos, porque soy un diputado independiente que jamás ha pedido ningún favor al gobierno y que cifra todo su orgullo en no haber pisado nunca las antenas de los ministerios.

Estos arranques patrióticos traen consigo una nutrida salva de aplausos, que comienza en los bancos de la oposición y expira en las tribunas, reproduciéndose las voces y la baránda; hasta que conjurada de nuevo la tormenta y exaltado el orador con la ovación que acaba de recibir, continúa dirigiéndose al banco del ministerio:

—No muevan sus señorías la cabeza, señores ministros, con aire de lástima; yo no la necesito, no la deseo, no la quiero.... Diré más aún, porque no soy hombre á quien le duelen prendas.... Yo reto á cada uno de los señores ministros á que digan si me han concedido alguna gracia, si les he pedido alguna...., si me han visto jamás entrar en la secretaría.

—Pido la palabra—dice el presidente del Consejo, sonriendo.

—Pido la palabra—repite el ministro de Estado.

—Pido la palabra—añade el de Hacienda.

—Y yo.... y yo.... y yo....—repiten los demás ministros.

Y todas las miradas de la Cámara se fijan con aire de compasión en el preopinante, que, cambiando de tono y como si de repente le hubiera nacido la conciencia y hubiese encontrado la memoria, trata de resumir, trocando los tremebundos cargos de su discurso en levisimas reconvencciones, cuya benevolencia no es completamente rechazada por el ministro al levantarse á contestar al orador.

Pero esta réplica ya no tiene mérito, porque desde que el gobierno, por medio de su presidente, declaró que hacía *cuestión de gabinete* el asunto, se adivinó perfectamente el resultado de la votación.

Y en cuanto al verdadero interés que hubiera ofrecido la sesión si los ministros hubiesen contado con nombres y apellidos las gracias que para sus amigos había recibido el diputado independiente, conviene advertir que los ministros decidieron tomar en cuenta el *decoro del Congreso* desde que oyeron el epílogo del discurso, y todos renunciaron la palabra.

Unicamente tuvieron algún interés las explicaciones y los discursos sobre alusiones personales; pero es demasiado largo este cuadro para copiar en él las hojas de servicio y los lances domésticos de los diputados aludidos, y no queremos sacar á relucir todo lo que reluce en esos casos, dejando cada vez menos reluciente el sistema parlamentario.

Por otra parte, el autor de estos cuadros no es tan viejo que esté desengañado por completo, y aún tiene esperanza de que se mejore el sistema.

Ningún hombre público dice que profesa tales ó cuales *medios* ni tales ó cuales *finés*, sino que todos dicen que aman estos ó los otros *principios*. Y los principios siempre son penosos. Penosos y largos.





CUADRO XXXIV

LA CENTRALIZACIÓN Y LA ESPECIALIDAD

He aquí dos galgos que no sé á quién le ha ocurrido atar con una misma cuerda, cuando nadie puede ignorar que cada uno de ellos tiene distintas inclinaciones y que van á tirar hacia distinto lado.

He aquí, lector, una de las mayores contradicciones del siglo y uno de los grandes viceversas de la sociedad presente.

Con el tambor de la centralización y al grito de que la unión daba la fuerza, publicó el siglo la ley de las afinidades, declaró afines todos los caudales, amalgamó todas las rentas, dijo que éramos todos unos y que la igualdad no conocía sino una sola familia y un solo caudal y una sola renta. Más tarde, con la trompeta de la especialidad, ha publicado otra vez la ley de las afinidades, pero subdividiendo éstas hasta lo infinito, y en vez de gritar «¡Viva la unión!» ha dicho que nos desuniéramos, que cada mochuelo se fuera á su olivo y que recordáramos que Iriarte tenía razón cuando dijo

«que lo importante y raro
no es entender de todo
sino ser diestro en algo.»

En los primeros tiempos de esta era centralizadora faltó poco, tan poco que casi sobró algo, para que huyendo de la tendencia absorbente del absolutismo, cayéramos en otra absorción más absoluta y más des-

pótica. En nombre de la libertad y para mejor enseñar á los pueblos á ser libres, les hicimos esclavos de la centralización, empezando por suprimir el libre albedrío de las aldeas, declarándolas menores de edad y sujetas á la potestad de las villas; más tarde sufrieron éstas igual suerte con las capitales de provincia, y por último, la capital de la nación asumió todas las capitalidades, se declaró tutora y curadora de todas las gentes, recaudadora universal de todas las propiedades y maestra general é infalible y casi inapelable de todos los conocimientos humanos.

Creáronse centros administrativos, centros comerciales, centros políticos y centros de todas clases para toda especie de personas y de cosas, y quedó por fin establecida la verdadera centralización. Como hijos de una misma madre todos nos cobijamos bajo el manto de la madre Patria, y ésta nos educó, nos administró, nos recaudó y nos pagó todos los gastos.

La centralización nos presentaba comidos y bebidos, y nos daba ropa limpia y aun de vez en cuando nos dejaba algunos cuartos en el bolsillo para los gastos menudos é imprevistos. Todos trabajábamos para todos, y nadie hacía el vago de cuenta propia; que para eso y para mucho más habíamos proclamado la igualdad.

Así la centralización de los conocimientos humanos trajo consigo los sabios universales, la de los grandes capitales el capitalista monstruo, y el comercio, las ciencias, la industria y las artes, todos sintieron los efectos de la centralización.

Pero las leyes administrativas, que los centralizadores hicieron á su imagen y semejanza, fueron los verdaderos hornos de fundición de todo. Los antiguos municipios, que resucitaron locos de júbilo al grito de libertad, se volvieron al sepulcro espantados de la centralización, y aunque los centralizadores han solido llamarles alguna vez y parece que han vuelto, se han hecho los sordos y no han venido.

También ha solido suceder que á la hora de cobrar se acordasen de todos y á la de repartir se olvidasen de algunos, y que, contribuyendo todos por igual, no comiesen igualmente todos; pero esto ha consistido en las dificultades que naturalmente ofrece un sistema nuevo. Ibamos en busca del equilibrio social, y para que éste se restablezca es preciso que algo quede desequilibrado.

La verdad es que el furor de la centralización, que se hacía en nombre del principio de autoridad, pudo haber sido el principio del socialismo.

Afortunadamente sonó á tiempo la trompeta de la especialidad, y la ley de las afinidades empezó á entenderse de otro modo. No se ha hecho esta reforma en nombre de la descentralización, ni para nada se ha pensado en ella al proclamar la especialidad, pero estamos seguros de que esta prójima acaba con la centralización.

El comercio y la industria han sido los que primeramente han acordado no entender de todo, sino ser diestros en algo, y al efecto han creado las especialidades, dedicándose cada comerciante y cada industrial especialmente á distinta cosa; estando muy próximo el día en que para coser una camisa, labor que antiguamente hacía la propia mujer del que iba á usarla, se necesite el auxilio de seis industrias y el de otras tantas tiendas.

Ya hoy día tenemos una fábrica que posee la especialidad de los cuellos, otra la de los puños y otra la de las pecheras, y no nos falta otra que anuncie la especialidad en la confección de camisas sin puños, cuellos ni pecheras.

Hay carreras especiales, porque las ciencias han seguido el movimiento del comercio y de la industria, y también en ese ramo se van á hacer grandes prodigios descentralizadores. Antiguamente había pocas más carreras que la de San Francisco, la de San Jerónimo y la de baquetas que daban á los soldados en los cuarteles, y semejante abandono exigía un remedio; pero lo hemos tomado tan á pechos que cada día sale una carrera nueva. Y esto consiste en que el vapor, que es el motor del siglo, tiene los pulmones de hierro y no se cansa de dar carreras.

Le ha dado también alguna á las bellas artes, y éstas han creado sus escuelas especiales. Pero donde la especialidad ha hecho sus verdaderos milagros abriendo, no sólo carreras, sino hasta carreteras, ha sido entre los bibliófilos, los numismáticos y los aficionados á hacer colecciones de todo género de cosas desde los tiempos más remotos hasta el día. Estos son los que han abrazado la especialidad de todo corazón; éstos los que la llevan á un grado de refinamiento y de subdivisión tan exquisita que, andando el tiempo, para ver un traje completo del siglo XVI, por ejemplo, será preciso ir á casa de diez y seis coleccionistas.

El uno hace colección de golas y tiene todas las que se han usado desde que el hombre pensó en cubrirse ó adornarse la garganta; el otro hace lo mismo con los jubones ó con la capa ó con el calzón y las medias y los botones y las hebillas y las plumas del sombrero y las espadas. En este género hay quien reúne objetos curiosos y comete al clasificarlos y al exhibirlos errores muy curiosos también.

Los bibliófilos tienen su especialidad en libros de tal ó cual siglo, ó de sólo la primera ó la segunda mitad de uno de ellos, y aun dentro de estos períodos de tiempo los libros de un autor determinado ó los manuscritos de un personaje célebre. Y no falta rebuscador de libros que se contenta con sólo las tapas de ellos, porque su especialidad consiste en presentar las encuadernaciones habidas en el mundo desde que se introdujo esa industria librera, que tiene una antigüedad fabulosa.

No son tan escrupulosos los que forman colecciones de cuadros, aunque no deja de haber entre ellos algunos fanáticos de la especialidad.

Unos son ricos en Murillos, otros tienen una gran cantidad de Zurbaranes, y los hay también que tienen la especialidad en tablas buenas ó malas, ó en cobres, aunque muchos de ellos sean mamarrachos; y por último, aunque las obras que un pintor hizo en sus buenos tiempos valgan más, como es natural, que las que hizo cuando no sabía pintar, todavía hay quien ambiciona reunir estas últimas, y si alguien llegara á poseerlas todas sería tenido por una verdadera y envidiable especialidad.

Pero de estas aficiones utilísimas y que más ó menos subdivididas serán siempre de una provechosa enseñanza para la historia de los conocimientos humanos, hemos descendido cuanto nos ha sido posible, con objeto de que todos podamos ser coleccionistas, ya que no hay motivo de colección para todos.

Desgraciadamente, cuando se hizo la revolución política no nos habían dicho lo que era la ciencia arqueológica, y sin saber lo que hacíamos, porque de haberlo sabido resultaría que no lo habríamos hecho, derribamos, no con mano artística, sino con piqueta revolucionaria, los más preciosos monumentos arqueológicos. Y como no pensábamos ni podía ocurrirnos que cuando el siglo acabase de derribar tendría que pensar en reconstruir, siquiera fuese por no estar parado, redujimos á cascote menudo todos los materiales de los derribos y con ellos hicimos terraplenes para las carreteras y los ferrocarriles.

No podía darse mayor fraternidad entre las artes y la industria, ni ésta podía desear otro trono de más lujo que los despojos de aquéllas.

Y como derribamos de prisa y corriendo no tuvimos tiempo para ocuparnos de las obras de escultura ni de pintura ni menos de los libros que había dentro de aquellos monumentos. Las primeras salieron mutiladas, las segundas hechas girones, y los últimos desvencijados y muchos de ellos hoja por hoja. Entonces ni siquiera sospechábamos que había de llegar el día de las especialidades; y la centralización, que era la reina del siglo, se hizo cargo de aquellos restos de las pasadas grandezas humanas, y sin quitarlos el polvo del derribo ni curarlos las heridas de la piqueta los tuvo almacenados hasta que llegó el día de la restauración y de la especialidad.

El gobierno creó precipitadamente comisiones centrales y comisiones especiales para velar por la conservación de los monumentos del arte, y los que habían comprado por mayor las estatuas, los cuadros y los libros empezaron á restaurarlos, á clasificarlos y á irlos soltando uno á uno, porque ya habían aprendido que la abundancia y la concurrencia traen la baratura á los mercados.

Si la economía política hubiera venido al mundo español un poco más temprano, habríamos sabido esas cosas y otras más; pero no vino, y por eso vinieron las cosas como han venido.

La conservación de los monumentos arqueológicos, como por una parte está en manos de las comisiones y por otra en los terraplenes de los ferrocarriles, no nos da cuidado. Lo que ahora nos interesa es la conservación del polvo de aquellos edificios, del cacho de lienzo de aquellos cuadros, de las hojas de aquellos libros y del trozo de piedra de aquellas estatuas.

Nos enternece y nos affige, aunque al propio tiempo nos llena de entusiasmo, ver el respeto y la devoción artística con que el sabio coleccionista moderno guarda aquellos polvos de la centralización que le han traído estos lodos de la especialidad.

Pero ya hemos dicho que no todos pueden coleccionar estatuas ni cuadros ni libros, sino que es preciso que alguien piense en los muebles y en los cacharros y en otros objetos que, aunque intrínsecamente sean de poco valor, le tengan inmenso á los ojos de la historia. Estos coleccionistas, y entre ellos el alfarero, son los que tienen más mérito á nuestros ojos. Á él no le importa que la escudilla que acaba de adquirir sea la que sirvió á Jacob para llenarla de lentejas y comprarle á Esaú su primogenitura; eso le interesaría á un anticuario, y él es especialista. El quiere reunir todas las escudillas que ha habido en el mundo, y como una de ellas es la de Jacob, la busca y la compra á cualquier precio. Y si, como hemos indicado, es alfarero completo, esto es, que abraza la especialidad de los platos, la de las jícara y la de toda clase de cacharros de barro y de loza, tiene su casa llena de fuentes y jarros y jofainas, cuanto más sucias y más viejas y más rotas mucho mejor. Pero si dentro de esta especialidad tiene la de la loza ó la porcelana ó sólo uno de los ramos de cada una de éstas, en ese caso se limita á hacer la colección dentro de su especialidad, y si coleccionando tazas adquiere una jícara no para hasta que la cambia ó la vende al coleccionista jicarero.

Los ingleses, que son los verdaderos especialistas, tienen perfectamente deslindadas las especialidades, y como nosotros los tenemos por modelos especiales en estas especialísimas manías, estamos ya muy próximos á la perfección.

Así como desde el rango de las pinturas, de los libros y de las monedas se pasa á la de los objetos de barro ó de porcelana, así se descende desde éstos á las cosas más nimias y de menos valor: á aquellas que por sí solas no tienen valor alguno y que coleccionadas y reunidas pueden llegar á tenerle inmenso. Una esquila mortuoria, que el que la recibe ó la rasga ó la arroja al basurero, en manos del trapero no vale más que

un pedazo de papel cualquiera; pero reunida y cronológicamente conservada por un coleccionista de esquelas fúnebres vale cuanto se quiera pedir por ella. Sola no representa sino la fecha en que murió tal ó cual persona y el día en que la enterraron y el nombre del cementerio en donde descansan sus cenizas; pero reunida á todas las esquelas fúnebres de Europa por espacio de diez ó veinte años, vale casi tanto y á veces más que todos los libros parroquiales de esa parte del mundo.

El coleccionista de este género ó el de esquelas de boda sostiene una activa correspondencia con todos los impresores y todos los litógrafos de España y del extranjero, y no se desdena de dirigirse de vez en cuando á los curas y aun á los sacristanes y hasta á los conserjes de los cementerios para pedirles noticias y confrontar sus esquelas con las inscripciones de los sepulcros.

Los sellos del franqueo, que después que han sido inutilizados por las oficinas de correos parece que no sirven para nada; las etiquetas de los perfumistas y de los boticarios, y hasta los versos de las cajas de fósforos, todo tiene hoy un gran valor en manos de los coleccionistas.

Difícilmente al ir á arrojar cualquiera de esos papeles ú otros de menos valor se deja de tropezar con una persona que detiene el brazo y dice:

—Si usted me permite y no le sirve para nada este sello ó esta copla ó este marbete, lo recogeré para un amigo que *hace colección* de estos objetos y tiene ya reunida una gran cantidad de ellos.

Si la manía de las colecciones sigue el camino que lleva, está próximo el día en que no se podrán arrojar los huesos de las frutas, sino que habrá que guardarlos para el coleccionista de los de melocotón ó de cereza ó de albaricoque ó de pipas de *calabaza*; que no hay razón para que esta fruta deje de ser la especialidad de muchos coleccionistas.

En los ramos del saber humano hay, como hemos dicho antes, sus especialidades, y cada hombre tiene la suya; de manera que es preciso el concurso de muchos para lo que antes solía bastar y aun sobrar el de uno.

La especialidad de un orador es el exordio, la de otro es la argumentación, otro se distingue en los epílogos, y hay quien no sirve para otra cosa que para las réplicas; de manera que para hacer un buen discurso en el parlamento ó en el foro se necesitarían cuatro oradores. En medicina sucede otro tanto, y el enfermo que sufre más de una dolencia se ve perplejo sin saber si ha de avisar al médico cuya especialidad es el reuma, es decir, el acertar á curarle, ó las fiebres ó el dolor de costado ó cualquier otro padecimiento. Y en cuanto al vestido, ya hemos indicado en otro lugar de este libro que hay varias especialidades. Para vestir bien es preciso acudir á cuatro sastres por lo menos; al que posee la especialidad en el pantalón, al de los chalecos, al de las levitas y al de los fraques.

En suma, lector, ya lo has visto; la ley de las afinidades nos llevó en nombre de la centralización á formar de toda la nación una sola familia, y esa misma ley más afinada y en nombre de la especialidad va á hacer tantas familias como ciudadanos.

Por si sirve de algo, para contener esta nueva manía, digamos con el latino que *in medio consistit virtus*, añadiendo con el castellano que

«Si querer entender de todo
es ridícula presunción,
servir sólo para una cosa
suele ser falta no menor.»





CUADRO XXXV

LAS FUENTES DE LA RIQUEZA PÚBLICA

El que sea pobre sin su pan se lo coma y que no culpe á nadie por su miseria.

Si cuando pasaban rábanos ha habido algún español que no ha corrido á comprarlos, porque ignoraba que á la ocasión la pintan calva y que más vale un por si acaso que un quién pensara y un toma que dos te daré y pájaro en mano que buitre volando, nosotros lo sentimos, pero no podemos remediarlo.

Abiertas han estado y abiertas están aún las fuentes de la riqueza pública, y como todos los españoles somos iguales, á ninguno se le ha dicho que deje de llenar su cántaro.

La revolución empuñó la aijada de la economía pública, y cual otro San Isidro Labrador la sacudió sobre la tierra haciendo brotar los raudales de la riqueza pública. Millones de reales fontaneros salieron del canal del oro, y los españoles que tuvieron fe en el milagro corrieron á beber hasta quedar hidrópicos ú *orópicos* en las fuentes de la riqueza pública.

Por respeto á la igualdad civil y para evitar las preferencias, siempre odiosas, inventamos las subastas. Con ellas se han hecho inútiles los privilegios, y el que más da por la torta aquel se la lleva.

En otra parte de este libro hemos hablado ya del oro; pero como este siglo del hierro es tan rico, el oro nos sale al encuentro por todas partes.

Las gentes de AYER, que tenían arcas de agua, creyeron que con más razón deberían tener arcas de oro, y le guardaron, como aún lo guardan hoy algunas personas, primero en un calcetín viejo, luego en un talego nuevo y por último en un cofre; y si les parecía que corría peligro de fugarse, porque las fugas del oro son más frecuentes que las del gas, le metían en las entrañas de la tierra, sin que la tierra llegase á saber que estaba en estado interesante. Pero vinieron los hombres de hoy, y sin buscar las llaves de aquellos cofres ni mucho menos descerrajarlos, sacaron cuanto en ellos había, no contra la voluntad de sus dueños, que ya hemos dicho y no nos cansamos de repetirlo que la libertad no hace fuerza á nadie, sino tan á gusto de los interesados que se han comido las manos de gozo tras el interés que les ha dado su dinero.

La llave maestra con que hemos abierto todos los baúles y quebrado aquellas ollas viejas donde los viejos guardaban aquellas viejas onzas mejicanas, ha sido la imprenta periódica. El cuarto poder del Estado, á quien los demás poderes tratan como á un quinto y constantemente le están leyendo la ordenanza, ha sido el Moisés del siglo XIX. A su potente voz se han reunido las aguas perdidas en el seno de las familias, y convertidas en grandes raudales han hecho brotar las fuentes de la riqueza pública.

Después que el hombre hubo renunciado á la vida privada, el capital no podía conservar la suya. Disueltas las familias, era preciso disolver las fortunas. El oro, proclamado dios del siglo, no podía ser menos que sus adoradores. Los liceos, los círculos y los casinos tenían que traer consigo los bancos, las bolsas y las sociedades mercantiles. Si en los primeros se confeccionaba la política, en los segundos debía hacerse la economía, y he aquí el origen de la riqueza pública, la economía política.

Con esta ciencia en la mano hemos regenerado la sociedad. No en balde se quemó las cejas Schmidt para reunir y dar forma viable á los principios económicos, que andaban diseminados en las obras de los viejos filósofos, logrando que no se pudiera repetir aquello de que «se sabía dónde estaba el mal, pero que no se podía dar con el remedio.» El medicamento ha parecido. Say, Malthus, el ginebrino fundador de los sociales, el autor de los falansterios y una multitud de sabios economistas no han trabajado en balde para averiguar ciertas cosas, entre ellas la de el por qué los pobres no son ricos. Todo se ha averiguado, todo se ha corregido y el espíritu de asociación nos ha redimido por completo.

Las sociedades mercantiles, que son las hijas de ese espíritu, no pueden renegar de su abuela materna la economía política. Si ellas son las fuentes de la riqueza pública, su abuela ha sido la llave maestra que ha soltado esas aguas.

Veámoslas nosotros ahora extenderse por todo el ámbito de la tierra política para regar los sembrados económicos del positivismo matemático.

Huyamos de las sociedades secretas, porque se nos antoja un gran retroceso hacer misterio y hablar en voz baja de algo, cuando es público y se habla á voz en grito de todo. No queremos asociarnos ni siquiera para *defender los derechos del hombre* hoy que cada ciudadano tiene el suyo y el de usarle como mejor le parezca, y puesto que el trabajo es libre no iremos tampoco á la sociedad de la *Organización del trabajo*.

Nada de organizar ni de constituir ni de regimentar, que todo esto nos huele á comunidad de frailes y á gobierno absoluto. Somos libres y no queremos perder nuestra libertad en una sociedad secreta. Las mercantiles son nuestra pasión, y de ellas, no las *colectivas* ni las *accidentales* ni las *comanditarias*, sino las *anónimas*.

La sociedad anónima es la fórmula verdaderamente gráfica de este siglo en que los nombres han sido suplantados por los números. El retrato de un socio cualquiera le dará al lector la medida de la sociedad y de los demás socios.

Pero como no hay hombre sin hombre, si nos permites que te enseñemos dos socios, uno *que vaya* y otro *que esté ya de vuelta*, el cuadro será completo.

El primero, ya le conoces, es uno de aquellos primistas que embarazaban con sus intempestivas ofertas las primeras subastas de los bienes nacionales. La gran parentela que reunió, toda de primas, le hizo entrar en ganas de hacer una primada. Pujando al parecer por cuenta de un amigo, remató, sin que nadie le imprimara, por cuenta propia una de las mejores gangas de la primera extracción, y como el producto de ella le permitió llevar los pies en coche, pudo andar más aprisa y llegar de los primeros á las fuentes de la riqueza pública. Llenó con las de los conventos todas las vasijas que tenía en su casa y aun las que no tenía en ninguna parte, porque es fama que compró mucho á crédito, y se dirigió á otro manantial más productivo, se hizo contratista.

Los gobiernos, que tenían la obligación de velar por el bienestar de los pueblos, estaban aburridos porque no sabían cómo dar de fumar al paisano, de comer al militar y de vestir al presidiario ni dónde navegar al marino, y todas estas atenciones, que se llamaron *servicios públicos*, se adjudicaron en pública subasta. Tomó nuestro hombre de ellas las que pudo tomar; traspasó las unas, cedió las otras, interviniendo siempre en los tratos alguna prima, sin desdeñarse nunca de este parentesco, cosa que le honra sobre manera, y recibiendo con toda llaneza á todas horas las primas que se le presentaban, se hizo capitalista, y con su crédito y los capitales ajenos fundó varias sociedades anónimas.

LA EXPLORADORA, *sociedad para descubrir, denunciar y explotar todas las minas de España. Capital social, noventa millones de reales, dividido en cuarenta y cinco mil acciones de á dos mil reales cada una.*

EL LABRADOR ANÓNIMO, *sociedad consagrada al cultivo de todos los terrenos incultos de España é islas adyacentes. Capital social, cien millones en acciones de mil reales.*

EL SALVADOR DE LAS FAMILIAS, *sociedad de seguros mutuos sobre incendios, robos, hundimientos, tormentas, naufragios, vuelcos, disensiones domésticas y otros objetos análogos, como son el avinagramiento de los vinos, etc., á prima fija.*

Estos nombres y los de banqueros tan respetables ó más que el nuestro y tres ó cuatro títulos de Castilla y algún ex ministro entre los directores y juntas de gobierno de esas sociedades conmovieron á la sociedad, y el capital social de alguna de ellas se realizó en brevísimo plazo y aun con usura. Al primero que pidió acciones se le dijo que no había; al segundo, por favor especial y mandándole que guardara el secreto, se le dieron algunas, y á los que vinieron más tarde se les aseguró que estaban colocadas todas y que en Bolsa se cotizaban con 75 por 100 de beneficio, no sobre el capital desembolsado, que era un 25 por 100, sino sobre el nominal.

Al autor de la sociedad, como genio verdaderamente creador, no le gustaba estar donde todo estuviese ya creado, y apenas constituía la sociedad se salía de ella, no sin haber repartido á los accionistas un dividendo de utilidades aun antes de haber empezado las operaciones. La suya había sido redonda, porque había repartido entre sus verdaderos amigos, que no hay capitalista que no los tenga, la mitad de las acciones á la par y el resto lo había negociado en Bolsa con alguna ventaja, aunque no tanta como la que se contaba, á los amigos menos íntimos.

De este número es el otro socio que quiero retratar en este cuadro.

Mírale bien, lector, mírale bien porque le conoces mucho. Te le presenté más de una vez en la primera parte de esta obra, y aun presumo que su economía en el vestir, su inocencia en el jugar, su sobriedad en la mesa y su abstinencia en los gastos te hizo reir algún tanto. Entonces creíste, y no te equivocabas mucho al creerlo, que aquel pobre hombre iba á bajar al sepulcro sin haber gozado ni haberse divertido y dejando sus economías en onzas de oro y en lugar donde sus herederos no las tropezasen y donde no volviera á darles el sol hasta el día del juicio final. Pero te has engañado, lector, porque no ha sucedido lo que tú pensabas.

Cierto es que la idea de que los capitales se asociaran le asustó tanto ó más que las sociedades secretas, y se propuso que el suyo no tuviera más socios que sus propios ahorros y economías; y aunque los periódicos,

que cayó en la tentación de leer algunos, le decían que el capital privado no podía acometer grandes empresas ni producir grandes utilidades, siguió privando al suyo de todo contacto con los demás, hasta que los casos prácticos le convencieron de la verdad con que hablaban los periódicos. Vió á gentes que no tenían una peseta gastar muchas más que él que tenía tantas y vivir en grandes casas y pasear en elegantes carretelas, y aunque él no pensaba hacer semejantes disparates aunque llegara á ser más rico que Crespo, se decidió á hacer un ensayo de Bolsa.

En cuanto á comprar bienes nacionales, tenía demasiado presente lo que ocurrió el año 1824 á los que habían comprado en 1820, y se hizo el sordo á los anuncios de las subastas. Tampoco quiso comprar papel del Estado, porque la suerte de los juros y de los vales reales, tanto los consolidados como los no consolidados y los comunes, no le hacían muy aficionado á ese juego; pero en cuanto á las acciones de minas, que es por donde se decidió á pecar, ya era otra cosa.

«¿Qué se puede perder con tomar una acción por vía de ensayo?, llegó á decirse á sí propio. Lo más que puedo perder, añadía, es lo que dé por ella.»

Y discurría como el jugador que pone un duro á una carta: que si viene la contraria no pierde más que un duro, pero si trata de desquitarse puede perder todo lo demás.

Nuestro socio no quiso desquitarse, porque entró ganando. Las primeras acciones que compró las vendió al día siguiente con un 50 por 100 de ventaja, y como volvió á ver en su gabeta, no sólo su primera talega de oro, sino media talega más, se decidió á que las diera el aire á todas, y el amor que hasta entonces había tenido á los retratos de Carlos III en oro le puso en las acciones de minas y en las de sociedades anónimas y en toda clase de papeles litografiados y llenos de jeroglíficos.

Á las patentes de cofradías, únicas sociedades que hasta entonces había conocido, añadió las de socio de toda clase de empresas é industrias, y como ya leía además del *Kempis*, que no dejó de leer nunca, alguna obra de economía política, aprendió con tanta fe las ventajas de la acumulación de intereses y el interés compuesto y otras recetas mercantiles por el estilo, que si algo percibía de utilidades por sus acciones todo lo gastaba en otras nuevas, y se acusaba de haber tardado tanto tiempo en ser accionista y en cambiar el oro que nada le producía por un papel que le producía tanto. Le parecía imposible haber dudado que los hombres de tantas luces, que habían sabido inventar la del gas y la del fósforo, fuesen capaces de aumentar la producción del dinero.

Después que hizo justicia al siglo, se hizo accionista de minas, de seguros y de ferrocarriles, tenedor de papel del Estado y, en suma, posee-

dor de toda clase de papel de Bolsa. Baste decir que no tenía un real de plata en la suya cuando ocurrió el terremoto de las sociedades anónimas. Pero no ha consentido en vender ni una sola acción con quebranto, y aunque él pasa algunos, guarda como oro en paño, como guardaba el suyo, todos los papeles que adquirió en cambio de él.

Cuando las cosas se toman con fe no se van á dos tirones, y ni el primero de las sociedades anónimas ni el que después le han dado las minas le han desengañado. Sus herederos ni pierden ni ganan, porque probablemente habría dejado las onzas de oro donde nadie hubiese tropezado con ellas: conque más vale que la economía política las haya encauzado hacia las fuentes de la riqueza pública.

Ese socio pasivo que con tanta actividad fomenta las sociedades mercantiles, además de ser conocido del lector desde la primera parte, ha salido ya á luz en otros cuadros de HOY y no será éste el último en que figure.

Los fontaneros de la riqueza pública y los que acuden á llenar sus vasijas en esos manantiales son muchos más. Pero tantas veces va el cántaro á la fuente, que ha de quebrarse alguna, y las quiebras, amigo lector, son la moneda más corriente en este siglo de las corrientes de gas, de magnetismo y de electricidad.

Todo se quiebra como si todo fuera hecho del más quebradizo cristal.

El comerciante más robusto y más atlético se acuesta sano y bueno y amanece quebrado. Su casa, que á ti te parecía más sólida que el edificio del Escorial, quiebra de repente. Los carruajes con que corría la posta sin que jamás se les hubiese quebrado una rueda, aparecen en quiebra también, y en suma, todos son quebrados en esta época de la entereza y de la arrogancia. Y no creas que quiebran de mala fe ni en broma ni de mentirijillas, como dicen los chicos, sino que el quebrantamiento del comerciante quebranta y quiebra y hace pedazos á centenares de hombres y á millares de familias: ¡tanta es la verdad de la quiebra! La de la casa hace quebrar otras muchas, y es tal el estallido, que todo salta y todo se rompe como cosa frágil y quebradiza.

Pero ya te he dicho, lector, que mientras los economistas políticos no habían descubierto más que la primera parte de su ciencia, esto es, la de saber dónde estaba el mal, adelantamos poco en el camino de la bienandanza; para que ésta haya sido completa ha sido preciso descubrir dónde está el remedio.

Los médicos y los enfermos sin la botica no hubiesen servido de nada.

Ahora como la economía política además de los enfermos y los médicos ha encontrado los medicamentos, las quiebras son más sencillas y se

las puede conjurar más fácilmente. Se las ve venir, y cuando una casa va á quebrar se tapan las grietas, se dan en los salones unos cuantos bailes y mucha música, no para que se asienten y se duerman los cimientos, sino para que los inquilinos no oigan el crujir de la fábrica, y últimamente se apea la medianería, levantando á su inmediación otra casa con otra fachada y á nombre de otro propietario.

Si cuando vimos que se acababa el oro no hubiésemos creado el papel moneda, nos habríamos quedado sin una peseta; y si al irse concluyendo el papel y el oro no nos hubiera ocurrido inventar el crédito, habríamos muerto de hambre.

El crédito es la gran fuente de la riqueza pública.

Para que se seque es preciso que seamos tan torpes que dejemos llegar el día de la liquidación general.

Mientras el tendero de comestibles no le pida al parroquiano que le pague al contado el género que saca de su casa, y el almacenista por mayor no le diga al tendero que le satisfaga desde luego el valor de los artículos que le vendió á plazo, y al almacenista no le exija lo mismo el fabricante, y á éste no le reclame el Banco los fondos que le prestó para su industria, y al Banco no le pidan sus capitales los accionistas, que son ni más ni menos que los parroquianos del tendero de comestibles, no hay cuidado. La quiebra del crédito no llegará nunca.

Seguirán siempre abiertas las fuentes de la riqueza pública.





CUADRO XXXVI

LAS CARRERAS UNIVERSITARIAS

¿Quién te parece á ti, lector, que es el verdadero responsable de los azotes que te dieron en la escuela de primeras letras, de los tirones de orejas que te aplicó el dómíne, de las calabazas con que te regaló el profesor de filosofía y de los infinitos contratiempos que habrás sufrido mientras has cursado las universidades? ¿Crees tú que si Adán no hubiese tenido el mal gusto de aceptar una manzana de boca de una serpiente, habría leyes de instrucción pública ni planes de estudios ni ninguna de esas carreras que han dado los siglos en el gran hipódromo de la sabiduría humana?

Pues qué, si los padres de familia pudieran dejar á sus hijos la *carrera de San Jerónimo* con todos sus edificios ó la de *San Francisco* con todos los suyos, ¿habría quien se acordara de que había escuelas, colegios, institutos, universidades, fábricas ni talleres?

El trabajo es un castigo que Dios nos impuso por el pecado original, y he aquí demostrado que el verdadero autor de la instrucción pública es Adán, la causa de nuestra sabiduría una serpiente y el origen de esas grandes ciencias, con las que pretendemos asustar al mundo, una camuesa.

Y ya que por la gracia de Dios y la Constitución se han suprimido los azotes y las palmetas, y la letra no entra con sangre, como en otros tiempos, Adán y Eva pueden estar orgullosos de haber sembrado la manzana

que ha producido el árbol de la sabiduría; árbol que creyó dar opimos frutos en los tiempos antiguos, pero que nosotros hemos averiguado que no ha estado en sazón hasta nuestros días, y lo que es más aún, que no podrá en los venideros adquirir más frondosidad ni mayor madurez.

Y con efecto, lector, yo debo decirte, aunque me rechaces por parcial y me tengas por orgulloso, que la época presente es la única que está legítimamente autorizada para escribir á la puerta de sus universidades el *non plus ultra* que no pudieron grabar en sus pendones los pueblos de la antigüedad, que creyeron asustarnos dejándonos por única muestra de su civilización unos cuantos monumentos de piedra.

Si fuera posible que resucitaran los atrevidos autores de las pirámides de Menfis y les preguntásemos qué entendían por *estereotomía*, los haríamos volver á sus sepulcros, avergonzados de no saber ni siquiera el nombre del arte que enseña á cortar las piedras. ¡Ellos que cortaron tantas! Y no darían palotada en la *mecánica racional* ni en la *aplicada* ni en los *ejercicios gráficos*, y causaría pena oírles discurrir acerca de las matemáticas y de las ciencias naturales, y encogerse de hombros cuando les hablásemos de *derecho administrativo* y de *economía política*.

Aun en tiempos posteriores reprobaríamos á esos grandes genios que nos enseña la historia como otras tantas lumbreras de la ciencia. Cristóbal Colón no sabría qué contestar á las preguntas que le hiciera un simple guardia marina; Juan de Herrera apenas serviría para delineante en el estudio de un arquitecto, y los jurisconsultos, los filósofos y los médicos del siglo XVII llevarían calabazas con sólo que les preguntáramos lo que hoy contestan de coro los alumnos de *derecho mercantil*, los de *estética* y los *toxicólogos*.

Es indudable que las ciencias, las letras y las artes han llegado á su mayor apogeo, y trabajo les mandamos á los que vengan después que nosotros si han de inventar una nueva salsa para condimentar el alimento del espíritu.

En tiempo de nuestros padres la gran mesa de la sabiduría humana apenas pasaba de cuatro asientos, que constantemente ocupaban un teólogo, un militar, un jurisconsulto y un médico: algunas veces se ponía mesa aparte para el arquitecto, el boticario y el escribano; pero éstos no comían todos los días, y hasta se les permitía comer por su cuenta, donde y como les daba la gana. Dentro de las universidades sólo comían los cuatro primeros, y aun de ellos debemos eliminar al militar, porque éste, aunque entraba y salía donde más le acomodaba, no tenía obligación de asistir á las aulas. El eclesiástico, con el abogado á la derecha y el médico á la izquierda, era el que repartía los manjares con tasa y medida, como ha podido ver el lector en la primera parte de esta obra.

Pues bien: ahora, no sólo han pasado á la primera mesa los de la segunda, sino que se ha construído una gran mesa redonda, en la cual se ponen diariamente sesenta cubiertos para otras tantas ciencias y profesiones, y principalmente para las carreras especiales. Porque esto de la especialidad, como ya hemos dicho en otros cuadros, es una de las cualidades más distintivas de esta época desamortizadora.

Y si grande es la mesa de la sabiduría y muchos los cubiertos que caben en ella, los platos que se sirven son infinitos y los manjares sumamente variados. De las primeras entradas, ó llámense sopas del entendimiento, están obligados á comer casi todos los comensales; y sólo cuando ya todos los estómagos están á una misma altura de *psicología*, de *latín*, de *griego*, y de *francés*, y han tomado algunos sorbos de *moral*, y han picado en los encurtidos de la *retórica*, *poética*, *física*, *química*, *geografía é historia*, es cuando se permite á los convidados que dejen pasar en blanco ciertos platos y que cada uno tome del que más convenga á sus fuerzas digestivas y á sus inclinaciones literarias. Es decir, que el anfitríon no les obliga á comer otra cosa sino los platos que necesitan para hacerse *bachilleres en artes*. Después de esto, cada cual se hace servir los manjares que quiere, según el precio que ha pagado por el cubierto ó el que espera sacar cuando acredite que se ha sentado en mesa tan exquisita. Aunque para esto último más le valdría no ensuciar su estómago literario con los manjares que se sirven en el paraninfo de la universidad, porque fuera de ese comedor es donde se hallan los verdaderos cubiertos de precio, como vamos á demostrárselo al lector en las siguientes líneas.

Supongamos que un hijo de familia, por consejo de su padre ó por inclinación propia, se va derecho á la universidad y se sienta á la mesa de la jurisprudencia once años seguidos, pagando en los cinco primeros ochocientos reales y en los seis últimos cinco mil ochenta; y supongamos también que no teniendo paciencia para estar en su casa esperando á que acudan los litigantes en busca de su ciencia, pone ésta á disposición del gobierno, y éste la acepta y le nombra, no ya promotor fiscal, sino ministro del Tribunal Supremo: pues en este último caso, que es el gran caso de la carrera judicial, tendrá un cubierto de sesenta mil reales.

Supongamos ahora que ese mismo joven ó un hermano suyo equivoca el camino, y en vez de dirigirse á la universidad se va al colegio de infantería ó al de caballería, y después de tres años de estudios, sin que él vaya á buscar al gobierno, éste le busca y le da un cubierto de cinco mil cuatrocientos reales ó de seis mil y la esperanza de llegar, no á los sesenta mil del ministro del Tribunal, sino á los ciento veinte mil del capitán general, y por lo menos á los noventa mil del teniente general. Lo mismo pueden llegar á alcanzar, pero les cuesta bastante más trabajo, el

artillero y el ingeniero militar y el individuo de estado mayor y el marino; todos los estudios militares llevan á los cubiertos de sesenta mil, de noventa mil y de ciento veinte mil.

Las gentes del paraninfo universitario no sacan un paladar tan fino, y únicamente los teólogos, cuando arzobispan, pueden alcanzar los ciento sesenta mil reales; pero con este cubierto y con el de noventa mil que tienen los obispos se han de socorrer tantas bocas que no alcanza para nadie. Fuera de esta carrera, en ninguna otra se puede pasar de un cubierto de cincuenta mil reales, y ordinariamente los de este precio no se dan á los abonados al paraninfo, que todos suelen quedarse, y gracias si llegan, en veintiséis mil, que es el máximo del profesorado.

Pero nada de esto impide que en las mesas universitarias y en las de las escuelas profesionales reine el buen humor y la alegría y que se sirvan platos de verdadero lujo y manjares á los cuales no sabrían por dónde entrarles el diente los grandes hombres de la antigüedad. Lo mismo que hemos dicho antes de los griegos y de Colón y de Juan de Herrera, decimos ahora de Hipócrates y de Linneo y de todos los médicos, botánicos y químicos que ha habido antes de ahora. Ninguno de ellos sabría lo que era *zootecnia*, *fitotecnia* y *fisiografía* y *dacografía* y menos *docimasia*, ni nada en fin de lo que hoy constituye el abecé de las ciencias físico-químico-naturales.

Así hemos llegado á contar más de sesenta carreras y pronto tendremos muchas más, porque aún hay algunas en estado interesante, á pesar de lo muy fecundas que todas han sido dividiéndose y subdividiéndose hasta el infinito.

Desde *escribiente* y *delineante*, que no es mucha cosa, hasta capitán general de ejército, que ya es bastante, el hombre lo puede ser hoy todo; y un padre de familia que antiguamente si tenía cuatro hijos varones andaba con trabajo para educar al cuarto, á no ser que repitiese la carrera del primero, ahora aunque reuna veinticinco puede darles á todos distinto rumbo y todos de provecho.

Sin tocar en las carreras militares, que son nada menos que doce, ni llegar á las de facultades mayores, que casi son otras tantas, puede colocar sus veinticinco hijos con entera independencia los unos de los otros. La estadística, la telegrafía, las minas, la diplomacia, la diplomática, la náutica, la música, la pintura, la declamación, la escultura, el grabado, la arquitectura, la agronomía, los montes, los caminos y canales, el notariado, la veterinaria, las obras, el comercio, la agricultura y otra porción de enseñanzas profesionales y de estudios superiores le ofrecen diferentes carreras al efecto.

Esos sesenta y tantos caminos que conducen al templo de la inmorta-

lidad y á la mesa redonda no han producido igual número de planes de estudios y de proyectos de leyes de instrucción pública, pero los primeros cerca le andan y los segundos abundan bastante. Ya casi es una carrera el estudiar la que se ha de seguir y los reglamentos que hay que observar y las obras de texto que se deben adquirir; siendo preciso estar siempre con la *Gaceta* en la mano para ver si el nuevo plan de estudios ó la modificación que se introduce en el que rige obligan á desandar lo andado en tal ó cual carrera ó causan mayor perjuicio. También se publican en el diario oficial las listas de las obras que deben comprar los estudiantes; y en este punto sí que son dignos de compasión los padres de familia, no porque las obras sean malas, que esto aunque fuera verdad, y verdad que nosotros supiésemos, no lo diríamos nunca, sino porque jamás llegan á saber con certeza cuáles son las verdaderamente aprobadas por el gobierno.

Mientras compran tal ó cual *gramática*, parece que la *Gaceta* que la anuncia, el librero que la vende y aun el profesor que la manda comprar, todos convienen en que aquel es el libro que ha de servir de texto; más tarde, cuando ya la *gramática* se va familiarizando con el alumno y el alumno con ella, parece que la *Gaceta* y el librero y el profesor se engañaron; lo que se necesita es un *manual*, y tras del *manual* un *programa*, y por último un libro cada semana.

Mas, afortunadamente, que no hay mal que por bien no venga, los libros de texto están tan mal impresos y el papel es tan malo que se acaban por sí solos y pronto; es decir, que no hay que calentarse la cabeza en pensar dónde se guardarán tantos libros, porque á medida que se van comprando ellos solos se van deshaciendo.

Pero á bien que el estudiante no ha de echar de menos los libros cuando salga de la universidad, porque ni hoy día salen con tan poca ropa literaria como antiguamente, ni aunque salgan poco abrigados han de confesarlo por vergüenza que les dará el aparecer ignorantes. Cuando la ciencia era mayor de edad y no se la dejaba andar por el mundo sino fuertemente asida del brazo de la experiencia, no era deshonra el seguir estudiando privadamente, después que se habían acabado los estudios oficiales; pero hoy que la autoridad científica ha sido exclaustrada, como las demás autoridades, no es posible que el joven que mientras aspiraba á merecer la investidura de doctor disputaba con el catedrático, le trate de otro modo que de igual á igual, y gracias si no la da de superior cuando ha doctorado.

El estudiante de HOY no se parece por lo tanto en nada al de AYER; y lo mismo que ha cambiado por de fuera, trocando la raída sotana y el roto manteo por el rico pantalón de *patent* y el elegante gaban de *pilot*,

se ha transformado por dentro, creyendo que la autoridad del catedrático no es absoluta y que sus preceptos son problemas que debe discutir con sus discípulos. Pero esto es dentro del aula, porque una vez fuera de ella ya es otra cosa. En el casino, en el café y en la calle, el catedrático y el alumno son dos ciudadanos enteramente iguales, que disputan, que beben y fuman juntos, sin que haya entre ellos la menor diferencia.

Y en días de revolución, con la que tiene grandes simpatías el estudiante de todos tiempos, los catedráticos y aun los rectores han solido representar el papel de discípulos y éstos el de profesores. Pero en estos casos, cuando la nación ha padecido esas fiebres, que según ciertos autores revolucionarios son como las calenturas que experimentan los niños en las épocas de su desarrollo y crecimiento, se han solido cerrar las universidades, y cada cual desde su casa, sin profesor ni libro de texto, ha ganado el curso. ¡Y cuántas veces han ganado otras cosas más! Pues qué, ¿no se han abonado como años académicos los que se han empleado en hacer el ejercicio y en andar persiguiendo facciosos? ¿No se ha probado el curso de *derecho civil* mientras se ventilaba á cañonazos ese mismo derecho, y el de *anatomía* cuando se destrozaba á sablazos el cuerpo del prójimo, y aun el de *lugares teológicos* en tanto que se pretendía defender la religión con argumentos *ad hominem*?

Pero todas esas cátedras aparecen cerradas, por fortuna, hoy día de la fecha, y en cambio, ¡cambio felicísimo!, cada vez se abren nuevas carreras y se inventan nuevas profesiones.

Lo que hay de malo es que aún HOY como AYER se necesita estudiar mucho para saber poco. Dios querrá que MAÑANA sin estudiar nada se sepa todo. Es imposible que los metales, agradecidos á lo mucho que los hemos ennoblecido, no se pongan de acuerdo con los gases y los fluidos para inventar máquinas que rediman á la humanidad de la esclavitud de los libros y de la tiranía de los catedráticos.





CUADRO XXXVII

LAS CASAS DE BAÑOS Y LOS BAÑISTAS

Si viviera Aristóteles y siguiera en sus trece, sosteniendo que el agua era un cuerpo simple é indescomponible, ¿de qué vivirían en verano las empresas de diligencias, los ferrocarriles, las fondas, las casas de huéspedes, el fabricante de baúles y sacos de noche y tantas otras industrias como han creado las aguas minerales? ¿Y qué sería de los médicos directores de las casas de baños, de los bañeros y de tantas otras personas como viven de procurar que se lave y se *hidropatice* el prójimo?

Somos nosotros poco matemáticos y por eso no tenemos mucho de estadísticos; pero hay ocasiones en que no es posible prescindir del cálculo, y una de ellas es esta.

Supongamos que el agua siguiera siendo un elemento soltero, sin otro oficio que el de representar una de las cuatro patas que sostienen esta mesa redonda llamada mundo, y que no sólo se ignorara que es el matrimonio de dos gases, sino que no se supiera tampoco que es dulce, salina, termal y fría, y que dentro de estas clases de agua hay tantas especies distintas como son distintos los cuerpos extraños que se bañan en ellas, ¿quiere el lector que le digamos el número aproximado de personas y de cosas que en ese caso tendríamos de menos? Pues oiga.

Suponiendo, y suponemos corto, que sólo tengamos en España cien casas de baños minerales, tendríamos de menos esos cien edificios y sus cien mesas de billar; que son de rigor en cada una de ellas, y cien columpios y cien pianos, y cien juegos de bolos, y otros tantos de ajedrez, de

damas, de dominó y de tresillo; y ya con la baraja en la mano, sigan ustedes discurrendo juegos. Trescientas fondas, trescientas mesas redondas, cinco mil camas y otras tantas mesas de noche é igual número de cómodas, y treinta y cinco mil sillas y diez mil luces y cinco mil espejos y cinco millones de varas de lienzo en ropa de cama, de baño y de mesa.

Sobrarían cien médicos y cien propietarios de casas de baños, y trescientos cocineros y mil ochocientos pinches de cocina, y trescientos mayordomos y seiscientos camareros y cuatrocientos mozos de baño y otras tantas bañeras.

Y si con este trabajo estadístico penetráramos en las casas de huéspedes que se establecen alrededor de las aguas minerales y nos atreviéramos á ir á los puertos de mar, recogeríamos datos curiosísimos, con los cuales veríamos cuán conveniente ha sido que Aristóteles haya muerto, que la química se haya desarrollado y que la humanidad se familiarice con el agua hasta el punto de ir todos los veranos á atracarse de la de mar, de la sulfurosa, de la alcalina, de la ferruginosa, de la termal y de tantas otras como se han descubierto en estos tiempos en que lo único imposible es el estar oculto.

Mucho nos hemos enriquecido con las minas, pero el pueblo que no ha sabido descubrir en su término una fuente mineral no saldrá nunca de pobre. Si logra hacer creer que sus aires son puros y saludables, llamará algunos parroquianos, pero no serán muchos. Tomar aires no es tomar aguas.

Tomar aguas es lo higiénico, lo saludable y lo que, si Dios no lo remedia, ha de dar á esta generación una longevidad matusalénica. No hay más que leer los anuncios con que los propietarios de las casas de baños llenan las esquinas y los periódicos, al acercarse el verano, para persuadirse de que no hay enfermedad que pueda matar al hombre.

No dicen, como los perfumistas «no más calvos,» ni como ciertos vendedores de pastas pectorales «no más tos;» pero cuando se acaba de leer uno de esos prospectos de casas de baños, dicen las gentes para sus adentros: «Pues señor, no más jorobados, ni más paralíticos, ni más cojos, ni más tísicos, ni más enfermos de ninguna clase; el hombre que tome con constancia estas aguas, y no tenga el mal pensamiento de tomarse un veneno, no sabrá de qué morir, y si se muere será de viejo.»

Y ya que en las casas de baños está la salud, vayamos á ellas aunque sea á costa de un sacrificio; que nada es costoso cuando se trata de prolongar la vida y de gozarla sin enfermedades. Bien puede el lector aburrir ocho ó diez mil reales y venirse con nosotros á pasar unos cuantos días en una casa de baños. Si es soltero no tiene que dar cuenta á nadie, y si es casado es posible que tampoco, porque á su esposa le habrá ordenado

el médico distintos baños que á él y no podrán ir juntos. Y dichoso él si no tiene hijas de distinto temperamento que sus padres y á quienes convienen otra clase de aguas, ó si á él mismo ó á su esposa les han visto tres médicos distintos, y el uno, dando más importancia á las manchas de la oreja derecha, le ha ordenado aguas sulfurosas, y el otro, fijándose en el dolor del hombro izquierdo, le ha dicho que tome chorros termales, y el tercero, atendiendo al estado general, le ha indicado que los baños de mar son los únicos que le convienen.

Nosotros no hemos consultado con nuestro médico de cabecera, sino que hemos preguntado á un médico director de baños, para que imparcialmente nos dijera si nos convenían las aguas que estaban á su cargo, y nos ha dicho que sí; hemos tenido la suerte de tropezar de buenas á primeras con nuestra media naranja. ¡Cuántos andarán rodando por esos manantiales de salud sin hallar la suya!

Al apearnos del *faetón de los baños sulfurosos*, que no es ciertamente el carro aligero de la aurora, por más que hayamos madrugado para tomarle, nos reciben á la puerta del establecimiento los bañistas, preguntándose todos á la vez y en voz baja quiénes somos y ejerciendo igual inquirimiento con nuestros compañeros de viaje. Si hay cuartos desocupados nos dan la llave de uno, por cuyo número trocamos nuestro nombre y apellido al declarar el uno y el otro en el registro de salud que lleva el director administrador del establecimiento. Si no hay cuarto vacante nos dan un número en la escala de los excedentes y nos arreglan una cama detrás de una puerta ó en el descanso de una escalera ó en el pajar ó en una buhardilla, y allí, á la vez que tomamos un baño de intemperie, empezamos á tomar los baños de azufre.

A la hora de la consulta que diariamente tiene el director facultativo nos confesamos con él, haciendo primero un examen de conciencia con nuestra economía animal para ver donde anduvo más pecadora, y el médico empieza por prescribirnos el descanso de aquel día y el siguiente, marcándonos los vasos de agua mineral que hemos de beber, los días en que nos hemos de bañar, los chorros que hemos de recibir y los gases que debemos aspirar. Para cada una de estas operaciones nos señalan una hora y nos dan un número, y todo consta en la patente que nos expiden y con la cual nos presentamos de nuevo al director administrativo.

Y una vez reconocidos, numerados y matriculados nos sueltan en el establecimiento para que empecemos á ser uno de tantos entre aquellos variados huéspedes, que nos miran y nos observan con el mayor interés, adelantándonos cada cual y á porfía una sonrisa, como si pujaran entre sí la primacía en saludarnos y *hacer amistad* con nosotros, que es una hacienda importantísima en el hacendoso idioma moderno. Pero á pesar de que hay

entre los licitadores algunas damas, á cuyo favor adjudicaríamos desde luego nuestra persona, preferimos pagar con una sonrisa de esperanza las simpatías que prematuramente hemos despertado, y nos proponemos ver, oír y callar, un día al menos, para observar á nuestra comodidad el establecimiento de baños y los bañistas.

El primero, visto desde fuera, rodeado de ásperas montañas y con un jardín convaleciente cuyas plantas parece que han ido allí á buscar la salud y que no les han probado bien las aguas, se nos antoja una cartuja abandonada por sus antiguos huéspedes; interiormente, los pasillos con puertas á un lado y á otro, todas numeradas y con ventanas pequeñas, nos representan un establecimiento penitenciario del sistema celular ó una casa de locos; los bañistas en las primeras horas del día, unos maniáticos; á las horas de comer, unos locos alegres, y el resto del día, unos dementes furiosos. De lo cual resulta que el establecimiento, con las gentes que le ocupan, más tiene trazas de un manicomio que de una casa de baños.

Por la mañana temprano, casi de madrugada, se abren las celdas y van saliendo los huéspedes, el uno con bata y con gorro de dormir, el otro con chancas y capa, alguno embozado en la bufanda, y las mujeres, recogido el cabello (con canas ó sin ellas) en una papalina muy almidonada, el cuerpo encerrado, con aires de libertad, en una bata de muselina, y el pie mordiéndose las uñas para que nadie advierta que le está apretando la que parece anchísima chinela.

Ellos y ellas llevan un vaso en la mano y todos se dirigen hacia la fuente mineral á desayunarse con tres ó cuatro cuartillos de agua sulfurosa, y he aquí el primer síntoma de la monomanía.

—¿Cuántos vasos ha bebido usted ya?—dice un bañista á otro que da paseos precipitados y no está quieto un momento.

—Yo doce—contesta sin dejar de andar,—¿y usted?

—Aún no he podido beber más que dos, porque cada día me repugna más el olor.

Esto último ya no lo oye el paseante, que va y viene como otros muchos y sube y baja por los montes, echándose un vaso de agua cada vez que pasa por la fuente.

Las jóvenes, si aciertan á llegar al manantial cuando no hay gente, que rara vez tienen ese acierto, beben uno ó más vasos seguidos sin advertir el mal olor ni el mal gusto; pero si alguien las observa y ese alguien es joven, llevan diferentes veces el vaso á la boca y le retiran enseñándole los dientes, como si le dijeran al agua: «¡Rabia, que son demasiado bonitos para que me los pongas como una pajueta!», y pasean, no con la fe del que ha bebido los doce vasos de agua y que trata de beber

otra media docena, sino con la consideración que no pueden menos de guardar al calzado que les aprieta, al sol que ya empieza á calentar demasiado y á otras cosas que si entonces no se advierten podrían advertirse más tarde.

Esto no obsta para que algunas señoras suban y bajen las cuestas y den paseos por el jardín, haciendo la digestión del azufre al arrullo de tal cual galantería que les dirige el azufrado galán que las acompaña.

Más tarde, cuando después del desayuno empiezan á tomarse los baños y los chorros y las inhalaciones de los gases, se oyen las voces de los bañeros que gritan: «¡El 13 al baño; el 2 á la regadera; el 5, el 7 y el 8 al chorro; el 20, el 1 y el 4 á tomar el agua molida; el 14, el 40 y el 6 á los gases!»

Y estas voces se oyen repetidamente y van pasando los números conforme los van llamando, cuidando las mujeres, al retirarse á sus aposentos, de no hacer ruido y de pasar misteriosamente para que nadie vea la palidez que sacan del baño ó el color de remolacha que les puso el chorro ó las calvas que les descubrió la regadera.

En el cuarto de la inhalación de gases se establece una verdadera tertulia, y aunque todos sorben de vez en cuando y aspiran la atmósfera en que les obligan á vivir una hora por lo menos, el número 14 borda unas zapatillas, el 6 y el 40 juegan al ajedrez, el 39 escribe unos versos en la cartera, el 3 lee una novela y el 2 echa una siesta.

La campana del comedor abrevia todas esas operaciones, y allí acuden todos los números á ocupar el que les está marcado y señalado en la silla y en la servilleta, que es el mismo que tienen en el cuarto, en la cama, en la toalla y en todos los objetos que forman el árbol genealógico de cada bañista.

El médico director del establecimiento preside la comida, y como el cocinero sabe que *in presentia medici nihil nocet*, se cuida poco ó nada de la calidad de los manjares, no se detiene á identificar los cadáveres del conejo ni de la liebre, y si algún pescado se detuvo demasiado en el camino, lo carga de pimienta, luchando así á brazo partido con el agua sulfurosa.

Por supuesto que á las horas de comer es cuando debe observar una casa de baños el que quiera formar de ella una idea agradable y consoladora; porque es tal el efecto de las aguas, que todos comen con apetito manjares fuertes, y beben buenos tragos de vino, sin que se pueda sospechar que hay un solo enfermo.

La comida se reposa en el billar y en las salas de juego, y la digestión se hace bailando y jugando á los bolos y en otros ejercicios higiénicos. Raro es el día en que no se dispone alguna expedición al pueblo que dista

de los baños una legua ó á otras aguas minerales que están de allí legua y media, y para estas expansiones del buen humor y de la alegría se cuenta en primer lugar con el ser más triste y más grave de la creación, con el más serio y más sesudo y hasta más filósofo de todos los seres, con el humilde, el resignado, el modesto y estoico burro. Y no se cuenta con él como se cuenta con el pavo para matarle de una vez noblemente con un cuchillo, sino para molerle á palos, llenándole de baldón y de oprobio.

Se piden tantos burros cuantos son los números de la casa de baños que forman parte de la expedición, y cada bañista toma el suyo y le corre por los campos, que besa más de una vez, gracias á que el burro, sin perder su serenidad ni importarle nada de los palos que ha de costarle la broma, arroja por las orejas al jinete. Y no parece sino que cuando acabada la diversión emprende el trote hacia la cuadra ó la pradera, se va riendo en sus adentros de lo magullado que queda el reumático que fué á curar sus dolores á los baños, ó de lo mucho que ha irritado la sangre al que pensaba dulcificarla con las aguas minerales.

A la broma de los borricos sigue un baile que, aunque improvisado, no por eso deja de estar muy concurrido, y las pobres señoras que han ido á las aguas minerales á curarse de sus dolencias se visten como si no les doliera nada, se desnudan los hombros, se cargan de flores y lazos la cabeza, y entonces es cuando suele empezar á comprender el padre de familia por qué no quiso su hija tomar aquel día el baño de regadera, y sospecha el marido si por presentarse descotada diría su mujer que le irritaban demasiado los chorros que le mandó el médico tomar en la espalda.

Algún dolorcillo y algún ¡ay! lastimero anda por tal ó cual aposento de la casa de baños; pero con el ruido del piano y la polca íntima, no se oye nada; concluyendo el pobre enfermo que ha ido de buena fe á tomar las aguas por obedecer la ley de las mayorías y acudir al baile á sonreirse entre dolor y dolor para ver si logra echarlos fuera, aunque se los tome alguno de los que bailan.

También se canta, porque á las casas de baños va gente muy escogida y de muchas habilidades, y algunas veces, mientras en la sala de juego andan las barajas en manos de los jugadores de naipes, en el salón del baile mueven las cartas los jugadores de manos. Siendo tales y tan variadas las diversiones en esos establecimientos, que si resucitaran las gentes de antaño y en medio del olor de azufre que despiden las aguas viesan ciertos juegos diabólicos con que se entretienen los bañistas, creerían estar en el infierno. Porque no es sólo física recreativa la que allí hace el gasto, sino que ciencias muy serias y muy profundas prestan también su parte bonita para solaz y entretenimiento mutuo de aquellas gentes, de las cuales apenas hay uno que no tenga una habilidad.

El uno es magnetizador y se encarga de hacer dormir á dos ó tres señoras; el otro entiende de sonambulismo y las da un poco y á veces hasta un mucho de lucidez magnética; rara vez falta un evocador de espíritus que traiga á la reunión veinte ó treinta personajes del otro mundo, y por último tampoco falta, sino que casi siempre sobra, algún discípulo de Gall que se preste á dar una sesión de frenología; de esa ciencia que en manos de los médicos no sabemos si ha servido de algo, pero que en poder de los aficionados ha divertido mucho, y que si MAÑANA la cogen por su cuenta los comadrones y las amas de cría podrá ser de una utilidad incalculable: se verá venir á los sabios con la anticipación necesaria para mandarles tejer una espuerta de coronas; los criminales se cazarán en agraz; los tiranos morirán en flor, y á los que tengan muy desarrollado el órgano de la *acometividad* y de la *destrutividad* se les pondrá donde no puedan acometer ni tengan nada que destruir.

Hoy por hoy anda la ciencia de Gall y de Spurzhein en poder de los aficionados, y preciso es confesar que es un entretenimiento curioso, del cual habríamos hecho un cuadro especial si no temiéramos abusar de la paciencia de los lectores.

El frenólogo de la casa de baños es un frenólogo recreativo, por más que tome un aire serio y grave y dé á sus palabras un tono sibilitico, y cuando agarra entre sus manos la cabeza de una joven y alza la suya al cielo, mientras busca protuberancias y chichones entre el rizado cabello de la niña, hay en su figura y en su mirada algo de solemne y de terrorífico.

—Esta es una cabeza pindárica—dice después de haber palpado detenidamente á la joven.

Y todos los circunstantes se miran asombrados, los unos por no haber entendido lo que quiere decir y los otros por haberlo entendido de sobra. Y entre estos últimos están los padres de la niña, que saben que si no hace versos pindáricos, al cabo y al fin hace versos.

—César no tendría una cabeza mejor organizada que ésta—dice el frenólogo al reconocer la de un joven, que entusiasmado declara que, *con efecto*, él es militar.

—Predomina la *adquisitividad*, el *cálculo numérico* y la *secretividad*—dice al registrar las abolladuras del cráneo en el de un viejo comerciante.

Y así continúa examinando las cabezas de todos, absteniéndose de dar su opinión en algunos casos, como si su horóscopo hubiera de ser funesto á los interesados; los cuales quedan sorprendidos con lo que han visto, porque aunque todos ellos saben de memoria el *Don Quijote* y recuerdan bien las escenas de la venta, no pueden creer ni aciertan á sospechar que el frenólogo haya tomado para su ciencia las noticias que

maese Pedro tomaba para su mono al llegar, no á las casas de baños, que entonces no las había, sino á las ventas y mesones.

En los baños de mar también corren las barajas y la física recreativa; pero como los bañistas andan diseminados en las fondas y en las casas de huéspedes, no se les puede ver como los hemos visto en este cuadro.

Y no se crea que es un sentimiento de pudor el que nos impide llegar á la orilla del mar á ver á las mujeres entrar en el agua, porque van tan honestamente vestidas que bien podríamos darlas el brazo y bañarnos con ellas. Todo lo que se desnudan de medio cuerpo arriba para ir al teatro y de rodilla abajo para pasear en el campo, luciendo el zagalejo y algo de pierna y toda la bota, se tapan y se abrigan el pecho, el cuello y la cabeza y aun los pies para bañarse.

De lo cual resulta, lector amigo, que cuando veas que una señora se viste mucho cubriéndose de pies á cabeza, inclusas ambas extremidades, debes volver la cara y hasta cerrar los ojos, porque es señal infalible de que va á entrar en el baño, y que cuando observes, por el contrario, que se descubre el pecho, enseñando medio mundo y parte del otro medio, desnudándose los brazos como si fuera á representar el papel de Norma y metiendo su cuerpo entre gasas como si hubiera de volar, has de abrir los ojos cuanto puedas, porque todo aquello se expone para ser visto.

Aquella señora no se va á bañar ni á dormir; se va á bailar.





CUADRO XXXVIII

CIEN VISITAS POR DOCE REALES, Ó LA AMISTAD
EN CARTULINA

Una despensa estrecha y lóbrega y sin más ventilación que el aire que pueda entrar por el agujero de la cerradura, unos dormitorios sin aire y también estrechos y lóbregos, un despacho con poca luz, un gabinete de labor obscuro, un comedor donde se coma á tientas y una cocina donde no se vea lo que se guisa son piezas de que no carece ningún habitante de la corte, á menos que no quiera subir un centenar de escalones en busca de la luz y en la seguridad de hallarla, sin perder la estrechez y demás condiciones del moderno alojamiento humano. Pero al lado de esos aposentos, mal ventilados, un tanto reducidos y poco alumbrados, se encuentra en todas las casas un gran salón con dos gabinetes colaterales que ocupan los dos tercios y algo más de la superficie del edificio, que monopolizan toda la luz y todo el aire y que tienen á su disposición todos los balcones de la fachada principal. Estas habitaciones, que son las que dan tono y las que determinan la categoría del cuarto y el valor del inquilino que le ocupa, no faltan en ninguna de las casas de la corte. Verdad es que en ellas no se alojan ni el jefe de la familia ni la mujer ni los hijos, pero se guardan los muebles de más lujo y las alhajas de más precio que hay en el cuarto.

¿Qué importa que la señora de la casa dé á luz al primogénito de la familia en la obscuridad de un estrecho y pobre dormitorio y sobre un

modesto catre de hierro, si en la alcoba principal que da vista al gabinete hay luz de sobra y en el estucado de las paredes se reflejan los dorados de una gran cama que costó cuatro mil reales y cuya colgadura y adornos valen otro tanto dinero? Y si el padre de la criatura se afeita en un rincón obscuro, reproduciendo su imagen á trozos en un espejo de doce pulgadas, hecho otros tantos pedazos, es porque no quiere hacer uso de la magnífica luna veneciana, de dos varas de alto por una de ancho, que llena la fachada principal de la sala, ó en la no menos lujosa que se ostenta sobre la chimenea del gabinete, ó en el gran espejo de vestir que usó la señora en la primera semana del matrimonio.

También la rica alfombra que cubre el pavimento de la sala y del gabinete es más blanda que la estera de pleita que se ve en las demás habitaciones, y mejores y más cómodas las sillas de muelles que las sillas de Vitoria, y sin embargo, en éstas se sientan para comer y para reposar la comida y para trabajar ganando el sustento, y en aquéllas, como que son huéspedes de la sala y del gabinete, ni se sientan ni las usan para nada. Y á mayor abundamiento, para que la luz no se vaya tragando las tintas del raso, del terciopelo y de la moqueta, cubren las sillerías con una funda de lienzo y las alfombras con un paño de lienzo también, además de ponerle al sol una barrera de persianas y otra de muselinas bordadas y un transparente y grandes colgaduras de damasco. Con lo cual toda la luz que pagan al casero á más de diez reales diarios el metro cúbico, viene á convertirse en una obscuridad parecida á la que reina á todas horas en el interior de la casa.

De noche se alumbran en las piezas interiores con un quinqué y hasta con un velón manchego, pero en la sala y en el gabinete hay dos magníficas arañas de cristal y bronce, con más de veinte bujías cada una, que no se encienden nunca para que los muebles puedan conservar el sueño, sin que los despierte la luz ni el ruido que anda por el resto de la casa.

He ahí, lector, lo que son esas piezas *de recibo* en todos los cuartos de la corte, desde la habitación del empleado que tiene doce mil reales de sueldo y doce hijos, hasta la del espléndido capitalista que no tiene hijos que mantener, pero que puede testar por valor de doscientos millones de reales.

El primero se afana y se quita de la boca algo de lo necesario para la vida por ahorrar veinticinco duros, y gracias si empieza por ahorrarlos, no para ir formando un capital para cuando al hijo le toque la suerte de soldado ó la hija le pida una cama matrimonial, sino para comprar un espejo y más tarde una mesa consola y luego una alfombra y una silla. Estos depósitos de muebles de lujo que forman el *estrado* de las casas son la carta nobiliaria de cada inquilino, el blasón de las familias, las

tierras y los majuelos que privan del pan y del vino á las gentes de la clase media, obligándoles á tener alojados con toda holgura los muñecos de china y las figuras de bronce que adornan las mesas y las rinconeras de la sala y del gabinete, mientras ellos, que son más delicados que el bronce y la porcelana, viven con estrechez y tropezando los unos con los otros en el resto de la casa.

Pero todos estos sacrificios que se impone el habitante de la corte, vi- viendo con hartas incomodidades en la cuarta parte de la habitación que paga á no escaso precio, tienen un fin noble, elevado y digno, que no po- demos menos de aplaudir. El amor al prójimo es el móvil de todas estas estrecheces y de todos aquellos despilfarros. Y no el amor al prójimo como le recomienda y le prescribe la doctrina cristiana, esto es, tratando el hombre á su semejante como á sí mismo, sino tratándose á sí mismo mal y al prójimo muy bien.

El estrado es para las visitas, para los amigos que nos honran moles- tándonos en venir á vernos, y es natural que las piezas que aparejamos para recibirlos sean dignas de las gentes que nos favorecen y adecuadas al gran favor que en ello recibimos. La hospitalidad es una gran virtud, y esta sociedad, que no deja de ser virtuosa, es en extremo hospitalaria. Lo es tanto, que no sólo se privan los dueños de la casa de disfrutar por sí propios ese gran lujo de que hablamos y esas comodidades á que nos referimos, sino que ni siquiera se atreven á ofrecérselas y á dejar que las gocen sus amigos y sus conocidos. Aun esos grandes estrados les parecen mezquinos y pobres para recibir en ellos las visitas.

Después de haber empeñado sus rentas para comprar espejos, alfom- bras y divanes, no se determinan á que nadie se mire en los unos, pise las otras y se siente y descansen en los últimos.

Esas grandes casas sólo sirven *para no estar en ellas*.

Se tiene un gran recibimiento por sólo el placer de decir que *no se recibe*.

La aplicación que de la ciencia del Dr. Hahnemán hemos hecho á las visitas, ha suprimido las personas inventando las tarjetas. Un glóbulo de cartulina es todo el bálsamo de amor y de cariño que damos á nuestros semejantes.

A doce reales el ciento venden los litógrafos las tarjetas, y con esa su- ma se puede estrechar la amistad con cincuenta matrimonios, ó conser- var las relaciones con cien amigos solteros.

Antiguamente, en medio del estrado, en que sólo en días solemnes se recibían las visitas, había un modesto velador con una enorme vasija de cristal llena de agua, dentro de la cual vivían y coleaban una docena de peces de colores. Ahora hay también un velador de gran lujo y otra vasija

de cristal, de porcelana ó de bronce, pero sin agua, en la cual vive perpetuamente el cariño de los amigos de la casa, representado por trescientas ó cuatrocientas tarjetas.

El consumo de estos pedacitos de cartulina, cartas de la baraja moderna que llamamos amistad y cariño, es extraordinario, y ninguna persona medianamente relacionada con el mundo puede dispensarse de repartir dos mil quinientas ó tres mil tarjetas al año; lo cual supone un gasto de ochocientos ó mil reales, atendido el valor de las tarjetas y el de los sobres en que se envuelven y el de los sellos con que se envían, francas de porte, por el correo interior.

¡Pero qué vale ese dinero comparado con el tiempo que se perdería haciendo esas visitas personalmente y deteniéndose en cada una de ellas á felicitar los días del santo y las Pascuas, sorbiendo una copa de moscatel y engullendo un par de bizcochos! Además de que cuando uno recibe una tarjeta puede poner mala cara y murmurar del que la envía, y cuando éste lo hacía en persona era preciso sonreirse y hacer otros varios fingimientos que ha hecho de todo punto inútiles la aplicación de la homeopatía al trato de los hombres.

Gracias á este invento, dos *amigos íntimos* pueden serlo por espacio de muchos años sin haberse conocido jamás.

Ejemplo al canto, porque á mí me gusta dar estas cosas cantadas y rezadas y en todos los tonos posibles, para que si la posteridad se toma la pena de leer estos cuadros sepa bien lo que era el gran tono en estos tiempos entonadísimos.

Se casa una señorita de las que llaman de la clase alta, y es de advertir que poco menos hace la de la clase media, con un joven de su clase ó un viejo banquero, que aunque *in facie ecclesiae* el matrimonio es lo mismo, el segundo es más positivo que el primero; y los padres (de la niña, se entiende, que los del banquero serían viejos y se morirían) acuden á la cartulina, y en un gran trozo de ésta y con grandes letras doradas dan parte de la boda á sus amigos, diciéndoles dónde viven *los novios*, esto es, los que empiezan á llamarse así el día que han dejado de serlo. Los que reciben la tarjeta apuntan el nuevo matrimonio en el libro de visitas, que es un libro de rigor en toda casa rigorística, y dicen tres ó cuatro meses después que es preciso ir *á visitar* á los novios, porque los padres *les dieron parte de la boda*. La parte fué el cacho de cartulina.

Salen de su casa con un tarjetero bien provisto y una larga lista de las visitas que *piensan hacer*, y apenas llegan á la primera sacan dos tarjetas, se las dan al lacayo para que las suba y las deje en la habitación sin preguntar si están ó no en casa los señores; y así, sin apearse del coche, recorren las casas de los demás amigos, mientras en las suyas hacen con

ellos otro tanto. Resultando muy frecuentemente que el novio y los amigos de su esposa han cambiado entre sí cincuenta ó más tarjetas en el espacio de cuatro ó cinco años sin haberse visto una sola vez.

Cuando ya se tiene alguna más confianza no se sueltan las tarjetas sin preguntar por la salud de los amos de la casa, sino que se le encarga al lacayo que pregunte, ó lo hace uno por sí propio, si los señores reciben; y como de antemano se sabe que van á decir que no, que *no reciben*, se tiene en la mano una tarjeta, la cual hace una cortesía al criado, doblando su espinazo de cartulina, aunque se parta por la mitad el escudo de armas que es de rigor en esa moneda corriente de la amistad moderna.

Tras de estas visitas de cumplido, que gracias á los adelantos de la época hace ya con rara perfección cualquier criado de confianza, llegando con su persona á dar á entender que la de su amo fué á la casa del amigo, hay otras de más etiqueta que se hacen de acuerdo con el litógrafo, por supuesto, con la estanquera y con el cartero. El primero da la tarjeta y el sobre que la cubre; la segunda el sello de dos cuartos con que se franquea, y el otro la lleva á domicilio para dar una enhorabuena sin poner la cara alegre, un pésame sin afligirse y una felicitación de días sin despegar los labios.

El día de año nuevo, que es el gran día de la cartulina, todo mortal se entretiene en hacer listas de amigos, de conocidos y de cuantos nombres llegan á su memoria, por medio de la *Guía de forasteros* ú otros repertorios análogos, para regalar á cada prójimo, no un pavo, que eso costaría mucho y se acabaría pronto, sino una tarjeta, que cuesta menos y dura mucho más.

Cuando se tiene noticia de que un amigo está enfermo, y esto se sabe por los periódicos mucho tiempo antes de que suceda, no se le dice al criado que vaya á informarse del estado de su salud, sino *que vaya á dejar una tarjeta* y á poner el nombre de su señor en la gran lista que hay en el portal de la casa, encabezada con estas palabras: *No se recibe*.

Si el enfermo deja de serlo porque la enfermedad tiene mala terminación, también se le encarga á otra tarjeta que dé el pésame en nuestro nombre, y también la tarjeta hace su cortesía en el portal ante el consabido *no se recibe*.

De manera, lector, que como te he dicho antes, después de estar todos medio arruinados y un tanto reducidos por tener esos grandes recibimientos, *no se recibe*.

Y sin embargo, me dirás que esos estrados son algo más que unos almacenes de muebles, porque tú has recibido varias esquelas de convite diciéndote que tal ó cual señora *recibe* el día tantos ó cuantos y que además los periódicos anuncian que la marquesa de A.... *abre por fin sus*

salones á la elegante sociedad de la corte, y como tú eres de esa sociedad y de esa elegancia querrás que yo lo sea y que te lleve á verlo todo; pues allá iremos, pero no en el presente cuadro.

Nos quedan aún varios bocetos que ir desenvolviendo en esta segunda parte, y se halla entre ellos el gran cuadro de la colección, ó como si dijéramos, el *pasmo del siglo*, y en él tendrán su puesto la *revista de salones*, el *baile de trajes*, la *revista de Madrid* y otras muchas cosas de las que acaso haya extrañado el lector que aún no le hayamos dicho nada.

Todas ellas cabrán dentro de un periódico que estamos retratando valiéndonos de la fotografía, y que presentaremos al público sin dar en él una sola pincelada, sin quitar ni poner nada de cuanto arroje de sí el original.

Del mismo modo que respetamos la originalidad del *Diario de Avisos*, sin atrevernos á enmendar un solo anuncio, procederemos con el periódico, dejándole en libertad de vestir á la francesa, aunque sea, como es, de pura raza española.





CUADRO XXXIX

LAS PETACAS PRODIGIOSAS

¿Qué buscas, lector, qué buscas con tanto empeño, que no contento con calarte las antiparras y encender un fósforo, sacas unos anteojos de teatro y ensanchas la vista como si fueras á caza de la felicidad? ¿Por ventura has hecho caso de los lamentos de los periódicos, que dicen un día si y otro no, casi en francés, que se ha perdido el castellano ó que han desaparecido los sentimientos religiosos ó que se ha extraviado la buena fe ó que ya no hay moralidad y que la vergüenza ha tomado las de Villadiego? ¿Ó quieres hallar la cuadratura del círculo para que te den algo por decir que la estás buscando, ó el movimiento continuo ó la piedra filosofal?

¡Pues para filosofías estamos ahora, lector de mi vida! ¡Y filosofías de piedra nada menos, cuando sabes que hemos suprimido el pedernal y hemos inventado los fósforos y los pistones!

¡Ea! Quítate los anteojos, y no te hagas el disimulado, que yo ya sé lo que buscas con tanto empeño. No buscas la felicidad de los demás, sino la tuya propia. La caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y tú tienes caridad de ti propio. Estás enfermo y buscas un médico; te lo he adivinado; pero del modo que le buscas no le encontrarás nunca.

Tú sabes, y haces bien en saberlo y Dios te conserve semejante sabiduría, que la homeopatía es la ciencia infinitesimal de la razón médica, y supones que el médico homeópata ha de ser la ciencia infinitesimal tam-

bién de la humanidad; es decir, un glóbulo de hombre, y por eso le buscas como si hubieras perdido una perla, y no hay semejante cosa. El médico homeópata no es la vigésimanona dilución del extracto acuoso de los seres racionales, sino un racional entero, más grueso por cierto que otros muchos racionales porque el racionalismo moderno cree en su doctrina y le mantiene con holgura para que la predique con éxito, y aun le lleva en carruaje para que vaya á todas partes á predicarla y hacer ejercicios prácticos de ella.

Se acabó el tiempo de los apóstoles descalzos. El siglo del ferrocarril niega las doctrinas de los predicadores pedestres, y ni siquiera le tolera al médico que use su antigua mula de paso, ni que la trueque por un caballo, ni que enganche éste en un cabriolé, sino que le pide una berlina y dos yeguas normandas. El verdadero homeópata, el aventajado discípulo de Hahnemán va en posta predicando los milagros de la flamante escuela liliputiense, y no necesitas ni el telescopio para verle venir ni el microscopio para reconocerle cuando haya ya llegado.

Arrojemos por lo tanto los cristales graduados y los vidrios de aumento, y en vez de abrir los ojos para ver, cerrémoslos á la evidencia. La fe no era patrimonio exclusivo de los hombres de AYER. También HOY podemos creer y creemos en muchas cosas, sin que seamos, como fueron nuestros padres, unos pobres fanáticos, sino que somos, por el contrario, unos nobilísimos é ilustrados creyentes.

El no haber gastado toda nuestra credulidad en el sonambulismo y en los milagros del *medium* y en la evocación de los espíritus, nos permite creer, y creer con fe ciega, en la homeopatía. En este siglo, esencialmente humanitario, no podía faltar la esencia de la humanidad; y he ahí el regalo que nos ha hecho el doctor Hahnemán, extractar la ciencia de curar hasta reducir todas las farmacopeas y todos los recetarios á menos hojas que el Catecismo del P. Ripalda, encerrando en una petaca toda la anaquelaría y todo el botamen de las antiguas oficinas de farmacia.

El fluido magnético hacía necesario el fluido médico, y después de haber metido la luz en el botón de una cerilla fosfórica, era indispensable encerrar la materia médica y la materia farmacéutica en un cañamón. Los que creyeron en la chispa eléctrica no podían dudar de la chispa médica. Nosotros, á Dios gracias, no dudamos de los prodigios de esas petacas maravillosas, ni de los hombres que con ellas andan por esos mundos resucitando Lázaros. La duda está en el seno de las familias, sin que la sociedad, que ha sacado de ellas las risas para fundar los casinos y las lágrimas para hacer los grandes almacenes de coronas fúnebres, se haya decidido aún á recoger esa verdadera calamidad para verla á la luz pública y resolverla de un modo más ó menos satisfactorio, pero magistral

y absoluto: con una fórmula matemática, digna del siglo de la estadística. Pero como este reloj infalible de los tiempos modernos no se ha tomado aún el trabajo de subdividir en tres ó cuatro grupos distintos las casillas de las defunciones, sólo sabemos el número de éstas, sin que podamos averiguar cuántas personas perecieron tragando glóbulos, ó comiendo ruibarbo, ó bañándose en agua fría, ó á solas con la calentura y la Providencia, que es la muerte que llegará á ponerse de moda si continúa vigente el sistema de las negaciones médicas.

Antiguamente cuando un individuo cualquiera veía perturbada su salud, no tenía otra cosa que hacer sino guardar cama y dieta y arroparse para sudar; y si sudando y no comiendo se iba empeorando, avisaba al médico, le enseñaba la lengua y ya no se cuidaba de enseñarle ninguna otra cosa: el médico sabía todo lo demás. El enfermo y sus parientes entregaban su albedrío al Esculapio, y éste, declarando en estado de sitio la cama y la casa con todas las personas que había en ella, ejercía libremente su sagrado ministerio. Consultábanle, cuando mucho, si el enfermo podría tomar la tierra del pozo de Santo Domingo ó la mixtura de las monjas Teresas ó el bálsamo de las Capuchinas; encendían, sin consultarle, la vela bendita, y colgaban en la cama tres ó cuatro escapularios, pero obedecían ciegamente y con entera fe las prescripciones del médico, y la esperanza no les daba tiempo para dudar. Ahora, por el contrario, la duda entra en las casas antes que el médico, y se coloca en la almohada del paciente, y entra y sale en el ánimo de todos sus parientes y amigos para atormentarles y afligirles más que la misma enfermedad.

La medicina alopática, la homeopática, hidropática y la expectante son los cuatro medios de salvación que se le presentan al pobre enfermo para que elija el que más le agrade, y todas ellas, especialmente las tres primeras, tienen en la casa sus parciales.

En vez de hacer sudar al enfermo, sudan y trasudan los sanos disputando con ardor en un consejo de familia que se celebra incontinenti para decidir el método de curación que conviene adoptar.

—Yo no tengo duda—dice el primero que habla;—*para esta clase de enfermedades, la alopátia.*

—No digas disparates—le replican;—precisamente si para algo sirve la homeopatía es para *estos casos.*

—Pues señores, yo en *situaciones como estas* he visto grandes resultados con la hidropatía.

—¡Qué disparate! ¡Conque está titiritando de frío, y le ha de venir bien un baño de agua helada!

—Ya se ve que sí, porque así se produce la reacción. ¡No es mejor un baño de agua fría que una cucharada de agua clara!

—¡Poco á poco!—replica el hahnnemaniano, como si él fuera el mismo Hahnnemán.—¡Cuidado con repetir esa vulgaridad de que los medicamentos homeopáticos no son otra cosa que agua clara!

—Agua clara—dice el hidrópata sonriendo—con una ilusión de azúcar y una sospecha del medicamento, que se le quedó entre los dedos al boticario en los primeros enjuagues.

—¡Conque es decir, que niegas la infinita divisibilidad de la materia?

—Lo que yo niego es la homeopatía.

—Ya, pero la niegas porque no crees que los medicamentos subdivididos hasta lo infinito puedan conservar sus virtudes primitivas.

—¡Cómo quieres que crea en sus virtudes, si lo que creo es que no existe el medicamento! ¡Si no lo veo en ninguna parte!

—Pues en ese caso, niega el eco de un cañonazo porque no te da en el oído un pedazo del cañón ó del proyectil. Pero es inútil que nos cansemos; para curarse por la homeopatía se necesita mucha fe y vosotros no tenéis ninguna.

—¡Es decir—interrumpe el alopático, que había callado hasta entonces,—que el medicamento no está en los glóbulos, sino en la fe! Pues en ese caso decidle al enfermo que tenga fe en Dios, que vale algo más que todos los homeópatas y todos los médicos.

—¡Ea! Haced lo que os dé la gana—dice el hahnnemaniano;—llamad á un alópata para que le saque la sangre y le abraza á cantáridas y nos revuelva la casa y nos ahogue á todos con la asafétida y las demás drogas.

—Mejor será que por miedo á los malos olores y á la incomodidad de curar las cantáridas dejemos que se muera el enfermo.

—No tal; yo no lo hago por eso; pero sólo la limpieza de la homeopatía y lo poco que incomoda al enfermo y da que hacer en las casas debía hacerla preferible.

—Para los que creen en ella, aun cuando fuera más molesta y más sucia que la alopátia, indudablemente. ¡Vaya una razón convincente que nos has dado, la de que es más limpia y más cómoda!

Y así, mientras al enfermo le va invadiendo el mal los parientes disputan ó regañan y no deciden nada, aun después de haber consultado al enfermo, hasta que por último resuelven llamar á un doctor *in utroque*, á un médico ambidiestro, de esos que llevan la lanceta en una mano y la petaca en la otra, que son la mitad de Dios y la mitad del diablo, y que considerándose parciales para dar su voto, consultan á las familias y se lavan las manos como Pilato después de haber indultado á Barrabás.

El doctor anfibio, como lleva su doble ciencia en coche de dos caballos, llega pronto á casa del enfermo, y si éste se halla en disposición de hablar, antes de tomarle el pulso y de hacerle sacar la lengua le pregunta

á quien quiere que le suelte, si á Jesús ó á Barrabás. Á boca de jarro le descerraja esta pregunta:

—¿Es usted alópata ú homeópata?

—Yo soy un enfermo que quiere curarse pronto y bien—contesta el paciente;—y si he de decir á usted la verdad—añade temblando,—no tengo opinión formada en esta materia; me parecen..... iguales ambos sistemas.

—Á mí también—replica el médico;—pero usted es quien debe elegir el método que le inspire más confianza.

—Yo.....—dice el enfermo esforzándose por sonreír—el que usted crea que me cura más pronto.

—Para eso los dos sistemas son iguales, y con cualquiera de ellos es pero poder combatir el mal.

—El que moleste menos al enfermo—dice uno de los que le rodean.

—En ese caso emplearemos la homeopatía—interrumpe el médico, sentándose á la cabeza del enfermo.—Me alegro de que se decidan ustedes por este sistema, que es el verdadero; yo apenas hago uso del otro, y no lo abandono por completo porque en algunas casas aún tienen la manía de asistirse alopáticamente.

—Y si conoce usted que es una manía y tiene tan fuertes razones para renegar de la ciencia en que ha hecho todos sus estudios y que está en práctica hace tantos siglos, ¿por qué no renuncia usted por completo á ella y trata de ilustrar la opinión pública para que desaparezcan esas manías?

Esto le dice uno de los parientes del enfermo, y el doctor ambidiestro, revistiéndose del carácter sacerdotal que debió haber usado desde el principio, contesta secamente que no está allí para discutir con nadie sobre tan graves materias, y volviéndose al enfermo le intima de nuevo la rendición y queda definitivamente adoptada la homeopatía.

La mayor parte de los parientes se salen de la alcoba afligidos y llorosos como si ya hubieran visto muerto al enfermo, y aunque algunos dicen que la homeopatía no puede hacer mal ni bien, otros creen que mientras tanto la enfermedad hará progresos, y que para tales medicinas expectantes valdría más suprimir los médicos.

El doctor entretanto saca de la consabida petaca maravillosa un tubo de cristal, lleno de anisillos casi invisibles, y pellizcando tres ó cuatro de éstos, los echa en un vaso de agua clara (no sin haber olido primero el agua, el vaso y la cuchara que le presentan para desleir aquellas tres ó cuatro aprensiones de substancia farmacéutica), mira al enfermo con el vaso en la izquierda y el índice de la derecha en el entrecejo, y dice á la familia que cada cuatro horas den al paciente una cucharada de medicamento. El medicamento es el contenido del vaso.

Encarga bajo penas severísimas la dieta de todos los cinco sentidos, especialmente la del olfato, prohibiendo toda clase de olores, y recogiendo la petaca homeopática, saca la de los cigarros, enciende uno y soltando el olor del tabaco vuelve á recomendar la prohibición de los olores.

Los enfermeros observan religiosamente los preceptos del médico, regañando con la cocinera porque ha dejado escapar de la cocina el olor de los guisados, tapando las rendijas de los balcones por si revienta en la calle algún pozo de aguas sucias, arrojando todos los botes de las pomadas y los jabones de olor, dejando secar los tientos para que no suelten perfume las flores y adoptando otras precauciones análogas.

El enfermo, por su parte, se tapa de vez en cuando las narices porque suña y cree que huele sus propios humores, y aplica con frecuencia el oído hacia el reloj por si éste se para y pasan más de las cuatro horas en que ha de tomar la cucharada. Y así se cura ó se empeora ó se muere, que no es de nuestra incumbencia el estar á su lado todo el tiempo que dure la enfermedad, ni ver si el médico, que empezó por darle glóbulos invisibles, acabará por hacerle tragar píldoras como balas y le aplicará cataplasmas y otros medicamentos de color, olor y sabor pronunciados.

Si llega este caso se recrudecerá la guerra en la familia, porque mientras los partidarios del *similia similibus* llevarán su amor propio hasta el extremo de ocultar que se han usado semejantes medicinas, los amantes del *contraria contrariis* dirán, como si les pesara de la mejoría del enfermo, que *no tiene gracia* haberle curado, porque han echado mano de los medicamentos alopáticos.

Nosotros no queremos presenciar esas batallas domésticas que el siglo ha regalado á la humanidad doliente, y antes de terminar este cuadro nos hemos de asomar un momento al gran laboratorio de la grajea médica, al horno de fundición de los glóbulos hahnemannianos.

La botica homeopática no guarda proporción con el botiquín del médico homeópata. Encerrándose éste en una petaca, parecía que aquélla podría contenerse en un cajón de cigarros, siquiera fuera de los de un millar, que desgraciadamente se han suprimido, sobre todo para hacer con ellos un regalo.

La botica homeopática es una oficina de farmacia tan grande como aquellas en que antiguamente se preparaba el caldo de víboras, y la triaca celeste y la magna, y el extracto católico y el policresto, y la sal volátil del cráneo humano, y las tinturas de perlas, de esmeraldas y de jacin-tos, y el bezoárdico jovial y el solar y el lunar, y el oro fulminante, y el emplasto benedicto, y otra porción de drogas bastante más corpulentas que los glóbulos liliputienses, y que, sin embargo, han caído en completo desuso apenas han sido examinadas á la luz de la verdadera ciencia.

Pero el laboratorio de Hahnнемán debe de ser inodoro para que sus productos resulten completamente insípidos, sus líquidos perfectamente incoloros y sus glóbulos blancos como el azúcar.

La ciencia es corta: se reduce á saber hacer tinturas madres, diluciones, trituraciones y glóbulos; pero las operaciones son difícilísimas, sobre todo para un boticario. Acaso una monja sería un gran farmacéutico para los discípulos del doctor Hahnнемán. La farmacopea homeopática es el arte de los escrúpulos.

Figúrate, lector, que lo primero que ha de hacer el boticario es oler todos los frascos, morteros y demás cacharros de su laboratorio; para procurar que sean nuevos y de ninguna mancha sospechosos, no lavarlos con substancias fuertes, enjuagarlos con papel de seda, y cuando ya son dignos de contener los medicamentos, colocarlos en sitios ni calientes ni fríos y donde no entren ni la luz ni los olores. Después de estas precauciones y la indispensable de tener las narices en continuo ejercicio para advertir si viene alguna emanación extraña á perturbar la atmósfera insípida de la operación, debe lavarse y relavarse las manos, y si fuere fumador raspase las yemas de los dedos y los labios con un vidrio ó cosa semejante, y aun contener el aliento, si por mala digestión le tuviere ácido, porque los ácidos están tan justamente prohibidos como los olores.

Hecho esto y preparada la tintura madre, toma el galeno una gota de ella, la vierte en un frasco que contenga otras cien gotas de agua clara, agita cien veces el frasco, le tapa y le marca con el número 1. De este frasco saca otra gota, la mezcla con otras cien partes de agua clara, las enfresca, las agita y pega otro marbete con el número 2. Y así continúa repitiendo la misma operación treinta veces, produciendo *con la primera gota de tintura madre y tres mil gotas de agua clara* treinta caldos distintos, encontrándose en cada uno de ellos el átomo infinitesimal de la tintura primitiva: la quinta esencia de este amor de madre, que parece cariño de madrastra según está invisible é impalpable.

Pero al enfermo á quien se le receta la tercera, la octava ó la treinta dilución de la pulsátila ó de la belladona ó del fósforo, no se le da á beber el frasco de las cien gotas, sino que el boticario empapa en esos líquidos los glóbulos de azúcar, que llama *inertes*, y éstos, diluidos en agua, son los que el enfermo toma de cuatro en cuatro horas y á cucharadas.

¡Si pudiéramos, querido lector, hacer otro tanto con la comida! ¡Si quisiera Dios que así como de los médicos ha salido un doctor Hahnнемán, saliera del gremio de los cocineros otro homeópata, que con una gota de tintura madre de ternera mantuviese un millón de hombres como se curan un millón de enfermos con igual cantidad de acónito!

Pero Dios lo permitirá y el siglo no dejará de hacer un ensayo en tan

importante materia económica; y así como hoy se podría, si se quisiera, curar las tercianas de toda una población con echar un grano de quinina en el río que pasa por la villa, mañana se alimentará un rebaño con desleir un grano de cebada en el abrevadero, ó un regimiento con sólo colgar un tasajo de carne y un pan de munición á la entrada del cuartel.

Mientras tanto habremos de contentarnos con la invención de la homeopatía, que ha puesto la medicina al alcance de todas las inteligencias. El verdadero aficionado se hace médico de sí mismo y se receta sus cucharadas y aun toma los glóbulos á secas. Lleva su petaca en el bolsillo, y cuando cree que siente la cabeza pesada, dice que es sangre y toma un glóbulo de acónito, y espera despejarse, y se despeja, y hasta siente debilidad, no porque ha dejado de comer, aunque ha guardado rigurosa dieta, sino por el medicamento.

Muchas veces no se limita á curarse á sí propio, sino que pretende curar y cura á los demás; pero esto ha sucedido siempre. Los curanderos han sido la plaga más temible de la humanidad, y como la homeopatía ha dado á sus medicinas una forma tan bonita, es hasta cuestión de elegancia y de buen tono el tener una petaca homeopática; y teniéndola, es conveniente lucirla.

Por supuesto que se me olvidaba decir, y me apresuro á hacerlo, que los muertos que cura la homeopatía quedan hermosísimos, porque ni les han rapado la cabeza, ni les han sacado la sangre, ni les han estropeado el cutis. El embalsamador apenas tiene nada que hacer con ellos. Les halla el cuero completo y sin avería de ninguna clase.





CUADRO XL

LOS ESCAPARATES

*«Si á ciascun l' interno affanno
si leggesse in fronte scritto,
¡quanti mai che invidia fanno
ci farebero pietta!»*

En la época cuyos recuerdos hemos evocado en la primera parte de esta obra, se entendía por escaparate (y hablemos con el Diccionario de entonces á la vista) «un armario *exquisito* con su *vidrio* y andenes, para guardar bujerías y alhajuelas preciosas, como china, etc.» Desde esos armarios exquisitos, cuyo vidrio verdoso y sucio no excedía de media vara cuadrada y solía presentarse enturbiado por una espesa rejilla de alambre, hasta el *Palacio de cristal*, que mide un millón de varas cuadradas, sin alambreras que le obscurezcan ni perturben su diáfana transparencia, hay un mundo de escaparates y de andenes.

¿Qué es el Parlamento sino un armario exquisito con su vidrio ó tribuna pública y sus andenes ó escaños para guardar las alhajuelas más preciosas del gobierno representativo? ¿Qué otra cosa es la Bolsa de los fondos públicos sino el escaparate del crédito nacional? ¿Y no es el periodismo un vidrio, y vidrio de aumento, de ese armario exquisito llamado opinión pública, en cuyos andenes se guardan y enseñan toda clase de chismecillos preciosos? Pues negar que el estómago tiene su vidrio en los banquetes patrióticos, la conciencia el suyo en los casinos y en los clubs, la cabeza

sus andenes en los ateneos y en las tertulias públicas y que la sociedad toda no vive dentro de un escaparate de cristal, sería lo mismo que negar nuestra existencia y decir que la publicidad no era el alma de esta generación.

Ya hemos dicho, lector, y si no te lo hemos dicho te lo hemos pensado decir (que hoy que se piensa á voces, viene á ser lo mismo), que al inventar el gas y al descubrir la chispa eléctrica no lo hicimos para encerrar ambas luces en un armario exquisito con su vidrio y sus andenes, sino para inundar el mundo con sus resplandores, para abrasar con sus llamas los velos de la ignorancia y para que acabaran de una vez los rincones oscuros. De otro modo nos habría sido imposible retratar la sociedad con la claridad que creemos haberlo hecho en los cuadros anteriores.

La exclaustración de las familias, la desamortización de los secretos caseros, la descentralización de los afectos y otras varias medidas análogas nos han permitido ver á los hombres sin andarlos buscando de casa en casa. El político, el militar, el hombre de letras y el de las letras de cambio, todos están en los andenes del gran escaparate del siglo, vengando, con una completa vida pública, la vida privada á que tanto culto rindieron sus padres.

Y como suponemos que el lector debe estar hastiado de esos cuadros graves y casi filosóficos, que huyendo de la filosofía y de la gravedad ha trazado sin quererlo ni pensarlo esta pobre pluma humorística que cogimos en la mano al imaginar este libro, vamos á retirarnos hoy del armario exquisito, á cuyo vidrio nos hemos asomado muy á nuestro pesar, para tender la vista hacia otros escaparates más risueños, en cuyos andenes se guardan las verdaderas bujerías y alhajuelas de la moda.

Vamos de tiendas.

Que no se asusten los padres de familia, que no se alarmen los esposos, que no ponga la mano en su conciencia el empleado de poco sueldo, y sobre todo que no se relamen de gusto las mujeres.

A los primeros les diremos que no contamos con su dinero, sino con el nuestro, y á las segundas les advertimos que es posible que no compremos nada. Así como el saber no ocupa lugar, el ver no desocupa los bolsillos; pues veamos.

Veamos lo primero esa gran calle formada de edificios de cinco pisos, todos de piedra y de ladrillo y montados al aire sobre grandes escaparates de cristal. Acerquemos al vidrio de esos exquisitos armarios un billete de Banco y veremos cómo saltan y brincan sobre los andenes las bujerías y las alhajuelas, sonriéndose las telas de seda, guiñándonos el ojo los brillantes, saltando de gozo la porcelana y ahuecándose los miriñaques como si fueran á reventar de gusto. Detrás del escaparate hay una dama ó un

señor, que apenas se dignan mirarnos y parecen estar distraídos en escribir sobre un gran libro, pero que, sin embargo, reparan en la fascinación que nos produce el escaparate, y no se les escapa el efecto magnífico que el billete ha causado á través del vidrio.

De escaparate en escaparate, como quien camina por un inmenso túnel de cristal, pasaremos una y otra calle, siempre con el billete en la mano y siempre haciendo saltar en los andenes las piedras preciosas, los vasos de china, las telas de seda y cuantos objetos de lujo ha podido inventar la coquetería de la industria para engañar y seducir al oro, á ese Adán de los metales constantemente halagado por la publicidad para que peque en el paraíso de la moda.

El viaje de un billete de Banco por delante de esos pequeños palacios de cristal parece á la marcha triunfal de un monarca absoluto, de un antiguo señor de vidas y haciendas por entre sus más fieles y más obedientes súbditos. Cada vez que el oro se para delante de un escaparate se nos antoja un sultán en medio del harén de sus hermosas odaliscas, perplejo y vacilante, sin saber cuál ha de ser la preferida ni quién merece por sus encantos que le arroje más pronto el pañuelo.

Por eso hemos dicho que no vamos á comprar, sino que venimos á ver.

Venimos á ver el escaparate del diamantista, el bazar del tirolés, los andenes de la modista, la anaquelaría del ortopédico, el mostrador de la florista, el aparador del pastelero y todos esos globos de cristal en que exponen sus mercancías los industriales. Venimos á asomar nuestros ojos á ese gran vidrio que hace quebradizos el pudor, la modestia, la templanza y todas las demás virtudes.

Como si fueran poco elocuentes las miradas deslumbradoras de la profusa pedrería que tiene el joyero en su gran escaparate de cristal, todavía hay en el fondo y á los costados grandes espejos que multiplican las gracias de aquellas serpientes tentadoras; y el brillante, la esmeralda y la perla reclinan sus bellos contornos sobre un lecho de terciopelo, que hace resaltar y lucir mejor su hermosura. ¡Qué mucho, por lo tanto, que aquella dama no sepa moverse de allí, y que á medida que va empañando con su aliento el cristal que se interpone entre su belleza y el aderezo de perlas, se vaya empañando su virtud y baje el fuego de sus pudorosas mejillas á abrasar el corazón en deseos de adquirir á todo trance el oro necesario para comprar la alhaja! Y cuando cruza por el escaparate de la modista, ¡ha de dejar con la palabra en la boca á aquel magnífico vestido de encaje, cuyos pliegues parece que se mueven y la dicen que en su cuerpo adquirirían doble gracia y mayor belleza! Pues si aquel diván de terciopelo es tan elegante colgado en los andenes del tapicero, ¡qué será sobre una rica alfombra y reclinando en él la dama su esbelto talle! ¡Y no necesita un

gran valor para hacerse la distraída y pasar de largo por delante de los magníficos espejos que al verla le dicen: «¡Adiós, hermosa!», y del calzado elegante que parece que le echa un requiebro porque tiene el pie pequeño, y del corsé que encoge sus ballenas como diciendo: «Aún te viene ancho», y de tantas otras galanterías como le dirigen los escaparates! Y á los atractivos naturales de esos objetos fascinadores, ¡no añaden todos ellos la deslumbradora luz del gas con que aparecen irresistibles de noche!; Pues qué mucho, volvemos á decir, que no podamos acercarnos á esos escaparates sin estorbar á la gente que no sabe apartarse de ellos, salpicando alguna vez con sus lágrimas el grueso pero diáfano cristal que los cubre! «Ella—dice él atravesando con los ojos el vidrio del escaparate—sería feliz con ese aderezo, y yo sería feliz con que ella lo fuera.»

He aquí lo que se llama matar dos pájaros de un tiro; y lo peor del cuento es que ambos pájaros se están quietos y deseando dejarse matar. Ella, mirándole á él con los ojos más hermosos y más expresivos del mundo, como si dijera: «En cuanto me le traigas;» y al aderezo, que lanza sus rayos tentadores desde el estuche de terciopelo, no le falta más que saber hablar para decir: «En cuanto me lleves.»

El diamantista, que ve al amante inmóvil delante del escaparate, continúa haciendo sus apuntes en el libro, ó fuma tranquilamente un cigarro, contestando, sin perder tampoco su tranquilidad, á la pregunta que por fin se atreve á dirigirle el amante: «El último precio es veinte mil reales.»

Aún después de haber oído el precio sigue mirando la joya, se pasa la mano por la frente y corre en busca del pequeño capital que le piden por el gran capital que él necesita. Pero no va á su casa, porque allí ya sabe que no tiene ese dinero; que si lo hubiera, tiempo ha que habría comprado la alhaja.

Vidrio y no pequeño tiene el sitio adonde va á buscar los veinte mil reales, comprometiéndose á pagar treinta mil y afianzando el pago con su propia persona y su propia honra; pero hoy no nos hemos propuesto asomarnos á esos escaparates.

Sigamos nuestro paseo por las calles, y sin detenernos en ese otro almacén de lágrimas flambres, del cual ya hemos hablado en otro cuadro, veamos un rato ese magnífico escaparate del *Tocador de Venus*, que si algún día volvemos á llamar las cosas por sus nombres, se llamará la tienda del *Gato por liebre*.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista es un gran miriñaque, especie de media tinaja que ha inventado el espíritu moderno para aplicar el principio de igualdad á las mujeres, confundiendo á las gordas con las flacas y haciendo que todas parezcan rechonchas. A su lado está *el corsé*

nupcial, que hace de medio cuerpo arriba lo que el miriñaque de medio abajo: da lo que falta, achica lo que sobra y mete todos los cuerpos en cintura.

Uno y otro aparato obligan á la mujer á pasar toda su vida donde Jonás no supo estar más que tres días, entre ballenas.

No lejos de esos esqueletos de la mujer está el entis de las mismas, que se vende en unos frascos, con sus pinceles para usarlo y sus esponjas para bruñirlo; el cabello también se ofrece en abundancia, sedoso y de los más hermosos colores; los dientes no son tan bellos como el marfil, que es el *summum* de belleza que para las dentaduras conocen los poetas, sino que son de marfil mismo; y como aunque se hayan gastado por el uso y el abuso las pestañas, los labios y las cejas también se hallan de venta en el escaparate, puede decirse que, á excepción del alma, que es lo que más le dura á la mujer, á cualquier hora se puede comprar una de éstas, completamente falsificada por la industria moderna.

En el escaparate del ortopédico, que es el consuelo para los descarriamientos y las desgracias del ferrocarril, nos parece una inhumanidad pararnos á observar la malicia de aquella mano mecánica, que parece que va á tirar un pellizco al que se acerque á verla, y la coquetería de la pierna, que toma al pasar por delante de ella una postura de baile; y por último, no podemos ver tranquilos la sangre fría de aquella tortuga de hierro que se deja enamorar por el jorobado, sin decirle en confianza que le va á ahogar entre sus brazos así que le tenga bien sujeto.

No es más humano que el escaparate del ortopédico el aparador del fondista, y verdaderamente que causa pena ver al través de un magnífico cristal de tres varas en cuadro, empañado por el hálito de cien estómagos hambrientos, los pavos, los jamones y cuantas salsas y manjares pueden inventar el más refinado apetito y la ciencia mejor cultivada, y todos esos platos diciendo «comedme» á los que no se han desayunado, y es posible que los vuelvan á ver sin haber comido y sabiendo que están sin comer sus familias.

A un pobre inapetente que no puede salir, y gracias si logra estar dentro, de comer sopas de ajo y patatas fritas, se le puede perdonar que restriegue la nariz en esos aparadores, que lama el cristal, que vierta lágrimas sobre la barra de bronce que defiende los pavos y las chuletas, y hasta que se le olvide el modo de andar y no acierte á moverse de allí.

Se le puede tolerar que pronuncie algún monosílabo, que haga alguna exclamación y hasta que entable un diálogo con aquellos fiambres, relamiéndose de vez en cuando, y aun diciendo, por último, si logra apartarse de allí: «Si hubiera estado á mi disposición, ya me lo habría comido, y se me hubiese acabado y no podría seguirlo viendo.»

Y con esto volverá á dirigir al aparador otra mirada filosófica, y seguirá su camino.

Sigamos nosotros el nuestro. Pero sigámosle sin filosofías ni reflexiones de ninguna especie, porque si las hiciéramos, sabe Dios adónde iríamos á parar con nuestra imaginación, á pesar de habernos propuesto estar parados delante de los escaparates.

Si como hemos visto la pasión de la joven hacia el aderezo y los amores del hambriento con el pavo, viéramos el apetito del diamantista y las necesidades del fondista, no sabríamos á quién habíamos de compadecer con mayor justicia.

Mejor será que continuemos del lado acá del vidrio, porque una vez salvada esa distancia, nos sería imposible guardar silencio sobre lo que á voz en grito nos dirían aquellas joyas, y con mayor elocuencia que ellas los libros en que están registradas y en que aparecen compradas á crédito en los mercados extranjeros y vendidas á crédito también en la corte.

Es posible que en ese caso la angustia del comerciante nos inspirara más interés que la del enamorado galán que suspira delante de la joya, hasta que para rescatarla se decide á empeñar la que recibió de más valor al venir al mundo.

Y si así fuese nos sería preciso traducir los versos italianos con que hemos encabezado este cuadro, diciendo:

«Si á cada cual en la frente
le escribieran su aflicción,
¡cuántos que nos dan envidia
nos darían compasión!»

Es mucho mejor, por lo tanto, que sigamos viendo las cosas desde la parte de afuera, huyendo de averiguar lo que le dice aquella dama al comerciante en el momento de recoger un corte de vestido que vale la mitad del dinero que su esposo gana en un año, y no tendremos necesidad de saber ninguno de los secretos que conoce el mismo industrial de todas y cada una de sus parroquianas.

Nos basta y casi nos sobra con lo que se ve y se adivina desde los escaparates, sobre todo si los contemplamos de noche, profusa y esplendorosamente iluminados por el gas.

Cada uno de ellos es á esas horas una tentación que la moda y el lujo ponen en el camino del forastero, que antiguamente sólo venía á Madrid á comprar unas chucherías en las covachuelas de San Felipe y un poco de lienzo en la calle de Postas, y ahora viene expresa y decididamente á ver los escaparates.

Ganas le dan de descubrirse respetuosamente al acercarse á una tienda donde los espejos, los broncees, las alfombras y los divanes dan á aquel recinto un aspecto de gabinete de príncipes ó de albergue de embajadores, y por más que mira y remira todos los objetos que allí se ostentan, no alcanza la aplicación que puede tener ninguno de ellos. No hay nada en la vida que pueda hacer necesarias aquellas telas ni aquellos adornos ni nada en fin de lo que se ve en el escaparate. En los palacios reales y los museos que el lugareño ha visitado (con permiso especialísimo y en día no lluvioso, y haciéndole dejar la vara á la puerta y dándole con otra en los nudillos si apuntaba hacia algún objeto cualquiera) no ha visto ni la cuarta parte del lujo que ve gratis y muy á sus anchas en todas las calles de la corte.

Sabe leer y ha leído sobre la puerta de una tienda: «Aquí se venden objetos de escritorio,» y por más que examina todos los chismes que encierra el escaparate, no comprende que ninguno de ellos tenga aplicación ni pueda servir para escribir una carta. Otro tanto le pasa en el almacén del *camisero*, donde ni siquiera acierta á conocer las camisas, y así continúa marchando por las calles, abriendo cada vez más la boca por haberse convencido de que no basta abrir los ojos para ver todo lo que tiene delante de ellos.

Ante el *bazar religioso* no es dueño de contener sus sentimientos cristianos, y lleva la mano al sombrero para descubrirse ante un magnífico crucifijo de marfil ó una imagen de la Virgen; pero se vuelve á cubrir, avergonzado al observar que al pie del Cristo hay un par de pistolas, ó que delante de la Virgen hay un par de botellas de vino ó un alfanje morisco ó cosa más profana.

En otro escaparate, todo lleno de vasos de porcelana, de canastillos de oro, de figuras de china y de cien objetos diversos, todos de gran lujo, ve un rótulo inmenso que dice: «Objetos de caridad para los pobres;» y no sabe qué pensar, y hace bien en no pensar nada, porque acertaría poco. ¡Dichoso él, que no sabe que aquel rótulo ha de leerse precisamente al revés de como está escrito! Aquellas alhajuelas no han sido fabricadas por la caridad para dárselas á los pobres, que no sabrían qué hacer de ellas, sino que las ha inventado el lujo para halagar la vanidad de los poderosos. Uno de éstos puede pasar por una calle oscura y dejar con la palabra en la boca á la pobre madre que sale á pedirle una limosna para dar de comer á sus hijos; pero á la luz del gas no sabe decir que no á los halagos que el escaparate dirige á su orgullo, y compra unos cuantos de aquellos objetos y los envía á casa de una señora para que ésta los vuelva á vender á beneficio de los pobres por medio de una rifa ó una licitación que vuelva á interesar el orgullo del poderoso.

¡Benditas sean las almas nobles que han sabido inventar esta transmutación de la vanidad, convirtiendo los objetos de lujo en artículos de primera necesidad y en hilas y vendajes, hasta transformar las tiendas de quincalla en almacenes de comestibles, en hornos de pan y en hospitales!

Triste es que no pueda recogerse la limosna en un bolsillo anónimo y que sea preciso dar un baile para socorrer á los impedidos y un concierto para aliviar á los sordo-mudos y una corrida de toros para atender á los paralíticos; pero ya que es forzoso que sea así, bendigamos á las señoras de las juntas de caridad y de beneficencia por el gran partido que han sabido sacar de los escaparates.

¡Ojalá pudiera el lector sacar otro tanto de este cuadro!





CUADRO XLI

LA PRIVANZA EN 1850

Cuando los pueblos se echan el alma á la espalda y el fusil á la cara y reclaman su soberanía á los gritos de «¡Abajo las camarillas!; ¡Fuera las privanzas!; ¡Mueran los favoritos!» suelen venir impulsados por una camarilla, haber ofrecido una privanza y traer en brazos un favorito.

Si el hombre ha vivido alguna vez consigo mismo, si la sociedad no nació con Adán, ignoramos de todo punto lo que pasó en el *ab initio* de los pueblos; pero desde que los conocemos, desde que la historia se ha tomado la pena de contarnos, con más ó menos cuentos, sus hechos, siempre hemos visto lo mismo: ó favoritos de reyes ó favoritos de pueblos, ídolos en los palacios ó ídolos en las plazuelas.

De los primeros hemos hablado ya, de los segundos vamos á hablar ahora; pero hay tanta semejanza entre ambos, que por fuerza ha de sernos preciso recordar algo de los unos al hacer el retrato de los otros. Y aún no será de todo punto inútil que digamos que por privanza regia ó por favoritismo popular no entendemos el favor dispensado por un monarca al mérito ó á las virtudes de tal ó cual cortesano, ni el entusiasmo que produce en los pueblos el talento y los hechos heroicos de uno ú otro ciudadano, sino la confianza ciega, el favor sin límites, la abdicación absoluta que hacen en ocasiones dadas el monarca y el pueblo de todas sus facultades, de todos sus pensamientos y de todo su poder.

Con la historia de los tiempos antiguos en la mano y con la de épocas posteriores á la vista podríamos llenar este cuadro de nombres propios, cuyos hechos nos dieran concluído el trabajo; pero estamos haciendo la historia del día y no queremos evocar recuerdos de Plautos y Olivares, ni de Clodios y Robespierres. Lo que únicamente diremos es: que ambos favores son fáciles de adquirir, difíciles de conservar y facilísimos de perder.

Y dicho esto, bien podemos decir lo que es la privanza popular en estos tiempos de gobiernos populares.

Lo que necesita el favorito del pueblo es lo que no podía dispensarse de tener el valido del monarca. Aprensión poca, audacia mucha, y lo demás que venga cuando le dé la gana. Con esto y con traducir unas veces al derecho el *audaces fortuna juvat*, y otras al revés, diciendo *agracez forman las uvas*, puede lanzarse á conquistar el favor de los pueblos.

La diferencia más importante entre ambos validos es que el antiguo podía ser mudo, en cuyo caso no tenía precio, y el moderno ha de ser un gran hablador. Antiguamente solían escogerse los hombres por el pulso y á ninguno se le pedía que enseñase la lengua; hoy, por el contrario, todo el que quiera ser algo ha de empezar por abrir la boca, y no para que se le quede la lengua pegada al paladar, que éste es privilegio exclusivo de los que han de ser sus favorecedores, sino para moverla sin cesar hasta conmover al auditorio, secando todas las gargantas menos la suya.

El favorito del pueblo no nace en los días serenos de la política, que son cortos y pocos para pensar en tales cosas, sino que necesita que el horizonte esté nublado, que avance la tormenta y, si es posible, que alumbré ya el rayo del trueno revolucionario.

La escena puede pasar en una plaza, pero tiene mejor pasar en un café; el cual, si el lance es de noche, y la noche es casi indispensable para estos casos, estará lleno de bote en bote, porque los cafés son los templos más concurridos del rito moderno.

El ciego vendedor de impresos, que no se sabe de dónde sale en días de revolución ni dónde se esconde cuando ha pasado el vendaval, es el primer ciudadano que inocentemente otorga el primer favor al privado del pueblo.

La hoja volante que el ciego pregona entra en el café, léese en voz alta para unos cuantos amigos, dicen los de otras mesas que no oyen nada, y como si tuviesen derecho á oír algo piden que el lector se suba sobre una mesa y que alce la voz. Hácese lo uno y lo otro, y en medio de un silencio religioso, agrupados todos los concurrentes alrededor de la mesa, oyen la hoja volante, en la cual se repite veinte veces la palabra tiranía y otras tantas la de libertad, y unas cuantas la de sangre y no

menos la de derechos populares, y con un *muera* á la primera y un *viva* á la segunda, que da el orador de su propia cuenta, queda cargado de electricidad patriótica el recinto.

Una voz cualquiera, amiga si es posible, que lo es de seguro, pide que el lector no se baje de la mesa sin decir algo; y como á todos les ha parecido corta la hoja volante y ya están templados para oír algo más, apoyan la petición, y caten ustedes que el que está de pie sobre la mesa se sube á la parra y larga un discurso completo, parafraseando la hoja volante y electrizando á los oyentes; siendo de advertir que esta clase de electricidad es más sensible en las últimas capas que en las primeras, porque como al tribuno no se le oye lo mismo desde todos los puntos del café, los que oyen bien se electrizan algo, los que oyen poco se electrizan por sí y por lo que se han electrizado los que están delante, y los últimos, los que apenas oyen nada, recogen la electricidad de todos.

Las gentes de la calle advierten lo que pasa dentro del café y se apresuran á entrar á oír el discurso, aumentando la concurrencia hasta el punto de encontrarla excesiva el cafetero, el cual, como verdadero patriota y amante de la libertad, está deseando que se salve la patria y que le dejen libre su casa.

También al gobierno, que parecía estar ocupado en cosas más serias, le preocupa como al cafetero la idea de desocupar el café; y para conseguirlo aumenta la concurrencia con unos cuantos agentes de policía, que es aumentar la bulla y la algazara y hacer que la cosa termine por donde tal vez no habría terminado: por salir á la calle las gentes en son de tumulto, llevando en triunfo al orador; el cual, si tiene la suerte de que le agarre la policía, hace una carrera más rápida que si se deja llevar en brazos del pueblo. De éstos es fácil que le sacara algún balazo ó un casco de metralla, porque dicho se está que ya anda la artillería por las calles, y de los otros pasa á un calabozo, que viene á ser su arca de Noé para salvarse del diluvio revolucionario.

Las gentes que en el café se habían limitado á aplaudir al orador, porque les gustó lo que les dijo ó la manera de decirlo, y que habrían saldado la cuenta de su agradecimiento dándole una serenata ó cosa de menos valor, ya sólo piensan en arrancarle del poder de la policía, y personificando en aquel hombre la salvación de la patria se dejan matar para defenderle, y ya tenemos el ídolo.

Los periódicos sacan la electricidad del café y la reparten por las provincias, y el favorito del pueblo es aclamado por todas partes, paseándose en son de triunfo y aun bajo palio su retrato, merced á la litografía, que es otro gran agente de la electricidad popular. Todas las provincias quieren nombrarle su representante en las Cortes, los casinos le envían un

diploma de socio nato, las tertulias patrióticas le participan que han puesto su nombre con letras de oro y sobre mármol con una corona de laurel en la sala de juntas, los ayuntamientos le dicen otro tanto y ya está todo hecho.

Lo que al favorito le queda por hacer es lo difícil, y sin embargo, preciso es confesar que sabe hacerlo. Suprime el lenguaje familiar y siempre habla de manera que todos se vean obligados á escucharle y á no interrumpirle; á las palabras que pronunció en el café les da cada día nueva vuelta, pero nunca deja de repetirlas y cada vez ensaya un nuevo género de humildad, con lo que aumenta considerablemente el número de sus súbditos. Pero es el caso que desde la oposición no puede realizar lo que ha prometido hacer en pro de la patria; y para servir á ésta tiene necesidad de ser ministro y aun de ocupar la presidencia del Consejo, con lo cual empieza á ver declinar su prestigio.

Quince días le dura la luna de miel y en ellos recibe cada día nuevas pruebas del favor y de la privanza que goza con el pueblo.

El Parlamento le recibe con un voto de confianza casi unánime, la mayoría de la imprenta periódica le saluda regocijada y el resto de los diarios políticos se echan la pluma á la espalda, ofreciendo hacer una tregua en su oposición á fuer de imparciales, y por último, se sabe que en todas las provincias de España tiene grandes simpatías el nuevo ministerio, y el presidente del Consejo sigue siendo el favorito, el privado, el ídolo del pueblo.

¡Y cómo no ha de ser así, cuando ha llegado la hora de quebrar las cadenas que oprimían el pensamiento y de romper las trabas que empobrecían la industria y el comercio, reduciendo las contribuciones, desestancando todo lo estancado, desamortizando la propiedad, asegurando la libre emisión del sufragio electoral, poniendo en práctica todo aquel magnífico programa al cual sirvió de base firmísima la mesa del café patriótico!

Con estas esperanzas viven las gentes la primera quincena del nuevo ministerio, hasta que cansado de esperar un periodista, rompe el fuego preguntando sencillamente «cuándo piensa el gobierno poner en planta su programa político y realizar algunas de las reformas que ofrecieron sus hombres desde la oposición.»

A esta pregunta contestan de mal humor uno ó varios diarios ministeriales, diciendo que «el ministerio es el único árbitro para decidir la oportunidad de lo que tiene prometido; que el país está cansado de palabrería política; que lo que quiere es paz y orden, y que ambas cosas las tiene aseguradas mientras dure la situación á que el periódico se honra de pertenecer.»

Semejante contestación produce otra más fuerte por parte del diario de la oposición y de sus colegas; el fiscal de imprenta recoge algunos periódicos; las recogidas producen una interpelación en las Cortes; la interpelación una *sesión animada*; el *Diario de sesiones*, una alarma en las provincias; la alarma, tumultos; los tumultos, prisiones, destierros y estados de sitio; éstos, discusiones acaloradas en los cafés (no sitiados, se entiende), y con esto y una *hoja volante* vuelve á presentarse un nuevo aspirante al favor popular, que hereda toda la credulidad de las gentes, todos los aplausos y toda la gloria del que quince días antes era el redentor de la sociedad y ya no es otra cosa que el tirano del pueblo.

Aquella elocuencia ciceroniana, aquellas virtudes superiores á las de Catón y aquella aura popular que recogió en el café y acrecentó en las calles y desenvolvió en los escaños del Parlamento, todo ha desaparecido.

Aquel hombre que no abría su boca sino para decir verdades, ya no la abre sino para arrojar sofismas, y sus oídos, acostumbrados á escuchar aplausos, ya no oyen otra cosa que murmullos y hasta silbidos.

Por supuesto que al favorito del pueblo no le ha cogido de nuevo la que él llama inconstancia popular, que precisamente porque tenía puestos los oídos en los cafés pasó algunos días sin atreverse á ser gobierno; pero asústale, sin embargo, lo sucedido y trata de recoger velas y de reconquistar la privanza perdida.

Y en esta situación sí que debiéramos abandonarle, porque no hay nada más desdichado que un favorito caído tratando de recobrar su antiguo valimiento.

Desde el banco ministerial quiere predicar un sermón de honras como el que predicó en el café, y mientras el pueblo le escuchaba con desdén, diciéndole: «Eres turco y no te creo,» los hombres de gobierno le silban y le retiran su apoyo.

Un sable, un sable podría salvarle en tan crítico momento; pero el tribuno no le tiene. Al abrazar la carrera política se olvidó de hacerse militar, y como no tiene más armas que la pluma y la lengua, se encuentra desarmado.

No puede hacerse dictador, con lo cual mantendría algún tiempo su privanza, siquiera lograra conservar ahora por miedo lo que alcanzó antes por amor.

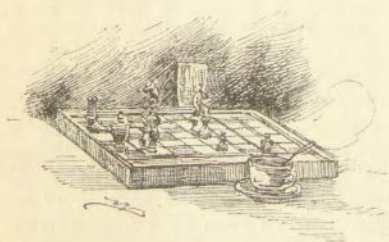
Pero una dictadura, por sabia é ilustrada que sea, no deja de ser una tiranía, y las tiranías, justamente prohibidas en estos tiempos de libertad, no caben en este cuadro. Donde caben ó se hacen lugar por fuerza, á pesar de la prohibición, es en la práctica; habiendo averiguado los mejores estadistas políticos que las revoluciones tienen el diez por ciento en la

vida de los pueblos y las dictaduras el cincuenta y aun el cincuenta y pico.

Un favorito popular que ciñe espada y logra repartir la privanza pública entre ella y su persona, tiene asegurado su valimiento por largos años.

Pero éste ya no es el privado del monarca, sino el monarca mismo.

El pueblo soberano se quita su corona para ceñir con ella las sienes y el sable de su favorito.





CUADRO XLII

EL ÓMNIBUS Y LA CALESA

Un mozo de cuerda y una locomotora son, hasta el día de la fecha, los dos términos antinómicos del movimiento, el alfa y el omega de la locomoción, el ártico y el antártico del transporte, en este mundo del movimiento, de la animación y de las carreras.

Lo primero que le ocurrió al hombre cuando tuvo necesidad de transportar el primer bulto de un punto á otro, fué echárselo á la espalda. Así pasó Adán á su señora todos los arroyos del Paraíso, por más que este curioso detalle haya sido olvidado por los historiadores de la antigüedad.

Más tarde el elefante, el camello y el pacientísimo borrico vinieron á compartir con el hombre la gloria y la fatiga del transporte, y el ancho lomo del primero y la joroba del segundo dieron origen á la litera, al palanquín, á la silla, á las artolas y á todos los coches sin ruedas, incluso el serón, las aguaderas y las jamugas.

Poco después se dispuso que los animales arrastrasen lo que llevaban áuestas y nació el trineo, que no era en su origen sino un grosero y tosco pedazo de madera, en el cual se enganchaba un reno ú otro cualquiera animal de su especie.

Y andando el tiempo (que desde *ab initio* y sin haber usado nunca andadores anda al mismo paso y sin carruaje de ninguna especie) se in-

ventaron las ruedas y con ellas el carretón, el carromato, el carro fúnebre, el coche simón, el tilburi, el milord y los calesines.

La carreta, que fué uno de los primeros carruajes que inventó el hombre, nació perfecta y perfecta sigue. Los siglos y las civilizaciones la han respetado.

El perezoso ganado vacuno la sigue paseando lentamente y con toda solemnidad y magnificencia, dándola dos horas de tiempo para que estudie cada media legua de camino y haciéndola sestar á la intemperie, como lo hacía en tiempo de los patriarcas.

La carreta es la cuna tradicional de la locomoción y del movimiento, y las máquinas de vapor que arrastran los trenes en el camino de hierro son hijas ingratas que cruzan con sobrada irreverencia por delante de ella sin detenerse á saludarla y bendecirla. Y sin embargo, las carretas, como buenas madres que ven sin envidia los adelantos de sus sucesores, acarrear todo el material para los caminos de hierro, transportan la tierra que se arranca de la montaña, y en los días de peligro, cuando una tempestad deshace un terraplén ó un descarrilamiento inutiliza el camino, acuden, sin diligencia, porque tampoco conocen el vicio de la impaciencia, á ofrecer sus servicios en los trabajos de reconstrucción y hasta en el transporte. Digna es ciertamente de elogio tanta abnegación y tanta modestia.

Nosotros quisiéramos que la sociedad presente tomase en cuenta esos sacrificios, y que jubilando á todas las carretas existentes, siquiera dejásemos de verlas invadiendo á todas horas las principales carreteras de España y las calles de la corte, mandase archivar una de ellas en el museo de antigüedades que desde muy antiguo hemos pensado y seguimos pensando construir.

No de otro modo se mostraría la gente de HOY digna admiradora de las verdaderas glorias de AYER.

Porque la carreta no es simplemente un carruaje tosco, muy tosco, de tardo andar y de peor movimiento, que con la pesadez propia de su ancianidad nos trae el trigo que comemos, el carbón con que guisamos y el ladrillo, la piedra y la madera para las casas en que vivimos, sino que es, como hemos dicho antes, un objeto histórico, digno de toda veneración y respeto.

La carreta no representa solamente el movimiento material de aquella época de reposo y de calma, sino que es el símbolo de la paz y de la tranquilidad que disfrutaban las ciencias, las letras y las artes, y lo que es más envidiable aún, las conciencias de aquellos bienaventurados mortales, que todo lo que hacían y todo lo que pensaban lo pensaban y lo hacían, según sus propias palabras, á *paso de carreta*.

Tomemos nosotros otro más ligero, aunque sea el redoblado con que ahora lo andamos y lo corremos todo, para decir algo de la calesa y del ómnibus, que son los dos carruajes que simbolizan las dos sociedades que estamos retratando: la de antaño y la de ogaño; los hombres de 1800 y los de 1850; el egoísmo y el espíritu de asociación; el gobierno absoluto y la monarquía constitucional; el fraile cartujo y el orador parlamentario.

El antiguo calesín (que antiguo queremos llamarle, más por honrarle que por ofenderle), tirado por un solo caballo, guiado por un solo hombre y sin más que un asiento para un solo viajero, que cuando mucho puede admitir en su compañía otro individuo, pero sin representación legal, es el verdadero carruaje del gobierno absoluto. Debió morir cuando cayó el sistema, y hacerse enterrar con los escombros de los conventos de frailes.

Una calesa á la puerta de un monasterio, esperando á que baje el padre predicador que tiene á su cargo el panegírico del santo en un pueblo distante dos ó tres leguas de la corte, es un cuadro de Goya completo y acabado.

Si la escena pasa en invierno, todos se figuran al bueno del fraile calándose la capucha y metiendo el breviario en la manga, mientras el calesero, que ya ha atado á la zaga el baúl, encajado debajo del asiento la alforja de las provisiones y echado en la pesebrera la cebada y el caldero para que el jaco no muera de hambre ni de sed, abrigará con un ruedo y una manta los pies del predicador, y con la bendición de éste y un «¡Arre, *Capuchino!*,» emprenderá el viaje.

Si el sermón es de verano, el fraile echará su capucha á la espalda y el calesero la de la calesa á la zaga, y bendiciendo el uno y santiguados ambos, con las mismas provisiones y un jarro de aloja, dará principio la jornada.

Y si el viaje no era de dos ó tres sino de treinta leguas, con hacer siete jornadas estaban despachados. No sería el primer calesín que hubiese ido desde Madrid á Bayona y aun á Lisboa, sino que, por el contrario, esos elementos de viaje eran en aquella época los que más andaban por los caminos.

Pero no queremos nosotros verlos en semejantes trabajos, y por más que el calesín fuera uno de los grandes medios de locomoción en los viajes de antaño, nos proponemos verle de puertas adentro de la corte y en el radio de ella, sin hacerle llegar al portazgo de las carreteras para no obligarle á volcar cuando corre por una *trocha*, huyendo de pagar los derechos al portazguero.

Ya el lector le ha visto, en la primera parte de esta obra, fletado por

cuenta de una maja para ir á los toros y á la ermita de San Isidro y á la pradera del Canal, y no está bien que ahora volvamos á hablar de aquellas expediciones de alegría y de regocijo, en que el calesín era una parte integrante de la manola, más que un elemento de locomoción, y que no tanto le alquilaba por ir de prisa y cómoda, cuanto por llevar pegado su cuerpo á una prenda de lujo y presentarse al público sobre un trono de esplendor y de magnificencia.

Por eso el calesín está pintado de colores fuertes y tiene por escudo un bolero ó una pandereta, y el caballo va cargado de cascabeles y campanillas, y el calesero se viste con los mejores trapos que tenía guardados en el cofre.

Pero entonces que los calesines eran los carruajes que más abundaban, como ahora en que sólo tenemos unos cuantos de muestra, estacionados en la plazuela de las Descalzas, como una protesta facciosa contra los adelantos del siglo y las modernas instituciones políticas, el calesín no es otra cosa que el símbolo del egoísmo y el verdadero retrato del gobierno absoluto.

En cada calesa, como en cada celda y en cada trono, no cabía nada más que una persona. Y así como para que los hombres coman juntos, vivan juntos y hablen todos á un tiempo ha sido preciso inventar las mesas redondas, los casinos y los gobiernos parlamentarios, así para que paseen y no se mueran de tedio viajando solos ha sido necesario inventar el *ómnibus*.

Y he aquí, lector, el símbolo verdaderamente gráfico de las monarquías constitucionales, la fórmula del espíritu de asociación y el modelo permanente del parlamentarismo ambulante.

Metido en una calesa eras dueño de mandar parar y correr y tomar la dirección y el rumbo que más te acomodaba, pudiendo, y esto es importantísimo, hasta salir del carruaje cuando te daba la gana; embutido en un ómnibus no puedes mandar cosa alguna, porque nadie te obedecerá, ni te permiten variar de dirección si te cansas de la que llevas, y allí te estrujan cuanto pueden, aunque vayas desde un principio bastante estrujado.

En el primer caso reinas y gobiernas; en el segundo te dicen que reinas, pero gobiernas á escote con los demás compañeros de carruaje.

Pero ya hemos dicho que cada época tiene sus necesidades, y éralo y grande en la presente la construcción del ómnibus.

En vano al sentirse los primeros albores del constitucionalismo se creyó que podríamos pasar con la tartana, suponiendo que ese carruaje para muchos hacía frente á los deseos de todos. La tartana sólo podía contener seis ú ocho personas, y tiraba de ella un solo caballo, y esto no

era salir sino á medias de la sociedad egoísta de antaño, conservando la funesta individualidad del absolutismo.

El ómnibus, que tiene plaza para diez y seis personas dentro del coche y para otras tantas encima y para media docena en el pescante, es el único carruaje digno del moderno espíritu de asociación.

De otro modo, ¡cómo era posible que veinte mil personas presenciaran la ejecución de un reo de muerte ó las avenidas del Manzanares ó una romería ó cualquier otro espectáculo por el estilo! Sería preciso poner diez mil calesas á disposición del público, en el caso de hallar un gordo y un flaco para cada una de ellas, y diez mil caballos y otros tantos caleseros, y esto no es posible. Y aun si lo fuera, sería contrario al espíritu de la época, que rechaza la individualidad de todas partes, que no consiente otras parejas que las de la guardia civil, y que todo lo piensa y todo lo hace por medio de comisiones, de subcomisiones, de juntas y de sociedades.

La pluralidad de votos, que es la razón suprema de estos tiempos, se halla perfectamente representada por medio del ómnibus.

Cierto es que la exclaustración y la desamortización y las desvinculaciones se avendrían mejor con los carruajes de un caballo y para un solo viajero que con los ómnibus y los ferrocarriles; pero cada época tiene sus viceversas, y á ésta no le faltan. ¡Adónde iríamos á parar si en todo fuéramos perfectos y lógicos!

Releguemos por lo tanto al olvido los calesines, haciéndoles su lugar de respeto en la historia, y quedémonos sólo con el ómnibus.

Abierta tienen siempre la entrada, como que no hay portezuela para cerrarla, é inamovible es la escalera que sirve de antesala á esos salones monstruos, que llevan á la sociedad de un lado para otro, como un pregón viviente y un ejemplo constante de la ley de las mayorías y del espíritu de asociación.

¡A dos reales al patíbulo!, gritan con voz aguardentosa y lúgubre diez ó doce satélites de otros tantos Aquerontes que ofrecen sus barcas para cruzar con ellas el río del infierno y el de la muerte y todos los ríos imaginables.

Y las gentes corren y se atropellan por llegar á la boca de aquellos monstruos, para dejar que los traguén y los arrojen en una gran pradera, donde se alza sombrío el patíbulo de los dos reales, entre las carcajadas de la muchedumbre, las voces de vendedores que, como los dueños del ómnibus, van á ganarse la vida honradamente en aquel lugar de muerte y de horror.

El reo mientras tanto camina lentamente hacia el suplicio, viendo cómo corren á porfía para verle morir treinta mil personas, entre las cua-

les le sería difícil reconocer una sola de las que le vieron nacer, ni menos de las que hayan procurado apartarle del terrible trance en que se halla.

Acabada la ejecución, el ómnibus vuelve á abrir su boca para irse tragando los espectadores, y esta vez dobla la tarifa, porque conoce que todos querrán huir de allí horrorizados, y dice:

¡A la Puerta del Sol cuatro reales!

Y una vez llegados los carruajes á la gran plaza de la vagancia madrileña, mientras los caballos toman un resuello, vuelven á gritar los porteros de esos salones:

¡A dos reales á los toros!... Uno falta.

Y no uno solo sino muchos corren á disputarse la plaza vacante, y el ómnibus se dirige hacia la plaza de los toros con la misma diligencia con que corrió al patíbulo.

La romería de San Isidro, la verbena de San Antonio, el entierro de la sardina, las carreras de caballos y otra porción de festividades por el estilo ofrecen al ómnibus ocasiones en que hacer alarde de las ventajas que lleva al antiguo calesín; el cual también en esos días se atreve á salir á la calle y á ofrecer sus servicios al público, que los acepta más por devoción y por respeto histórico que por verdadera necesidad.

Pero la persona que alquila un calesín, no para que le lleve al patíbulo (que dando á cada cual lo suyo, debemos decir que esos carruajes aún no se han hecho patibularios), va sola á la romería ó al campamento ó al simulacro, y se aburre y llega aburrida y mustia al espectáculo. En cambio á los del ómnibus, como son muchos, y entre muchos es fácil que haya de todo, no les falta quien se permita decir algún chiste, ó recordar algunos pormenores de la vida del reo ó de lo que ocurrió en la anterior ejecución; y con esto se habla y se ríe y aun se regaña si la discusión no va bien dirigida y si las gentes llegan animadas y alegres al lugar del espectáculo.

Los servicios del ómnibus en travesías más largas que las del patíbulo y los toros, ó en las que diariamente hacen á la estación de los ferrocarriles ó cruzando la población para ir tomando y soltando parroquianos, son más tranquilos y más parlamentarios. En ellos la discusión toma un aire más formal y más académico, en armonía con el paso tranquilo y reposado que lleva el carruaje.

Si el ómnibus se ha construído en el extranjero, que esto es lo ordinario, porque, como sabe el lector, allí nos lo construyen todo, incluso el idioma, tiene un reloj que marca el número de personas que van tomando asiento, y cuando todos están ocupados hace una seña, y negocio concluído.

Pero ya sea que dé la noticia en francés, escribiendo la palabra *complet*, con la cual se queda la gente completamente en ayunas, ó que aquí seamos un tanto más habladores que los extranjeros y no nos guste vivir automáticamente, entendiéndonos por señas y jeroglíficos, la verdad es que nadie hace caso del reloj, y aunque marque treinta y dos viajeros y el ómnibus no permita más que treinta, allá se llegan todos los que pasan y se van embutiendo como pueden, sin hacer caso de las protestas de los que están dentro.

—¡Aquí no cabe nadie más!—dice angustiada una pobre señora, con tanta más razón cuanto que ella misma no ha acabado de tener cabida.

—¡Qué más da, señora!—replica un caballero que abulta por cuatro. —Nos estrecharemos como podamos.

—¡Estréchese usted, que bien lo necesita!—grita allá desde un rincón del carruaje un individuo preparándose á resistir la presión que le amenaza.

—¡Conductor!—dice una joven viendo que el ómnibus empieza á andar sin que hayan podido sentarse tres ó cuatro personas, que amenazan caer sobre los que ya están sentados. —¡Conductor, pare usted y eche de aquí á los intrusos!

Uno de éstos dice que el viaje es corto y que de cualquiera manera se pasa; y la que él busca para hacerlo es arrimarse á la pareja que considera más flaca y más prudente, y empezando por meter un codo y luego medio cuerpo acaba por enseñorearse por entero, volviéndose á izquierda y derecha para decir:

—¡Ven ustedes cómo nos hemos acomodado!

—Nosotros ya lo estábamos—le replican,—y de todos modos es una picardía que metan veinte personas donde sólo caben diez y seis; así ocurren las desgracias.

—Estos industriales lo que quieren es hacer su negocio—dice muy ufánamente el que acaba de hacer el suyo embutiéndose por fuerza en el coche.

Y á veces, antes de que acaben de pronunciar la palabra desgracias, el ómnibus, que corre desbocado y en competencia con un colega de industria, se echa con la carga y resultan unos cuantos heridos y algunas contusiones.

Pero esto no es frecuente, y el ómnibus hace sus carreras triunfales á los toros y al patíbulo, promoviendo la discusión y la charla, y con ellas el trato de las gentes.

Y como el trato engendra cariño, resulta que el ómnibus desempeña perfectamente la noble misión de encariñarnos á los unos con los otros,

destruyendo los resabios de individualidad y de egoísmo que crearon los calesines.

Y he aquí, lector, cómo no hay nada insignificante en esta sociedad verdaderamente significativa, y cómo todo contribuye á desarrollar la afición al gobierno de todos, por todos y para todos, ó lo que en lenguaje de caleseros llamaríamos *sistema ómnibus*.





CUADRO XLIII

LA MADRE Y LAS HIJAS, Ó NUEVAS APLICACIONES INDUSTRIALES

Malo es, tan malo que casi puede llamarse pésimo, que se traduzcan literalmente al castellano las leyes, los reglamentos y las ordenanzas francesas; abuso y no flojo cometen los que declaran obras de texto español ciertas traducciones pésimas, y cosa es que horripila ver una señorita española pidiéndole á Dios, en francés, «el pan nuestro de cada día;» pero todas estas cosas y las otras que nos obligan á tener la cocina francesa, el aya nacida en Francia, el cochero francés y todo afrancesado, no valen nada en comparación con un abuso mayúsculo del que pienso hablar en este cuadro.

¡Adónde vamos á parar si el gobierno y las Cortes, que son los dos santos omnipotentes del sistema moderno, no toman una providencia enérgica para cortar de raíz el mal á que aludo!

¡Qué nos importa que los franceses recojan todo el oro acuñado en España, ni que haya más ó menos extracción de moneda de plata, después de la plata labrada que salió en la guerra de la Independencia, ni que hayan desaparecido y sigan desapareciendo todos los lienzos de Murillo y de Rafael y de Zurbarán y de cuantos pintores célebres hemos tenido en España!

La extracción á que yo me refiero y la pérdida que amargamente llo-
ro

es de más importancia y de mayor trascendencia que la del oro y la plata y la de todas las obras y objetos de arte.

Yo no sé en qué piensan nuestros legisladores que no han presentado ya un proyecto de ley prohibiendo el tráfico á que aludo y que es más digno de reprobación y de censura que el de la trata de los negros y de los chinos. ¡Bueno es que todos los días estén clamando los periódicos para que se impida la emigración de los gallegos y de los asturianos á las repúblicas de América, y á nadie le haya ocurrido aún alzar su voz para que se prohíba la emigración francesa de las más hermosas mujeres de todas nuestras provincias y con especialidad de las de la corte!

¡Es posible que el ministerio fiscal, que además de su forma antigua tiene hoy la del periodismo, la del parlamento y otras varias, no haya fijado su atención en asunto tan grave y de tanta trascendencia!

¿Dónde están, lector, dónde están, dímelos por Dios, si lo sabes, aquellas hermosísimas mujeres de tez morena, que orgullosas con su origen árabe, eran por la expresiva belleza de sus facciones griegas el entusiasmo de su patria y la envidia de las naciones extranjeras? ¡No las producían á millares los hermosos pueblos del Mediodía, naciendo también muchas de ellas en las provincias del Norte! ¿Pues dónde están, lector? ¿Qué has hecho de ellas? Ó mejor dicho, vosotras, lectoras, ¿qué habéis hecho de vosotras mismas?

¡Daréis lugar á que yo ponga un anuncio en el *Diario* ofreciendo un fuerte hallazgo al que presente en esta casa (y aprovecho la ocasión de ponerla á vuestra disposición) *una morena!*

Pero calláis y tal vez os reís de mi ignorancia porque no acierto á encontrar lo que busco á pesar de tenerlo delante de los ojos.

Vosotras mismas sois morenas y no habéis emigrado á Francia, como yo creía, dejándoos permutar por otras tantas pálidas francesas.

Lo que habéis hecho es traduciros al francés, y traduciros á dos columnas; esto es, conservando debajo del texto blanco el texto moreno. Me lo acaba de decir en confianza y quitándome con su revelación un gran peso de encima una de vosotras, á quien inocentemente he hecho apostatar de su afrancesamiento.

Llegó un día (estoy ya enterado de todo) en que os hicisteis este razonamiento: «Si la geografía de España la aprendemos en francés, y las cortesías las hacemos á la francesa, y el devocionario con que rezamos está en francés, y del francés están traducidas, sacadas y arregladas todas las comedias que vemos en el teatro, ¿por qué no hemos de traducir y de arreglar nuestra fisonomía al francés? ¿De qué nos sirve vestir con trajes de París y hablar en francés, si mientras conservemos esta tez morena han de conocer que somos españolas?»

Y dicho y hecho: con media docena de lecciones de blanqueo y un diccionario de cosméticos quedasteis tan perfectamente traducidas al francés, que yo y otros muchos os hemos creído verdaderas francesas. Y como algunas de vosotras no sólo habéis traducido el cutis, sino que hasta el hermoso cabello negro le habéis puesto en francés con unos cuantos repasos rubios, he ahí por qué creíamos que los franceses, después de haberse llevado los lienzos de nuestros grandes artistas, habían cargado también con los modelos de aquellas grandes obras, dejándonos en cambio unas cuantas damas desteñidas y pálidas.

No ha sido así por fortuna, de lo que á Dios gracias me felicito sobre manera, y puesto que la desaparición de aquellos hermosos cabellos negros que los poetas confundían con el ébano y con el azabache no es sino cuestión de moda, espero que pronto pase ésta y volváis á verter al español lo que siempre debió de estar en castellano.

Y ahora os haré una relación sucinta del cómo y el cuándo he averiguado este secreto, que voy sospechando que para el público tiene una antiquísima publicidad.

Mi amiga doña Eduvigis Guzmán de Luna fué en sus mocedades una de las mujeres más hermosas de la corte, y consistía su principal belleza en un cutis moreno, pero terso y limpio, en el cual podían contarse los poros como se cuentan hoy con arreglo al arancel de aduanas los hilos en las telas de algodón. El negro de sus cabellos hacía parecer blanco el semblante, y eran sus ojos dos carbones encendidos cuando los abría de par en par para abrir una puerta cochera en el corazón que se le antojaba, y dos carbones apagados cuando los entornaba y los hacía verter su luz sobre las mejillas, que súbito se ponían como la grana. Los labios no eran de coral, porque esos labios son demasiado duros y no han sido nunca del gusto de nadie sino de los poetas, ni los dientes de marfil, ni el cuello de alabastro, ni ninguna de sus hermosas facciones tenía nada que ver con esas industrias; pero todas eran de lo mejor y comparables á ellas solas.

El corazón en que hicieron mayor estrago los ojos de doña Eduvigis ó al menos el que se confesó más estragado fué el de un caballero moreno también y de ojos y cabellera negra. Enseñóle el referido galán, no á doña Eduvigis, sino á su madre, el corazón *ferido*, y habiendo declarado la niña que también el suyo estaba *picado*, se le contó el caso al cura de la parroquia y al vicario, y se hizo un matrimonio moreno, pocos años después de haber lanzado los legisladores del año 1812 una excomunión política á la gente de color.

Pero el color de doña Eduvigis no era africano ni mucho menos, y no sólo permitía la mantilla blanca en días del Corpus y fiestas análogas, sino

que aumentaba su belleza cuando la enseñaba entre blondas blancas, y era cosa de alquilar plaza para verla si sobre una basquiña de red y un corpiño carmesí se encajaba la mantilla blanca de encaje ó bordada.

Decíase entonces, aunque doña Eduvigis aseguraba que eran bromas de su marido, que el vivo carmín que animaba sus mejillas no era natural, sino que le producía un largo beso que antes de salir de casa le daba una toalla un tanto áspera que tenía al efecto, y hasta hubo quien añadió que no era todo friegas de la toalla, sino que también había algo de colorete que doña Eduvigis tomaba muy pulcramente con la yema del dedo índice de unas pastillas de carmín sobre papel que entonces vendían, ¡pásmate, lector!, en las tiendas de comestibles. Pero esto, francamente lo digo, ni se averiguó entonces, ni se ha confirmado después.

Lo que hay de cierto es que doña Eduvigis conservaba su cutis moreno, como siempre, y que la prueba evidente de que, como ella decía, no se daba *mano de gato*, era que no se tapaba la cara cuando llovía, como hacían otras, ni llevaba un pañuelo de reserva para limpiarse el sudor de la cara. Morena la conocimos siempre, moreno siguió siendo siempre su esposo y muy morenitas fueron las cuatro niñas que nacieron del matrimonio. Doña Eduvigis y su esposo eran, como andaluces, descendientes de la raza árabe, y sus hijas, á tomarles en cuenta la obscuridad de sus rostros, volvían á empezar la raza.

Las vicisitudes políticas hicieron que perdiésemos de vista esa familia cuando la madre, que empezaba á ser jamona, entraba en el segundo período de su hermosura, casi más avasallador que el primero, y no habíamos vuelto á saber de ella hasta que una casualidad nos ha proporcionado noticias suyas.

Días pasados, hallándonos de visita en una casa en que se *hacía música*, según nos había dicho el dueño de ella, nos prendó de tal manera el talento con que una señorita de poco más de quince años ejecutó una pieza en el piano, que pedimos ser presentados á ella, como en efecto lo fuimos, y poco después á su mamá, que no lejos de allí estaba y que nos pareció de pocos más años que la hija.

Figúrate, lector, una mujer hermosísima, blanca como el alabastro, y aquí viene de molde la comparación de los poetas, con un cutis terso como el marfil, unos labios de verdadero coral, unas mejillas de carmín, unas pestañas que ni pintadas con un pincel y unos ojos negros, muy negros; figúratela, digo, con una gran cabellera rubia, toda encrespada y cubierta de flores, sin una arruga en la frente, ni un pliegue en la boca, ni una grieta en los labios, ni señal remota de que la pata de gallo se acercase al lagrimal del ojo, y verás si no te cuesta trabajo creer que aquella niña de quince años fuese madre de otra de diez y seis.

Naturalmente, y nunca más de buena fe, esa fué la primera galantería que le dirigí; y por cierto que la oyó sin inmutarse, ni ponerse más pálida ni más colorada, ni fruncir el ceño, ni arrugar el labio. Es posible que el Convidado de Piedra ó el Caballo de Bronce hubieran hecho más movimiento que el que hizo aquella señora, la cual se dignó, sin embargo, preguntarnos cómo nos llamábamos.

Y apenas habíamos pronunciado nuestro nombre, dijo sin inmutarse y como un verdadero autómeta:

—¡Es posible! ¡Cuánto he oído hablar de usted á mi mamá!

—¿Quién es su mamá de usted, señora?—le pregunté.

—Doña Eduvigis Guzmán de Luna—me respondió.

—¿Qué dice usted, señora? ¡Oh placer!—exclamé estrechándole con efusión la mano.—¿Y vive aún mi buena doña Eduvigis?... ¿Y su papá de usted estará muy viejo?

—No, señor, se ha muerto; mamá es la que vive.

—¿Y dónde podré verla?

—Aquí mismo—me replicó la hija de doña Eduvigis.

Y alzándose en pie, aceptó mi brazo y nos dirigimos á la sala de juego, donde se hallaba su madre.

En el camino, y precisamente al acusarme un espejo mi imagen y la de la señora que llevaba del brazo, una sospecha negra, muy negra, asaltó mi mente, y temiendo hacer un papel desairado si al llegar frente á una doña Eduvigis me encontraba con que no era la mía, me detuve y dije á mi compañera:

—¿Pero usted está cierta, señora, de que es hija de doña Eduvigis Guzmán de Luna?

—Ya lo creo que sí—respondió extrañando mi duda.

—¿Y de don...?

—Timoteo de Luna y Manrique—interrumpió la señora.

—¡Parece imposible!—exclamé.

—¡Imposible! ¿Y por qué? ¿Tan vieja me encuentra usted que...?

—Al contrario, señora, demasiado joven.

—Pues soy la mayor de todas mis hermanas—replicó con cierto aire de coquetería.

—¿La que nació en Sevilla?... ¡Rupertita!... ¿Usted es Rupertita?

—Justo y cabal; yo soy Ruperta—repitió casi en son de burla la señora.

—¡Vaya, señora, eso sí que no es posible! Aquí estamos padeciendo una equivocación gravísima que yo deseo aclarar cuanto antes para no molestar á usted más tiempo.

—Caballero—dijo Ruperta,—yo creo que si usted es quien me ha dicho

antes, y por lo tanto el íntimo amigo de mi familia desde que se establecieron en la corte, no hay engaño alguno. La admiración de usted se explica—añadió con aire de burla,—porque ustedes los señores mayores creen que los años pasan en balde, y se sorprenden de que en veinte que han transecurrido haya venido una nueva generación.

—Perdone usted, señora, que yo no soy de esas gentes, y no me admira la generación que viene, sino que desconozco á la que ya había venido. Y crea usted que me confunde lo que me está pasando hace un rato.

—¿Qué le pasa á usted?—me dijo Ruperta casi riendo.

Entonces me puse á mirarla de frente con una fijeza verdaderamente impolítica, y le dije:

—Dígame usted, Ruperta, la verdad, ¿usted no era morena?

—¡Caballero!—gritó la señora como si la hubiera hecho una grave ofensa.—Yo no he sido nunca morena, ni creo que tenga usted derecho para dirigirme semejante insulto.

—Perdone usted, señora, yo creía recordar que cuando usted nació y hasta la edad de diez años era....

—Blanca como la nieve—interrumpió Ruperta;—se lo he oído decir muchas veces á mi mamá.

—Y dígame usted, señora, ¿su madre de usted también es blanca?

—Como el alabastro.

—¿Y rubia?

—Como el oro.

—¿Y su padre de usted?

—No me acuerdo, porque cuando murió era yo muy niña; pero á juzgar por el retrato que tenemos en casa era el menos blanco de la familia.

—Pues, señora, si su madre de usted es blanca y sobre todo rubia, es otra Eduvigis la que yo busco. Aquella era una morena hermosísima, con mucha gracia, y con un pelo.... negro y grueso que era la envidia de todas las damas extranjeras que venían á la corte.

—¿Es aquella?—dijo Ruperta señalándome á su madre desde la puerta de la sala de juego.

—¡Aquella de la peluca rubia, que parece una desenterrada!—exclamé sin poder contener tamaña grosería.

—¡Caballero, esto ya es demasiado!—dijo Ruperta.

Y acercándose á su madre debió de decirle estas palabras: «Ahí tiene usted á aquel amigote de quien tantos elogios nos ha hecho, y á fe que es un solemne bárbaro.»

—¿Dónde está? ¿Dónde está?—gritó doña Eduvigis tirando las cartas y arrojándose poco después en mis brazos.

Yo correspondí maquinalmente á tan afectuoso saludo; pero, maquinalmente también, me solté de sus brazos, y poniéndole las manos en los hombros hice con ella lo que hace el aficionado á cuadros cuando trata de ver á qué escuela pertenece el que tiene delante de sí y le pone á diferente luz y á varia distancia para no ser víctima de la primera alucinación.

—Amiga mía—le dije por fin balbuciendo,—amiga mía..... ¿es posible que nos volvamos á ver!

Y esto debo confesarte, lector, que lo dije con miedo, porque era una solemne mentira, cuando menos en la mitad de la frase. Aunque algo envejecido, doña Eduvigis me volvía á ver á mí; pero yo no la volvía á ver á ella.

Excepto las ropas de hilo crudo, que á medida que se van lavando van emblanqueciendo, hasta deshacerse en hilacha blanquísima como los copos de la nieve, todas las demás personas y objetos oscuros que yo había conocido hasta entonces, el tiempo y el agua los iba ennegreciendo en lugar de aclararlos. Yo mismo, que fuí en mi niñez blanco, me iba tornando moreno, y mis manos, antes alabastrinas de puro blancas, se iban sombreando y curtiendo.

Doña Eduvigis era una excepción de la ley general, y no sólo había blanqueado como si su cutis hubiera tenido las propiedades del hilo de Escocia, sino que su rostro no tenía las del bacalao de ídem. Ni una sola arruga surcaba aquella fisonomía de yeso mate, que más parecía la de una estatua escapada de un sepulcro que la de un ser viviente; y á pesar de la profunda emoción que la produjo mi inesperada presencia, ni sus mejillas se coloraron, ni sus labios perdieron el color, y la frente se conservó fresca y estirada á pesar del peso con que la abrumaba la peluca.

Ruperta nos hizo una graciosa cortesía francesa á su madre y á mí y se volvió al salón del concierto.

Doña Eduvigis se retiró conmigo á uno de los gabinetes de descanso, y allí, después que hubimos tomado asiento, entablamos el siguiente diálogo:

—¡Vaya, vaya, mi buen amigo—me dijo,—y qué bien se conserva usted, que no parece que ha pasado un solo día desde que no nos hemos visto!

—No, señora—la repliqué,—no ha pasado un día, sino muchos años..... ¡Pobre D. Timoteo!....

Doña Eduvigis sacó el pañuelo al oír el nombre de su esposo para enjugarse las lágrimas dentro de los ojos, no hiciera el diablo que echaran á correr por las mejillas y armasen un barrizal diabólico, y después que se hubo serenado me dijo:

—¿Vive usted en el campo?

—No, señora.

—Le encuentro á usted demasiado moreno. ¡Usted que era tan blanco!..., lo cual hacía rabiar bastante á mi difunto Timoteo.

—Pues no me dijo nunca que no le gustara la gente blanca.

—Al contrario, si lo que tenía era envidia porque yo, cosas de jóvenes, siempre estaba diciendo: «¡Quién pudiera robarle la blancura á tu amigo: á él no le sirve de nada, y si yo la tuviera!...»

—¡Ah! ¡Ya caigo! Y por eso....

—¿Por eso, qué?—preguntó asustada doña Eduvigis.

—Por eso ahora, después que ha muerto D. Timoteo, ha encontrado usted ocasión de adquirir la blancura que tanto codiciaba.

—¡Caballero!—gritó indignada doña Eduvigis.

—No se incomode usted, señora—le dije,—y recuerde las muchas galanterías que le dirigí en sus mocedades.

—Ya, pero ahora.... quiere usted dar á entender....

—Ahora y siempre quiero decir y digo que quien se acuerda de aquella hermosa tez morena que usted tenía y con la que tantos celos causaba á las mujeres blancas, y aquel pelo negro como el ébano, y aquellas cejas pobladas y negras que lucían tanto como los ojos, siente haber vuelto á encontrar á usted transformada en una de aquellas hermosuras pálidas y frías que usted y yo calificábamos tan duramente entonces.

—Verdad, amigo mío—dijo doña Eduvigis, olvidándose con mis lisonjas de la fiereza con que empezó el diálogo,—verdad que donde estaba una morena de aquellos tiempos, vivaracha, ojinegra y de fisonomía expresiva é insinuante, no había nadie que la hiciera sombra.

—Claro es que sí; pero dígame usted: ¿es posible que ya no quede ninguna de aquellas morenas? ¿Se ha extinguido la raza española, ó qué es lo que ha sucedido?

—¡Al contrario—dijo doña Eduvigis;—ahora hay más que antes!

—¿Pues dónde están que no las veo ni en el teatro ni en el paseo ni en los bailes ni en ninguna parte?

—No las ve usted porque.... francamente.... porque todas están pintadas. Ahora mismo ha venido usted aquí del brazo con una de las mujeres más morenas que hay en España.

—¿Quién es?

—¡Toma! ¿Quién ha de ser? ¡Mi hija!

—¿Su hija de usted es morena?

—Casi mulata.

—¿Y tiene el pelo negro?

—Como el azabache.

—Pues entonces, ¿cómo la he mirado yo que le he dicho...?

—Sí, ya lo sé; me lo ha contado al oído.

—Pero explíqueme usted, señora, ¿qué es lo que pasa? ¿Están ustedes proscritas, ó viajan de incógnito, ó qué es esto?

—Nada, que es moda.

—Ya, pero en nuestros tiempos la moda no se metía para nada con el cutis.

—Sí, señor, también andaba en algunos tocadores la *mano de gato*.

—Sí, pero no pasaba de algunos ligeros baños del agua de Venus y algo de aquellas pastillitas de carmín.

—Ciertamente que no hay comparación entre una cosa y otra; pero tampoco la química estaba entonces tan adelantada como ahora.

—Es decir, que ahora se tiñe y se retiene como se quiere. Pues entonces no comprendo por qué Ruperta se ha incomodado tanto conmigo porque le he dicho que cuando yo la conocí era morena. La misma razón tendría su hija para enfadarse si se tiñera de negro el día de mañana y le dijese que había sido rubia como un oro.

—El caso es que esa, si se enfadaba, estaría más en su lugar que mi hija.

—¿Por qué razón?

—Porque mi nieta también es morena.

—¿Qué está usted diciendo?

—Más que su madre.

—Es decir, que á medida que se van ustedes blanqueando, los retoños van siendo más negros—le dije riendo.

—Justo y cabal—contestó doña Eduvigis aceptando mis palabras.

—Pero ¿cómo pueden ustedes vivir con tantas falsificaciones?—le dije.

—Muy mal, amigo mío, muy mal; porque ¡usted no sabe todo el tormento que causan estos revoques de fisonomía! ¿Ha padecido usted alguna vez fluxión de muelas?

—Sí, señora.

—¿Y se ha dejado usted embadurnar el carrillo con una capa de almidón?

—Muchas veces.

—Pues ya sabe usted lo que cuesta el dejar de ser morena, sin contar con otras cosas que deben callarse. ¡Mire usted que esto de no poder cerrar con libertad la boca porque no salte la cascarilla del labio, ni reir fuerte para que no se resquebrajen los carrillos, ni llorar para que no se forme barro, ni limpiarse el sudor, es un tormento continuado!

—¿Y cómo no rompen ustedes con esa moda que es un verdadero suplicio!

—Por vergüenza.

—¿Vergüenza de qué?

—De que vean que somos morenas.

—¡Pero, señora, suponiendo que hoy sea un delito lo que antiguamente era un título de gloria, no saben que son ustedes morenas el perfumista que les da las drogas, la doncella que se las prepara y finalmente cuantos las ven de día, que de sobra conocen el revoque de la fachada! Pues qué, ¿hay alguna señora que pueda creer que sea fácil de confundir una rubia industrial con otras de nacimiento? Aquel cutis terso, suave y transparente de las mujeres blancas, á través del cual se percibe la rosada circulación de la vida, ¿puede compararse nunca con ese barniz blanco de los falsificadores, que quita toda flexibilidad y toda transparencia? ¡Y cuándo logrará la industria imitar la belleza de una cabellera rubia, ni el dulcísimo mirar de unos ojos azules!

—¡Vaya, vaya—dijo doña Eduvigis picada,—veo que se va usted entusiasmando demasiado con las rubias!

—Como siempre—le repliqué;—sino que es una verdad que no tiene réplica. Aun suponiendo que el arte llegase á inventar un tinte que no le quitase al cutis su transparencia y su frescura, siempre resultaría que las facciones irían por un lado y el color por otro. Pinte usted á un albino de negro y á un negro de blanco, y usted verá qué figuras tan repugnantes son los dos, teniendo cada uno de ellos su belleza relativa. Créame usted y recomiende á Ruperta que no se deje ver á la luz del día.

—Mire usted, de día nos ve poca gente; en primer lugar, porque mis hijas, que yo no me cuido de eso, no salen de su cuarto hasta la una de la tarde y no reciben visitas; porque hoy día, como usted sabe....

—Sí, ya sé que no hay amigos.

—Sí tal, los hay; pero no se los recibe sino un día á la semana, y ordinariamente de noche.

—Pero de todos modos, ¿cree usted que habrá nadie que ignore....!

—No, señor; lo saben todos, pero nadie dice nada. Por un convenio tácito, las señoras se pintan del color que quieren y se cuelgan toda la hermosura que les da la gana, y los hombres saben que están pintadas, pero todos se guardan el más profundo secreto. Y antes por el contrario, se hacen más elogios de esta tez de ahora, que todo el mundo sabe lo que cuesta el adquirirla y el perderla, que de la de antaño, que entraba con el capillo y salía con la mortaja, como dice el refrán. La única ventaja que tiene este sistema de fisonomías, es que cada día se puede estrenar una distinta, y que no hay que echar la culpa á nadie si la restauración no está bien hecha.

—¡Vaya, vaya!—dije estrechando la mano á doña Eduvigis.—Estoy deseando ver á Rupertita para pedirla perdón por mi torpeza y decirle que ya lo sé todo.

—No hará usted tal, si quiere ser su amigo.

—¿Y por qué?

—Por lo que acabo de decir á usted; porque es convencional el silencio.

—Pero señora, eso es una ridiculez. Eso sería lo mismo que hacerse uno el desentendido en presencia de una escultura de madera que se la encontrase de repente pintada. Hasta el artista se resentiría de que no se elogiase su obra.

—¡Pues qué quiere usted, las mujeres nos resentimos por lo contrario, y no será porque no hay algunas que iluminan su rostro con más primor que el mejor de los pintores! Y para que vea usted hasta qué punto se guardan las formas, que los maridos de mis hijas, que saben de sobra, ¡figúrese usted si lo sabrán!, que van pintadas, jamás les han dicho una sola palabra. ¡Y Dios nos libre de que algún día hicieran la menor insinuación!

—Pues, señora, yo seré todo lo bárbaro que usted quiera; pero si algún día veo alguna señora que esté bien restaurada, le haré un cumplido por su obra.

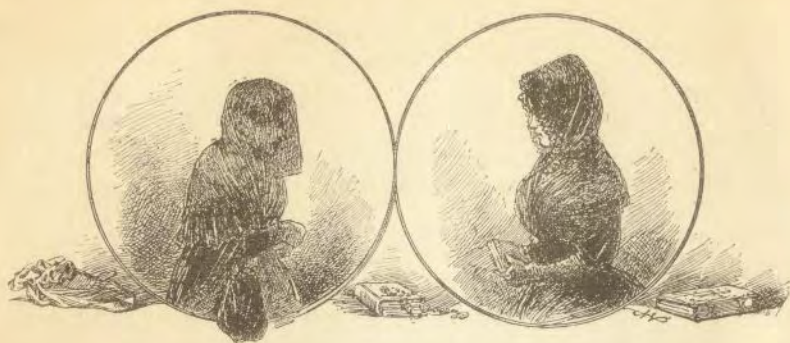
—Será una grosería.

—Será lo que usted quiera, pero más grosería es que una dama presente una preciosa labor tan á la vista como es la cara y no se elogie su habilidad.

—Mamá—dijo á este tiempo Ruperta, asomándose á la sala de juego, —si quieres oír á Elisa el aria del *Trovador* ven corriendo.

Yo me despedí de doña Eduvigis, que me exigió que fuera á verla á su casa, donde me hablaría de otras cosas que es posible que otro día ponga en noticia del lector.





CUADRO XLIV

LA SANTURRONA Y LA DEVOTA, Ó DOS DEVOCIONES Y DOS DEVOCIONARIOS

Mucho me holgara, querido lector, de saber que la escena que tan al vivo acabo de referirte en el cuadro anterior no te había desagradado, porque esto me animaría á escribir el presente sin el natural temor que siempre asalta á quien, desde el retiro de su gabinete, dirige sus pláticas al público sin saber la cara que éste pone al recibirlas hasta que á él le ha salido el desengaño á la cara. Pero ya que es preciso conformarse con esta ley durísima y que no se puede consultar previamente á los lectores ni sobre el asunto que se va á tratar ni acerca de la forma en que ha de ser tratado, ni los escritores pueden hacer lo que el orador, que si ve que el auditorio tuerce el gesto, le es fácil torcer el tema de su discurso, conformémonos con lo establecido y establezcamos el tema del presente sermón.

No vamos á predicar contra los mojigatos de antaño ni contra los de hogaño, ni menos venimos á quebrar lanzas en defensa de la devoción de las santurronas ni en pro de la religiosidad de las modernas devotas. Vamos á escribir dos biografías, á exhibir dos tipos y á presentar dos retratos.

Al lector le toca decir cuál de ellos le gusta más, ó si los dos le parecen peores.

Nosotros no tenemos opinión formada en este asunto, ó para hablar con más propiedad, no queremos pensar á voces en esta materia.

Y no porque la creamos delicada y comprometida, que de otras más difíciles nos hemos ocupado en este libro, sino porque ya habrá visto el lector que en ninguna de ellas hemos dado nuestra opinión, sino que en todas hemos dejado al público en completa libertad para opinar como mejor le diere la gana.

Haz, pues, lector, en este caso lo mismo que en los anteriores, y allá te van mis dos personajes: la *santurrona* de 1800 y la *devota* de 1850.

La primera te la dibujaré de memoria, porque ya murió y no me atrevo á exhumarla; la segunda te la daré fotografiada, porque vive y la estoy viendo á cada momento.

Una de ellas, y no es difícil adivinar á cuál me refiero, se levantaba *con estrellas*, salía de su casa á obscuras y veía rayar el alba á la puerta de una iglesia para que nadie pisara el santo templo antes que ella, que había sido la última en abandonarle el día anterior; la otra duerme mientras se despierta el alba, y ya están las calles bien alumbradas cuando entre sol y sombra se dirige á la iglesia momentos antes de que el sacristán se disponga á cerrarla. Aquella oía todas las misas que se decían antes de la mayor, á la que también se quedaba, y ésta oye todo lo que falta de la que cuando ella llega suele estar empezada. Devota del mediodía la segunda, tiene menos horas de devoción que la que madrugaba, no para ser la devota del alba, sino para consagrar todo el día á la devoción.

La santurrona se arrodillaba sobre el duro suelo, se sentaba sobre éste y sus propios tobillos, cruzaba los brazos para rezar ó los abría en forma de cruz, besando la tierra con verdadera humildad cristiana; la devota, por el contrario, se arrodilla sobre un reclinatorio que ella cuida de llamar *prie-Dieu*, se sienta cómodamente en una silla con respaldo, no cruza los brazos ni las manos, y en vez de bajarse para besar el sucio suelo, se acerca á los labios una elegante medalla de oro ó de plata. La primera doblaba la rodilla siempre que veía á su padre confesor y besaba la mano á cuantos frailes y curas encontraba en la calle, al paso que la segunda, si tiene confesor fijo, se hace la distraída cuando le ve en público, y si halla algún sacerdote que sea conocido suyo, le coge la mano, no para besársela, sino para apretársela afectuosamente como á los demás amigos, El fraile tuteaba á la santurrona y la regañaba y la gruñía; el cura cuando encuentra alguna devota suele decir: «Señora, estoy á los pies de usted.»

Pero sería interminable este paralelo antitético si hubiéramos de continuarle hasta examinar toda la vida de cada una de esas dos mujeres, y habría más de una ocasión en que nos sería imposible de todo punto

comparar entre sí los hechos de ambas. Por de pronto, y esto desde luego le habrá ocurrido al lector, no consagrando la una igual número de horas que la otra á las prácticas devotas, el paralelo es imposible. Olvidémonos, pues, de la segunda y hagamos el retrato de la primera, acudiendo, como hemos dicho antes, al archivo de nuestra memoria y refrescando ésta con los datos que podemos tomar al natural de varias individualidades que aún se conservan de la que antaño fué numerosísima familia.

La santurrona que nosotros recordamos era soltera y huérfana de padre y madre. De este modo no había que decir de ella lo que de otras, que abandonaban las haciendas de su casa y el cuidado de su esposo y la educación de sus hijos por pasar la vida en la iglesia *comiéndose los santos*. Era mayor de edad de hecho y por derecho; tenía la intención libre, y sólo á Dios debía dar cuenta de sus acciones.

Vivía sola y sin otra compañía que la de un perrito dogo muy feo y muy viejo, cuya casta, hoy muy codiciada entre los ingleses, casi pertenece á la historia, como si hubiera sido una de tantas instituciones y cosas incompatibles con el sistema político actual. Una vecina, también santurrona, pero que no cobrando orfandad por el Estado tenía menos tiempo para santurronear, le hacía por una módica retribución las faenas de la casa, para las cuales no era muy melindrosa la pobre huérfana, por más que los maldicientes de la vecindad dijeran que *se trataba á cuerpo de rey*; que á juzgar por esta frase antigua, era entonces el cuerpo mejor tratado: como que no reinaba á medias con nadie y gobernaba á su capricho, según su leal saber y entender.

Las paredes de su habitación estaban todas llenas de estampas de santos, no adornadas con lujosos marcos dorados, sino enclavadas en el muro con unas tachuelas negras y á veces pegadas con cuatro obleas ó con un poco de engrudo; entre esas láminas se hallaban doscientas advocaciones de la Virgen y otras tantas de Nuestro Señor, y quinientos santos é igual número de beatos, y la oración para los truenos, y la de las calenturas, y veinticinco patentes de hermandades y otros tantos sumarios de indulgencias, y en suma, la casa toda estaba santa y completamente empapelada.

Sobre la cama, que era de pino, pintada de verde, se veía un gran crucifijo de marfil y dos pilillas para el agua bendita, una de corcho y otra de loza de Talavera, unas disciplinas, un cilicio, un gran rosario, un gorro de seda bendito para curar las jaquecas y otros varios objetos de devoción. En las mesas y rinconeras había muchas efigies de santos de talla y barro cocido, y por último, en el pequeño oratorio de la huérfana conservaba ésta varias reliquias de santos, alumbradas de día y de noche por una lámpara de aceite.

De los libros, aunque no eran pocos, se da cuenta en pocas palabras, porque todos se reducían á los doce tomos del *Año Cristiano* y los dos de las *Domínicas*, á un ejemplar del *Kempis*, otro de la *Guía de pecadores*, una *Semana Santa*, un *Ejercicio de la misma*, treinta ó cuarenta libritos para la *Visita de altares, estaciones, vía crucis* y demás solemnidades de la Iglesia, y otras tantas novenas á otras tantas vírgenes y santos de la especial devoción de la santurrona.

A excepción del *Año Cristiano* y de la *Guía de pecadores*, que eran libros de lectura casera, de las demás obras elegía la huérfana cada día los que necesitaba, y embutidos en la gran bolsa, propiamente llamada *ridículo*, colgaba éste al brazo y se dirigía á la iglesia.

La llave de su habitación la arrojaba por debajo de la puerta de la vecina, si ésta no había dejado la cama tan temprano, y la de la calle la guardaba en el bolsillo, emprendiendo su marcha después de haberse santiguado tres veces y escupido otras tantas y echádose el velo de la mantilla á la cara.

Nunca llegó á la puerta de la iglesia después que ésta estuviese abierta, y allí de madrugada tenía su rato de tertulia matutina con otras tantas santurronas, no todas, por desgracia, solteras ni exentas de obligaciones; y es fama que la murmuración andaba tan suelta como la lengua y que ésta no paraba. Pero no se crea por esto que aquellas mujeres hablaban mal de sus semejantes, imputándoles faltas que no tuvieran ni levantándoles falsos testimonios, sino que profesaban con fe el amor al prójimo, y como amaban á sus vecinos y á sus conocidos como á sí propias, interpretando textual y literalmente la doctrina cristiana, les parecía mal, muy mal, que no hiciesen exactamente lo mismo que ellas. Verdad es que algunas veces tampoco se libraban de la murmuración las que madrugaban y como ellas salían de casa con dirección á la iglesia; pero esto lo hacían porque sabían que no era todo oro lo que relucía, y decían algo parecido á lo siguiente:

Una beata (saludando á las demás).—Santos y buenos días nos dé Dios, señora. ¡Vaya que cada día van ustedes siendo más madrugadoras! A mí se me han pegado hoy las sábanas más que á mi vecina la consejera, que ha salido de casa media hora antes que yo.

Otra beata.—Iría á confesar.

La primera.—¡Quién lo duda! No lo decía yo por otra cosa, que ella es muy buena cristiana y vive siempre en el santo temor de Dios, y todo lo que en contrario se diga son calumnias de gente desocupada y de malas lenguas.

La segunda beata.—Pues mire usted, amiga, su vecina de usted tiene desgracia en ese punto.

La primera beata.—¿Por qué dice usted eso?

La segunda.—Por nada; que mis palabras no la ofendan. ¡Ave María Purísima! El Señor nos libre á todas de una mala hora, de un testigo falso y de una mala voluntad.

La primera.—Según eso, le han dicho á usted algo en contra de mi vecina; pero créame usted que será una verdadera calumnia, porque yo la conozco, y aunque no la trato, porque su casa es un misterio, jamás he visto en ella cosa alguna que pueda perjudicarla.

La segunda.—Así lo creo yo, y cuando me han dicho que el galán que la acompaña no es primo suyo, he defendido lo contrario.

La primera.—Ha hecho usted muy bien en defenderla, porque no sólo es verdad que son primos, sino que son primos carnales, y natural es que habiendo ella quedado viuda tan joven, la acompañe algunas veces á paseo y á la iglesia.

La segunda.—Pues mire usted, lo de la iglesia no lo quería yo creer.

La primera.—Pues créalo usted, porque siempre van juntos; á estas horas ya se habrán encontrado.

Una nueva interlocutora.—En ese caso, el diablo hará el resto. ¡El Señor nos libre á todas de una mala hora!

—Amén—contestaban las demás beatas.

Y saludando con afecto al sacristán, que las correspondía en público con un gruñido y en secreto con cosa peor, entraban en el templo á oír misa á porfía, á recorrer uno por uno todos los altares, sacando del ridículo diferente libro en cada uno de ellos y soltando sus culpas en el confesonario el día de la semana que destinaban á cumplir con este santo sacramento; cosa que muy á su pesar no hacían diariamente, porque no tenían licencia superior para ello.

Nuestra huérfana, sin embargo, podía hacerlo más á menudo, y con mayor frecuencia también ayunaba y comía de vigilia los potajes que le guisaba su vecina. Siendo ella misma la que por sus propias manos confeccionaba los tarros de almíbar y los platos de leche con que regalaba á su padre confesor en el cumpleaños y días del reverendo y en las fiestas solemnes.

Cuando se acababan las misas rezadas volvía á su casa de prisa y corriendo, y no almorzaba despacio para volver á salir pronto en dirección de la iglesia en que hubiera misa y sermón solemnes, y de allí á rezar el jubileo de las cuarenta horas; y por la tarde, después de comer y dormir la siesta y leer la vida del Santo y hablar un rato con la vecindad de las vidas de algunos pecadores, vuelta á empezar la tarea por asistir á una novena y á la reserva del Santísimo y á la procesión que salía por las calles, en la que mi santurrona iba, con otras doscientas mujeres, con su cabeza baja,

su escapulario sobre los hombros y su vela encendida en la mano. Vela que regalaba después á la iglesia, sin perjuicio de otra que cuidaba de llevar en las festividades de los santos de su devoción, encargando que le guardaran los cabos de todas ellas para encenderlos cuando tronaba y en tiempo de sequía y de peste y otras calamidades públicas, ó cuando no andaban bien sus negocios privados.

Las ocupaciones profanas de mi huerfanita eran pocas, pero todas honestas y para ella muy baratas. Comía cuatro veces á la semana en otras tantas casas donde se guisaba mejor que en la suya, y en ellas de noche jugaba á la perejila después de haber rezado el rosario, y hacía hilas para el santo hospital, ó deshilachaba la fama de alguien si, como hoy se dice, *se ponía sobre el tapete* algún lance digno de examen y de murmuración.

De todos modos, debemos declarar que la santurrona no ofendía á nadie, ni siquiera al perro dogo, que era su único amor profano y con el cual pasaba largos ratos en deliciosos coloquios; siendo cosa de ver cuál se ponía de incomodada cuando algún vecino pegaba al perro porque ladraba ó hacía cosa peor. Después de apostrofarlo todo lo más duro que le era posible, concluía con esta jaculatoria: «¡Perdonadme, Señor, que no sé lo que me digo! El enemigo malo (aludía al vecino) me tienta para hacerme perder la humildad y la devoción. ¡Animalito de Dios (aludía al perro), que no se mete con nadie y todos le tienen envidia!»

La devota de estos tiempos, en que ya no existen los conventos que había en aquéllos, tiene su devoción establecida en la iglesia parroquial, en la cual, aunque ella no esté allí, está siempre su silla de coro en el estrado que para las señoras se ha establecido en todos los templos con su cobradora á la vista para recaudar al contado cuatro ochavos por cada asiento. No madruga porque está segura de encontrar sillas á cualquier hora que llegue con dos cuartos en la mano, y lleva á la vista, no oculto en la faltriquera, sino rodeado á la muñeca en forma de pulsera, un rosario de luciente nácar, engarzado en oro abillantado, y á la vista también un precioso libro de tapas de marfil con cantoneras y adornos de plata y cantos de gran lujo, con muchas vírgenes y santos por defuera.

Acércate, lector, á observar el rótulo de ese precioso dije y verás que se titula *le paroissien illustre* ó *le paroissien complet* ó *le paroissien roman*, y si no quieres tomarte ese trabajo, yo te diré todos los libros que tiene en su casa la devota, y por fuerza ha de ser uno de ellos el que lleva en la mano cuando va á misa y el mismo que conserva si desde la iglesia va á las tiendas ó á visitas de confianza. El ridículo se usaba para guardar los libros devotos cuando las gentes no cuidaban de lucir y de pasear la devoción; ahora hacemos todo lo contrario.

Sobre un precioso reclinatorio de *chicaranda*, de forma y adornos ojivales, porque este género es, como sabes, el de la gran devoción, se ven en casa de la devota moderna los siguientes libros modernísimos: *Les jeunes personnes á l'école de Maria*, *le livre du mariage*, *le livre de première communion*, *le fervent chrétien*, *le livre de prières de Fenelon*, *le palmier celeste* y otros varios; todos en francés, como sus títulos lo indican, y todos elegantemente encuadernados, ó como dice la dama devota, con *reliures en beau chagrin ó en ivoire ó en velours avec du jonc argenté ou doré*, y todos perfumados, no con incienso ni mirra, sino con esencia de rosa ú otros aromas de salón que alcanzan al reclinatorio.

También las estampas de los santos son francesas, con santos franceses, y no las tiene la devota pegadas á la pared, sino que las lleva en los libros de devoción para tenerlas constantemente á la vista.

Imposible parece que los hombres de este siglo se empeñen en escribir á la cabeza del martirologio de la libertad los nombres ilustres de Daoiz y Velarde, y que ciertos hijos de esa libertad y de este siglo se empeñen en hablar constantemente francés, en rezar en francés, en comer á la francesa y en vivir en todo y por todo como si estuviéramos en Francia.

Pero no por parecer imposible deja de ser muy cierto, y ahí tienes, lector, á la verdadera devota de estos tiempos, que no sólo tiene el reclinatorio para orar traído de París y el rosario con que reza engarzado en Francia, sino que las oraciones las dice en francés, y sólo al soltar las culpas, como la confesión es secreta, ignoramos si lo hace en francés ó en castellano.

Para el púlpito es más delicada que la santurrona y quiere predicadores de buen tono; de esos que huyendo, con razón, de la oratoria frailesca que con tanta gracia censuró el padre Isla, caen á menudo, sin razón, en la académica y parlamentaria, que aún no ha caído, pero que más tarde ó más temprano caerá bajo el dominio de otra sátira no menos justa y necesaria. La devota asiste al sermón, pero no alumbrá en la procesión, ni para que se vaya de la iglesia tiene el sacristán que gruñirla ni anatematizarla. Empieza sus devociones tarde y las acaba temprano. La santurrona de antaño, que sabía algo de latín, le diría si la conociese: *Sero venis, cito vadis, nunquam bonus scolasticus eris*.

Pero la devota de hoy está en la iglesia menos horas que la santurrona de ayer porque en su casa se emplea en otras tareas piadosas, que la hacen muy digna de la estimación de las gentes, por más que no siempre se haga justicia á sus buenas obras. Y esto consiste en que ella no puede hacerlas por sí sola, sino que ha de contar con el bolsillo del prójimo para socorrer al otro prójimo que tiene hambre, á los otros prójimos que están enfermos y á los projimitos que no tienen padre.

Para estas obras de verdadera caridad cristiana, por más que vayan unidas á una corrida de toros, ó al espectáculo de un descoyuntado, ó de unos pobres huérfanos que con peligro de su vida ó ya medio muertos trabajan en un trapecio, se une la devota á esas señoras piadosas, infatigables en aliviar las desgracias de sus semejantes, y lanza una saeta al capitalista y otra al aristócrata y otra al amigo, que no es ni lo primero ni lo segundo, y éstos son los únicos que murmuran de lo que no es digno de murmuración.

Y para que no se nos confunda con esas gentes, creyendo que nos parece mal que la devoción moderna tome la forma de una tarjeta, avisándonos que la señora de N pide para los pobres tal día en tal iglesia, ó la de un par de billetes para la función á beneficio de los pobres, ó dos docenas de cédulas para un objeto análogo, aquí damos por terminado el cuadro, siquiera haya quien diga que no está bien hecho.

Peor sería que dijese otra cosa.





CUADRO XLV

UNA MADRUGADA EN 1850

Decían los antiguos que «al que madrugaba Dios le ayudaba» y que «los que se levantaban tarde ni oían misa ni comían carne.»

Cuando tales cosas se decían y tales refranes se inventaban, recogíanse las gentes en sus casas á las nueve de la noche en invierno y á las diez en verano, cerrábanse las tiendas al obscurecer, las botillerías poco más tarde y los teatros algo más temprano, porque los alcaldes de Casa y Corte habían dispuesto, *para evitar los desórdenes que causa la obscuridad en concurso de ambos sexos*, que las comedias empezaran á las dos de la tarde y sólo duraran tres horas para lograr que *se saliese de día* de los coliseos.

Hoy, por el contrario, las gentes entran en sus casas al día siguiente de haber salido de ellas; las tiendas se cierran á la media noche y algunas de ellas apenas se abren de día; los cafés duermen una siesta brevísima después de las tres de la madrugada; los casinos y las tertulias se acaban una hora después que ha amanecido y no se cierran nunca, y los bailes duran hasta que el sol del nuevo día calienta las espaldas de los bailarines. Por esta razón la madrugada, que sigue siendo la hora del amanecer, la del alba, que dijo Cervantes, no es la hora de levantarse de la cama, sino de acudir á ella. Ahora ya no se madruga, sino que se trasnocha, y las gentes que andan por las calles al amanecer no son madrugadores, sino trasnochadores.

Antiguamente no había más trasnochadores que el sereno del barrio, el pocero, el mayoral de las diligencias de Sabatini, el tahonero y el teniente de cura que estaba de guardia en cada parroquia para administrar de noche los santos sacramentos. Estos eran los únicos que al amanecer se iban á acostar. Los demás que andaban por las calles á esas horas, todos habían dormido y roncado á su satisfacción.

Por casualidad se encontraba algún soñoliento, fuera del comadrón que había sido arrancado de la cama á deshora de la noche, ó del alcalde de barrio, á quien se le antojaba rondar con unos cuantos vecinos honrados las casas en que los demás vecinos, honrados también, dormían á pierna suelta.

Que recuerde el lector *la madrugada* que hicimos en las primeras páginas de esta obra y verá cuán despiertos estaban todos aquellos madrugadores de antaño. Como que una hora después de amanecido ya estaban abiertas de par en par las ventanas de todas las alcobas y ahorcadas en muchas de ellas las ropas de la cama. ¡No sino tener cerradas á las ocho de la mañana las maderas de un dormitorio, y habrían visto acudir la vecindad alarmada preguntando si había enfermo en la casa!

La naturaleza no ha variado ni poco ni mucho los itinerarios de la luz, y el sol sigue haciendo sus viajes de invierno y de verano con la misma regularidad y á las mismas horas de antaño; pero las gentes que andan por la calle á la luz del crepúsculo matutino no han madrugado. A excepción de alguna joven de rostro icterico, que en la estación del estío sale con su madre á hacer ambas una legua ó legua y media de paseo higiénico, todas las demás personas que parecen madrugadores son soñolientos y trasnochadores de oficio.

El comerciante que abría temprano su tienda cuando el parroquiano se acostaba al anochecer y se levantaba antes de haber amanecido, ronca á su placer desde que ha visto que las gentes no son madrugadoras, y á la hora del alba están cerradas todas las puertas de la capital, y es el momento de mayor silencio que tiene la humanidad civilizada en este siglo poco silencioso y nada tranquilo.

A esa hora duermen ya en sus miserables viviendas los pobres muchachos que han enronquecido pregonando hasta la una de la madrugada el periódico nuevo y la caja de fósforos, y descansan en sus cuadras las yeguas que al salir el alba se desnudaban y soltaban el carruaje después de haber dejado la preciosa carga que llevaron al baile de trajes, al baile de máscaras, al baile serio, al de etiqueta, al baile de confianza, al *te danzante* ó á cualquiera de esas reuniones bailadoras y bailables que nos han convertido á todos en unas infatigables perinolas.

Los cocheros y los lacayos, que tienen la envidiable virtud de roncar

antes de haberse acostado, empalman el sueño que habían empezado á la puerta del salón del baile; y todos los que han pasado la noche bailando, jugando, maldiciendo, conspirando ó simplemente barrenando con los codos la mesa de un café, se preparan para dormir ó están cuando menos saludando el lecho que tuvieran huérfano por espacio de tantas horas.

Algunas de estas gentes y otras de que te hablaré más adelante son, amigo lector, los pájaros que saludan la alborada, no con el cántico del nuevo día, sino con la última estrofa del nocturno, que no es para ellos otra cosa la hora de la madrugada.

El lego de las órdenes mendicantes que antes de que se acostasen las estrellas salía de su convento con la alforja al hombro para buscar una caridad de pan en la tahona y una limosna de legumbres en las plazuelas, ha sido reemplazado por una beata que no lleva alforja al hombro, sino que todas las caridades las trae en el buche, y la maritornes alcarreña que iba á la sisa y á la compra antes de amanecer, se ha trocado en una vestal que ha sisado media hora de baile para llegar á casa de sus amos media hora antes de que éstos se despierten y puedan notar su ausencia.

La vestal enseña por debajo del velo blanco y de la corona de jazmín un rostro negro como un zapato, y las manos, que antiguamente le sudaban pringue, ahora no le sudan ambrosía á pesar del *pachoulé* y del guante blanco.

Al galán que la acompaña le da con la puerta en los hocicos, sin poner el suyo serio, y aquel mancebo, que suele serlo por la edad y por el oficio, se va á esperar que su patrona abra la casa para entrar en ella ó que el maestro se levante para afeitarse á los parroquianos.

No tiene tanta prisa en buscar su casa la beata que ha salido del salón del baile, y que con el rosario colgado en la cintura, la correa flotando sobre el anascote, el velo á la cara y ésta cubierta con el antifaz, viene platicando con un morazo de diez dedos sobre la talla, con el turbante medio caído, la faja desceñida, las babuchas maltratadas, el jaique arrugado y el albornoz partido.

Pareja edificante para los que crean que aquellas tocas son lo que parecen y que la beata viene convirtiendo al moro á la fe cristiana; risible para los que sepan que el morazo es un honrado tendero, cien veces más cristiano que la beata, que no es sino una traviesa oficiala de modista; pareja apedreable en los tiempos de antaño en que la habrían tomado por una pareja de diablos aparecidos, y pareja muy natural y muy corriente en estos tiempos de la careta, del carnaval y de los bailes de máscaras.

De convertirse tratan recíprocamente y cada cual á la fe de su mutuo amor, y por esto vagan al amanecer, no perdidos en la enramada como las tórtolas, sino de calle en calle, arrullando su declaración amorosa al arrullo del vocerío de las plazuelas y de los mercados. Aunque todas las tiendas de la corte estén cerradas, el vendedor de leche de vaca y bollos ha contado con aquella pareja y ha abierto su despacho para que la beata busque un digestivo al jamón con tomate, á la ternera mechada y á los pastelillos con que se dejó regalar en el baile.

El moro paga este nuevo gasto con tan poca aprensión como pagó el de la carne de cerdo, y la beata en pago le enseña á medias el rostro, le aprieta por entero la mano y le da una cita para el baile inmediato ó prolonga la entrevista hasta más allá de la salida del sol y más allá también de la casa de vacas.

Al mismo tiempo que la pareja convertida vaga por las calles, se ven también en ellas otros grupos de enmascarados, con trazas de verdaderos aparecidos y que pondrían espanto y miedo en el ánimo más esforzado si no se supiera quiénes son, á pesar de no ser ninguno de ellos lo que parece.

Si el fabricante de espejos tuviera la mala intención de madrugar y poner las muestras de su casa para que se viesen en ellas las caras los que salen de un baile, ó habría menos de éstos ó se acabarían antes de la madrugada.

Verdad es que la mujer que sale á la calle hastiada de oirse llamar hermosa en el salón de baile, podría entrar en sospecha de lo que ha hecho la luz del día en su cara con sólo observar que el galán que la acompaña no vuelve á decirla una sola galantería, y aun si reparara en el rostro desencajado y fúnebre que tiene la que fué su rival en hermosura nocturna, podría ver allí su propia imagen; pero á ninguna de ellas le ocurre entrar en comparaciones en aquel momento en que sólo anhelan llegar á su casa hastiadas de baile y de amor. ¡Y qué mucho es que ellas no se asusten recíprocamente de sí propias, si los hombres que las ven mustias y despintadas se las vuelven á imaginar bellísimas la noche siguiente en el salón del baile!

Bien hace la beata en no tener tanta fe en la del moro y en conservar su cara oculta tras del tafetán hasta que á solas se la descubra en su casa.

El silencio con que caminan aquellos grupos de bailarines, menguándose en cada esquina para irse repartiendo en sus distintas barriadas, hace que se perciba el rápido rodar de dos carruajes que marchan á compás el uno tras del otro, buscando ambos el camino de la ronda y cual si fueran á una jira ó á una partida de caza.

En cada coche van cuatro caballeros, no menos silenciosos y mustios

que los enmascarados, y todas las provisiones que llevan se reducen á unas estrechas y largas cajas de madera que tienen en sus manos los lacayos.

Pronto se pierden ambos elementos en el camino del Canal, y bajando todos de los carruajes se saludan afectuosamente, lo cual da á entender que por casualidad venían juntos, y todos caminan á pie largo rato hasta encontrar un lugar solitario y apartado de toda población.

Allí no extienden los manteles para el desayuno, ni sueltan los perros para que levanten la caza, sino que abren tranquilamente los armones que hasta allí llevaron los lacayos, y tienden sobre la verde alfombra ó la ardiente arena cuatro pistolas, ocho sables é igual número de floretes.

El mismo silencio que reina en las calles se observa en el campo, y ninguno de aquellos señores habla una sola palabra, mientras el uno examina los sables, el otro carga las pistolas y otros miden tranquilamente el terreno como si fueran á establecer allí una escuela de tiro. Separados el uno del otro, pero inmóviles ambos, se quedan mientras tanto dos de los personajes, al paso que otros dos que no tocan armas ni miden distancias abren dos estuches, de los que sacan unas vendas que extienden sobre el campo, destapan y huelen unos frascos, y hecho esto vuelven á quedar inmóviles.

Los cuatro que han entendido en las armas y en las distancias se acercan, previas las mutuas cortesías de ordenanza, conferencian entre sí brevemente en silencio, y pareados se van á buscar á los dos que permanecieron inactivos. Y colocándolos el uno enfrente del otro, cada cual con su pistola en la mano, á una señal que hacen con la suya los otros que se quedan á cierta distancia (armados, por supuesto, con los sables), suenan dos disparos, que sobresaltan á los caballos de los coches, que despiertan al cochera, y nada más. Involuntariamente se lleva alguno de los combatientes la mano á varias partes del cuerpo; pero ambos inmóviles entregan sus armas, y cuando se las devuelven cargadas, vuelven á disparar y vuelve á quedar la cosa como antes.

Al tercer disparo ya cogen los de los estuches las vendas en la mano, y si cae herido alguno de los combatientes, como que para eso son médicos y para eso han ido allí, hacen la primera cura, y volviéndose á estrechar las manos todos, incluso el herido y el agresor, cada tanda ocupa su coche y vuelven á entrar en la corte.

Naturalmente, y esto es lo más natural, que si ninguno de ellos resulta herido, la satisfacción de todos es mucho mayor, porque, sin derramamiento de sangre, *la honra*, como dicen al día siguiente los periódicos, *ha quedado satisfecha y ambos han demostrado que son cumplidos caballeros.*

Y he aquí, lector, por lo que yo quisiera que no procedieses de ligero creyendo lo que dicen por ahí las gentes de que ahora anda más barata que nunca la caballeridad. Ahora, como siempre, y aunque á primera vista parezca otra cosa, los caballeros no los hacen los sastres ni los maestros de armas. Un frac bien hecho y un pantalón bien ajustado no comprometen á nadie á ser caballero, ni el saber cómo se da una estocada á fondo tiene nada que ver con la caballeridad.

De manera, lector, que si no quieres perder más tiempo del que estás perdiendo al enterarte de este cuadro, no sigas esos coches hasta las calles de la capital, donde los amigos más impacientes de cada parcialidad se asoman á contar las cabezas para ver si vuelven todas, y los otros acosan á preguntas, después de unos cuantos abrazos, á los que vuelven sanos y salvos de la pelea; y sobre todo, no escuches los contradictorios comentarios que sobre el lance se hacen en el café, ni las *insinuaciones* que se permite publicar el diario de la tarde. Algo mejor sería que prestases atención al diálogo que, á propósito del suceso, entablan el cochero y el lacayo mientras deshacen en copas de vino la propina que les ha valido el servicio que acaban de prestar.

Verdad es que para esto tendrás necesidad de asomarte á un sitio adonde yo no me he atrevido á llevarte hasta ahora. Y aunque hoy día, como que cuidamos mucho de las formas, las casas en que se miden cuartillos de vino se llaman *cafés de Baco*, *horchaterías de parra* y *lecherías de cepas*, no por eso dejan de ser tabernas, nos parece poco digno entrar en ellas, sobre todo después de haber asistido á una escena de tanta caballeridad como la que dejamos referida. Pero todo puede arreglarse si en vez de fijar la atención en los criados del coche después del lance, los vemos antes de amanecer á la puerta de la casa tomando el aguardiente, para *matar*, como ellos dicen, *el gusano de la madrugada*, ó *echando la mañana*, que es frase de que también se valen esas gentes. Al cabo y al fin, esta escena es menos tabernaria y pertenece á la madrugada, que es de lo que tratamos en este cuadro.

—Mucho se madruga—les dice un aguardentero ambulante, que aún no se ha acostado porque ha pasado la noche repartiendo el espirituoso licor por los cuerpos de guardia.

—*Nos pidieron* para antes de amanecer—contesta el lacayo.

—Será para ir de viaje—dice el aguardentero, á tiempo que llega el sereno á tomar parte en la conversación.

—¡Viaje!—replica el cochero.—Viaje largo; viaje al otro mundo.

—¡Entierro á estas horas!—dice el sereno.—Pues no ha muerto nadie en la vecindad. Lo que sí he visto es que no cesó de entrar y salir gente en toda la noche, ni se apagaron las luces en el cuarto principal.

—Pues de ahí saldrá el muerto—interrumpe con sorna el cochero.

—No llegará la sangre al río—contesta el lacayo,—aun cuando nos llamen para lo que tú piensas; acuérdate de lo que pasó el otro día.

—Ya, pero estos lances no siempre salen bien.

—Los que yo he visto, todos.

—Dichoso tú, que por mi parte ya me he hallado en uno muy serio; y hasta que los periódicos dijeron que el hombre muerto que se encontró junto al cementerio se había matado á sí mismo, no estuve tranquilo.

—Sí, pero eso es una casualidad.

—De todos modos, yo no me expondría á que me pegasen un tiro por nada del mundo.

—¿Y si te insultaban delante de las gentes?

—Contestaría con un puñetazo.

—¿Y si te daban un bofetón?

—Moleríale el cuerpo á palos al que me lo hiciera, hasta enfarraparle y hacerle cibera, pero en el momento en que me pegara; porque eso de aguantarse el insulto, y después de dos ó tres días salir al campo, y á sangre fría ponerse enfrente del que te insultó y esperar á que te parta de una cuchillada ó te pegue un tiro, esa es una barbaridad. Si á mí me dieran una pistola ó un sable, arrojaríame sobre mi enemigo sin darle tiempo á nada.

—Es que en ese caso te batirías con los padrinos.

—Batiríame con todos hasta matarlos ó que ellos acabasen conmigo. Pero no tengas cuidado que á mí me suceda nada de eso; porque yo, si tuviera la desgracia de que alguien me desafiara, cogería un garrote y sin llamar á nadie para que se riera de mí ni me colocara á su gusto como á un muñeco habría de despacharme á mi placer.

—Ya; pero tú piensas así porque no eres caballero—dice el lacayo.

—Aunque fuera tan caballero como el que los inventó y más aún que el mismo D. Quijote había de hacer lo que digo. ¡Bonito genio tiene el hijo de mi madre para estarse quieto delante de uno que le ha ofendido! Sería capaz de deshacerle á bocados, aunque él me moliera á coces. ¡Pues no te digo nada si quisieran que, tras de haberme cortado la cara, le diese yo la mano y quedásemos tan amigos como si nada hubiera pasado! Bien supo Dios lo que se hizo cuando quiso que me pariera la tía Juanona y no ninguna de esas princesas y duquesas de la corte.

—Yo también sería malo de arreglar si tuviera alguno de esos desafíos de los señores—dice el sereno, que ha guardado silencio hasta entonces. —¿Pero tú estás seguro—añade dirigiéndose al cochero y recordando el carácter oficial de que está revestido, —estás seguro de que los señores que aguardas van á desafiarse?

—Seguro no; pero á estas horas difícilmente se piden los coches para otra cosa.

—Pues en ese caso hay muchos desafíos todos los días—interrumpe el aguardentero.

—Muchos—contesta el cochero;—cada día uno.

—Si supiera que ahora....—dice el sereno recapacitando,—iría á dar parte á S. S. el señor teniente alcalde; porque, ¡no crean ustedes que es broma!, los desafíos están prohibidos, y á nosotros nos tienen encargado que si sabemos de alguno demos parte.

—¿A quién?

—A la autoridad.

—¿Y si la autoridad es la desafiada?—dice con sorna el cochero.

—En ese caso....—interrumpe el sereno,—en ese caso.... ¡Pero como semejante cosa es imposible!....

—Imposible, ¿eh? Vaya, sereno, vete á dormir, que estás muy atrasado de noticias y ya va amaneciendo.

El sereno se retira y no va solo, porque además de las gentes que andan por la calle á esas horas, transitan también por ellas los operarios de las imprentas, encargados de difundir la luz de la noche al rayar el día. Los cajistas del periódico de la mañana y algún redactor trasnochado son también operarios precisos en las madrugadas de esta época. Y si el periodista trasnochador tiene á su cargo la gacetilla, y oye un tiro, que á esas horas se oyen algunos, corre hacia el lugar del suceso, y tanto si sospecha lo que ha sido como si logra averiguarlo, vuelve á la imprenta, hace que suspendan la tirada del periódico y escribe una *última hora* dando cuenta del suicidio ocurrido en tal calle y en tal casa, con el nombre y el apellido del suicida.

También estos lances son madrugadores, y por esto los diarios de la tarde vienen llenos de párrafos en que se dice que *ha amanecido ahorcado* D. N. N., ó que *en la madrugada de hoy* se ha pegado un tiro un sujeto muy conocido en la corte, ó que *al amanecer* se ha arrojado desde un quinto piso una joven, y otras madrugadas por el estilo.

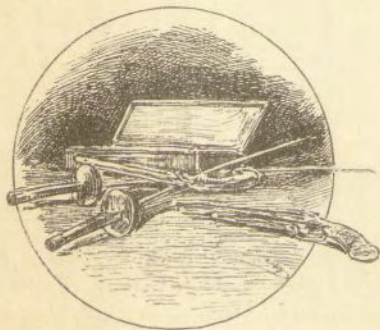
Pero ninguna de estas gentes puede desmentir el refrán de que «al que madruga Dios le ayuda,» porque ninguno de ellos ha madrugado. Toda la gente que anda por las calles al amanecer de estos tiempos es gente mal dormida.

Y téngase en cuenta que no hemos querido ajustársela á los conspiradores, que también parece que madrugan cuando se retiran á descansar de haber pasado la noche discurriendo medios de quitar el descanso á los demás, ni hemos dicho nada de la joven que reniega de la madrugada, porque con ella se levantará su madre y verá que ha pasado la noche le-

yendo novelas. Los primeros es posible que nos den un susto el día menos pensado, haciendo madrugar á cañonazos cosas que no harían mal en levantarse un poco más tarde ó en no despertar nunca, y la segunda asustará el día menos pensado á su familia, amaneciendo en el fondo de un pozo, ó abrasada con una caja de fósforos, ó corriendo la posta con alguno de los personajes de la novela, que al efecto haya tomado forma material y corpórea.

Apartemos la vista de esas escenas, porque hemos prolongado mucho este cuadro, y si sale el sol va á alumbrarlas demasiado.

Madrugemos menos, aunque nos llamen perezosos.





CUADRO XLVI

LITERATURA MENUDA

El erudito, el diplomático y el avaro son tres tipos que han muerto á manos de la imprenta, del telégrafo eléctrico y de las sociedades anónimas.

El espíritu de asociación, aplicado al dinero, penetró en las entrañas de la tierra, no para buscar los metales por labrar, sino los acuñados, y en nombre de la codicia moderna sacó las ollas de onzas mejicanas que la codicia antigua tenía enterradas y las convirtió en papel moneda. Con este papel creó los Bancos nacionales, los agrícolas, los industriales y los hipotecarios y las Cajas de ahorros, y enseñando á las gentes á ahorrar puso en ridículo á los que ahorraban por sí y para sí propios.

Los bolsillos particulares se vaciaron en la gran Bolsa nacional, y una vez creada la avaricia pública se acabó la avaricia privada.

En diferentes cuadros de esta segunda parte ha visto el lector los distintos modos y maneras que han tenido de resucitar los Lázaros del Perú, que los antiguos creyeron irresucitables. Allí hemos explicado los medios de que se ha valido el espíritu mercantil para tropezar con los ignorados sepulcros del oro, y como en este cuadro no se trata de gentes de dinero, sino de gentes de letras, especies de mortales muy distintas y hasta muy refractarias, aquí hacemos punto y no pasamos adelante.

Tampoco del diplomático podemos decir nada más que lo que anteriormente hemos dicho, para probar que el telégrafo eléctrico, haciendo

públicos los gestos, las sonrisas y las guiñadas de ojos entre tal ó cual embajador y tal ó cual monarca, ha hecho inútiles las largas notas diplomáticas que antiguamente se escribían para explicar lo que podría significar el guiño de los ojos, ó decir cómo debía entenderse la sonrisa y qué consecuencias podría tener la gesticulación.

Antes de que la corte extranjera en que dos plenipotenciarios se hacen un desaire se haya enterado de lo que ha pasado á su vista, ya están enterados de todo los respectivos gobiernos de los dos diplomáticos; y cuando éstos cogen la pluma para ir haciendo apuntes y notas á fin de que la diplomática que pasen á sus gobiernos sea digna del caso y del personaje que ha de firmarla, ya humean en los puertos de mar de sus patrias respectivas diez ó doce buques de guerra y se alistan otros tantos batallones y se escribe en los periódicos el verdadero protocolo diplomático.

La avaricia y la diplomacia ó han dejado de ser ó han variado de forma.

La electricidad y el espíritu de asociación se ríen á carcajadas del diplomático que aún se encoge de hombros y arquea las cejas y tuerce el gesto, balbuciendo algunos monosílabos, y del avaro que á deshora de la noche se encierra en su cuarto y después de haber registrado la casa con mirada recelosa, saca un talego de napoleones para apilarlos como antiguamente apilaba las onzas de oro.

Si el uno no conoce que las medallas peruanas han desaparecido y el otro no ve que su secreto es público y sus misterios ridículos, ambos son cortos de vista.

Y no la tiene muy larga el erudito si no ve que le ha sucedido lo mismo que al diplomático y al avaro.

Desde que la imprenta se ha asomado á las bibliotecas y á los archivos y ha copiado todo lo malo y lo bueno que allí estaba guardado, ¿de qué le sirve al erudito apilar manuscritos y esconderlos para que nadie pueda robárselos? En buen hora que cuando creía que el saber más que nadie consistía en no permitir que los demás aprendiesen lo que él había aprendido, se apoderase de un manuscrito ó de un impreso raro, y los guardase debajo de siete llaves, y aún que escondiera éstas debajo de siete estados de tierra; pero ahora que el libro inédito le ha hecho la infidelidad de irse á una imprenta y dejar que allí le impriman y le reimpriman millares y aun millones de veces, ¿de qué le sirve poner mala cara y contestar de mal humor al que le pregunta lo que ya no es él solo á saber? De nada.

Los sabios preceptos de la sabia economía política moderna no sólo han roto las vinculaciones y los mayorazgos y desamortizado la propie-

dad urbana y la rústica, sino que han arrancado las onzas de oro de las manos muertas del avaro, el secreto internacional de la comunidad de los diplomáticos y el manuscrito de las huroneras del erudito.

El erudito no existe; recemos un Padre nuestro por su alma.

La erudición ha salido á pública subasta y todos hemos sido licitadores y para todos ha babido grandes pedazos de ella; todos somos eruditos, todos somos sabios. Demos gracias á Gutenberg, el dios de la publicidad, y arrojemos del templo de la sabiduría á los pocos eruditos que no quieren convencerse de que han sido exclaustrados.

Una *gramática universal*, un *diccionario de ciencias y artes*, otro *biográfico*, otro *histórico*, cien *manuals*, que no son tantos los conocimientos humanos, y un *gran diccionario enciclopédico*, he ahí toda la biblioteca que necesita un sabio moderno para serlo más que todos los de Atenas y para dejar turulato al más erudito de todos los eruditos. Después de impresas todas esas obras, ha podido hacerse con las antiguas lo que hemos hecho con los conventos apenas sacamos de ellos los lienzos y algunos manuscritos, aunque de estos últimos nos sirvieron algunos para envolver los escombros.

La gente de letras á que aludimos en este cuadro no se recluta como la gente de mar ni la gente de tierra, sino que sirve voluntariamente en cualquiera de las diferentes armas y distintas legiones de que se componen los grandes ejércitos de Apolo y tiene ordinariamente tres procedencias: unos que vienen echando coplas al arroyo que murmura, al pájaro que trina, al sol que dora y á la luna plateada; éstos han salido del regazo materno y apenas han pasado por la escuela de primeras letras; el poeta nace, se dicen á sí mismos, y se hallan como nacidos en la república literaria; otros que llegan renegando de la vida de los hombres y aun de todo lo criado y lo por criar; éstos vienen de más lejos y han corrido más escuelas; el que menos sabe ha descabezado el latín y aun ha zurcido algún trozo de filosofía: los terceros, los que en prosa ó verso, para la lectura ó para el teatro, vienen desenterrando reyes y personajes históricos y chorreando moral por todos los pliegues de su boca, llegan más rendidos y más estropeados; si no han cursado en muchas universidades ni hojeado muchos libros, al menos parece que han hecho lo uno y lo otro; pero esas tres procedencias no suponen tres jerarquías distintas en la *literatura menuda*. Los que se han instruído mucho, antes de querer instruir á los demás; los que no se han instruído tanto, y los que carecen de toda instrucción, todos forman juntos y todos aspiran igualmente á merecer el favor de la opinión pública, que por lo que tiene de dama es coqueta y antojadiza, y por lo que tiene de pública se sobra de procaz y de atrevida.

Por de pronto, la compañía de preferencia, en la cual, como en las de-

más del regimiento, no se exige talla literaria, es la verdaderamente mimada por el público. Para ella son los aplausos, las palomas, las flores y coronas de laurel. El poeta lírico y el novelista son gentes de poco más ó menos á los que el público dispensa escasos favores. Ya se ve, como que el poeta dramático da, además del drama, una butaca para oírlo, sin que el espectador tenga que sacar las manos del bolsillo para coger el libro ni cansarse la vista en leerlo, y damas en los palcos y música en los entreactos; y el novelista no ahorra el trabajo de abrir el libro ni el de leerlo, ni puede dar música en los entrecapítulos, ni se puede satisfacer la curiosidad de saber si es guapo ó feo, bajo ó alto, rubio ó moreno, llamándole al final de la obra, ¡claro es que el uno ha de gustar más que el otro! Y si á todo esto se agregan las ventajas de la versificación, porque sabido es que los personajes de nuestras comedias no saben hablar en prosa, sino que así á los históricos como á los contemporáneos siempre hay razón para decirles *juro, juro, pater, nunquam componere versos*, se verá que hay una gran razón para que el verdadero literato sea el que dedica sus letras al teatro. Por otra parte, como aún no saben leer todos los españoles y son pocos los que hallan un rincón en su casa donde no estorben dos docenas de libros, es preciso que el teatro sea la única escuela de las costumbres y la novela siga siendo un pasatiempo inocente entre el autor que la escribe, el editor que parece que la compra y el lector á quien á menudo se la regalan para que no quede inédita la lectura.

De todos modos, el literato, versificador ó prosista, necesita más dosis de afición que de ingenio; porque si no ama el arte por el arte mismo y busca el dinero en lugar de la gloria, debe desandar el camino, arrojar la pluma de la literatura y coger en cualquiera de las oficinas del Estado una pluma que sirva para hilvanar expedientes y un sueldo que alcance á poner en el estofado de vaca todo el que necesita, además del que le regaló el público. Pero cuando los escritores dejan de hacer dramas para tomar parte en la representación del drama administrativo ó político, ya no son literatos, ni menos literatos menudos, sino funcionarios públicos y diputados á Cortes, y en ese caso están de sobra en este cuadro. Les damos la licencia absoluta y nos volvemos al gremio menudo de la literatura en busca de algún neófito que, lleno de fe y de entusiasmo, entre en la corte á hacer su primer salida en el gran teatro literario.

Si desde el pueblo en que pasó el cuarto lustro de su vida, aprendiendo de memoria la *Marcela* y el *Trovador* y los *Amantes de Teruel* y la *Rueda de la Fortuna* y *Carlos II el Hechizado* y *Doña María de Molina*, no ha enviado á la redacción de algún periódico sus primeros versos *al sol*, escritos de noche, por supuesto, y á la creación, descreyendo hasta su

propia existencia, lo hace apenas llega á Madrid, y el día en que ha visto su nombre en letras de molde sale á la calle, creyendo que las gentes al verle pasar dicen para sus adentros: «¡Ese es el autor de los versos!»

Y satisfecho con esta fama, que cree haber merecido, sin que nadie le haya puesto un cartel á la espalda, como le sucedió á D. Quijote de la Mancha, se va derecho al teatro con una ó dos comedias en el bolsillo, y tanto si se las admiten como si se las rechazan, en el tono con que le acoge el empresario recibe el primer desengaño, y en el desdén con que le trata el editor halla el segundo.

¡Pero qué suponen dos desengaños ni dos docenas de ellos á quien trae tanta fe como nuestro neófito, y ha sido tan bien acogido en la corte que nadie le ha prohibido la entrada en el café literario, que es casi más que tener un cuarto alquilado en el mismo templo de Apolo! ¡Y no ha conocido en ese café y aun merecido que le saludaran los principales poetas de España! ¡No se tutea además con muchos de ellos! ¡Pues qué le importan ni la altivez del empresario ni los desdenes del editor!

Un rato de tertulia en el cuarto del primer actor y la boca cerrada durante los ensayos de su obra para que no se incomoden los artistas que han de ponerla en escena, y ese día llega, y la obra se aplaude, y el público pide que salga el autor y entonces sí que no necesita un cartel en la espalda para que al día siguiente digan las gentes: «¡Ese es el autor de la comedia que se estrenó anoche!»

Su nombre anda desde entonces en las esquinas y en los periódicos, mientras su reputación literaria se tijeretea en los cafés y en los casinos, sobre todo en los círculos del oficio, de los cuales sale tanta más fama para el nuevo poeta cuantos más sean y más encarnizados se muestren los envidiosos.

Algún crítico de buena fe, que no está prohibido que los haya, á vuelta de tal cual elogio á ciertos pasajes de la comedia y de anunciar que el joven promete, le recomienda que estudie, porque le sobra ingenio y le falta instrucción; pero nuestro hombre se ríe del consejo y no estudia, porque sobre que sería una vergüenza ponerse á estudiar después de haber recogido una espuerta de laurel, no tiene tiempo para hacerlo. Y no porque le pierda en frecuentar el café literario, de donde huye desde que se ha convencido que allí se roban los pensamientos, más que en Sierra Morena los bolsillos y en Teruel los corazones, sino porque cuando no está escribiendo un drama está pensando en otro, y no se componen tan fácilmente seis obras al año, que son las menos que necesita hacer un autor de empuje, si no quiere que le empujen ciertas obligaciones de que nadie exime al literato.

La patrona de huéspedes, y no ha de ser su casa de mucho lujo, se

come anualmente una comedia en tres actos y una pieza en uno, originales ambas; el sastre necesita por lo menos el valor de un drama arreglado del francés; con el zapatero no se salda la cuenta del calzado sin consagrarle el producto de una comedia, aunque sea traducida, y en el cepillo de las ánimas del casino, que le dan café y cigarros y le echan algún *entrés* y alguna *colorada*, es preciso vaciar todo lo que se gana por un par de zarzuelas.

Así sale el literato comido por servido, hasta que va, como antes hemos dicho, á servir al país en algún destino público. Mientras tanto, como las armas y las letras viven tan estrechamente unidas, parten entre sí los dones de la fortuna, tocándole siempre á las primeras las cruces, las bandas y los altos puestos, y á las segundas las coronas, las flores y las tablas del teatro; porque aunque la civilización y la libertad quieren dar al pensamiento más alcance que Amstrong ha dado á sus cañones, hoy por hoy alcanza menos una pluma larga que un sable corto. Cuanto más se anatematiza el imperio de la fuerza, más nos fuerzan las circunstancias á que metamos la diosa Razón en un calcetín del dios Marte.

El espíritu de asociación, como todo lo invade, no ha podido menos de penetrar en el gabinete de los literatos para que éstos reunan sus ingenios y formen sociedades comanditarias que den á luz comedias y dramas de dos ó más actos, escritas por dos ó más ingenios. En este caso, si la obra tiene argumento, que no es indispensable este requisito cuando se escribe en verso, cada autor hace el cacho de plan que le toca en el acto que corre de su cuenta, sin que por esto dejen de ponerse algunas veces de acuerdo antes de empezar á escribir. Y así como han partido el plan y los versos, parten el producto y siguen viviendo.

En esas obras de compañía, el público, que no deja nunca de llamar al autor á la escena, tiene el gusto de conocer dos ó más autores á la vez; sintiendo no haber logrado satisfacer igual curiosidad con el verdadero padre de la criatura, que suele ser algún dramaturgo francés, el cual á su vez, y de esto hay varios ejemplares, se inspiró palabra por palabra y obra por obra en alguna de las de nuestro teatro antiguo. Y en estos casos, preciso es confesarlo, á las piezas dramáticas no les sucede lo que á los vinos: cuanto más viajan y más se trasiegan, más se avinagran. Pero el poeta recibe á espuestas la gloria y tiene el monopolio del talento tan garantido y tan asegurado, que el propietario y el capitalista, que se oyen llamar bárbaros á boca llena mientras llenan sus arcas de oro, dicen, y parece que lo dicen de buena fe, que tal ó cual escritor (que cuanto más trabaja y más gloria adquiere, más pobre se hace) *es un joven de talento*.

Y el talento literario no siempre es macho, sino que muchas veces resulta hembra; de lo cual se han dado cuenta las mujeres algo más de lo

que fuera de desear, y han puesto el suyo á disposición de las letras, formando con esto una gran falange de *literatas* y *poetisas*.

La marisabidilla de antaño es el tipo que más se ha reproducido en este segundo tercio del siglo; y á medida que la industria va progresando en el invento de biberones para dar de mamar á los niños y de máquinas para coser camisas, el gremio de las literatas crece y se extiende por todas partes de una manera prodigiosa, lo cual es en extremo natural y lógico.

Las nodrizas de cristal, las costureras de hierro y los colegios que permiten á unas mujeres abandonar los quehaceres de su casa y los cuidados de sus hijos para vivir en el paseo, en el teatro y en las grandes tertulias, permiten asimismo á otras pasar el tiempo escribiendo. No todas las jóvenes que han aprendido en el colegio geografía, historia y otros ramos literarios pueden resignarse á guardar esta instrucción para cuando venga el caso de lucirla, satisfaciendo alguna duda de sus hijos ó tomando parte en una conversación y entendiendo lo que se hable en su presencia; porque puede suceder que esos casos no ocurran nunca, y entonces ¿de qué le ha servido la educación literaria? ¡Cuánto mejor es que la aproveche desde luego en beneficio de la literatura patria, escribiendo un tomo de poesías ó una novela y hasta una comedia! Y aun cuando no hayan aprendido nada en los colegios, ¿qué tiene que ver la instrucción con los versos? ¡No canta la perdiz y la codorniz sin haber ido al colegio! ¡Pues por qué no ha de cantar la mujer sin que nadie le haya enseñado á hacerlo? ¡No nace el poeta! ¡Pues por qué no ha de nacer la poetisa? Sus hijos son los únicos que acaso no harían mal en quedarse en el otro mundo, porque su pobre madre bastante hará con atender á sus versos, que hijos son de las entrañas de su cerebro y no puede abandonarlos por los otros.

¡Y qué dolor no será para una mujer que escribe un poema *al amor de madre* tener que entregar sus hijos al amor de una nodriza! ¡Ni cómo es posible que escriba con tranquilidad una oda *al pobre expósito* si tiene á su hija de expósito rica en un colegio de primera educación!

Pero nuestra poetisa, lector, es soltera, y no te damos esta noticia para que vayas á pedirla en matrimonio, y por lo tanto no tiene otros quehaceres domésticos que aquellos de que sus padres la dispensan para que no pierda tiempo en ilustrar al público.

Y lo hace dando consejos á la juventud sobre lo emponzoñado que está el mundo y lo pervertida que se halla la sociedad; siendo tantos y tales los secretos que revela del amor, de las pasiones y de los hombres, que no parece sino que el más experimentado de éstos la ha dado algunas lecciones.

La poetisa tiene pocas amigas y aun las pocas le sobran, porque las de

su gremio la comprenden demasiado y las otras no alcanzan á comprenderla.

Los hombres la aplauden sus versos, y si la enamoran le piden que les hable en prosa, y en prosa muy vulgar.

Los hombres son en esto, como en otras cosas, sobrado injustos con la mujer.

¡Librenos Dios de que pueda decirse otro tanto de nosotros!, y aquí damos punto sin atrevernos á añadir una sola palabra; ni siquiera las que uno de nuestros primeros literatos y amigo predilecto, que nos ha oído leer este cuadro, echa de menos en favor de nuestra literatura contemporánea, que tan justa celebridad tiene adquirida en el extranjero, gracias á los preclaros ingenios que la cultivan. No permité la índole de esta obra que hablemos en ella de las cosas ni de las personas que nos causan admiración y respeto. Estamos visitando un hospital de tullidos y no podemos hacer digresiones á favor de los que se hallan sanos y buenos. Lo único que deseamos es que todos nuestros personajes se curen las enfermedades que padecen y vayan pronto á la sala de convalecientes á darse de alta. Entonces los cogerá otra pluma que escriba historia crítica y no sátira urbana.





CUADRO XLVII

EL CUARTO PODER DEL ESTADO

En política ha sucedido precisamente lo contrario que en literatura dramática.

Las comedias tenían cuatro actos antes de que el capitán Virües las pusiera en tres, y por esto se dijo:

«El capitán Virües, insigne ingenio,
puso en tres actos la comedia, que antes
andaba en cuatro como pie de niño.»

El Estado, por el contrario, no anduvo en cuatro pies hasta que vino el periodismo á formar la cuarta pata de la mesa redonda conocida con el nombre de Gobernación del Estado, el cual estuvo cojeando hasta que el periodista se incomodó y les dijo á los poderes que formaban el trípode gubernamental: «No andéis buscando tres pies al gato, que él tiene cuatro.»

Y he aquí, lector, al descendiente de los pasquines del Partenón elevado á la categoría de monarca *in pártibus*, de emperador adjunto y de colaborador gratuito del poder ejecutivo.

Para retratar á este soberano, que reina por su propia voluntad, sin poder alegar origen divino ni haber sido elegido por el voto popular, se nos han ofrecido algunas dificultades, que á Dios gracias hemos podido

vencer con sólo echar mano de la fotografía y colocar delante de la máquina un ejemplar de un periódico.

Esto es más fácil y será mucho más gráfico que hacer un árbol genealógico del periodismo, desde los pasquines que la culta Atenas fijaba contra los sabios del Areópago, ó el *Diurnum* ó *Gaceta de Roma*, hasta el periódico moderno.

Así nos ahorraremos el disgusto de patentizar la decadencia de esa nobilísima raza, que desde el siglo XVII, en que adquirió verdadera importancia, hasta nuestros días, que representa la cuarta parte de la soberanía nacional, ha estado servida por los primeros sabios de todos los países.

No podemos permitirnos tomar las cosas de tan lejos, y lo que únicamente haremos será dar un vistazo al periodista moderno, asomándonos á la redacción de un periódico antes de dar el retrato de éste.

Encaminemos al efecto nuestros pasos á la redacción de EL ASTRO DEL SIGLO, *diario político, imparcial, independiente, militar, artístico, literario, científico, industrial, religioso, económico, mercantil y universal, en cuyas columnas cabe la defensa de todas las opiniones en todas las materias.*

La redacción de *El Astro del siglo* no está establecida en un palacio, ni mucho menos, y no estaría de más que el portal y la escalera fuesen mejores y recibieran algunos reflejos del astro del día; que al que no ha de estar mucho tiempo allí, como nos sucede á nosotros, le importa poco que las habitaciones estén frías y mal amuebladas y que apenas haya una silla en que sentarse, después que lo ha hecho en derredor de una gran mesa de pino forrada con bayeta verde el personal de la redacción, que es el siguiente:

Un *redactor de fondo*, que es como si dijéramos el antiguo Consejo de Castilla en pleno.

Otro *de sueltos*, que equivale á cien asambleas legislativas.

El *encargado de la parte extranjera*, que es el Metternich de la reunión.

El *gacetillero*, cuyo cuerpo está allí, aunque sus cinco sentidos anden recorriendo todos los barrios de la corte.

El *confeccionador*, que en el manejo de la tijera ni envidia á los murmuradores ni á los sastres.

Y el *folletinista*, que es el niño mimado de los empresarios de teatros, del de la plaza de toros y de casi todos los artistas que trabajan en ambos espectáculos.

Entran y salen con toda libertad en la redacción y tienen voz y voto en ella, aunque no asiento en el coro, otros varios personajes que es in-

dispensable que conozca el lector si quiere tener un perfecto conocimiento del periodismo.

El primero, y cuéstale su dinero esta primacía, es el que en términos facultativos ó profesionales se llama *caballo blanco*, y que como paga la casa y los pocos ó muchos muebles que hay en ella y los sueldos de los redactores y el depósito en metálico que exige la ley y los gastos de la imprenta, puede entrar y salir en la redacción cuando quiera y como quiera.

¡Así pudiera salir de los compromisos en que le pone el fiscal de imprenta y dar salida á los ejemplares que tira de más, contando con menos suscriptores de los que necesita para cubrir gastos!

El oficio de *caballo blanco* tiene estas quiebras y otras más; pero tiene también sus ventajas, y, como todo en este mundo, el que ha de practicarlo necesita entenderlo.

Si el propietario de un periódico es simplemente un mortal simple, que vende un olivar ó una finca urbana para fundar un diario político con la sola esperanza de ganar dinero con el producto de la suscripción, no pierde más que la cosecha de la aceituna y la renta de la casa; si tiene algo más y lo emplea en lo mismo, lo pierde todo. A veces suele suceder que los redactores, elevados á la categoría de ministros, se acuerdan del hombre que les procuró medios de hacer la oposición al gobierno y llegar ellos á serlo, y antes de que vaya á San Bernardino le llevan á una oficina del Estado, aunque no sea otra que la recaudación de contribuciones ó el registro de las puertas.

Pero la raza de *caballos blancos* ha sido siempre muy rara y ya casi pertenece á la historia.

El propietario de un periódico lo es casi siempre un hombre político, que tiene algún capitalista que le cubra las espaldas y le ampare contra la mala voluntad del fiscal de imprenta, apuntándole en el *debe* de la cuenta corriente, que le abre al efecto, las multas y todos los gastos de redacción é imprenta, y preparando un *haber* muy largo para las contratas y otros servicios análogos que espera hacer cuando el redactor en jefe sea ministro.

Otras veces los mismos escritores se hacen propietarios á escote; pero como estos periódicos duran poco, apenas dan tiempo para que los veamos.

También sucede que el *caballo blanco* sea un comerciante que quiere fundar un periódico para un objeto dado, ó varios á la vez, aunque sea alguna gran jugada de Bolsa ó cosa más pequeña, pero también de bolsillo, en cual caso busca los redactores y los ajusta como á mancebos de tienda, y si los halla les exige tales cosas que la empresa acaba como el

rosario de la Aurora, ó de una manera peor para el comerciante, á quien como lego en la materia le hacen pasar el noviciado.

Detrás del propietario está el editor responsable, el cual ni entra ni sale, ni ve ni oye ni entiende nada de lo que pasa en la redacción; pero responde de todo, y es el verdadero periodista legal, el único que tiene personalidad de escritor público ante los tribunales. Está obligado á saber leer y escribir, y á veces sabe algo de lo primero y hasta firmar, pero siempre consta que paga la cuota de contribución que exige la ley al hombre que representa el cuarto poder del Estado. Un honrado tendero de comestibles, un sacerdote de Baco, un carbonero ó cualquiera otro industrial por el estilo sirve para editor responsable de un periódico, y por razón del oficio para pasar diez ó doce meses en la cárcel y tres ó cuatro años en presidio. La pena de muerte aún no se ha impuesto á nadie por delitos de imprenta, y está todavía por ver el espectáculo de un patíbulo alzado para dar garrote á un inofensivo tendero por el delito cometido por un escritor, que podría, y estaría en su derecho, presenciar la ejecución.

Estos son los efectos de la industria aplicada á perfeccionar el sistema de la Inquisición, que quemaba á los hombres en estatua.

La estatua del periodista es el editor responsable; y es cosa de ver al honrado tendero de comestibles en el día en que con más fidelidad ha pesado los garbanzos y ha medido el aceite marchar camino de la cárcel, *confeso y convicto* de haber escrito un artículo que ni siquiera ha tenido la curiosidad de leer.

El editor responsable es el verdadero médico á palos del periodismo, el *médium* de los espiritistas modernos.

Los demás entrantes y salientes de las redacciones son más indeterminados y más vagos que el propietario del periódico y el editor responsable, pero no dejan de ser por eso partes muy integrantes y aun partículas esencialmente constitutivas del periodismo.

Cada uno de ellos por sí solo vale poco; pero todos reunidos son el alma del periódico.

Un diario político, mejor ó peor redactado y más ó menos liberal, no vale nada si no tiene *atmósfera*, y he aquí el oficio de los entrantes y salientes á que aludimos: *hacer atmósfera*.

Y la hacen, primero zumbando como zánganos de colmena al oído de las abejas periodísticas; y cuando ya está hecho el panal, corriendo á ponderar en los cafés, en los teatros y en los círculos el mérito de tal ó cual artículo que traerá el periódico, y *haciendo atmósfera* para que sea bien recibido por el público.

Esos agregados del periodismo no son los sastres que hacen la ropa,

sino los buenos mozos que la lucen, porque siempre que hablan del periódico dicen:

«Hemos puesto un artículo....., haremos la oposición....., diremos esto ó lo otro.»

El enjambre de esos redactores supernumerarios varía, según que el periódico es de oposición ó ministerial, aunque en ambos casos se compone principalmente de empleados activos y pasivos.

Los primeros, conocidos con el apodo de *presupuestívoros*, dicho se está que acuden á la redacción del periódico que defiende al ministerio, y allí, denunciando los planes de los contrarios y procurando con sus noticias que no les cojan desprevenidos los ataques de la oposición, cumplen con su deber.

Así soplando logran que no se apague el fuego con que hacen hervir la olla que les mantiene á ellos y á sus familias.

Los cesantes hacen lo mismo, con más fe y más hambre, en los periódicos de oposición, y más de uno de éstos ha visto comprometido su depósito é inhabilitado su editor responsable por dar crédito á las noticias de los entrantes y salientes que llevan al periodismo la bilis y algo más de lo que no les cabe en el pecho.

Pero en estas redacciones se vive con alguna más zozobra que en las otras, y hay ocasiones en que cualquiera creería al entrar en ellas que lo hacía en una fábrica de moneda falsa ó de otro contrabando por el estilo.

Los amigos y correligionarios políticos entran y salen misteriosamente embozados; los redactores hacen lo mismo y á veces más, porque ni aun con recato y misterio se atreven á ir á las oficinas del periódico, sino que desde sus ignoradas viviendas envían la bala rasa y la metralla con que ha de cargarse la batería antiministerial. Por esta razón hay en las redacciones de los diarios de oposición un *parroquiano* que no asiste á las ministeriales, como no sea para decirles que de orden de la autoridad ha allanado las otras, registrando la imprenta, secuestrando los ejemplares del periódico denunciado por el fiscal y aun recogiendo al editor responsable.

Esto produce dos jaculatorias harto conocidas del público. La primera es la que el diario de la oposición reparte á sus suscriptores en una *hoja volante*, diciendo:

«¡Nuestro número de hoy ha sido tres veces recogido! ¡Nuestro editor se halla en la cárcel! ¡La policía ha allanado nuestra redacción! Esperamos que nuestros amigos políticos y nuestros constantes favorecedores nos dispensarán las repetidas faltas que contra nuestra voluntad experimentan en el recibo de nuestro diario. Seis editores responsables tenemos

presentados á la aprobación del gobierno, y á medida que los hombres de la situación redoblan sus iras contra nosotros, crece nuestro patriotismo, y estamos dispuestos á morir en defensa de los principios del partido á que nos honramos de pertenecer.»

La jaculatoria del diario ministerial aparece en un rincón de la *gaceti-lla*, y en son de burla dice lo siguiente:

«*El sol se nubla*. También ayer sufrió tres cogidas y denuncia y prisión del editor responsable *El Sol de la Libertad*. Sentimos este nuevo *percalance* de nuestro colega.»

Pero el comisario de policía y los demás parroquianos de los periódicos no asisten diariamente á la redacción, ni menos están en ella á las altas horas de la noche, que es cuando se confecciona el verdadero diario político.

Tampoco se hallan en esos momentos el industrial, el artista y el autor de comedias que van á saludar al gacetillero, ni el diputado á Cortes que hace una visita de atención al encargado de escribir la fisonomía de las sesiones, ni el empleado que ha escrito un reglamento y procura hacérselo entender al redactor que le ha de juzgar, ni ninguno de los agraviados por el periódico, que tras del agravio van á pedir una estocada ó un pistoletazo ó meramente un golpe de sable. Ninguno de estos ni de los otros entrantes y salientes de las redacciones están allí á las altas horas de la noche, y sólo se encuentran los redactores de fondo, el confeccionador y el gacetillero.

La entrada de este último indica la conclusión de las funciones de los teatros.

Los ha recorrido todos y viene inspirado á consignar su juicio crítico sobre cada una de las obras que se han representado y de las cuales conoce lo bastante para juzgarlas por completo. En dos minutos forma una reputación ó echa por tierra la que se había formado en veinte años de estudio y de trabajo; para él no hay más que obras inmortales ó detestables, artistas inimitables ó estúpidos, ejecuciones inmejorables ó pésimas.

Cuando acaba con los teatros la emprende con las publicaciones modernas, y sin quitarse el sombrero ni soltar la pluma de la mano abre un libro que el autor ha tenido la galantería de remitirle, le hojea y escribe en cuatro líneas el juicio crítico de las cuatrocientas páginas; juzga con igual presteza el bando del corregidor sobre policía urbana, el proyecto del municipio sobre mejoras de la capital y cuantos documentos dignos de mención encuentra á la mano.

Acabada la crítica empieza la disección anatómica, y corta sin piedad cuantas gacetillas encuentra en los demás periódicos, aunque algunas de

ellas sean las mismas que él publicó el día anterior, y por último escribe diez ó doce originales y nuevas, pero tan nuevas, que muchas tienen novedad aun después de publicadas y desmentidas.

Todo esto debe hacer el redactor de gacetilla si ha de cumplir con la obligación que tiene de no dejar sucesos trasnochados.

Los redactores de fondo, los periodistas de verdadera miga y substancia, no trabajan tan á destajo como el gacetillero, y sus críticas son por lo tanto de mayor peso y más razonables. Ciertamente que tienen obligación de escribir y aun de escribir un largo artículo sobre todos y cada uno de los decretos que publica la *Gaceta* del día, y que así entienden la materia de que tratan algunos de ellos como si anduviesen por los cerros de Ubeda; pero para eso han estado en el café y en el teatro y en el casino, y en todos esos puntos han discutido y han oído discutir acerca de lo que les toca juzgar.

Y sobre todo, y este es el norte más seguro para el periódico de oposición, ya se sabe que si el decreto es sobre agricultura ha de ser la ruina de los labradores; si se trata de aranceles, la de los industriales, y en todo caso será «el descrédito del país, la anulación de nuestro glorioso pasado y la vergüenza, la irrisión y el ludibrio de Europa.»

El mismo decreto le parecerá todo lo contrario al periodista ministerial; el cual podrá equivocarse en echar un grano más ó menos de incienso en el incensario, pero de seguro acierta si dice que es «el documento más importante que se ha publicado en lo que va de siglo, y que la mejor contestación que puede dar el gobierno á las alharacas de la oposición, es presentar decretos por el estilo; con los cuales la industria, el comercio la agricultura y las artes de nuestro país serán pronto la envidia de las naciones extranjeras.»

Y no añade *laus tibi Christe* para que no parezca jaculatoria de sacristán.

El confeccionador, que no tiene necesidad de improvisar raudales de ciencia infusa, se entiende con el *regente* de la imprenta y le da ó le quita materiales, según que el Procusto de la redacción necesita estirar ó recortar los cuerpos para que entren en el lecho de la máquina. *Este redactor tijera* es el último que abandona la redacción, y nunca lo hace sin decir en la imprenta lo que han de quitar si sobra ó lo que han de añadir si falta.

A esa *última hora* es cuando llega á escribir la suya el *director* del periódico, el cual, si sabe estar á la altura de su destino, debe escribir poco y andar mucho para estar al corriente de todo y llevar el *pensamiento político* del diario.

Este trabajo no es tan difícil como á primera vista parece, porque ya

hemos dicho que si el periódico es verdaderamente de partido, todo consiste en decir *negro* siempre que el contrario diga *blanco*, y en pedir blanco cuando el otro pida negro.

De todos modos, el ejercicio del periodismo y la abundancia de las discusiones políticas han llegado á fatigar un tanto al público, y aunque aún se siguen escribiendo artículos de fondo y aún siguen siendo muy largos, dicen las gentes que ya saben lo que en ellos se dice y nadie los lee.

El periodismo legítimo apenas es otra cosa que la *gacetilla*, y por eso antes de retratar un número de *El Astro del siglo* diremos algo de la *gacetilla* en 1850.

Pajarito, el peluquero de 1800, que empleaba las primeras horas del día en correr las casas de sus parroquianos, empolvándoles la cabeza y regalándoles el oído con los chismes que circulaban en la corte, falleció después de haber merecido que *Pepe Botella*, alias José Bonaparte, le llamase á su servicio, aburrido aquél de que le motejaran y tuvieran por afrancesado, confundiendo la venalidad de su tenacilla con la rectitud de su corazón, y antes de haber visto caer la última coleta á impulso de la tijera revolucionaria. Murió cuando ya iba estando en baja el amor patrio, sintiendo haber infamado su patria con el afrancesamiento de su tenacilla, y sin embargo, cien apellidos franceses mancharon la independencia del gremio después que hubo cerrado el ojo Pajarito.

Con este honrado peluquero bajaron al sepulcro la *gacetilla de la capital* de antaño, la de *provincias*, la *extranjera* y la sabrosa y entretenida *crónica de bastidores* en los corrales de la Cruz, del Príncipe y de los Caños del Peral.

Con él murieron las noticias de la vida privada de los cortesanos, las de *París de Francia* y las de *Inglaterra*, y sólo la *Gaceta* y el *Mercurio* se atrevieron á seguir hablando de Francfort, de Stockolmo y Smirna y aun de Jerusalén y Constantinopla.

En vano quiso el gremio barberil deducir sus derechos á la *gacetilla* noticiosa en el abintestato de Pajarito: el barbero no pudo satisfacer cumplidamente la curiosidad de los cortesanos.

Empezó á charlar y charlando sigue; pero mándanle callar sus parroquianos porque sus noticias en vez de regalar el oído marean, aturden y empalagan.

No hubiera sido el barbero un hablador despreciable en 1800; pero á la mitad del siglo XIX no puede ser otra cosa que un charlatán insufrible, á quien tiene más cuenta callar y hacerse el mudo, que pasar por un noticiero ignorante y fastidioso. No está al alcance de la navaja satisfacer la curiosidad de la época. El inapelable *tribunal de la opinión*

pública ha declarado que los rapabarbas no son los legítimos herederos de Pajarito.

Las lenguas de Gutenberg se han presentado á reclamar la herencia del peluquero, y ha sido preciso entregársela sin restricciones ni reservas de ningún género, salvo sean, en circunstancias dadas, la restricción del fiscal de imprenta, el sable del pueblo armado, el comisario de policía ó algún desahogo popular.

Los periódicos pidieron la palabra sobre la tumba del peluquero, y aún humeaban los restos de su habladora tenacilla cuando vino al mundo la *gacetilla de la capital*, la de *provincias* y la del *extranjero*.

Embutidas en el último rincón de los periódicos, estrujadas por los sermones políticos, acogotadas por las gigantescas peroratas del Parlamento y reducidas á la última expresión por las espeluznantes novelas de los folletines, aparecieron sin nombre de pila, tomando más tarde el de *miscelánea*, *cajón de sastre*, *un poco de todo*, *noticias sueltas* y otros por el estilo.

Entonces iban mezcladas y revueltas en amable desorden las del barrio de la Citty de París con las del Prado de Madrid y las del Lavapiés con las de los aristocráticos círculos ingleses. Trataban de que abultaran mucho, y eran pocas para que fuesen numerosos los diversos grupos en que el sentido común aconsejaba dividir las; por otra parte, la época era de movimiento, de desorden, de impresiones fuertes, de contrastes visibles y de brocha gorda en suma.

Representábanse en el teatro, y con gran boga por cierto, dramas terroíficos, cuyos cuatro actos pasaban en cada una de las cuatro partes del mundo, durando la acción á ser posible cuatrocientos años, y á los aficionados á la gacetilla les gustaba saber á la vez lo que ocurría en Londres, en Madrid, y en la capital de Francia, pueblos que en aquella época formaban un solo barrio.

Más tarde, cuando acortadas las distancias por las nuevas carreteras y los ferrocarriles, hubiese parecido menos violenta la confusión de la *miscelánea*, le dió á esta señora la gana de multiplicarse, y saliendo del estado interesante en que la tenía la abundancia de materiales, dió á luz las tres hijas siguientes:

La *gacetilla de la capital*.

La *gacetilla de provincias*.

Y la *gacetilla del extranjero*.

Las dos últimas no han tenido sucesión, y siguen hoy tal cual les parió su madre.

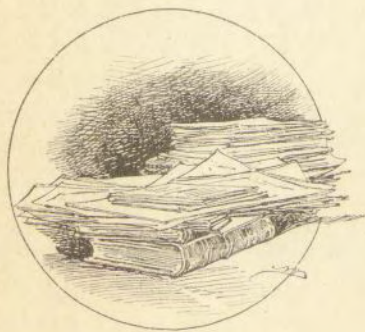
La primera tiene un hijo llamado *boletín de espectáculos*, de muchas carnes en invierno y flaco y medio tísico en verano, y una niña que

su madre ha dedicado al comercio, y por esto la llaman *cotización de la Bolsa*.

Si en el retrato que de ellas, como de sus compañeras las demás secciones del periódico, damos á continuación, las ve el lector reirse y aun decir bufonadas al anunciar un asesinato, y compungirse y poner el grito en los cielos para pedir que se rieguen las calles ó que se componga el empedrado, tenga entendido que esto y mucho más lo da de sí el original.

Nosotros no ponemos ni quitamos nada.

El retrato es perfecto y se parece al retratado como una gota de agua á otra.



EL ASTRO DEL SIGLO

DIARIO POLITICO, LIBERAL, IMPARCIAL É INDEPENDIENTE

Consagrado á la defensa de los intereses comerciales, industriales, militares, artísticos, literarios, científicos, religiosos y de las clases pobres.

En sus columnas cabe la defensa de todas las opiniones en todas las materias.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Si nuestros numerosos suscriptores no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico, les rogamos que no se descuiden en renovar el abono antes del día 15 del corriente.

OTRA IMPORTANTÍSIMA

A los que renueven la suscripción, cuanto antes les regalaremos el *Almanaque ilustrado*, que hemos repartido á los que nos favorecieron suscribiéndose por todo el año, ó un retrato perfectamente litografiado del famoso parricida francés cuyo proceso está llamando la atención de toda la Europa culta, ó la preciosa novela titulada *Los misterios del Pulmón*.

OTRA

Han sido recogidas las dos primeras ediciones de nuestro periódico. Si esta tercera que hacemos, suprimiendo lo que nos ha tachado el lápiz rojo de la Inquisición moderna, conocida con el nombre de fiscalía de imprenta, no llega á manos de nuestros suscriptores, les rogamos que nos dispensen una falta que no ha estado en nuestra mano evitar.

Madrid 1.º de Octubre de 1850.

En vano pretenden los órganos asalariados del gobierno que descendamos á la inmundicia charca en que ellos se revuelven cantando las alabanzas del Júpiter de su Olimpo, para manchar nuestras candidas vestiduras con el sucio lodo de los denuestos, de las injurias y de las personalidades. No logrará jamás nuestro colega *El Incensario* que olvidemos nuestros antecedentes, ni la misión que hemos traído á la imprenta periódica, para imitar su lenguaje chabacano y grosero, ni sus insultos procaces y atrevidos. EL ASTRO DEL SIGLO se detendrá siempre al umbral de la vida privada, y sus jóvenes redactores no penetrarán nunca en ciertos lugares donde les abogaría la emponzoñada atmósfera de crímenes políticos y sacarían su rostro salpicado con la sangre de asesinatos impunes. Nuestro colega ministerial puede adular á sus dioses cuanto guste; pero en vano, gigante Polifemo, se peina y se atusa para fascinarnos y seducirnos: la oposición, cual otra hermosa Galatea, será siempre sorda á sus ruegos é insensible á sus halagos. La nación española no olvidará jamás que este ministerio ha sido la causa primordial de todos los males que sufre, de su descrédito en el extranjero y de la vergüenza que siente á sus propios ojos, y no se cansará de repetir con Virgilio:

*Ille dies primus leti prinusque malorum
Causa fuit.....*

Y no se nos diga que el espíritu de partido ofusca nuestra razón y que cuando no estamos en el poder todo nos parece execrable. Eso podrán aplicárselo á sí propios los ministeriales; no á nosotros que hemos venido á la arena política sin odios ni pasiones y que jamás hemos ambicio-

nado ni menos pedido ser gobierno. Pero por lo mismo que no venimos resueltos á recoger las riendas del Estado, que mal que les pese á los órganos ministeriales, se escapan de las manos de sus patronos, tenemos mayor autoridad y mejor derecho para juzgar y pedir cuentas á los hombres de la situación diciéndoles uno y otro día: «¿Qué habéis hecho, tránsfugas políticos, apóstatas farisaicos, de vuestros antiguos lares ó penates? ¡Por ventura, al renegar de los principios que proclamabais desde las filas de la oposición, los habéis abandonado, para que nosotros, magistrados romanos, cuidemos de ellos y les rindamos el culto de que vosotros les habéis privado!»

Pues no; os engañáis si tal habéis pensado. Mientras vosotros os sentáis famélicos á la variada mesa del presupuesto, nosotros adoramos y rendimos culto á los principios políticos, en cuya defensa no nos haréis cesar sino después que hayamos exhalado el último suspiro. Y aun entonces, tenedlo entendido por vuestro mal, nuestra sangre caerá gota á gota sobre vuestras cabezas y del fondo de nuestros sepulcros brotarán á millares nuevos defensores de nuestras opiniones; porque las ideas, oídlo bien y no lo olvidéis nunca, las ideas son inmortales como las hijas de Phorcis y ni siquiera están condenadas á envejecer como Medusa.

EL LIBRE CAMBIO (1)

ARTÍCULO CLXXIV

Antes de entrar á examinar una por una y con la detención que el asunto exige las bases del proyecto de ley arancelaria, presentado por el gobierno en la anterior legislatura, nos permitirá el lector que continuemos en este artículo las poderosas razones que hemos sentado en los anteriores, al explanar nuestro credo económico, fijando, de una vez para siempre, las causas que nos mueven á pedir la completa libertad de nuestra industria y el libre cambio de todas nuestras mercancías con el extranjero, la introducción exenta

de todo gravamen para las primeras materias y artefactos de los demás países. Hemos dado tal vez demasiada extensión á este artículo; pero no nos arrepentimos de dejar consignadas una vez más nuestras opiniones económicas antes de entrar en materia, analizando la obra magna de nuestro famoso ministro de Hacienda. No queremos que se haga el *bu* con nuestras doctrinas, diciéndole al vulgo ignorante que son peligrosas y nuevas. *Nihil novum sub sole*, queridos proteccionistas; no hay nada nuevo en el mundo, como no sean vuestras extravagantes doctrinas, destructoras de todo progreso material, de toda libertad y de toda civilización.

¿Queréis que os arrojemos á la cara, para avergonzaros más y confundiros, los nombres de los sabios economistas que en la antigua Grecia y en Roma presagiaban y abrían paso con sus doctrinas al libre cambio? ¿Nos obligaréis á que os demostraremos que, al combatir nuestras opiniones económicas, desconocéis la historia del comercio y de la industria en los países civilizados, y estáis siendo la befa y el ludibrio, no sólo de la Europa, sino del mundo entero?

Pero no prolonguemos más este artículo y en los sucesivos iremos demostrando con razones no menos sólidas que las que dejamos expuestas en el presente, la que nos asiste para exclamar: «¡No más fronteras, ni más aduanas!» La tierra no tiene otro límite que el mar, y el mundo no tiene más fronteras que el espacio.

La sesión que celebró ayer la Cámara popular ha sido una de las más animadas de la presente legislatura, y como verían nuestros lectores en la reseña que publicamos á última hora, el triunfo moral ha sido nuestro, por más que hoy, envalentonados con el resultado de la votación, quieran hacerle suyo los periódicos que defienden al ministerio. Ciertamente es, demasiado cierto para mengua de España, que el voto particular fué desechado por 210 votos contra 9; pero este resultado aritmético no puede desvanecer ninguno de los terribles cargos que en los diez días que ha durado la discusión del voto de la minoría han hecho al gobierno los hombres más notables de nuestro partido, los oradores más ilustres de la Cámara, los maes-

(1) Véanse los números desde el 5.º al 101, correspondientes á los meses de julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre, del año anterior, y los 102 hasta el 320 de este año.

tros de la verdadera elocuencia parlamentaria, que mal que les pese á nuestros adversarios, han de confesar que pertenecen todos á la minoría.

¡Qué fuerza de argumentación la de nuestro querido amigo el distinguido jurisconsulto Sr. Pandecta! ¡Qué elocuencia en la frase y qué corrección de estilo tan perfecta en toda la brillante peroración del eminentísimo poeta Sr. Fernández! ¡Y qué vigor, qué nervio, qué lógica tan irresistible la del valiente y entendido general Sr. González! Pero preciso es confesar que los honores de la discusión corresponden al orador de la minoría que ocupó ayer por espacio de tres horas y media la atención de la Asamblea, entusiasmando á las tribunas y anonadando con su potente voz y con sus irrefutables argumentos á todos los ministros, que ante la inflexible lógica de nuestro amigo desaparecían en el banco negro, como si se los fuera tragando aquella atmósfera de fuego que formaba la elocuente voz del gran tribuno. Nosotros, por una delicadeza que comprenderán nuestros lectores, no podemos decir una sola palabra en elogio de ese discurso. Ofenderíamos la modestia de nuestro querido amigo é ilustrado director Sr. Ramírez. Únicamente diremos que si á la mayoría de los diputados les hubiese sido posible votar inmediatamente después de oír aquella brillante peroración, el resultado no habría sido dudoso. El voto particular hubiese sido tomado en consideración por los mismos que le desecharon, cuando el ministro de la Gobernación, con su acento gangoso, con sus maneras chabacanas y con sus frases vulgarísimas les recordó el *tacto de codos* y trajo á la memoria de los empleados, de una manera harto transparente, que todos los meses tienen un día final, y que ese día es el de la nómina.

Pero ya lo hemos dicho: el triunfo moral ha sido de los hombres de nuestra comunión política. Reciban por ello nuestra enhorabuena y la gratitud de la patria, como á estas horas estarán recibiendo los plácemes de todas las provincias de España, y mañana serán la admiración de Europa.

En el Senado pasaron sin discusión todos los artículos, desde el 1.º al 314 de

la nueva ley de Instrucción pública, y sólo se hicieron ligeras observaciones al 319 y al 525 por los señores marqués de B... y general R.... Los demás hasta el último, que era el 1985, fueron aprobados sin discusión. La concurrencia de señores senadores era tan escasa, que no se pudo votar en definitiva la ley, y se dejó para la primera sesión, que se avisará á domicilio. Las tribunas estaban desiertas; todo el interés se hallaba concentrado en el Congreso, donde, como decimos en otro lugar, ha durado diez días la discusión del voto particular sobre las *actas de ultra tumba*, como gráficamente las llamó el ilustrado director de nuestro periódico Sr. Ramírez, aludiendo á los muchos electores difuntos que aparecen haber votado en pro del candidato ministerial.

La abundancia de materiales nos obliga á retirar un extenso artículo que habíamos escrito examinando desde el punto de vista de nuestros principios políticos la situación difícilísima que atraviesa la Europa, y que tiene justamente preocupados á todos los grandes diplomáticos del mundo, menos á nuestro sabio Metternich, el serio, profundo y estupendo ministro de Estado; pero aunque dejemos para mañana la publicación de ese importante artículo, en el cual damos una solución radical á todas las cuestiones pendientes, no podemos dispensarnos de llamar toda la atención de nuestros suscriptores hacia los gravísimos despachos telegráficos que insertamos en otro lugar.

Es cosa segura que hablará por fin en la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona el jefe de la minoría del Congreso. ¡Pobre ministerio!

Ya no es D. Pedro Fernández, sino don Juan Gutiérrez, la persona designada para la vacante ocurrida en el Consejo. Con este cambio de nombres ha creído el gobierno conjurar la tormenta. ¡Siempre lo mismo!

Parece que el gobierno tiene en su poder el decreto de disolución del Parlamento, y que hará uso de él en la sesión de hoy, si no le es favorable la votación en la auto-

rización que ha pedido para cobrar las contribuciones sin estar aprobados los presupuestos.

Se dice que la minoría va á presentar un voto de censura contra el gabinete. En la tardanza está el peligro.

A pesar de lo que decimos en otro lugar, podemos asegurar que no se oirá por fin la elocuente voz del jefe de la minoría en la presente legislatura. Peor para el Gobierno.

Parece que el señor López no ha manifestado aún á sus amigos la conducta política que piensa seguir en las Cortes, y esto tiene justamente alarmados y confusos á los electores que acaban de honrarle con su voto, en vista de sus antecedentes y del programa político con que se presentó en las urnas.

Hay quien dice que es posible, y hasta lo afirma anoche un periódico, que el subsecretario del ministerio de la Gobernación salga el verano próximo á tomar las aguas de Panticosa.

Digan lo que quieran los órganos asalarados de la actual situación, el ministerio no podrá resolver la cuestión Fernández Rodríguez y tendrá que dejar el puesto.

El príncipe heredero de China, que como saben nuestros lectores viaja de riguroso incógnito por los estados alemanes, bajo el título de marqués de la Solapa, está siendo objeto en todas partes de las más vivas demostraciones de aprecio y de simpatía. Iluminaciones, fuegos artificiales, grandes banquetes, paradas y toda clase de obsequios le siguen constantemente, haciéndole las autoridades los honores debidos á su alto rango; pero S. A. R., decidido á conservar el incógnito, hace retirar en todas las ciudades la guardia de honor que le ponen á la puerta de su alojamiento. Parece que con igual secreto se propone el futuro emperador de China visitar sus dominios. Esta es la única manera de que los que han de regir un día

grandes pueblos conozcan las verdaderas necesidades de sus súbditos.

Podemos asegurar á nuestro apreciable colega *Los cuatro vientos* que el candidato que reúne más probabilidades de éxito en el distrito vacante en Barcelona no es D. José García, sino D. Juan Pérez. Diferencia va y grande de uno á otro personaje.

Leemos en el *Diario de los hombres de bien*:

«D. Pedro Fernández insiste en la dimisión que ha presentado de su destino, y el gobierno parece decidido á admitírsela.»
Y nosotros decimos:

¡A que si es cierta la primera parte de esta noticia es falsa la segunda! ¡Pues no faltaba más que hacer dimisión cuando se sabe que han de admitirla!

Los diarios ministeriales han recibido el santo y seña de los patronos, para negar un día y otro con marcada insistencia que se trata de dar un golpe de gracia á las actuales Cortes; pero la *Gaceta* se encarga de desmentir á nuestros bienaventurados colegas. El *Diario oficial* se ha convertido hace días en un verdadero periódico de oposición. No se necesita tener una gran práctica en esta clase de negocios para saber que se acerca la hora final de esta apenas nacida representación nacional. Si los recientes cambios llevados á cabo en el personal de los gobiernos de provincia nos dejaran alguna duda de que se está elaborando el decreto de disolución, las edificantes circulares que aparecen hoy en la *Gaceta* vendrían á iluminar nuestra inteligencia en este asunto. El respectivo celo que les ha entrado á los secretarios del despacho por hacer ver que el país está bien gobernado, encargando á sus subalternos lo que forma el abecé de toda buena administración y lo que antiguamente por sabido se callaba, todo indica que se le va á decir al país que mande otros representantes, porque los que hay no gustan demasiado. Y á pesar de todo parece imposible que aún se le anteje al gobierno poco dócil la actual mayoría. Mucho tememos que este alarde de fuerza le cueste la vida

y que sobre su sepulcro nos veamos obligados á escribir este epitafio:

«Aquí yace un español
que estando bueno quiso estar mejor.»

El nuevo alcalde de la aldea de Ronquillo ha tomado posesión del cargo.

Ha llegado á esta corte el Sr. D. Gil García y Gil, secretario del celador de policía del Centro. Antes de tomar posesión de su destino tuvo una larga conferencia con su jefe. No hemos podido averiguar nada de lo que pasó en ella.

El Incensario, periódico ministerial, ha oído decir que el simpático y elocuente diputado Sr. Pérez acepta el destino para que acaba de ser nombrado. Nosotros hemos oído decir todo lo contrario. Para verdades el tiempo y para inventar paparruchas los órganos del ministerio.

La Menesterosa dice en su número de ayer lo siguiente:

«Las fiestas que acaban de pasar han estado muy animadas en todas las provincias, sin que hasta ahora tengamos noticia de que se haya turbado el orden en ninguna de ellas. ¡Es mucha sensatez la de nuestro pueblo! ¿Qué dirá la oposición?»

Tan sensato es el pueblo, añadimos nosotros, como falto de sentido es el periódico ministerial. ¡Qué apostamos á que quiere que hagamos una suscripción para acuñar una medalla en honra del ministerio, por la sensatez de las provincias que cuando se divierten no se matan!

El mismo periódico dice en otro lugar: «El orden continúa inalterable en todas las provincias de España.»

Quedamos enterados. ¡Cuánto mejor sería que en el artículo de oficio que publica la *Gaceta* para informarnos del estado de salud del monarca, se añadiera: «del mismo beneficio disfruta la tranquilidad de las provincias!» No tienen precio estos ministeriales.

ESPIRITU DE LA PRENSA

DIARIOS DE LA MAÑANA

El Ventilador independiente consagra el primero de sus artículos de fondo á combatir el decreto que apareció en la *Gaceta*, organizando y dando nueva planta á las oficinas de Hacienda. Después de recordar nuestro apreciable colega que ese arreglo es el cuarto que se ha hecho en poco más de medio año en esa secretaría del despacho, demuestra con razones irrefutables que es altamente oprobioso para el país, no por la distribución de negociados, que no le parece ni mala ni buena, sino por los nombres de las personas elegidas para desempeñarlos. Según asegura *El Ventilador* haber oído decir á persona bien informada, la nueva secretaría se compone en su mayor parte de amigos y parientes del ministro: la nómina, dice con mucha gracia nuestro cofrade, será el árbol genealógico del jefe de la dependencia.

También *El Incensario* se ocupa de ese decreto, pero lo hace para elogiarle, alzando hasta las nubes el talento del ministro, por la nueva prueba que ha dado del tacto y de la imparcialidad con que sabe rodearse de las verdaderas eminencias administrativas para la gestión de los negocios públicos.

Nuestro colega ministerial tiene valor para concluir el ditirambo de tres columnas que le inspira el citado decreto, con estas repugnantes palabras, que ponen una vez más de manifiesto su deplorable venalidad:

«Siga el señor ministro la gloriosa senda que se ha trazado en los breves días que lleva en el poder, y no tenga duda alguna de que con decretos como el de ayer se ganará el aprecio de los hombres honrados de todos los partidos y colocará su nombre al lado del de los más distinguidos hacendistas de Europa.»

El Suspiro popular la toma otra vez con los apóstatas de su partido, á propósito de haber sido colocado por este gobierno un juez de primera instancia que estaba cesante hacía doce años, y con este motivo escribe un largo artículo, notable por la elegancia de la frase, por lo vigoroso del pensamiento, por lo muy nutrido

de verdadera doctrina liberal y por la abundancia de citas históricas.

He aquí las brillantes palabras con que nuestro colega político encabeza su trabajo: «Roma rasgó su púrpura imperial cuando los bárbaros hollaron su diadema augusta; pero no sucumbió á las corruptoras seducciones de los poderosos que querían esclavizarla como único medio de rendirla, y prefirió sepultarse entre las ruinas del Panteón y del templo de Vesta, á arrastrar una vida de placeres entre el oprobio y la ignominia de los siglos venideros.»

La Sabiduría conservadora continúa su polémica con *El Rumor liberal*, y concluye su artículo con estas palabras, que no creemos tengan una contestación pacífica al estado que han llegado las cosas entre ambos periódicos:

«Después de lo que dejamos dicho, no espere nuestro colega que añadamos una sola palabra para contestar á las procaces y groseras frases que nos dirige en su artículo de ayer, el cual se distingue tanto por la cobardía del ataque como por lo chabacano y soez de la forma en que aparece escrito.»

El Eco del algodón publica su artículo 95 contra el libre cambio, y concluye con la siguiente herejía política:

«La libertad es algo, pero no lo es todo.»

PERIÓDICOS DE LA TARDE

La Vespertina continúa paseándose por los espacios imaginarios de sus ideas retrógradas, y como si ya hubiera llegado el día de su dominación absolutista, nos dice que sus prohombres nos perdonarán la vida, contentándose con *extrañarnos* cuando mucho del reino. A nosotros nos hacen reír las utópicas baladronadas del colega servil; pero no podemos menos de llamar la atención del gobierno, que cada día parece más indiferente al gran peligro que á todos nos amenaza.

El Eco nocturno la toma de nuevo con nosotros, y á sus palabras daremos una contestación cumplida y digna de nuestros antecedentes en el número próximo.

El Abanico sigue haciendo aire al ministerio y asegura que antes de fin de mes habrá dejado de existir, no por los esfuer-

zos de los partidos, sino por la incapacidad de sus propios individuos.

También *La Desconfianza* y *El Espíritu de partido* hablan de crisis y dicen que es indudable la caída del ministerio. Ya dijimos nosotros á su tiempo que esta situación nacía muerta.

PARTE OFICIAL de la Gaceta

Precedido de un largo preámbulo, en el que se trata de demostrar con una palabrería insoportable y fatigosa que el pueblo paga muy pocas contribuciones y que el gobierno se quedó corto al fijar en el presupuesto general del Estado el crédito destinado á las eventualidades del material de guerra, se concede al ministro del ramo un crédito de tres millones de reales como suplemento al capítulo 99, art. 50, sección primera del presupuesto del corriente año.

Asimismo inserta el *Diario oficial* una larga lista de promociones en el ejército, que hoy no publicamos por falta de espacio.

Por la misma razón aplazamos para otro día la inserción de varios decretos de Gracia y Justicia, trasladando á algunos magistrados, declarando cesantes á otros y nombrando cuatro de nueva entrada en la carrera judicial.

El tan anunciado arreglo de la secretaría de Gobernación viene también en la *Gaceta*, encabezado con un pomposo preámbulo, en que pretende probar que, con la nueva nomenclatura de los negociados y los nombres de los recién agraciados, los negocios van á marchar viento en popa.

La gran abundancia de materiales de interés nos impide reproducir por hoy ese estúpido trabajo, y sólo diremos que han sido separados de sus destinos, quedando S. M. muy satisfecha de lo bien que los desempeñaban y proponiéndose utilizar sus servicios, los Sres. Pérez, Fernández, García y Gutiérrez, y nombrados en su lugar, en atención á los méritos que les distinguen, los Sres. Gómez, Rodríguez, Díaz y Jiménez.

Por el mismo ministerio se publica una circular pasada á los gobernadores de provincia en que se les manda remitir un es-

tado detallado de todas las obras provinciales que crean de más urgente necesidad en los respectivos distritos de su cargo.

El ministro de Gracia y Justicia publica otra circular exhortando á los presidentes de las audiencias para que activen todas las causas de oficio que haya pendientes en todos los juzgados de su dependencia, remitiendo al gobierno una nota de todas las que se hallen en tramitación.

Otra circular publica el ministerio de Hacienda encargando que los recaudadores de las contribuciones guarden á los contribuyentes todas las atenciones compatibles con el servicio público y con los intereses del Estado.

También por el ministerio de Fomento se pide con urgencia noticia del estado en que se encuentran los institutos, escuelas, academias, bibliotecas y demás establecimientos dependientes de la Dirección de Instrucción pública, encargando á los gobernadores que den á este ramo de la gobernación del Estado toda la preferencia compatible con los demás servicios del mismo ministerio.

CORTES

CONGRESO DE DIPUTADOS

Sesión del día 1.º de octubre

PRESIDENCIA DEL SEÑOR GUTIÉRREZ
FERNÁNDEZ

Abierta á las dos y media y leída el acta de la anterior, se pidió por cinco señores diputados que se aprobase en votación nominal, y no habiendo suficiente número de diputados presentes, el señor presidente encareció la puntual asistencia á las sesiones y levantó la de este día, citando para mañana á las dos en punto.

SENADO

Sesión del día 1.º de octubre

PRESIDENCIA DEL SEÑOR DUQUE
DE LA BENEVOLENCIA

Abierta á las tres menos cuarto y leída el acta de la anterior, que fué aprobada,

se dió cuenta de varias comunicaciones de los señores marqués de la Prosperidad, conde de la Inteligencia, barón del Milagro, duque de la Filantropía, general Tremenda, cardenal arzobispo y Sres. Pérez, García, López, Fernández, Ruiz, Gutiérrez y González, en que excusaban su falta de asistencia á la sesión por hallarse sufriendo respectivamente catarros, toses, asma, gota y otros padecimientos propios de la estación.

El Sr. Díaz pidió la palabra para anunciar una interpelación al gobierno sobre el mal estado en que se encuentra el camino vecinal de su pueblo, y no hallándose presente el señor ministro de Fomento, contestó el de Marina que lo pondría en conocimiento de su compañero y se señalaría día para que explanase la interpelación el señor senador.

Se dió cuenta de los dictámenes de las comisiones nombradas para los proyectos de ley de reemplazo, de minas, de instrucción pública, de sanidad y de bancos agrícolas, y ocupando la tribuna el señor ministro de la Gobernación de gran uniforme, leyó un proyecto de ley sobre ayuntamientos, otro sobre diputaciones provinciales y otro sobre imprenta.

Se mandaron imprimir dos dictámenes de las comisiones para repartirlos á los señores senadores, y no habiendo otros asuntos de que tratar se levantó la sesión, advirtiendo que para la próxima se avisaría á domicilio.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

Mecklembourg-Strelitz, 28.—El viaje del gran duque á las aguas de Colonia no carece de misterio. El gobierno inglés parece que no es extraño á este viaje de salud.

Gran ducado de Hesse y de Prusia, 28.—La casa de Staatsanzeiger-Hohenzollern ha presentado proposiciones para la construcción del ferrocarril de Giesen. El material vendrá de Inglaterra.

Constantinopla, 27.—Toma crédito el rumor de que Inglaterra defenderá á la Puerta desinteresadamente. Se han aprobado las bases para un empréstito con algunas casas inglesas.

San Petersburgo, 28. — Aquí se prepara con todo sigilo un golpe de mano contra la Puerta Otomana. Antes de seis meses estará corriente el primer cuerpo expedicionario, que asciende á trescientos mil hombres. El embajador inglés tiene frecuentes conferencias con el emperador.

Wurgbourg, 27. — Se ha perdido la cosecha en las villas anseáticas de Holstein-Lanenburg y Luxembourg. Los consejos federales han votado que el país se ponga en pie de guerra. Esta medida ha causado buen efecto. Los ingleses nos apoyan.

Londres, 29. — Hay grandes probabilidades de un rompimiento con Francia, después que se haya publicado el folleto que piensa escribir el barón de la Paix á propósito de la cuestión china. Se ha celebrado un *meeting* numerosísimo para pedir al Parlamento que adopte una ley contra el maltrato que se da á los caballos por algunos alquiladores de carruajes. El hambre de Irlanda es horrorosa.

París, 29. — Las relaciones con Inglaterra son hoy más cordiales que nunca. Se ha decretado el armamento de trescientos mil hombres y la construcción de diez fragatas de guerra. Se espera con ansiedad la publicación de un folleto dando una solución á la cuestión china.

Viena, 28. — La baja de los fondos es cada día mayor. Se eleva la cifra del ejército á seiscientos mil hombres de todas armas. Hay temores de que se retire el ministro inglés.

Lisboa, 29. — Los periódicos del gobierno aconsejan á éste que tome una actitud imponente y enérgica en vista de los graves sucesos que ocurren en Europa. Se ha celebrado un tratado de comercio con Inglaterra, onerosísimo para Portugal.

París, 29. — Los fondos han tenido una subida considerable. A última hora se ha hablado en la Bolsa del próximo enlace del príncipe Olindo Melensinkrouff-Otteenstein-Stuckpen, heredero del ducado de Wanhemborgen sur Ortempgen, con la duquesa Sofia Richmanfauk, hija del príncipe Ponniowski, sobrina del archiduque Babenhausen, presunto heredero del principado de Dobrowski. La diplomacia se

agita mucho con motivo de este enlace y se teme una gran perturbación europea. Si llega ese caso, Inglaterra mediará.

Berlin, 28. — El ministro de Negocios extranjeros se niega á explicar las palabras que pronunció en el banquete del embajador austriaco, y se tiene por seguro un rompimiento entre ambos países. La Inglaterra ha ofrecido sus buenos oficios.

París, 30. — Acaba de llegar la compañía anglo-americana que ha de trabajar en el Circo. Se vuelve á hablar de una expedición á Turquía. Ha estallado una gran tempestad. Hay noticia de muchas desgracias. Las autoridades no descansan. En el teatro de la ópera debuta hoy la célebre Gorgoritini.

CRÓNICA DE PROVINCIAS

Las Batuecas, 27 de septiembre. — Ya ha llegado el caso de que no podamos salir de la población sin la seguridad de ser robados y asesinados. A los crímenes de que hablé á usted en mis anteriores, debo añadirles uno que tiene justamente consternados á todos los habitantes de esta. Tres caballeros ingleses, que estuvieron aquí de vuelta de Casa Blanca y que según decían salieron en busca de emociones hacia la sierra del Páramo, fueron acometidos por cuatro ladrones que, retirándolos de la carretera les maltrataron y robaron, dejándolos desnudos y atados de pies y manos. La guardia civil, que tan buenos servicios está prestando desde su institución, ha salido en busca de los malhechores y se espera que logre darles alcance, á pesar de que el terror que infunden en el país hace que los labradores honrados no se atrevan á declarar, facilitando así su fuga.

Este suceso y los recientes asesinatos del cura de la Cañada y del alcalde de Retamar tienen consternados los ánimos de estos pacíficos habitantes.

Tampoco este año ha llovido y nos quedamos sin cosecha. La miseria es cada día más espantosa, y si el gobierno no toma una disposición enérgica, Dios sabe lo que sucederá. Los comisionados de apremios comen y beben, mientras los infelices contribuyentes emigran á cientos.

Ya tenemos en esta al nuevo gobernador, que se ha captado las simpatías de todas las personas sensatas por sus primeros pasos y por los gratos recuerdos que ha dejado en Jauja. Su antecesor ha salido de aquí sin que nadie fuera á despedirle, á excepción de tres ó cuatro aduladores, especie de consejeros que tuvo en su funesta administración. Nos da compasión la provincia de Jauja donde va trasladado.

La proximidad de las elecciones para diputados á Cortes nos ha traído una nube de pájaros de mal agüero que ya empiezan á hacer de las suyas, indagando los descubiertos de la contribución y haciendo otras habilidades por el estilo. En un solo distrito se presentan doce candidatos.

(De nuestro corresponsal.)

Jauja, 26.—El domingo salió de esta ciudad con dirección á las Batuecas nuestro famoso y nunca bien ponderado gobernador, de cuya funesta y desacertada administración conservará Jauja un tristísimo recuerdo. Nadie le ha visitado, y al subir á la diligencia le acompañaban únicamente el secretario del gobierno, el comisario de policía y dos sujetos de mala nota que en las pasadas elecciones presta-

ron grandes servicios á la causa del ministerio. Esperamos con ansiedad la llegada del nuevo jefe, cuyos honrosos antecedentes y su recto proceder en las Batuecas le harán digno del aprecio de este pacífico vecindario.

Es probable que no haya elección, porque, á excepción de los candidatos y de los agentes de la autoridad, que andan bebiendo los vientos por recoger votos, nadie acudirá á las urnas.

Ha llovido con tanta abundancia que se ha podrido la sementera y los labradores quedarán reducidos á la última miseria. Hay hombre que para el pago de la contribución ha vendido hasta el último jergón que le quedaba.

Un asesinato más tienen ustedes que añadir al largo catálogo que diariamente publican y cuyos pormenores son verdaderamente horribles. Otro día hablaré de este suceso, envuelto en un profundo misterio.

Llamamos toda la atención de nuestros lectores hacia las graves noticias de París que publicamos en otro lugar. Hoy no tenemos espacio para decir otra cosa acerca de ellas, sino que vea el gobierno cómo se acerca la gran perturbación europea que tantas veces hemos anunciado y contra la cual estamos enteramente desprevenidos.

FOLLETÍN

LAS MANCHAS DE LA SANGRE

ó

LAS DIEZ Y NUEVE HIJAS DEL VERDUGO

NOVELA SOCIAL

escrita en francés por Mr. A. B. y traducida al castellano por el Sr. D. C. D.

TOMO XV.—LIBRO 29

EL PATÍBULO

(Conclusión del capítulo XXXV)

más!—dijo la joven con transporte de verdadero delirio.

Y cayó desmayada en los brazos de Arturo.

A ese tiempo se oyeron tres rudos golpes en la puerta de la calle, y en el interior de la casa se hizo escuchar el disparo de una arma de fuego.

El conde de la Pesadumbre se asomó á la puerta de la cámara de vestir de Elisa. Su mirada era de fuego. Sus dientes rechinaron. Sus brazos se contrajeron. Arturo palideció. La joven parecía profundamente dormida.

CAPITULO XXXVI

UN PRÍNCIPE QUE VIAJA DE INCÓGNITO. Ó DE CÓMO EN UN BAILE PUEDE HACERSE ALGO MÁS QUE BAILAR.

La puerta cedió.

El hombre de la capa negra entró en el cementerio, sin darse cuenta de que alguien le seguía.

Las dos damas tapadas se detuvieron junto á la cruz de piedra.

Hacia cada vez más oscuro.

La tempestad caminaba en pos del desalmado mancebo, que, como sabe el lector, vagaba sin descanso desde la memorable madrugada del día 12 de enero de 18.....

Doce días se habían cumplido desde que el terrible *Mataquince* almorzó opíparamente en el *cabaret* del Gato Blanco en compañía de sus des víctimas, y bien puede decirse que en su boca no había vuelto á entrar bocado alguno ni sus miembros habían tenido el menor reposo.

El hambre, el cansancio y sobre todo la sed estaban á punto de rendir á aquella alma de hierro, ante cuya horrible figura se cerraban todas las puertas cuando halló abierta la del cementerio.

Pero ¿qué iba á hacer allí donde precisamente estaban enterradas las dos últimas víctimas de su brutal ferocidad? ¿Le arrastraba el destino á morir sobre la tumba de ellas? ¿Iba por su propia voluntad á implorar el perdón del cielo sobre el sepulcro de aquellas infelices mujeres, o entró en el cementerio por ser el único lugar en que nadie le impediría entrar?

Nada de eso, lector. Ninguna de esas cosas explica la presencia de *Mataquince* en el cementerio.

Las mujeres que le seguían, sin ser vistas de él, lanzaron una estridente carcajada, que retumbó de una manera horrible en los cóncavos huecos de los sepulcros.

Mataquince creyó que los muertos le saludaban, y llevando la mano á la gorra,

que cubría su inmundada cabeza, contestó con una sonrisa aterradora.

¿Quiénes eran aquellas damas? ¿Qué buscaba allí aquel hombre?

Ya lo diremos más adelante.

Volvamos ahora al baile del príncipe Alfredo, donde nos aguarda la enamorada pareja de los jóvenes desposados, objeto de la brillante fiesta que tenía lugar en el gran palacio de las Privaciones.

Nada más grandioso ni más magnífico que aquellos salones, sobre cuyas paredes, tapizadas de brocado de seda y molduras doradas, se vertía á torrentes la abrumadora luz de millares de bujías, colocadas en ricas arañas de cristal y bronce.

Cada sala ofrecía un nuevo encanto, y en todas ellas se respiraba el lujo, la esplendor y el buen gusto de los príncipes, que habían dispuesto el decorado de todas ellas.

Fantástico era por demás el conjunto que ofrecían aquellas masas de riqueza y de buen tono, y la alegría y la satisfacción se reflejaban en los semblantes de todos los convidados.

Pero los desposados eran objeto de la atención general y todas las miradas estaban fijadas en la joven duquesa del Consuelo, que ruborizada bajaba los ojos al suelo, retirando su hermosa mirada sobre la blanca alfombra, como si la pureza de aquel pavimento fuera un digno espejo del purísimo cendal, que como los blancos pétalos de la azucena cubría su inocente corazón de niña.

¡Oh! ¿Que estaba hermosa la pobre huérfana con su traje de moaré blanco, guarnecido de riquísimos encajes y salpicado de jazmines y de azucenas, y su riquísima corona ducal, toda tachonada de brillantes, sobre la cabeza!

El duque la miraba sin cesar y no se apartaba de ella un solo momento, excitando así las pícaras burlas de los convidados, entre los cuales se distinguían, como adivinará el lector, el banquero Lemaitre y Mad. Chicard.

—No es todo oro lo que reluce—dijo esta última, hablando en voz baja con el banquero.

—¿Por qué lo decís vos?

—¿Estáis ciego?

—¡No, pero no veo!

—¿No veis que el duque tiene el aire sombrío?

—Sí, pero eso es natural.

—¡Natural en una noche de novios!

—Claro está que sí; le tenemos en berlina.

—Valiente cuidado le da á él de ninguno de nosotros.

—¿Pues de quién?

—Mirad—dijo Mad. Chicard.

Y señaló con el dedo hacia un hombre alto y seco, de edad como de cincuenta años, que estaba detrás de la joven duquesa.

—Bien, ¿y qué?—dijo el banquero.

—Mirad—volvió á decir secamente madame Chicard.

Y el banquero observó que aquel hombre marchaba siempre detrás de la duquesa, siguiendo los movimientos de ésta con tal regularidad, que no parecía sino que ambos formaban una sola persona, ó mejor aún, que aquel enlutado señor era la sombra de la joven desposada.

Pero esto era horrible imaginarlo, porque ella era hermosa como la primera alborada del amor, blanca como la ilusión no marchita por el desengaño y esbelta y flexible como el pensamiento jugueteón del primer desco; y él era repugnante y feo como la imagen del vicio, negro como el último remordimiento, y se movía con dureza y de una manera automática, como el hombre que camina tras del postrer pecado.

Así lo comprendían todos los asistentes al baile del príncipe, que, gracias á la maligna intervención de Mad. Chicard, ya no miraban á la joven duquesa, sino que no apartaban su vista del fantasma que la seguía á todas partes, y cuya repugnante mirada se encontraba con la del duque con más frecuencia de la que éste hubiera deseado.

—¿Quién es ese hombre?—fué la pregunta que sucesivamente se vinieron haciendo unos á otros todos los convidados.

Nadie contestó.

El príncipe, sin cuyo permiso nadie podía haber entrado allí, también lo ignoraba.

Al terminarse el baile, que duró menos de lo que los convidados se habían prometido por los rumores y la agitación que produjo el enlutado y misterioso caballero, el duque se dirigió á ofrecer el brazo á su joven esposa.

Pero se interpuso la sombra, y con una sonrisa que hacía doblemente horrible su repugnante figura, presentó el brazo á la

joven, que quiso huir horrorizada, y dirigiéndose al duque le dijo:

—Hoy me toca á mí acompañar á la duquesa. ¿No es verdad que sí?...

Y viendo que el duque permanecía en silencio y que la pobre niña se refugiaba toda temblorosa en sus brazos, añadió:

—¡Es posible que aún no me hayas reconocido, mi querido Ale....!

El duque no le dejó acabar este nombre, y con gran turbación se apresuró á darle la mano.

—Hazme el honor de presentarme á la señora duquesa—dijo sonriendo el fantasma.

—Amelia—dijo el duque balbuceando y pálido como el alabastro,—tengo.... el honor.... de presentarte.... á....

—A su hermano el mayor—interrumpió el caballero de lo negro,—príncipe de la Providencia y esclavo vuestro, señora.

Y volvió á ofrecer el brazo á la joven duquesa, viéndose ésta obligada á aceptarlo por la aquiescencia de su esposo á las palabras de su hermano el mayor.

El cual, después de haber bajado la escalera, dirigiendo á la duquesa las más afectuosas galanterías, entró solo con ella en un carruaje que partió á escape, sin que el duque hiciera el menor esfuerzo por seguirle.

Las personas que habían presenciado la extraña escena que dejamos referida, se perdían en conjeturas absurdas, exclamando todos á la vez:

—¡Son hermanos y no se conocían!

—¿Por qué no se habrá descubierto al llegar al baile?

—¡Un príncipe!

—¿Por qué se turbaría tanto el duque?

—¡Aquí hay misterio!

Nosotros sólo diremos que todo se explicará en los capítulos sucesivos.

CAPITULO XXXVII

LA TRENZA DE PELO Ó LA MISERIA DE LAS CLASES POBRES Y LA CORRUPCIÓN DE LOS PODEROSOS.

En el reducido y lóbrego aposento de la desgraciada familia Philipón reina cada vez mayor miseria, y el hambre cierne sobre aquellos infelices sus negras alas, como bate la fortuna las suyas de oro en el palacio de los poderosos.

Quince días han transcurrido desde que vimos salir de aquel pobre templo de la virtud al poderoso marqués de la Inconstancia, cargado con el oprobio de su vergüenza y con el oro con que en vano había querido corromper á aquellas honradas criaturas.

La virtud de los pobres es inquebrantable.

El lector lo ha visto al examinar las grandes, las horribles privaciones que sufría la familia Philipón y todas las de su clase en los populosos centros de la miseria en París.

Veamos el cuadro que ofrecen en estos momentos los principales héroes de nuestra historia.

Es de noche. Agripina, el ángel de la virtud y de la hermosura, como la llaman en el barrio, está sentada sobre un tosco cajón de pino, bordando con afán una camisa, á la débil luz de una vela, que arde entre los dedos de un pobre niño de escasos cuatro años de edad.

A su lado, sentados sobre el duro suelo, se hallan M. y Mad. Philipón y dos niñas, la mayor de tres años.

En un rincón del aposento se ve el cadáver de una niña de seis años, tendido sobre un puñado de pajas.

Un silencio profundo reina en aquel lugar de miseria y de desgracia, y sólo se oyen de vez en cuando los sollozos de la pobre madre, que no aparta la vista del sitio en que yace su hija, á quien el día anterior vió expirar de hambre en sus propios brazos.

—Calla, no llores—le dice M. Philipón.

—¡Ah, hija de mi alma!—exclamaba llena de angustia la pobre madre.

—No turbes el sueño á los vecinos—vuelve á decir M. Philipón.—Tú eres pobre y los pobres no deben molestar á los ricos. Acuérdate de lo que nos sucedió cuando se murió tu madre.

—¿Qué fué lo que sucedió?—dijo el niño que servía de candelero.

—Nada—replicó el padre,—más vale que no lo sepas; hartó aprenderás con lo que estás viendo.

—Quiero pan—dijo una de las niñas, tititando de frío sobre aquel desnudo pavimento.

—Espérate un poco—contestó Agripina con voz débil é interrumpiendo sus palabras una tos seca que destrozaba su pecho;

—espérate que pronto va á amanecer y yo te daré pan.

—¡Sí, pronto amanecerá—repitió con ironía el padre—y tu hermana llevará la sangre que ha sudado esta noche para que se la compren por un puñado de cobre! La dirán que vuelva mañana á saber si el trabajo es de recibo, y si lo es se lo pagarán mezquinamente dentro de tres días; mientras tanto....

M. Philipón no pudo continuar hablando, porque su esposa le interrumpió, diciéndole que no afligiera á las niñas ni desesperara por completo de la Providencia Divina.

Y en silencio pasaron el resto de la noche hasta que amaneció, y Agripina, que había concluido su labor, salió á la calle acompañada de su pequeño hermano.

Poco tardó en volver con semblante risueño, aunque agitada y tosiendo por el cansancio de la escalera, y después de haber repartido entre todos el pan que traía, entregó á su padre dos monedas de veinte francos cada una.

—Agripina—dijo M. Philipón alzándose en pie y mirando á su hija con espanto.

—¿Qué es esto?... ¿Quién te ha dado este dinero?... ¿De dónde has sacado todo este oro?...

La joven bajó los ojos al suelo y no acertó á responder una sola palabra.

M. Philipón arrojó las monedas al suelo y dijo:

—¡Pronto, dilo pronto, yo necesito saber quién te ha dado ese oro que me abrasa las manos!

—Pues bien, papá, ya que usted quiere saberlo, sea—dijo Agripina.

Y quitándose la papalina enseñó á sus padres la cabeza, desnuda de la hermosa trenza de pelo que causaba la admiración y la envidia de las gentes.

—¡Dios mío!—gritó la madre.—¡Yo no tengo fuerzas para tanto!

—Con este dinero—añadió Agripina esforzándose por sonreír—podremos pagar el entierro de mi pobre hermanita y comprarle una corona de siemprevivas y darle algo al casero y....

A este tiempo llamaron con violencia á la puerta del aposento.

Era un agente de policía que venía á buscar á M. Philipón con el fin de condu-

(Se continuará)

TOROS

Media corrida extraordinaria á beneficio de los huérfanos del Ebro

Bajo la presidencia del teniente alcalde, excelentísimo señor duque de la Providencia, con un calor de treinta grados bajo cero á la sombra y un cielo despejado y sereno, se abrió la lidia de los seis bichos, que como saben nuestros lectores debían dar su sangre para enjugar las lágrimas de los huérfanos que han causado las terribles inundaciones del Ebro.

Las damas de nuestra aristocracia que supieron concebir este benéfico pensamiento, y que, lo diremos en honor á la verdad y en muestra de nuestra imparcialidad, han sido digna y eficazmente secundadas por el gobernador civil, no se habían contentado con repartir por sí propias los billetes para la función, comprometiendo con ingeniosas y chispeantes cartas á todos sus amigos y conocidos, sino que, á mayor abundamiento, quisieron bordar por sus propias manos las moñas que habían de lucir los animalitos, y esto excitó sobre manera el entusiasmo de los aficionados.

Ocho días antes de la fiesta ya no se encontraba un billete, y ayer tarde, en el momento de dar principio á la corrida, se pagaron cuatro y cinco duros por un asiento de tendido al sol. ¡Buen negocio han hecho los revendedores, que habían comprado estas localidades á ocho reales! Pero hablemos de la corrida.

Después del despejo de la plaza, hizo su acostumbrado y tradicional paseo la cuadrilla, entre los vítores y los aplausos de aquel inmenso concurso.

El maestro vestía de azul y oro, con una riquísima capa blanca bordada al realce, que fijó la atención de todo el público y que, según oímos decir, es un regalo que le ha hecho al diestro la interesante y seductora condesa de Aguaverde. Curro Cañamones (a) *Frasquete*, lucía un precioso traje lila y plata, con faja blanca y capa grana; y Pepe Santa Bárbara (a) *Joselito*, vestía por segunda vez el magnífico traje verde y oro, con capa del mismo color, que, como dijimos á su tiempo, le regaló el duque de la Misericordia, cuando este diestro le sirvió de padrino en la corrida

de aficionados en que el simpático duque mató con tanta inteligencia el primer toro.

Las respectivas cuadrillas de los tres espadas vestían con no menos lujo que aquéllos, y el público les hizo á todos una verdadera ovación.

El presidente arrojó la llave del toril, engalanada con una vistosa moña de seda y oro, y el alguacil, que la entregó y que huyó á escape como de ordinario, recibió su acostumbrada silba.

A ese tiempo resonó el clarín, se abrió el toril y se presentó en la arena el primer bicho, llamado el *Marquesito*.

Buen mozo, de libras, retinto obscuro y cornialto, con divisa naranjada, de la ganadería del marqués de Río-Enjuto y luciendo una hermosa moña de flores sobre plata, regalo de la linda señorita de San Oprobio, salió ciego á recorrer la plaza, y recibió dos puyazos á la carrera, haciendo tomar el olivo á todos los chicos de la cuadrilla. Pero el maestro supo pararle con el capote, y llevándole hacia los jinetes, logró que éstos le pusiesen hasta doce varas, en las cuales el bicho, que cada vez se hacía más pegajoso, remató cuatro caballos, hirió otros tantos y dió buenos revolcones á los picadores. El presidente, que no sabía lo que se pescaba, hizo la seña para las banderillas cuando aún la fiera recargaba y quería más hierro, y entre las silbas del público pusieron tres pares de rehiles *Moñitos y La Peonza*, aplaudiendo mucho los espectadores la habilidad de los muchachos y las flores que cubrieron el cuerpo del animal al deshacerse las banderillas. El maestro tomó el trapo y el estoque, y dirigiéndose al palco de la presidencia dijo:

Ea, señor presidente, allá va por la de uzia y la compañía, por las güenas mozas prezentes y por lo que caa cual tenga en el buche del penzamiento.

Y arrojando lejos de sí la montera, se fué derecho á buscar al toro, y después de unos cuantos pases de pecho y otros al natural que le valieron muchos aplausos, se cuadró perfilado y despachó al bicho de una buena recibiendo. La res mordió la arena, y mientras el cachetero le daba lo que le hacía falta, el maestro recorrió la plaza entre el entusiasmo de los espectadores y recogiendo una lluvia de cigarros y no pocos sombreros que le arrojaban de todas las localidades.

Las mulas, que estaban más engalanadas que de costumbre, arrastraron los caballos y el toro, y salió á la plaza el segundo.

Verdugo, de buen trapío, negro, paticalzado al codillo, de más libras que el primero, y cornigacho, con divisa blanca y verde, de la acreditada ganadería de la viuda de Atraca, era este hermoso animal hermano por parte de padre del que mató al malogrado espada Manolito Cabra (a) *Zonicho*, cuyo retrato, con el de la fiera que le dió muerte, pueden ver nuestros lectores en la estamperia de los Ingleses. Mató seis caballos, envió á la enfermería al *Gaditano*, entre los silbidos del público que le llamaba maulón, y después de recibir trece varas y dos puyazos le cubrieron de leña Periquillo y Juanete y recibió la muerte á manos de Curro Cañamones, de un excelente volapié, después de una corta recibiendo, dos en hueso y una demasiado tendida.

El tercero, *Golondrino*, de libras, corniveleto, berrendo en negro y bragado blanco, salió abanto, pero se hizo de *sentío*, y aunque no dió tanto juego como los anteriores, mató dos caballos, recibió siete varas y se dejó poner cuatro pares de banderillas, de las que salieron multitud de pájaros. La preciosa moña granate, bordada con oro por la encantadora duquesa de Camposeco, se la arrancó con gallardía el maestro, regalándosela á un lord inglés que ha hecho de ella el mayor aprecio. *Joselito* tomó los trastos de matar, y después de muchos pases de muleta para traer á jurisdicción al bicho, le despachó de una baja á paso de banderilla, no sin que le costara un varetazo en el pecho que le llevó á la enfermería. Así aprenderá á citar corto y sin miedo.

Del mismo pelo que el segundo, pero de menos libras, era el cuarto, cuyo nombre no recordamos en este momento, y salió bravucón, saltando dos veces la barrera antes de acercarse á los caballos, de los cuales despachó uno, recibiendo ocho varas y enviando á Rodrigo á la enfermería con un fuerte porrazo.

Las banderillas eran todas de lazos de colores, y las pusieron con acierto los muchachos, distinguiéndose *Moñitos*, que plantó un par al sesgo y otro á topacarne-ro con una limpieza y una serenidad envidiables. El maestro estuvo desgraciado

en la muerte de este toro, y no fué poca fortuna que no sufriese una cogida al intentar descabellarlo cuando aún el bicho estaba demasiado entero.

El quinto, *Curita*, negro bragado, buen mozo, de mucha cabeza y bien armado, fué el toro de la tarde. Desde que le vimos salir á la plaza comprendimos que era *sobresaliente con recargue*; tomó veintidós varas, y apenas entraba cuando ya estaba el picador en el suelo; dejó tendidos en la arena cinco penceos y tuvo al público siempre en un grito pidiendo caballos y á los alguaciles llevando recaditos de atención á los picadores. *Frasquete* le puso dos pares de palitos con su acostumbrada maestría, delante del quinto tendido, y le dió muerte de una buena por todo lo alto, después de un pinchazo y otra corta, ambas bien dirigidas.

El sexto, *Beato*, de muchas libras, mógón del izquierdo, castaño obscuro, raya blanca en la frente y bragado, salió bravucón, apenas dió juego, y con unos cuantos puyazos y par y medio que le colgaron los chicos pasó á manos de *Malaspatas*, el sobresaliente de espada, que, aunque no sabe coger el trapo, le trasteó como Dios quiso y le largó una en mitad de la cruz hasta la empuñadura, que ni él supo lo que se hizo ni el bicho necesitó más para dejar de pasar trabajos.

En resumen: el ganado, bueno; la gente de á pie, mediana; los de á caballo, peor que nunca; el servicio de la plaza, peor que siempre; la presidencia, detestable. Nos explicaremos en breves palabras con la imparcialidad y con la buena fe con que desde hace algún tiempo venimos haciendo estas críticas.

En cuanto al ganado, que sin dejar de ser bueno hubiera podido ser mejor, nos remitimos á lo que extensamente dijimos en una de nuestras anteriores revistas tauromáquicas, á propósito de lo que había degenerado este importantísimo ramo de nuestra ganadería por la ignorancia y la codicia de los ganaderos. Porque no sirve criar toros de más ó menos libras ni de mejor ó peor estampa, como si se hubiera de optar con ellos al premio de belleza en una exposición de agricultura, sino que es preciso pensar en que una cosa es la raza vacuna para el trabajo y la industria lechera y la carnicería, y otra la que ha de dar sus productos para la lidia.

Si no se trata de dirigir la nutrición con inteligencia para evitar que un cebo inconsiderado desarrolle demasiado el cuarto posterior, con perjuicio de la cabeza, que es lo que debe llamar principalmente la atención en esta clase de reses, los toros serán siempre de poco empuje.

En cuanto á los lidiadores, estamos cansados de aconsejarles lo que deben hacer si quieren mostrarse dignos sucesores de los Pepe-Hillos, de los Romero, Costillares y Montes. Y no se nos vengan escudando con las vulgarísimas razones que días atrás daba *El Novillo*, periódico *soi disant* oficial de la clase tauromáquica, cuando decía que mientras no cogiéramos el estoque y la muleta y saliéramos al redondel á dar lecciones prácticas del arte de torear, no harían los diestros caso alguno de nuestros consejos. Esa misma razón podían dar los actores dramáticos y los artistas, cuando el crítico, que no hace dramas ni ejecuta obras de arte, les señala los defectos que hay en sus producciones y les indica los medios que enseña el arte para hacer las obras perfectas. El crítico tiene una misión más alta que la de coger los pinceles para pintar un cuadro ó los trastos de matar para recibir un toro; y cuando nosotros le decimos al *maestro* que no abuse de los pases de muleta, porque muchas veces descompone la cabeza al bicho, como le sucedió ayer tarde con el cuarto toro, y pedimos á *Frasquete* que se aplome y que no se aparte de la cabeza de la fiera, y á *Joselito* que cite corto y que tenga más corazón, es porque sabemos de sobra que así y sólo así se harán buenos espadas y darán menos sustos al público.

A la gente de á caballo poco ó nada les diremos, porque da grima ver lo que ha sucedido en estas últimas corridas en que apenas se ha puesto una vara en regla. No sabemos de qué les sirve la mano izquierda, cuando ni una sola vez libran el caballo, sino que apenas se arrima el toro sueltan la brida, y caballo y jinete van al suelo. Verdad es que ayer tarde, y no queremos disculpar por eso á los picadores, los caballos eran aleluyas, y nos parece que el *hiervo* no era proporcionado á la estación presente. ¡Serán los ganaderos amigos del teniente alcalde que presidía la plaza!

El gobierno no quiere fijar su atención en este gran espectáculo nacional, y así anda ello.

Nosotros estamos hartos de hacer reflexiones y de dar consejos á quien desprecia las primeras y no hace caso de los segundos.

Mientras tanto la mayoría de la prensa clamando por que se supriman las corridas de toros, que se atreve á calificar de diversión bárbara y que cree que nos deshonoran á los ojos de los extranjeros, y la gente haciéndose la sorda y acudiendo cada día con más afán á la plaza.

El sufragio universal no daría buen resultado aplicado á la supresión de ese espectáculo.

REVISTA DE SALONES

Semana de plcceres.—Palacio de los marqueses de la Benevolencia.—Baile en el mismo.—Lujo y esplendidez.—Marquesa de la Ilusión.—¡Pobre Arturo!—Bautizo.—Anécdota.—El marqués de X.... y la bailarina.—Bodas en ciernes.—Madama Thibauh.

Nous voilà arrivés, como dirían los franceses, al fin de esta semana de placeres y de diversiones, que incontestablemente ha sido una de las más animadas, que el mundo *fashionable* de la corte se hará el deber de registrar en los anales del buen tono y de la elegancia.

En estas revistas de salones que venimos publicando desde que hicimos nuestro *debut* en la prensa periódica, jamás hemos dejado de consignar todos los sucesos importantes, y hasta cierto punto *eclatants*, que han tenido lugar en los círculos del gran mundo; y es por esto que ahora nos hacemos la obligación de decir algo á *propós* de las brillantes soirées que acaban de pasar, dejando en el ánimo de nuestras bellas un grato *souvenir*, que siempre vivirá con ellas, y en nuestra imaginación un mundo de ideas y pensamientos amorosos que en vano seríamos atrevidos á borrar.

El suceso de más bulto, la cuestión palpitante entre la gente del buen tono, era desde hace mucho tiempo la apertura de los salones que los espléndidos y nobles marqueses de la Benevolencia acaban de adornar en su aristocrático é histórico palacio del paseo de San Bernardino, ó mejor dicho, del *allée Saint-Bernardin*, como

oportunamente le llamó esa misma noche nuestro querido amigo el simpático y espiritoso barón del Recogimiento.

Todo cuanto se había dicho para encarecer el lujo, la elegancia, la fastuosidad y el *chic* de aquellos salones, ha quedado inferior á la realidad. Que el lector se imagine cuanto de más caprichoso y más *se-duissant* se le ocurra en materia de *frivolité*; que se ponga á soñar pensando en la riqueza *ebloissant* de la corte de *Louis XVI* y en todas las *reveries fantastiques* de las *Mil y una noches*, y tendrá una aproximada idea de lo que era aquel templo de la elegancia y del buen tono. El *palissandro*, el *bronce doré*, los objetos más caprichosos y más ricos de *faïence*, todo abundaba en aquellos salones rientes que los marqueses ponían, sin reserva alguna, á disposición de los afortunados mortales que tenían la dicha de ser invitados á la fiesta.

El *boudoir* de la interesante y *espirituousa* marquesa, con su *toilette-duchesse*, su *bureau renaissance*, su *secrétaire Louis XV*, su confortable *tête-à-tête*, sus meridianos á la *Pompadour* y otra porción de muebles del mejor gusto, de que en vano trataríamos de hacer recuerdo, era una de las habitaciones en que se detenían extasiadas todas las personas elegantes, admirando los unos la riqueza de aquella tapicería *lambrequin* y observando los más que, siendo todo muy rico, era pobre, comparado con el buen gusto de la marquesa, y templo no bastante digno para una diosa de tantas gracias.

Las *jardinières* á la Mazarina, *les bornes de milieu* á la Richelieu, los *tabourets* Napoleón, le *prie-Dieu* Fenelón, y otra infinidad de muebles que se veían en los demás aposentos del palacio, todo era digno de fijar la atención de los convidados, que andaban encantados de un lado para otro, admirando en todas partes cien *chef-d'œuvres* en materia de pinturas, de porcelana de Sevres y de vasos, estatuas y objetos de todas clases.

Pero el salón principal del baile era el que verdaderamente fijaba la atención de todos, porque á la riqueza y al buen gusto de sus adornos, se añadía la hermosura de las doscientas ó trescientas mujeres más hermosas de la corte, cuyas miradas de fuego ardían en la gran masa de luz que arrojaban millares de bujías y millares de piedras preciosas, que valían algunos millares de millones de reales. Y todo ese

conjunto de encantos y de placeres se repetía y se multiplicaba en los magníficos espejos que cubrían las paredes.

Para que aquellas de nuestras bellas lectoras que no hayan tenido la dicha de asistir á esa noche de ilusiones y de *reveries* puedan formar una idea de lo que era aquel paraíso de placeres, les diremos que allí estaban, entre otras mujeres hermosísimas, la interesante condesa de los Apeninos con sus hijas Inda y Olga, la seductora duquesa de Rocanegra, las vaporosas señoritas de Aguaverde, la simpática baronesa de la Melancolía, la graciosa generala Plimpam, la preciosa Adelina Casachica, y otras cien de que nos sería imposible hacer mención.

Y allí, en medio de tanto encanto y tanta hermosura, brillaba por su ausencia la arrebatadora y siempre hechicera marquesa de la Ilusión, á quien una reciente desgracia de familia tendrá alejada por algún tiempo de los centros del buen tono, en que tanto se ha de sentir la falta de ese astro deslumbrador de los salones, verdadera estrella vivificadora de las grandes reuniones, que hoy, envuelta en fúnebre crepón, pasa el día y la noche entregada al más acerbo dolor, regando con las perlas que vierten sus ojos la memoria de su idolatrado hijo.

¡Arturo!, flor de embalsamadores perfumes, arrancada á la sociedad elegante en la primavera de la infancia, tú eras la más legítima esperanza del mundo *fashionable* por la precocidad de tu ingenio, y la memoria de tus encantos infantiles vivirá siempre entre los que no sabemos ahora qué palabras de consuelo hemos de enviar á tus desconsolados y nobilísimos padres.

Pero la desgarradora pérdida del primogénito de la marquesa de la Ilusión nos trae á la memoria la venida al mundo de otro ángel hermosísimo, que Dios ha querido conceder á la joven é interesante condesa de la Esmeralda, que también por esta causa brillaba anoche por su ausencia en los salones de los marqueses de la Benevolencia.

El bautizo de ese primer vástago de los Esmeraldas ha tenido lugar en la noche del miércoles, con una esplendidez y un lujo dignos de la riqueza y del buen gusto de los padres del recién nacido y de la opulencia proverbial de los padrinos, que lo eran el acaudalado y simpático banquero

señor Ambaspeñas, abuelo paterno del recién nacido, y la respetable y caritativa duquesa viuda de Santa Jacoba, madre de la parida.

En nuestra próxima revista procuraremos dar algunos detalles de esta fiesta, publicando los nombres de las personas, todas de distinción, que asistieron á ella y los que pusieron en la pila al recién nacido; el cual recibió el agua regeneradora del bautismo de manos del virtuoso y sabio obispo de Finlandia que, como saben nuestros lectores, se halla accidentalmente en esta corte.

Ahora nos ocuparemos de una anécdota que está preocupando vivamente la atención del público elegante de la corte, y que la alta clase á que pertenecen los personajes que figuran en ella merece bien que le consagremos unas cuantas líneas.

Hace pocas noches que todas las personas que bajaban al P.... por la calle de A.... se detenían ante el palacio de V...., que permanecía completamente cerrado.

En voz baja y con cierto aire de misterio se decían los unos á los otros algunas palabras y todos miraban con mucho asombro el palacio, fijándose en el segundo balcón del piso principal, en cuyos hierros flotaba un trozo de lienzo blanco.

Los pormenores de esa historia son los siguientes:

El marqués de X...., que desde hace algunos años vivía entre nosotros, era un anciano de rostro agradable, pero taciturno y serio, y que á pesar de lo ilustre de su nacimiento apenas frecuentaba los círculos del buen tono y el de sus amigos era muy reducido. El aislamiento en que vivía el marqués dió origen en muchas ocasiones á que la crónica escandalosa de la corte inventase diferentes anécdotas, unas patéticas y hasta terroríficas, y otras por el contrario sentimentales y de una dulcísima poesía. Tan pronto se decía que era viudo de cuatro mujeres y que todas ellas habían muerto de una misma enfermedad, al mismo tiempo de matrimonio, en el mismo día del año y dejando cada una de ellas una niña, cuyo paradero se ignoraba, como se decía que no era casado y que pasaba su vida muriendo de amor por una belleza, que dejó de existir en los primeros albores de su juventud, y cuya sombra vagaba por los salones del palacio. Pero todos estos cuentos caían en el olvido,

porque los pocos amigos del marqués eran tan reservados como él, y en cuanto á los criados nadie los conocía. El portero, que era el único ser comunicable, era un sordomudo, ó tal aparentaba serlo para mejor guardar el misterio de la casa.

A pesar de que no se le veía jamás en el teatro, á los pocos días de llegar á Madrid la célebre artista de baile Tridolina Saltí, se volvió á hablar de los misterios del palacio, asegurando algunas personas haber visto entrar en él, á deshora de la noche, á la célebre sílfide disfrazada de mendiga. Todos se rieron de esta aventura calderoniana, en que se trataba de hacer intervenir al marqués, y sin embargo, nada más cierto que lo que entonces se dijo.

Apenas había transcurrido una semana de la visita de la pobre mendiga al palacio de V.... amanecieron un día abiertas todas las ventanas y puertas de la casa, sin que hubiese en toda ella un ser viviente, y atado en uno de los balcones el pedazo de sábana, que aún hoy excita la curiosidad de las gentes.

Por allí se había descolgado á la media noche una joven hermosísima, de cuya presencia en la corte nadie tenía noticia, y tomando rápidamente una silla de posta había huido con Tridolina y un joven enmascarado. El joven pertenece á una de las familias más distinguidas de la corte y pronto será heredero de un gran título y de una inmensa fortuna. La fugitiva es hija de los amores del marqués de X.... con Tridolina, que es una de las princesas más poderosas de Rusia, y todo el misterio con que vivía el marqués era por hacer ignorar á la supuesta artista el paradero de esa hermosa niña.

¿Cómo se ha podido enamorar nuestro joven aristócrata de esa ignorada belleza? ¿Qué clase de relaciones había entre él y la Tridolina? ¿Por qué no quería el marqués que ésta viese á su hija? ¿Qué pasó la noche que entró la mendiga en el palacio? ¿Qué ha sido del marqués y de sus criados? Nada de esto se ha podido averiguar; las gentes se pierden en mil conjeturas.

La justicia se ha apoderado de las llaves de la casa, y el sordo-mudo, que es el único que no ha desaparecido, está rigurosamente incomunicado. El tiempo aclarará este misterio.

Hoy se ocupan mucho las gentes del

buen tono de los diferentes matrimonios que tendrán lugar en el presente otoño. El que más llama la atención es el del opulento capitalista señor A.... con la linda señorita E.... y del cual serán padrinos el simpático marqués de Y.... y la incomparable duquesa O...., hermana del conocido barón de U.... También el del apreciable literato señor B.... con la espiritual condesa de C.... tiene el privilegio de excitar la curiosidad de las gentes.

Nosotros ya habíamos previsto que la última temporada de baños había de ser fecunda en resultados matrimoniales. Es tan agradable y está tan llena de emociones la vida que se hace en Bagnères de Luchón, en Bareges, en Canterets y en las demás aguas minerales extranjeras, adonde va todos los años la gente de buen tono de España, que naturalmente salen de esas reuniones de trato íntimo una porción de matrimonios convenidos y de bodas aplazadas.

Algunos amores más de los que dejamos indicados tendremos que registrar en nuestra próxima revista. Pongamos ahora término á esta, traduciendo las notables palabras de Mad. Thibauh:

«Cuando un hombre y una mujer se casan, concluye su novela y comienza su historia.»

EL POLLO DANDY

TRIBUNALES

*Causa celebre.—Pormenores de la capilla.
Ultimos momentos del reo.—Ejecución.*

A pesar de que desde el principio del célebre proceso de la calle del Milagro, ó mejor dicho, desde el momento en que se perpetró el crimen, no hemos omitido gasto ni diligencia alguna para satisfacer la curiosidad pública con todos los incidentes que ocurrían en el asunto, anticipando algunos de ellos cuando aún la causa estaba en sumario, creemos que no estará de más y que por el contrario será del gusto de los suscriptores el que hagamos hoy un ligero extracto de ese voluminoso proceso, cuya última página escribié ayer con la sangre del criminal y sobre el repugnante tablado del patíbulo el verdugo del Mediodía que, como saben nuestros lectores,

reemplazó al del Norte por enfermedad de éste.

Hace algo más de seis años, el 10 de junio de 184...., un crimen horrible consternó el ánimo de los habitantes de la corte, y pronto el telégrafo nos anunció que la consternación había sido general en toda España.

Una madre anciana y su hija, joven hermosísima, que vivían solas con una criada en la casa número 13 de la calle del Milagro, amanecieron muertas y horrosamente mutiladas. Sin indicios para descubrir los autores de tan espantoso atentado, se prendió á la criada, que estaba en la compra mientras ocurrió el crimen, á los vecinos que decían no haber oído nada, al aguador, al carbonero y á muchas de las gentes que iban de visita á la casa, haciendo declarar á cuantos por un cálculo prudente se supuso que habían pasado por la calle á la hora en que aparecía cometido el *doble* asesinato. En pocos días, y gracias á la actividad del juez de primera instancia, del promotor y del escribano, á quienes en tiempo oportuno cuidamos de elogiar, se escribieron más de quinientas fojas sin resultado alguno, hasta que un hombre á quien prendieron por casualidad en una riña, resultó ser el autor del crimen que hasta entonces aparecía envuelto en un profundo misterio.

Todo lo declaró con el mayor cinismo, comprometiendo con sus revelaciones á un amigo de la casa, que era el único que no había sido preso, pero que lo fué inmediatamente, porque ignorando la prisión de su cómplice no pudo fugarse, y reconocida la inocencia de los demás procesados, fueron puestos en libertad paulatinamente y con la prudencia que aconseja la justicia en semejantes casos.

La audacia del reo Manuel Vinagre (a) *Pocalacha*, la serenidad con que refirió el crimen, deteniéndose á recordar las palabras de las víctimas y aun remedando los gestos y la voz de cada una de ellas, excitaron sobremanera la curiosidad pública, y el contraste que ofrecía el rudo cinismo de *Pocalacha* con la inquebrantable reserva de su cómplice, el cual negaba y ha ido á presidio negando haber tenido ninguna clase de participación, no ya en la ejecución, sino ni siquiera en el proyecto del crimen, llamó la atención de nuestros primeros jurisconsultos, y en los cafés, en las

tertulias y en los paseos hubo serios altercados sobre ese proceso.

Nosotros, bien podemos vanagloriarnos de ello, fuimos en todos los trámites de la causa los primeros á publicar cuanto llegaba á nuestra noticia, haciendo sobre el dictamen fiscal, las defensas de los abogados y las sentencias las reflexiones que juzgamos convenientes. Todos los periódicos fueron detrás de nosotros, sin que uno solo anticipase el menor detalle; y bien recordarán nuestros lectores que el retrato que hicimos del reo le copiaron todos nuestros colegas, porque ninguno de ellos estudió, como nosotros lo hicimos, aquella fisonomía ruda y salvaje, pero hermosa, y que revelaba una inteligencia poco común, mezclada con una perversidad cruel y una indiferencia hacia la vida que casi le ha acompañado hasta la muerte.

También estamos seguros de que hoy no dará nadie más pormenores que nosotros acerca de los últimos momentos del desgraciado Manuel Vinagre. Ayer, con la precipitación con que escribimos nuestra última hora, dijimos que al notificarle la sentencia de muerte pidió y bebió un vaso de agua y vino, y hoy rectificamos aquella noticia, diciendo que el vaso sólo contenía vino y que no lo bebió todo, sino la mitad.

La noche que precedió al día de su muerte, y desde las dos de la madrugada, hasta cuya hora alcanzaba nuestra reseña de ayer, la pasó en un estado de exaltación febril que le duró hasta la hora de ver entrar al verdugo á pedirle perdón y vestirle la hopa amarilla. Pero no precipitemos los sucesos. Sigamos en la capilla.

A las tres de la madrugada pidió que le dejasen descansar un rato, y lo hizo por espacio de dos horas, suspirando de vez en cuando y aun pronunciando en sueños repetidas veces un nombre, que unos afirman que era el de Pepa y otros el de Juana. La verdad en su lugar. A las cinco oyó las exhortaciones de los celosos sacerdotes que le acompañaban y se mostró arrepentido de su crimen, aunque preguntando qué se decía de él en Madrid y pidiendo que le leyeran lo que hablaban de él los periódicos. A las seis se desayunó con buen apetito, y después de esa hora recibió la visita de muchas personas notables que, como el día anterior, se presentaban constantemente en la cárcel á satisfacer la curiosidad de conocer á ese hombre verdade-

ramente notable. A las nueve menos minutos pidió y bebió un refresco, que creemos fuese de agua de limón, y á las nueve se le permitió hacerse el retrato, que perfectamente litografiado publicará en su número próximo uno de nuestros más acreditados semanarios de literatura. Terminado el retrato le sirvieron el almuerzo, del que sólo tomó dos platos, bebiendo algo de vino; volvió á pedir quedarse solo y escribió tres cartas á diferentes personas, de las cuales mañana sin falta publicaremos una copia que nos han prometido, y así llegó la hora de salir á la fatal carrera.

El público que desde la madrugada invadía los alrededores de la cárcel era inmenso; hacia el lugar de la ejecución iban cargados de gente todos los ómnibus, tartanas, diligencias y coches de plaza, y más de ochenta mil personas había fuera de la población repartidas en la carrera y agrupadas alrededor del patíbulo.

El reo bajó la escalera de la cárcel con paso seguro, aunque con el semblante un poco alterado y afectando una tranquilidad que en realidad no tenía; saludó á todos los dependientes que encontraba al paso con aire jovial y chanzas malsonantes, que nuestros lectores nos dispensarán que omitamos á pesar de sernos conocidas todas, y salió al portal, donde montó en el burro que estaba preparado al efecto.

A pesar del valor que había demostrado en la capilla y de los ofrecimientos que había hecho á sus compañeros de calabozo de que iría cantando y riendo al patíbulo, llegó hasta allí sin alzar los ojos del suelo, repitiendo con fervor las palabras de los sacerdotes y confesando con horror su crimen. Al sentarse en el banquillo fatal quiso dirigir su voz al pueblo, y aun dicen que pronunció algunas palabras; pero nosotros aseguramos que no es cierto. El verdugo, como es joven y trabajaba por primera vez en la corte, estaba algo torpe y la agonía del reo fué muy prolongada.

En el momento que hubo expirado, el sacerdote se volvió al numeroso público que llenaba los alrededores del cadalso, y rogándole que encomendara á Dios á aquel desgraciado que moría perfectamente arrepentido, dijo que nadie pensara en si había hablado más ó menos en la capilla ó si tuvo poco ó mucho valor para arrostrar la muerte, sino en que á tiempo había vuelto los ojos al Padre de las misericordias.

Nosotros nos asociamos á la digna exhortación del sacerdote, y ni una sola palabra más diremos de ciertos detalles que nos han referido y cuya narración sólo sirve para despertar en los demás criminales una vanidad funesta y un deseo de ser todos héroes patibularios para que los inmortalice la imprenta y la litografía.

En esa triste ceremonia, y á pesar del inmenso público que acudió á ella, no hubo ni una sola riña, y la sensatez del pueblo fué digna de elogio. Únicamente hay que lamentar la desgracia de un niño de pecho, que murió en los brazos de su pobre madre, por las apreturas que hubo á la puerta de la cárcel, y la de una señora que se rompió una pierna huyendo de los que corrían tras de un granuja que quiso robar el reloj á un caballero junto al patíbulo.

REVISTA DE OBRAS públicas

Inauguración de los trabajos en el gran viaducto de Despeñadiables

Ya estamos en Madrid de vuelta de nuestro viaje oficial á las montañas cantábricas, y sin quitarnos el polvo del camino, sin entregar nuestro cansado cuerpo á las dulzuras del descanso, vamos á dar á los suscriptores del *ASTRO DEL SIGLO* noticia de todo lo ocurrido en esa gran fiesta industrial que hará época en los fastos brillantes de la vigorosa y potente civilización de esta época regeneradora. Es posible que otro día, con más tiempo y mayor descanso, volvamos sobre este mismo asunto; pero ahora queremos vaciar las gratas impresiones que bullen en nuestra imaginación, siquiera sea de una manera confusa y desordenada. Pero nuestros lectores, que son españoles y que sentirán el mismo entusiasmo que nosotros por todo lo que es verdaderamente grande y digno, nos perdonarán el desaliño de estas mal pergeñadas líneas.

Salimos de Madrid á las ocho de la mañana en las magníficas diligencias que, con una galantería y una esplendidez que honran sobre manera á los señores de la empresa constructora de las obras del viaducto, se pusieron á disposición de los convidados, y en la primera parada hicimos alto y se nos sirvió un opíparo al-

muerzo de fiambres, en el cual los jamones á la *jardinere*, el *foigrás* y los pavos *trufes* alternaron con el *chateau margaux* y el *chateau laffitte* y el espumoso *Champagne*. Sirviéronse asimismo con abundante profusión riquísimos cigarros habanos, y volvimos á tomar los coches, todos llenos de alegría y de entusiasmo; y en las demás paradas, hasta el lugar de la inauguración, se repitió el mismo obsequio, siendo cada vez mayor la alegría y la fraternidad que reinaba entre las 200 personas que formábamos la comitiva. El alegre tronar de millares de cohetes, lanzados al aire desde las montañas vecinas, el repique de las campanas y los gritos de alegría que lanzaban las poblaciones de cinco y seis leguas á la redonda, que en masa habían acudido al lugar de la fiesta, saludaron nuestra llegada.

La empresa constructora, que no ha omitido gasto ni esfuerzo alguno para dar á la fiesta toda la brillantez de que es digna por los grandes resultados que han de producir las obras que hemos dejado inauguradas, había convertido los estériles campos del Páramo en un verdadero edén.

Alzábase en el centro una gran tienda de campaña, toda cubierta de gallardetes y de guirnalda de rosas, y en los cuatro ángulos de la pradera había otras tantas tiendas, ó mejor dicho, preciosos salones, no menos dignamente decorados, ondeando sobre todos ellos la bandera nacional. Alrededor de la tienda principal se habían improvisado lindos jardines con plantas de balsámicas flores y árboles de sazonados frutos, y todo el camino, en el espacio de media legua, estaba cubierto de mástiles, gallardetes y arcos de triunfo de vistosas y elegantes formas. Los infelices y sencillos moradores de las humildes casitas que se encuentran sobre el camino también revelaron su regocijo, adornando sus pobres ventanas con las colchas de la cama. Estas colgaduras nos parecieron de más precio, en esa ocasión, que el cortinaje de terciopelo y oro de los poderosos.

Dos bandas de música poblaban el aire con dulcísimas armonías, y todo era animación y júbilo en aquella antes desierta comarca.

Los ayuntamientos de los pueblos interesados en la construcción del viaducto, las autoridades civil y militar de la provincia y otras muchas personas notables se hallaban reunidas al pie del arco prin-

cipal cuando llegaron el ministro del ramo, los diputados á Cortes, los periodistas y cuantos habían sido invitados por la empresa constructora.

Procesionalmente, aunque sin la ridícula ordenación antigua, sino confusas y revueltas todas las personas, con arreglo al espíritu fraternal de la época, nos dirigimos desde la tienda del centro al lugar de la inauguración; y allí, en medio de una inmensa muchedumbre, que apenas nos permitía dar un paso, el ministro tomó una paleta de plata, que le presentó el ingeniero que ha de dirigir las obras, y echó con ella una pellada de yeso sobre la primera piedra, á tiempo que el pueblo vitoreaba á la reina y al ministro y á la empresa y á los señores de Madrid que habían ido á honrarles con su presencia. Después de este acto y de haber contemplado todos el profundo abismo que va á salvar la ciencia con el atrevido viaducto, cuya primera piedra está de hoy más agarrada á la madre tierra, regresamos á la tienda, donde estaban de manifiesto los planos de la obra, por cuyo trabajo mereció el ingeniero los más sinceros elogios.

En el camino se presentaron al ministro algunos trabajadores uniformados y armados con las respectivas herramientas de sus diversos oficios, y S. E. les dirigió frases benévolas alentándoles al trabajo.

Y mientras volvían á tronar los cohetes y resonaban las músicas se abrieron las cuatro tiendas, que hasta entonces habían permanecido cerradas, y todos corrimos á ellas para sentarnos en la primera, en la segunda ó en la tercera mesa; que aunque todas estaban igualmente servidas no había podido hacerse una sola, porque pasábamos de 400 personas. La cuarta estaba destinada á servir el café y el te.

Cuanto dijéramos para encarecer el lujo, la profusión y la elegancia de aquellos espléndidos comedores, cuyas mesas estaban enajadas de cristal, de porcelana y de viandas y *plateaux* del más delicado gusto, todo sería inferior á la realidad. Nosotros merecimos el honor de sentarnos en la primera, aunque ya hemos dicho que todas eran iguales, y de lo ocurrido en ella daremos cuenta, copiando á continuación el orden que guardaban los convidados en la mesa, que tenía la forma de herradura, sin perjuicio de rectificar cualquier error que podamos cometer en esto como en

todo lo demás de este artículo descriptivo.

Presidíala el ministro, el cual tenía á su derecha al director de la compañía, á los senadores Equecia y Acucia, al diputado Acacia, al director de nuestro periódico, al de *El Suspiro*, á un redactor de *La Menesterosa* y á los Sres. García, Pérez, Ruiz y López, al conde de As, al duque de Es, al barón de Is, al vizconde de Os y al marqués de Us.

En la izquierda estaban el gobernador, el alcalde del Páramo, un señor general, cuyo nombre ignoramos, un socio capitalista, otro ídem, el cura del Páramo, los diputados Lípiz, López y Lúpez, un redactor de *EL ASTRO*, otro de *El Estro*, el ingeniero, un ayudante y un socio capitalista.

En cuanto á las viandas que se sirvieron, lo habríamos dicho todo con sólo decir que habían estado á cargo del acreditado fondista de esta corte Sr. Buenaboca, el cual es el único que sabe dirigir estos servicios; pero creemos que será más del gusto de nuestros lectores que copiemos otro día el *menu du repás*, ó sea la lista de las entradas y la nota de los vinos.

En toda la comida reinó la mayor franqueza y una cordialidad digna de elogio, y á la hora de los brindis la animación fué extraordinaria y el júbilo inmenso. Nosotros quisiéramos recordarlos todos, pero esto es imposible y sólo daremos cuenta de los más notables.

El primero que se alzó en pie con la copa en la mano fué el ministro, que brindó por S. M. la reina y su real familia, por la compañía constructora, por la prensa periódica, «que en nuestro país, tales fueron las palabras de S. E., se asocia, sin distinción de colores políticos, á todas las grandes empresas, ayudando con su eficazísimo apoyo al desarrollo de los intereses materiales, á la desaparición de antiguas preocupaciones y al rápido fomento de la industria. De la industria, añadió S. E., de esa gran palanca de la civilización, que sin buscar el punto en el espacio hará girar el mundo, dándole una nueva faz en cada lustro de este siglo ilustrado.»

El discurso de S. E., que fué interrumpido á cada palabra por gritos del más fervido entusiasmo, concluyó entre una salva de aplausos. Nosotros mismos, á pesar de nuestra posición política, aplaudimos de corazón las nobles, patrióticas y elocuentes frases del ministro.

A contestarle se alzó el dignísimo presidente de la compañía constructora, y con voz entrecortada por la emoción que le producía la presencia de tantas ilustraciones como allí estaban reunidas y los elogios de que acababa de ser objeto, brindó por S. M. la reina, en cuyo feliz reinado se realizaban las obras más atrevidas y más gigantescas; por el ministro, á cuya ilustrada y vigorosa iniciativa se debe el gran desarrollo que los intereses materiales han adquirido en estos últimos años; por los periódicos, centinelas avanzados de toda ilustración y de todo progreso, y por los demás señores que se habían dignado autorizar con su presencia la inauguración de las obras, que pronto estarían terminadas. «Para cuyo día, añadió el orador, yo invito, en nombre de la compañía que tengo la honra de presidir, á todos los señores presentes á que tengan la bondad de honrarnos nuevamente con su presencia.»

Este discurso produjo un entusiasmo difícil de explicar, y en medio de la bulla y algazara que los aplausos causaban, á instancia de varios de los concurrentes se levantó el distinguido diputado á Cortes Sr. Acacia, y con esa hermosa entonación que tanto realza las bellísimas improvisaciones del elocuente orador de la oposición, pronunció el siguiente discurso:

«Señores: aunque no venía preparado para hablar, porque creía que en esta solemnidad industrial no debía escucharse otra voz que la de los hombres de la ciencia moderna, de esa ciencia venida al mundo para condensar el pensamiento y dar forma viable á los atrevidos sueños de las imaginaciones calenturientas (*aplausos*), cediendo á las indicaciones de las personas que quieren oír mi pobre palabra y excitado por las muy elocuentes que acabáis de oír, pronunciaré algunas (*atención*).

«Señores: La civilización es la libertad (*¡bravo!*); la libertad es la civilización (*aplausos*). Haced á un pueblo libre y él se civilizará (*aplausos*); civilizable y él se dará la libertad (*aplausos prolongados*). Yo no extraño, señores, las patrióticas palabras que acaban de salir de los labios del señor ministro; ellas me prueban que cuando se sienten los efectos de la civilización se suspira por la libertad (*bravo, aplausos*); y cuando se respira una atmósfera de prosperidad para la industria como la que respiramos todos en este recinto, se

vuelve sin querer la vista á la imprenta periódica para enaltecerla y bendecirla (*aplausos estrepitosos*). Para bendecirla, sí, señores, porque ella es el adalid constante del progreso y sin ella perece la libertad y enferma la civilización (*¡bravo!*). Yo felicito, pues, á S. S. por las nobles frases que hoy le ha merecido el periodismo, que un día le contó entre sus más distinguidos campeones. Y en cuanto á la cortés invitación que nos ha dirigido el digno señor presidente de la compañía, yo la acepto orgulloso, porque el día en que las obras estén terminadas no nos detendremos, como hoy lo hemos hecho, al borde de ese profundo barranco, padrón de ignominia de nuestros antepasados (*bravo, aplausos*), sino que le salvaremos con toda comodidad y holgura en brazos de esa industria que á la sombra de la libertad atraviesa los ríos (*aplausos*), pulveriza los montes (*¡bravo!*) y vuela por el mundo con el pensamiento del hombre por el hilo eléctrico, que pronto devanará en un solo ovillo todos los pueblos del universo (*aplausos repetidos*).

»Brindo, pues, señores, por la libertad, por la civilización y por la próxima unidad del mundo.»

Una salva de aplausos resonó en el salón al final del elocuente discurso de nuestro digno é ilustrado amigo el Sr. Acacia, y á sus palabras siguieron otros muchos brindis que publicaremos mañana.

Hoy no podemos seguir escribiendo porque va á entrar en prensa este número, y concluimos dando gracias á la empresa por la delicada galantería con que nos ha obsequiado é insertando el soneto que con laudable ingenuidad leyó el alcalde del Páramo.

SONETO

Quisiera yo tener en este día más talento, señores que otro tanto; mas me ponen terror, miedo y espanto los sabios de esta ilustre compañía.

Si talento tuviera brindaría para que se haga pronto y por encanto ese *viructo* que de cal y canto del pueblo cambiará la geografía.

Yo quisiera brindar por los señores que de Madrid han venido todos juntos, y brindara también por sus honores y porque vayan bien sus asuntos, brindando con placer y en voz sutil por el señor gobernador civil.

REVISTA DE MADRID

Marasmo.—Teatros.—La Pata de Cabra.
—Lope de Vega.—Juegos de manos.—
Perros sabios.—Teatro de la Opera.—
Ferías.—Paseo elegante.—Costumbres de
antño y de hogño.—Asfalto.—Incon-
venientes y ventajas.—Cafés y botillerías.
—Inauguración de la diosa Juno.—Sar-
dín de Flora.—Moralistas.

Las circunstancias difíciles que atraviesa la política; la actitud expectante en que se han colocado los partidos; los rumores de una próxima clausura de Cortes, y otros asuntos no menos graves, que continuamente se ciernen en la atmósfera caliginosa de la corte, contribuyen poderosamente al fenómeno que hace algunas semanas se viene observando en todo lo que constituye la vida animada y bulliciosa de los centros del buen gusto, del buen tono y de la buena sociedad.

Por esto, y porque las principales familias de Madrid se hallaban ausentes, después de haber veraneado, es por lo que hemos suspendido la publicación de estas revistas, que con tanta aceptación venimos publicando desde que apareció nuestro periódico en el estadio de la prensa.

Dejando á nuestro apreciable colaborador, el elegante y castizo escritor señor Pérez, que encubierto bajo el modesto pseudónimo de *El Pollo dandy* acometa la grata tarea de relatar los grandes bailes y las fiestas de los salones, con las picantes y curiosas anécdotas que embellecen sus escritos, nos ocuparemos de las demás diversiones y acontecimientos que tienen lugar fuera de los círculos aristocráticos.

Los teatros, que después de las vacaciones del verano parecía que iban á renacer con nueva vida y grandes esperanzas para el porvenir del arte dramático, han venido á ofrecernos un desengaño horrible. Ni siquiera han continuado la senda decadente que emprendieron en la temporada anterior, poniendo en escena traducciones de dramas horripilantes, arreglos de comedias inmorales y piezas sacadas de *vaudevilles* inverosímiles y frívolos.

El teatro del Drama ha abierto sus puertas el día 15 del próximo pasado con la representación de la *Pata de Cabra*. La novedad, como conocen nuestros lectores,

no puede ser más vieja, y de todos modos siempre sería un mal principio de semana el empezar sus representaciones con una comedia de magia el teatro que tanta bulla ha metido con la nueva compañía dramática y con los anuncios de las grandes obras nuevas que estaban en estudio. ¡No ha sido mala pata de gallo el salir ahora con la *Pata de Cabra*! Lo malo para la empresa es que ya no vendrán en masa los forasteros á ver esa tontería, como hicieron cuando se estrenó, que á centenares se extendían los pasaportes en las provincias con aquello de *pasa á Madrid á ver la Pata de Cabra*. De todos modos no harán mal negocio, porque las seis primeras noches han tenido lleno el teatro. A tal empresa tal público. Razón tuvo el gran Lope de Vega cuando dijo:

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
 hablarle en necio para darle gusto.»

Pero á eso nos contestarán los concurrentes al teatro del Drama que ellos no tienen la culpa, y que entre ver á don Simplicio Majaderano Cabeza de Buey ó quitarse de ir al teatro, prefieren lo primero; y si tal dicen, tienen razón, porque los demás teatros andan lo mismo ó peor.

El de la Comedia empezó sus representaciones con una obra del teatro antiguo, refundida por un principiante, que aunque hubiera dado principio por comerse el de su casa y no meterse en arreglar obras ajenas, no hubiésemos perdido nada, sino que por el contrario se habría ganado mucho. Jamás hemos visto una cosa más desdichada que el tal arreglo ó refundición ó como quieran llamarlo.

Es mucha manía la de ciertas gentes que entran con sus manos lavadas, y aun sin tomarse este trabajo, en la propiedad literaria de un autor que vivió tres siglos antes que ellos, y como en finca mostrenca derriban torres y rompen tabiques, abriendo puertas y ventanas por todas partes y aun echando no pocos remiendos nuevos. Y todo esto lo hacen en nombre de la ignorancia del público, á quien suponen incapaz de entender la obra tal cual está escrita, ó por creer que no tiene la ilustración necesaria para respetar el nombre del autor, asistiendo, no ya con gusto, sino hasta con verdadero entusiasmo, á la representación de la obra tal cual fué creada, con todo lo que ellos suponen fal-

tas de unidad de acción y de pesadez en los diálogos é inconvenientes de monólogos. Resultando de estas refundiciones, hechas al parecer para que el pueblo conozca el teatro antiguo, que se le hace aprender un teatro que no es ni el antiguo ni el moderno y una época y unas costumbres que no son ni las de antaño ni las de hogaño. Y no se crea por esto que nosotros desconocemos el mérito de algunas refundiciones ni el talento de sus autores, ni que negamos que hay algunas (pocas, muy pocas) que han ganado al ser refundidas, sino que no queremos que un poeta, por mucho talento que tenga, se meta á juzgar lo que nunca puede conocer bastante, por grande que sea su inteligencia. En suma, nosotros, fuera de la simple versión de las obras desde el lenguaje en que fueron escritas al del pueblo en que se han de leer ó representar, no creemos que es permitido nada más.

Pero ya hemos dicho lo bastante sobre este asunto en otras revistas anteriores, y hoy nos limitaremos á decir que la estrenada en el teatro de la Comedia no gustó ni poco ni mucho. La retiraron al segundo día, y acudieron, no á la magia, porque ya el otro teatro les había tomado la delantera echándoles *la pata*, sino á los juegos de manos.

Y he ahí, lector, á lo que están reducidos nuestros teatros de verso: á hacer volar á los actores y á escamotear al público.

Verdad es que se nos olvidaba hablar del tercer teatro, en el cual, preciso es hacerle justicia, no hay magia ni juegos de manos, sino perros sabios, alternando con una compañía de actores que representan piezas andaluzas y sainetes de no sabemos qué parte del globo.

De manera que el que no tenga niños pequeños ó amas de cría ó lugareñas á quien enviar al teatro para que se rían del hombre que se convierte en pavo, y abran la boca viendo salir doce espuelas de pluma del bolsillo de un chaleco, ó se maravillen al oír á un perro tocar el violín, no debe pensar en el coliseo hasta que Dios quiera que el gobierno piense en la verdadera reforma y protección que necesita el teatro nacional.

En el de la Opera se sigue cantando y el público sigue aplaudiendo, pero nada más. La compañía es de lo peor que hemos visto. Fuera de los teatros es donde más nos

hemos divertido estos últimos días, en que la vuelta á la corte de los que andaban veraneando por las provincias y el extranjero ha dado gran animación y vida á los paseos y á los demás puntos de reunión.

Las ferias están cada día más concurridas, y el paseo en ellas de las gentes de buen tono se prolonga hasta muy cerca de las diez de la noche. Por supuesto que este año, como los anteriores, ninguna persona elegante ha paseado entre los cajones de la feria y los puestos de fruta y los tinglados de loza, sino que al último de la calle de Alcalá, donde ya no se ve ninguna tienda ni se oye el ruido de los feriantes, es donde está el verdadero paseo de la feria. Tampoco es de buen tono, y esto aunque no les guste á los vendedores es lo decente, que las personas que se estimen en algo compren frutas ni dulces y vayan, como nuestros abuelos, cargados de juguetes y de cacharros, abriendo el pañuelo que iba lleno de nueces y de avellanas para obsequiar por fuerza á los conocidos que se encontraban en la calle.

Ya han pasado á Dios gracias aquellas ridículas costumbres, que tan triste papel nos hacían representar á los ojos del mundo civilizado, y aunque hoy conservamos ciertas preocupaciones risibles, vamos adelantando mucho en el camino de la cultura y del buen tono.

Buen ejemplo de esto son los nuevos faroles que se están poniendo en las principales calles de la corte, el empedrado de adoquines y las aceras de asfalto que se están ensayando en ciertos parajes públicos. Aunque esta última mejora nos parece que ha de tener sus inconvenientes y no flojos cuando vengan los rayos del sol de julio á pasear por las aceras asfaltadas. Con este motivo hay gentes que se preparan á explotar en provecho propio esos que nosotros creemos inconvenientes.

Las coquetas piensan tardar en asomarse al balcón, para que derretido el asfalto se quede pegado el galán que les hace el oso, mientras ellas hablan con otro por la escalera; los posmas tratan de parar á los amigos en la acera para que se encuentren pegados y no puedan huir de ellos; el pretendiente cuenta con hacer lo propio con el ministro, si éste es tan tonto que sale algún día á pie; al deudor le sonríe la esperanza de que sus acreedores pisen la liga y no lleguen jamás á su casa para recla-

marle lo que le deben; el chico de escuela espera quedarse pegado, y hacer así novillos sin responsabilidad trasera; y por último, hemos oído decir á un casado que desea que el asfalto se generalice para asfaltar el pavimento del gabinete en que vive su suegra. Nosotros, que quisiéramos aprovechar esa nueva red de incautos en provecho propio, encerrando en ella á muchas gentes que nos estorban, veríamos sin pena que el ayuntamiento abandonase esos ensayos y siguiera con el empedrado antiguo, por aquello de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Otra de las grandes mejoras que ha recibido Madrid en estos últimos días ha sido la apertura de cinco cafés, á cual mejores todos, y que con los infinitos que ya tenemos, hasta el punto de no poder andar cien pasos sin tropezar con uno de esos establecimientos, son el mejor síntoma del grado de cultura y de bienestar material á que hemos llegado en esta época.

Cuando uno piensa que hace treinta años había en la corte pocos más cafés ó botillerías que el de Canosa, Calzadilla, la Fontana y San Antonio y una docena de alojerías, y que esas casas de bebidas no eran otra cosa que cloacas inmundas, no sabe qué hacer, si cubrirse la cara de vergüenza ó enloquecer de júbilo al ver un cambio tan útil y tan beneficioso.

De los cinco nuevos cafés, el de la *Diosa Juno* es el que hasta ahora se ha captado las simpatías del público; de tal modo, que hace quince días que está abierto y aún no hay manera de encontrar asiento en ninguno de los doscientos cincuenta veladores de mármol que tiene en los inmensos y lujosos salones que forman aquel recinto verdaderamente mágico. Nosotros fuimos invitados á la inauguración, en la que el espléndido y simpático dueño del café obsequió gratis á todos los convidados con todas las bebidas y dulces que cada cual quiso pedir. Y fué milagro que no reventase alguno, porque hubo quien tras de la leche amerengada pidió limón y cerveza, y pastelitos, y dulce, y café con ron, y chocolate con pan y bizcochos.

Y ya que hablamos de inauguraciones, no podemos olvidar la del *Jardín de Flora*, en el cual á imitación de los de su clase en París y en otros pueblos civilizados, hay un espacioso salón de baile al aire libre, cercado de flores, é iluminado de noche

con vasos y farolitos de color. Una escogida banda de música tocó constantemente valeses, redovas, *schotises* y polcas, y nuestras jóvenes criadas de servicio, oficiales de modista y demás damas aficionadas bailaron á su placer con aquellos manebos, que antiguamente iban á echar pan á los patos y á ver las fieras del Retiro, y que hoy, gracias á la civilización, visten con elegancia, bailan con gusto y se ejercitan en el tiro de pistola, que es uno de los infinitos que hay en *Flora*, donde no faltan tampoco el billar y el columpio y un café perfectamente servido.

Preciso es confesar que la vida alegre y bulliciosa ha mejorado mucho en estos últimos años. Nosotros, que no somos moralistas, ni queremos discutir con esos señores que ven una serie de males en cada polca y un peligro en cada vuelta de columpio, terminamos esta revista diciendo, para que esa gente no nos haga mal de ojo: que la vida moral será todo lo mala que ellos quieran decir que es, pero que la material no puede ser mejor; por más que haya quien crea, y tal vez con razón, que aún ha de ir mejorando. Dios lo haga así, y se lo deje ver á las hermosas suscriptoras del *ASTRO DEL SIGLO*, como desea su amigo.

SABINO RUMORES Y NOVEDADES.

GACETILLA DE LA CAPITAL

LA CUESTIÓN PALPITANTE.—Urganda la desconocida, que debió ser gran fumadora, por más que Cervantes la desconociera este vicio, nos remite los siguientes versos:

Si á la puerta del estan—fumador impeniten—no te mueres de repen—dígame que eres un gan—porque yo sé bien que cuan—han probado ese vene—que el gobierno nos ofre—en forma de tagarni—han pegado un estalli—sin decir allá va e.—

Conque así, señor minis—del ramo de los ciga—dé usfa mejor taba—ya que cuestta más monis—que aunque quedemos *per is*—y nos saquen la asadu—con tal que haya buenos pu—todo nos importa po—que de alegría está lo—el que buen tabaco fu.—

CURIOSIDADES HISTÓRICAS.—Un periódico publica las siguientes, cuya reproducción creemos ha de ser del gusto de nuestros lectores:

Séneca se queda siempre dormido sobre la mesa de comer; Cicerón no dormía nunca sin cerrar antes los ojos; Alejandro dormía tres horas de día y una de noche; Judith durmió diez y seis horas seguidas para no rendirse al sueño en el convite de Holofernes; Sansón tenía la costumbre de acostarse boca abajo para dormir, por eso le pudieron cortar los cabellos; Jacob no dormía cuando vió en sueños la escala: en nuestros tiempos se duerme á pierna suelta.

OTRO DÍA SERÁ.—El afán con que procuramos ser los primeros en anunciar á nuestros suscriptores toda clase de noticias nos hizo incurrir ayer en el error de suponer que se había celebrado con toda brillantez el enlace del simpático marqués de la Conveniencia con la bella señorita hija del opulento capitalista Sr. Fernández. En prueba de nuestra imparcialidad, debemos decir que el matrimonio no se ha celebrado aún por ciertas dificultades que se han presentado al firmar la carta de dote. ¡Algo era ello!

CABALLEROSIDAD.—El lance de que tienen noticia nuestros lectores ha terminado de una manera altamente satisfactoria para ambas partes. Los sujetos que mediaron en el asunto hicieron cuanto estuvo á su alcance para evitar que la cuestión se llevase al terreno en que ventilan su honra los caballeros; pero la ofensa de que se trataba no admitía otra solución que la que por fin ha tenido. Se nos asegura que el director del periódico y el funcionario público aludidos se han portado con valor, sin que haya que lamentar ninguna desgracia. No damos más pormenores, porque la prensa debe ser muy cauta al publicar cierta clase de noticias.

RECTIFICACIÓN.—Bajo el epígrafe *hordas salvajes* dimos cuenta ayer de una riña que había ocurrido en la calle de la Paz, y de la que resultaron algunos heridos; hoy mejor informados, debemos decir que no hubo semejante riña. Y nos complacemos en hacer espontáneamente esta rectificación, porque amantes sinceros de la verdad y del decoro de las autoridades, queremos dejar en el lugar que le corresponde al digno comisario de policía del distrito del Centro, el cual no consiente que nadie se emborrache ni promueva escándalos.

EL GOZO EN UN POZO.—Las noticias que tomadas de otro periódico dimos en nuestro número de ayer sobre crisis ministerial no son ciertas. Según parece, las gentes que propalaron semejante rumor no tuvieron otro objeto que el de realizar una gran jugada de Bolsa, haciendo subir, como en efecto subieron considerablemente, los fondos públicos. ¡Cuántas familias habrán quedado sumidas en la miseria por la mala fe de los agiotistas!

CONTRADANZA.—A la que están bailando estos días los gobernadores, se dice que seguirá otra que alcanzará también á los magistrados. ¡Bueno va ello!

DIOS LA SAQUE CON BIEN.—Parece que la *Gaceta* está en estado interesante, y que pronto dará á luz media docena de grandes cruces, una hornada de senadores y algún título de Castilla. Los contribuyentes serán los padrinos de esos neófitos.

PADRE HIJO Y ESPÍRITU SANTO.—Ayer han sido cogidos y llevados á la casa de poco trigo tres mozos de cuenta, conocidos con los apodos de el *Curita*, *Matasiete* y *Pocarropa*. El primero se ha escapado seis veces de presidio, y tiene por diferentes sentencias ciento ocho años de cadena; el segundo se fugó de la capilla estando sentenciado á muerte, y el último ha recorrido todos los presidios de España. La mujer en cuya casa fueron hallados estos angelitos se llama la *Ratona* y aún no ha podido ser habida.

¡VIVA EL CHAMPAGNE!—Hemos tenido ocasión de probar el delicioso y verdadero vino de Champagne que fabrica en esta corte el acreditado licorista M. Noé De-la-vigne, y le recomendamos eficazmente á nuestros lectores. Se vende al ínfimo precio de 10 reales botella grande en la calle del Tinte.

UN LIBRO NUEVO.—Ya se ha repartido la primera entrega de la nueva publicación que anunciamos días pasados, titulada: *Armonía estética y sintáctica, entre el mundo que piensa y el que no piensa, escrita por un filósofo pensante, individuo de la nueva escuela alemana neobucólica*. Su joven autor, que apenas cuenta diez y ocho años de edad, coloca desde hoy su nombre

á una altura envidiable. No faltará quien diga que el libro peca de obscuro y de metafísico, pero ¡cuándo no lo fué la parte sublime de las ciencias para la generalidad de las gentes, ordinariamente estúpidas y rutinarias! El autor de la *Armonía estética* hace con su obra una revolución en el mundo de las ideas, y se remonta al origen de las ciencias, desbaratando esa ridícula fortaleza de dificultades y de dudas en que nuestros padres encerraron los conocimientos humanos, y es natural que tenga por enemigos á los empíricos sacerdotes del templo de la sabiduría, pero que cuente desde hoy con nuestro aplauso y con el de todas las personas de mediano criterio.

A CADA UNO LO SUYO.—Debemos rectificar el error que comete un diario de la tarde anunciando que en la última lucha de fieras se fracturó el tigre la mano derecha. No hubo semejante fractura, sino simplemente una dislocación, y no de la derecha, sino de la izquierda. Y según nuestras últimas noticias, el noble animal sigue más aliviado.

QUÉ HACE LA POLICÍA.—Anoche estaban llenas de revendedores todas las avenidas del teatro Real. Con el mayor descaro ofrecían billetes á precios exorbitantes sin que nadie les dijese una sola palabra. A un amigo nuestro le sacaron tres duros por una butaca. Llamamos seriamente la atención de la autoridad para que persiga sin tregua ni descanso á esos industriales.

¿EN QUÉ TIEMPOS VIVIMOS?—Ayer mañana estaba un pobre fosforero pregonando su mercancia á la puerta de un café, cuando se acercó un municipal y le obligó á que le siguiera ante un teniente alcalde, bajo pretexto de que no tenía patente de revendedor. Todas las personas que presenciaron este abuso de autoridad se retiraron escandalizadas, preguntándose: ¿En qué tiempos vivimos? ¿Y la libertad industrial?

BAUTIZO.—Ayer le recibió una hija de los señores A. y B., siendo padrino el señor marqués de C.... y madrina la señorita E.... F.... hija de los excelentísimos señores condes de G. Asistieron á la ceremonia las interesantes señoras H., I., J., K., y las lindas señoritas L., M., N.; distin-

guiéndose entre los caballeros el duque de O., el general P., el barón de T., y el vizconde de R. También se hallaban entre los concurrentes el distinguido escritor S., el célebre artista U. y el inimitable actor V. Brillaban por su ausencia la simpática y graciosa baronesa de X., la elegante marquesa de Y. y la inteligente señorita de Z. La recién nacida recibió en el bautismo los nombres de Esmeralda, Zafira, Diamantina, Cornerina, Opalina y otros que no recordamos, hasta treinta y seis. Cuando los asistentes á la ceremonia volvieron á la casa de los padres, la amable señorita Asfaltina, hermana de la parida, hizo á los convidados los honores de la casa con su acostumbrada finura. Excusado es decir que no se sirvió un solo dulce ni hubo aquellas francachelas de chocolate que en tales casos acostumbraban nuestros antepasados. ¡Qué dirán á esto los que niegan el progreso constante de la humanidad!

SUICIDIO.—Tenemos la satisfacción de ser los primeros en publicar la carta que se encontró en el bolsillo del joven de diez y siete años que días pasados se disparó un pistoletazo en el Salón del Prado, y que, como saben nuestros lectores, era una de las personas más conocidas y justamente apreciadas en los círculos del buen tono.

Hela aquí:

«¡A los que me sobrevivan!!!

»Los franceses tienen mucha razón: el Africa empieza en los Pirineos.... Este país está por conquistar.... ¡Muero sin haber hallado quien me comprenda! En este país no pueden vivir sino las almas estúpidas, las gentes que madrugan y que comen garbanzos á las dos de la tarde. Quiero pegarme un tiro para poner fin á esta existencia amargada por los desengaños y marchitada por las gentes de esta deplorable generación. ¡Mentecatos!... ¡Y aún se atreverán á decir que yo no tenía el derecho de acabar con mi vida! ¡Ya lo veis! He muerto rendido de luchar y convencido de que es perder el tiempo pensar en regenerar la España.

»Sólo una mujer he conocido capaz de comprenderme y digna de ser amada....; pero.... tenía una madre...., y las mujeres, cuando tienen madre, se hacen prosaicas y estúpidas.... ¡Pobre Gregoria!... Te ca-

sarán con un honrado tendero de la calle de Postas, que te hará zurcir los calcetines y aderezar las sopas de ajo para los mancebos de la tienda ¡Qué horror! ¡Y tu madre dirá que muere contenta por haber labrado tu felicidad casándote con un hombre de bien!... ¡Un hombre de bien, que sólo te llevará al teatro por Navidad y por Carnaval!... ¡Oh! ¡Cuánto siento no haber tenido valor para sacarte de este mundo uniendo tu suerte á la mía!

»Pero esta despedida va siendo excesivamente larga y la vida pesa demasiado.... Voy á morir lleno de valor.... Pronto no será otra cosa que un cadáver más en este vasto cementerio....

»Ricardo.»

Toros.—No damos un paso sin tropezar con alguna muestra de la incapacidad de nuestros gobernantes. En la corrida de toros de ayer tarde, el numeroso público que llenaba todas las localidades de la plaza se retiró indignado al ver lo torpemente que presidió la lidia nuestro famoso gobernador civil. Hay momentos en que da vergüenza ser españoles.

RESTOS MORTALES.—Anteayer fueron trasladados á la última morada los del honrado cuanto valiente patriota don Crispín Trocatintas, uno de los pocos héroes que van quedando ya de aquella pléyade ilustre que tantos días de gloria han dado al país. Cuatro de sus correligionarios políticos llevaban las borlas del ataúd, y presidían el duelo el general R. y el dueño del almacén de curtidos de la Costanilla, seguidos de una numerosa y escogida concurrencia. Antes de colocar el féretro en el nicho, uno de los antiguos compañeros de armas del difunto pronunció un discurso que podemos dar íntegro á continuación, gracias á la previsión con que sin reparar en sacrificios enviamos un taquígrafo al cementerio. Dice así:

«Ilustres, valientes y denodados compañeros: aquí estamos porque hemos venido á cumplir uno de los más tristes deberes que la religión y la sociedad imponen á los ciudadanos. Ese cadáver frío que tenéis delante de vuestra vista, ya no existe.

»Hemos perdido uno de nuestros mejores compañeros!.... Que me sea permitido decir cuatro palabras sobre el mármoro cenotafio que pronto robará sus cenizas á

nuestros ojos, humedecidos por el llanto de la amistad y del compañerismo. Que nuestro leal amigo no baje al sepulcro sin este corto obsequio.

»Yo bien sé que aquí mismo hay otras personas que pudieran desempeñar este penoso cometido con más elocuencia y más talento que el que tiene el honor de dirigiros la palabra; pero vuestra indulgencia me anima, y confío en que sabréis disimular las faltas de quien, hoy por primera vez, habla en público.

»Compañeros: el valiente que tenéis delante de vuestra vista fué el primero en los combates y el último en las retiradas. Su pecho fué siempre el baluarte de la libertad contra la tiranía. Nació pobre, y pobre baja también á la tumba. Trabajando en su modesto arte de obra prima, jamás le deslumbró el oro de los palacios, ni ambicionó el fausto de los poderosos. Buen ciudadano, buen padre y buen esposo, su nombre, no lo dudéis, compañeros, su nombre pasará á la posteridad para ejemplo de los hombres libres. Desde la otra vida pedirá al Ser Supremo que nos conserve esta libertad que él regó con su sangre; y si algún día quisieran los tiranos arrebatárnosla, invocaremos su nombre y sabremos perecer antes de consentirlo.

»¡Compañeros de glorias y fatigas: imitemos las virtudes de ese desgraciado, y no retrocedamos en el camino de la libertad aun cuando los serviles suspendan sobre nuestras cabezas el hacha del verdugo!... No puedo continuar, me ahoga el llanto. Que la tierra le sea ligera. He dicho.»

Cuando el orador dejó de hablar, ya no tenía más auditorio que el de un agente de policía que se llegó á él y le dijo que le siguiera. En vano trató de resistirse; el agente no estaba solo, y el orador fué sacado á la fuerza. Ignoramos el resultado de semejante atropello, pero protestamos enérgicamente contra tales arbitrariedades. Qué, ¿será cierto que no se puede hablar ni aun en la mansión del silencio?

A PROPÓSITO.—Hemos tenido ocasión de ver el nuevo procedimiento que para embalsamar los cadáveres emplean los señores Pérez, y nos ha parecido preferible al que usan los Sres. González. Llamamos por lo tanto la atención de nuestros lectores hacia el anuncio que verán en otro lugar, advirtiéndoles que la baratatura es

extraordinaria, y que los cadáveres quedan con la mayor perfección y hermosura, y hasta parecen más jóvenes.

UN RASGO SIN EJEMPLO.—Se nos acaba de asegurar por personas que merecen toda confianza un hecho que, si es cierto, es digno de los mayores elogios, y podrá servir de contestación elocuentísima á los que un día y otro acusan á esta generación de haber renegado de todas las virtudes que le legaron nuestros antepasados. El hecho es el siguiente: «Un pobre hombre que pasaba por la calle de la Duda vió en el suelo una cartera, que recogió, y abierta, vió que contenía gran cantidad de billetes de Banco; pero apenas había dado unos cuantos pasos, cuando tropezó con un caballero que, todo afligido, le preguntó si había visto el tesoro que acababa de perder, y el honrado artesano, sin vacilar, le entregó la cartera, negándose á recibir recompensa alguna por tan generosa acción.» El amigo que nos dió la noticia no supo decirnos el nombre de ese gran héroe del infortunio, que aun siendo pobre no quiso retener lo ajeno después de haber sabido quién era su dueño.

OTRO DE NO MENOS MÉRITO.—Nuestro simpático y distinguido amigo el apreciable artista don F. R., que estaba convidado á la gran fiesta campestre que dieron ayer tarde los socios del Casino Mercantil, recibió por la mañana un parte telegráfico, anunciándole que su madre estaba expirando, y que fuese corriendo á Z.... si quería darle un abrazo, y sin detenerse á la fiesta emprendió el camino. Nos faltan palabras para elogiar este rasgo de amor filial.

NOS ALEGAMOS.—No es exacto que haya fallecido el apreciable señor duque de R., de cuyo entierro nos ocupamos en nuestro número de ayer. Ha dado margen á esta equivocación el haber visto que el coche del duque iba presidiendo el duelo de un amigo suyo. Esta clase de noticias siempre tienen algún fundamento.

ESTO YA ES OTRA COSA.—Por fin ha muerto el simpático general M. al mes justo de haberse anunciado su fallecimiento en los periódicos por una equivocación involuntaria. Ahora ya no nos queda duda de que ha muerto, porque tenemos á la vista

la esquila de invitación para el entierro, que se verificará mañana á las dos de la tarde. Que la tierra le sea leve.

ATROPELLO NÚMERO MIL Y TANTOS.—Un coche que, como de costumbre, corría ayer tarde por la calle de la Parada, atropelló á un pobre niño que estaba jugando en la acera, causándole heridas de alguna gravedad. Las gentes que pasaban por el lugar de la ocurrencia quisieron detener al auriga, pero hubieron de contentarse con llenarle de improperios, de que él se fué riendo con la acostumbrada audacia de esas gentes. Excusamos decir que no se presentó un solo agente de la autoridad ni en una legua á la redonda.

HABITACIONES PÚBLICAS.—El extranjero que venga á la corte y vea el espectáculo repugnante que ofrecen las calles llenas de gentes que con la mayor franqueza se sientan en los portales y sacan sillas, estableciendo en la calle tertulias de vecindad y obligando á los transeúntes á tomar el arroyo, no podrá menos de llevar á su país una idea bien triste del estado de cultura de la capital. Si á esto se agrega el abandono en que ciertos padres de la clase pobre tienen á sus hijos dejándolos jugar en medio de la calle, se comprenderá hasta qué punto son aquí letra muerta los bandos de policía urbana. ¡Y luego se culpará á los pobres cocheros de los atropellos que ocurren todos los días!

A LA TERCERA VA LA VENCIDA.—Ayer mañana apareció muerto en las tapias del Retiro un sujeto muy conocido en esta corte, el cual por lo visto se sentó con toda tranquilidad en el suelo, y sacando una navaja de afeitar, sin cuidarse de ponerse espejo delante, se dió dos cuchilladas al cuello y otra al corazón, que según dijeron los facultativos es la que le ocasionó la muerte. Parece que la causa de este suicidio han sido las recientes pérdidas que había sufrido en la Bolsa. ¡Cuánto hemos clamado para que se haga una buena ley que impida ciertas jugadas de Bolsa que causan la ruina de muchas familias! Pero *vox clamantis in deserto*. No hay peor sordo que el que no quiere oír, y el gobierno desoye los consejos de la oposición.

¡QUÉ HORROR!!!—En la tarde de ayer

presenciamos una escena que con razón enterneció á cuantas personas pasaban á aquella hora por el lugar de la catástrofe. Una señora joven, bien parecida y de finísimos modales y elegante figura, lloraba á lágrima perdida, en medio de un corro de gentes que participaban del quebranto de aquella desgraciada, prodigándola los consuelos que en tales casos se acostumbran. La infeliz señora, sin cuidarse de nadie, sin oír razones ni reparar en el desorden de sus vestidos, estaba arrodillada sobre el suelo acariciando y regando con sus lágrimas el cuerpo casi inanimado de su hermoso pequeñuelo. Las convulsiones del moribundo agitaban el pecho de la sensible dama, y un grito de terror salió de sus labios en el momento de expirar la víctima. De una de las tiendas de la calle de la Amargura, que así se llamará de hoy en adelante el callejón del Perro en que ocurrió el lamentable suceso, sacaron agua y vinagre para dársele á beber á la afligida señora, la cual, sin soltar de sus brazos el cadáver, lanzaba hondos suspiros, mezclados con durísimas imprecaciones contra el ayuntamiento y los agentes de la autoridad y muy principalmente contra el corregidor de la capital. Y tenía razón la pobre señora. Su pequeñuelo había sido envenenado. ¡Qué horror! ¡Y envenenado por qué! ¡Por ser americano y no llevar bozal! ¡Pobre animalito!

HAY DÍAS DESGRACIADOS. — También ayer se cayó un pobre albañil de un andamio y quedó muerto en el acto. Todas nuestras excitaciones para que la autoridad ó sus delegados visiten é inspeccionen las obras á fin de evitar percances como el que dejamos referido son inútiles.

¡QUIÉN LOS TUVIERA! — Se han dado las órdenes convenientes para que pasado mañana se trasladen desde la Tesorería de Toledo á la central de esta corte tres millones de reales que allí no hacen falta. ¡Si lo supieran los *cacos*!

BOLETÍN DE ESPECTÁCULOS

NOTABILIDAD ARTÍSTICA. — La hora avanzada en que escribimos estas líneas no nos permite detenernos á dar grandes de-

talles del brillante triunfo escénico que acaba de obtener la graciosa y simpática artista que hace algún tiempo está formando las delicias del círculo elegante de la corte.

Nuestros lectores bien comprenderán que aludimos á la inimitable Mlle. Chancelinelli, á la vaporosa é incomparable sílfide albanesa, preciosa adquisición del teatro del Drama, que hace el más cumplido elogio de su digno y espléndido empresario. Anoche hizo tal furor bailando el padedú, con su interesante pareja el Sr. Zapatini, que el entusiasmo de los espectadores rayó en locura, y entre aplausos estrepitosos tuvieron que repetirlo cinco veces, recogiendo en todas ellas gran cosecha de ramos de flores, de versos, palomas y coronas de laurel. Nosotros vimos á más de una bella verter lágrimas de ternura, arrancadas por el pensamiento filosófico que encierra el citado padedú. El autor del libreto ha tenido un fiel intérprete de su obra en el señor Babuchi, caricato grotesco y autor del baile. La poesía no tiene un lenguaje tan enérgico como el que resulta de la combinación de la música y el baile, para expresar ciertos sentimientos elevados y grandes. Por ejemplo: el paso que baila Menelao (Zapatini) al saber la fuga de Elena (Chancelinelli) con Paris está lleno de sentimientos de amargura y de rencor. El carácter de Elena está admirablemente sostenido, y nada prueba mejor la perversidad de su alma como el paso irónico que baila al recibir la noticia del fallecimiento de su amante en el *síto de Troya*.

Este es el título del nuevo baile, que dará grandes entradas á la empresa.

HONOR AL ARTE. — El infatigable y entendido empresario del teatro del Drama no ha perdonado diligencia ni esfuerzos hasta conseguir que los perros sabios y el camello funámbulo que, como saben nuestros lectores, están en la actualidad haciendo las delicias del ilustrado público catalán, después de haber hecho furor en las principales capitales de Europa, vengán á honrar su teatro, donde darán funciones, alternando los inteligentes animalitos con la compañía de baile.

Los abonados del coliseo del Drama deben estar altamente satisfechos de los sacrificios que hace el citado empresario

para ofrecerles toda clase de novedad en los espectáculos.

TRES AL SACO Y EL SACO EN TIERRA.—El drama que se representó noches pasadas en el teatro de la Comedia, original de tres distinguidos escritores, ni es original, ni es drama, ni en su manufactura han intervenido tres escritores. Después de haberse aplaudido con entusiasmo cinco noches seguidas y haber salido en todas ellas los tres escritores á la escena, se ha averiguado que el drama es una traducción francesa, hecha por más señas por un pobre estudiante á quien se la compraron los tres aplaudidos escritores.

UN DRAMA EN CIERNES.—Tenemos entendido que uno de nuestros primeros escritores dramáticos piensa ocuparse de escribir un drama histórico, titulado *El escarpín de la infanta Galiana*.

OTRO.—En el teatro de la Comedia se hacen grandes preparativos para la representación de un nuevo drama de magia, titulado *El freno de Rocinante*, sacado de la famosa historia de D. Quijote. Los artistas encargados de las decoraciones han salido á visitar la cueva de Montesinos, el palacio de los duques y todos los puntos notables en que se supone que estuvo el famoso hidalgo manchego.

SIN GOZNES.—M. Squellette hace cada día nuevas habilidades en el circo ecuestre; á cada salto que daba anoche se recogía en el aire como si fuera un ovillo, y parecía que se le oían crujir los huesos y que caía mortal. El público le aplaudía en esos momentos con verdadero frenesí.

POR FORTUNA.—Á pesar de lo que dicen en contrario algunos periódicos, y por más que nuestro apreciable colega *El Abanico* se dé aires de estar bien informado, tendremos el gusto de ver otra vez en esta corte al célebre prestidigitador M. Spiritidión, el cual hace hoy día las delicias de los catalanes.

VIAJE ARTÍSTICO.—Es posible que el distinguido actor señor D. J. H. salga mañana á pasar el día en Getafe, yendo en su compañía la perla de nuestro teatro y uno de nuestros más eminentes pianistas.

BOLETIN COMERCIAL

El gran desarrollo que de poco tiempo á esta parte ha tomado nuestro comercio, nos obliga á consagrar una sección especial para dar noticia del movimiento diario de los fondos públicos que hoy se agitan en un círculo vastísimo, del cual ha de nacer la prosperidad y la bienandanza de esta nación, digna por muchos títulos de mejor suerte y llamada por la riqueza de su suelo á un brillante porvenir, según lo indican los innumerables criaderos de mineral que brotan por todos los puntos de la península.

Los que pretendían embrutecernos amarrando nuestro brazo al pesado azadón y al rudo arado, so pretexto de que España no podía ser otra cosa que un pueblo de labradores, ¿qué dirán hoy al ver esa revolución magnífica que han hecho en poco tiempo el espíritu de asociación y los adelantos de la industria? ¿Qué dirán al ver convertidas en campos de oro y plata las estériles llanuras de nuestro abandonado territorio? Los encogidos revendedores de antaño, que se asombraban al reunir cien onzas de oro en su andrajosa gaveta, ¿qué dirán al ver que el simple anuncio de formación de una sociedad cualquiera basta para reunir cien millones de reales?

Y no se diga que esos valores son nominales, ni que están amenazados de ningún riesgo, porque amén de la bondad de las especulaciones, los nombres de las personas que están al frente de las sociedades son una garantía de honradez y de probidad.

En la última sociedad anónima que se ha formado con el título de *La Previsora*, han acudido á solicitar acciones los principales comerciantes de la corte y la junta directiva se compone de los principales capitalistas de España.

El objeto de *La Previsora* es asegurar los aceites y las grasas de la acción del aire, evitando los funestos resultados é incalculables pérdidas que ocasiona al comercio el enranciamiento de los géneros que tiene almacenados. Y los perfumistas, los ultramarinos, los boticarios y los tenderos de aceite podrán asegurar sus géneros por un precio tan insignificante que antes de un año no habrá nadie que no esté inscrito en la sociedad.

El capital social es de 50 millones, dividido en acciones de 2.000 reales, que antes de estar emitidas por completo ya se cotizaban en la Bolsa de anteayer con 55 por ciento de prima sobre el capital nominal.

ANTES DE BOLSA, EN LA BOLSA Y DESPUÉS DE LA BOLSA.—Los fondos que estaban anteanoche en baja tuvieron una repentina subida antes de la hora de la Bolsa en los círculos de la Puerta del Sol; en la Bolsa volvieron á bajar, y anoche recorbraron de nuevo el alza. Esto no se explica, pero es verdad. Váyase por las demás cosas que pasan en aquel recinto que no son verdad y que sin embargo se explican.

ACCIONES.—Ayer estuvieron *muy pedidas* las de *La Ilusión*, *La Confianza* y *El Porvenir* y casi todas las minas del barranco de *Las Esperanzas* en término llamado *El Juicio final*; en cambio se negociaron con algún quebranto las de *El Desengaño*, y en general, el papel de minas anduvo poco solicitado. Toda la atención de los jugadores se fija en las sociedades anónimas, que van tomando un incremento increíble, á pesar de que ninguna de ellas ha empezado sus trabajos. *La villa de Janja* es la que declinó, hasta el punto de hacerse alguna operación á 75 por ciento *daño* en vez de 75 por 100 *beneficio* que estaba hace pocos días.

NI PARA EL DÍA DEL JUICIO FINAL.—Si para cada camino de hierro que se haya de construir se ha de hacer una ley especial en las Cortes, no saldremos nunca de andar en galera. Los diputados no se contentan ya con que el ferrocarril pase por su provincia, sino que quieren que toque en su distrito, y si es posible que pase inmediato á las haciendas de los electores influyentes. ¡Si habrá que construir un ramal desde la casa de cada elector al local donde se verifique la elección! Aun así es posible que hubiera quien no fuese á votar.

ÚLTIMA HORA

En todo el día de hoy han corrido rumores de crisis ministerial, y á la hora en que escribimos estas líneas se nos asegura que el ministerio en masa ha presentado

su dimisión, que le ha sido admitida. También parece que han sido llamados á Palacio el duque de As y el general Es. Si como creemos presenta su dimisión el actual gobernador de Madrid, será nombrado en su lugar el brigadier Is.

OTRA

Parece que no todos los ministros están de acuerdo en dimitir el cargo. Ya sospechábamos nosotros que no todos los actuales consejeros tendrían valor para soltar la poltrona. ¡Si estamos cansados de de decirlo! ¡Si esas dimisiones en masa, nunca se *cuecen* á tiempo!

CORRESPONDENCIA

CON NUESTROS SUSCRIPTORES

Es tan considerable el número de cartas que diariamente recibimos de nuestros suscriptores de España y del extranjero, que, siendo de todo punto imposible el contestarlas por medio de nuestras oficinas, lo haremos en esta sección del periódico, que desde hoy destinamos á las recibidas en este día y que exigen contestación.

- A D. A. B. (Antuerpia). — Como usted quiera.
 A D. O. D. (Carabanchel). — No puede ser.
 A D. J. K. (Filadelfia). — ¡Claro está!
 A D.^a P. U. de A. (Móstoles). — ¡Naturalmente!
 Al M. de C. (Chile). — Está bien.
 A D. C. H. de I. (Parla). — Si.
 A D. T. R. (Habana). — No puede ser.
 Al D. de I. (Pinto). — Hasta el 15.
 A D. J. O. (Beniganín). — Pague usted y se le enviará.
 A D.^a J. H. (Irlanda). — Eso es gollería.
 A Mr. J. O. (Paris). — Escriba usted más claro.
 A D. M. P. (Alcorcón). — Lo ha prohibido el fiscal.
 A D.^a G. G. (Lérida). — Veremos.
 A D. M. N. (Getafe). — ¡Pues ya!
 A J. H. U. (Sevilla). — ¡Qué más quisiera el gobierno!
 A D. R. G. (Brunete). — No se verá usted en esa.
 A D. A. L. (Cejin). — ¡Qué tal!
 Al M. de P. (Londres). — ¡A cómo?
 Al incógnito (Janja). — Por supuesto.

Editor responsable,

D. Homobono Inocencio de Sancándido.

IMPRENTA DE «EL ASTRO DEL SIGLO»



CUADRO XLVIII

LO QUE ALGUNOS ECHARÁN DE MENOS EN EL PERIÓDICO
QUE OTROS HABRÁN ENCONTRADO DE MÁS

Posible es, lector, que si concienzudamente lo has sido del cuadro anterior, parando tu atención en cada una de las líneas del periódico que acabo de transcribirte, te hayan salido por cuenta ajena los colores á la cara, y hayas dicho para tus adentros que mi fotografía usa cristales de aumento, y que como he cortado la pluma para ridiculizar las cosas y las personas, á medida que la obra adelanta van saliendo las letras cada vez más gordas. Y si por el contrario, bullendo en tu memoria lo mismo que ha bullido en la mía al hacer ese retrato, le hallas perfecto, tal vez renegarás de la opinión pública ó del periodismo que la representa, porque dirás que está mal representada.

Pues sábetelo, lector, si dices lo primero, que mi máquina de hacer retratos en 1850 es la misma que usé en 1800 y que mi pluma no es de ave, sino de acero, y lo mismo está en la primera línea que en la última, siquiera esté mal, literariamente hablando, en todas ellas. Y si crees lo segundo, si se te antoja que el periodismo no representa fielmente la opinión pública, tienes razón, lector, y voy á demostrártelo en el presente cuadro, entrando de nuevo en la redacción de *El Astro del siglo*. Pero debo advertirte primero que aunque tú y yo creamos que el periodista

no es el representante genuino de la opinión pública, es posible, casi seguro, que estemos en completo desacuerdo.

Tú pensarás que el periodista es más parcial y más inconsecuente y más ligero que la opinión pública, y yo sé y me consta que por muy ligero y muy inconsecuente y muy parcial que sea el periodismo, nunca lo será tanto como el público.

Y voy á probártelo sin más que volver á la redacción y asomar la vista al *cajón de originales no insertables* que tiene el director del periódico; porque si en vez de entrar allí te llevara á los cafés y á los casinos y á las plazuelas, te convencería en seguida.

El primer artículo de fondo decomisado, no por el fiscal de imprenta, que ese como decomisador legal no es de mi incumbencia, sino por los redactores del periódico, es uno que lleva por epígrafe *¡Paso á la democracia!* y en el cual en forma destemplada, con lenguaje acre y virulento, con injurias personales y con todos los ribetes, puntas y collares de un libelo espantoso, se pide que venga cuanto antes la democracia; que se haga una revolución radical y sangrienta, y que se acabe de una vez para siempre con los farsantes que turnan en el poder para oprobio del país, y para que las naciones extranjeras, *justamente cansadas* (dice el articulista) de tantos ultrajes, vuelvan por el honor de España *interviniendo* en sus asuntos con brazo fuerte.

Pregúntole al director del periódico quién ha escrito semejante artículo, y él me responde que se lo han remitido de fuera de la redacción.

—¡Será de algún furibundo revolucionario!—le digo.

—No, señor —me contesta riendo;—es de un hombre que pasa hoy por conservador, pero que ha sido un absolutista tremebundo.

—¿Está V. cierto?—le replico.

—¡Vaya si lo estoy! ¡Como que por poco me cuesta un lance el no insertarlo!

—¿Es posible que aún insistiera en que se publicara semejante atrocidad?

—Pues para eso lo escribió; para que se publicara.

—¿Y cómo ha cambiado de modo de pensar de una manera tan radical?

—No, señor, no ha cambiado; sigue siendo absolutista.

—Pero no comprendo....

—Yo se lo explicaré á usted. El autor del artículo, que por lo mal escrito que está habrá usted comprendido que no es hombre de letras, tiene una hacienda magnífica, y por cierto que era de bienes nacionales; creyó y hasta había consentido en ello, que el ferrocarril pasaría por delante de ella, y como se votó en el Congreso un trazado contrario, con el cual queda su posesión aislada....

—Ya; ¿pero eso qué tiene que ver con llamar la revolución y pedir hasta una intervención extranjera?—dijo interrumpiendo al director del periódico.

—Nada, y por eso no lo quise insertar. Pero él tenía la pretensión, y suponía lograrlo con su artículo, de derribar al gobierno y de que se disolviesen las Cortes antes de que se viera en el Senado la ley en que se variaba el trazado del ferrocarril.

—¡Pero eso es una iniquidad! ¿Qué idea tiene ese hombre de lo que es la prensa?

—Pues dígame usted hablar de los periódicos, y verá cómo no hay ninguno que no sea esclavo de una pandilla é instrumento de ambiciones bastardas ó subvencionado por el gobierno.

—Me deja usted asombrado con lo que me cuenta—le dije.

Y echando mano á una gacetilla que estaba también incluída en el índice expurgatorio, vi que decía de esta manera:

«*No más violines.*—Los vecinos de la casa número tantos de la calle del Sordo han elevado una exposición al gobernador civil, quejándose con sobrada justicia de un profesor de violín que vive en el cuarto bajo de la casa y que da lecciones de tan ingrato instrumento á una porción de jóvenes á todas las horas del día y hasta de noche. Nosotros creemos que la digna autoridad de Madrid comprenderá la razón que asiste á estos pacíficos ciudadanos y dispondrá que inmediatamente desaloje el cuarto que ocupa el mencionado violinista.»

—Este sí que no hay que preguntar la opinión que tiene—dije al acabar de leer la gacetilla.

—Pues es posible que se equivoque usted—me replicó el director del periódico.—¿Usted creará que ese párrafo está escrito por algún absolutista neto, de esos que quieren que nadie les incomode aunque sea á costa de un despotismo brutal?

—Justamente.

—Pues es todo lo contrario. Esa gacetilla me la trajo con gran recomendación, y también he reñido con él por no haberla publicado, una persona muy liberal, de las más avanzadas en ideas.

—Pero hombre, ¿qué me cuenta usted? En esta casa está todo patas arriba. Este es el mundo al revés.

—No sé yo si es el mundo al revés ó al derecho—me replicó el periodista;—mucho se podría hablar sobre ese asunto.

—¿Pero me negará usted que ese liberal debía haber respetado la libertad del violinista, y que así como los vecinos estaban en su derecho y eran libres de mudarse á otra casa, el profesor de violín lo era para tocar á todas horas, siempre que se lo consintiera el dueño de la finca?

—¡Cómo le he de negar á usted eso, si fué lo mismo que yo le dije al autor de la gacetilla!

—Pues ya ve usted cómo este es el mundo al revés.

—No lo veo yo así.

—¿Por qué? Explíquese usted.

—Mire usted, el que se quejaba era el vecino del principal, á quien más le molestaban los violines, y como estaba muy contento con el cuarto que tenía, no quería mudarse á otro, y por eso trataba de echar al músico.

—Ya; pero eso no es ser liberal.

—Claro está que no; ¡pero es tan difícil deslindar el ejercicio de la libertad, concejilmente hablando! Eso de decir mi vecino y yo somos libres sin que choquen ni tropiecen nuestras recíprocas libertades, es tan grave, que á usted que va á escribir el *MAÑANA* sin saber en lo que se ha metido, le recomiendo que estudie esa cuestión, y aun si no le parece fuera de propósito, tome usted este título para uno de los cuadros: «De cómo se trata de averiguar dónde *empieza* y dónde *acaba* la libertad *absoluta* del individuo.» Y deje usted ya de rebuscar papeles—añadió el director del periódico,—porque todos son peores. Mire usted, en ese mismo paquete de gacetillas las hay tan absurdas, tan contradictorias y tan inconvenientes bajo todos conceptos, que el publicarlas produciría una verdadera anarquía. Y eso desde el punto de vista político, económico ó administrativo; que si las examina usted bajo cualquier otro concepto, no hay manera de acabar de leer alguna de ellas. Parece imposible que siendo tan general en las gentes el taparse los oídos, cubrirse la cara y arrojar los periódicos cada vez que se desliza en su folletín ó en sus gacetillas alguna frase ruborizadora, sean tantos los cuentos inmorales y las anécdotas picantes que diariamente se escriben en las redacciones. Y no crea usted que vienen anónimas, sino que, con la mejor buena fe, ó firman el artículo los remitentes ó la carta con que le dirigen al periódico. Hace pocos días que vino aquí un padre de familia honradísimo, persona de gran severidad en la educación de sus hijos y que jamás permite que éstos lean un periódico ni un libro que él no haya examinado: pues bien; ese señor traía la pretensión de que publicáramos un artículo refiriendo un cuento ó sucedido, como él decía, tan inmoral en el fondo y tan libre en la forma, que su lectura llenaba de rubor al más despreocupado. ¿Y sabe usted lo que me dijo, cuando yo, que le conozco mucho y sé la rigidez de sus costumbres, me sorprendí de que hubiera escrito aquel artículo y de que insistiera en su publicación? Que era verdad todo lo que allí se decía, porque le constaba el suceso, y que aún se había quedado corto al referir ciertos detalles. Por supuesto, que si en vez de acortarse se alarga, yo no sé lo que habría sido el tal artículo.

—¿Le tiene usted á la mano?—le dije, picado de la curiosidad.

—No, señor—me contestó el director de *El Astro del siglo*,—porque se lo devolví á su autor, que cansado de correr con igual pretensión las redacciones de todos los periódicos, al fin halló uno que publicara un extracto del cuento; pero tan desfigurado, que sólo yo que estaba en el secreto pude comprenderlo. Pero ahí mismo tendrá usted un centenar de artículos por el estilo.

Hojeé, en efecto, algunos y me quedé sorprendido al ver el cúmulo de disparates que contenía el cajón, cuyos huéspedes eran anárquicos en todos sentidos, incluso el sentido común, el cual no se encontraba en ninguno de aquellos escritos. Y viéndome el director cada vez más asombrado, me dijo:

—Y no es sólo en el ramo de gacetillas donde se halla el veneno; porque si le enseñase á usted las cartas de provincias y los comunicados, se quedaría verdaderamente estupefacto. La poca aprensión con que en las primeras se refieren todos los cuentos y chismes del lugar con los nombres y apellidos de las personas injuriadas, y el encono con que en los segundos se escribe contra tal ó cual corporación ó individuo, es cosa que pasma. En suma, amigo mío, le diré á usted para que sea indulgente con el periodismo, si alguna vez halla que ha sido sorprendida la buena fe de tal ó cual periodista con la publicación de una carta calumniosa ó de un comunicado insolente y procaz, que no bastan cien ojos para librarse de un descuido en esta invasión de colaboradores gratuitos, que es la verdadera calamidad de los periódicos. Y antiguamente el público, cuando se metía á periodista, lo hacía en la forma establecida por la ley, esto es, remitiendo un comunicado á la redacción y suplicando y pagando su inserción; pero ahora ya han variado la fórmula y todos se han hecho periodistas. Entre-téngase usted—añadió el director—en abrir cualquiera de esas cartas que acabo de recibir del correo, y de seguro hallará alguna que le confirme en lo que estoy diciendo.

Hicelo así, y en el primer sobre, que traía el sello del interior, no había carta dentro, sino una cuartilla de papel que decía lo siguiente:

«*Ya era hora.*—Tenemos entendido que el gobierno, haciendo justicia al mérito y á las recomendables circunstancias que concurren en el ilustrado Sr. D. Modesto Aprovechado Buscón, antiguo empleado de Hacienda, trata de agraciarse con la plaza de administrador de rentas, que ha quedado vacante por fallecimiento del que la servía. *Nosotros* no podemos menos de aplaudir ese nombramiento que recae en una persona dignísima, de esas que dan más honor al gobierno que las atiende que el que ellas reciben al ser atendidas.»

—Y esto ¿quién lo remite?—pregunté al director.

—¡Qué se yó—me contestó.

—El interesado no será, porque sería el colmo de la sin vergüenza.

—Pues mire usted, como no tenga madre, mujer ó hijos, no le quede á usted duda de que es él y de que estará escrito de su propia letra.

Abrí otras muchas cartas, y en casi todas ellas hallé articulillos por el estilo; anunciando los unos que Madrid estaba asombrado y loco de alegría por el magnífico café que acababa de abrirse al público; diciendo los otros que tal ó cual distinguido, simpático, amable é inapreciable don Fulano salía de la corte el día tantos, ó que el cuantos se casaba la interesante señorita Tal con el espléndido y digno señor Cual, y así una porción de párrafos laudatorios, que todos juntos formaban una gran sociedad de elogios mutuos que me hicieron reír lo que no es decible.

Y por mi gusto hubiera continuado abriendo cartas y rebuscando papeles, si el director no me hubiese dicho que lo dejara, y que si quería pasar un rato más divertido me llevaría al lazareto de la poesía y al pudridero de la novela, donde vería verdaderas maravillas.

Hicelo así, lector, y te confieso que en mi vida he pasado un rato más divertido que el que me proporcionó la inspección de un armario, lleno de versos de todos tamaños y de novelas de varia catadura.

¡Mentecato de mí, que antes de descubrir esa verdadera *visita de chistes* creía que los versos más chistosos que se habían escrito desde que el mundo es mundo, eran los de las cajas de fósforos y los de anuncios del *Diario*; que no había novelas más horripilantes y tremebundas que las de los escritores franceses en los buenos tiempos del romanticismo, ni libros más inmorales que los que se escribían cuando la tirantez de la censura provocaba la aparición de libelos clandestinos! Hubiera yo descubierto antes el lazareto y el pudridero de *El Astro del siglo* y á fe que me habría ahorrado muchos ratos de mal humor.

Y harto siento, lector, que lo almacenado en esos lugares sea de tal naturaleza que no me permita entresacar ni siquiera una línea publicable para comunicarte una parte, aunque fuese pequeña, del solaz y de la alegría que yo tuve con aquellos versos hechos *á libre sentido común*, y con aquellas novelas escritas seguramente de espaldas para que ni aun á las mejillas de sus autores asomara el rubor en ciertos pasajes.

Desgraciadamente no puedo decirte: «Ahí vá esa copla ó ese capítulo, que para muestra basta un botón.»

Mi amigo el director de *El Astro del siglo* sabe lo que se hace al tener los unos en el lazareto perpetuo y los otros en el pudridero; y accediendo á sus ruegos, le compadezco por verse obligado á leer todos esos materiales inútiles que recibe en abundancia, aunque á mí me ha hecho feliz la lectura de unos cuantos. Ellos me han probado lo que he dicho al

empezar este cuadro y que repito al concluirle: «que si el periodismo fuera la fotografía pura y neta de la opinión pública, no habría público que aguantara los periódicos.»

De cómo se forma y cómo se ensancha y cómo se aplica la pública opinión, algo hemos dicho en varios pasajes de esta segunda parte; pero lo mejor nos queda por decir, y sentiríamos que hubiera quien creyese que habíamos dicho todo lo que sabíamos en este asunto. Cuando escribamos el MAÑANA es posible que hayamos adquirido más confianza con los lectores, y entonces será otra cosa.





CUADRO XLIX

UN CONVITE EN 1800 Y OTRO EN 1850

La madre y la hija á quienes tanto me costó reconocer en los salones del concierto, porque desde que había dejado de verlas habían blanqueado sobre manera, amarilleando su pelo hasta convertirse de negro obscuro en rubio claro, me son hoy día perfectamente conocidas; estoy además prendado de ellas, y la verdad, lector, aunque me taches de inconsecuente apruebo de todo corazón sus metempsicosis artísticas.

Nada hay para mí en la casa de doña Eduvigis Guzmán de Luna que no sea excelente: la educación que ha dado á sus hijas me parece la mejor de las educaciones; la vida que éstas hacen creo que es una gran vida; y en cuanto á sus maridos, tengo para mí que si con justicia son envidiables sus rentas, no es menos digna de admiración la manera con que han sabido hacerlas.

Y como creo, lector, que tú has de ser de mi opinión, porque al cabo del tiempo que llevamos juntos, ó tú has debido de amoldarte á mis gustos, ó lo que es más natural, y he procurado hacerlo así, yo he tomado los tuyos, voy á darte cuenta de mi primera visita á casa de mi antigua amiga.

Aunque allá en mis mocedades, y no creas que es un allá de cien años, traté con mucha intimidación á doña Eduvigis, al cabo y al fin había dejado de verla más de veinte años; en ese tiempo murió su esposo, se casaron

sus hijas, ella vivía con la mayor de éstas, y todo contribuía á que cuando menos en mi primera visita no me creyese dispensado de guardar cierta etiqueta.

Hícelo así, y á hora competente, en traje adecuado y con el aseo debido llegué á la casa y pregunté á la portera en qué cuarto vivía mi amiga. Me contestó que en el principal, y cuando me disponía á subir la escalera me dijo:

—Si usted no quiere molestarse en subir, puede dejarme las tarjetas.

—Muchas gracias—le contesté; pero no vengo á dar tarjetas, vengo á ver á las señoras.

—Es que no reciben—replicó secamente la portera.

—¿Pero están en casa?—le pregunté.

—¿Pues dónde quiere usted que estén á estas horas?—me replicó. (Eran las dos de la tarde.)—Están, pero no reciben.

—¿Y no podré verlas?

—A la señorita Eduvigis, tal vez, aunque lo dudo mucho; á las demás señoritas, de ningún modo.

—Yo no busco á las señoritas—le repliqué sospechando que alguna de las nietas llevaba el nombre de mi amiga;—yo voy á ver á la señora mayor.

—Pues bien: esa es la señorita Eduvigis.

—¿Pero mujer, no sea usted tonta! ¿Cómo ha de ser señorita esa señora que yo busco si tiene muchos más años que yo?

—¿Y eso qué tiene que ver con que aquí no haya más señorita Eduvigis que ella! Las otras son la señorita Ruperta y la señorita Georgia.

—No lo entiendo—dije encogiéndome de hombros;—pero si no hay inconveniente subiré al cuarto principal.

—Suba usted—me contestó la portera, mientras sin hablar una palabra recogía tres tarjetas que le daba un lacayo;—pero es inútil, porque no reciben.

—¿Y qué se hace cuando no se viene de visita de cumplido, sino de visita de confianza? ¡Supóngase usted que yo quiero hablar de un negocio!

—¡Acabara usted de explicarse!—dijo la portera.—Si tiene negocios de letras ó de sociedades, entre ahí en el escritorio y le despacharán.

—¿Quién está en el escritorio?—pregunté sorprendido.

—¡Toma, quién ha de estar! Los dependientes y el administrador y el cajero de la casa.

—¿Pero si yo no traigo más negocio que el ser un antiguo amigo de la que usted llama señorita Eduvigis! ¡Si á quien quiero ver es á ella y no al cajero!

—Pues las señoritas no reciben más que de noche. A las siete comen.

—Por eso no he venido á esa hora—dije á la portera, dándole por fin

la tarjeta y disponiéndome á marchar avergonzado de sostener tan ridículo diálogo.

Pero la portera no pensaba del mismo modo, y aunque tomó maquinalmente mi tarjeta, como las del lacayo, me dijo:

—Caballero, yo no lo hago por quitar á usted de subir; pero si quiere ver á las señoritas le aconsejo que venga á la hora de comer.

—¿Reciben comiendo?

—A todo el que llega, y nunca comen solos, porque ya se sabe que todo el que quiere verlas viene á esa hora. Precisamente momentos antes de venir usted salía el señor muy de prisa, y á un caballero que quería hablarle de un asunto en el portal le ha dicho mirando el reloj: «No puedo detenerme porque voy corriendo á una subasta. A las siete comemos; vénganse usted á comer con nosotros.»

Tentaciones tuve, primero de enamorarme de la locuacidad de la portera, y luego de explotar su lengua en averiguación de algunas noticias relativas á la familia que iba á visitar; pero rechacé avergonzado tan ruines pensamientos, y quedándome sin saber otra cosa sino que el marido de Ruperta tenía caja y cajero y que concurría á las subastas, que comía á las siete y que convidaba á sus amigos á comer, me despedí de la portera y salí á la calle pensando en lo que habían cambiado las costumbres de la corte, no ya desde el año 1800, sino desde el 1830.

Me acordaba yo que al mismo esposo de doña Eduvigis, á mi buen amigo D. Timoteo, nadie le vió abrir la boca para otra cosa que para engullir una sopa de chocolate, como único manjar que entonces se comía en público, y pensaba en lo que sufriría ahora su esposa, acostumbrada á aquella reserva, enseñando los dientes, no ya á un amigo de confianza, sino al que iba á hablar de negocios con su yerno.

Antiguamente sólo el aguador, que por ser la pieza de comer pasillo obligado para la cocina, atravesaba con su cuba al hombro y el «que aproveche» en la boca, veía comer á las familias; y en días solemnes, como cumpleaños, pascuas y fiestas del santo de los amos de la casa, ni siquiera el aguador podía entrar en el refectorio, porque ó le advertían los criados que trajese el agua antes ó después de la comida, ó ésta se tenía en la sala para que cupieran con más holgura los parientes y los amigos, comensales fijos en tales solemnidades.

Las casas de buen gobierno, y era en este punto de las primeras la de doña Eduvigis, no oían nunca la campanilla mientras estaban sentados á la mesa. Y no porque se hicieran los sordos, ni porque encargasen á la portera, que entonces apenas las había, que recogiese las tarjetas, que tampoco se despilfarraban como ahora, sino porque nadie era osado á dirigirse á una casa cuando sospechaba que estaban comiendo los amos de ella.

Y si sucedía que algún amigo, por torpeza ó por ignorancia, llegaba á una casa á la hora de comer, y encontraba abierto el portal, que era mucho encontrar, porque ya recordará el lector lo que le dijimos á este propósito en la primera parte de la obra, no por eso pasaba al comedor.

Si sonaba la campanilla de manera que se creyese que no era el aguador el que la pulsaba, daban una sacudida eléctrica sobre sus asientos los amos de la casa, y en la postura en que cada uno de los que estaban en la mesa se encontraba, permanecían silenciosos todos, haciendo el señor gestos de rabia muda si alguno de los chicos movía un plato ó dejaba caer un cubierto, y en voz baja, muy baja, decía casi para sí propio:

—¡Quién diablos vendrá á estas horas!

La hora era la del verdadero mediodía, y la criada, que sabía que la incomodidad de su amo no iba tan allá que la obligase á mentir diciendo que sus señores no estaban en casa, ni menos que estaban y no querían recibir, abría la puerta, recibía la visita y la hacía pasar á la sala, diciendo al recién llegado que tuviera la bondad de esperar un momento, que iba á llamar á sus amos.

Y si el amigo, á pesar de las precauciones que tomaba el dueño de la casa, entraba en sospechas de lo que estaba pasando, y decía que no los molestaran si estaban comiendo, porque él se retiraría y volvería á otra hora, la criada, que de seguro hubiera pedido su cuenta y llevádose el baúl antes de echar una mentira negando á sus amos, no tenía reparo en decir:

—¡Quia! No, señor; no están comiendo.

Y casi esto era la pura verdad, porque ni siquiera el bocado que tenían en la boca tragaban por no hacer ruido desde que oían la campanilla.

Así la criada llegaba al comedor y en voz baja anunciaba el nombre del visitante; y después que el amo le calificaba de majadero y de importuno, aunque fuese su mayor amigo, se limpiaba la boca y salía á la sala á recibirle con los brazos abiertos.

Lo mismo, sin la efusión de brazos, hacía su esposa y los demás individuos de la familia, y si el visitante volvía á entrar en sospechas al verlos salir desperdigados y con ciertos síntomas del ejercicio gástrico en la cara, solía decir:

—¿Estaban ustedes comiendo?

—No tal — contestaban todos á la vez y apresuradamente. — ¡Qué hemos de estar comiendo!

—Sean ustedes francos — replicaba el amigo; — porque no tendría gracia que si estaban comiendo....

—¡Qué disparate! ¡Pues si estuviéramos comiendo lo diríamos!

—Así debía ser, porque no es ningún pecado.

—Claro está que no—decía el amo de la casa;—y el que más y el que menos—añadía sonriendo—hace otro tanto so pena de la vida.

Y todo pasaba perfectamente, si no entraba en el cuadro algún niño pequeño y mal criado que habiendo dejado con pena la mesa se impacientaba por volver á ella, y con un candor envidiable preguntaba por qué habían comido tan poco aquel día, ó si no comían hasta que se fuese aquel caballero, ó cosa más clara y pregunta más directa.

Pero entonces escaseaban bastante esos niños que los franceses llaman *enfants terribles*, porque el precepto que con mayor rigor formaba parte de la buena educación era que los niños no estuviesen en las visitas, y que si estaban no abriesen los labios sin que sus padres se lo mandasen.

Así, pensando en aquellas costumbres de antaño, tan opuestas á las de ahora, volví á mi casa decidido á escribir una carta á doña Eduvigis, rogándole que cuando la fuese menos molesto tuviera la bondad de recibirme en su casa; porque, como es natural, tenía grandes deseos de hablar con ella de muchas cosas y personas que habíamos conocido los dos.

Pero antes de que tuviera tiempo de poner por obra mi pensamiento, doña Eduvigis, excitada por la vista de mi tarjeta, me escribió al respaldo de otra suya lo siguiente:

A las siete comemos: venga usted á comer hoy con nosotros.

Si mi amiga hubiese escuchado la conversación que horas antes había yo tenido con la portera de su casa no habría puesto con más precisión las palabras que aquélla me dijo, repitiendo las que el yerno de doña Eduvigis había dicho á su amigo.

Yo salí en busca de uno mío, más versado que yo en las costumbres de la corte, para rogarle que me dijera en qué términos debería contestar á doña Eduvigis, excusándome, por supuesto, de asistir á la comida por no tener el honor de conocer á su yerno ó por haber recibido tarde el convite ó por cualquier otra causa parecida.

Mi amigo se rió de mi propósito, desaprobándole de plano, y me dijo que no contestara, sino que á las siete en punto me pusiera un frac negro y un chaleco del mismo color y un pantalón gris ó perla ó de cualquier otra media tinta, pero claro, circunstancia precisa en el asunto.

Encargóme sobre manera que no fuese á la casa ni siquiera un cuarto de hora antes de las siete, sino que procurase entrar á la hora en punto, porque de otro modo no tendría quien me recibiese y pasaría por un provinciano ridículo, y le ofrecí hacerlo todo conforme me decía, incluso el pantalón, que él dijo que era lo más esencial y *lo más inglés*, y que, con efecto, para mí en inglés se quedaba.

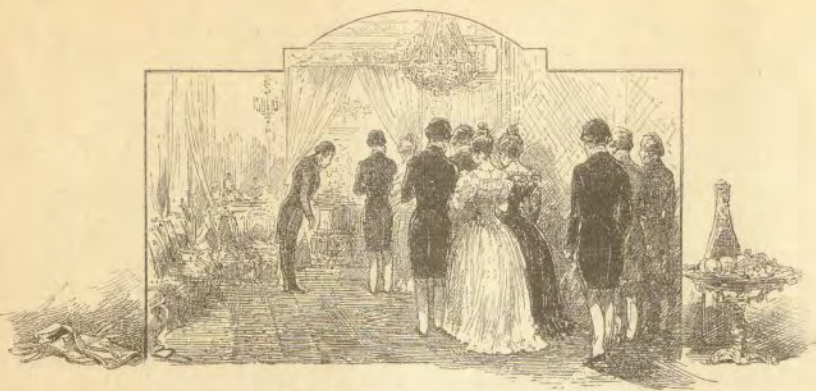
Dos horas faltaban para la del convite, y las pasé en volver á pensar en las costumbres antiguas, trayendo á mi memoria todo el ceremonial

de los convites de antaño y aun tratando de recordar uno famoso que nos dió el marido de doña Eduvigis el día del santo de su esposa. Me acordaba yo en primer lugar de que allí no comió nadie que no fuese muy amigo de la casa; que ninguno de los convidados recibió la invitación con menos anticipación que la de una semana, y que la más lacónica decía lo siguiente, después de los cumplidos ordinarios y precisos en toda carta, esquila ó billete de aquellos tiempos: «Tanto mi esposa como yo esperamos que usted nos dispensará el honor de favorecernos, acompañándonos á la mesa el día de Santa Eduvigis, en la seguridad de que por usted no se hará variación alguna, y que la trataremos con toda confianza, sin que tengamos un poco más que los acostumbrados *azotes y galeras*. En fin, así comeremos más y comeremos menos y usted habrá hecho un día de penitencia, que bien la necesita si ha de ganar el cielo.»

Esta chanza final ú otra por el estilo, que eran de rigor en estas cartas, indicaba la confianza con que se trataban el anfitrión y los comensales; pero la mesa se encargaba de desmentir el contenido del billete.

En suma, pensando en esas cosas y recordando muchas otras de que hablaremos en el cuadro próximo, me puse el frac negro, el chaleco ídem y el pantalón perla y un gabán sobre todo el traje para que no me corrieran las gentes si me veían de frac por las calles, que era otro de los encargos que me hizo mi amigo, y así cinco minutos antes de dar las siete daba yo un campanillazo en casa de doña Eduvigis, sin que para subir hasta el cuarto principal hubiera tenido el menor tropiezo con la portera que tan locuaz y tan elocuente se mostró por la mañana.





CUADRO L

UNA COMIDA DE ETIQUETA, SIN ETIQUETA ALGUNA

Tal vez por la primera vez de mi vida me alegraba de no pecar de joven al dirigirme á casa de doña Eduvigis, porque recordaba que en mis tiempos, y en los suyos, que eran más antiguos, era un compromiso de difícil salida tener pocos años en días de *servilleta prendida* ó de *babero en ojal*, que es como entonces se llamaban los días de convite, que eran, aunque muy solemnes, muy escasos. Pensaba yo que era preciso que fuesen muy ancianos los demás convidados para que por joven y pollo me tocase á mí la penosa tarea de *hacer plato* á todos, y lo que es peor aún, trinchar las aves en el caso de que las hubiera, y esto me consolaba. Porque además de no haber presumido nunca de anatómico, recordaba lo mal que lo hice y la burla que me valió mi torpeza y las manchas que arrojé sobre los trajes de las damas que se sentaban á mi lado el último día que había comido en casa de D. Timoteo, y este recuerdo de seguro me haría estar más torpe que en aquella ocasión, si doña Eduvigis tenía la imprudencia de hacerme alguna alusión al efecto.

Con estas ilusiones llegué á casa de mi amiga, y el criado que me abrió la puerta, vestido de gran librea y con guante blanco, me quitó el gabán y el sombrero, sin que yo pudiera defender ni rescatar ninguna de ambas prendas; me preguntó cómo me llamaba, alzó un tapiz, repitió

desde el quicio de la puerta y en voz alta mi nombre, y con la vista me empujó hacia adentro, dejando caer detrás de mí la cortina.

Como un pichón recién salido del nido con los primeros cañones, pues no otra cosa parece un hombre con frac estrecho y coligado, sin sombrero ni bastón en la mano, entré en un salón lleno todo de hombres vestidos á mi imagen y semejanza, y en el cual el sexo hermoso estaba representado por doña Eduvigis, por su hija Ruperta y por la niña de quince abriles Georgia, hija de esta última.

Doña Eduvigis se alzó de su asiento, me tendió glacialmente la mano, y dirigiéndose á uno de los señores de frac negro y pantalón perla le dijo:

—Epifanio, te presento al amigo de quien tanto me has oído hablar.

Y á mí me dirigió la siguiente brevísima frase:

—Mi yerno.

D. Epifanio me estrechó la mano con una cordialidad tan afectuosa que á poco más necesito aplicarme un cordial á los nudillos, y volviéndose á los demás señores que había en la sala repitió en voz alta mi nombre. Y á mí me dijo, señalando rápidamente á cada uno de aquellos caballeros:

—El duque del Milagro, el barón Villiers-Asthon, el general Spech, el Sr. López, M. Saint-Philemón, el Sr. de Campofresco; el Sr. Palastro y el marqués de la Consecuencia.

Cada uno de estos señores se inclinó respetuosamente, haciéndome una cortesía á que contesté del mismo modo, y me quedé en medio del salón, sin saber qué hacer con los brazos, porque echaba de menos mi sombrero ó la franqueza en la casa para poder hacer lo que el duque, que hojeaba los libros de estampas que había sobre el velador, ó el barón, que permanecía tendido en una butaca, ó los demás amigos, que hundidos en los divanes, con más comodidad que etiqueta, lisonjeaba el uno á la madre, charlaba el otro con la hija y no faltaba quien hiciese salir el color á las mejillas de la nieta. El Sr. Palastro y el dueño de la casa eran los únicos que estaban de pie junto á la chimenea, en la que ardía más de un quintal de carbón de piedra.

Pero antes de que yo tuviera tiempo para escoger cualquiera de aquellas ocupaciones, y en el momento en que me decidía por la de acercarme á la vieja, se alzó un tapiz, resonó en la sala una frase en francés, que no pude traducir al castellano, y alzándose todos, como movidos por un resorte, se dirigió á mí Ruperta, y enganchando su brazo en el mío me llevó, aunque parecía que yo la llevaba á ella, á una sala y luego á otra, todas alumbradas con profusión, y entramos en el comedor, también profusamente iluminado. Detrás de nosotros venía doña Eduvigis apoyada en el brazo del marqués de la Consecuencia, Georgia cogida á M. Saint-Philemón y los demás señores sueltos y á la desbandada.

Cuatro caballeros de frac negro, corbata y guante blancos, que había en el comedor, se inclinaron respetuosamente al entrar mi persona con la de Ruperta, y sentándose ésta, sin devolverles el saludo, en un sillón del centro de la mesa, me miró poniendo la mano sobre el sillón que estaba á su derecha, y viendo que yo no entendía la seña y aguardaba á que los demás convidados se sentaran, me dijo:

—Siéntese usted, que estos señores son de casa y ya saben sus puestos.

Hícelo así, y mientras pensaba qué galantería sería más grata á la señora que me honraba poniéndome á su derecha y que estaba hermosísima y elegantemente vestida, tendí una mirada sobre la mesa y me quedé entregado á mis ordinarias reflexiones y á mis recuerdos de antaño.

La mesa era grande, y sin embargo no había en ella un solo sitio vacío donde poder colocar, no ya las dos soperas, con la de arroz y la de pan con adornos de hierbabuena y sangre de gallina, ni la fuente de los garbanzos, sino ni siquiera para poner el plato en que habíamos de comer cada prójimo. Amén de tres magníficos jarrones de bronce, llenos de flores del tiempo y artificiales; dos *plateaux*, ó lo que antiguamente habríamos llamado *salvillas* de cuatro pisos, llenos de juguetes, lazos y estampitas; dos vasijas de plata por las que asomaban los cuellos, bien sucios por cierto, de unas botellas; catorce ó diez y seis platos grandes y chicos de bronce, de cristal y de china, con frutas, salchichón, aceitunas y otras cosas, ninguna de gran substancia, teníamos cada uno siete copas de cristal blanco y una verde, y una botella de agua y dos mondadientes y el consabido cubierto y una servilleta y dos platos y un pedacito, muy pedacito, de pan.

Afortunadamente, decía yo para mis adentros, tengo poco apetito, y aunque no me sirvan nada más que lo que hay á la vista tengo bastante, y prefiero que no se coma cosa de provecho con tal de que no me obliguen á trincar, porque estoy seguro de hacer una triste figura. Pues si en casa de doña Eduvigis, en que pude ponerme de pie y trincar en medio de la mesa, que toda ella estaba rasa, armé tanto estropicio que se me escapó la mitad del ave y salpiqué á las señoras, y al saltarse el trinchante por poco dejó ciego á un pobre señor, que ya había cuidado de venir tuerto, ¡qué no me sucederá aquí si he de operar en este pequeño espacio, entre catorce copas y dos botellas y una porción de cacharros que bailarán el de San Vito en cuanto yo imprima á la mesa el movimiento descoyuntador de mis brazos! ¡Señor, añadía mentalmente, que no saquen aves, y si las sacan, que sea en pepitoria para que no se empeñen en que yo las trinche, aunque me obliguen á comer de ese queso y á beber de ese vino que está en ese cacharro de plata!

El queso á que yo me refería parecía forrado con papel de plata, pero estaba mohoso y verde, y yo veía pasearse dentro de él una porción de

seres extraños, como si arrimando el ojo á un telescopio hubiera divisado los habitantes de la luna, y el vino ó al menos la botella estaba muy sucia y aun tenía abrigado el cuello con una espesa tela de araña.

Luego supe (siempre sabe uno tarde las cosas) que aquel queso tan sutilizado por los seres que le habitaban era un queso de gran precio, porque cuanto mayores son los gusanos roedores de la conciencia del queso extranjero más caro cuesta y en más le estiman los aficionados, y las telarañas y el polvo de la botella eran la certificación de su larga estancia y de su buena conducta en la bodega. En pensamientos análogos pasé poco más de tres segundos; á cuyo tiempo los criados del comedor, que me avergonzaban porque estaban vestidos con más etiqueta que yo, aunque no tenían pantalón perla, fueron repartiendo platos de sopa á los convidados, acercándose con uno de ellos en cada mano y diciendo:

—*¿Tortue ó Julien?*

Yo pedí de la última, porque fué la palabra que con más facilidad pude repetir, y Ruperta me dijo:

—*¿No ama usted la tortuga?*

—No me hable usted de amor—contesté sorprendido,—porque cuando uno tiene el honor de estar al lado de una mujer tan hermosa como usted, por más que su estado de señora casada le infunda respeto, no cabe amar á nadie.

—Muchas gracias—dijo Ruperta riendo,—por el talento con que ha jugado usted el equívoco. Es un precioso *calambur*.

En seguida comprendí que el equívoco consistía en que me había equivocado, y que sin estar calamocano, porque aún no había bebido, tampoco entendía lo que quería decir el *calambur*; y contestando con una sonrisa, resolví no dar lugar á que me hablase Ruperta, porque temía no entenderla, sino ser yo el que iniciara la conversación para traerla á mi jurisdicción y á mi idioma. Y así lo hice lo mejor que pude, aunque sospechando que no lo haría muy bien, porque Ruperta prefería la conversación del duque, que estaba á su izquierda, y aun creo que le hizo más de una seña para que escuchase lo que yo le decía á ella.

Por esto, si Ruperta se burló de mí, no quiero que lo hagan los lectores, y omito la conversación y sigo comiendo.

—*¿Querez?*—dijo con acento francés y no en español un criado, que botella en mano, alta como tirador de pistola, venía echando vino claro en las copas.

—*Laffite*—dijo otro que venía detrás del escanciador del Jerez, con otra botella oscura y sucia por de fuera.

Y así de este modo fueron pasando los criados durante la comida, hasta llenar diferentes veces las siete copas, siempre anunciando el nom-

bre del vino por el lugar de su nacimiento ó por el nombre de pila ó por el del padre del licor, y siempre en francés, y sin que nadie diera señal alguna de satisfacción, hasta que se empezó á servir un vino enfermo, cuya botella venía *acostada* en un canastillo, cubierta de telas de araña por supuesto, y que sin incorporarse, ni siquiera por respeto á los convidados, iba derramando su vida en las copas. Verdad es que luego supe (también tarde, como lo del queso) que el Sr. *Lambertín*, que así se llamaba el vino *acostado*, lejos de faltar siguiendo tumbado, habría pecado mortalmente á los ojos de los aficionados si se hubiera incorporado siquiera una línea. Por eso las telas de araña y el barro y el polvo no son señales de suciedad, sino testimonios irrecusables y fehacientes de que no ha hecho locuras en la bodega y de que ha permanecido tumbado y quietecito en la cuarentena de meses que pasó allí, y que sin movimiento alguno le han subido hasta el comedor los criados.

Te aseguro, lector, que después que supe todos esos detalles biográficos del amigo Lambertín y los otros del queso Stilton, no bebo vino que no tenga telas de araña ni como queso que esté deshabitado.

El segundo plato que se sirvió después de la sopa, ya me hizo comprender que allí los convidados no hacían plato á nadie, y respiré tranquilo pensando en que sería posible que no nos obligaran á trinchar las aves, y así fué en efecto. Aquellos caballeros de corbata y guante blancos, que yo no había comprendido que eran criados de comedor, se nos fueron acercando en silencio, por el costado izquierdo, con las viandas trinchadas, partidas y algunas de ellas con las raciones cargadas sobre el tenedor de servir, y el pavo se presentó descuartizado y revuelto entre las trufas, sin que ningún convidado sudara y fuese blanco de las miradas de todos, mientras á los ojos del uno lanzaba un surtidor de grasa y á la blanca pechera del otro un pedazo de alón, dejando por fin al pobre animal enteras todas sus coyunturas, deshiladas sus carnes y rotos sus huesos.

El dueño de la casa halló al llegar á la mesa un papelito en que el jefe de la cocina le daba cuenta de todos los platos y del orden con que habían de servirse, y esto le ahorró de preguntar lo que pensaban darle de comer. Y como el papelito circuló entre los convidados, ninguno de éstos habló una sola palabra. Cuando se sirvió el vino *acostado* fué cuando empezaron las conversaciones; al verterse el Rhin, no el río, sino el vino de este nombre, en las copas, ya se hablaba más fuerte, y al engullir el pavo, la conversación era animada y general. Verdad es que el pavo no tuvo la culpa de semejante locuacidad, sino que el espumoso Champagne, que era el vino que se estuvo helando de frío en los cacharros de plata mientras comíamos, fué el que nos sacó á todos las palabras del cuerpo, los colores á la cara y la animación á los ojos. Desde ese momento debieron

conocer los criados que ya estábamos todos en lastre, y servían con más parsimonia, aunque del mismo modo y con iguales maneras que en la primera parte de la comida. Uno de ellos vino con una escoba en mango de marfil y una bandeja de plata á barrernos el trozo de mesa que teníamos debajo del plato como si fueran fronteras de tienda condenadas por el ayuntamiento á barrerse hasta el arroyo; otro nos puso un cubierto de oro y platos de postres, y uno á uno se fueron sirviendo los que estaban sobre la mesa. Todo hecho á guisa de besamanos, juramento ó pleito homenaje, puesto que el criado cogía el plato del postre, lo paseaba por todos los convidados, que la mayor parte le perdonaban la vida haciendo seña negativa con el dedo, y el plato volvía á ocupar su puesto sobre la mesa. El helado, que también tenía su nombre de pila, y célebre, puesto que se llamaba *Richelieu*, nos le sirvieron á rebanadas los criados.

A ese tiempo ya yo había dejado de cometer inconveniencias, y me hallaba como el pez en el agua, sin hacer finezas á la señora que estaba á mi lado y que no quiso admitir ninguna; riéndose con el duque cada vez que yo hacía lo que luego supe que era una enorme falta de educación. Y pasados en revista los postres y escamoteadas por todos las chucherías que había en el *plateaux*, nos sirvieron los enjuagues, de que cada cual usó con franqueza en la boca y aun en las manos, y nos levantamos de la mesa. Ruperta volvió á coger mi brazo y yo volví á dejarme llevar, haciendo que la llevaba, hasta un magnífico gabinete en el que estaba preparado el café y butacas para reposarlo y divanes para arrullar el sueño y chimeneas para templar los calofríos de la comida.

Al llegar á esta pieza me hizo mi dama una graciosa cortesía, y como si le faltara tiempo para ir á continuar con el duque la burla que de mis inconveniencias habían hecho durante la comida, se sentó con él en un *vis-à-vis*, y por lo que yo pude comprender entonces y por lo que más tarde he sabido, tuvieron el siguiente diálogo, en francés, por supuesto:

—Pero, señora, ¿de dónde ha salido ese hombre?—dijo el duque.

—Es un antiguo amigo de mi mamá; y crea usted que me ha hecho pasar un rato delicioso. Sus barbaridades me han hecho feliz.

—No diga usted eso, Ruperta, yo creo que es un suplicio tener un hombre así al lado. ¿Qué le decía á usted cuando se empeñaba en que había usted de aceptar el pedazo de manzana que había mondado?

—Nada: que ya le había hecho desaire con las aceitunas y con el salchichón, y que tenía desgracia en no acertar con mi gusto.

—¡Pero ese bárbaro no sabe que es de mal tono el hacer finezas, y que para servir están los criados!

—Pues si no le hago una seña á tiempo, cruza el brazo por encima de la mesa para ofrecer á mi mamá un pastelito trinchado en un tenedor.

—¿Es posible?

—Lo que usted oye.

—¿Qué lástima que no le haya usted dejado! El barón y yo nos habríamos reído infinito.

—Ya, pero M. Saint-Philemón, que come hoy por primera vez aquí, ¿qué habría dicho?

—Verdad es, aunque también por allá hay gente *bourgeois* de sobra.

—Y el caso es que mi mamá dice que es persona de buena clase y de mucho talento.

—Pues no lo parece, porque siempre se ha dicho que en la mesa y en el juego se conoce lo que cada cual ha mamado.

—Ya; pero él no ha cometido ninguna grosería.

—¡Le parece á usted pequeña la de acosarla con finezas, queriéndole servir de todo como si fuera un criado!

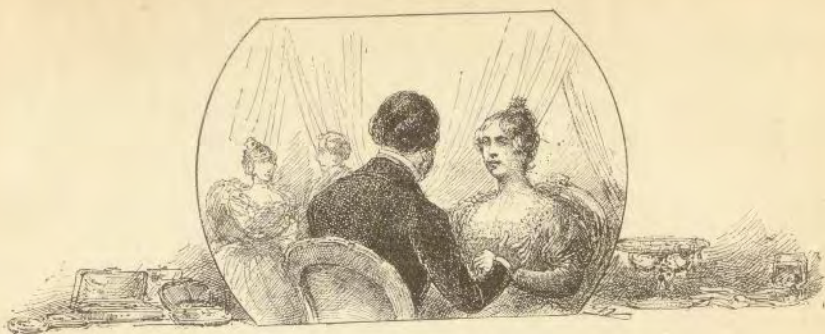
—Mire usted, duque—replicó Ruperta sobreponiéndose la vanidad de la mujer á las exigencias de la moda,—lo que es en este punto más vale callar; porque después de todo, yo creo que la galantería antigua era la verdadera. Las damas estaban entonces muy consideradas y servidas.

—No crea usted tal cosa—repuso el duque;—aquella galantería era una verdadera afeminación. ¿Qué le importa á usted que un caballero, á quien no conoce le deje la acera en la calle, ni le ceda el puesto en el teatro, ni le haga ningún otro obsequio? ¡Pues dónde hay nada más ridículo que un hombre que va de viaje deje de comer y ceda el asiento de esquina y se prive de fumar por complacer á una señora á quien no volverá á ver y que va pensando en llegar cuanto antes al lado de su esposo ó de su amante!

—Mudemos de conversación, duque, que es mucho mejor.

Y así lo hicieron; pero de lo que entonces hablaron no entendí ni luego supe nada. Yo tomé una taza de café, me puse á hablar con doña Eduvigis, y observé y vi y oí otras cosas que no caben en este cuadro y por eso pasan al siguiente.





CUADRO LI

PLACERES DE SOBREMESA

Cuando se comía callando, se arrullaba la digestión durmiendo, y los antiguos, que tenían por precepto no hablar en la mesa, porque á la del buen cristiano asistían los ángeles del Señor, alzados los manteles y dadas gracias á Dios por el pan del día, se iba cada cual á buscar el ángel de su guarda que estaba á la cabecera de la cama, y rezándole un Padre nuestro se quedaban dormidos. La siesta á obscuras era la sobremesa de aquellas comidas á puerta cerrada.

Hoy que los fósforos han penetrado por todas partes y que el gas y las bujías de esperma iluminan los comedores, se arrojan del cuerpo las palabras que puedan estorbar la entrada de los alimentos, se alzan los manteles largando un brindis y se va al salón del café en busca de una taza de esta bebida y una copa de licor para seguir bebiendo, charlando y echando brindis. La siesta discutidora es la sobremesa de los festines habladores.

Las ventajas de esta manera de comer hablando, ya las hicimos presentes en el cuadro que escribimos para demostrar que *pavo trufado y Champagne helado son entusiasmo probado*.

Ahora no vamos á hablar de esas sobremesas públicas en que hay tanta gente convidada á *postres* como la que se ha atracado de principios, sino de otras de más confianza y de menos publicidad, como por ejemplo, la que presenciamos y á la que como uno de tantos asistimos en

casa de doña Eduvigis después de la comida que hemos tenido en el cuadro anterior.

Mientras comíamos no supimos si aquel lujo era diario ó si se celebraba el santo de alguno de la familia ó un suceso próspero del dueño de la casa; más tarde fué cuando nos dijeron que aunque ordinariamente se trataban bien aquellas señoras y nunca dejaban de tener alguna persona á su mesa, la de aquel día era extraordinaria, ó mejor dicho, ordinaria de lunes y viernes, que eran los días de la semana en que *tenía comida* el esposo de Ruperta. Y aquí volvemos á decir que no porque *tuviese comida* esos dos días dejaba de tenerla los demás de la semana. Damos la frase tal cual nos la dan á nosotros el público y los periódicos, y nada más. Lector, no seas malicioso, que nosotros no quitamos ni ponemos ni decimos nada.

Nos han dado una taza de café y una copa de ron; hemos bebido la primera y paladeado la segunda, y en el intermedio hemos echado un párrafo con doña Eduvigis mientras el duque hablaba en francés y sin alzar mucho la voz con Ruperta; M. Saint-Philemón, en el mismo idioma y á igual entonación, con Georgia, y el Sr. Palastro y el dueño de la casa sostenían una conversación muy animada sobre negocios bursátiles, de la cual eran público pasivo el Sr. López, el Sr. Campofresco y el marqués de la Consecuencia.

Á pesar de que la conversación que desde luego entablamos con doña Eduvigis absorbía toda nuestra atención por los recuerdos juveniles que en ella evocamos, todavía nos quedaba un oído y parte del otro libres para sorprender de vez en cuando alguna frase de amor en los labios de M. Saint-Philemón y tal cual palabra galante en los del duque. Pero desde que se fué animando la conversación de los que estaban de pie delante de la chimenea, no volvimos á oír nada de los diálogos amorosos y galantes y nos costaba no poco trabajo atender á lo que nos decía doña Eduvigis.

Los que habíamos comido en la casa y los que fueron entrando para tomar parte en la sobremesa, todos batíamos el cobre, como dicen las gentes; pero los de la chimenea batían el oro y le batían tan en grande, que apenas pasaba un segundo sin que pasara por mis oídos un millón de reales. Porque era tal la familiaridad que tenían el Sr. Palastro y el marido de Ruperta con el dinero y tan fácil era para ellos hacer millones con la imposición del capital y los intereses y la acumulación de éstos y el interés compuesto y otros cuantos trasiegos y enjuagues que hacían con el dinero, enjuagándose la boca con centenares de millones de reales, que insensiblemente me fuí olvidando de que estaba hablando con doña Eduvigis, hasta que ésta, conociendo que tras de las orejas se me iban los pies hacia el río de la plata, me dijo:

—Veo con gusto que también es usted hombre de negocios.

—No, señora—le contesté;—yo no entiendo nada de esas cosas, pero me estaba llamando la atención la rapidez con que su yerno de usted y el Sr. Palastro hacen crecer el capital, que no parece sino que trabajan sobre una pizarra con el yeso en la mano.

—Pues mire usted—dijo doña Eduvigis,—no crea usted que mi yerno ha hecho su fortuna más despacio que se hará la que propone ahora á esos señores.

—¿Les va á regalar algún capital?—dije yo con cierto interés codicioso y sin ocurrirme pensar cómo doña Eduvigis, que parecía haber prestado menos atención que yo á lo que hablaban en la chimenea, estaba entera da de todo.

—Haga usted cuenta que sí, que les va á regalar un capital—me replicó,—porque les ofrece participación en la sociedad que ha formado estos días, y eso es más que darles hecha una gran fortuna.

—¡Conque su yerno de usted es tan rico que forma sociedades industriales como esas de que todos los días hablan los periódicos!

—¡Ya lo creo! Como que en casi todas ellas habrá usted visto su nombre. Pero no crea usted que para formar una sociedad se necesita tanto dinero como se figuran las gentes.

—¡Pues cómo es eso, si hay algunas que tienen un capital de doscientos millones de reales!

—Mire usted, mi yerno le explicará á usted mejor que yo, que cada día soy más torpe, como él me dice, de qué manera se hace eso; aunque desde luego le puedo decir á usted que á veces ese capital es nominal, es decir, figurado, y que de todos modos, como que son sociedades, el capital le ponen entre todos los socios.

—Ya; pero si su yerno de usted es el principal de la compañía, pondrá más dinero que todos.

—Sí, señor, le pondrá; ya le he dicho á usted que no entiendo mucho de esas cosas; sólo que como él es el que trae á la sociedad el pensamiento industrial, le dan también una parte de las acciones libres de pago.

—¿Y quién paga esas acciones?

—Nadie. ¡Si son libres de pago!

—Pero, señora, si no han pagado, tampoco cobrarán cuando haya utilidades.

—Eso sí, señor; ¡pues no faltaba más! Sólo que mi yerno, como tiene tantos asuntos en la cabeza y tanto genio mercantil, las vende para formar otra nueva sociedad: así es que ya ha formado siete ú ocho, unas industriales y otras de crédito. La de ahora es de crédito, y no se puede usted figurar qué empeño hay por pillar acciones de ella. Quisiera yo que

nos hubiéramos encontrado antes usted y yo para que mi yerno le hubiera dado participación en ese negocio. Pero ya caerán otros, y como usted se venga por acá los lunes y los viernes, que son los días que tenemos comida, pronto se hará rico, es decir, más rico de lo que es, porque yo me figuro que no habrá usted dejado de hacer en buen caudal.

—Pues se figura usted mal—le repliqué,—porque estoy tan pobre como siempre.

—Eso sí que no lo creo.

—Lo siento, pero es la verdad.

—Sería usted el único que no hubiera comprado algún convento ó algunas tierras de bienes nacionales.

—Pues soy el único, porque no he comprado nada de eso.

—Tendrá usted papel del Estado; eso es mucho mejor, aunque no le aconsejo á usted que lo guarde mucho tiempo porque da poca renta. En cualquier sociedad le produciría seis veces más interés.

—Pero, señora, si yo no he comprado nada porque no tenía dinero ni cuando se vendieron los bienes de los frailes ni cuando bajó y subió y volvió á bajar y á subir el papel del Estado; si siempre he sido pobre.

—Razón demás para que haya usted comprado algo, picarillo—dijo doña Eduvigis sonriendo y casi metiéndome los ojos en el bolsillo.—Y habrá usted hecho bien—añadió con desenfado—en no ser tan tonto como mi difunto marido, que por más que estuve erre que erre con él, murió sin una peseta. Y aunque yo le decía métete en negocios, compra bienes nacionales, ves á la Bolsa, él, nada, no sabía más que contestar, con una pequeñez de alma que me pudría y me requemaba la sangre: «¡Pero si no tengo dinero!»

—Y sería verdad—dije yo,—porque D. Timoteo no creo que tuviera otra cosa más que su sueldo pelado.

—¡Claro es que no tenía nada más!; pero ¿qué tenían los otros, y todos compraron algo? El que no se metió en los conventos, se hizo contratista de suministros ó compró papel en la Bolsa ó adquirió acciones de minas.

—Señora, no se canse usted, tendrían dinero.

—¡Sí, el que tenía mi yerno cuando se casó con mi Ruperta!—exclamó doña Eduvigis.—Parece imposible que un hombre de tanto mundo como usted diga esas cosas. Mi yerno no tenía más capital que el día y la noche, pero es de un genio emprendedor y de los que no se ahogan por nada, y ya ve usted con qué lujo vive.

—Sí, ya lo veo—contesté.—¿Esta casa es suya?

—No, señor, porque al capital invertido en casas se le saca poco interés.

—¿Tendrá tierras?

—Menos; ese es peor negocio que el de las casas.

—Vamos, tendrá el dinero en el Banco.

—Buen negocio haría con eso, ¡ni qué falta le hace ir, por un mezquino interés, al Banco del gobierno, cuando él ha fundado uno que vale por todos los Bancos del mundo!

—¿Ha fundado un Banco?

—Sí, señor; usted le habrá oído nombrar: se llama EL MULTIPLICADOR DE LAS FORTUNAS, *banco enemigo de los despilfarros, creado en beneficio de las clases pobres, con un capital social de trescientos millones de reales.*

—¿Y quién ha dado ese capital? ¿Su yerno de usted?

—No, señor; ¡no se lo he dicho á usted ya! Mi yerno dió el pensamiento.

—¿Pues de quién son esos millones?

—De mi yerno y de todos los socios.

—No lo entiendo, señora, y siento ser tan torpe.

—Francamente, no es usted muy listo—dijo doña Eduvigis;—pero ya le darán á usted unos estatutos y se enterará de todo. Mire usted: ese señor duque que habla con mi hija ha puesto en el Banco casi toda su fortuna, que es considerable; el Sr. López y el Sr. Campofresco también tienen sus fondos impuestos en el Banco.

—Y dígame usted, M. Saint-Philemón, el barón Villers Asthon y el Sr. Palastro ¿tienen también capitales impuestos en el Banco?

—No sé; los dos primeros son gerentes y el otro es un gran ingeniero italiano que ha hecho venir mi yerno para la nueva sociedad que está formando. En fin, lo que yo quiero es que usted nos siga honrando con su presencia, y cuando se entere de todas las grandes utilidades que realizan esas empresas ya procurará hacerse socio de alguna de ellas.

—¡Pero, señora, si yo no sirvo para socio industrial porque no entiendo de negocios, ni para socio capitalista porque soy pobre!

—¡Vaya, vaya, no se haga usted el chiquito, que otros más pobres que usted tienen puesto dinero en el Banco!; porque ha de saber usted que se admiten toda clase de cantidades.

—¿Y qué se hace con ese dinero?

—De eso sí que no entiendo una jota; pero sé que hacen negocios; y.... vamos, lo cierto es que el primer año, y no fué completo, se dió á los imponentes el diez y seis por ciento de utilidades sobre el interés fijo del dinero, que es de un ocho.

—Y el segundo año ¿á cómo han repartido?

—Aún no se sabe, porque aún no ha concluído el segundo semestre; pero se cree que repartirán á más. Ya hablará usted de todo con mi yer-

no, porque le he dicho que era usted un buen amigo nuestro y que probablemente querría colocar con seguridad y á buen interés el dinero que haya traído de América.

—Pero, señora, ¿quién le ha dicho á usted que yo he estado en América?

—Yo me lo he figurado, porque ¿como no le he visto á usted en tanto tiempo!... Y ahora lo creo con más seguridad por haberle oído decir á usted que no había comprado bienes nacionales ni jugado á la Bolsa ni tomado parte en las sociedades anónimas.

—Y según usted, es preciso hacer una de las dos cosas: ó irse á América ó meterse en la Bolsa, ¿no es esto?

—No conozco otras maneras de hacerse rico.

—Pues vea usted, señora, por lo que yo soy pobre. Y me alegro que me lo haya usted explicado, porque estaba un tanto aburrido de ver tanta gente rica y no ser yo uno de ellos.

—Aún tiene usted tiempo si quiere; y ahora mismo si le da bien al *ecarté* ó al *golfo*, puede dar principio á su fortuna. Aquí jugamos todas las noches un ratito después de comer.

—El caso es que yo no sé agarrar las cartas en la mano.

—¿Pues qué sabe usted hacer?

—Haga usted cuenta que nada. Escribo mal, muy mal, novelas y versos.

—¡Georgia!—gritó doña Eduvigis, volviéndose á su nieta Georgia.

—¿Qué quieres, mamá Eduvigis?—dijo la niña, sin moverse de su asiento ni volver la cabeza hacia donde estaba su abuela.

—Que saques el *álbum*, que el señor es poeta.

—Perdone usted, señorita—dije, dirigiéndome á Georgia,—¡pero yo hago unos versos tan malos!...

—No importa—interrumpió doña Eduvigis.—Mañana le enviaremos á usted el *álbum*; pero no le tenga usted en su casa muchos días.

—Y sobre todo que no me ponga tonterías—dijo la niña, sin dejar de hablar con el francés.

—¡Ve usted cómo Georgia no quiere que le pongan tonterías! ¡Y como yo no sé hacer otra cosa!...

—No, señor, no es eso; lo que la niña quiere decir es que no repita usted en su *álbum* lo que haya puesto en otros, ni trozos de cosas publicadas, como hacen todos los poetas, sino que saque usted de su cabeza algunos versos nuevos hablando de ella.

Mis excusas fueron inútiles, y al día siguiente recibí el *álbum*, cuyas hojas estaban llenas de versos, de rasgos pictóricos, de retazos de música y de pensamientos en prosa. Y le dí número, para despacharle cuando le

llegara su turno, entre los quince ó diez y seis que habían llegado antes que él con igual petición.

En cuanto al tiempo que permanecí en casa de doña Eduvigis, le pasé viendo rodar el oro por el tapete de la mesa de juego, como antes habían rodado los millones por los labios del amo de la casa y del Sr. Palastro, y aproveché la ocasión de despedirme cuando á las diez de la noche pidió Ruperta el coche para el teatro y se dirigió hacia sus habitaciones para hacer su *toilette*.

Connigo salió á la calle el general Spech; y en esto tuve suerte, porque de todos los que había allí él era el que me había inspirado más simpatías, y apenas habíamos dado unos pasos juntos me dijo:

—¿Usted no juega?

—No, señor—le contesté.

—Yo tampoco—me dijo,—y menos á un juego tan tirado como el que aquí hacen.

—Ya, ¡pero como no juegan más que un ratito!...

—¡Sí, un ratito! Hasta las dos ó las tres de la madrugada.

—Yo es el primer día que vengo—le dije.

—Sí, ya lo sé—me replicó,—será usted accionista de alguna de las empresas de la casa.

—No, señor.

—Yo tampoco—me replicó el general,—y es cosa rara que hayamos salido juntos y simpaticemos tanto.

—Yo no tengo dinero para esas empresas—le dije.

—Yo tengo alguna cosa; pero me ha costado mucho trabajo ganarlo y conservar lo que me dejó mi padre, y por más instancias que me han hecho no he soltado un cuarto.

—Ha hecho usted bien—dije sencillamente.

—¿Sabe usted algo?—me preguntó con verdadero interés mi compañero nocturno.

—¿De qué?

—Del estado de la casa.

—Ya le he dicho á usted que es el primer día que vengo á ella, y creo que es una familia muy rica y muy respetable.

—Yo también creo lo mismo—me dijo el general, aprovechando la luz de un farol de la calle para investigar mi semblante,—y no doy crédito á nada de cuanto por ahí se dice.

—¿Qué se dice?—pregunté yo á mi vez.

—Nada, habladurías sobre si gastan demasiado en la casa y no se sabe de dónde sale.

—¿De dónde ha de salir! Del Banco.

—¿Del Banco?—preguntó nuevamente alarmado el general.—¿Usted sabe que sale del Banco?

—Yo no sé nada; lo presumo; pero de todos modos, como ni usted ni yo tenemos nada impuesto en él, ¿qué nos importa?

—Verdad es—dijo mi compañero algo turbado;—pero aunque yo no tenga nada comprometido..... la curiosidad..... y en fin..... podía haber algún amigo á quien le interesara.....

—Pues no sé nada—le contesté secamente.

—Buenas noches—dijo el general con cierto aire de mal humor, y se apartó de mí.

Yo le vi marchar, sin tener tiempo de decirle «¡abur!», y me volví á mi casa, pensando en la casa, en la mesa y sobre todo en la sobremesa.





CUADRO LII

COSTUMBRES POPULARES

Lector, no sé cómo decirte «adiós,» y á medida que se acerca la hora de nuestra despedida en esta época para resucitar en la próxima, me va entrando un mal humor y un desconsuelo que no sé lo que ha de ser de mí.

Pero pues es preciso que nos separemos, y este es, yo te lo afirmo, el penúltimo cuadro de esta segunda parte de mi obra, quiero vaciar en él todos mis remordimientos, haciéndote una confesión franca de todas mis culpas y sacando por fin á luz todas mis omisiones.

Te he dicho, y *quod scripsi scripsi*, que no me arrepiento de lo dicho, que los hombres de AYER se llevaron al otro mundo sus placeres caseros y sus goces de familia, y que por eso vivíamos HOY al aire libre y en tertulia pública. Todo esto, lector, es verdad, y verdad que creo haberte demostrado prácticamente y acaso con demasiada insistencia en las páginas que llevo escritas; pero también es cierto que te he hablado mucho y aun te he enseñado por dentro y por fuera el mecanismo de los gobiernos populares, y sin embargo, no te he dicho una sola palabra de ese pueblo.

Le has visto hacer alarde de su soberanía al cargar con el fusil al hom-

bro y olvidarse de que era soberano al echar en las urnas electorales el papelito que le daba el agente de la autoridad; te le he enseñado cuando peroraba en el café, cuando comía en la fonda patriótica, cuando aplaudía en la tribuna, cuando derribaba los monumentos arqueológicos y hasta cuando más tarde recogía el polvo de lo derribado; pero francamente te confieso que se me había olvidado que le vieras en su estado natural. Porque aun cuando estamos en los tiempos de las mayorías, y la mitad más uno en la vida de los pueblos modernos es el rataplán y la elección y la discusión y los demás negocios políticos, como esto parece que sólo durará hasta que nos constituyamos, es decir, menos de un siglo, no queremos considerarlo como el estado natural, y vamos á ver al pueblo en las pequeñas treguas de la política.

Los ingleses, que son los verdaderos agrimensores del tiempo, se ponen de mal humor y se incomodan porque nuestro calendario tiene demasiadas fiestas, y como si no estuviera en sus intereses mercantiles que los demás pueblos fuesen holgazanes, aplauden cuando oyen decir que vamos á suprimir ciertos días festivos.

Pero esto no ha pasado de ser un dicho que se ha repetido muchas veces, sobre todo en tiempo de lluvias, es decir, en tiempo inglés; mas en cuanto ha salido el sol, los mismos apóstoles del trabajo se iban á tomarle paseando, y no se volvían á acordar de suprimir las fiestas hasta que volvían las nieblas.

De manera, lector, que aunque los hombres de AYER se llevaron aquello y lo otro y lo de más allá, como no pudieron llevarse el sol, hazte cuenta que no se llevaron ninguna de las verdaderas costumbres del pueblo español.

El día primero del año nos santiguamos, como lo hacían nuestros padres, con una fiesta, ó lo que es lo mismo, con veinticuatro horas de holganza, y cinco días después, si antes no se aparece un domingo, celebramos con otra la Adoración de los Santos Reyes; los cuales corremos á esperar todos los años con el mismo entusiasmo y los mismos hachones de viento y los mismos cencerros con que salieron á recibirlos nuestros tatarabuelos.

En el mismo mes damos las consabidas vueltas de San Antón, á beneficio del burro y demás cuadrúpedos; comemos los panecillos del Santo y los de San Sebastián y San Ildefonso, y al mes siguiente abrimos la boca para ver llevar la cigüeña á la torre de San Andrés, vamos de romería á San Blas, manteamos el pelele, enterramos la sardina y no omitimos ninguna de las fiestas ni de las diversiones que heredamos de los hombres de AYER.

Las romerías están cada año más animadas; las verbenas cada vez

más concurridas; tocamos la zambomba en Nochebuena, la carraca en Semana Santa, la guitarra por San Juan y las castañuelas todo el año. Es decir, que somos tan alegres, tan divertidos y tan holgazanes, al decir de los extranjeros, como lo fueron nuestros padres. De lo cual resulta que si se han relajado los lazos de la familia y se ha nublado algún tanto la alegría del hogar doméstico, conservamos en su primitiva pureza el buen humor y la holgazanería de los tiempos primitivos.

¡Bendito sea Dios que ha permitido que al derribarse la ermita conservásemos la romería! Y ya que nos olvidemos de rezar al Santo, bueno es que sigamos paseando en la verbena y compremos la albahaca de San Juan, la azucena de San Antonio, la efigie de San Pedro, el escapulario del Carmen y la cara de Dios. Y si no vamos á la romería de San Blas para pedir al Santo que nos libre de los males de garganta, como hacían nuestros padres antes de conocerse el acónito homeopático, ni bebemos en San Isidro el agua del pozo del Santo, para limpiarnos de calentura, lo cierto es que vamos á San Blas y no faltamos á la romería de San Isidro, y de las intenciones que llevamos y de la fe que tenemos no le es lícito juzgar á nadie.

Y si no que lo digan los escritores extranjeros, especialmente los franceses, que al publicar sus impresiones de viaje aseguran que las costumbres del pueblo español son las mismas á mitad del siglo XIX que á mitad del XVII.

Como ellos vienen de prisa y no se han acordado de aprender el idioma, no entienden otro lenguaje que el de las castañuelas ni ven otra cosa que el humo de los buñuelos en noche de verbena, y es natural que se vayan sin saber lo que han oído ni entender lo que han visto.

Nosotros, que estamos más despacio y tenemos obligación de entender nuestra propia lengua, no hemos de dejarnos alucinar por las apariencias, ni permitir que el lector se engañe creyendo que no han sufrido un cambio completo las costumbres españolas y muy especialmente las del pueblo de Madrid.

Aun suponiendo, y no nos atrevemos á tanto, que algunas de las fiestas de antaño se celebren con el mismo ritual que entonces y que no haya en todas ellas diferencias de forma esencialísimas, todavía podemos asegurar que en el fondo difieren completamente las copias de los originales.

El itinerario que recorreremos todos los años, haciendo estación en cada una de las grandes solemnidades de los antiguos, es un viaje artístico que hacemos dentro de un museo arqueológico, es una verdadera visita de cementerios.

Somos casados en segundas nupcias, que van con la nueva esposa á visitar el sepulcro de la difunta; padres de familia que van con nueva prole de la mano á ver el panteón del primogénito, y niñas inconsolables que volviendo la vista para ver al nuevo galán que las enamora, apenas reparan en la tumba del que se murió creyendo que ellas se morirían pronto de pena.

Aquellas vísperas de quince días, que tenían todas las diversiones de los hombres de AYER, se reflejaban en las romerías, en las verbenas, en los bailes y en todas las costumbres populares, dándoles un carácter que hoy han perdido por completo.

Las gentes que merendaban en el campo dos veces al año, no podían hacer lo mismo que los que á cada paso tropiezan con un merendero; los que apenas dejan de ir al teatro tres días al año, no pueden asistir á la función como los que sólo iban tres veces en cada anualidad de su vida, y no es posible que baile con igual fervor el que lo hace todos los domingos que el que lo hacía cada tres meses.

Crean algunos que las costumbres populares han variado porque han variado los trajes, y que si se restableciera el zagalejo corto y la mantilla de franja y desapareciese la blusa y la gorra volverían al mundo las manolas y los chisperos; pero esto no es exacto. Nosotros no participamos de semejante ilusión, y aunque nos gusta ver la exhibición periódica de los usos y costumbres de antaño, creemos que los de hogaño son otros muy distintos.

No porque el menestral coma de prisa el besugo de Nochebuena se vaya á creer que lo hace para ponerse cuanto antes á cantar villancicos con su familia al Niño Dios, sino que le falta tiempo para irse al teatro con sus amigos, todos ellos consocios de alguna tertulia pública; ni porque la manola mantee el pelele por la tarde el día de Carnaval se piense que va á pasar la noche cenando con las gentes de su casa, sino que lo hará con sus amigas en los salones de Apolo, de Minerva, de Euterpe ó cualquiera otra de esas deidades mitológicas que abren sus palacios para que en ellos bailen las virtudes de cuerpo entero, las medias virtudes, los bustos de mostrador, las doncellas caseras y otra porción de prófugos de la antigua pradera de la Teja y de desertores de la casa de fieras del Retiro, paseos que hoy abandonan por el baile.

Y he aquí, lector, una costumbre de pie que yo quería que me viniese á la mano para decirte de ella cuatro palabras, haciendo con la pluma cuatro piruetas.

Sin riesgo de que nos demanden los pueblos cultos de la culta Europa y muy principalmente la cultísima Francia, autora de los Campos Elíseos, de Mabilles, del Paraíso y de otros templos danzantes, no se pue-

de decir que el baile es una costumbre tan nacional como las corridas de toros; pero puede y debe afirmarse que es esencialmente característica de la época presente. De tal modo, que aunque no se consignó en ninguna de las Constituciones del Estado, la primera libertad práctica que nos dió el liberalismo fué la de las piernas.

Más entusiasmo produjo la apertura de los salones de baile en Santa Catalina, en la Fontana, en San Bernardino y en Villahermosa, que la del Estamento de Próceres y el de Procuradores en el Buen Retiro y en el ex convento del Espíritu Santo.

Ninguno de los derechos que la Constitución daba á los españoles fué tan bien recibido como la libertad que el constitucionalismo dió al rostro para cubrirse con un tafetán y á las piernas para saltar y brincar sin previa censura y como más y mejor les viniese á cuento.

Las clases más elevadas de la sociedad se lanzaron á los bailes, los hombres más graves y más serios se vistieron de arlequines, y las mujeres más hermosas se taparon la cara.

Todos hicieron uso y aun abuso del nuevo derecho constitucional, y los bailes de máscaras, antiguamente prohibidos, figuraron en el catálogo de las mejores conquistas de la libertad contra el obscurantismo al lado de las leyes desamortizadoras, del derecho electoral y de otras reformas económicas y políticas.

Pero el uso de la careta y el de las piernas, que tanto alegró á las gentes, trajo consigo el abuso de la primera y el cansancio de las segundas, y hartos los hombres serios de vestirse de moritos y de marineros y las damas del gran tono de taparse la cara para cantar un perpetuo trágala á los realistas, se fué resfriando la afición al disfraz y quedaron desiertos los salones de baile.

Entonces las criadas de servir y las costureras, que al salir á la compra y al trabajo vieron venir á sus amos huyendo del sol y con el disfraz arrastrando á buscar el lecho que con tanta ingratitud habían abandonado, recogieron los disfraces, se pusieron las caretas y se declararon señoras absolutas del baile y de las máscaras.

En los círculos del buen tono se quedaron con el *baile serio*, frase que causa risa, y con el de trajes; y las gentes de menos tono se apoderaron de los *bailes campestres* y de los bailes de máscaras.

La *seguidilla*, el *fandango*, la *jota* y el *bolero* andan desde entonces perdidos sin hallar un rincón en donde guarecerse, la castañuela está triste, el pandero roto y la guitarra y la bandurria se habrían ahorcado si les quedase una cuerda con que hacerlo.

La criada alcarreña ya no se atonta *valsando*; el dependiente del comercio se ve obligado á bailar el *rigodón* para que no le llamen *hortera*;

la operaria de la fábrica de cigarros echa una *polca* con el cabo de infantería; la ribeteadora de zapatos *galopa* con el tendero de comestibles, y las costureras y los industriales todos bailan *sotis*, *mazurcas* y *cotillones* que es una maravilla.

Y no podía hacerse de otro modo, desde que ellas han prolongado sus zagalejos y aun los han hecho de seda, arrastrando media vara de ésta por el suelo, y ellos han estirado la chaqueta hasta convertirla en levita y á veces en frac; haciéndose unos y otros dignos por su traje y por sus bailes de las alfombras, espejos, arañas, divanes y lacayos de gran librea que pone á su disposición el empresario del salón del baile por la módica suma de ocho ó diez reales.

El baile empieza todos los domingos y fiestas de guardar á las dos de la tarde y concluye á las seis de la madrugada del siguiente día. Las cuatro ó cinco horas primeras se baila al aire libre en jardines fantásticos, que borran con la belleza de sus flores y el bullicioso saltar de sus fuentes y cascadas todos los remordimientos de la plancha, de la aguja, del mostrador y de las demás labores á que los concurrentes al baile campestre se consagran en los días de trabajo; desde las siete á las once hay un baile *serio* en salón cubierto, y desde las once hasta las seis un gran baile de máscaras.

Antiguamente, cuando al anochecer de un día de fiesta se veía una criada que iba de prisa por la calle, todos se consideraban autorizados para decirle: «¡Corre, muchacha, que se te quema la pajuela!» Ahora, como que no hay pajuelas, sino que los amos tienen cajas de fósforos y con ellas encienden por sí propios las luces, está justificado el que las criadas no corran; y si corren, también está justificado que las gentes no las vean correr, porque vestidas de seda, con guantes de color de paja y aun cogidas del brazo del novio, lo que se hace es dejarles la derecha y aun hacerles una cortesía.

Pero donde conviene verlas no es en la calle, sino en el baile, ó *polcando* con la cabeza sobre el hombro del galán y arrastrando los pies sobre la alfombra, ó remedando sobre un diván la postura que su ama toma en el tocador cuando ella la peina, ó haciendo en el ambigú melindres á un pastelillo, ó bebiendo en el café á cucharadas un baso de agua azucarada. Allí tampoco hay nadie que las conozca, y cuando se cree estar hablando con una princesa en desgracia, se halla uno que tiene á su lado una doncella con fortuna, y es fácil tomar un mancebo de tienda por un gran banquero y hasta por un ministro de Hacienda.

La igualdad ante la diosa Euterpe ha acabado de confundir todas las clases y de quitar el carácter á las costumbres.

Un matrimonio sin hijos que tiene la humorada de entrar en uno de

esos bailes y se halla con que la primera pareja del salón se compone por partes iguales de su criada y del novio de ésta, se encuentra en una situación verdaderamente difícil; y si al volver á su casa entra en el café y en la mesa inmediata está refrescando la pareja, no es extraño que se aturda y que el marido diga á su criada: «A los pies de usted, señora,» y que ella le replique: «Beso á usted la mano, caballero.» Y menos extraño que esto, es que el ama no se atreva á regañar á su criada mientras la vea vestida con más blondas y mejores telas que ella, y que la muchacha no sufra el regaño mientras tenga puestas aquellas galas.

Al cabo y al fin el servicio doméstico no es HOY como antiguamente una servidumbre, sino un contrato bilateral; y al amo, en teniendo bien limpia la ropa, ¿qué le importa que sea mejor que la suya la de su criado, ni que éste tenga más valor que él para gastar diez reales en el baile, cuatro en el café y dos en el estanco? Con no darle más que el salario convenido, el criado verá de dónde saca lo que le falta. Obrar de otro modo sería un abuso de autoridad y una tutela; y lo primero es tiranía y lo segundo ignominia.

Viva cada cual como quiera, que así se forman las verdaderas costumbres de los pueblos, y las de esta época son de remedarse unas clases á otras á fin de que todas se confundan y todas sean iguales.

La igualdad es la aspiración constante de esta generación, y la igualdad aplicada á las costumbres ha quitado á éstas el matiz que antes las caracterizaba. El dinero ha puesto los placeres al alcance de todas las fortunas, y el dinero cada cual lo alcanza como puede. Esto ya no es cuenta nuestra. Esa cuenta pertenece á la estadística.

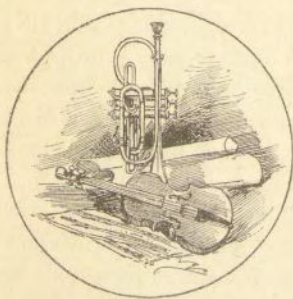
Nosotros lo que decimos, y lo apoyaremos con un ejemplo práctico, es que la autoridad no puede invocarse para nada cuando se trata de formar las costumbres de un pueblo.

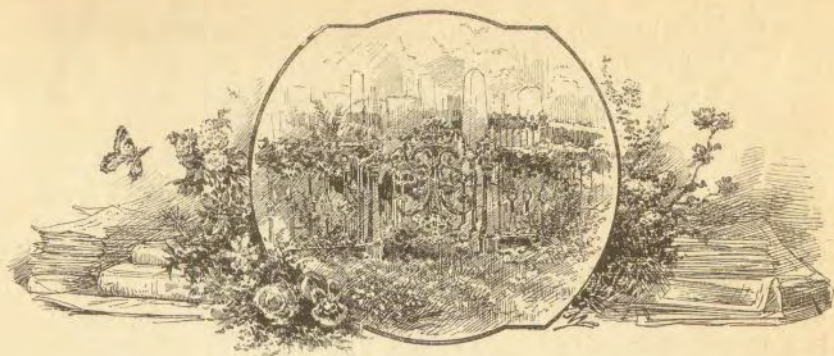
Una de las que más enloquecen al pueblo de Madrid es la de salir á la calle disfrazado en los días de Carnaval (y en esta diversión toman parte activa todas las clases de la sociedad, desde el pollo de la grandeza que se viste de lacayo, hasta el mozo de cuerda que se disfraza de doncella).

Pues bien: todos los años publica el corregidor un bando diciendo que permite esa diversión *para solos* los tres días de Carnaval, hasta el anochecer del martes; que es como si dijera: «¡Cuidado con disfrazarse el *miércoles de Ceniza!*,» y en este día precisamente es cuando salen á la calle mayor número de disfraces. Resultando de esto que quien verdaderamente está disfrazado es el principio de autoridad, y que si el corregidor anda sin careta por el paseo de las máscaras, en cada una de las esquinas de la capital está sirviendo el bando de mascarilla.

Pero no vayan ustedes á creer que esta desobediencia es facciosa, ni que produce consecuencias desagradables.

Todo se reduce á que la autoridad tiene que mandar una cosa, sabiendo que nadie ha de cumplirla, y á que el público falta á lo mandado, en la seguridad de que nadie le ha de reprender por ello, y he aquí otra costumbre popular.





CUADRO LIII

EL SUICIDIO DEL SIGLO XIX

«Broté como una planta maldecida
al borde del sepulcro de un malvado,
y mi primer cantar fué á un suicida.....
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!»

(Zorrilla.)

Este gran poeta contemporáneo y uno de nuestros más queridos amigos hizo, con efecto, la primera revelación de su ingenio en el acto de recibir sepultura el cadáver de un profundo escritor, que homicida de sí mismo, destruyó con su muerte las sabias reflexiones que dejó escritas condenando el suicidio. Larra borró con una pistola y en un momento de lamentable alucinación sus propios escritos; Zorrilla renegó, con la copla que dejamos citada, de los versos que leyó sobre la tumba del suicida, al cual le había dicho entre otras cosas lo siguiente:

«Poeta, si en el no ser
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí,
detrás de ese firmamento
conságrame un pensamiento
como el que tengo de ti.»

También la célebre madama Stael, que en su obra sobre *El influjo de las pasiones* cantó las ventajas y excelencias del suicidio, se arrepintió

más tarde de lo escrito, declarando franca y noblemente su error y convirtiendo su pluma á fortificar el alma del hombre, para apartarle de esa demencia, que la autora no se atreve á calificar de acto de valor ni de muestra de cobardía.

Antes y después de esa insigne escritora, los filósofos y los legisladores, que no han logrado hacer con sus escritos y con sus leyes tanto bien como madama Stael ha hecho con sus obras, han tenido también sus contradicciones en esta materia, hasta tal punto que después de oírles á todos se queda uno sin saber si Job, sufriendo con heroica resignación los más crueles trabajos, es menos digno de aplauso que Catón, que se quitó la vida por un exceso de amor propio, y tampoco se averigua si es conveniente penar al suicida ó si es preferible dejar que cada cual disponga de su vida como le dé la gana.

Lo único que hemos averiguado, y esto no nos lo han dicho ni los poetas ni los filósofos ni los legisladores ni los médicos, sino los estadistas, que son los verdaderos sabios del presente siglo, es en qué proporción están los suicidas del sexo feo con los del bello sexo; qué estación del año es más simpática á los que han decidido quitarse del mundo; qué edad es más á propósito para hacer el viaje á la eternidad, y qué medio ó instrumento se prefiere para ese negocio, el arma de fuego ó la cortante ó el veneno ó la extrangulación ó el despeñamiento ó la asfixia, y por último se sabe, que es todo lo que se puede saber, en qué clase de climas abundan los suicidios con arma de fuego y en cuál otro están por el envenenamiento; llegando hasta asegurar que los de tal profesión se matan con fósforos y los de tal otra con navajas de afeitar.

Por supuesto que todos esos trabajos estadísticos tienen tantas casillas cuantas son las causas físicas que pueden determinar ó siquiera influir en los suicidios, que por lo que hace á las morales, aún no han caído bajo el dominio de los estadistas.

El cielo sombrío de los países nebulosos, la elevación de la temperatura ó el descenso rápido de ésta y otras varias alteraciones atmosféricas de las que antiguamente sólo producían tabardillos ó sabañones, son las que hoy aparecen como inmediatamente responsables del suicidio. Aún no se ha tomado ningún estadista el trabajo de hacer una tabla de negociaciones que sirviera para el empadronamiento de los incrédulos, y mientras esto no se haga no será fácil explicar las causas que más eficazmente influyen en el suicidio. Si los modernos materialistas hubiesen penetrado con el termómetro de la fe en los invernáculos de la filosofía racionalista, es posible que ya se hubiera adelantado algo más en tan importante materia. Ya sabría la estadística cuántos suicidas ignoraban lo que era la fe cristiana y cuantos otros conocían, siquiera de vista, la caridad y creían

en la virtud y en el amor de la familia y en la inmortalidad del alma y en Dios, que es la fuente y el origen de todas las creencias. Semejantes averiguaciones es posible que anularan las que anteriormente han hecho los médicos para explicar las causas materiales que impulsan al hombre del presente siglo á convertirse en verdugo de sí mismo, á la vez que se horroriza de que exista el verdugo de los demás hombres y clama contra la abolición de la pena de muerte, porque quiere que la sociedad tenga menos derechos que cada uno de los asociados. Principio un tanto contradictorio en esta época en que el espíritu de asociación es la gran palanca de todos los milagros sociales y políticos.

Pero nosotros no venimos á filosofar sobre el suicidio, ni á clasificar las creencias de los suicidas, porque sobre no ser muy aficionados á esta clase de trabajos, estamos escribiendo las últimas páginas de esta segunda parte, y no habiendo filosofado en ninguna de las anteriores, es ya demasiado tarde para cambiar de propósito.

Después de haber cerrado AYER los ojos á la sociedad de 1800, que murió tranquilamente en su cama, venimos HOY á dar sepultura á la de 1850, que, hastiada de vivir, se ha suicidado.

Mucho sentiremos que sea verdad lo que dijo Zorrilla, y que la sociedad de 1899

«brote, como una planta maldecida,
al borde del sepulcro de un malvado.»

Pero así lo ha querido el destino, y no hay otra cosa que hacer sino tener conformidad y paciencia.

Todo lo que nos ha quedado HOY del heredero del AYER es un cadáver y una carta. De ambas cosas hacemos entrega al MAÑANA.

La carta dice así:

«Las sociedades como los individuos deben estar prontas á sacrificar su propia existencia cuando ésta sea un obstáculo para el bienestar general del mundo.

»Pero el mundo no es el hombre; el mundo es el pensamiento, es la idea, que no perece nunca. Por eso yo, aunque me voy, me quedo.

»Ser y no ser á un mismo tiempo es un teorema insoluble para los matemáticos, pero es un axioma infalible para los filósofos.

»Carolina Coronado, una de nuestras más inspiradas poetisas, lo ha dicho en aquella tierna despedida que nos dejó al abandonar la corte:

«Se va mi sombra, pero yo me quedo.»

»Yo no puedo decir otro tanto, aunque vengo á decir lo mismo.

»Mi sombra queda, pero yo me largo,
aunque voy á morir mi sombra os dejo;
que en las miserias de este mundo amargo
ella os ha de servir de claro espejo:
mi sombra, no temáis, yo se lo encargo,
á cada paso os soltará un consejo;
que el hombre no es el hombre, que es la idea,
que un mundo mata y otro mundo crea.

»Pero yo, verdadero y único representante del siglo XIX, no por ser su tercio primogénito, que buen cuidado he tenido de abolir los mayorazgos, no debo escribir en verso mi despedida del mundo, porque esto sería querer ejercer un monopolio indigno de mis antecedentes desmonopolizadores. Una de mis grandes obras ha sido poner la poesía al alcance de todas las fortunas, llevando los versos á las cajas de fósforos y haciendo que los comerciantes anuncien en verso también sus mercancías y que en verso se pidan las propinas y se declaren los atrevidos pensamientos de amor, y no está bien que yo introduzca la costumbre de quitarme la vida haciendo coplas, confundiendo el mundo real con el ficticio de los teatros, donde caen muertos los hombres más grandes de la antigüedad con una redondilla ó con una ariá.

»Yo soy un hombre serio; tan serio, que me voy á quitar la vida seriamente, por haberme convencido de que esta sociedad todo lo toma á broma y que es imposible regenerarla. Y para que no se diga que me suicido sin razón y no se repita lo que vulgarmente se dice siempre que se trata de estas cosas, de que las ideas modernas y la falta de fe y el descreimiento son las causas que impulsan al suicidio, voy á exponer en breves palabras el verdadero motivo de mi justa desesperación y del legítimo hastío que tengo á la vida.

»En primer lugar quiero definir lo que es la vida, porque á mí me gustan mucho las definiciones. Me gustan tanto, que me voy del mundo satisfecho de haberlo definido todo, incluso ciertos puntos teológicos que los antiguos creyeron indefinibles. Calderón dijo que *la vida es sueño*; pero Calderón no supo lo que se dijo ó Calderón sigue durmiendo todavía. Porque si la vida es sueño, ¿qué es el despertar de la vida?

»Yo estoy por la definición de Espronceda, que puso en boca del *Estudiante de Salamanca* estos versos:

«*La vida es la vida: cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.*»

»Para mí tampoco; y como no tengo ni remordimientos de AYER ni esperanzas de MAÑANA, me voy á suicidar con la mayor indiferencia, hastiado de dormir, según Calderón, y harto de vivir, según Espronceda.

»Mi padre, el siglo XVIII, falleció en mis brazos y en los de mi hermano el *Obscurantismo* (engendro miserable y raquítico que quiso disputarme locamente la herencia y la primogenitura), y nos dejó un testamento de inocentadas que yo me apresuré á publicar porque quise dar esa prueba de respeto á la publicidad, que es el alma de mi alma, y por dejar asimismo consignado que recibía la herencia á beneficio de inventario.

»Lo que pasó entre mi hermano y yo mientras reñíamos por la primogenitura, escrito está con arroyos de sangre, que aún de vez en cuando tienen alguna avenida, y ni una sola palabra saldrá de mis labios en este supremo instante para calificar esa discordia civil, sin la cual, preciso es confesarlo, la revolución hubiera caminado más despacio, y ¡Dios sabe si estaríamos hoy más atrasados que á la muerte del siglo XVIII! Pero no ha sido así por fortuna, y de ello debemos dar gracias á la intransigente parcialidad de mi hermano.

»Yo pensé, y hoy es la primera vez que hago esta importante revelación, conservar las cosas tal cual estaban á la muerte de mi padre, porque aunque sabía que no estaban bien, temía que pudieran ponerse peor, y esto me daba mucho miedo; pero me fué imposible llevar á cabo semejante propósito, porque inadvertidamente quité la piedra angular del edificio y me cayó encima toda la casa.

»En la carta que se encontrará adjunta á estas líneas, y que deseo y es mi voluntad que no se abra hasta el año 1899, época en que yo presumo ha de dar principio el MAÑANA, explico las causas de mi muerte de una manera que no podrían escuchar con paciencia los hombres de HOY.

»Yo te conozco, sociedad de 1850; te conozco, como que eres mi propia alma; y aunque admiro y respeto tus grandes merecimientos y sé que has conquistado para la posteridad una página gloriosa, no me ciega la pasión para dejar de advertir tus defectos.

»Eres muy ilustrada; casi has tenido razón para echarte esa casualidad por apellido paterno; pero eres muy intransigente y muy intolerante, y si leyeras la carta que dejo escrita, maldecirías mi memoria y Dios sabe si profanarías mi tumba.

»Que á los defectos de orgullo que te ha de echar en cara la posteridad, no se añada el crimen de parricidio.

»Respeto mi última voluntad, guarda esa carta y que la lean los hombres de MAÑANA. Ella les probará que yo sabía dónde estaba el remedio, aunque aburrido y desesperado me quite la vida sin haber remediado nada.

»Yo vine al mundo diciendo que todo era mentira, y muero sin haber podido establecer una verdad.»

Y con efecto, sobre el cadáver de *la sociedad de 1850* se ha hallado una carta cerrada, cuyo sobrescrito es el siguiente:

¡Mañana será otro día!

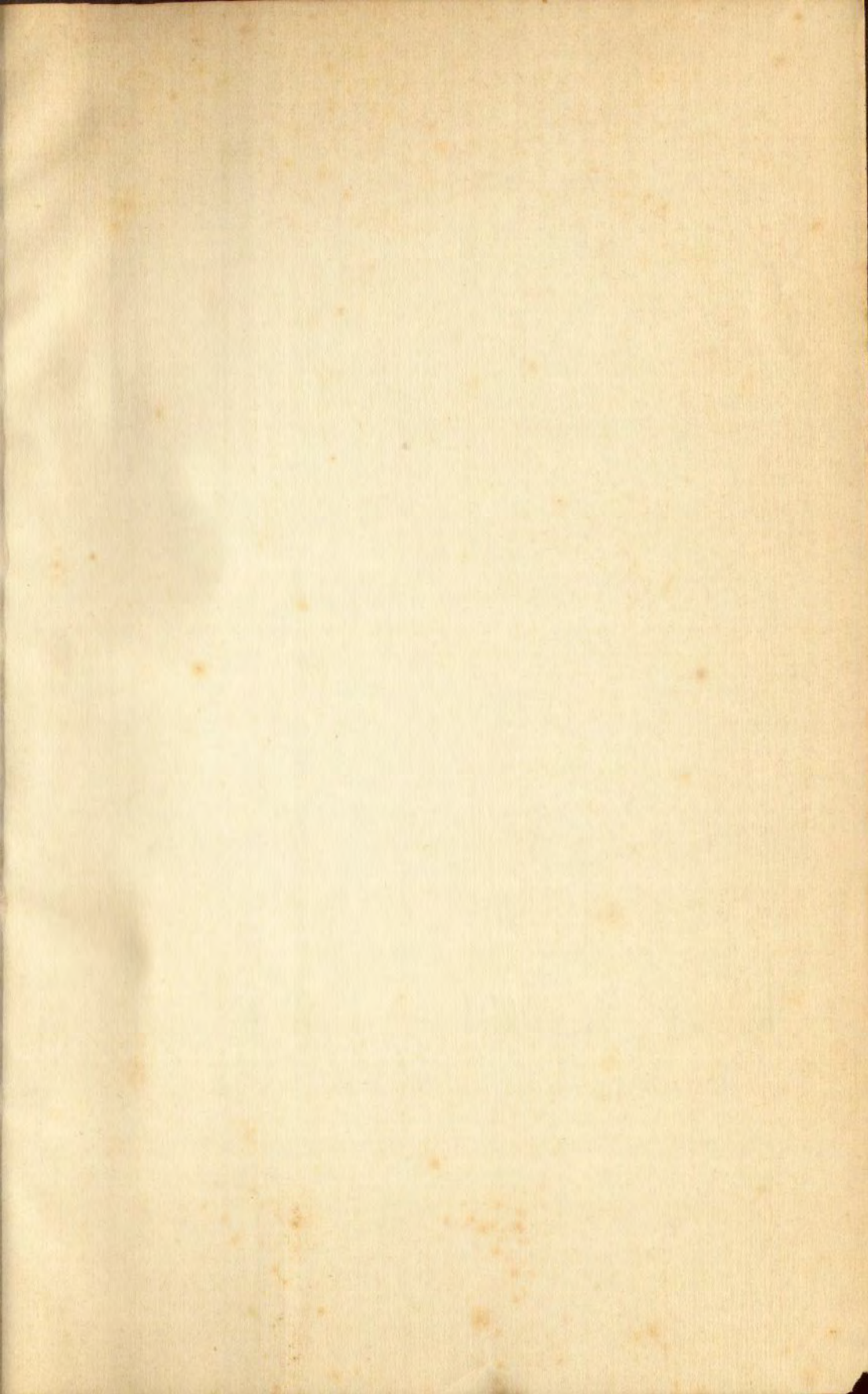
INDICE

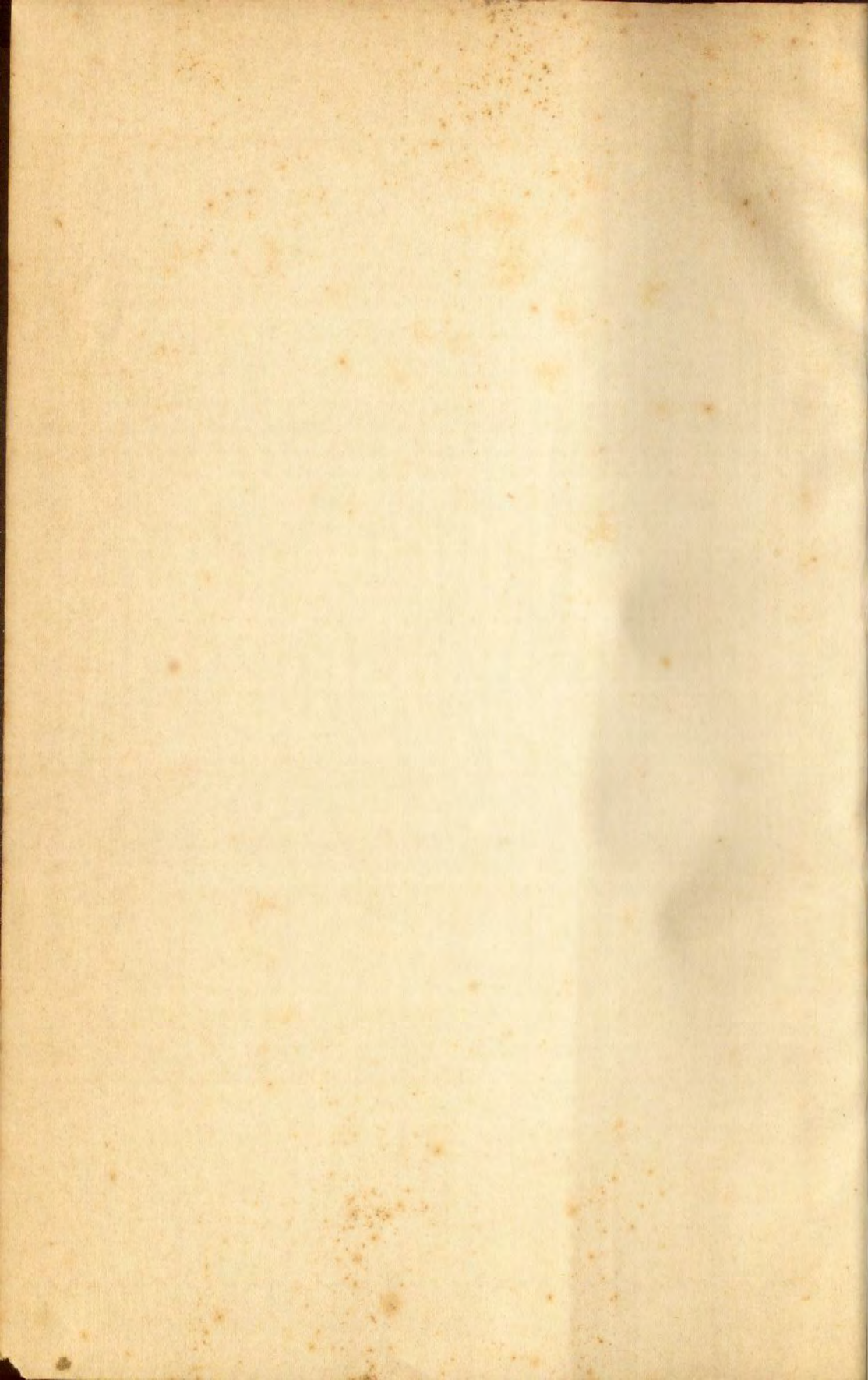
DE LOS CUADROS QUE CONTIENE ESTE TOMO

PARTE SEGUNDA

CUADROS	PÁGINAS
Un prólogo.	VII
Prólogo.	IX
Introducción.	XI
Epidemia reinante ó flujo de hablar permanente. — Primer cuadro crónico de la escuela del <i>vapor</i> , en este museo de AYER, HOY Y MAÑANA.	15
II. — Los gritos de Madrid ó la publicidad en 1850.	19
III. — Retrato al daguerrotipo del <i>Diario oficial de Avisos de Madrid</i>	27
IV. — La Puerta del Sol en 1850.	37
V. — Un realista y un doceañista.	51
VI. — El 12, el 20, el 37 y el 45.	57
VII. — El 14, el 24, el 33 y..... el ¡Dios sabe cuántos!	64
VIII. — Los <i>ojalateros</i>	71
IX. — Un pronunciamiento.	77
X. — Humo animal y humo mineral ó los refectorios y los talleres.	85
XI. — El gran reloj del siglo XIX.	95
XII. — Almacén de lágrimas.	101
XIII. — ¡Ya no hay distancias!	109
XIV. — Impresiones de viaje.	117
XV. — El casero de hogaño.	123
XVI. — Los colegios electorales.	133
XVII. — El te y el chocolate.	151
XXVIII. — Levantaos, muertos, y venid á juicio.	158
XIX. — La empleomanía, los empleados, los empleos y los empleadores.	167
XX. — El sí de las madres.	176
XXI. — Apertura de Cortes.	184
XXII. — La escuela de las costumbres.	191
XXIII. — El padre de su madre.	201
XXIV. — El diputado monosilabo.	204
XXV. — Un diputado silabario.	211
XXVI. — Retratos en tarjeta.	217
XXVII. — Pavo trufado y champagne helado, entusiasmo probado.	225
XXVIII. — Fabricación de rumores.	233
XXIX. — La gramática parda y la gramática dorada.	239
XXX. — Los pollos de 1850.	247
XXXI. — Un cacho de vida privada y un mendrugo de pan de la emigración.	254

CUADROS	PÁGINAS
XXXII. — Un puñado de gente escogida.	261
XXXIII. — Una sesión animada.	268
XXXIV. — La centralización y la especialidad.	277
XXXV. — Las fuentes de la riqueza pública.	284
XXXVI. — Las carreras universitarias.	291
XXXVII. — Las casas de baños y los bañistas.	297
XXXVIII. — Cien visitas por doce reales ó la amistad en cartulina.	305
XXXIX. — Las petacas prodigiosas.	311
XL. — Los escaparates.	319
XLI. — La privanza en 1850.	327
XLII. — El ómnibus y la calesa.	333
XLIII. — La madre y las hijas, ó nuevas aplicaciones industriales.	341
XLIV. — La santurrona y la devota, ó dos devociones y dos devocionarios.	352
XLV. — Una madrugada en 1850.	360
XLVI. — Literatura menuda.	369
XLVII. — El cuarto poder del Estado.	377
XLVIII. — Lo que algunos echarán de menos en el periódico que otros habrán encontrado de más.	419
XLIX. — Un convite en 1800 y otro en 1850.	426
L. — Una comida de etiqueta, sin etiqueta alguna.	432
LI. — Placeres de sobremesa.	439
LII. — Costumbres populares.	447
LIII. — El suicidio del siglo XIX.	455





XX